Fátima Embark



TODO LO QUE NO SABES DE MÍ

TODO LO QUE NO SABES DE MÍ

SERIE BARNARD #2

FÁTIMA EMBARK

ILUSTRACIONES DE MELANIA BADOSA



Todos los personajes de esta historia son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.
Este libro contiene escenas de sexo explícito, un personaje al que querrás adoptar (lo siento, yo lo vi primero) y muchas metáforas.

Copyright © Fátima Embark, 2023
Título: Todo lo que no sabes de mí
Todos los derechos reservados. No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora.

© Cubierta e ilustraciones interiores: Melania Badosa
© Corrección del texto: María Luisa Crespo
ISBN: 9798309831531

ÍNDICE

Nota de la autora
Introducción

Prólogo
Capítulo 1
Diario de Jude
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Diario de Jude
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Diario de Jude
Capítulo 9
Capítulo 10
Diario de Jude
Capítulo 11
Capítulo 12
Diario de Jude
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Diario de Jude
Capítulo 17
Capítulo 18
Diario de Jude
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Diario de Jude
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Diario de Jude
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Diario de Jude
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Diario de Jude
Capítulo 39
Capítulo 40
Diario de Jude
Capítulo 41
Capítulo 42
Diario de Jude
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Diario de Jude
Capítulo 47
Diario de Jude
Capítulo 48
Capítulo 49
Diario de Jude
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo

Agradecimientos
Acerca de la autora
Otras obras de la autora (Soul Finder)
Otras obras de la autora (Winter Falls)

NOTA DE LA AUTORA



SINOPSIS

—Deja de mirarme así.

—¿Así cómo?

—Así, como si lo supieras todo. Como si lo vieras todo.

—Es que te veo, Seb. Pero tú no me ves a mí.

—No tienes ni idea.

—Ah, ¿no? Entonces pregúntame. Pídeme que te cuente todo lo que no sabes de mí. Todos tenemos una guerra dentro, ¿sabes?

Sebastian Evans lleva más de trece años librando su propia guerra. Una guerra que lo ha mantenido separado del chico al que quiere, a quien no se merecerá nunca. Su mejor amigo, su esperanza, su verdad: Jude Baker.

Y ahora Jude se va a casar.

Cinco días y se acabaron los quizás, cinco días y Jude dejará de mirarlo, cinco días y todo habrá terminado. Pero ¿se puede terminar algo que nunca ha empezado? Para que eso no pase hace falta la verdad, y hay verdades que no están listas para ser pronunciadas.

Tras años de silencio, Sebastian tendrá que enfrentarse a la verdad con el corazón en carne viva, dejar el pasado y la culpa atrás, y aprender a vivir.

SERIE BARNARD

Este libro pertenece a la Serie **Barnard**. Historias románticas independientes ambientadas en Orsino, un pueblo pequeño ficticio de Inglaterra. Podéis leerlas en orden o por separadas.

Orden de la serie:

1- ***Antes de que te quiera*** (Viola & Henry)



2- ***Todo lo que no sabes de mí*** (Jude & Sebastian)

INTRODUCCIÓN

VIRGINIA CAVANILLAS



Hace un tiempo (poco, pero podrían ser eones; eones en el buen sentido, en el de que parece que hace muchos años que Fátima y yo somos una) leí un fragmento de algo que me voló la cabeza. Por su narración preciosa; porque yo no sabía de dónde salían esas palabras ni de quién, pero sí que calaban hondo; porque parecían ser dos chicos y en España no se publicaba mucho del género, y no así narrado; porque con solo leer una parte supe que lo quería leer todo.

> «Mira el reflejo de Sebastian en el espejo y cómo este a su vez lo mira a él. Percibe la forma del miedo en sus expresiones, la preocupación. Ve cómo baja la vista a su cara, a esos hoyuelos que están ahí pero no puede alcanzar. Lo ve tragar saliva. Lo ve dudar. Y luego, simplemente, observa cómo apoya la frente en su hombro.
>
> —Háblame, Baker.
>
> —¿Qué quieres que diga?
>
> —Cualquier cosa. Nunca has necesitado un motivo para hablar.
>
> …».

Esta es solo una pequeña parte de ese fragmento, que no leí en las mejores condiciones (era un pantallazo hecho al Kindle que ojeé mientras perseguía a mi gato por el jardín cegada por el sol), pero sí recuerdo que mi respuesta fue: «¡¿Quién ha escrito eso?!»; así, entre exclamaciones, que quedara claro que me había fascinado. Y Fati me explicó con esa voz dulce y orgullosa, que estos eran sus niños bonitos; me presentó a Jude y a Seb, y me los mandó. Yo hace mucho que no hago lecturas cero personales; cuando escribes, traduces y corriges, a veces, leer se convierte en oficio y tienes que marcar la línea en algún sitio. Pero *eso* necesitaba leerlo. Y, una vez lo tuve en mi poder, no lo leí, no; fue más que eso. Lo saboreé, lo paladeé y subrayé tanto que a veces ni podía pasar de página en el Kindle. Porque lo que hay entre estas páginas, queridos lectores y lectoras, es poesía en prosa, el estilo característico de Fati —ese *slice of life* intenso y profundo— elevado a la enésima potencia: Jude y Seb encontrándose al fin, perdonándose (Seb a sí mismo; Jude a Seb por tonto), sanando juntos. Dándose esa oportunidad que la vida y ellos mismos se debían. Amándose. Y es bonito de ver, qué digo bonito, es precioso. Porque es el desenlace de algo que aún tiene que empezar, de algo que se debían.

Este libro supone enterrar el pasado, sí, pero antes de eso, tendrán que exhumarlo. Sacarlo todo, con restos de tierra y suciedad. Solo así podrán hacer las paces con el futuro. Que es precioso. Igual que el proceso para alcanzarlo.

Este es el libro dos de *Barnard*, pero yo me lo leí como historia independiente. No tenía paciencia para un romance heterosexual por muy precioso que fuera (que lo es, *Antes de que te quiera* es bellísimo, me lo leí después, como precuela, a lo *Star Wars*). Así que, si os queréis aventurar en esta historia sin haber leído el primero, yo digo «sí, lanzaos, os va a encantar». Pero también podéis ser personas ordenadas de bien y empezar por el principio. Viola y Henry os esperan y, con ellos, Jude y Sebastian.

Oh, Jude y Sebastian.

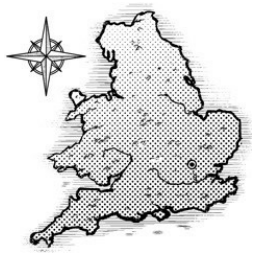
Disfrutad.

Fdo: Virginia Cavanillas

(practicante de la escribición *con Fátima Embark cuando esta no está escribiendo Judes de la vida).*

PRÓLOGO

SEBASTIAN



«Todos tenemos una guerra dentro».

¿Cuánto tiempo había pasado desde que Jude había pronunciado esas palabras?

Diez años, puede que más. Aunque la guerra de Sebastian empezó mucho antes de eso. Empezó un día de invierno, el día en que había descubierto quién era. Hacía frío. Sigue haciendo frío. Un frío que no se va por mucho que se abrigue. Sebastian odia la sensación de frío con todas sus fuerzas. Lo suyo es una guerra fría y el hielo se mantiene dentro de él. Su guerra siempre ha sido George Harris y, a pesar de los años, sigue ganando.

Cada vez que Sebastian calla, George gana.

Ha sido así desde siempre, así será para siempre.

A fin de cuentas, es su decisión. Su promesa. Su penitencia.

Pum pum.

George es una pelota saltarina que bota y bota y el ruido que emite es una constante, un recordatorio.

Pum pum.

George le va a doler siempre.

Pum pum.

George gana, Sebastian pierde.

Pum pum.

Y ahora pierde a Jude.

A Sebastian le hace gracia pensar en eso. «Perder a Jude», como si en algún momento lo hubiese tenido. Jude siempre ha sido libre, más de lo que él será nunca. No puedes perder a alguien cuando ni siquiera has permitido que te vea. Y Sebastian nunca le ha permitido nada. Lo ha dejado asomarse lo suficiente para sentirse bien, arropado, a gusto, pero no se lo ha entregado todo, nunca le ha permitido la entrada. Hay una barrera entre los dos que Sebastian se ha encargado de mantener a lo largo de los años. Cerca y lejos, así ha sido siempre, así será siempre.

Cinco días.

Ese es el tiempo que falta para que Jude Baker se case con Lara Simmons, su chica valiente, su roca firme y segura.

Cinco días para que todo cambie.

Porque Jude no es solo su mejor amigo, no es solo el hermano de Henry Baker, el novio de su hermana. Es mucho más que eso.

Hay un lugar donde somos, con todas nuestras luces y sombras. *Somos*, en el sentido

completo de la palabra *ser*. Un lugar donde te pueden ver en tu complejidad, desnudo, sin máscaras, vulnerable. Cuando era niño y su madre lo arropaba en la cama, Sebastian siempre le pedía que le hablara de ese lugar. Ella lo llamaba Barnard, como la estrella de Barnard. Lo que más le gustaba a Sebastian es que su madre nunca le contaba la misma historia. Barnard a veces estaba arriba, entre las estrellas, y otras veces se hallaba en la Tierra, en los rincones más inesperados. Al final, comprendió que Barnard nunca es lo mismo. La mirada lo hace distinto.

Para Sebastian siempre ha sido una persona.

Arriba y abajo; *él*.

Él por todas partes.

Él, que había roto sus barreras y le había demostrado que el miedo es más real cuando no dejas de alimentarlo.

Él, que había limado sus partes más afiladas para no hacerle daño.

Él y su mirada limpia.

Él y esa forma de querer. Tan brutal. Tan suya.

Él.

Su chico roto y remendado.

Jude Baker, su mejor amigo.

El chico al que quiere. El chico al que se lo ha negado todo. El chico que no se merecerá nunca.

Jude le ha demostrado que el mundo no se detiene. Todo sigue, aunque tú no lo hagas. Eso fue lo que sucedió; el mundo se paró para Sebastian, pero todo continuó.

Siguieron el miedo, el dolor, la culpa. La culpa es un monstruo terrible. Cuando te roza no siempre puedes desprenderte de sus restos. A veces se queda.

La culpa de Sebastian se quedó, pero el mundo siguió y Jude lo hizo con él.

La culpa no solo te silencia, también te quita hasta que no te queda nada. Solo tú y tu miedo, tú y tu culpa. Tú.

Cinco días y la culpa se llevaría también a su amigo. Cinco días y se acabarían los quizás. Cinco días y Sebastian no volvería a soñar con algo que nunca tendría. Cinco días y Jude dejaría de mirarlo. Cinco días.

En todo eso piensa cuando la puerta se abre de golpe.

—Dios, ¿cuántas veces piensas escuchar esa puñetera canción? —La voz de Viola se alza por encima de la de Paul McCartney. Sebastian ni siquiera se ha dado cuenta de que *Hey, Jude* lleva sonando durante la última hora, quizá menos, quizá más.

—No te he escuchado llamar a la puerta —replica él, girándose en la silla.

—Es que no he llamado.

—Privacidad, hermanita. ¿Sabes lo que es?

—La privacidad murió cuando por fin dejaste la puerta abierta. Ya lo sabes. —Su hermana se fija en la pantalla, en el dibujo ya casi listo para enviar a imprenta—. ¿Ese es Jude? ¿Por eso no dejas de escuchar esa canción? ¿Pretendes invocarlo?

Sebastian aparta la mirada. No quiere que su hermana le vea la cara.

—Solo me inspiraba.

—Sería más fácil si lo llamaras —continúa ella sin escucharlo—. No creo que tardara mucho en llegar. Y más si lo llamas por su nombre con ese tonito de la canción. Sería increíble si lo hicieras, ¿sabes? Podríamos tener un poco de tranquilidad después de doce años de escucharlo lloriquear para que lo llames por su nombre.

Sebastian no quiere tener esta conversación con ella. No en ese momento, no después de lo que le ha costado terminar el puñetero dibujo.

—¿Querías algo? Porque intento terminarlo antes de la boda y todavía tengo que enviarlo a imprenta. —Cinco días. Cinco.

—¿Es tu regalo de bodas? —Viola agranda los ojos. De repente parece muy interesada en los detalles del dibujo. A Sebastian se le forma una bola de nervios en el estómago—. ¿Para Jude?

—Para Baker y Lara, sí —admite—. Les enviaré una copia tamaño grande a casa. Aunque en realidad esto es el discurso que llevaré a la boda.

Viola se cruza de brazos.

—¿No se supone que los discursos están hechos de palabras que se dicen en voz alta y ese tipo de cosas?

—Es para acompañar a la mierda de discurso que voy a dar. Ya sabes que se me da fatal hablar y se ha empeñado en que sea yo.

—¿Y cuándo se lo piensas enseñar? ¿Antes o después de la celebración?

—No quiero que lo vean antes del discurso. Pienso llevarlo como una especie de diapositiva, ya sabes. —Sebastian resopla—. La idea es que aunque suelte alguna gilipollez de las mías, sé que cuando lo vean no necesitarán mucho más para saber lo que siento. —Observa un instante el dibujo, satisfecho por lo que ha logrado. Ha tardado semanas en terminarlo, pero ha merecido la pena.

Viola lo mira como si se hubiese vuelto loco.

—No sé si es buena idea, Seb.

—¿Por qué lo dices?

—¿Cómo que por qué? ¿No lo has visto? ¿Tan ciego estás que no ves tus propios sentimientos? Porque creo que sí los ves perfectamente.

—He intentado resumir lo que significa su relación. Lo que ha significado durante estos años, todo lo que han sido juntos. —Sebastian observa el dibujo. El corazón se le arruga un poco por el dolor. Siente como si una parte importante de sí mismo se perdiera con esa imagen, como si fuera el final de todo. Su amistad, sus esperanzas, su corazón—. ¿No te parece que queda claro? Puede que sea malo con las palabras, pero de dibujo sé algo. Me dedico a eso, Vila —le recuerda con acritud, utilizando el apelativo cariñoso que usan casi todos para referirse a ella.

De pronto escuchan un ruido en el pasillo y la voz de Henry buscando a su hermana.

—Estoy aquí —lo llama ella.

Su cuñado se asoma por la puerta y Viola lo toma de la mano para que entre.

—Llegas justo a tiempo. Mira el regalo que le está haciendo Seb a tu hermano. ¿Qué te parece?

Henry observa la pantalla con ese gesto serio tan típico de él. Después de todos esos años sigue manteniendo cierta distancia con Sebastian. No porque sea el hermano de su novia, sino por la relación atípica y tan cercana que hay entre Sebastian y Jude. Puede que los años pasen, que Jude sea un adulto de treinta y un años, pero para Henry sigue siendo su hermano pequeño y protegerlo siempre estará a la cabeza de su lista de prioridades.

—Me parece que acompaña bien a la canción. Mi hermano estaría contento si estuviera por aquí.

—Henry Baker —lo amonesta su hermana—, céntrate y mira el dibujo. ¿Te parece apropiado como discurso de boda?

—Depende —contesta Henry, arrugando la frente.

Viola mira a su novio con suspicacia.

—¿Te estás haciendo el interesante o piensas compartir tu opinión con nosotros?

Entonces Henry le dedica a Sebastian una de sus miradas profundas. Es extraño cómo los hermanos Baker comparten ese rasgo a pesar de ser adoptados y no tener lazos sanguíneos. Tanto Jude como Henry pueden desarmarte con una sola mirada. No necesitan más. Una mirada y todo se deshace y quizá vuelve a rehacerse de otra manera. Más nítida, más cruda, más sincera. Más Baker.

—Yo… Sinceramente, no sé si es correcto. —Henry duda un instante en el que la canción que todavía suena en bucle termina y vuelve a empezar. Entonces se pone rojo y Sebastian comprende que todo se pondrá rojo a su alrededor. Henry le clava la mirada—. Sebastian, ¿pretendes interrumpir la boda o felicitarlos? No me queda del todo claro.

Sebastian no puede creer que le esté haciendo esa pregunta.

—¿Hablas en serio?

Henry no contesta, su mirada lo hace por él. Viola enarca las cejas en ese gesto tan propio de ella que viene a decir «te lo dije».

—Joder. Les estoy deseando todo lo mejor. Mirad el puñetero dibujo. —Señala la pantalla con rabia.

—Le estás confesando lo que sientes —replica ella.

—Exacto.

—Pues eso —zanja su hermana.

—No entiendes nada, Vila.

—Quizá deberías hacer otro dibujo —propone ella—. Plantearlo de otra manera. O hacer un puñetero discurso. Uno con palabras. Un «espero que seas feliz con Lara para toda la vida» estaría bien. O quizá un «ojalá ella te dé todo lo que yo no me atrevo a darte».

—También puedo pasar de vosotros —replica—, y es lo que voy a hacer. Conozco a Baker. Sé que él lo va a entender.

—Claro. Porque Jude es el único que entiende toda la mierda que tienes en la cabeza y la acepta.

—¿Y eso qué cojones significa?

—Seb. ¿Cuántas veces has escuchado hoy esa canción? ¿Y cuántas la has escuchado sin que Jude lo sepa? Porque con él delante parece que la odies. Es más, dime cuántas veces has dicho su nombre en estos doce años y cuántas te ha suplicado que lo hagas. Se supone que es tu mejor amigo. Se supone que lo quieres, ¿no? —increpa, cada vez más acalorada—. ¿Lo quieres?

Mierda. Sebastian no puede ni mirarla.

—¿Podéis salir? Creo que es hora de echar el cerrojo.

Pero Viola no le da tregua. Es su momento. A Sebastian le recuerda a aquellos meses posteriores a la muerte de sus padres en los que su hermana era incapaz de llorar y cómo se deshizo entre sus brazos cuando por fin logró sacarlo todo de dentro. Así lo siente ahora, como si Viola llevara tiempo guardándose lo que piensa de él y por fin se lo estuviera arrojando a la cara.

—Claro que sí, eso es lo que haces cuando quieres escurrir el bulto. Pues te diré una cosa. Esta vez es para siempre, Seb. No habrá más oportunidades para que pronuncies su nombre. Si dejas que se case, se acabó. ¿Me entiendes? Se acabó.

—No quiero evitar esa boda, Vila.

—Pues entonces no le envíes ese dibujo. Porque si lo envías, si lo haces, lo mandarás todo a la mierda. Será como si volvieras a salir de la habitación después de meses de encierro. Dejarás

de ser un secundario en la vida de Jude para recordarle lo que todos ya sabemos y él también, aunque se haga el loco por lo mucho que te quiere. Será como si rompieras la cuarta pared, y creo que al menos deberías plantearte qué pasará si lo haces. ¿Podrás cargar con eso? ¿Asumirás tu responsabilidad? ¿Lo harás? —Viola tiene el rostro tan cerca que casi puede oler su furia—. Échale huevos y contesta, joder.

Sebastian gira la silla para darle la espalda.

—Marchaos y cierra la puerta.

La escucha resoplar. Se imagina cómo se peina el pelo con los dedos con nerviosismo. La mirada preocupada de Henry clavada en su nuca.

—Claro, Seb. Lo que tú digas. Puedes encerrar la verdad, pero seguirá siendo verdad aunque lo hagas. Porque si algo tiene la verdad es que es libre y te hace libre. Tarde o temprano tendrás que dejarla marchar. —Viola deja caer la mano en su hombro. A pesar de su furia, todavía quiere que sepa que está ahí con él, que no está solo aunque se equivoque—. ¿Del uno al diez? Nunca serás más que un cero sin la verdad. Seb, probablemente nunca serás más que un cero sin aceptar que él es tu verdad.

La verdad.

La verdad te hace libre, pero también te encierra.

La verdad es que Sebastian sigue encerrado aunque no lo esté.

La verdad es que quedan cinco días y él no piensa impedir esa boda.

Jude es feliz, lo ha sido durante doce años, lo seguirá siendo sin él. Jude Baker se merece a Lara Simmons. Esa es la verdad.

Sebastian tiene una guerra dentro; George es su guerra.

«¿Del uno al diez?». Sebastian no puede más que sentirse un cero. Al menos George siempre será un diez.

Aprender a perder es la lección de la vida de Sebastian. Una vez pensó que había nacido para eso y la sensación sigue ahí, en el centro de su pecho.

Esa es su verdad.

CAPÍTULO 1

JUDE



Jude observa la tarjeta con una mezcla de miedo y ansias. Las manos le tiemblan cuando coge el móvil y comienza a teclear.

Jude: Acabo de recibir un paquete. ¿Me tengo que preocupar? La boda es mañana, Cup, y ya nos habías regalado.

Seb: ¿Ya os ha llegado? Joder, se suponía que teníais que recibirlo mañana después de la boda.

Jude: Acaban de entregármelo.

Seb: Bueno. No tienes que abrirlo ya. Es más, prefiero que no lo hagas.

Jude: Sabes que tengo que abrirlo ya. Es una necesidad.

Seb: Es una tontería.

Jude: Tontería o no, ahora es mi tontería.

Seb: Te tengo que dejar. Asher me cortará los huevos si no entrego las propuestas para la web antes de que acabe la tarde.

Jude: ¿La web porno o la del hotel?

Seb: Es un sex shop online, Baker. No una web porno.

Jude: Detalles.

Jude: Os hice un pedido hace unos días.

Seb: Ya lo vi.

Jude: ¿Espías mis pedidos guarros?

Seb: Saluda a Lara de mi parte.

Jude: Huye, cobarde.

Seb: Que te den.

Jude: Sabes dónde vivo, si te apetece.

Seb: Joder, Baker. Que te casas mañana.

Jude: ¿Y eso significa que no me puedo expresar?

Seb: Eres imposible.

Jude: Y por eso me adoras.

Seb: Claro.

Jude: ¿Me adoras? ¡Lo sabía! Soy un lindo corderito.

Seb: Un corderito idiota. Anda, sigue con lo que sea que estés haciendo. Algunos tenemos que trabajar.

Jude: Voy a abrir tu regalo, Cup.

Jude apoya el paquete junto a la pared del pasillo de la que será su nueva casa. La casa fue el regalo de boda de los padres de Lara para su única hija, herencia de su abuela materna. Ellos solo han tenido que reformarla. Vivirán muy cerca de la casa familiar de ella, del hotel que los hermanos Evans heredaron al morir sus padres —y cerca del cual vive Henry, el hermano de Jude— y de la iglesia en la que se conocieron y a la que siguen acudiendo cada semana porque Jude da clases de piano al coro. También está cerca de la escuela donde trabaja Jude como profesor de música tres veces por semana, trabajo que complementa con clases particulares y la revista online donde publica un artículo semanal.

Lo que queda algo más lejos es el colegio privado en el que trabaja Lara. Cada día tendrá que desplazarse una hora en coche para ir y volver, pero de ninguna manera quiere vivir lejos de su familia.

Jude se plantea esperar a Lara para abrir el regalo juntos, pero cuando se quiere dar cuenta ya ha desgarrado el envoltorio y se queda mirando el dibujo que Sebastian ha hecho para ellos con una sensación de irrealidad.

La impresión es enorme, de unos dos metros de alto y uno de ancho.

Reconoce el lugar de la ilustración, delante del mismo altar donde se casará a la mañana siguiente. En él aparece Jude, con el pelo como lo lleva ahora, por debajo de los hombros y con algunos mechones trenzados. Va vestido de blanco. A Sebastian le gusta dibujarlo de blanco, aunque él siempre se queja de que le falta el rosa. Según su amigo, le resalta los ojos, el pelo rubio y la piel dorada. En el dibujo aparece con pantalones sueltos y camisa sin mangas, y se encuentra arrodillado en el suelo, con la luz que traspasa las vidrieras de colores de la iglesia incidiendo sobre su cuerpo, creando halos dorados sobre su piel. De fondo, el coro a la izquierda y el altar justo delante. Y junto a él se halla Lara de pie, con uno de sus vestidos de flores holgados, inclinada sobre la espalda de Jude, arrancándole tiras gruesas de algo negro y viscoso, motas de un negro alquitrán que son extraídas de su cuerpo por las manos de Lara, diminutas y fuertes, y que van retirándose por la estancia hacia los ventanales abiertos de la derecha, creando un efecto de alas rotas.

Jude extiende los brazos hacia ella y se aferra a su rostro con una desesperación que traspasa el papel; aun así, sonríe y lo hace con esos hoyuelos en los que su amigo siempre se fija. La que no sonríe es Lara. Su rostro sereno es la viva imagen de la determinación. Los hoyuelos de ella no se ven, solo las ganas de quitarle de dentro todo lo que le impide ser él.

Comprende lo que significa el dibujo. Lara lo ha liberado y juntos son esperanza, futuro, felicidad. Sebastian no ha necesitado un discurso para hacerlo llorar.

Cuando la chica con la que tiene pensado compartir su vida aparece unas horas más tarde,

Jude sigue en esa misma posición, sentado en el suelo frente al dibujo, abrazado a las rodillas.

—¿Jude?

Lara se agacha junto a él para ver qué lo tiene tan absorto.

—No he podido evitar abrirlo, lo siento.

—Sebastian. —Lara no necesita más explicación. Se deja caer junto a él en el suelo para contemplar la obra—. ¿Qué significa?

—Que eres mi luz. —Él le pasa un brazo alrededor de los hombros y la besa en la frente—. Y que juntos somos invencibles.

—Te lo estás inventando.

—Pues claro. Todas las buenas historias son casi siempre inventadas.

—La nuestra no.

—Exacto. Eso es lo que significa.

—Es precioso, Jude.

—Sí.

—Podríamos dejarlo aquí, es un sitio estupendo y todos lo verían. Aunque también quedaría bien en nuestro dormitorio.

Jude no dice nada. ¿Qué puede decir? Tiene una lucha interior muy fuerte, la necesidad de esconder el cuadro para que nadie lo mire nunca y esa otra que hace que le escueza el alma y quiera romperlo todo.

—¿Jude?

—¿Sí?

—¿Te duele?

La respuesta de Jude consiste en estrecharla más contra sí. Permanecen un rato juntos, abrazados, hasta que él decide que ha tenido bastante de lamentarse y se levanta para hacer la cena.

—¿Quieres que le diga a Ava que venga o prefieres que nos autoinvitemos? —pregunta, observando el interior de la nevera vacía. Apenas han pasado tiempo en esa casa y tienen intención de viajar después de casarse, así que solo cuentan con algunos ingredientes básicos—. Podemos pedir algo para cenar.

De pronto la casa se le antoja más silenciosa de la cuenta. Sale al pasillo.

—¿La? ¿Te apetece mexicano? Han ampliado la carta vegetariana y… —No termina la frase al ver que ella continúa mirando el cuadro con los ojos llenos de lágrimas—. ¿La?

—Dime la verdad, Jude. ¿Te duele? —Clava los ojos llorosos del color de la miel en los suyos—. ¿Va a dejar de hacerlo alguna vez?

—Estoy bien, La. Solo es… —Busca la mejor manera de explicar lo que siente mientras toma asiento a su lado y la agarra de las manos—. Es como una vieja lesión o un trastorno de huesos que heredas. El dolor te viene y va por rachas. A veces estás mucho tiempo sin notarlo y otras veces recaes o duele tanto que parece que no se va a ir nunca, pero puedes vivir con él.

—No, Jude. —Lara le aprieta las manos, meneando la cabeza—. Es como el síndrome del miembro fantasma. Tú sientes la ausencia y yo también lo hago cada vez que miro el hueco que ha dejado. Es un dolor que sufrimos juntos, tú y yo.

Miembro fantasma. ¿Eso es Sebastian para él? ¿Un miembro fantasma? ¿En eso se ha convertido dentro de su relación con Lara? Dios.

—Lo siento. Siento hacerte daño.

—No me haces daño, Jude. Sé que me quieres. El daño te lo haces tú mismo y me lo haces

precisamente haciéndotelo.

—¿Qué quieres decir?

—Odio verte sufrir. Odio ver la duda en tus ojos. Odio el hecho de que siempre habrá un *y si…* de más de un metro noventa entre nosotros. Odio que lo esperes eternamente. Odio no poder darte lo que él sí podría.

A Jude se le revuelven las tripas. No entiende cómo han llegado a este punto, a tener esta conversación en la que parece que solo se están despidiendo. No quiere despedirse de Lara. No puede. La toma de la barbilla.

—Eso no es verdad. Tú me lo das todo. Soy el chico más feliz del mundo contigo.

—Pero no es una felicidad completa. Te ha amputado el corazón, Jude.

—Mi corazón te pertenece.

—No. Tú corazón es libre y ama libremente. No puedes hacer nada contra eso. Dios. No puedo hacer nada. Míranos. —Señala el dibujo—. Nos ha inmortalizado, ha resumido nuestra historia y aun así solo consigo verlo a él.

Ella esboza una sonrisa tristísima donde aparecen esos absurdos hoyuelos que ambos tienen en común y que no soporta ver con toda esa tristeza pintada en su cara.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Cuando he entrado y te he visto… —Se limpia la mejilla con el dorso de la mano—. Hacía tanto tiempo que no te veía tan triste…

—Estoy bien. Solo ha sido la nostalgia. —La abraza por la cintura y la envuelve entre sus piernas.

—No quiero ser el motivo de tu tristeza.

—Tú jamás serás eso. Te quiero, La. Te quiero muchísimo.

—Lo sé. —Apoya la cabeza en su pecho y le devuelve el abrazo, fuerte, como si quisiera metérselo en el pecho—. Y por eso no vas a casarte conmigo.

Jude se aparta para mirarla.

—¿Qué dices?

—Que no podemos vivir con ese miembro fantasma. Odio a los fantasmas. —Intenta mantenerse entera, pero él la conoce lo suficiente para saber que se está rompiendo en pedazos.

—¿Estás terminando conmigo?

—Claro que no. Nunca terminaré contigo. Te quiero en mi vida. Solo estoy acabando con los fantasmas. Te dejo libre porque sé que nunca estarás completo conmigo.

—Pero mañana nos casamos.

—No, Jude. Mañana no nos casamos.

—Quiero casarme contigo. Quiero vivir contigo. Quiero ser feliz contigo.

Lara empieza a llorar fuerte. Cada sollozo que sale de su garganta lo deja sin respiración. Los años, los sueños y la vida juntos; todo se le escapa y Jude no sabe cómo hacer para que se quede.

—No puedo, Jude. Podría ignorar el miembro fantasma si tú no lo sintieras todo el rato. Pero es que va a seguir ahí. —Vuelve a señalar el dibujo—. Él va a seguir ahí. No me pidas que me pase toda la vida viendo cómo te muerde su ausencia.

—La. —Respira hondo—. Estoy enamorado de ti.

—No, Jude. A mí me quieres, pero estás enamorado de él. No puedes luchar contra eso. Lo sé desde que te conozco. No es un reproche. Acepté a Sebastian porque sabía que te hacía feliz y que no se iba a meter en nuestra relación. Pero es que está dentro. Tienes que sacarlo a él o sacarme a mí. No podemos vivir los tres aquí. —Le coloca una mano en el pecho—. No así,

Jude. No quiero despertarme con un maldito *y si…* cada día de mi vida.

—No lo entiendes. No hay ningún *y si…* Seb nunca estará conmigo. Él tiene a Georgie.

Lara pone cara de querer matar a alguien; al recuerdo de alguien.

—George está muerto. Muerto, ¿vale? Está muerto —repite.

—No para él.

—¿Y de quién es la culpa? Dime una cosa, Jude. ¿Le has contado lo que te hizo? Si no lo mata eso, no sé qué más lo hará.

—Pero es que no quiero que lo mate eso. No quiero que esa sea la excusa ni el motivo. No soy el sustituto de nadie, La. Me niego a serlo.

La rabia se disipa y Lara está de nuevo llorando. Jude no quiere mirar, pero no puede apartar sus ojos de ella. No quiere perderla y, aunque sabe que ya lo ha hecho, aún tiene la esperanza de que si no deja de mirarla podrá quedarse en ese momento con ella para siempre. Lara y Jude. ¿Cuántas cosas han superado juntos? ¿Cuántos sueños han compartido y cuántos les quedan aún por cumplir?

—¿Por qué tienes que ser así? —inquiere ella.

—¿Así cómo?

—Tan bueno, tan poco egoísta.

—Eso es por ti.

—Yo sí soy egoísta. Por eso no me voy a casar contigo. Yo tampoco quiero ser una excusa, ni la sustituta de nadie. —Él va a replicar, pero ella le pone un dedo en los labios—. Escucha, Jude. Voy a seguir queriéndote me case o no mañana contigo. Te seguiré queriendo sin testigos por mucho tiempo. Lo que siento no se va a ir de un día para otro. Si dentro de seis meses o diez años queremos compartir nuestra vida, volveremos a este mismo punto y lo retomaremos. Sin motivos, sin excusas, sin un miembro fantasma. Solos tú y yo.

—Me estás dejando plantado en el altar.

—Estoy buscando la mejor manera de que seamos felices, los dos.

—¿Y ahora qué?

—Ahora llamaremos a Ava y a Viola y les pediremos que nos ayuden a avisar a todos los invitados.

—No quiero que me odies, no lo soportaría.

—Ni yo, Jude.

Lara mira el dibujo. Jude también lo mira.

Esperanza. Futuro. Felicidad.

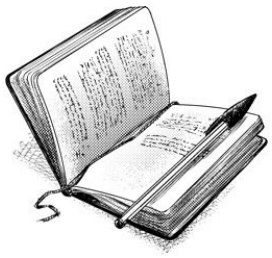
No, Sebastian no ha necesitado un discurso para romperlo todo.

Jude cierra los ojos.

«¿Del uno al diez?».

Ahora mismo se siente un cero.

DIARIO DE JUDE



Me gustaba el silencio previo a que mis dedos comenzaran a moverse por las teclas del piano. Ese instante en que la sala enmudecía y la tensión se convertía en un preludio, en una nota más. El público dormido, expectante, esperando. Yo, lejos de todo, mirando hacia ninguna parte y hacia todo a la vez.

Y, de repente, el mundo despertando a mi alrededor. Los asientos se elevaban y yo me sentía ingrávido, planeando por un túnel que pronto se abría a un espacio iluminado, inmenso y cegador.

La magia de la música. Esa magia que me hacía libre y sin la cual sentía que me faltaba el aire. Era lo que más me gustaba en el mundo, al menos hasta que te conocí.

La música no me juzgaba, solo vivía a través de mí. Nunca sería un maestro del piano, nunca daría conciertos ni sería famoso. Era demasiado inconstante y estaba seguro de que en el momento en que fuera una obligación dejaría de hacerme feliz. Y yo me sentía libre tocando, así que me conformaba con la idea de enseñar a otros a sentirse igual de libres que yo.

—¿Qué piensas cuando tocas? —me preguntaste el día en que te conocí.

—No pienso. El universo lo hace a través de mí.

—Eso no tiene ningún sentido.

—¿Importa?

Me miraste como si nunca fueras a entenderme del todo. Me gustaba que me miraras así, como si no fuera fácil. No había nadie más fácil que yo, Georgie, pero tú no lo sabías, y eso me daba algún poder sobre ti.

Qué idiota fui.

Como si te importara, como si alguien pudiera tener algún tipo de poder sobre ti.

Esa primera vez, cuando te acercaste en la sala de música de mi instituto, me sentí grande y diminuto a la vez. Llevabas un vaquero raído, una camiseta negra de AC/DC y una de tus sonrisas que abarcaban mundos enteros. Fue la primera vez que quise besar una sonrisa. También fue la primera vez que quise besar a un chico.

Georgie, tenías una sonrisa bonita. Qué digo, tenías una sonrisa preciosa. Cualquiera podría caerse en tu sonrisa y yo caí en ella como un imbécil.

Estaba claro que lo haría.

—Soy George Harris. —Tu mano se deslizó por las teclas del piano hasta el lugar en el que reposaba la mía. No me tocaste y aun así podía sentir tu calor por todo el cuerpo—. Puedes llamarme Georgie.

—Jude Baker.
—Jude, tocas como los ángeles.
Qué curioso. Yo estaba pensando que el ángel eras tú.

CAPÍTULO 2

JUDE



—¿Qué ha pasado? —pregunta Ava en cuanto Lara abre la puerta de la casa y se derrumba en sus brazos.

Viola, que llega casi al mismo tiempo que ella, se queda igual de alucinada.

—¿Qué cojones está pasando? ¿Dónde está Jude? —pregunta, ayudando a Ava a llevar a Lara hacia el salón.

Jude no se mueve. No puede hacerlo. Lleva desde que Lara le dijo que no habría boda viviendo a través de una neblina espesa. Tiene un taco de papeles con teléfonos a sus pies, el móvil a un lado, y se supone que tiene que llamar a los invitados. Cancelar la boda, pedir perdón, asegurar que los regalos serán devueltos… Dios.

Viola no entra; se queda detenida en el pasillo, junto al dibujo de Sebastian. La mujer más hermosa y sólida que conoce tiembla al ver la creación de su propio hermano.

—Joder, lo sabía. —Se peina el pelo negro con los dedos y se vuelve para mirar a Jude—. ¿Esto es por Seb? ¿Vas a cancelar la boda por mi hermano?

—Es cosa mía, Vila —explica Lara con la voz rota por las lágrimas—. Por favor, no lo hagas sentir peor.

—¿Por qué? ¿Por qué habéis llegado a esto?

—Vila —insiste Ava, sentándose en el sofá junto a Lara y pasándole un pañuelo de papel—. Ya está. Es su decisión.

—No es justo.

Jude no sabe qué hacer con el cuerpo, ni con las manos. Se siente perdido, lejos de todo. Intenta concentrarse en los teléfonos y es como si no consiguiera enfocar nada. Necesita… Dios, necesita…

Unos brazos cálidos lo rodean con fuerza, una fuerza que grita y protege. La fuerza de Viola.

—Jude, mi pequeño.

—Lo siento. —Una lágrima solitaria se desliza por su mejilla, seguida de muchas otras.

—No es tu culpa.

—Lo siento mucho —insiste. Por supuesto que es su culpa.

—Shh. —Viola lo abraza—. Había una vez un niño que vivía rodeado de silencio. Y hablaba mucho. Hablaba porque se sentía solo y al menos podía escuchar su propia voz, aunque lo que dijera solo fueran historias inventadas por sí mismo. Y así vivió durante mucho tiempo, con su voz como único refugio. Pero entonces hizo amigos y empezó a hablar con ellos. Al principio hablaba por hablar, solo para que los demás lo escucharan. Pero conforme pasó el tiempo

comenzó a decir las cosas que importaban. Era un niño especial y todos se enamoraron de él. Se convirtieron en familia.

Viola lo acuna en silencio. Se toma su tiempo y le da tiempo a él para que respire y se calme.

—¿Recuerdas cuando llegaste con tu hermano? Todo estaba en ruinas, Jude. Mis padres estaban muertos, Sebastian llevaba meses encerrado en una habitación, la poca familia que me quedaba, mis amigos, estaban destrozados también, y yo me sentía muy perdida. Y entonces apareciste tú con toda esa alegría y todos esos sueños y nos volviste locos a todos.

—Era un mentiroso.

—No, Jude. Solo estabas perdido y triste.

—No dejaba de mentir todo el tiempo.

—Mentías para no hacer daño con la verdad. Mentías para seguir vivo.

—No me ha servido de nada. Ya ves.

—¿Que no te ha servido de nada? —Lo aparta para mirarlo a los ojos—. Mírate, mira quién eres. Mira cuánta gente te quiere. Mira a Lara. ¿Qué ha pasado?

—Sebastian.

—Joder, Jude. —Viola le acaricia el pelo—. ¿De verdad quieres esto? ¿Estás seguro? Nunca has sido solo el hermano de mi novio; eres como un hermano para mí. Si esto es lo que quieres, yo te apoyo en lo que haga falta.

—Solo quiero vivir.

¿Vivir? Sí, eso es lo que quiere, por encima de todo lo demás. Estar vivo. Comerse la vida, los días con todas sus horas y sus malditos segundos.

—Odio verte sufrir, Jude.

—Lo sé.

—¿Lara? —Viola se dirige a la chica, que ha dejado de llorar y tiene la cabeza apoyada en el hombro de Ava.

—No puedo, Vila. —Levanta la vista hacia ella—. Dime una cosa. Antes de Henry estuviste con Asher. ¿Habrías sido feliz con él? Tú lo querías, ¿no? Era tu mejor amigo. Estabais hechos el uno para el otro. Eso decía todo el mundo.

—Sí —contesta Viola.

—Pero nunca habrías estado completa. Con Henry es distinto, con él sí lo estás. Y tú, Ava, que pensabas que nunca podrías estar con Asher, mírate ahora. Os veo y las dos habéis encontrado un equilibrio. Nunca he sido de las que piensan que el amor completa a una persona, pero creo que querer compartir tu vida con alguien debe de hacerte sentir llena de alguna forma. No tendría sentido si no lo hiciera. Estoy enamorada de Jude y sé que él me quiere, pero no estamos completos. No hay equilibrio.

—Por mi hermano —observa Viola.

—Por Sebastian, sí.

—¿Qué vais a hacer?

—Yo esperar —explica Lara—. A que pase algo, o a que no pase nada. Quiero ver cómo de cobarde es tu hermano.

Viola menea la cabeza.

—Ya somos dos.



—He dividido la lista de invitados en tres montones —informa Viola—, uno para cada una.

—¿Y Jude? —inquiere Ava.

—Yo iré a casa de los Simmons —explica él.

—Pues voy contigo —asevera Lara.

Y es normal que se lo proponga, es su familia. Pero Jude puede lidiar con la familia de Lara; incluso con Adam, su mellizo y el más apegado a ella. También ha sido la suya durante todos esos años.

—No, lo haré solo.

—Es la segunda boda que se cancela en mi familia en menos de un año —musita Lara.

—Es verdad, ¿quién fue el otro? —inquiere Ava.

—Mi hermano Adam. —Ella se encoge de hombros—. Se dio cuenta de que no quería casarse con ella a las puertas de la iglesia. Fue un poco dramático, sobre todo por el ataque de ira que le dio a la novia. —Sonríe y Jude no puede evitar sonreír con ella. La situación había sido surrealista y dio de qué hablar durante meses en el pueblo. Apenas se conocían cuando decidieron casarse, y con la misma celeridad se separaron—. Al menos nosotros lo cancelamos antes.

—No puedes ir solo, Jude —dice Ava.

—Tengo que hacerlo. —Extiende la mano hacia Lara, que coge la suya para darle un apretón —. Vendré a ayudar en cuanto termine.



Los Simmons viven en una de las casas más grandes del pueblo, de dos plantas, largos pasillos y un sinfín de habitaciones. Es una de esas familias ruidosas, compuesta en su gran mayoría por hombres. Allí viven los tres hermanos de Lara, el padre, el abuelo materno y un primo; aunque este último solo pasa temporadas con la familia. La única mujer, además de Lara, entre tanta testosterona es la madre de esta última, una señora tan pequeña como su hija e igual de fuerte que ella.

En cuanto Jude les da la noticia se lo toman como siempre hacen los Simmons, de manera comprensiva. Enseguida abrazan a Jude, le aseguran que seguirán siendo familia aunque no se case con Lara y sacan una botella de *whisky* de su alijo personal con la que cerrar el trato y ahogar un poco las penas.

Cerca de Chichester, los Simmons tienen una tienda que antiguamente solo era de vinos, abierta por el bisabuelo de Lara. Ahora, además, venden licores y otras bebidas, y hacen todo tipo de eventos como catas y fiestas exclusivas. El alcohol siempre ha sido la medicina para las curas en la familia y es casi una ofensa negarse a beber con ellos.

Jude se bebe casi tres vasos por compromiso y vuelve a la casa mareado y sin fuerzas para encontrarse a las chicas llamando a los invitados y a su hermano Henry terminando de servirles la cena en platos de papel.

—¿Qué has preparado? —le pregunta a su hermano.

Henry compone un gesto de preocupación. Lo agarra cuando se tambalea a un lado.

—¿Estás bien?

—Estoy borracho, y creo que podría comer.

—Siéntate.

Su hermano lo acompaña al salón, donde el resto ya está terminando de cenar. Le sirve lasaña de verduras. También le hace beberse un par de vasos de agua para conseguir que le baje un poco el alcohol.

—¿Qué te ha dicho mi familia? —le pregunta Lara.

—Me han dado de beber. —A Jude le da vueltas la cabeza mientras traga la mejor lasaña del mundo, la de su hermano. No le sabe a nada.

—Dime que no has conducido en ese estado —musita Henry.

—Me ha traído Adam. Él estaba bien.

—Dios, si papá y mamá te vieran… —Henry se pasa una mano por el pelo.

—¿Los has avisado?

—Sí. Les prometí que irías a casa para explicarles lo que ha sucedido.

—Vale.

—Puedo ir contigo —se ofrece Lara.

Jude la mira y casi se atraganta con la comida cuando se le escapa un sollozo. El alcohol consigue que se sienta todavía peor con la situación.

Viola se levanta y le pasa un brazo a Henry alrededor de la cintura. Él la mira de esa manera que hace que Jude crea en imposibles. Nunca se cansaría de observar la felicidad en la cara de su hermano.

—¿Y Seb? ¿Alguien se lo ha dicho? —pregunta ella.

—Mañana se lo diré —contesta Jude—. Iré a la iglesia.

—¿No deberías avisarlo antes? —pregunta Henry esta vez—. Es lo correcto.

Lara resopla.

—¿Para qué? Se echará la culpa y probablemente venga a intentar convencernos de lo maravillosa que es nuestra vida.

—Es mejor así —admite Jude.

—A lo mejor hace algo —murmura Ava.

—No va a hacer nada —replica Lara.

—Pero tiene que hacer algo. —Ava mira a Jude, que está tomándose el segundo vaso de agua —. No puede pasarse la vida sin hacer nada. Él te quiere. Eso es más que evidente. Lo sabe todo el mundo.

—A veces el amor no es suficiente —musita Jude.

—No me jodas, Jude. —Viola lo fulmina con la mirada—. No te lo crees ni tú. Puede que el amor no sea siempre suficiente. El amor es eso que se va vertiendo dentro de ti. Tienes un tanque dentro y se va llenando más y más. Cuanto más quieres, más se llena. Y ese tanque no tiene siempre el mismo tamaño, depende del momento y de cómo te sientes, se puede agrandar o hacer más pequeño. Y puede que a veces no haya suficiente líquido, pero el tanque sigue creciendo porque tú creces y la vida lo hace contigo. El amor está ahí, Jude. No solo el amor romántico, sino este que tienes aquí —abre los brazos—, el de la gente que te quiere. ¿No es suficiente para ti?

—No hablo de eso, V.

—Sí, hablas de eso. Crees que no eres suficiente para él, pero yo creo que él piensa que no lo es para ti. No os dais cuenta de que el amor es eso que sientes. No podéis luchar contra eso.

—Sebastian tiene que hacer algo —insiste Ava.

Viola se echa a reír. Una risa amarga, pesimista.

—Hablamos de la misma persona que se pasó casi catorce meses encerrada en una habitación escribiendo un cómic para su novio muerto mientras yo me moría de preocupación. Joder, Georgie ni siquiera era su novio. —Mira a Ava y luego a Jude—. Hablamos de Seb.

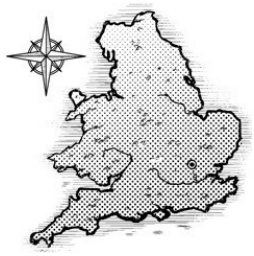
—Vaya mierda —dice Ava.

—Sí, vaya mierda —contesta Viola.

Lara en cambio, esboza una sonrisa que Jude no consigue interpretar.

CAPÍTULO 3

SEBASTIAN



«Quiero casarme. No en una iglesia. Quiero casarme en el hotel de tus padres. Ahí sería perfecto. Pasaríamos la noche en tu habitación del segundo piso. Y luego iríamos de viaje a alguna parte».

Sebastian dibuja en su *tablet*. Lo dibuja a él. Lleva tiempo dibujándolo a él.

Cuando se pierde, lo dibuja a él.

Cuando las ganas de tenerlo cerca le resultan insoportables, lo dibuja a él.

Cuando cree que el corazón se le va a partir en dos, lo dibuja a él.

Solo a él.

Ahora también lo hace. Dibuja su espalda mientras se acercaba a él en la iglesia, con su pelo sin una sola trenza y la luz del sol incidiendo sobre las vidrieras de colores. Lo dibuja en el que debía ser el mejor día de su vida y acabó en ruinas.

Jude, con su traje hecho a medida, su camisa rosa y los hombros hundidos. Jude, hablándole con su voz áspera y una alegría que no le llegaba al rostro.

«"Él tomó su espada y colocó el metal desnudo entre los dos". Es de un antiguo poema nórdico. Se refiere a dos amantes que pasaron una única noche juntos separados por una espada para evitar consumar su amor. Borges le pidió a Kodama, la chica con la que se casó, que le grabara la frase en su lápida. Se llevaban treinta y ocho años, ¿sabes? Compartieron tres meses de vida antes de que él muriera. La espada del poema se llamaba Gram. Georgie es esa espada. Tú te has encargado de convertirlo en Gram, una espada afilada, para que no me acerque a ti».

Dibuja el perfil de Jude, los hoyuelos desafiando las normas en un rostro demacrado y sin atisbo de sonrisa.

Jude.

Pero ¿dónde está Jude? ¿Qué ha hecho con él? ¿Qué cojones le está haciendo?

«¿No te interesa saber qué es lo que quiero?».

¿Que si le interesa? ¿Acaso le interesa otra cosa?

Sebastian contempla el dibujo y se traga las ganas que tiene de hacer algo, cualquier cosa.

«Quiero casarme contigo».

Se siente dentro de una maldita pesadilla. Desde el momento en que Jude le anunció el año pasado que iba a casarse no ha hecho más que ahogarse en la misma pesadilla. Una y otra vez. Ni siquiera los dibujos conseguían sacarlo de ella. Escuchaba las campanas de boda, veía a Jude y a Lara como llevaba más de once años viéndolos, felices, perfectos el uno para el otro, pero algo había cambiado. Una boda implicaba un adiós definitivo. Sebastian lo sabía. Puede que siguieran

siendo amigos, pero Jude dejaría de mirarlo. No más coqueteos, no más súplicas silenciosas, no más interrogantes.

«No va a haber boda», le dijo esa misma mañana.

¿Por qué, Jude, por qué? Desde luego, él no lo merecía.

Aún recuerda cómo se sintió unos meses atrás, cuando le pidió que fuera su padrino de boda y que preparara un maldito discurso.

—Ya terminé de arreglar lo del *catering* —le había dicho Sebastian, dejándole sobre la barra de la cocina la carpeta con toda la información.

Animado por Viola, Jude se había pasado todo el fin de semana en su casa inmerso en los preparativos de la boda mientras Lara se encargaba de otras cosas con su familia.

Jude levantó la vista del portátil. Examinó los documentos por encima y le dedicó una amplia sonrisa.

—Gracias. Te debo una hamburguesa de legumbres.

—Sabes que no soy vegetariano, ¿verdad?

—Una bien grande, Cup. —Jude siguió leyendo algo en la pantalla. Parecía concentrado—. Te he visto chuparte los dedos.

—Porque no me queda más remedio cuando la prepara tu hermano en casa, pero siempre preferiré la de carne.

Jude resopló.

—Algo malo tenías que tener. No quiero decir que no tengas más cosas malas, pero que te guste la carne es una de ellas.

—Que yo sepa no eres vegano radical, solo vegetariano.

—Es que me gusta mucho el queso, Cup. Y los huevos. —Compuso una mueca—. Nunca he dicho que fuese perfecto. Soy casi perfecto, pero no perfecto. ¿Comprendes?

—Ajá. ¿Qué más cosas malas dices que tengo?

—¿Quieres una lista? ¿Te la mando al correo? Es que tengo cosas que hacer ahora mismo. No te puedo prestar mucha atención.

—Lo que tú digas. ¿Necesitas que te ayude con algo más de la boda? Pídeme cualquier cosa.

Jude se lo quedó mirando más tiempo del necesario. Ojalá pudiera pedirle lo que realmente necesitaba. Ojalá no fuera tan cobarde para desear que no lo hiciera.

—Lo tenemos todo bajo control.

Sebastian sonrió.

—No te imagino casado.

—Ya me verás. ¿Te has pensado lo de ser nuestro padrino?

—No sé si es buena idea, Baker.

—¿Por qué? Eres mi mejor amigo. Solo tendrías que dar un discurso de nada. Prometo no echarme a llorar.

—No cuela. Tú siempre lloras.

—Me gusta expresarme.

—¿A dónde vais a ir de luna de miel?

Jude se encogió de hombros mientras bajaba el cursor del ratón.

—No lo hemos pensado. Ava nos comprará algún billete e iremos a donde se nos ocurra. Eso da igual.

—¿Idea tuya o de ella?

—De los dos.

—Sois tal para cual.

Su amigo dejó el portátil y giró la silla para mirarlo. Se había puesto una camiseta rosa con el bordado de un delfín en el lado izquierdo del pecho y unos pantalones de chándal negros. El pelo lo llevaba suelto, como de costumbre, pero se había recogido dos de los mechones trenzados hacia atrás en una coleta para que no le molestaran mientras trabajaba con el portátil.

—¿Serás mi padrino? —El cansancio se reflejaba en sus ojos verdes, ligeramente enrojecidos por llevar tantas horas delante de la pantalla.

—No lo sé, Baker.

—No me imagino a nadie más. Eres la única persona que quiero esperándome en el altar. ¿Sabes? El discurso lo puede hacer tu *alter ego*. Buttercup, autor famoso por hacer llorar a la gente. Nadie sabrá que eres tú, solo yo. Será nuestro secreto.

—Eres consciente de que somos la misma persona, ¿no?

—No del todo. Cuando eres Buttercup llevas una máscara. Eres un poco ficción.

—¿Por eso me llamas Cup? ¿Te parezco ficción?

—Es más fácil cuando lo eres. Cup no duele tanto como Sebastian.

Las palabras de Jude fueron como un puñetazo directo en el pecho.

—¿Qué quieres decir?

Jude atrapó una de sus trenzas con nerviosismo, pero la soltó en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—Como te decía —dijo, ignorando su pregunta y toda la conversación. Sebastian comprendió que acababa de pisar una línea y que no podía ir más allá—. El discurso puede hacerlo Buttercup, ilustrador famoso conocido por obras como *Barnard*, el cómic más querido y llorado de la historia de los *webtoons*. Iba a enumerar todos los cómics que has hecho, pero es evidente que todo el mundo se acuerda más de este. Debe ser por el drama. ¿Te has fijado en que la gente recuerda más las historias que terminan mal?

Sebastian sintió un desasosiego repentino. Jude solo estaba intentando desviar la conversación, hacerlo olvidar. Pero Sebastian no podía olvidar. No cuando había escuchado lo que le había dicho y lo había comprendido. A Jude le dolía. Y él no podía hacer nada para evitarle ese dolor. No podía, joder.

Se encogió de hombros.

—Sí, me he fijado. Por norma general, somos masoquistas.

—Yo creo que es porque los sentimientos son inmortales. Olvidas una historia que te lo hace pasar bien, pero no una que te destroza y te hace llorar. Ese sentimiento se te queda. La angustia es una huella, las lágrimas que te han arrancado son otra huella.

—Creo que deberías hacer tu propio discurso. Se te da bien.

—Venga ya. Métete en tu papel de Cup y haz que todo el mundo llore. Quiero que seas inmortal el día de mi boda. No quiero olvidarlo nunca —dijo y a Sebastian le pareció que decía «no quiero olvidarte nunca».

Jude lo miró y Sebastian le devolvió la mirada, y esa maldita chispa, la tensión, la vida que cobraban cuando estaban juntos, se despertó de golpe. A Sebastian le latía el corazón como si se le fuera a salir del pecho. Le ardía la mano por la necesidad de tocarlo. No era la primera vez que se tocaban, se abrazaban o dormían juntos, pero esa chispa solo se daba en contadas ocasiones, cuando bajaban la guardia y se permitían querer algo más. Una chispa que Sebastian se aseguraba de matar deprisa.

En este caso, desvió la mirada y pudo ver la mueca de dolor en el gesto de su amigo. Joder,

cómo le dolía hacerle daño.

—Tu hermano sería mejor padrino que yo, y seguramente no llorarías. Cualquiera de los hermanos de Lara sería mejor opción y todos lloraríamos de la risa con sus chistes.

Sebastian no lo entendía. Era evidente que Henry sería mejor opción que él. Era el hermano de Jude, tenía que ser él. Pero por algún extraño y retorcido motivo Jude quería que fuese él quien le diera su particular «sí, quiero».

«Sí, quiero que seas feliz».

«Sí, vas a ser feliz con ella».

«Sí, estoy de acuerdo».

«Sí».

—Baker —insistió al ver que su amigo volvía a observar la pantalla.

—Mmm. —Jude estaba comprobando la lista de asistentes; marcaba los que se habían quedado en asterisco por no encontrarse disponibles a principios de mayo.

—¿Es importante para ti?

Jude clavó sus ojos verdes en él.

—No quiero que hagas nada que no quieras hacer, Seb.

—¿Es importante para ti? —insistió.

—Sí.

—Entonces lo haré.

—¿Seguro? ¿No me dejarás tirado?

—No haría eso, idiota.

Jude sonrió y sus hoyuelos se asomaron. Sebastian se los quedó mirando como siempre hacía. Los dichosos hoyuelos. ¿Cómo sería morderlos? Se lo había imaginado tantas veces que casi podía sentir el tacto de su piel en los labios. Casi. Ese «casi» marcaba la diferencia.

De pronto se sintió demasiado incómodo para seguir ahí, de modo que decidió que era hora de subir a su dormitorio.

—Tengo que irme. Avísame si necesitas cualquier cosa.

—No me hagas llorar mucho, Cup.

—Lo intentaré.

Dedicó meses a pensar en ello, pero al final no había hecho un discurso al uso; se había decantado por un dibujo. A Sebastian no se le daban bien los discursos. Dibujar era la mejor manera que tenía de expresarse. Su idea era llevar una copia del mismo a la celebración y que le sirviera como apoyo del discurso, pero en el último momento se le ocurrió que podría ser también un buen regalo de boda. Se sentía orgulloso de lo que representaba el dibujo.

Todo lo que sentía por Jude estaba ahí. Se había desnudado delante de él, se lo había dado todo con la esperanza de que Jude pudiera verlo. Esa era su manera de hacerle comprender que estaba bien. Que siempre tendría su amistad si la quería. Sebastian sonreiría aunque tuviera que dibujarse la sonrisa. Lo escucharía hablar de su vida y estaría ahí como su amigo aunque su corazón se cayera con cada palabra. Estaría cerca de él aunque los separara un abismo.

La escena del dibujo era justo esa. Su despedida, su «gracias por tanto», «gracias por todos estos años», «gracias». Un reflejo de lo que Lara y Jude eran juntos. Dos almas eternamente unidas, felices, con una vida llena de esperanza. Eran perfectos, todo era perfecto.

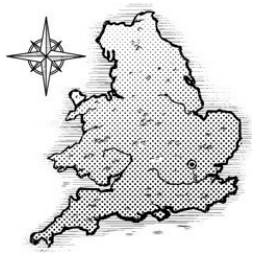
Y había dejado de serlo.

Frustrado, Sebastian deja todo lo que está haciendo y sale de su habitación, de la casa familiar donde aún vive y que comparte con su hermana y Henry. Se aleja de todo y pone rumbo

hacia la única persona que quizá puede darle alguna respuesta.

CAPÍTULO 4

SEBASTIAN



Con el paso de los años, la muerte convirtió a George en una pantalla con interferencias, retazos de lo que fue y de las promesas que se hicieron.

Así es como lo ve ahora. Una pantalla en negro y George en medio, entre una lluvia de interferencias. Tendría que haber dejado de doler, pero lo cierto es que no lo hace. Quizá porque la muerte había sido algo repentino, quizá por todo eso que no se dijeron, por toda la rabia acumulada, por los miedos, por ese amor cruel y egoísta que nunca consumaron.

El día en que George murió, Sebastian creyó haberse ido con él. En realidad se quedó allí, encerrado en ese momento, entre las paredes que escondían sus secretos. Durante todo ese tiempo había sentido que tenía que compensar el tiempo que George no había vivido. Compensar algo. Compensarlo todo.

George se llevó su libertad, sus sueños, su corazón.

O eso pensaba hasta que llegó Jude y le demostró que había algo más.

Más que dolor.

Más que muerte.

Más que vergüenza.

Más que desesperanza.

Más.

—Sabía que te encontraría aquí —murmura una voz a su espalda, acercándose al borde del tejado donde Sebastian lleva un rato perdido en su mundo—. ¿Va a ser así siempre?

El tejado de la biblioteca era uno de los lugares favoritos de George. Disfrutaban viendo la puesta de sol desde ahí, el despliegue de tonos rojizos y violáceos mientras el sol desaparecía por el horizonte. Pasaron muchas tardes juntos en ese tejado; también con Viola y el resto de sus amigos. Era su lugar. El de todos, pero sobre todo el de George.

—Hola, Lara. Yo también me alegro de verte. —Se gira para mirar su rostro ojeroso y los ojos hinchados. Se le revuelven las tripas al verla así, imaginándose a Jude en un estado similar.

—No creas que has ganado nada. No me voy a ir a ninguna parte. Voy a quedarme y averiguar por mi cuenta hasta dónde llega tu cobardía.

—Lara…

—No te lo mereces. Te haría falta más de una vida para merecértelo.

—¿Has hablado con él? ¿Cómo está?

—Se lo puedes preguntar tú, si te interesa.

Sebastian asiente, ignorando la punzada molesta que siempre lo atraviesa cuando piensa en

un Jude muy distinto del que conoce, compartiendo su vida con ella.

—Siento que haya acabado así. No tendría que haber acabado. Sois perfectos el uno para el otro.

—La verdad es que sí.

—¿Por qué no haces algo? Aún estáis a tiempo.

—¿De verdad me lo preguntas? ¿Tú? No seas hipócrita. —Lara se coloca a su lado. Parece diminuta junto a él pero su fuerza es arrolladora. Lleva el pelo rubio oscuro ceniza recogido en un moño y varios mechones se le escapan a los lados de la cara—. ¿A qué venía el dibujo? ¿Creías que no le iba a afectar? ¿Qué pensabas que iba a pasar?

—Solo es un regalo. —Sacude la cabeza—. Es lo que veo cuando os miro. Podéis tirarlo si no os gusta.

—¿Lo que ves? ¿Y sabes lo que ve él? ¿Sabes lo que vemos nosotros? —Se le acerca un poco más—. Te vemos a ti, Sebastian. Siempre estás. Nada es perfecto si tú estás en medio.

—Era mi discurso. Jude me pidió un discurso, pero se me da fatal, así que lo dibujé. Quería desearos lo mejor, nada más.

Lara suspira. Conoce bien las expresiones de esa chica y comprende que está al borde, justo al límite de explotar, y él no tiene claro si quiere estar ahí cuando suceda.

—Jude no me oculta nada, sé lo que siente. Y tú también lo sabes. —Sus ojos lo desafían a que la desmienta, pero él no tiene intención de hacerlo—. No quiero despertarme dentro de veinte años y saber que sigue pensando en qué habría pasado si las cosas hubiesen sido distintas. Conmigo puede ser feliz, pero siempre le faltará algo.

Él guarda silencio. No quiere hablar. No quiere pensar. Porque si piensa echará a correr, si piensa lo buscará. No puede hacer eso. No puede, joder.

«Prométeme que no vas a soltarme nunca». Sebastian mira el horizonte por encima del hombro de Lara. Escucha la voz de George cuando le hizo esa promesa, el miedo y la frustración que transmitían sus palabras.

—Sebastian —lo llama Lara.

Él menea la cabeza.

—No puedo, ya lo sabes.

«Siento que me voy a perder todo el tiempo». No. No puede.

Ella le da la espalda para situarse junto al borde del tejado.

—¿Te contó lo que le hizo? —Tiene las orejas rojas, la mandíbula apretada—. ¿Te has molestado siquiera en saberlo? Porque yo sí lo sé. Cada maldito detalle, lo sé. Si alguien se merece ser feliz, es él. Y yo no puedo dárselo, Sebastian. Lo he intentado, de verdad que sí, pero no puedo. —Menea la cabeza—. Solo tú puedes hacerlo.

Sebastian traga saliva. No. No lo sabe. No ha tenido valor para preguntarte, aunque es consciente de que Jude lleva todos esos años esperando a que lo haga.

—Habla. Dime que al menos le has preguntado.

—Lara.

Ella se gira para encararlo y en sus ojos descubre la verdad.

Si algo tiene la verdad es que una vez te pasa por encima todo cambia sin remedio. Como el accidente de coche que se llevó a sus padres, a su padrino y a George. La verdad es como la muerte.

—Fueron cuatro. —Lo dice despacio, acercándose a él para no perderse ninguna de sus expresiones—. Se lo fueron pasando como a un juguete. Tu George no lo tocó, dejó que otros lo

hicieran por él como el cabrón cobarde que era. Y después hizo algo peor. Lo anuló. Lo destrozó. ¿Por qué le haces algo así a una persona como Jude? Dime. ¿Lo sabes? Solo un jodido enfermo haría una cosa así. Ese es el chico al que le has entregado tu vida. —Lo empuja hacia atrás con rabia—. Una mierda de persona. Ojalá se esté pudriendo donde quiera que esté.

Sebastian retrocede como si la distancia pudiera alejarlo de la verdad. Ha palidecido, tiene los ojos rojos y la mirada perdida. Siente los latidos del corazón bloqueándole los oídos y aun así… Aun así lo escucha. Lo escucha todo. Ojalá no lo escuchara, ojalá todo fuese mentira, ojalá estuviera encerrado otra vez, lejos de todo. Ojalá hubiese sido él quien iba en el coche. Nada de eso habría pasado. Ojalá no hubiese querido a George. Ojalá nunca lo hubiese besado. Ojalá no fuese gay. Ojalá no existiera. Dios. Se lleva las manos a la cabeza; de pronto le duele como si alguien bateara contra ella. La verdad. Los secretos. George.

Jude.

Solo puede pensar en él. En sus ojos. En su sonrisa. En sus hoyuelos. En su corazón. El corazón más grande que ha conocido nunca lo tiene él y lleva años intentando entregárselo, los mismos años que él lleva rechazándolo.

No. No. No.

No es verdad. No puede ser verdad.

Jude.

—¿Sabes lo que me costó que me tocara? —continúa Lara, implacable—. ¿Te haces una idea del tiempo que pasó antes de que me dejara verlo desnudo? Odiaba su cuerpo, odiaba mi tacto sobre él. Ni siquiera soportaba que me pusiera encima y lloraba cuando estaba a punto de correrse. Fueron años, Seb, años de esperar a que la mierda de George terminara de limpiarse de su cuerpo. Años hasta que se fue de aquí. —Se señala la sien—. Y no me vengas con ese rollo de que es culpa tuya, que tú convertiste a George en eso. Una buena persona no actúa así. El mundo está mejor sin él, y, desde luego, Jude está mejor sin ti.

Lara respira hondo. No deja de mirarlo. Se pregunta qué ve. Ahora mismo duda que se refleje en un espejo. Duda de su existencia. Duda de todo.

—Espero que se dé cuenta. —Las lágrimas ruedan por las mejillas de Lara, pero su voz no pierde fuerza—. Que algún día se dé cuenta de que merece algo más que a un hombre que no es capaz de ver más allá de su propio dolor. Merece a alguien que apueste por él con todo, que lo quiera y lo valore.

Lara se limpia las lágrimas con rabia. Él continúa paralizado. Por su mente se suceden retazos de su vida, las huellas de las heridas que ha ido sellando a lo largo de los años. ¿Cuándo había sucedido todo esto? ¿En qué momento había dejado que el miedo ganara? Solo tenía que escarbar. Jude lo había intentado durante años, escarbar en él, en su relación con George, pero no lo había dejado. Había apartado lo que sentía por Jude y se había quedado con la mano aferrada a lo que tuvo con George, a las promesas que le hizo. Había muerto en el pasado. ¿Y qué le queda ahora? Solo la verdad. Esto.

—Me gustaría ser yo —prosigue Lara—. No sabes cómo me gustaría ver que lo has perdido. Porque si sigues con esa actitud lo vas a perder. Y, cuando lo hagas, seguro que George se ríe desde donde quiera que esté. ¿Y sabes qué? De eso sí podrás echarte la culpa. Tienes toda tu vida de mierda para culparte. Que te aproveche.

Y tras soltarle la bomba se marcha como ha venido, dejándolo ahí, con la pantalla en negro que es George y las interferencias de fondo.

DIARIO DE JUDE



Después de esa noche no hablamos en dos semanas. Pensé que habías desaparecido. Quería que desaparecieras. Los días pasaban y la forma de tu cara se iba borrando como un mal sueño. Igual que lo que sucedió esa noche. De día no lo recordaba. Solo cuando dormía lo hacía a través de los sueños. Todo se repetía, una y otra vez, y no conseguía escaparme. Tú nunca me ayudabas a salir de allí. Solo veía tus ojos. Luego me despertaba y me daba cuenta de que no había sido un sueño, que en realidad sí había pasado y que al igual que en el sueño te limitaste a mirar.

Me preguntaba qué habías sentido, en qué pensabas mientras mirabas. No dejaba de hacerme esas malditas preguntas, pero me daba tanto pavor que era incapaz de pronunciarlas. Sentía que si hablaba de ello, aunque fuera contigo —quizá porque eras tú—, sería real. Y lo que había sucedido era demasiado horrible para que fuera real.

Entonces viniste a verme tocar. Cuando te vi entrar en la sala, me bloqueé. Era una prueba de nada, ni siquiera era para nota. Me quedé mirando mis manos sobre las teclas del piano sin poder moverme. Blanco y negro. Los segundos pasaban y yo seguía allí. Fue algo extrasensorial, como si pudiera verme desde fuera.

Recuerdo como si fuera hoy los sonidos. Los carraspeos, las páginas pasando desde las mesas que ocupaban los profesores, los murmullos de mis compañeros. Y en medio de todo eso estabas tú, al fondo, observándome como un día cualquiera. Había sucedido un terremoto dentro de mí, un desastre natural que llevaba tu nombre, y tú estabas ahí como si no fueras la consecuencia.

Notaba el peso de tu mirada sobre mí, el peso del miedo dando vueltas en mi estómago como un centrifugado. Y luego tu calor cuando tomaste asiento a mi lado, dándome la espalda. Solo entonces reaccioné. Regresé a mi cuerpo. Tomé consciencia de lo que estaba sucediendo a mi alrededor, pero no conseguí volverme. No podía mirarte.

Me dijiste: «Toca. Deja que la música diga todo lo que no puedes decir».

Y después: «Deja que salga todo».

Y al final: «¿Del uno al diez? Saca las fuerzas de donde sea, Jude, aunque seas un cero».

Y toqué.

Y mientras tocaba, deseé que estuvieras muerto.

CAPÍTULO 5

JUDE



—¿La? ¿Eres tú? —pregunta Jude al entrar en el piso a oscuras y verla a ella ahí, en el pasillo, observando el dibujo. La historia se repite, pero al revés.

—¿Jude? ¿Qué haces aquí? Pensé que habías vuelto a casa de Asher.

—Sí. Me dejó volver a mi piso.

—Querrás decir que te dejó Ava.

Él se encoge de hombros con una sonrisa tímida. Asher vivía en una casa de dos plantas y no usaba la de abajo. Nunca fue su intención alquilarla, pero Ava, su mujer, quería tener a Jude cerca y no había dejado de insistir hasta que Asher accedió a alquilarle la planta baja en el momento en que Jude decidió independizarse, hacía ya seis años.

—¿Qué haces aquí sola? *Quierodecir* —empieza a explicarse, con esa coletilla que suelta como si fuese una única palabra—, en realidad es tu casa y soy yo quien no debería estar aquí, pero es que quería coger el cuadro y creo que no deberías estar sola. No ahora. —No cuando lo está pasando tan mal.

—Todavía es nuestra casa, Jude. No soy capaz de imaginarme viviendo aquí sin ti.

Jude se sienta junto a ella, le coloca el pelo por detrás de la oreja.

—No quiero que estés sola.

—Henry me dijo que habías venido, esperaba encontrarte aquí. —Levanta la vista hacia él—. Es que estoy triste, Jude. Odio estar con gente cuando estoy triste, ya lo sabes. Tampoco quiero que Adam me vea así. Solo quiero estar contigo.

—Claro, estás triste por mi culpa. Deberías estar enfadada y odiándome.

—Estoy enfadada. Pero es que no te puedo odiar.

—Lo he estropeado todo, La.

—Fue idea mía. Y ahora estoy triste y da la casualidad de que la única persona que me puede consolar eres tú.

—Eso no tiene ningún sentido. Estás sufriendo por mi culpa.

—¿Y desde cuándo le buscamos sentido a lo que tenemos? Tú también estás sufriendo y no es justo. ¿No me vas a dar un abrazo?

—Ven aquí. —La sube a su regazo y la besa como lleva años haciendo, como si se la bebiera —. Te quiero, La. —Le acaricia la mejilla con ternura.

—Lo sé.

Él la vuelve a besar, esta vez con más intensidad.

—Te quiero muchísimo.

—Lo sé, Jude. Lo sé. —Lara se echa a llorar.

Jude la abraza más fuerte; él también llora.

—Deberías ser tú. Deberíamos habernos casado.

—Habríamos sido felices —asiente ella.

—Muchísimo.

—Habríamos tenido cinco hijos. Y todos se habrían parecido a ti.

—Por Dios, no.

Ella se ríe.

—Les habríamos trenzado el pelo cada mañana.

—Y yo te habría hecho el amor todos los días antes de desayunar —le susurra Jude al oído con voz áspera.

—Te acariciaría el pelo como te gusta cuando tuvieras pesadillas.

—Te haría un masaje en los pies cuando llegaras del colegio.

—Y Ava nos conseguiría el billete más barato a cualquier rincón del mundo.

—Nunca faltaríamos a la cena de Navidad de mis padres.

Lara respira hondo y suelta el aire.

—No deberías haberme plantado en el altar, Jude.

—Técnicamente me plantaste tú. —Le da un golpecito en la nariz con el índice.

—Habríamos sido felices. —Ella se echa a llorar otra vez.

—No llores. —Jude la estrecha entre sus brazos—. Por favor. Aún estamos a tiempo. Si quieres. Si todavía me quieres, porque yo sí que te quiero.

—No estoy llorando por eso, Jude. Te quiero, pero sé que te voy a superar. Y que algún día sentiré todo esto por otra persona. Y me dolerá porque no quiero separarme de ti nunca. Pero no me voy a cerrar al amor. Yo no soy así. Pero tú… —Posa su frente en la de él—. Me pone tan triste que no seas feliz… No quiero dejarte.

—Estaré bien.

—Estarás solo. Con él siempre estarás solo.

—Lo sé. Ya lo sé, La. Pero ¿sabes qué? Él también está solo, así que nos acompañaremos en nuestra soledad. Será como estar juntos.

—Eso suena espantosamente triste.

—Quiero verte feliz. Quiero que cumplas todos tus sueños aunque no sean conmigo. Prométemelo. —La besa con dulzura—. Promételo o no podré dejarte ir.

—Jude. —Lara se aferra a sus hombros.

—Prométemelo —insiste él.

La besa en los labios, en las mejillas, en el cuello y en la piel de los hombros que el vestido ha dejado al descubierto; cada vez que sus labios se posan sobre su piel, lo hacen con la desesperación de quien sabe que nunca más volverá a hacerlo.

—Te lo prometo.

Lara le acaricia el pelo.

—¿Me haces el amor? —pregunta—. Una última vez.

—Te lo haré toda la noche, si te parece bien.

CAPÍTULO 6

JUDE



HAY GRILLOS EN LA PUERTA DE SU CASA. NO DEJAN DE TARAREAR UNA CANCIÓN QUE JUDE NO quiere oír. Quiere que se marchen, que lo dejen seguir durmiendo. Pero el sonido es estridente y demasiado desagradable para obviarlo. Mierda.

Los grillos siguen reclamándolo. Fue culpa suya al cambiar la melodía del timbre de la casa por el canto armónico de esos bichitos tan simpáticos. A Jude siempre le ha gustado ese sonido. Le recuerda a las noches de vacaciones con su familia en la playa, la tradición de los Baker. Dos semanas cada verano juntos en Milford on Sea. No era tan importante como la Navidad, pero siempre lo hacían. Al menos hasta su dieciocho cumpleaños, cuando su madre lo sentó para contarle que Henry y él eran adoptados. Pasaron muchas cosas entonces. Pasó la universidad. Pasó George.

Y ahora el timbre lo avisa de que alguien muy pesado está al otro lado de la puerta de la entrada. Jude sabe quién es. Solo una persona puede tocar con tantísima insistencia.

—¿Qué quieres? —le gruñe a un Asher que da saltitos en la puerta nada más abrir.

Asher y su hiperactividad. Va con ropa de deporte pegada a la piel, dejando bien visibles todos esos músculos de película. El pelo castaño oscuro despeinado le cae sobre la frente; parece que acaba de echar un polvo y el orgasmo le sienta increíblemente bien.

Jude compone una mueca. Asher es el sueño de cualquier hombre o mujer, pero a él solo le pone de mal humor la mayor parte del tiempo. Lo que no quita que tenga un físico impresionante y que Jude se fije en él; habría que estar ciego para no hacerlo. Por supuesto, nunca se le ocurriría hablarle de la curiosidad que siente por tocarle los bíceps o esos abdominales; solo para comprobar su dureza, claro. Los muslos también, ya que está. A Ava sí se lo ha confesado, por supuesto, y ella ha dedicado su tiempo a intentar explicárselo.

—¿Todavía estás así?

—Y voy a seguir así.

Jude ni siquiera se molesta en cerrar. Asher podría tirar la puerta abajo si quisiera.

Asher lo sigue a su dormitorio.

—¿Has visto la hora que es?

—¿La has visto tú? —Jude se deja caer en la cama, boca abajo. Suelta el aire con desgana.

Oye cómo Asher abre el armario y comienza a lanzarle ropa encima.

—Las siete y media, Ash. De la mañana.

—Y tienes tres minutos para levantarte de ahí. Quiero estar en casa de vuelta antes de las nueve. Así le doy un poco al saco de boxeo mientras tú haces pesas antes de desayunar. Pero lo

primero es lo primero.

El marido de su amiga tiene TDAH y el ejercicio físico es casi una necesidad para sacarse parte de la adrenalina de encima. Por eso tiene ese cuerpo, es la única forma de no pegarle al mundo ni matar a su amiga a base de sexo, aunque probablemente a ella no le importaría. Y desde el día en que se mudó lo ha obligado a que se lleve a Jude a correr con la excusa de que pasa demasiado tiempo sentado y tiene que hacer ejercicio. Lo que no es del todo mentira ni del todo verdad. Jude ya hace deporte, va a nadar dos veces por semana. Y también camina. No necesita levantarse cuando el mundo duerme para ir a correr. Esa es otra de las cosas que el TDAH hace con Asher: le impide dormir. Y si Asher no duerme, no lo hace Ava ni lo hace nadie más en la casa, Jude incluido. Así que bueno, correr está bien. A veces. Pero es que aún está triste y no tiene ganas.

—Vístete, te doy tres minutos.

—Estoy de vacaciones.

—Podías haber estado de vacaciones, pero resulta que dejaste plantada a tu novia y se te acabó la buena vida.

Jude estira una pierna para rascarse un huevo.

—Ni se te ocurra hacerte una paja ahora —le advierte Asher—. Me gustaría dormir esta noche.

—Más quisieras tú.

—Oye, que soy yo el que está bueno.

—Perdona, pero que tengas el cuerpo de Thor no es nada memorable. Siento decirte que tu cara no es nada del otro mundo, Ash. Me fijo en esas cosas.

—Y tu cuerpo no sería nada del otro mundo si no fuera por mí, así que levántate para que puedas conservarlo.

—Me gusta mi cuerpo en todas sus formas.

—Que te levantes. —Asher le tira los calcetines a la cabeza.

—No tengo ganas, joder.

—No digas tacos.

—¿Por qué? Tú los dices.

—Porque luego los digo, por eso. Ya me cuesta desintoxicarme de Vila. A la niña se le pegan esas mierdas.

—Acabas de decir «mierda».

—Eso no es un taco.

—¿Quién lo dice?

—Que te levantes, joder.

Jude se da la vuelta y lo señala con un dedo.

—¡JA! Eso sí es un taco.

—Jude Baker, mueve ese culo ya.

—No me puedes obligar.

—Tengo a una mujer muy pesada que me cortará los huevos si no vas conmigo a correr y alimentamos nuestra amistad.

Amistad. Suena bonito, aunque él está convencido de que no alimentarían nada de no ser por su amiga. Jude nunca ha sido la persona favorita de Asher y Asher nunca ha sido el favorito de los hermanos Baker. Pero alimentan su amistad, por Ava y por Viola.

—No tenemos por qué alimentar nuestra amistad todos los días, Ash. Correr es un rollo.

—Ya, bueno, bienvenido a mi mundo.

Al final, se viste y sale a correr con él solo para no tener que aguantarlo más. Dios. Asher es una de las personas más pesadas que conoce, y eso que él mismo puede llegar a ser pesadísimo si se lo propone. Pero es que tiene esa voz de listillo perdonavidas que lo saca de quicio, como si tuviera claro que al final se saldría con la suya sí o sí, lo cual es frustrante porque termina siendo cierto.

Por suerte, correr implica silencio y, aunque a Jude no le entusiasma en exceso estar callado, se alegra de estarlo a esas horas de la mañana con Asher corriendo unos pasos por delante de él. Siempre por delante. Jude es consciente de que el marido de su amiga controla el ritmo en todo momento y hace lo posible por no adelantarlo.

Corren durante una hora entera por las inmediaciones del pueblo, entran a la zona del parque asignada para hacer deporte y hacen flexiones y abdominales. Jude termina sus series unos minutos más tarde que Asher; desde el suelo observa cómo este hace dominadas en la barra de hierro para calistenia sin ningún esfuerzo y luego lo obliga a hacer siete. Siete. Una auténtica tortura que le deja los brazos destrozados.

—Creo que voy a pasar de hacer pesas —le informa mientras suben las escaleras hacia la casa de los Hunt.

—Tú mismo. —Asher se encoge de hombros. Jude entiende que su labor ya ha concluido.

—¡Tío Jude! —grita Alex nada más entrar en la cocina. Hace ademán de salir corriendo hacia él, pero Jude le advierte que no lo haga con un gesto.

La niña se ha hecho dos trenzas a los lados y sus ojos marrones son la alegría de la casa. Ha crecido tanto que Jude está seguro de que, en un año más, alcanzará el metro sesenta y cinco de su hermana, y solo tiene doce años. Ese es uno de los pocos rasgos que no comparte con Ava. Por lo demás, tiene sus ojos, sus labios gruesos, su pelo castaño y hasta comparten el lunar en la barbilla, aunque Ava lo tiene a la izquierda y Alex a la derecha.

Más que hermanas, Ava y Alex son como madre e hija.

Es extraña la relación que han tenido. Cuando Jude conoció a Ava, ambos eran dos puzles a medio hacer con piezas desperdigadas por todas partes. Ava no tenía un hogar, así que Viola se comportó como hace siempre: acogió a Ava y a su hermano en su casa, le dio trabajo en el hotel que Viola y Sebastian llevaban junto a su madrina después de que el resto de su familia falleciera en un accidente de tráfico, y también les dio un hogar; una familia. Pero Eric estaba enfermo y murió dos años después de haber entrado en su vida. Jude sintió la pérdida como si le arrancaran un pedazo del corazón. Eric era un niño despierto, dulce, y tan inteligente y atento con su hermana que Jude lo quiso nada más conocerlo.

Eric se fue, como se van todas las cosas buenas: en silencio y dejando un vacío que nada podía llenar. Su pérdida fue amarga para todos, pero a Jude le había afectado especialmente. Ese niño había sido su balsa en los peores momentos de su vida cuando se supone que tendría que haber sido al revés. Para Asher también había sido un golpe muy duro. Ava se quedó devastada. Y por si el dolor de la pérdida no fuera suficiente, el día del entierro se presentó allí su madre. Una señora llena de problemas con una niña de apenas ocho meses en brazos, que dejó a los pies de Ava alegando que era su hermana y que ella no podía hacerse cargo. Ni un «lo siento», ni una lágrima por su hijo muerto. No dirigió la vista a la lápida; como si su hijo no hubiera existido, como si el amor pudiera reemplazarse por otro así como así. Ava miró a la niña con una mezcla de furia y ternura, y Jude supo que no iba a dejarla desamparada. No iba a dejar que los servicios sociales se la llevaran, aunque le doliera su existencia, aunque la presencia de la niña fuese un

insulto al recuerdo de Eric. Quiso adoptarla de inmediato, pero le pusieron trabas porque era demasiado joven y un pequeño desastre que ni siquiera tenía casa propia.

Esa vez fue Asher quien hizo lo que hacen todos en esa familia que eran: le pidió matrimonio. Asher y Ava ni siquiera se hablaban, pero él le pidió matrimonio, por la niña, y ella aceptó. El resto es historia. Una historia maravillosa. Asher y Ava se quieren como lo hacen Henry y Viola. Un amor intenso, entregado, auténtico. Algo similar a lo que Jude siente por Sebastian pero que duda que Sebastian llegue a sentir nunca por él. En Lara prefiere no pensar, todavía le duele pensar en su ausencia. Su amor por ella es distinto, es… No, no quiere pensar. No puede.

—Estoy sudado por culpa de Ash. ¿O debo decir por culpa de Ava? —Mira a su amiga. Se ha recogido el pelo con un pañuelo raído que una vez fue de su hermano.

—El abuelo me ha regalado ir al campamento de verano de Country House Camp por mi cumpleaños —informa Alex con alegría, refiriéndose al padre de Asher.

Ava no tiene familia biológica, su madre había muerto hacía un par de años por culpa de toda la mierda que se metía y su padre los había abandonado a su hermano y a ella cuando eran niños. Su familia es esa, la que tiene con Asher, con Jude y con los Evans. La familia que ella misma ha forjado.

—Pero si no cumples hasta septiembre.

—Es porque Ava estaba haciendo planes y le iba a estropear la sorpresa. Ya me lo tenía comprado desde el año pasado. Tienes que reservar mucho antes para conseguir plaza —explica la niña con su tono de sabelotodo característico.

—Ah, ¿es el campamento pijo al que fue esa amiga tuya?

—Dina, sí. No es tan pijo.

—Un poco pijo sí que es —replica Jude.

—Tú eres un poco pijo y no pasa nada.

—Oye, enterada. Yo no soy pijo.

—Pero papá lo dice, que tú y Henry sois pijos.

La niña siempre ha llamado a Asher «papá», pero Ava siempre ha sido Ava. Es extraño, quizá porque son hermanas y la niña lo sabe. Hay una especie de barrera. Nunca le ha preguntado a su amiga qué siente al respecto, no quiere hacerla sentir mal.

Ava resopla.

—Cariño, no le hagas ni caso. Tu padre es tonto.

—Asher se mete con la ropa de Henry. Bueno, y también un poco con la mía —admite Jude.

—Tu ropa es bonita. Me gustan tus camisetas rosas.

—Y a mí —admite Ava.

—El rosa es el color más bonito del mundo. —Jude le dedica una sonrisa cargada de hoyuelos y se acerca para retocarle una trenza.

—¿Cómo estás? —le pregunta Ava.

Él se encoge de hombros.

—No lo sé. Es raro.

—Alex, ¿ya has terminado?

La niña asiente y le entrega su vaso de leche vacío.

—Tienes bigote. —Jude se agacha y le limpia la boca con el dorso de la mano.

—Ve a lavarte los dientes y a prepararlo todo para irnos.

—Tío Jude, ¿haremos algo por tu cumple?

El cumpleaños de Jude siempre coincidía con la semana de vacaciones que le daban a la niña por el *half-term* a finales de mayo.

—Pues claro. Te dejo que me des ideas.

—Ya tengo idea —dice la niña con una sonrisa antes de salir corriendo al baño.

Ava termina de colocar los platos que acaba de secar y se vuelve para mirarlo. Extiende las manos y Jude se las sostiene.

—Dime cómo estás. ¿Qué es lo que te parece raro?

—Es la primera vez en años que duermo solo —admite—. Me levanté por la noche y no estaba. La cama estaba fría. ¿Qué he hecho? —dice apenas sin voz, agachando la vista.

—Eh. —Ava se acerca a él—. Mírame. Has hecho lo que tenías que hacer. O mejor dicho, ella ha decidido. Tú no has hecho nada.

—Cada vez que hago algo le quiero escribir y luego me doy cuenta de que no puedo hacerlo. Ya no puedo contar con ella para todo. Era la primera persona que tenía siempre en la cabeza. Es una mierda.

—Lo sé. Ven. —Hace ademán de darle un abrazo.

—Estoy sudado.

—Me da igual.

Jude la envuelve entre sus brazos y deja que su amiga llore en su pecho.

—Me vas a hacer llorar —refunfuña.

—Pues llora. Llora todo lo que necesites, Jude. —Se aparta para mirarlo—. ¿Has hablado con él? ¿Te ha dicho algo?

—No. Nada.

—¿No le has escrito?

—¿Qué quieres que le escriba? «Hola, Cup, ¿ya te has pensado mejor si me puedo casar contigo ahora que ya no tengo novia?». Dios, suena patético.

—Es tu amigo. Lleváis doce años siendo amigos. Dile cómo te sientes.

—Él ya lo sabe.

—Pues se lo repites, joder. Ay, mierda. —Se tapa la boca—. Nada de palabrotas. —Jude sonríe—. Se lo repites hasta que lo entienda.

—Es mejor dejar las cosas así, creo. Al menos un tiempo.

—A lo mejor deberías ir a verlo.

—No me apetece hacer nada. Solo quiero acurrucarme en la cama.

—No vas a hacer eso, Jude. —Lo señala con un dedo acusador—. O te mando a Ash para que te moleste.

Él resopla.

—Eso es cruel.

—Solo te quiero mucho.

—He llamado a la escuela para retomar las clases, eso me distraerá. Y ahora iré a la iglesia a ver a los del coro.

—¿No te encontrarás a Lara allí?

Él se encoge de hombros.

—Hemos quedado en que no podemos evitarnos, ni queremos. De hecho… —Jude se rasca la frente—. Antes de ayer estuvimos juntos en su casa.

Ava abre los ojos.

—¿Juntos?

—Sí, *quierodecir*, me quedé a dormir con ella.

—O sea que os acostasteis. —Ava cierra los ojos—. Joder, Jude. —Esta vez no repara en la palabrota.

—Los dos queríamos.

—No se trata de querer, sino de lo que es mejor para ella. Eso le hará daño. Todavía te quiere.

—Yo también la quiero.

—Pero no de la misma manera.

—No podía irme y dejarla ahí. Fue una noche de despedida, Ava. Fue precioso y muy triste. —A Jude le pican los ojos.

—Eh, vale. Está bien. Pero prométeme que no lo repetiréis. Por ella, Jude.

Él asiente.

—No se repetirá.

—¿El qué no se repetirá? —pregunta Asher entrando con la camiseta pegada al cuerpo por el sudor.

—Nada —contestan Ava y Jude a la vez.

—Zipi y Zape han vuelto. Estupendo. —Asher coge una botella de agua y se la bebe.

—Ash, mierda. ¿Puedes ir a darte un baño? —Ava arruga la nariz.

—¿Y a él no le dices nada? Lo estabas abrazando.

—El no huele como si se hubiera embadurnado con queso rancio.

—Es que mi sudor es estupendo. Es lo que tiene comer muchas verduras. Todo lo que sale de mi cuerpo huele estupendamente bien.

—Jude, a nadie le interesa cómo huelen tus cosas —replica Asher.

—¿Mis cosas? —Jude sonríe de oreja a oreja.

—¿Qué cosas? —pregunta Alex, de nuevo en la cocina con la mochila a la espalda.

—Que tenemos que irnos ya —informa Ava—. ¿Me acompañas? —le pregunta a Jude—. Solo voy a llevarla y vuelvo.

—No me he duchado.

—Tú mismo lo has dicho, Jude. Hueles estupendamente. —Ava mira a su marido, que pone los ojos en blanco.

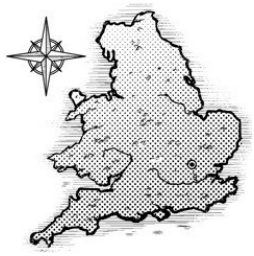
—¿Te parece que tu tío huele estupendamente? —le pregunta Jude a la niña.

—No lo sé, ahora mismo solo huelo a papá.

Jude y Ava se echan a reír, contagiando a la niña. El único que no se ríe es Asher, que se da la vuelta y se dirige enfurruñado al cuarto de baño.

CAPÍTULO 7

SEBASTIAN



Si su madre estuviera viva, si no hubiese muerto en aquel accidente que había destrozado las vidas de todos para siempre, Sebastian ya estaría en sus brazos, acurrucado junto a ella. Ella sabría decirle todo lo que necesitaba escuchar. Era su mamá osa, la mayor, la que olía a canela y a vainilla y a ese olor característico que solo tiene una madre. Su madre era la única persona a la que había acudido cuando había tocado fondo y pensaba que no saldría adelante, cuando perdió todo atisbo de esperanza de ser feliz.

Con su padre se llevaba bien, pero no tenía esa conexión tan fuerte. Thomas se llevaba mejor con Asher; compartían gustos y se contaban cosas, y Sebastian había acabado haciéndose a un lado para dejarles espacio. No le importaba que Asher tuviera un pedazo de su padre porque él siempre había sido parte de la familia. Como George.

Por George había tocado fondo.

Por George empezaba y acababa la vida de Sebastian en aquella época en la que no sabía qué sentía, qué quería, si había o no algo malo en él y cómo podía sacárselo de dentro en el caso de haberlo.

Su madre le decía que era fuerte, que podía con todo, pero no era cierto. No podía con nada. Es una de las putadas de la fuerza que llevamos dentro, que no sabemos usarla para nosotros mismos. No podemos sacarnos del pozo cuando tocamos fondo.

Un día Sebastian era un niño feliz con una familia feliz que lo tenía todo y al día siguiente había crecido y estaba perdido y sin aliento. Un día se había levantado y ya no se reconocía. Se miraba al espejo y era él pero no lo era. Y entonces veía a George, su mejor amigo, y él tampoco era él mismo. Pero… ¿era él quien había cambiado o eran los ojos de Sebastian los que lo habían hecho? ¿Era su manera de mirarlo?

Tuvo miedo. La respuesta de George le dio miedo. Su relación con George le dio todavía más miedo. Los secretos, el dolor, la amargura, todo ese amor que hacía daño, ese amor enfermo; le daba miedo.

Tanto miedo…

Su madre estuvo ahí, con toda la fuerza de mamá osa, y lo sacó del pozo. Le dio esperanza, razones para vivir. Y Sebastian se levantó. Buscó ayuda. Fue a terapia. Empezó a aceptarse. A veces se hundía, pero no era lo mismo. Quería vivir. Quería ser feliz. Quería poder mirarse al espejo y reconocerse.

George tampoco era el mismo. Había cambiado. George se creía libre, pero no lo era. Estaba encerrado en su rabia. De eso Sebastian tardó bastante en darse cuenta. Años, quizá. Su rabia era

tan grande que no sabía hacia dónde dirigirla, de modo que era la rabia quien lo dirigía a él. La rabia era un cuchillo en la mano de su mejor amigo y los tajos no solo podían herir, también podían matar. Matar sueños, matar la esperanza, matar la inocencia. De eso se acababa de dar cuenta después de hablar con Lara.

—¿Te he hablado alguna vez de Barnard? —le preguntó su madre tantos años atrás cuando él se acostó en el sofá con la cabeza apoyada sobre sus piernas, buscando la paz de su voz, sus consejos.

—No. Pero creo que sé lo que es. Se lo has dicho a papá alguna vez.

—¿Qué es?

—Es como un faro en la noche. Un lugar invisible pero que brilla siempre para que sepas donde está y puedas llegar. Un lugar donde no estás solo, donde puedes ser tú con todos tus miedos y todo lo peor que hay en ti. Es algo así, ¿no?

—Sí, cielo, algo así. Es ese lugar donde solo podéis estar tú y esa persona a la que le das todo de ti. Tu padre me llevó directamente a ese sitio. Dime, cielo, ¿qué te hace sentir Georgie? ¿Qué sientes cuando te imaginas el futuro con él?

Miedo. Soledad. Vergüenza. Eran tantas las cosas que le aterraban cuando estaba con él… Demasiado dolor, demasiadas mentiras. Ambos llevaban un sinfín de heridas encima. ¿Acaso se puede esperar algo de todo eso?

Sebastian no respondió. Cerró los ojos para sentir cómo su madre le acariciaba el pelo.

—Cielo. Si miras hacia el futuro, ¿a quién te gustaría ver sentado a tu lado? No tienes que conocer a esa persona aún, solo pensar en lo que quieres sentir cuando la tengas a tu lado. Una persona que te complete y te dé paz, con quien construir tu vida. Alguien con quien contar. Que sepa lo que sientes como si te leyera.

—No se puede leer a alguien.

—Claro que puedes. Se le llama confianza. Cuando encuentras a tu Barnard y sabes que lo es, lo que significa, le das muchas cosas de ti. No por obligación. No es que te toque hacerlo. Es que te sientes tan en paz que dejas de fingir ser algo que no eres y simplemente eres. No te das cuenta del cambio, lo aceptas sin más. —Le acaricia la mejilla con dulzura—. ¿Puedes mirar al futuro y pensar en construir algo así con Georgie?

¿Con George? ¿Se podía construir algo encima de la rabia, el rencor y el asco? Cuando pensaba en un futuro con George no lo imaginaba caminando de la mano ni compartiendo una comida familiar. Lo imaginaba siempre a una distancia prudencial, protegiendo sus secretos, protegiéndose de él para que no le hiciera daño. Cuando pensaba en George solo sentía dolor y un desasosiego tremendo.

Y aun así…

—¿Sebastian?

—Creo que nunca voy a dejar de quererlo.

—Eso está bien, cielo. Pero lo importante no es quererlo sino cómo hacerlo. Puedes querer a una persona y no tener un futuro común como pareja. Hay mil maneras de querer y a veces el amor no lo es todo. A veces tenemos que saber decir *basta* y alejarnos para poder seguir viviendo. A veces tenemos que ser un caracol.

—¿Un caracol?

—Con su caparazón para protegerse y esconderse cuando algo se acerca.

—Es un mal ejemplo, mamá.

—Pero ¿qué dices? Los caracoles son fantásticos. Son seres increíbles y preciosos.

—No quiero ser un caracol.

—De eso se trata, de no serlo. Pero a veces no queda más remedio.

—Me gustaría ser libre.

—Ya lo eres, solo tienes que darte cuenta. Te ayudaré con eso.

—¿Crees que Georgie también lo será algún día?

—Cielo, hay cárceles y cárceles. Algunas tienen unos barrotes más gruesos que otros, algunas tienen cerraduras más complejas de abrir porque soportan castigos más grandes. Y luego están las cárceles que no tienen cerrojos pero cuyos barrotes son aún más imponentes. ¿Sabes cuáles son? —Le acaricia el pelo cuando niega con la cabeza—. Las que nos ponemos nosotros mismos. Lo complicado es que nadie puede abrirlas por ti. Te toca hacerlo solo.

—¿Esa es la de Georgie?

—Dímelo tú.

¿Lo era? George tenía una luz. Su luz era como la de las luciérnagas en la noche. Allá arriba estaban las estrellas, que también brillaban, pero eran lejanas e inalcanzables. Pero ahí, junto a él, tenía a George. Y su luz era lo más hermoso y brillante que había visto nunca. Y lo siguió. No le quedó más remedio que hacerlo. Lo siguió a través de la oscuridad. Era un punto de luz y luego toda esa oscuridad, todo ese silencio, todo ese encierro. George no estaba encerrado en ninguna cárcel, él era su propia cárcel. Sus barrotes estaban hechos de piel, de rabia, de miedos y de tantas cosas que Sebastian no había logrado descubrirlas todas.

George le escribió desde el coche un poco antes del accidente. Quería hablar con él esa noche, a solas. Tenía algo importante que decirle. De nada sirvió que insistiera en que se lo dijera por mensaje. Para entonces Sebastian ya había dejado de reconocerse, pero se aferraba a lo que tenían porque no conocía nada más, porque lo quería. Lo quería más que a nada, aunque su amor le provocara un dolor constante.

Al final, George se llevó su secreto con él, como se llevó sus sueños, sus esperanzas y la poca valentía que le quedaba. Lo que no se llevó fue su promesa. Sebastian se la quedó, se prometió a sí mismo que nunca le soltaría la mano. Mientras Sebastian viviera, George viviría en él.

Desde entonces Sebastian había llevado una vida a medias. Había sido él, pero también lo que George había dejado en él; una partición solo rota por Jude y sus ganas de querer sacarlo de su encierro. Jude era la llave de una cárcel de la que se había prometido no salir, una llave que no usaría nunca porque significaría soltar a George.

George tenía miedo de perderse.

George llevaba trece años muerto.

Trece años.

George se fue, pero no se lo llevó todo. Se dejó su rabia.

La rabia de George era ese cuchillo afilado que todavía le rajaba la piel.

Dolía.

Quizá dolería siempre.

«¿Del uno al diez?».

George siempre sería un diez.

CAPÍTULO 8

JUDE



—JUDE, TENGO QUE CONTARTE UNA COSA. PERO NECESITO QUE ESTÉS TRANQUILO, ¿VALE? —LE dice Ava en cuanto coge el teléfono.

Él está saliendo de la iglesia y se despide con un gesto de la mano de algunos de los alumnos que se hallan reunidos en torno a la puerta.

—Mmm. ¿Vale?

—Lo digo en serio.

—Estoy tranquilísimo, así que suéltalo.

—Necesito que respires y te calmes.

—Estoy respirando. Si no lo hiciera probablemente no estaría teniendo esta conversación tan fascinante —se burla cuando llega a su coche y abre las puertas automáticas.

—No sé cómo decírtelo.

Jude resopla. Suelta la carpeta que lleva en la mano en el asiento del copiloto y se sienta en el suyo, pero no arranca el coche.

—Ava, ya sé lo que me vas a decir.

—Espera, ¿ya te has enterado?

—Te conozco, sé leer entre líneas.

—¡Pero si no hemos hablado!

—Veo cómo te quedas embobada mirando a cualquier bebé.

—Perdona, ¿qué? —Escucha un golpe al otro lado—. Mierda, se me acaba de caer un huevo.

—¿De cuánto estás?

—Así que ya lo sabes.

—¿Que mi preciosa Ava está embarazada y yo no me iba a dar cuenta? Por favor. ¿Cuánto ibas a esperar para decírmelo?

—Quería que fuese una sorpresa.

—Estoy sorprendido.

—Quería pedirte que fueses el padrino, esa era la sorpresa.

—¿A Asher le parece bien?

—Bueno, él prefería que fuese Seb. Pero yo soy la madre, así que se aguanta.

—A mí no me importa que Cup sea el padrino.

—Pero a mí sí. Quiero que seas el padrino de mi bebé, Jude. Es el primero y solo puedes ser tú.

—Seré el mejor padrino del mundo.

—Lo sé.

—¿Ves? Sigo respirando. —Jude mueve los dedos de una mano sobre el volante, como si tocara las teclas del piano.

—No era eso lo que te iba a decir.

—Ah, ¿no?

—Ha pasado algo.

—Vale, ahora sí me estás preocupando.

—Vila está hecha una mierda. Dios, fue horrible. Parecía que le costaba respirar y, cuando me acerqué a ayudarla, Ash se puso histérico. Henry me explicó que tenía un ataque de ansiedad, y que no era la primera vez. —Otro golpe al otro lado de la línea—. Vale, a este paso me quedo sin huevos. Ay. Esto del embarazo es una mierda porque se me antoja todo a todas horas y ahora me apetecen las tortitas y no se lo puedo pedir a Asher porque está con Vila. —Resopla.

—Ava, relájate. Estás hablando más rápido que yo y eso es francamente preocupante. ¿Cómo está Vila?

—Pues… Ya está bien, pero no quiere hablar. Lo único que hace es llorar, así que Ash no la deja sola y Henry… —Se calla un momento para poder respirar—. Está muy tranquilo, pero ya sabes cómo es tu hermano.

—¿Cuándo pasó esto?

—Anoche. Te llamé, pero no contestaste.

—Me tomé algo para dormir. No digas nada, ¿vale? Hacía años que no me tomaba nada. Necesitaba dormir.

—Jude, sabes que puedes venir cuando me necesites. No tienes que quedarte solo. No tienes que meterte mierda.

—Ya lo sé, pero necesitaba dormir y me sentó fenomenal. Y ahora sigue contando.

Su amiga resopla. Escucha otro ruido. Jude espera que no haya sido otro huevo.

—Mierda. Ash se quedó con ella a dormir. Y ya sé que soy gilipollas, pero las hormonas me tienen fatal. No debería sentirme como si me estuviera engañando. ¿Cuántos huevos se necesitan para hacer tortitas?

—Ahora voy y te hago todas las tortitas del mundo, ¿vale?

—Dios, cómo te quiero. Te querría más si supieras cocinar, cosa que no sabes hacer —le recuerda—. Además, necesitamos huevos. Solo he salvado dos, y uno tiene manchas de sangre y creo que voy a vomitar como lo siga mirando.

Jude intenta retomar la conversación. Tiene la cabeza hecha un bombo y los nervios empiezan a pasarle factura.

—A ver, Ava —dice con calma—. V y Ash tienen ese tipo de relación que solo entienden ellos. No es nada nuevo ni algo por lo que debas preocuparte.

—Ya lo sé, joder. Henry también me lo dijo, pero aun así estoy triste. Y enfadada conmigo misma y con el bebé por convertirme en una persona horrible.

—No eres horrible. Para nada —insiste—. Repite conmigo: no soy horrible.

—No soy horrible.

—Ava. —Jude coge aire. Ha empezado a golpear el volante con la mano abierta por los puñeteros nervios—. Dime la verdad. ¿Qué le ha pasado a Seb? De verdad que llevo un rato intentando no gritarte ni ponerme histérico, pero me estoy muriendo de nervios por dentro y necesito que me digas qué está pasando.

—¿Cómo sabes que es por Seb? No te lo he dicho.

—Es el único motivo por el que V se pondría así.

Ella toma aire. Se escucha el grifo y ruido de platos.

—Seb se ha encerrado en la habitación del segundo piso del hotel —explica.

—¿Qué? —Eso sí que no se lo espera. ¿Encerrado? ¿Sebastian?

—Lleva dos días. Vila se dio cuenta ayer.

—Pero ¿lo habéis llamado? ¿Habéis intentado contactar con él?

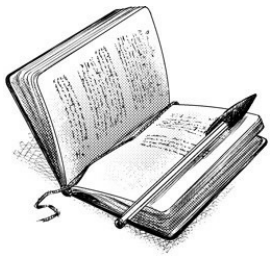
—No contesta, Jude. Se ha encerrado, como aquella vez que se pasó casi catorce meses sin salir cuando murieron sus padres. Estuve hablando de eso con Henry.

—No puede haberse encerrado.

—Pues lo ha hecho.

—Mierda, otra vez no.

DIARIO DE JUDE



—¿Qué lees? —me preguntaste, tomando asiento a mi lado.

Te mostré el volumen de *Correspondencia*, de Stefan Zweig.

—¿No lees ficción?

—A veces. Pero me gusta más leer sobre gente que existió de verdad.

—¿Por qué?

—Porque es real, y es importante. No los olvidas si lees sobre ellos.

—Vaya. Así que por eso escribes sobre músicos muertos. Se te da bien.

—¿De veras lo crees? —Me incliné un poco hacia a ti, animado—. ¿Quieres que haga tu biografía?

—No creo que sea tan interesante.

—Lo dudo. —Te estudié con interés—. Tienes esa aura.

—¿Qué aura?

—De alguien que deja huella.

—Tienes que hacer algo muy importante para dejar huella. Lo único que me gusta es la fotografía, pero no soy lo suficientemente bueno. Hice un curso de contabilidad en lugar de ir a la universidad. Solo voy a dirigir un hotel, mi vida no es tan interesante.

—No hablo de la huella en el mundo, hablo de la que dejas en los demás. Esa me parece más importante.

Te quedaste mirándome en silencio.

—¿Qué?

—¿Tienes a alguien especial en quien dejar tu huella?

—Todavía no, creo. —Me estaba poniendo nervioso la forma en la que me mirabas, así que aparté la vista y me puse a pensar rápido en qué decirte—. ¿Y a ti qué te gusta leer?

—De todo menos biografías. Los únicos muertos que me interesan son los de los libros de terror.

—¿Te gustan los zombis y esas cosas?

—Me gusta más leer sobre seres inmortales, como los vampiros o los demonios. Los inmortales no necesitan dejar huella.

—Pero hacen trampa —repliqué.

—Está permitido hacer trampa. Esa es la gracia de ser inmortal.

—Pero no tiene mérito. Tiene mucho más mérito cuando te esfuerzas. No es lo mismo si naces con un camino ya hecho que si lo construyes tú mismo.

—A lo mejor te gusta lo que otros te han legado.

—O a lo mejor no. —Me aparté una trenza de la cara—. ¿Sabes qué inmortal me gusta? —No esperé a que me contestaras—. Dorian Gray.

—¿Dorian Gray? No creo que pueda considerarse un ser inmortal.

—Pero lo era. Para Wilde la juventud implicaba belleza y perfección, así que Dorian fue su personaje inmortal, su versión de lo que es el mito de la vida eterna como lo fue Drácula para Stoker. Dorian se comió el mundo sin importarle nada mientras encerraba lo que era en un cuadro. Toda su suciedad, todo lo horrible que había en él, se quedaba en ese cuadro mientras él permanecía joven y hermoso. Se construyó su propio camino. Sí, era un camino de mierda, pero era su camino. —Me encogí de hombros con la sensación desagradable de estar hablando de más —. A veces pasa, te hundes en tus decisiones y hundes a los que te rodean. La huella que dejas no siempre tiene que ser buena ni bonita. A veces es una huella de mierda que nadie consigue borrar, solo se desgasta con el tiempo.

Me quedé mirándote durante mucho rato. No lograba descifrar tu expresión. Lo cierto es que eras la persona más difícil de leer que había conocido, y aun así, no podía dejar de intentarlo. Quería aprenderte de memoria. Quizá así podría poner las piezas en una mesa y crear un puzle propio donde la imagen final fueras tú, el George de verdad. Quería descubrir tus secretos, todos y cada uno de ellos. Incluso los de ese cuadro que estaba convencido que guardabas en alguna parte.

En eso pensaba cuando te inclinaste hacia mí y me besaste. Un beso firme y suave, algo exigente. Me sostuviste la cara con una mano para que te mirara, aún con tu boca pegada a la mía. El corazón se me iba a salir del pecho, pero no me moví. No podía. Tampoco sabía si quería. No tenía nada claro cuando se trataba de ti.

—¿Puedo dejar mi huella en ti? —me preguntaste.

—Sí —fue lo único que pude responder.

Y lo hiciste. Vaya que sí.

Llevas siete años muerto y tu huella aún sigue en mí. Me pregunto cuándo empezará a borrarse, si se irá algún día, si te irás. No todo el que muere se va. A veces morimos en otras personas. Esa es también una forma de dejar huella. Una manera horrible, a lo Dorian Gray. La forma en que decidiste dejar tu huella. Moriste en Sebastian y moriste en mí. Y ninguno de los dos tiene claro cómo vivir con esa huella.

CAPÍTULO 9

JUDE



Detenido delante de la puerta del hotel, Jude siente que vuelve a tener veinte años. Regresan los nervios, la incertidumbre, el dolor.

Pero ya no es el Jude de entonces y, desde luego, Sebastian no es aquel desconocido al que no sabía si quería tener en su vida.

Jude: Cup. Comprendo lo fascinante que es tenerme semanas delante de tu puerta, pero ya tengo una edad.

Jude: El Jude adorable y chiflado ahora parecería un gilipollas. No me hagas pasar por eso otra vez.

Jude: Sal, por favor.

Jude: Cup, dime al menos que no es por mí. Vila cree que es por mi culpa, por no casarme con La.

Jude: Dime que no es verdad lo que piensa tu hermana. No te imaginas lo que me duele ver cómo me mira.

Jude: Hazlo por ella. Sabes que esto la está matando.

Jude: Está bien. Imaginemos que sí es por mí y que no soportas verme. Eso me destrozaría, pero puedo con ello. Puedo, ¿vale?

Jude: De verdad, Cup. Ya no soy aquel idiota que se pasaba horas delante de tu puerta intentando obligarte a hacer algo que estaba claro que no querías.

Jude: Haz lo que te salga de los huevos, ¿vale? Pero no huyas de la vida. No huyas de todo lo que pasa mientras estás ahí dentro lamentándote por todo lo que no puedes arreglar.

Jude: Si es por mí, dímelo. Dime que me vaya. Dime que no quieres volver a verme y te prometo que nunca más tendrás que hacerlo. Me iré para siempre de tu vida.

Jude: Buscaré la manera de ver a mi hermano, pero no tendrás que verme. Moriré para ti si quieres que lo haga. Una persona no tiene que morir para desaparecer, solo tiene que querer hacerlo. La distancia lo mata casi todo.

Jude: Pídemelo, Cup. Y luego sal y yo ya no estaré aquí.

Seb: He abierto la puerta, Baker. Puedes entrar. Estoy al otro lado.

Seb: Pero tienes que saber lo que va a pasar si lo haces.

Jude: Eso suena a amenaza.

Seb: Es una advertencia.

Jude: Estoy temblando.

Seb: Deberías. Porque si lo haces, te voy a besar. Y no va a ser para nada un beso inocente entre amigos.

Seb: Probablemente te asustes. Conociéndote, lo más seguro es que ya estés asustado.

Seb: Pero tienes que saber que eso es lo que pasará si entras por esa puerta.

A Jude se le detiene el corazón. Coloca la mano en el pomo, a punto de abrirlo, pero sin llegar a hacerlo. Está temblando de verdad.

Seb: Lo siento. No quería asustarte, pero iba a ser peor si no te lo decía. Ahora sabes por qué estoy aquí. Puedes entrar o no, pero va a acabar pasando tarde o temprano. Lo único que hago es darte tiempo para que lo asimiles.

Jude apoya la frente en la puerta. Aprieta el pomo como si todo empezara y terminara al otro lado. Las lágrimas le resbalan por las mejillas. ¿De qué tiene miedo? ¿Por qué permite que entren? Los puñeteros fantasmas del pasado. Lo ha superado. Están fuera, joder. El móvil le vibra en la mano.

Seb: Hoyuelos, no llores.

¿Cómo sabe que está llorando? ¿En qué momento aprendió a leerlo de esa manera?

Seb: ¿Sabes? Todavía puedes desaparecer tú. Te puedes ir. Puedes casarte. Puedes olvidarte de mí, de toda esta mierda que llevamos arrastrando. Estaba listo para despedirme de ti, Baker.

Seb: No te culparé si te vas. Haremos como si esta conversación no hubiese existido. Haré todo lo que tú quieras.

Jude da un paso hacia atrás. No puede. No.

«No puedo hacerlo».

El miedo es un gusano resbaladizo y él está a punto de vomitar por su contacto. El miedo tiene unas manos suaves de dedos largos y finos, una sonrisa blanca y afilada, una boca cruel, unos ojos dulces y traicioneros.

No. No va a permitirle entrar. Lleva años queriéndolo. Años soñando con lo que nunca tendrían. Lo quiere tanto que siente un dolor casi físico. A veces, se levantaba empapado en sudor con miedo de no poder sentir nunca ese nudo de nervios que está experimentando en este momento, de no poder hacerlo realidad, de que Sebastian jamás lo mirara.

Y por fin lo tiene ahí.

Al otro lado de la puerta, Sebastian espera.

Jude no cree en fantasmas, no les tiene miedo, los ha superado. Su miedo es que Sebastian nunca lo haga, que le rompa el corazón. Ese es su verdadero miedo. Atravesar esa puerta y que sea la sonrisa de George la que lo espere al otro lado.

No quiere vivir sin Sebastian. Podría hacerlo, pero no quiere. No puede conformarse con una felicidad a medias. Lo quiere todo y lo quiere con él.

Por eso, aunque su cuerpo le pida que ponga distancia, aunque se muera por dentro, no se va a ir a ninguna parte. No después de haber renunciado a la persona que más cosas buenas le ha dado en la vida. Ha renunciado a todo por aquello que pensó que nunca llegaría a tener, y no piensa huir de él.

Puede ser muchas cosas, pero Jude Baker no es un cobarde.

Agarra el pomo con más fuerza de la necesaria y entra.

Una vez dentro, cierra y se apoya contra la madera. El corazón le late desbocado. Ha hecho la carrera de su vida y cruzar esa puerta ha sido como pasar la cinta de meta.

Observa al chico apoyado en la pared de la izquierda, alto y grande, el pelo negro revuelto despeinado, los hombros caídos mirando la pantalla iluminada del móvil.

La primera vez que lo vio tuvo miedo. Su físico imponente y la manera en que lo agarró lo asustaron. Creyó que iba a pegarle. Pero entonces se fijó en su cara y supo por su expresión que nunca le haría daño. Sebastian guardaba demasiado dolor dentro y era una buena persona. Cuando eres una buena persona y guardas tanto dolor dentro no se lo pasas a los demás. El dolor forma parte de ti. Lo que quieres es que se vaya, que no alcance a las personas que te importan.

Quizá fue en ese momento cuando empezó a quererlo, cuando Sebastian lo agarró de la camiseta y le exigió que le contara de qué iba el último mensaje que George le mandó antes de morir. Ese instante en el que Jude le devolvió la mirada, retándolo a que le pegara con una valentía que no sentía por dentro, y Sebastian se había apartado horrorizado ante la idea de que pensara que podría hacerle daño.

Jude lo empezó a querer entonces. Un amor idealizado. Un corazón roto buscando una tirita que lo remendara. Y se fue enamorando día a día. Del chico que se pasó meses dándole vida a un cómic dirigido a su novio muerto que se hizo viral, y también de ese otro que tenía un corazón igual de roto que el suyo. Ese chico que se había convertido en su mejor amigo y confidente, al que había recurrido cuando su relación con Lara pendía de un hilo, el mismo que lo había consolado cuando se desmoronaba, que lo acompañaba al psicólogo y leía los artículos de autores muertos que publicaba en las revistas para las que había trabajado, que dormía a su lado cuando no lograba conciliar el sueño. Sebastian había estado con él todos esos años. Cerca pero lo suficientemente lejos.

La atracción entre ellos había sido un hecho desde la primera vez que se abrazaron y Jude volvió a sentir lo que era desear a alguien. Revivió en los brazos de Sebastian y siguió viviendo a su lado, sin traspasar esa línea. Sebastian les había negado esa posibilidad. Amigos, solo eso. Los mejores, pero nada más.

Y ahora va a pasar. Dios, Jude no es capaz de tranquilizarse.

Sebastian levanta la vista y clava sus ojos marrones enrojecidos e hinchados en él. ¿Cuánto llevará sin dormir? ¿Cuánta angustia ha soportado? ¿Cuánto le ha costado dar el paso?

La mirada que le dedica su amigo lo deja sin respiración. Algo le dice que su corazón está en sincronía con el suyo, los dos haciendo lo posible por ralentizarse.

—Te has encerrado.

—Qué perspicaz.

—Empiezas a repetirte, Cup. Es un poco aburrido.

—Solo han sido dos días.

—Eso es porque he venido a salvarte. Eres una especie de Rapunzel a lo Rollo de *Vikings* pero con menos pelo. Y sin tanta tableta de chocolate.

—Cállate, ¿quieres?

—Cállame. ¿No decías que ibas a besarme? *Quierodecir*, esa es una buena manera de callarme.

—Te has puesto a llorar y me has quitado las ganas.

Jude frunce el ceño.

—¿En serio? Las lágrimas son el alimento del amor. Es como la poesía.

Sebastian se ríe, pero Jude no consigue hacerlo. Los nervios no lo dejan.

—No veo tus hoyuelos, Baker.

—Están trabajando en algo.

Sebastian deja el móvil en la mesa del pasillo y se acerca a él.

—¿En qué?

—Se están ocupando de mis nervios.

—De tus nervios —repite Sebastian, deteniéndose a unos centímetros de él.

Su presencia y el calor que desprende su cuerpo hacen que a Jude le suden las manos y sea incapaz de articular palabra. Su amigo le aparta un mechón que le tapa los ojos. La electricidad pasa en bucle entre los dos en cuanto sus pieles entran en contacto. La fuerza electromagnética es de las fuertes, de las que te paralizan y hacen que te tiemblen las piernas y todo el cuerpo. Siempre ha sido así con él, desde que lo conoció, pero por primera vez Jude no tiene que reprimirse, solo sentir.

Todavía está procesando la corriente que le recorre la piel cuando Sebastian deja caer la otra mano en su cadera. Instintivamente, Jude da un respingo y se encoge hacia atrás, golpeándose la cabeza con la puerta.

Sebastian enarca las cejas.

—Pues no están haciendo muy buen trabajo.

—Están en ello. —Dios. Pero ¿qué le pasa? Es absurdo. Se siente como un adolescente cachondísimo al que están a punto de besar por primera vez y no tiene ni idea de cómo comportarse.

—Preferiría que me dejaras verlos, si te parece bien. —Sebastian le acaricia la mejilla, justo en el punto en el que debería estar su hoyuelo izquierdo. Su respiración le hace cosquillas en la piel cuando le susurra al oído—: Vamos, Baker. Déjame verlos. —Y entonces presiona ese punto en su cintura que le hace dar un respingo y reír.

—Pero ¿qué haces?

—Obligarlos a que salgan, evidentemente. —Sebastian vuelve a pegarse a él, le roza la mandíbula con la nariz—. Hola —saluda antes de besarle el hoyuelo; lo acaricia con la punta de la lengua para después darle un mordisco suave—. Llevo doce años queriendo hacer esto. —El aliento cálido sobre la humedad que ha dejado en su mejilla le pone la piel de gallina.

—No lo has hecho porque no has querido.

Su amigo le besa los hoyuelos, primero uno y luego el otro. Deja la mano sobre su cuello, con el pulgar justo donde puede sentir su pulso. Lo acaricia ahí, consiguiendo que mil terminaciones nerviosas se den de hostias dentro de él. Con la otra mano, le agarra la cadera para atraerlo hacia sí mientras se dedica a rozarle la piel del rostro con los labios. Deposita pequeños

besos alrededor de su mandíbula, en el cuello y en la barbilla para finalmente detenerse en la comisura de su boca. Se mueve despacio en pequeñas caricias que lo hacen suspirar y arrastra los labios en torno a los suyos. Jude lo siente todo. Su pecho se convierte en una locomotora y no sabe qué hacer con las manos salvo agarrarle la espalda y acercarlo más. Sus caderas se mueven en sincronía. Necesita acercarse más, sentir toda la dureza de su amigo pegada a la suya, sus pollas buscándose, reclamándose, encontrándose. Sebastian atrapa su labio inferior con los dientes y él se deshace.

—Si hubiese sabido que era tan fácil hacer que te pusieras serio habría hecho esto antes —asevera Sebastian con voz grave, y Jude siente en su piel cómo se le forma la sonrisa en los labios.

Sonríe. ¿Cómo no hacerlo?

—Eres idiota.

—Y ahí están de nuevo. —Le acaricia el hoyuelo con el pulgar—. Me vuelves loco, hoyuelos.

—Te gustan más mis hoyuelos que yo. Lo comprendo.

Sebastian gruñe. Presiona su cuerpo contra él y Jude lo siente todo. Cada parte de su cuerpo colisionando con el suyo, la dureza de su polla en la cadera, su peso, su altura, su calor corporal. Se siente ebrio de Sebastian y no quiere que se le pase nunca. Su amigo arrastra los labios por los suyos hasta que encajan y comienzan a moverse de manera provocadora. Jude gime en su boca y Sebastian esboza una sonrisa torcida.

—Eso es nuevo.

—Tengo más —contesta Jude, que ya no lo soporta más. Lo agarra de la nuca y tira de él para atrapar sus labios y besarlo como lleva queriendo hacer desde el primer abrazo que se dieron en esa misma habitación, hace tantos años, cuando ninguno de los dos confiaba en el otro pero estaban intentando hacerlo.

El beso es una lucha ardiente por ver quién de los dos llega antes a donde quiera que vayan, si es que están yendo a alguna parte. A Jude no le importa. Solo le interesa esa manera en que Sebastian le mete la lengua y le muerde los labios, como si quisiera poseer cada centímetro de su boca. Rápido y lento, rápido y lento. Parece mantener una pelea por ir despacio, pero es como si se le olvidara nada más comenzar. ¿Qué clase de beso es ese? Dios. Nunca lo han besado así. Podría volverse loco solo con esa boca. Siente el beso en cada parte de su cuerpo, desde los pies hasta el cuero cabelludo y, sobre todo, lo siente en la polla. ¿Cuánto tiempo ha deseado esto? Dios.

—Cup —se le escapa un gemido vergonzoso.

—Ese también es nuevo —murmura Sebastian con voz ronca.

—Te dije que tenía más.

—¿Tus nervios bien?

—Tu boca se los ha llevado. —Jude alza el cuello para mirarlo.

—¿Mi boca?

—Eso que haces con la boca, Cup. Tenemos que patentarlo. No quiero que lo vuelvas a hacer con nadie. Solo conmigo.

—¿De qué libro has sacado eso? Suena a uno que leería mi hermana.

—Hablo en serio.

Sebastian sonríe. Le coloca de nuevo el pulgar sobre el pulso y pega la boca a sus labios.

—No sé de qué hablas. Ilústrame.

Jude eleva el rostro y lo recibe. La boca de Sebastian vuelve a hacer magia. Jude se mete de lleno entre fuegos artificiales. Nota el calor, la luz cegadora, la lengua de Sebastian empujando, reclamando, haciéndolo arder. Sus dientes buscando el lugar exacto donde morder y presionar y hacer que quiera quedarse en ese momento para siempre. La fricción de sus cuerpos solo es un paso más hacia la locura.

—Es mía, Seb —consigue decir entre jadeos—. Yo la patento.

Sebastian lo envuelve entre sus brazos y hunde el rostro en el hueco de su cuello. Jude nota cómo las lágrimas le llenan los ojos, pero no les hace caso. Si pudiera elegir un momento en el que vivir para siempre, así como un momento en el que morir, sería ese mismo. Dos en uno.

—Ya me tienes —musita Sebastian cuando se separa de él para mirarlo—. ¿Y ahora qué?

—Ahora será mejor que bajemos. Tu hermana está preocupada.

Sebastian gruñe.

—Me va a matar.

—Claro que no. Tu boca tiene mucho trabajo que hacer antes de que eso pase.

—Mi boca —repite Sebastian, y le muerde el labio inferior.

Jude tira de su camiseta.

—Ahora es mía —le recuerda con una sonrisa.

Sebastian le acaricia el hoyuelo y deposita un último beso antes de apartarse. Cuando su amigo se recoloca la polla, Jude se queda mirando el bulto entre sus piernas con una mezcla de fascinación y deseo.

—¿Qué? Tú no estás mejor —asevera Sebastian al percatarse del lugar al que se dirigen sus ojos.

A Jude le arden las mejillas.

—No me he quejado.

—Deja de mirarme así, anda. O no podré bajar.

—¿Quieres que te eche una mano? *Quierodecir*, para que puedas bajar. Por Viola, digo. —Sus hoyuelos se remarcan más que nunca. Lo sabe porque Sebastian se los está mirando.

—Lo haces a posta, ¿verdad?

—No siempre, solo ahora.

—¿Ahora? —Su amigo enarca las cejas.

—Es que me acabo de dar cuenta de lo mucho que me pone que me mires los hoyuelos.

—Ajá.

—Me imagino tu boca ahí, y tus manos, y alguna otra parte de tu cuerpo. —Los ojos se le desvían hacia la erección cada vez más visible.

—Baker, joder.

—¿Qué?

—Así no ayudas.

—Oye, que me he ofrecido.

—Calla. —Menea la cabeza y avanza hacia el interior de la habitación.

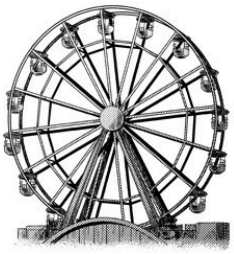
—¿Te vas a hacer una rápida? —pregunta Jude con una de sus sonrisas de oreja a oreja—. ¿Puedo mirar? —Está descubriendo lo mucho que le gusta ver el debate interno de Sebastian por esforzarse en reprimir su evidente deseo. Ya no lo puede negar. Es obvio que lo desea tanto como Jude lo desea a él y eso le provoca un estado de euforia delicioso. La cuestión es, ¿por qué se reprime? Y ¿cuánto tardará en dejar de hacerlo?

—Me voy a cambiar de ropa, idiota.

—Aburrido.

CAPÍTULO 10

VIOLA



VIOLA ESTIRA LA ESPALDA CUANDO ÉL PRESIONA EN ESE PUNTO ENTRE LA PLANTA Y LA CURVA del pie que hace que mil terminaciones nerviosas se le activen y un hormigueo delicioso le recorra el cuerpo. Cierra los ojos y emite un gemido de satisfacción mientras él continúa haciendo magia. Presiona y desliza los dedos con una habilidad que consigue que se olvide de todo. De Sebastian encerrado de nuevo en su torre e incluso del hecho de que no están solos en esa habitación. Cuando empieza a apretar entre los dedos, se le escapa otro gemido y abre los ojos.

Inclina la cabeza; sus manos continúan moviéndose y el remolino de pelo castaño se inclina con él. Sentado en el suelo, la observa con esos ojos azules que siempre consiguen calmarla y ese gesto de concentración tan propio de Henry; el rostro salpicado de pecas enrojecido es la única pista de la tormenta que se desata en su interior. Viola solo necesitaría levantar el cojín donde ha puesto sus pies untados de aceite de almendra sobre una toalla para comprobar lo duro que está. Los pies son la debilidad de su chico y, joder, la manera en que la toca también es la debilidad de ella.

—Henry Baker. —Se inclina hacia él—. ¿Puedo ver lo que escondes ahí debajo?

—Vila, joder. Subid a la habitación y echad un polvo. La tensión sexual me está matando —gruñe Asher desde el sillón individual pegado a la pared, donde se ha pasado las últimas horas leyendo y quejándose por todo.

Viola lo mira por encima de Henry para ver la portada del libro. Un demonio con cuerpazo detrás de una rubia a la que está a punto de poseer, o eso parece dada la postura de sus cuerpos y la manera en que la agarra del pelo. *Dark romance* con fantasía, la mezcla perfecta y el género favorito de los dos.

—Eso es por el libro, Ash.

—Aquí no hay tensión, solo sexo.

—Lo que yo te digo, es el libro.

—Igualmente, subid y follad, así no tengo que seguir escuchándote gemir.

—Sabes que ese tipo de comentarios no serían nada apropiados con Ava delante, ¿verdad? Tienes que evitar hacerlos.

—¿Por qué?

—Pues porque parece que te pongan mis gemidos.

Asher levanta la vista del libro y arquea las cejas.

—¿Quieres que te responda a eso? ¿Delante de él?

Henry, que ya no puede ocultar lo rojo que se ha puesto, aprieta la mandíbula.

—Henry. Sabes que solo lo dice para molestarte.

—Por supuesto. —Henry comienza a acariciarle la zona entre los dedos del pie con parsimonia.

—Henry Baker. —Se traga el quejido que está a punto de escapársele. Él eleva una ceja en respuesta. Vaya, vaya. Su chico quiere jugar.

Y de repente se da cuenta de lo que están haciendo, tanto Asher como Henry. Están haciendo que olvide el miedo a que se repita el pasado. A pasarse meses angustiada sin poder abrazar a su hermano. Pero Viola no es la misma de antaño. No va a hundirse aunque el golpe imprevisto la haya dejado trastornada. Tampoco va a dejar que su hermano se aísle. Esta vez no. Si tiene que tirar la puerta esta vez para sacarlo, lo hará. Ya no es la Viola miedosa que no era capaz de llorar a sus padres. Es la mamá osa que va a sacar a esa familia adelante.

Viola sonríe. Punto muerto. Henry y Asher han jugado. Ahora es su turno.

—Ash. ¿Por qué no subes y me traes un libro?

—¿Qué libro?

—Cualquiera del estante de pendientes, si es muy guarro mejor.

—¿Tienes alguno que no lo sea?

—Bueno, están los de Henry.

—Esos no cuentan —replica su amigo, que deja el libro y se levanta—. Luego no te quejes si no te gusta.

—Me voy a quejar seguro. —Esboza una sonrisa.

Nada más desaparecer por el pasillo, Viola aparta el cojín del regazo de Henry para descubrir lo que ya sabía que iba a encontrar.

—Henry Baker, no puedes esconderte de mí.

—No me escondo.

Viola se levanta, se limpia el pie con la toalla y se sienta a horcajadas sobre él.

—Me pones cachonda y te escondes, eso se merece un castigo —susurra contra su boca, acoplándose de manera que la polla de Henry le acaricia ese punto hinchado entre sus piernas—. Oh, joder. —Deja escapar el aire.

Henry gruñe, excitado por la caricia.

—Viola, no creo que sea el momento. —Aun así, la agarra de la cintura para dirigir el movimiento de sus caderas.

—Henry, es justo el momento.

—Va a bajar de un momento a otro.

—Me da igual.

—Viola. —Tiene los ojos tan oscurecidos por el deseo como los debe de tener ella.

—Quiero tu boca entre mis dedos. —Viola se aferra a sus hombros y se impulsa con las rodillas para deslizar el sexo contra el suyo—. Quiero que tu lengua caliente los recorra uno a uno. Quiero que me metas los dedos mientras lo haces.

A Henry se le escapa un jadeo tan sexi que Viola siente una palpitación en su sexo.

—Viola, joder.

—Henry Baker, no digas tacos o tendré que follarte aquí mismo.

Como respuesta, Henry sonríe antes de besarla. Viola busca el placer de ambos con movimientos suaves mientras Henry le recorre la boca y le acaricia la espalda, introduciendo las manos por debajo de su camiseta. Todo eso, sumado a la excitación de saber que Asher puede

irrumpir en el salón en cualquier momento, no hace sino aumentar la intensidad del momento.

Pero no es Asher quién los saca de la vorágine de deseo, sino la puerta de la entrada, que se abre de golpe para dejar paso a Sebastian seguido de un Jude demasiado interesado por ver qué está haciendo su hermano.

A Viola le encantaría que alguien estuviera grabando la cara que pone Henry, una mezcla de pánico y vergüenza y ganas de poder saltar a través del tiempo para que su hermano pequeño no vea eso.

Viola no puede evitar que se le escape la risa cuando observa a los recién llegados.

—Joder —suelta Sebastian con cara de asco.

Jude, en cambio, se acerca con los ojos verdes abiertos de par en par.

—Así que esa es la cara de Henry cuando está cachondo. Cup, ¿la puedes dibujar? —le pregunta a Sebastian.

—Ni loco.

—Venga ya. Jamás pensé que vería a mi hermano ponerse cachondo. Es un acontecimiento, como ver a Darcy cachondo. ¿Te lo imaginas?

—Nadie quiere ver a tu hermano cachondo, Baker. Solo Vila.

—Es muy gracioso —replica Jude, que no puede apartar la mirada de Henry.

—No me jodas —suelta Asher en cuanto entra en la habitación y descubre la escena. Suelta el libro en la mesita de centro—. Me voy un momento y ya se lo están montando.

El mayor de los Baker esconde la cara en el hombro de Viola, que se ríe y le da un beso en la frente, acariciándole el pelo. La erección sigue igual de evidente y Viola comprende que ese es el único motivo por el que no se ha movido.

—Ash, ¿habías visto la cara de mi hermano cuando está cachondo?

—Sí, Jude, sí. Y no me gusta nada.

—Bueno, tampoco te gusta su cara cuando no está cachondo.

—Pues no, no me gusta la cara de tu hermano en ninguna de sus formas, la verdad. Tampoco la tuya, ni la de la gran mayoría de la gente, ya que estamos.

—Mi cara es fantástica, lo que pasa es que eres un envidioso.

—Pues me alegra que alguien sepa apreciarla y haya salido de la puñetera habitación. ¿De qué vas, tío?

—Solo han sido dos días. No exageréis.

—Tienes antecedentes. Es normal que exageremos.

Viola levanta la mirada hacia su hermano. Desde su posición sobre Henry parece inmenso. Sus ojos oscuros la miran con cariño y arrepentimiento. Lo recuerda en esa misma habitación cuando sus padres aún estaban vivos, cuando George también lo estaba. El mismo sol proyectando rombos de luz sobre el suelo de parqué, el pelo negro despeinado, los hombros anchos, el cuerpo grande que lo hacía parecer seguro, pero no era más que un escudo contra sus secretos. Su hermano Sebastian se había guardado la verdad como si fuera una bomba de relojería durante tanto tiempo que al final terminó explotando en el mismo instante en que sus padres perdieron la vida en aquel accidente.

Iba toda la familia en el coche, rumbo a visitar a Sebastian a la universidad por su cumpleaños; todos menos Viola, que se hallaba en Praga con Charlotte, su mejor amiga.

Para cuando Viola y Charlotte llegaron al hospital de Winchester se enteraron de que solo Lydia, su madrina, había sobrevivido al accidente. El resto había muerto.

Elizabeth y Thomas Evans, sus padres.

Christopher Harris, su padrino.

George Harris, el hijo de Christopher.

Todos muertos.

Sebastian había cogido los restos de la bomba y se había encerrado en aquella habitación, llevándose lo que quedaba del corazón de Viola con él.

—Estás aquí —musita ella.

—Lo siento, no quería preocuparte.

—Has vuelto. —Se le escapa una lágrima que Henry borra con el pulgar. La ayuda a incorporarse y se da la vuelta para recolocarse la erección con un poco de privacidad.

Viola se toma su tiempo para mirar a su hermano, comprobar las ojeras en sus ojos, algo enrojecidos por la falta de sueño y por haber estado llorando. Se le encoge el estómago ante la idea de que haya estado solo y hundido y que no se haya dignado a llamarla. A continuación se fija en Jude. Lleva una de las tantas camisas rosas de su colección, manga larga remangada y cuello italiano abierto, dejando al descubierto el colgante de plata en forma de ancla que no se quita nunca. Se guarda las manos en sus vaqueros negros, un gesto que Viola identifica como nerviosismo, y la mira con sus ojos verdes sinceros y una sonrisa tensa que consigue que se le remarquen los preciosos hoyuelos. Jude Baker, con su pelo rubio por debajo de los hombros, sus mechones trenzados y esa vitalidad que años atrás consiguió dar vida de nuevo a la familia rota y apagada que había quedado después de que la muerte arrasara con todo.

—¿Qué pasa con vosotros dos? —pregunta, pasando la mirada del uno al otro.

Sebastian dirige sus ojos a Jude un instante y su hermana lo ve. Joder, claro que lo ve. La manera en que su gesto se suaviza cuando posa la mirada sobre el menor de los Baker. Ese amor encerrado durante tantos años, por fin libre.

—¿Estáis juntos? ¿Es eso?

—Claro que no. —Jude se saca las manos de los bolsillos y hace un gesto para restarle importancia. Entonces mira a Sebastian, puro nervio como es él, y este alza una ceja para dejarle claro lo que hay—. Oh. ¿Sí? —pregunta, incrédulo—. ¿Estamos?

—Estamos —responde Sebastian.

Viola sonríe. Desvía la vista para ver que Henry se debate entre sonreír con ella o quedarse con ese gesto preocupado tan de hermano mayor que le resulta de lo más adorable; eso consigue que se le revuelva todo por dentro, porque ella también tiene el mismo miedo de que algo pase y todo se vaya a la mierda. No quiere que su hermano sufra, y mucho menos que Jude lo haga por culpa de las dudas y el miedo de Sebastian.

Aun así, se alegra. Lleva años deseando que pase esto, intentando convencer a su hermano de que no se deje morir por la ausencia de George. Que merece ser feliz, así como merece hacer feliz al chico que quiere. Porque Sebastian quiere a Jude. De eso no tiene dudas. Igual que tampoco duda de que Jude le entregara parte del corazón a su hermano hace ya mucho tiempo.

Jude está mirando a Sebastian con una expresión entre el miedo y la absoluta adoración. A Viola se le escapa una lágrima.

—Dios. Eso es maravilloso.

Se echa a llorar y Jude se acerca y la estrecha entre sus brazos.

—No llores, V. —Le acaricia la espalda.

—Por fin, joder —dice con la mejilla pegada en su pecho.

Y parece que consigue calmarse, al menos hasta que se aparta y mira a su hermano y la alegría, mezclada con una tristeza desoladora, la embarga al comprender la dimensión de lo que

está sucediendo.

—Necesito un momento. —Henry se le acerca para acompañarla, pero ella le hace un gesto para que se quede—. Vuelvo en un rato, ¿vale? —explica antes de marcharse de la casa.



Media hora después, Sebastian la encuentra en el tejado de la biblioteca, su rincón favorito para pensar. La puesta de sol ya ha tenido lugar y el cielo es un manto anaranjado y violáceo, como un cuadro hecho por su hermano, lleno de nostalgia y esperanza. Viola adora lo mucho que transmiten los dibujos de Sebastian, la esperanza que hay en ellos por encima de todo. Y es que por mucho que afirmara que había renunciado a la felicidad cuando acabó de publicar el cómic que le había dedicado a George, siempre hay un hueco para la esperanza en sus ilustraciones. Un grito de auxilio, un sinfín de quizás. Su mezcla de colores habla de posibilidades, transmite vida. Y cuando dibuja a Jude… Es desgarrador. Sebastian le habla a través de los dibujos. Ha visto la manera en que Jude los mira, cómo se queda paralizado, cómo él también lo sabe. Y puede que en el pasado le prohibiera cualquier acercamiento, pero cada vez que su hermano lo dibujaba a él le entregaba todo lo que su persona le negaba.

—Pensé que te alegrarías por mí —dice su hermano cuando toma asiento a su lado.

—Seb, estoy tan feliz que me duele. —Lo coge de la mano—. Por ti y por Jude. Os lo merecéis todo.

—Pero…

—Pero nada. Solo necesitaba sacarlo de dentro. Ya sabes que odio guardarme lo que siento. Tuve demasiado de eso.

—Estás pensando en él.

Pues claro que piensa en él. ¿Cómo no hacerlo? Siempre será un hermano pequeño para ella. Era el hijo de sus padrinos, crecieron juntos. El vínculo que tenían era tan fuerte como el que la une a Sebastian. No compartían ADN, pero Viola y George eran hermanos en lo importante, hermanos de corazón. Puede que el tiempo redujera el vacío que su ausencia había dejado en ella, pero cuando piensa en él, en el amor que le daba, el presente se diluye como el filo de una cascada y solo quedan los recuerdos. Ojalá el tiempo no le quitara eso también, los recuerdos.

—Lo siento.

—No te disculpes por quererlo, Vila.

—¿No te pasa que a veces te cuesta recordarlo? ¿Cómo eran sus ojos? ¿Cómo era cuando sonreía? Intento tocarlo pero ya no llego a él. Quiero volver a sentir su abrazo, aunque sea solo una vez.

—Contigo siempre fue distinto. Te idolatraba.

—No puedo evitar pensar en la vida que se le escapó de las manos. En cómo sería si estuviera aquí.

—Yo sé cómo sería. —Sebastian le dedica una mirada afligida—. No te gustaría. Si estuviera, no habría un Jude en mi vida. Probablemente tampoco un Henry en la tuya.

—Lo sé.

—No sé dónde estaría yo si él estuviera aquí, pero sé que no sería feliz. No con George, ahora lo sé.

Viola se gira para mirar su perfil, las sombras proyectadas en su rostro.

—Hay algo que no me estás contando, ¿verdad? —Le aparta el pelo de los ojos—. ¿Es sobre lo que pasó con Jude?

—Sí.

—Cuéntamelo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no sirve de nada. Quédate con los recuerdos. Quédate con tu Georgie. Es tuyo, te mereces tenerlo. —Por su voz rota y el dolor escondido comprende que quiere evitarle cualquier daño, que no habla por hablar—. Vila, si te lo cuento ya nunca más será Georgie. Saberlo te hará infeliz y ¿para qué? Él ya está muerto. Nada puede cambiar eso. Todo sería distinto si George estuviera aquí, pero no está. Y, joder, me alegra que no esté.

A Viola se le llenan los ojos de lágrimas.

—No dejas de llamarlo George.

—No quiero que te pase. Es lo único que puedo hacer por él a estas alturas. —Su hermano traga saliva y comprende que se está conteniendo—. Alégrate por nosotros.

—Claro que me alegro. Soy la persona más feliz del mundo ahora mismo. Que sea una tonta llorona no significa que no me alegre de que por fin hayas salido de tu caparazón. Por fin eres libre, Seb. ¿Cómo no me iba a alegrar? Es lo único que he querido en todos estos años. Eres mi hermano, quiero que vivas tu vida independientemente de los muertos. Ellos no pueden elegir, nosotros sí. Tú sí. —Le aprieta la mano con más fuerza—. Pero ¿estás seguro de esto? Jude es especial, Seb. No le hagas daño, por favor.

—No debes preocuparte por eso. Voy a hacerlo feliz. Se lo voy a dar todo.

—¿Es por ti o por lo que pasó con Georgie?

La pregunta consigue que Sebastian apriete la mandíbula.

—Por él. Porque no se merece menos. Y porque lo quiero. Estoy enamorado de él, Vila. Jamás pensé que podría querer así. Estoy acojonado. —Coge aire, buscando las palabras—. Es auténtico, y es sincero, y es real. Y no es fácil porque nada entre nosotros lo ha sido nunca, pero cuando lo tengo cerca todo se vuelve sencillo. El resto deja de importar.

A Viola se le caen las lágrimas. Él la abraza.

—¿Se lo has dicho?

—Todavía no. Quiero ir despacio.

—Él es tu Barnard.

—Exacto. Mi Barnard.

Viola sigue llorando durante un buen rato, en silencio, con la cabeza apoyada en el hombro de su hermano.

—También piensas en Lara, ¿verdad? —le pregunta él.

—Dios. Cómo me conoces.

—Tú y tu manía de querer salvar al mundo entero. —Le revuelve el pelo—. Estará bien. Gracias a ella estoy aquí. Fue ella la que me hizo encerrarme y comprender lo que estaba haciendo.

—¿El qué?

—Robándole la felicidad a quien más merece tenerla. Me siento como un imbécil. He perdido más de doce años, le he hecho daño y ¿todo para qué? Lara me hizo abrir los ojos. Pensé en mamá y en lo que ella me diría. Tantos años y siento que no he aprendido nada.

—Seb, eso no es verdad. Has aprendido a quererte. Ya es más de lo que hacen otras personas.

—Lo que me da más rabia es que no sé si hubiese dado el paso si ella no me hubiese buscado. ¿Qué habría hecho, Vila? Habría dejado que el corazón de Jude se secara.

—Eso no lo sabes. Yo creo que tarde o temprano habrías cedido con un empujoncito. Quizá por Jude. Puede ser muy insistente.

—Sí. —Sonríe—. Pero no lo sé, Vila. Y eso me aterroriza. Me da miedo pensar que la promesa que le hice a George de no soltarlo nunca pudiese ganar a todo lo demás.

—Lo importante es que ya la has roto.

—No la rompí yo, la rompió él. —Sebastian suspira—. Él lo rompió todo.

—Me duele pensar en que ya nadie lo recordará, que no lo quieran.

—Lo quieres tú por todos los que no lo hacen.

Viola se abraza el abdomen. Compone una sonrisa al recordar algo importante que no ha compartido con él.

—Ava está embarazada.

—¿En serio?

—Sí. Ash va a volver a ser papi. —Suelta una risita—. Será un padrazo, pero está muerto de miedo. Tendrías que haber visto cómo se puso cuando se enteró. No dejaba de decir que lo iba a echar todo a perder, que no quería parecerse a su padre. Me costó convencerlo para que volviera a su casa.

—Quiero verlo cambiando pañales otra vez —murmura Sebastian con una risita.

—Y yo a ti, Seb.

—Vamos por partes, Vila.

—En unos meses te va a tocar. Es lo que hay. —Se encoge de hombros, todavía con los brazos en torno a su cintura.

Sebastian arquea las cejas y lo comprende. Se le saltan las lágrimas.

—¿De verdad?

—Sí. Parece que nos hemos puesto de acuerdo. Joder, me ha costado tanto que no me lo podía creer. Me hice el test solo para acompañarla, no esperaba que diera positivo.

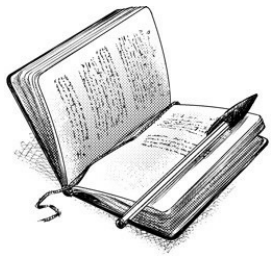
—¿De cuánto estás?

—De ocho semanas.

—¿Qué dice Henry?

—¿Qué va a decir? —Esboza una sonrisa—. Que quiere dos más.

DIARIO DE JUDE



Cuando lo vi por primera vez pensé: «Qué chico tan grande para guardar el amor de un ser tan pequeño».

Pensé: «Qué mirada tan limpia».

Y pensé: «Me va a romper el corazón».

Es evidente que pensé muchas otras cosas, pero eso fue lo primero que se me vino a la cabeza. Las tres cosas que pensé resultaron ser ciertas.

Puede que fueras un arma de destrucción masiva, pero eras un ser diminuto. Me recordabas a esos perros pequeños que te muerden la mano cuando te acercas y ladran como si les fuera la vida en ello. Una vez leí sobre el síndrome del perro pequeño. En el artículo decían que ladraban porque se sentían amenazados, por problemas de salud, para marcar el territorio, por genética o por educación. Podría ser cualquier cosa y todas serían ciertas si hablamos de ti. Lo importante es que ya tenías tu territorio marcado, habías dejado de ser el amenazado para convertirte en la amenaza y tu educación se basaba en tomar la posición del maestro. Nadie te convirtió en un monstruo, como prevenían en el artículo si el animal era educado de manera incorrecta. Eras tu propio monstruo. Mordías antes de que te mordieran.

De la mirada de Sebastian no te voy a hablar. No creo que te hayas molestado en fijarte. Yo llevo siete años haciéndolo. ¿Y sabes qué? No quiero compartirla contigo. No te la mereces.

En cuanto a lo de romperme el corazón, eso fue una mierda. El suyo ya estaba roto cuando lo conocí. A mí me lo rompió un poco más tarde, cuando terminó *Barnard* y me di cuenta de que nunca tendría un hueco en su vida. Te lo habías llevado con él. Él me rompió el corazón, pero tú siempre fuiste el arma.

¿Sabes otra cosa que pienso? Creo que siempre serás el arma. La herida nunca sanará. Estás muerto, pero no lo estás. Puedes estar muerto, pero *Barnard* nunca morirá.

Ojalá me equivoque.

Quiero estar equivocado. Por favor.


Coffee
DEL 1
AL 10...

CAPÍTULO 11

JUDE



JUDE ESTÁ SENTADO AL PIANO, SUMERGIDO EN UNA PIEZA DE RACHMANINOFF, JUSTO EN EL clímax de la obra, perdido y liberado en los sonidos que le arrancan los dedos a las teclas al precipitarse hacia su apoteósico final en do mayor. Le gusta ese momento en el que la verdad se abre paso y se desnuda, en el que el héroe sortea todos los obstáculos hacia su final feliz.

A Jude le encantan los finales felices. Lo que odia es que el sonido de los grillos le impida llegar a ellos.

No puede creerse que Asher vuelva a buscarlo para salir a correr. Esta vez no piensa ir con él a ninguna parte. Se lo promete a sí mismo cuando se dirige a la puerta y abre con cara de pocos amigos.

Pero no es Asher quien está al otro lado, sino Sebastian, que levanta una bolsa de papel hacia él.

—¿Te apetece que cenemos juntos?

Jude intenta contener las emociones de verlo ahí, con su metro noventa y tres, vestido con vaqueros negros y una sudadera de algodón con capucha color vino con el logo de The North Face. Da igual que ya empiecen a subir las temperaturas, Sebastian casi siempre va abrigado.

—¿Me vas a preparar la cena?

—Si no queremos acabar en urgencias, es mejor que me ocupe yo. —Sebastian pasa por delante de él para acceder a la cocina.

Jude cierra la puerta con un resoplido.

—Oye, que sé cocinar.

—Claro, claro. —Sebastian coloca la bolsa sobre la encimera y saca las verduras frescas que acaba de comprar, así como un par de botes de tofu.

A Jude se le hincha el pecho cada vez que su amigo cocina según su dieta vegetariana y lo acompaña. Aunque claro, si tiene en cuenta que vive en la misma casa con su hermano Henry, que también es vegetariano, debe ser algo normal para él. Pese a eso, el gesto lo hace feliz.

—Perdona por haberme ido así. Necesitaba tener una conversación con mi hermana —explica Sebastian.

—¿Como está?

—Embarazada.

Jude abre los ojos como platos. ¿Embarazada? ¿Van a ser tíos?

—¿En serio? Pero ¿es que le han echado algo al agua o qué? Voy a tener que llamar a La para que se lo mire. —Lo dice sin pensar. Para él es lo más natural del mundo dado que

prácticamente vivieron juntos los últimos años de relación.

Sebastian sonríe, pero se le nota incómodo.

—Sí, ya. Hablo de más —murmura Jude, avergonzado.

—Tranquilo, es normal.

—Vamos a ser tíos. —No termina de creérselo. Se imagina la cara que habrá puesto Henry, que siempre ha deseado ser padre, y siente la imperiosa necesidad de salir corriendo para darle un abrazo.

En lugar de eso, observa a su amigo mientras lava y corta las verduras en silencio.

—Cup, ¿estás bien?

—Sí. Es solo que estaba imaginando la cara que habrían puesto mis padres. No pensé en eso cuando me lo dijo. Y estoy seguro de que Vila sí lo hizo. Por eso estaba tan triste.

—Ella piensa en todo el mundo.

Resulta que Viola es una especie de leyenda urbana del ser humano: antepone la felicidad de los demás a la suya propia.

—¿En qué momento he empezado a olvidarlos?

—No los has olvidado, Seb. Solo has aprendido a vivir con la ausencia. Se le llama supervivencia, y tus padres se sentirían orgullosos por eso.

Sebastian levanta la mirada hacia él.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Saber qué decir siempre. ¿En qué rincón de ti guardas las palabras perfectas para cada momento?

—Eso vas a tener que descubrirlo tú. —Esboza una sonrisa socarrona—. No puedo hacerte todo el trabajo.

Sebastian deja el cuchillo sobre la mesa y se inclina para besarlo en los labios. Un beso suave que termina incluso antes de haberlo asimilado.

Se le encienden las mejillas por el ardor que siente en los labios. El beso le ha sabido a poco. Demasiado poco.

Su amigo saca la sartén y la pone a calentar mientras termina de picar el tofu y sazonarlo. Luego mete las cebollas y las saltea antes de volver a dirigirse a él.

—Suéltalo.

—¿Por qué crees que quiero decir algo?

—Siempre quieres decir algo. El mundo se caería y tú tendrías algo que decir al respecto.

—Eso suena muy feo, Cup.

—Feo tú cuando pones esa cara de listillo.

—No soy feo.

—Ahora mismo sí. —Sebastian lo mira con intensidad—. No veo los hoyuelos. Sin ellos no eres gran cosa, Baker.

Jude se ríe.

—Pero qué idiota eres.

Sebastian deja lo que está haciendo y se gira para mirarlo.

—Y ahí están.

—Dios, Cup. No me mires así —murmura como un idiota cuando en realidad quiere gritarle por haberle escondido esa mirada todo este tiempo.

—¿Así cómo?

—Pues así. —Pasa la mirada por la cocina para evitar sus ojos—. Como si fuera un melocotón.

—¿Un melocotón?

—Es lo primero que se me ha venido a la cabeza. —Señala la cesta con la fruta.

—Tienes la mente muy sucia, Baker. Por norma general no me suelen poner los melocotones. Tengo otros fetiches.

—Cada vez se te da mejor.

—¿El qué?

—Decirme que te pongo sin decírmelo.

—Ya no tengo que hacer eso. —Vuelve a recorrerle el rostro con la mirada—. No tengo ningún problema en decirte que llevo un rato intentando no pensar en cómo sería follarte contra la encimera.

A Jude se le corta la respiración.

—Eso que has dicho está muy bien. Pero antes podrías terminar de hacer la comida. Digo, tengo hambre. Y creo que no tenemos suficientes melocotones para eso, Cup. Debería ir a comprar más.

Sebastian sonríe de oreja a oreja.

—Joder, ¿qué voy a hacer contigo?

Jude se da la vuelta para salir de la cocina. Sebastian lo detiene agarrándolo de la muñeca.

—No vas a ninguna parte. —Se coloca detrás de él. Jude nota todo el calor de su cuerpo abrasándolo. Se siente abrumado—. No huyas de mí.

—No estoy huyendo.

—¿Y qué haces entonces?

—¿Ir a comprar?

Sebastian inclina el rostro. Le suelta la muñeca para apartarle el pelo a un lado con la mano libre y Jude suspira cuando su nariz le roza el interior de la oreja. El escalofrío que siente al percibir la humedad de su aliento en la piel consigue que le tiemblen las rodillas. El ambiente entre ellos está cargado, casi ígneo. Joder, siempre lo ha estado. Desde el mismo día en que Sebastian lo abrazó por primera vez, Jude supo que nunca se sentiría así en otros brazos, como si se elevara, como si su pequeño mundo caótico hubiese encajado por fin.

—Hoyuelos. —Su aliento le hace cosquillas y el estómago de Jude comienza a dar volteretas cuando nota los dientes de su amigo en la zona donde debería estar el hoyuelo, así como la firmeza de su cuerpo amoldada a la suya.

—Solo quería coger un poco de aire —musita con la voz entrecortada.

—¿Aire? ¿Tienes calor? ¿Quieres que abra la ventana?

—No creo que eso ayude.

—¿Quieres que me vaya? —De repente, el calor se aparta de él y Jude siente la ausencia en cada célula de su cuerpo—. Si te sientes incómodo y prefieres que me vaya, dímelo. Me puedes decir cualquier cosa.

—¿Qué? No. —Se da la vuelta. Y el choque de tenerlo ahí es incluso más abrumador. Dios santo. ¿Qué le pasa? No es un maldito adolescente—. Claro que no. Es solo que no estoy acostumbrado a esto. —Se señala a sí mismo y luego a él—. A este coqueteo tan directo.

—Siempre has coqueteado conmigo.

—Pero tú no. Nunca me correspondías. Por eso me cuesta asimilar que lo hagas. Me da miedo que sea mentira y que te vayas y estar soñando. Por eso necesito asimilar que todo es real.

Sebastian le levanta la barbilla.

—Pues vas a tener que acostumbrarte. No estoy coqueteando contigo. Solo soy yo. Así que coge aire conmigo y sé tú. Se acabaron los silencios, se acabó el contenerse. Todo eso se acabó. ¿Te parece bien?

Jude contesta con un asentimiento.

—¿Puedes, por favor, no comportarte como si me fuera a lanzar sobre ti?

—Pero has dicho que…

—Sé lo que he dicho. Y te aseguro que algún día pasará, si quieres que pase, pero no esta noche. He esperado doce años, puedo esperar un poco más. —Frunce el ceño—. Y ahora estás poniendo cara de pena, Baker. No me gusta esa cara.

—Es que has dejado de mirarme como si fuera un melocotón.

—Joder, ahora no podré volver a pensar en melocotones sin acordarme de esto —gruñe y Jude suelta una carcajada—. Dios. Menos mal. —Sebastian lo abraza y Jude se siente de nuevo con energías renovadas. Le rodea la cintura y levanta la vista para mirarlo.

—¿Qué?

—Esos hoyuelos. —Atrapa uno de ellos entre los dientes.

A Jude le cuesta mantenerse cuerdo.

—Cup, te equivocas si piensas que me da miedo.

—¿El qué?

—Que te lances sobre mí. Quiero que lo hagas. Llevo mucho tiempo esperando a que lo hagas.

—No me digas.

—La verdad es que quería hacerlo yo, pero claro, me tenía que contener. Por eso de que eres un cabezota y vas a tu ritmo.

—Ajá.

—¿Ya no me tengo que contener?

—Ya no.

—Eso que has dicho de la encimera…

—Baker, cállate ya.

—Cállame tú.

Nada más decirlo, Sebastian lo calla con un beso que es salvaje y dulce al mismo tiempo. Lo aprieta más contra él. Jude siente su polla en la cadera y gime en su boca. Quiere tocarlo ahí, saber lo que se siente cuando Sebastian se deshace por sus caricias. Lo desea tanto que duele. Le introduce las manos por debajo de la sudadera y la camiseta para alcanzar su piel caliente y suave.

—Baker —musita Sebastian, tirándole del pelo con suavidad para que lo mire.

—Mmm.

—Deja de meterme mano. Se va a quemar la comida.

—Has empezado tú.

—¿Yo?

—Me has llamado feo, para empezar.

—No he sido yo el que se ha comparado con un melocotón.

—Los melocotones son sabrosos. —Sebastian arquea las cejas—. Y luego te has puesto a decirme guarradas.

—No eran guarradas.

—Soy débil a las guarradas, Cup. Aún no me conoces en ese plan, pero me gustan mucho.

—¿En ese plan?

—En plan tío buenorro cachondo.

—¿Te estás llamando *buenorro*?

—A ver, no soy Asher, pero estoy buenorro. Eso no se discute.

Sebastian se lo queda mirando sin decir nada, pero Jude puede ver la sonrisa que intenta reprimir.

—Y me has mordido la oreja. —Jude le señala con el dedo—. ¿A que te has olvidado de esa?

—¿Sabes qué? Que se va a quemar la comida. —Sebastian le da la espalda para volver a los fogones.

—¡Ja! ¡Te he ganado!

—No sabía que era una competición.

—Siempre es una competición. —Jude se coloca a su lado para ver el revuelto de verduras, así como los filetes de tofu rebozados—. ¿Quieres que corte unos melocotones?

—Quiero que te calles, idiota.

—Ya sabes lo que tienes que hacer para eso. —Le guiña un ojo y se va a poner la mesa.



—¿Tienes planes el fin de semana? —pregunta Sebastian una vez terminan de recoger los platos y se sientan en el sofá, con un café para él y un chocolate amargo para Jude.

—El sábado quedé con Henry en que iría a recoger a mis padres para que no tengan que hacer el trayecto solos hasta aquí. Aún no he hablado con ellos de mi ruptura con La. —Compone una mueca—. Y el siguiente viernes hay una concertista a la que quiero ver en el Royal Festival Hall. Me lo iba a perder por la luna de miel, pero como estoy aquí he pillado un hotel en Westminster.

—¿Vas solo?

—En principio sí. *Quierodecir*, supongo que allí me encontraré con algunos compañeros de la facultad. Se lo pensaba decir a Ava, pero no es muy amante de la música clásica y se va a aburrir.

Sebastian deja su taza en la mesa de centro para recostarse de lado, con la rodilla rozando la suya.

—Ahora viene la parte en la que me preguntas si quiero ir contigo, por si te cuesta pillarlo.

—¿Quieres?

—Sí.

Jude sonríe y los hoyuelos lo hacen con él.

—Llamaré al hotel para avisar de que seremos dos.

—Cama doble, hoyuelos. Pienso dormir contigo.

—Oh. —Su sonrisa se ensancha—. Pues claro.

—¿Estabas tocando? —Sebastian señala el piano. Jude asiente—. ¿Has vuelto a clase?

—Sí. No tenía sentido no hacerlo cuando solo había pedido permiso por lo del viaje de bodas. No me dieron problemas y ya he retomado las clases particulares con mis alumnos.

—¿Estás bien? Me refiero al tema Lara.

Jude se escurre un poco más en el sofá. Mira al techo.

—No, pero sí.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—No estoy bien porque la echo de menos, pero estoy bien porque tú estás aquí. ¿Te vale esa?

—Cuando quieres, puedes.

—Siempre quiero. —Jude gira la cabeza y levanta la vista—. Y siempre puedo.

—¿Por qué lo diriges todo al ámbito sexual? ¿Es tu manera de protegerte?

—¿Tengo que protegerme?

—De mí no.

—¿No lo notas? —pregunta, inquieto—. Toda esta tensión. Estar cerca de ti me hace sentir demasiadas cosas. Y sí, puede que eso me haga decir gilipolleces todo el tiempo.

Sebastian posa la mano sobre el abdomen de Jude y comienza a acariciarlo ahí. Jude se queda absorto en la caricia. Sebastian se detiene para introducir un dedo por la apertura de los botones. Él cierra los ojos para controlar el estremecimiento. Nota cómo su erección comienza a cobrar vida de manera instantánea.

—¿Te refieres a esto?

Jude apenas consigue asentir cuando su amigo se acerca todavía más e introduce un segundo dedo. Lo acaricia con la yema, despacio, dibuja formas y círculos sobre su piel. Jude no se mueve a pesar de que su cuerpo le pide que se levante y le quite toda la ropa. Necesita sentir su piel desnuda pegada a la suya.

—Lo que le dijiste a tu hermana… —musita con el aliento entrecortado. Lo mira a los ojos —. ¿Estamos?

Sebastian enarca las cejas, sus caricias se detienen.

—Claro que estamos, Baker. ¿Que podríamos estar haciendo si no?

—Bueno. No sé qué quieres.

—A ti.

—Vale, pero no sé en qué plan. No sé qué buscas exactamente. Si quieres sexo o que sigamos siendo amigos o que seamos amigos y tengamos sexo o…

—Para. —Extrae la mano de la camisa—. No me jodas, Baker. ¿Dudas en serio de lo que quiero contigo? ¿Crees que se lo diría a mi hermana si no lo tuviera claro? ¿Que arriesgaría nuestra amistad? ¿Por sexo?

Jude frunce los labios, pensativo.

—Dudo de todo. Hasta hace unos días lo daba todo por perdido. No me pidas que te mire y no piense que alguien va a venir a darle a un interruptor y se va a acabar el maldito sueño. Necesito procesarlo y te aviso de que te vas a cansar de mis preguntas, porque pienso preguntarlo todo.

—Y yo te responderé a todo. Baker, no busco un polvo rápido contigo. Ya he tenido suficiente de eso.

—Ah, ¿sí? —pregunta, sorprendido.

—¿Te extrañas? Tengo treinta y seis años. He tenido sexo cuando lo he necesitado.

A Jude se le encoge el estómago.

—Con hombres.

—Ajá. Yo no soy bisexual. Tu abanico es más amplio.

—¿Cómo lo haces? —Sebastian enarca las cejas. Jude se coloca de lado para poder mirarlo. Ahora sus rodillas se tocan y ambos se miran a los ojos—. *Quierodecir*, ¿vas a algún bar gay o

usas alguna web de citas como Grindr?

—Ambas cosas. Lo más seguro es tratar con alguien por Grindr y, si buscamos lo mismo, quedar en un hotel y pasarlo bien lo que dure la noche.

—¿No vuelves a quedar?

—No repito, no.

—¿Tienes perfil? ¿Puedo verlo?

—No voy a enseñarte eso. Además, ya lo borré.

—¿Por qué?

—No pretendo usarlo más. —Sebastian le lanza una mirada significativa—. Dios, Baker. Si te vieras la cara de alucinado que tienes.

—Es que estoy sorprendido.

—Me gusta mi mano, pero hasta ella se cansa de mí.

—Tu mano izquierda. —Jude sonríe, recordando que es zurdo y las tonterías que le dijo cuando se enteró.

—Mi mano izquierda.

—Me gusta.

—¿Mi mano izquierda? Te gustará más cuando la use contigo.

—No, idiota. —Se ruboriza—. Me refiero a esto. Tú y yo, flirteando como dos adolescentes. Me gusta mucho.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

Nada más decirlo, Jude se da cuenta de que llevan un rato en el sofá sin hacer nada y que quizá deberían estar haciendo algo.

—¿Quieres hacer algo?

Sebastian enarca las cejas.

—Quiero hacer muchas cosas.

—Me refiero a algo no sexual, idiota. Luego dices que soy yo el que está pensando siempre en lo mismo.

—Como si no fuera verdad. —Lo dice con sorna, pero pregunta—: ¿Qué sueles hacer un miércoles por la noche?

—Escribir, leer, tocar, ver alguna serie… —Se encoge de hombros—. Lo que me apetezca. A veces subo a molestar a Ash.

—¿A molestar a Ash?

—Voy a ver a Ava, lo que significa molestar a Ash. También hago de niñero cuando quieren salir y no tiene con quién dejar a Lex —explica—. Pero lo normal es que salga a caminar y me deje caer por tu casa con la excusa de ver a mi hermano. No me mires así. Es una excusa perfecta, porque siempre quiero ver a Henry y a V, pero también me da la oportunidad de subir a verte y que gruñas y pongas esa cara que dice «aquí viene el plasta a comerme la cabeza».

—No gruño.

—Sí gruñes. Haces este gesto con la frente y entrecierras los ojos. —La imitación consigue que Sebastian suelte una carcajada.

—Te lo estás inventando.

—¡Que no!

—Y no pienso eso. Me gusta que vengas a verme.

—Pues no se notaba.

—Eso es porque me gustaba demasiado y se suponía que no tenía que hacerlo. Ponía esa cara

que dices para que no te dieras cuenta.

A Jude se le hincha el pecho por las emociones.

—Necesito que me respondas a algo. —Se mueve un poco hacia él.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Por qué? *Quierodecir*, ¿qué te hizo cambiar de idea? ¿Por qué te encerraste y decidiste dejarme entrar en tu vida? Sé sincero, por favor.

Sebastian se toma su tiempo para contestar.

—Fue por Lara. Por lo mucho que te quiere y todo lo que ha sacrificado para que tengamos esto. No estaría aquí si no fuera por ella, y tú tampoco.

—¿No te importa? La siempre estará guardada dentro de mí.

—No tiene sentido tener celos de Lara, si te refieres a eso. Te ha dado más de lo que yo me he atrevido siquiera a imaginar. Sería una mierda de persona si no respetara a esa chica. Me da igual que me odie, siempre le estaré agradecido.

—No te odia. No creo que sea capaz de odiar a nadie.

Guardan silencio durante unos segundos, quizá minutos, quizá horas. Quién sabe.

Jude le mira las pestañas, tan largas y oscuras como las de su hermana. Nunca se las ha mirado con detenimiento, sin miedo a que él se aparte. Las cejas oscuras logran que su mirada sea más intensa y enigmática. Recorre sus pómulos suaves hasta detenerse en los labios gruesos, la mandíbula prominente y el diminuto hoyuelo que se le forma en la barbilla.

—Baker.

Su mano cobra vida propia cuando la extiende para tocarle los labios.

—Mmm.

Sebastian le agarra la muñeca, deposita un beso en la palma y lo mira.

—¿Quieres preguntar algo más?

—Muchas cosas. Pero por hoy está bien.

—¿Me tocas algo?

Jude lo mira a los ojos. El corazón le da un vuelco.

—¿Perdón?

—Me refiero al piano, Baker.

—Ah, sí, claro.

Jude se sienta al piano y se decanta por la misma pieza de Rachmaninoff con la que estaba antes de que llegara su amigo, esta vez sin interrupciones. Cierra los ojos y coloca las manos en posición, localizando el do central. Abre los ojos y se entrega al instrumento, al momento y a Sebastian; sobre todo a Sebastian.

Cuando acaba, se queda ahí, frente al piano, observando sus ochenta y ocho teclas. Blanco y negro. Para Jude siempre ha sido hogar, paz, sosiego.

—¿Sabías que Rachmaninoff era más alto que tú? —No espera a que responda—. Medía dos metros y tenía las manos grandes. Podían abarcar una treceava, el espacio de trece teclas blancas. Eso son treinta centímetros, Cup. Hay gente que no puede tocar una octava y él podía con una treceava. Se decía que tenía el síndrome de Marfan; es una enfermedad hereditaria que, entre otras cosas, afecta al sistema esquelético. Por eso tenía las manos tan grandes, así como otras partes del cuerpo. Llegó a tener depresión por culpa de la crítica. Murió de cáncer. —Toma aire antes de continuar—. Hay una cosa que me gusta del piano. Puede que sea un humano quien le arranque música a estas teclas, pero lo que sale de ellas no lo es. No hay maldad en la música como sí la hay en las personas. Puede que haya oscuridad, que duela y que a veces parezca que te

va a llevar a la locura; a fin de cuentas, la música es sentimiento. Pero no es un dolor dañino ni egoísta, porque la música no entiende de eso. Puedes gritar a través de la música y esta puede salir en forma de rabia, pura energía libre. Pero es bondadosa. La música sana, Cup. Es un salvavidas.

—¿Fue la música la que te salvó cuando estabas mal? —le pregunta Sebastian.

—No, pero sí me ayudó.

Jude respira hondo y se da la vuelta para mirarlo.

—Será mejor que me vaya —murmura Sebastian.

Jude no quiere que se vaya. Le resulta insoportable la idea de separarse de él, como si de verdad fuese a desaparecer si lo hace.

—Me gusta la calabaza, Cup. Pero eres muy grande y la verdad es que prefiero otras cosas si tengo que elegir. Como las zanahorias o las patatas.

—¿De qué hablas? ¿Te has quedado con hambre?

—Hablo de que seguramente te conviertas en calabaza si te vas.

—¿Es una manera sutil de pedirme que me quede?

—¿Sí? —pregunta con una expresión de absoluta inocencia.

—Sí —contesta su amigo con una sonrisa.

CAPÍTULO 12

JUDE



JUDE LE DEJA UN CEPILLO DE DIENTES SIN USAR Y, TRAS ASEARSE, SE ACUESTAN EN LA CAMA doble, ambos con bóxer y camiseta.

—¿Duermes así? —pregunta Jude, que se tumba de espaldas y mira al techo para calmar la tempestad de nervios que comienza a formársele en el pecho.

—Duermo desnudo. Totalmente desnudo. —Nota el peso de la mirada de su amigo sobre él.

—Te puedes desnudar si quieres. No es que te vaya a mirar.

—¿No lo harías?

—Depende. —Se gira para mirarlo—. ¿Te gustaría que lo hiciera?

—Sí, Baker. Me gusta que me mires.

La tempestad se convierte en toda una tormenta que no hace más que crecer dentro de él.

—Te puedes quitar al menos la camiseta. Quiero verte.

—¿Solo mirar? —le pregunta Sebastian con esa calma propia de él.

Jude no tiene claro qué quiere que le responda. No sabe si seguirá queriendo quedarse si le confiesa que quiere hacer mucho más que mirar. Y como no quiere tentar a la suerte ni hacer que retroceda, se decanta por aceptar lo poco que le ofrece.

Después de todos esos años, él también puede esperar un poco más.

—Sí.

Sebastian se incorpora. Se saca la camiseta y la deja caer al suelo.

—Quítatela tú también —le pide mientras se tumba de espaldas, con la cabeza apoyada en un brazo.

Jude lo hace y se vuelve a tumbar junto a él, apoyado en un codo para poder mirarlo. Recorre su torso desnudo, el bíceps flexionado, las axilas sin nada de pelo. Jude se fija más detenidamente en que no tiene nada de vello en ninguna parte del cuerpo. Acerca la mano al pecho y toca la suavidad de su piel.

—¿Estás depilado?

—Ajá.

—¿Todo todo?

Sebastian lo mira a los ojos.

—Todo todo.

—¿Desde cuándo?

—Fue regalo de Vila, hace años. Fuimos juntos. Y antes de que lo preguntes, sí, yo grité más que ella.

Jude suelta una risita. Le acaricia el pecho con la yema de los dedos, rodea cada pezón sin llegar a tocarlos, consiguiendo que la respiración de Sebastian se vuelva más pesada, y baja por su torso hasta situarse en el ombligo. Jude desliza la yema del dedo corazón por los pliegues y salientes de piel. Nota cómo su amigo se tensa ante el contacto y cómo lo hace todavía más cuando recorre el elástico del bóxer. Jude intenta no fijarse, de verdad que sí. Pero ahí está, dura y expuesta, amoldándose a la tela del bóxer mezcla de poliéster y elastano. A Jude se le hace la boca agua y le pican los dedos por la necesidad de tocarlo ahí. Dios.

—Solo mirar, Baker.

—Estoy mirando.

—Llevas un rato toqueteando.

—Necesitaba saber lo suave que es tu piel.

—Ajá.

—Tienes una cicatriz en la rodilla —le dice cuando ignora esa parte de su anatomía que tanto quiere tocar y sigue bajando por su cuerpo. Ni siquiera ha sido consciente del momento en el que se ha sentado en la cama para sobarlo a placer.

—Fue con una piedra en la playa. Me dieron tres puntos.

Jude le recorre la pierna con el dedo. Cuando llega a los pies, se detiene.

—¿Qué pie calzas?

—Un 47.

—Son enormes. Todo tú lo eres.

—No lo has visto todo, Baker.

—Tengo ojos.

—No me digas.

Jude vuelve a subir por su cuerpo para detenerse a la altura de su cabeza.

—Date la vuelta. Quiero verte por detrás.

Sebastian gruñe, pero se da la vuelta. Recuesta la cabeza sobre el brazo y lo mira hasta que Jude vuelve a perderse en su cuerpo. Le acaricia la espalda como hizo con su torso y esta vez se detiene al ver la marca de nacimiento que tiene por encima de la cinturilla de los calzoncillos. Lo baja un poco para mirarla bien. Calcula que mide unos cinco centímetros.

—Mi madre decía que era la estrella Barnard —le explica su amigo al reparar en lo que ha llamado su atención.

Jude siente una punzada dolorosa en el pecho al escuchar la declaración. Barnard. Para Sebastian Barnard era George, lo que significa que Jude está tocando a George. Qué irónico todo. George es la última persona en el mundo a quien querría tocar.

—Tiene forma de estrella. Es bonita. —Tarda unos segundos más en retirar la mano y acostarse de espaldas junto a Sebastian.

—¿Ya te cansaste?

—Sí. Vamos a jugar a hacernos preguntas.

—Paso.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque vas a hacerme preguntas sobre sexo.

—¿Por qué crees eso? —inquiere Jude.

—Porque es el único tema que hemos evitado todos estos años. Lo sabemos casi todo del otro, Baker.

—*Casi* —replica él—. Esa es la clave. *Casi* no es todo.

—Ajá.

—¿A que no sabes que, a veces, tengo muchas ganas de mear y cuando llego no puedo soltar ni gota y tengo que abrir el grifo para que salga? —Sebastian agranda los ojos. Jude se ríe—. ¿Ves?

—Bueno, la parte escatológica también la solemos evitar.

—¿Sabes que odio cuando alguien muerde el tenedor al comer? Me da mucha cosa. —Finge un escalofrío.

—Mira que eres raro.

—Con la cuchara también, pero es más con el tenedor. Lo cogéis como si lo estuvieseis puliendo con los dientes.

—¿Me estás incluyendo?

—Sí, Cup. Tú también lo haces.

—No lo hago.

—Viola también lo hace. Y Asher y Alex también. Cuando me quedo a comer en su casa me dan ganas de llevarme unos tapones o poner música alta.

Sebastian se echa a reír.

—Exagerado.

—Le vomité encima a la chica con la que iba a hacerlo por primera vez —continúa.

—¿En serio?

—Estaba borracho. —Jude suelta una risita—. Tuve que esperar una semana entera para que me perdonara y que pudiéramos hacerlo. Me gasté casi todos mis ahorros en flores y bombones. Todo por un polvo. —Suspira.

—¿Valió la pena al menos?

—No. Fue un desastre. Me corrí nada más metérsela del todo y a ella le dolía, así que me miró mal cuando me volví a empalmar.

—Joder.

Jude se encoge de hombros.

—La siguiente vez fue mejor, pero al final ella terminó saliendo con el delegado de clase empollón y yo me di cuenta de que era bisexual.

—¿Por alguien de tu clase?

—De la clase de al lado. Nunca cruzamos una palabra, pero me obsesioné un poco con él. Empecé a imaginármelo cuando me tocaba y se lo conté a mi madre. Fue cuando me di cuenta de que me gustaban los chicos.

—¿Le contaste a tu madre que te hacías pajas pensando en un chico?

—Tenemos una relación cercana.

—Dios, Baker. ¿Qué edad tenías?

—¿Cuando me di cuenta de que era bisexual? Diecisiete. Ese año también conocí a Georgie —explica muy rápido porque siente el deber de hacerlo. A continuación, añade—: Mi primera vez con una chica fue a los dieciséis. ¿Cómo fue tu primera vez?

—Era mayor que tú. Ya me había ido a la universidad.

—¿En serio?

—No me gustaban las chicas. Me sentía mal por eso y no podía estar con ninguna solo para fingir. Tampoco podía estar con chicos porque no quería que todos supieran cómo me sentía. Era un desastre.

—Pero estuviste con una chica. Tuviste novia.

—Sí, y ahí fue cuando toqué fondo. Me odié, Baker. Sentía asco de mí mismo. Fue entonces cuando se lo conté a mi madre y le pedí ayuda. Me llevó a terapia. Mi madre me salvó.

—¿Por qué tanto secretismo?

—No lo sé. Es decir. Según mi psicóloga fue un poco de todo. Mi relación de dependencia con George y el hecho de que no quería que nadie supiera que era distinto. Sentía vergüenza y miedo todo el tiempo.

—No eres distinto por ser gay. Es la duda lo que te hace distinto. Cuando dudas de ti, retrocedes y cuando retrocedes ya eres distinto. La duda puede matar a quien eres; y ser gay es algo que eres, no algo que eliges como el color de pelo o la ropa.

—Lo sé. —Sebastian deja escapar un suspiro—. Pero mi yo de entonces estaba aterrado. No te haces una idea de cómo era.

—¿Fue con un compañero de la universidad? *Quierodecir*, tu primera vez.

—No. En aquella época solo existía un chico. Y ya con él se me hacía difícil.

Jude sonríe con amargura. George. Por supuesto. Se guarda el comentario para él.

—Quita esa cara, Baker.

Él se arma de valor para hacerle la pregunta que lleva años guardándose.

—¿Te hizo daño? Daño físico, *quierodecir*.

—No. Pero a veces sus actos sí me provocaban dolor físico. —Sebastian extiende una mano para acariciarle el pelo—. ¿Por qué estamos hablando de él?

—Porque tenemos que sacarlo de aquí. ¿Recuerdas la espada Gram del poema nórdico? —Sebastian asiente—. Mientras esté aquí no podremos acercarnos. Y yo te quiero muy cerca, Seb.

Sebastian se incorpora, se apoya en un codo y acerca su rostro al de Jude.

—Nada ni nadie va a impedir que me acerque a ti, y él menos.

Jude traga saliva. ¿Ya no quiere a George? Quiere preguntarle. Dios. Necesita preguntarle. Le duele la duda. Y porque le duele no puede articular palabra. Porque si le pregunta, si le responde que sí, entonces ya no podrá volver a mirarlo. Jude necesita que lo quiera a él. Ahora que ha sentido lo que es tenerlo cerca, abrazarlo, besarlo, sentirse deseado, no puede conformarse con menos. No quiere. Para él siempre ha sido fácil quererlo. ¿Tan difícil es que lo quiera a él? ¿Cómo puede luchar contra un fantasma? Si estuviera vivo quizá Jude tuviera una oportunidad, pero un muerto siempre gana. A un muerto todo se le perdona.

—Eh, Baker. —Le acaricia la mejilla. Jude tiene los ojos cerrados y se guarda todo eso dentro—. Mírame.

Jude abre los ojos. No consigue articular palabra.

—Déjame verlos.

No. No. No puede. No puede sonreír cuando solo tiene ganas de llorar. Sebastian no puede hacerle eso.

Su amigo le acaricia la mejilla derecha con la nariz. Una lágrima se desliza por la otra, pero la esconde antes de que él la vea.

—Vamos, Baker. Deja que los vea. —Se aparta un poco para mirarlo y a Jude se le derrite el corazón. Está tan guapo y descubre tanto deseo en él que no puede negárselo.

Con todo el dolor de su corazón, Jude hace lo imposible. Sonríe. Se le forman los hoyuelos más tristes que ha dibujado nunca, pero Sebastian no se da cuenta o quizá finge que no lo hace. Los besa despacio, primero uno y después el otro.

—Buenas noches, Cup. Espero que no ronques.

—Buenas noches, Baker. Espero que tú tampoco.



A medianoche, Jude se despierta sobresaltado. El corazón le late fuerte y siente un desasosiego en la boca del estómago, un miedo irracional. Entonces recuerda el día anterior, a Sebastian, y comprende que no era una pesadilla lo que estaba experimentando, sino el miedo crudo a que todo sea un sueño.

La habitación está en penumbra, pero el calor que desprende el cuerpo de su amigo no tiene nada de irreal. Sus piernas están entrelazadas y Jude prácticamente se halla tumbado encima de él con el brazo sobre uno de sus bíceps.

Su estado de ánimo oscila entre la tristeza y la felicidad, pasando por un miedo a que todo se acabe en cualquier momento. Son tantas las emociones que la garganta se le agarrota y los ojos le empiezan a picar.

Sebastian se revuelve. Le acaricia la espalda y lo acerca aún más a su cuerpo.

—Mmm.

—Sigues aquí —murmura Jude.

—Es imposible que me vaya a ninguna parte si me agarras así. —Su voz suena adormilada, pastosa, cercana.

Jude no puede evitarlo. No puede luchar contra lo que siente. Porque lo tiene ahí. Todos esos años imaginando y por fin está ahí. Ha dormido con él, se han despertado juntos, no se ha ido.

Sebastian quiere quedarse. Quiere estar con él. No se lo cree, pero debe hacerlo. Lo está sintiendo. Y si lo siente, es real. ¿Verdad?

—¿Baker?

La reacción de su cuerpo tampoco la puede controlar. Se echa a llorar. Derrama sobre Sebastian toda la angustia que ha ido alimentando a lo largo de la relación; el dolor, la soledad, los sueños rotos que empiezan a recomponerse, la esperanza por fin recuperada. Abraza ese amor que lo ha mantenido a flote incluso cuando ya no le quedaban fuerzas. Llora en silencio, hacia adentro y también hacia afuera, pidiéndole que no se marche, mientras Sebastian le susurra que deje de llorar, que él está ahí y no va a irse a ninguna parte.

Jude se queda dormido entre sus brazos y, al despertar, Sebastian continúa ahí, observando cómo duerme.

—Eh. —Le aparta un mechón de la cara.

—Tengo que llamar a Henry —dice con la voz más áspera de lo normal.

—¿Para qué?

—Para que no se moleste con las recetas de calabaza que le pedí anoche. Ya no me hacen falta.

—Siempre nos quedarán los melocotones.

Jude sonríe.

—He dormido como un bebé —confiesa, avergonzado.

—Te quedaste a gusto.

—Lo siento. No sé qué me pasó. Creo que fue el pánico a la calabaza.

—Ven aquí. —Lo aprieta contra su pecho—. ¿Crees que podrás perdonarme algún día? —Comprende que se refiere a la manera en que se ha negado a que estén juntos. A ese «no va a

pasar nunca» que Sebastian repetía cada vez que algo se despertaba entre ellos.

—No hay nada que perdonar.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

—No me dio esa impresión anoche. Odio haberte hecho daño.

—No es nada. Ya te lo dije, lo estoy asimilando.

«No es nada» en el lenguaje de Jude siempre es algo. Es una respuesta por compromiso, una respuesta que das cuando no quieres que aquellos que más te importan sufran. «No es nada» es algo que te araña la piel.

—¿Qué te parece si te preparo el mejor desayuno del mundo y luego vamos a celebrar que vamos a ser tíos? Vila nos ha invitado a pasar el día con ellos. —Le da un beso en la frente y se levanta de la cama.

—Antes podríamos ir a comprarle algo —propone Jude.

—¿Para el bebé?

—No. Para ella. ¿Vamos a la librería?

—¿Más libros?

—Para ella nunca son suficientes.

—Vale. Me ducho primero y preparo el desayuno mientras haces lo mismo.

—¿Cuál es el mejor desayuno del mundo? —quiere saber Jude.

—Tortitas, evidentemente. Sigues sin tener problemas con los huevos, ¿verdad?

—Depende. ¿De qué huevos hablamos? —Dirige una mirada a la erección matutina de Sebastian, que ya no puede seguir ignorando. Dios. Debería cerrar la boca.

Sebastian, que ha seguido la dirección de su mirada, enarca las cejas.

—Espero que no de esos. Me llevaría una decepción.

Nada más decirlo, y sin apartar los ojos de él, se deshace de los calzoncillos con una lentitud provocadora. Nunca había visto a Sebastian desnudo. Siempre se cuidaba de cambiarse en el baño o fuera de su mirada.

Con la impresión, no se da cuenta de que se ha incorporado en la cama y se lo está comiendo con los ojos.

—Ya veo que no. —Los ojos almendrados de Sebastian se han oscurecido y su erección se alza firme sobre su abdomen. Jude respira hondo. Las mejillas le arden. El cuerpo le arde. La polla le palpita en los calzoncillos.

—Si me miras así voy a pensar que te gusto.

No tiene tiempo de contestarle. Sebastian se da la vuelta, dejándole la imagen de su trasero bien formado contrayéndose mientras se dirige al baño.

Un buen rato después, Sebastian sale con una toalla alrededor de la cintura y el pelo húmedo goteando. Jude se encuentra sentado al borde de la cama, esperando a que salga mientras contesta a los mensajes de Ava.

Casi se le cae el aparato. Nunca ha conocido a alguien tan grande como él. Tan alto e imponente, tan todo. No trabaja su cuerpo como lo hace Asher, es más natural, lo que lo hace aún más impresionante.

—Baño libre. —Sebastian le revuelve el pelo cuando pasa por su lado y se quita la toalla para empezar a vestirse. Él no puede dejar de mirarlo.

Se está poniendo los pantalones sin nada debajo.

—¿Vas a ir así, sin nada? ¿Te presto unos calzoncillos?

Sebastian le mira la cintura.

—Pensé que no tenías ningún problema con mis huevos, Baker. Además, ¿no has visto mi culo? Dudo que entre en tus calzoncillos.

—Pero si se estiran —replica.

—Llevo una XXL. A mis pelotas no les gusta sufrir. Odio la ropa apretada. —Se abrocha los pantalones y se viste con la misma camiseta arrugada que llevaba la noche anterior—. Si has terminado de babear, puedes ir a ducharte.

—No estoy babeando. No mucho —admite. Le mira el pelo—. Ven, siéntate. Te vas a poner malo.

Tras alguna protesta, consigue que se siente en la cama y Jude se coloca delante de él para secarle el pelo con la toalla. Sebastian se dedica a acariciarle la rodilla de forma distraída con una mano. Asciende por el muslo y se detiene cuando llega al extremo de la tela del bóxer. A Jude se le pone la piel de gallina con cada roce. Cuando ve que el pelo ya no gotea, aparta la toalla y lo peina con los dedos, acariciándole el cuero cabelludo. Los ruiditos de satisfacción que emite Sebastian tiran de su entrepierna y consiguen que su erección vuelva a la vida con más ímpetu.

Mierda.

Piensa en apartarse, pero la tiene justo delante de la cara de Sebastian, así que duda que no se haya percatado ya. Además, debe acostumbrarse a eso. No es un adolescente virginal. Y es Sebastian. Quiere que lo vea. Lo quiere todo con él.

De pronto, Sebastian desliza un dedo a lo largo de su erección y él da un respingo involuntario por la impresión. Mierda, eso sí que no se lo esperaba.

—Deberías ir a ducharte.

—Me has tocado —susurra él.

—No me digas. —Sebastian repite la caricia, lenta y firme, palpando la forma de su longitud con los dedos—. Tienes la polla delante de mi cara, Baker. Hasta yo tengo mis límites. Y eso que me acabo de hacer una paja.

Jude le aparta las manos del pelo y baja la vista.

—¿Te has corrido en mi ducha?

—¿Tienes algún problema con eso?

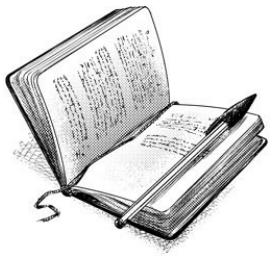
—No. Sí. *Quierodecir*, ahora no podré pensar en otra cosa.

—Puedes hacer lo mismo mientras piensas en ello —musita con una sonrisa socarrona. Al ver que se lo queda mirando, le dice—. ¿Qué pasa? ¿Necesitas ayuda?

—¿Vas a ayudarme?

Y entonces lo ve. La duda. Las preguntas. El pasado regresando a él. Ese pasado con el que luchó durante años hasta aplastarlo. ¿Por qué tiene Sebastian que traerlo de vuelta? Él ni siquiera lo sabe; nunca se ha atrevido a preguntarle. Jude lo entiende. Claro que sí. A fin de cuentas, George no es solo el chico del que estaba enamorado, también es el chico que murió antes de tener la oportunidad de confesarle sus sentimientos. Y eso lo hace inmortal, casi invencible. ¿Por qué molestarse en preguntar lo que no sabe de Jude? ¿Por qué empañar sus recuerdos con George? Quizá Sebastian nunca le pregunte y él no se enfadará por ello. Por supuesto que no. Morirá con sus secretos si Sebastian prefiere vivir sin ellos.

DIARIO DE JUDE



Me enteré del accidente por uno de mis compañeros de clase de la facultad. Sabía que éramos amigos y se acercó para decirme que lo sentía, imaginando que yo lo sabría. Debió verme la cara, porque enseguida me pasó el enlace del artículo por una de las aplicaciones que compartíamos y lo vi. El accidente. La foto. Tu foto. La sonrisa que tanto me había fascinado, esa puñetera sonrisa de dientes afilados con la burla al borde de los labios.

No recuerdo cómo volví a casa. Todo se quedó en silencio. Mi corazón se detuvo con el tuyo aquella mañana en la que descubrí que ya no estabas, que nunca más estarías.

Me quedé solo, Georgie. Tenía a mi familia, pero estaba solo. Sin ti no tenía a nadie. Me quedé solo con mis mentiras, solo con la verdad.

La verdad es que estaba destrozado. La verdad es que sí había pasado lo que tanto me negaba a aceptar. La verdad es que habías muerto y contigo se iba la única persona que conocía esa verdad. Ahora era solo mía y no sabía qué hacer con ella. Tuve tanto miedo… Me quedó el recuerdo de tu mirada mientras todo pasaba. Tus ojos, dos pozos insondables llenos de lodo.

El silencio fue lo peor.

Perdí la música. Dejé de escucharla, ni siquiera lo intentaba porque no sentía y la música es sentimiento; siempre lo ha sido para mí. La melodía se convirtió en el eco de un recuerdo lejano.

Se me fueron las ganas, Georgie.

Contigo perdí lo que más me importaba en el mundo: las ganas de vivir.

Pasó el tiempo y las ganas no regresaron a pesar de que mi familia intentaba por todos los medios traerme de vuelta. No quería, la realidad era horrible y tú ni siquiera estabas en ella; no había nadie a quien culpar, nadie a quien odiar, nadie con quien hablar.

Me fui alejando de mi propia piel, me replegué en el hielo, en el no sentir. Intentaba verme desde algún lugar, lejos, y solo veía a un desconocido dentro de mi cuerpo.

Hasta que llegó él. Sebastian. Su historia contigo.

Recuerdo que estaba buscando actualizaciones de los *webtoons* que leía cuando me topé con una ilustración de *Barnard*. Supe que era de Sebastian, tu mejor amigo, el chico con el que follabas, porque siempre llevabas dibujos suyos. En el móvil y en las carpetas donde guardabas las fotografías que revelabas. Buttercup era el pseudónimo que usaba para publicar vuestra historia.

Habías muerto, pero seguías vivo. Sebastian te trajo de vuelta a través del cómic que se llamaba *Barnard*. Era tan bonito, Georgie… Espero que estés donde estés lo hayas leído. Un amor así te lleva a donde sea, te da esperanzas. Me obsesioné con *Barnard*, dormía y me

despertaba pensando en ese amor que me moría de ganas por sentir. Descubrí a un Georgie que no eras tú y a la vez sí lo eras. Eras una versión preciosa de la persona retorcida que yo conocí. Me pregunté si fuiste así con él o si también eras un Georgie disfrazado, si a él también lo habías herido. Quise saber si *Barnard* era real o si era la manera que tenía Sebastian de vivir, así como para mí lo eran las mentiras.

El amor que Sebastian sentía por ti me apartó del silencio.

Me presenté en el hotel lleno de mentiras, arrastrando a mi hermano conmigo. Viola me acogió, me cuidó y me dio lo que tanta falta me hacía: fuerza, ganas, familia. Me dio motivos.

Y entonces apareció él. Sebastian Evans. Él con su dolor, con toda su culpa y todos esos miedos que llevaba como una segunda piel. Supe que siempre serías una huella visible en él, un desgarro, una enfermedad de las que no se curan. Recuerdo que me dijiste que lo habías jodido para siempre, y llevabas razón. No me costó mucho darme cuenta. El tiempo que tardó en salir de su encierro y mostrarme su propia verdad; el tiempo que tardé en quererlo. Veinticuatro días desde que llegué al hotel hasta que colgó el último capítulo de *Barnard* y me di cuenta de que vuestra historia nunca terminaría; Sebastian nunca lo permitiría. Moriría en ti; moriría de todas las formas posibles siempre que fuera contigo.

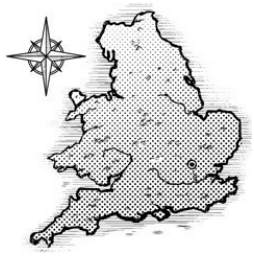
La guerra de Sebastian estaba perdida incluso antes de que sonara el cuerno que inicia la batalla. Aun así, me quedé con él, con tu familia y conmigo. Y sí, también contigo, porque tu familia estaba llena de ti y resulta que también acabó siendo mi familia.

Qué ironía, tú me quitaste las ganas de vivir, pero tu familia me las devolvió sin saberlo.

¿Del uno al diez? Por fin había dejado de sentirme menos que un cero.

CAPÍTULO 13

SEBASTIAN



—Oh, cielo. ¿Me crees si te digo que estaba pensando en ti? —le dice su madrina nada más abrir la puerta.

Lleva el pelo oscuro recogido en una coleta y varios mechones se le escapan a los lados de la cara por no tener el tamaño suficiente para mantener el recogido.

Se acerca para darle un abrazo de esos que tanto les gustaban a su madre y a ella cuando estaban juntas. Lo más parecido que conoce a una amistad como la que compartieron es la que Viola tiene con su amiga Charlotte; pueden pasar largas temporadas sin verse, sobre todo ahora que ella vive en Chichester con su novio y lleva unos meses en Londres por la apertura de la primera tienda física de Eros Boutique, el *sex shop* online del que son socios desde que sus padres aún vivían y que han abierto hace apenas un año cerca de Covent Garden.

—¿Y eso? —Sebastian la estrecha entre sus brazos y le da un beso en el pelo.

—Pasa. Acabo de preparar té y Matty ha traído pastas del restaurante —explica, refiriéndose a Matthew Hunt, el padre de Asher y con quien su madrina se había casado después tras años de guardar luto por su difunto marido—. Tienen un nuevo chef.

—¿Qué tal os va? —Sebastian toma asiento a la mesa de la cocina y prueba una de las pastas que Lydia le ofrece.

—Muy bien. Ya estuvimos viviendo juntos un tiempo y sabíamos que la convivencia funcionaba, así que ahora solo queda adaptarme a que vivamos aquí. —Se gira para mirarlo—. No es lo mismo.

No. No es lo mismo.

No es lo mismo vivir en casa de Matthew Hunt, donde no hay fantasmas, que vivir ahí, con el recuerdo de Christopher y George. Ese lugar lleno de reminiscencias de un pasado que nunca va a volver. A Sebastian aún le duele entrar en la casa, no quiere ni imaginar cómo debe ser para ella empezar una nueva vida con otra persona justo ahí.

—¿Fue idea tuya? Nunca hablamos de eso.

—Sí. —Lydia coloca las dos tazas sobre la mesa y toma asiento a su lado—. No quiero huir. No quiero olvidarme de ellos. Y Matty es comprensivo.

—Quién lo iba a decir, el padre de Asher.

—Ha cambiado mucho.

—Esa es la magia de mi madrina. —Sebastian le aprieta la mano—. ¿Por qué dices que estabas pensando en mí?

—Ah, sí. Es respecto al garaje —explica con cautela—. Matty quiere hacer algunas reformas.

Ya sabes que no lo he tocado en todo este tiempo. Es tuyo, tú decides.

—Lydia, el garaje no es mío. Era de él.

—Era de Georgie, sí. Pero también era tuyo. Nadie más entraba ahí ni ha entrado en todos estos años. Creo que es hora de darle una segunda vida, si te parece bien. Pero solo si te parece bien.

Sebastian pasa el pulgar por el filo de la taza. Más que el mausoleo, el garaje era la jaula donde George y él eran libres, donde podían ser ellos mismos. Qué irónico que una jaula pudiera proporcionarles libertad. Si alguna vez amó a George Harris, fue entre esas cuatro paredes. Allí amó cada rincón de su cuerpo y le entregó un corazón que su amigo se encargó de hacer trizas.

Una vez llegó a pensar que había atado a George a aquel lugar. Ahora comprende que nadie pudo atar a George, solo él se mantenía atado a sí mismo; la jaula con todos sus barrotes fue hecha con sus propias manos, con sus miedos, su rabia y todos los sentimientos que mantuvo allí encerrados. El garaje fue el escenario del asesinato que fue el amor de George y ahora solo quedan las pruebas, los recuerdos. Algunos bonitos, la mayoría dolorosos.

—Es hora de darle otra vida. Estoy de acuerdo.

—¿Seguro? Aún quedan cosas vuestras dentro.

—Nada que deba salvarse.

—Bien. Creo que empezará la semana que viene. Te avisaré por si cambias de idea.

—No voy a cambiar de idea —le asegura. Se inclina hacia ella y la toma de nuevo de las manos—. Me alegro mucho por ti, Lydia. Y sé que mamá, papá y Christopher también se alegran. Y George… —No termina la frase.

—Georgie no. Ya sabes cómo era.

Sí, lo sabe. George nunca habría aceptado que su madre se casara con otro hombre.

—Mereces tener una vida.

—¿Y tú? ¿Qué pasa con tu vida? ¿Quieres que volvamos a tener esa conversación?

«Tienes una vida, es tu responsabilidad hacer uso de ella. Él ya no puede hacerlo». Eso le había dicho doce años atrás, cuando había salido de su encierro y se había atrevido a hablar con ella. La había mirado a la cara con la certeza de que ella conocía su relación con George. Le había pedido perdón por haber convertido a su hijo en secreto, y ella solo le había reprochado que tenía que vivir por todos los que no podían hacerlo. Por él y por los que aún estaban vivos y lo querían.

«No se perdió todo. Te dejó a ti. Eres su huella. Cuando alguien se muere no significa que se vaya. Significa que tú te quedas. Eres responsable de tu vida, y del amor de las personas que más te quieren».

Sebastian respira hondo. Exhala.

—Precisamente, he venido a hablarte de eso —admite con un hilo de voz. Y duda porque no sabe cómo decírselo.

—Háblame, cielo. Me puedes contar cualquier cosa.

—Yo… necesito saber si te parece bien. Que me digas que puedo hacerlo. —La mira a los ojos—. Jude y yo. —Y ya está, no sabe qué otra cosa decir. Intenta ordenar sus pensamientos, pero no le sale nada. ¿Así de simple es? Jude y él. Sí, joder, sí—. Solo quería que lo supieras.

—¿Por eso no se casó?

—Él me quiere.

—Y tú a él. —Su madrina le suelta una mano para acariciarle la mejilla con dulzura—. Cielo, ¿crees que no lo sé? Todos lo sabemos. Estábamos esperando a que lo aceptaras. Eres demasiado

lento para lo importante. —Su mirada se vuelve vidriosa—. Sebastian, hijo mío. Has tenido que estar a punto de perderlo para aceptarlo.

—Ha sido peor que eso. Lydia, yo… —Toma aire—. No pensaba mover un dedo para evitar esa boda. Lo había aceptado. Llegué a la iglesia y él estaba ahí y pensé… Pensé que se había acabado todo. Había preparado un maldito discurso. —Menea la cabeza—. Y entonces me dijo que no se iba a casar. Me dijo que quería casarse conmigo. Conmigo. —Se echa a reír y se le saltan las lágrimas, joder.

—Y lo rechazaste. —Sebastian levanta la vista—. Hijo, te conozco. Puede que los demás no se den cuenta, pero eres como un hijo para mí. Me resulta increíble que Georgie y tú escondierais vuestra relación durante tanto tiempo. —Esboza una sonrisa comprensiva—. ¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Lara —musita. Baja la vista cuando explica—: Fue a buscarme al lugar favorito de George. Me contó cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas que pasaron entre Jude y él, cosas que nunca me atreví a preguntarle.

Lydia lo toma de la barbilla.

—¿Te lo contó? ¿Te contó todo lo que pasó? Me he pasado años intentando que Jude me hable de su relación con mi hijo. Decía tantas mentiras cuando llegó que me sentía muy perdida. A veces parecía que lo quería y otras… —Suspira—. Cuando Jude se estabilizó, se cerró y no quiso volver a hablar del tema. Y yo tampoco quise estropear su felicidad escarbando en el pasado —explica con voz afligida—. ¿Sabes lo que pasó? ¿Conoces la verdad?

—Sí.

—Cuéntamelo.

Sebastian niega.

—No puedo contarte eso. Eres su madre.

—Precisamente porque soy su madre tienes que dármelo.

Sebastian se aparta de ella para levantarse. Comienza a dar vueltas por la cocina.

—No me pidas eso. No puedo hacerte eso, ni a ti ni a Vila. Sois las que más lo queríais. Y puede que ahora mismo no sea mi persona favorita, pero os quiero a las dos. No me pidas eso —suplica.

—Cuando Matty se vino a vivir aquí empecé a ver a Georgie. No a verlo de verdad —aclara —, verlo en mis recuerdos. Lo veía lanzarse a los brazos de Chris cuando aún era un niño. Dejaba todo lo que estaba haciendo para estar con su padre. Lo seguía, llamaba su atención y yo me quedaba mirándolos con cierta envidia. La luz de Georgie se reflejaba en Chris. Veía su amor ir del uno al otro, oscilando hasta rebotar en mí. —Se levanta, se acerca a Sebastian y le coloca una mano en el brazo—. Era a mí a quien acudía mi hijo cuando tenía un problema, pero era a su padre a quien más quería. Creo que por eso nunca confesó la verdad. No fue por ti, Sebastian, sino por él. Tenía miedo de que su padre no lo aceptara. —Sebastian siente un agarrotamiento cuando su madrina le dice—: Estoy orgullosa de ti y te agradezco todo lo que has hecho por él, todo el tiempo que le has regalado. Él nunca podrá agradecértelo, pero yo sí. Hijo, es hora de que lo sueltes.

—Pero es horrible.

—Lo imagino.

—No. No puedes.

—Escucha, Sebastian. Mientras yo exista, nunca estará solo. Yo siempre lo voy a querer.

Porque una madre quiere. Es nuestra naturaleza. Hay quien lo llama condena, yo lo llamo amor. Y el amor de una madre no desaparece. Está asociado al dolor. Lo he llevado en mi vientre. Es mío. Pero tú no tienes que quedártelo. Tú eres libre. El amor que vosotros tuvisteis se tiene que alimentar, cuidar y, sobre todo, respetar. De lo contrario, estás en tu derecho a romperlo. Cielo, nadie tiene derecho a hacerte infeliz. El amor no debe ser una carga ni doler. No hay un contrato. No es tu responsabilidad. Para eso estoy yo.

Y Sebastian se lo entrega. Le devuelve a George, a su *Georgie,* todo lo que queda de él. Se lo devuelve con sus sombras y sus miedos y sus heridas y también con sus risas y su amor. Porque una vez George lo quiso y él quiso a George. Se lo da todo salvo la cicatriz irregular que aún conserva en la palma de la mano, la prueba de que una vez fueron los mejores amigos. Se queda eso y se queda a Jude, lo único bueno que George le dejó antes de morir. Jude Baker, el chico del que está enamorado.

No se da cuenta de que está llorando y de que su madrina lo abraza hasta que la escucha susurrarle:

—Está bien, cielo. Respira. Yo me encargo. Yo me encargo ahora.



Más tarde, cuando consigue recuperarse, regresa a su casa en un estado de atontamiento. Se siente libre, vacío y, al mismo tiempo, ligero y renovado.

Piensa en Jude y en las ganas que tiene de abrazarlo, pero no quiere que lo vea así, no está preparado para decirle que lo sabe. De modo que busca a la única persona a la que puede recurrir: su hermana.

Nada más verle la cara, Viola se incorpora en el sofá.

—¿Seb?

Él se sienta junto a ella y hunde el rostro en su estómago, donde está su sobrino, ese al que ya empieza a querer cuando aún ni siquiera está formado. Su familia.

—Lo he soltado, Vila —dice entre sollozos—. Lo he soltado.

—Ay, Seb. —Su hermana lo abraza y lloran.

Él llora por el tiempo perdido. Por todos los abrazos que no ha dado, por cada momento que ha dejado escapar. Y ella llora por él y también por George. Porque es Viola y está en su naturaleza llorar por todas las personas a las que quiere.

Fuera, el cielo también llora por todos aquellos que no pueden hacerlo. El agua cae sobre el techo como cae el dolor de los ojos de los hermanos Evans.

«¿Del uno al diez?». Juntos, Viola y Sebastian siempre serán un diez, aunque se sientan como un cinco.

CAPÍTULO 14

JUDE



Dos días.

Dos días han pasado desde la última vez que habló con Sebastian. Después de pasar la tarde en casa de los Evans con su hermano y con Viola, Jude le había enviado el enlace con el último artículo que publicó en la revista sobre Bowie y él se había limitado a contestarle que lo había leído y que estaba muy bien.

Dos días así.

Jude se muere de ganas por verlo. El caso es que ya no le resulta tan cómodo plantarse en su casa como hacía antes. Porque ahora «están», signifique lo que signifique para Sebastian. Jude había estado más de once años en una relación y no se parecía en nada a toda esta incertidumbre y ese silencio. Lara y él habían tenido sus más y sus menos, pero siempre hablaban. Se lo contaban todo. Si Jude quería verla, iba a verla. Es justo lo que hacía antes con Sebastian cuando quería verlo y solo eran amigos. Sin la parte de los besos y el deseo sexual que ya no intentan reprimir. Entonces Jude iba a verlo y a la mierda lo que él quisiera y pensara, porque Jude puede ser muy insistente cuando quiere demostrar que alguien le importa.

Dos días es mucho tiempo cuando ha probado los labios de Sebastian.

Como quiere distraerse, aprovecha la invitación de sus compañeros y come con ellos antes de regresar a la escuela para las clases de la tarde. Está a punto de irse cuando le sale una clase improvisada para una alumna que quiere subir nota y necesita practicar más con el piano. Mientras espera la hora, se halla entretenido en la clase de música escribiendo un artículo cuando recibe un mensaje de Sebastian.

Seb ¿Sigue en pie lo del sábado?

Jude: Vaya, Cup. ¿No me estabas haciendo la cobra?

Seb: ¿Qué dices?

Jude: No me has escrito apenas.

Seb: Apenas es la palabra. Te he escrito, aunque no lo suficiente.

Jude: Exacto.

Seb: ¿Así que eres de esas personas que necesitan mensajitos diarios? No sabía eso de ti, Baker.

Jude: No exactamente. Soy de esas personas que aún no se creen que el tipo que quiere que lo empotre desde hace doce años haya decidido que puede que quiera hacerlo. Sin ningún motivo concreto, porque no es que haya cambiado mucho en una semana salvo por el hecho de que ya no tiene novia ni va a casarse.

Jude: ¿Es ese el motivo?

Seb: Baker. Hablas demasiado.

Seb: ¿Y qué es eso de que puede que quiera? Lo dices como si no estuviera seguro.

Jude: A eso me refiero, Cup. A que tu silencio y tu ausencia me hacen dudar y preguntarme si estás dudando, lo que me hace dudar todavía más. Llevo dos días sin verte. Dos días. Ni siquiera antes pasaba tanto tiempo sin verte la cara de enfurruñado.

Seb: No tengo dudas. Solo he estado solucionando una cosa y pensando en cómo solucionar la otra.

Jude: ¿Tiene que ver con nosotros?

Seb: Sí.

Jude: Pues si lo compartes conmigo, te puedo echar una mano.

Seb: Es algo que tengo que hacer solo.

Jude: No si se trata de nosotros. Cuéntame, venga.

Seb: Una de las cosas quiero contártela cuando la tenga zanjada. La otra es Lydia.

Jude: ¿Tu madrina? ¿Por qué?

Seb: Necesitaba hablar con ella. Ya sabes que es como una madre para mí.

Jude: Una madre que siempre ha querido que seas feliz.

Seb: Necesitaba encontrar la mejor manera de contárselo.

Jude: ¿Y ha aceptado que no mueras solo suspirando por su hijo muerto?

Seb: Baker.

Jude: ¿Qué? Es Lydia. La mujer que perdió a su marido en el mismo accidente donde murieron tus padres. La misma que perdió a un hijo. Y la misma que decidió que quería ser feliz aceptando el amor de otra persona.

Jude: Y que, por cierto, se volvió a casar. Con el padre de Asher, nada menos.

Seb: Ya lo sé.

Jude: Bueno, ¿y qué? ¿Ya hablaste con ella?

Seb: Sí.

Jude: ¿Me vas a contar qué te dijo?

Seb: Que era demasiado lento en lo importante. Y que estaba orgullosa de mí.

Jude: Lo que te decía.

Seb: Eres un listillo.

Jude: Gracias por darte cuenta.

Jude: ¿Vas a dejar de ignorarme ahora?

Seb: Nunca te he ignorado, Baker. Y créeme que lo he intentado.

Jude: Eso duele, Cup.

Seb: ¿Recuerdas la segunda vez que te abracé?

Jude: ¿Cuando te empalmaste? Cómo olvidarlo.

Seb: Fue una reacción involuntaria.

Jude: No me quejé. A mí también me pasó, ¿recuerdas?

Seb: No he dejado de pensar en eso. Ahí me di cuenta de que nunca podría ignorarte.

Jude: Comprensible. Es que la tengo bien grande.

Seb: ¿Ves cómo vuelves a llevarlo todo al terreno sexual?

Jude: Porque pasas de mí, Cup. Soy un chico necesitado.

Seb: No paso de ti.

Jude: Perdona si me gusta el sexo. Llevo años imaginando cómo sería contigo. No me pidas que no tenga ganas todo el tiempo.

Seb: Jamás te pediría eso. A mí también me gusta el sexo. Y también he pensado mucho en eso contigo.

Jude: ¿Y entonces por qué te quejas?

Seb: No me quejo, pero eres más que eso. Quiero hacer las cosas bien.

Jude: ¿Tener sexo saludable no es hacer las cosas bien?

Seb: ¿Punto muerto?

Jude: De muerto nada. Está muy vivo, Cup.

Seb: Pero qué idiota eres.

Jude: ¿No me vas a contar qué era lo otro que te tenía ocupado? Digo, para no sorprenderme si vuelves a ignorarme.

Seb: Te lo contaré. ¿Sigue también en pie lo del viaje a Londres?

Jude: Sí.

Seb: Bien.

Jude: Cup, ¿qué tal tu boca?

Seb: ¿Es una pregunta trampa?

Jude: Quiero decir, que si está ocupada. Porque a mí me gustaría ocuparla.

Seb: Baker, hazte una paja.

Jude: En ello estoy.

Jude: ¿Te gusta el cibersexo?

Jude: ¿El sexo telefónico?

Jude: ¿Cup?

Seb: Calla, Baker. Intento ignorarte.

Jude: Yo intento expresarme.

Seb: Intentas ponerme cachondo.

Jude: ¿Lo he conseguido?

Seb: La llevas clara si piensas que te voy a contestar.

Jude: Cup. Se me está hinchando mucho. No sabes qué gusto siento imaginando tu boca donde está mi mano ahora mismo.

Seb: Baker. En serio. Estoy en la cocina de mi casa.

Jude: Esa boca…

Seb: Están todos aquí.

Jude: La punta chocando en el fondo de tu garganta.

Seb: Que está mi hermana, joder.

Jude: Tu boca haciendo esa cosa que haces con la lengua.

Seb: Henry Baker. ¿Te suena? Tu hermano.

Jude: Cup. No voy a aguantar mucho si sigues así.

Seb: Vete a la mierda, joder.

Jude: Me voy, sí.

Jude: ¿Cup?

Seb: ¿Qué?

Jude: ¿Sabes que soy multiorgásmico?

Seb: No me jodas.

Jude: Solo te informo. Digo, para que lo sepas, por si quieres unirte. La segunda suelo tardar más.

Seb: Sabes que pienso vengarme, ¿verdad? Me encanta vengarme.

Jude: Lo estoy deseando.

Seb: ¿Baker?

Seb: ¿Sigues ahí?

Jude: Lo siento, te tengo que dejar. Ha llegado mi alumna.

Seb: ¿Tu alumna? Pero ¿dónde estás?

Jude: En la escuela. ¿Dónde voy a estar? Son las cuatro.

Seb: ¿Te estabas haciendo una puñetera paja en clase? ¿En serio?

Jude: No, Cup. Solo estaba intentando que tú quisieras hacerte una.

Jude: Disfrútala.

Seb: Que te den.

Jude: Ya sabes dónde estoy.

CAPÍTULO 15

JUDE



—Tú el coche y yo la música —dice Jude con resolución cuando Sebastian lo recoge el sábado para ir a casa de sus padres.

—¿Quién dice eso?

—Viola Evans. Tu hermana.

—No veo a Vila por ninguna parte.

—Eso es porque no miras bien. Yo la veo aquí. —Se gira hacia la derecha en el asiento y extiende la mano para tirar de un mechón de pelo negro de Sebastian—. Y aquí. —Coloca el dedo junto al borde de su ojo izquierdo, en la zona donde se le forman las arrugas al sonreír—. Y aquí también. —Le acaricia el labio inferior, deteniéndose ahí más tiempo del necesario.

—Tienes prohibido meterme mano mientras conduzco, Baker.

—Esa regla te la acabas de inventar. No me gusta.

Jude conecta su teléfono a la radio del coche. Empiezan a sonar los Beatles.

—Qué original.

—Vamos a ver a mis padres. Nos estoy poniendo a tono, Cup.

Su amigo menea la cabeza.

—Y ahora es cuando te pones a cantar —dice justo antes de que Jude haga precisamente eso, cantar *I want to hold your hand* a pleno pulmón.

Sebastian menea la cabeza, pero él observa que se le escapa una sonrisa y es tan franca que le cuesta resistirse a besarla. Todavía le resulta difícil asimilar en qué punto están y qué puede o no hacer, si es apropiado o no, si está cruzando alguna línea o tiene que reducir la marcha. Le fastidia no saber, ser esa clase de persona que se queda en el banquillo esperando a que lo llamen.

Canta hasta que se ve lo suficientemente calmado para no pensar en los labios de Sebastian y en por qué tiene que reprimirse, o hasta que su amigo baja el volumen de la música.

—Que qué te dijeron tus padres cuando les avisaste de que iba contigo. ¿Les has contado algo?

—Ah, no. No les he dicho nada.

—Pero saben que voy. —No es una pregunta.

—Mmm. —Jude se lo piensa. No recuerda haberlo comentado durante la videollamada—. Pues no.

Sebastian lo mira un instante antes de volver la vista a la carretera.

—¿Estás diciendo que me llevas sin avisar? ¿Y crees que es buena idea? Esas cosas se

avisan, Baker.

—No tuve demasiado tiempo. Te recuerdo que te autoinvitaste. Además, tampoco creo que haya que avisarlos. Ya te conocen. Les encantas.

—Mi madre odiaba las visitas inesperadas. Le gustaba tenerlo todo controlado.

Jude resopla.

—Ya sé a quién saliste.

—Lo dices como si quisiera controlarlo todo.

—Es que lo quieres controlar todo, Cup. Seguro que quieres controlar hasta el próximo beso que vas a darme. Y es una mierda, porque yo no puedo dejar de pensar en si será antes o después de la cena o en si lo dejarás para cuando haya luna llena. Espera, creo que ya hay luna llena, ¿no? ¿Te vas a transformar en lobo? ¿Practicas lo de empotrar siendo lobo o lo dejas para tu estado natural?

Jude no puede evitar reír ante la cara que está poniendo Sebastian.

—Deja de tomarme el pelo, anda.

—¿Cuándo te he tomado el pelo? —pregunta, todavía con la sonrisa pintada en los labios—. Mis padres no son así. —Le dedica una mirada significativa—. Son mis padres, Cup. La improvisación es fundamental. Ni siguiera Henry ha conseguido cambiar eso, y no conozco a una persona más organizada que él, aunque a controlador le ganas tú.

Sebastian se queda callado. Jude le coloca una mano en la pierna y le da un apretón.

—Relájate. Solo son mis padres.

—Pues por eso.

—¿Por eso qué?

—Nada, Baker.

—Canta conmigo, venga. —Jude le aparta la mano para subir el volumen de la música. Suena *Yesterday* y Jude la canta a todo pulmón para fastidiarlo—. Vamos, Cup, sé que puedes. Te he escuchado cantar.

En respuesta, Sebastian baja un poco el volumen, aunque la canción se sigue escuchando.

—¿Sabías que Paul escribió *Yesterday* en un ático muy parecido a mi habitación? Era la casa de los padres de su novia. La canción le vino de repente y tuvo que levantarse y empezar a tocarla para que no se le olvidara. Tenía veintidós años. ¿Sabes qué es lo más curioso? La canción habla de la pérdida de una madre a causa del cáncer y, aunque él había perdido a la suya ocho años atrás, no se lo planteó hasta mucho después. Fue inconsciente. —Lo mira de soslayo —. Así suceden las mejores cosas, de forma inconsciente.

Sebastian se queda callado. Jude suspira.

—En una biografía que leí decía que se relacionaba de forma distinta con sus propias canciones a medida que pasaban los años. Aunque la canción sigue siendo la misma, él había crecido y con ello lo hicieron sus experiencias y el modo en el que percibía las cosas. Eres otro y, por tanto, tu propia creación puede cambiar. ¿Te sucede lo mismo con tus obras? —le pregunta a Sebastian con la esperanza de sacarle algo de conversación y que deje de preocuparse por todo.

—Sí, creo que sí. —Se encoge de hombros al tiempo que cambia de carril para adelantar por la derecha a un coche que va demasiado lento; una vez lo hace, vuelve de nuevo a su carril—. Conforme pasan los años hay una especie de desdoblamiento. Como si dejaras de ser el autor y te convirtieras en un lector más. Recuerdo quién era cuando lo dibujaba, pero el sentimiento es distinto y cada vez que lo veo percibo algo diferente. Para nada siento que es todo mío, a veces ni siquiera creo que lo sea. Me pasa todo el tiempo.

Jude quiere preguntarle por *Barnard*. Que le cuente cómo ve *Barnard* ahora, qué significa para él ese cómic que dibujó y publicó durante casi catorce meses hace más de doce años, capítulo a capítulo, en recuerdo de su relación con George, esa carta de amor, ese «no te voy a soltar nunca», ese «te recordaré cada día de mi vida». ¿Eso es lo que le pasó a él? ¿Evolucionó con su obra? ¿Se dio cuenta de que George está muerto y él tiene toda una vida por delante? ¿Qué le hizo cambiar de opinión? A Jude todavía le cuesta creer que él sea el motivo.

No interactúan más durante la siguiente media hora en la que se suceden las canciones. Sebastian se mantiene con la mirada fija en la carretera mientras Jude canta, a veces en alto y otras solo tarareando.

—Solo una —suplica cuando ya no soporta más tanto silencio—. Te dejo que elijas la canción.

Canta durante medio minuto y lo mira.

—Está bien. Haré el esfuerzo y la elegiré por ti. —Busca hasta encontrar la canción que se estaba reservando.

Cuando *Hey, Jude* comienza a sonar, Sebastian pone los ojos en blanco.

—Solo esta, venga. —Jude se gira hacia la derecha todo lo que puede en el asiento y se inclina hacia él. La canción no suena demasiado alta y la voz de Jude se alza por encima de la de Paul McCartney—. «Hey, Jude, don't be afraid…».

Le pone una mano en la pierna mientras le canta al oído.

—Vamos, Sebastian. —Pronuncia su nombre despacio, remarcando cada sílaba. Comprueba cómo su amigo traga saliva y a Jude se le forma una sonrisa involuntaria. Ahora Sebastian le está mirando el hoyuelo a través del retrovisor, está seguro de ello.

—«And anytime you feel the pain, hey, Jude, refrain…» —continúa con voz suave—. La canción es increíble, Cup, no solo porque lleva mi nombre. Cómo suena cuando la cantan miles de personas a la vez es precioso; es la prueba de que la música puede unir a personas que nunca se conocerán. Pero en ese momento tienen algo en común.

Mueve los dedos sobre su pierna al ritmo de la melodía. Nota cada movimiento, la forma en que Sebastian deja caer la mano izquierda sobre la palanca de cambios en un gesto nada relajado.

—«Na-na-na-na-na-na-na-na. Hey, Jude, don't let me down…» —sigue cantando—. Paul dice que cuando la gente entiende mal una canción y la interpreta a su manera es cuando se ha apropiado de ella, como llevar la canción sobre tus hombros. Vamos, canta solo el estribillo, Seb —insiste con impaciencia y los nervios a flor de piel.

Dios. Solo quiere escucharlo decir su nombre. ¿Por qué es tan difícil? Sabe que Sebastian solo quiere fastidiarlo, pero aun así... Ni una sola vez en doce años se ha dignado a pronunciarlo.

—«Na, na-na-na-na-na-na-na-na, hey, Jude». Solo el nombre. —Se inclina un poco más hacia él y la mano se le escurre hacia el interior del muslo.

Jude baja la vista y se le corta el aliento al descubrir la evidente erección de su amigo. Se queda callado mientras intenta asimilar la situación. Con la mano izquierda en la palanca de cambios y la otra apretada en el volante, Sebastian desvía la vista un instante y descubre por qué ha dejado de cantar.

—¿Contento?

A Jude le arde la cara.

—Mucho.

—Baker, vuelve a tu asiento.

Jude dirige la mano hacia abajo unos centímetros sin dejar de mirarlo y Sebastian se tensa

todavía más.

—El estribillo —musita Jude a la vez que tararea al ritmo de la canción.

—Baker.

—Solo mi nombre. «Jude. Jude. Jude. Jude. Jude. Jude» —insiste sin dejar de cantar—. ¿Ves qué bien suena? Sonaría mejor en tus labios. —Puede notar el estremecimiento de su amigo cuando le roza la oreja con los labios y tira del lóbulo con los dientes; despacio, suave, allí donde una vez hubo un *piercing*. El corazón de Jude late desbocado. Solo quiere escucharlo, lo necesita —. Dilo, Seb. Solo di mi nombre.

—Baker, joder. Necesito concentrarme en la puta carretera. Vuelve a tu asiento, ahora.

A Jude le cuesta una vida moverse de lo nervioso que está. Pero consigue controlarse y se aparta con un resoplido, aunque por dentro sigue en llamas.

La canción continúa y lo único que hace es intentar acompasar su respiración y no mirarle la entrepierna ni hacerle caso a la suya, ya puestos.

Al final, consigue que cante un minuto de *Here Comes The Sun*, mientras están aparcando el coche a unas manzanas de la casa de sus padres. A veces ser pesado funciona, aunque no lo suficiente para que pronuncie su nombre.

—¿Ves que no ha sido para tanto? La próxima vez ya sabes lo que tienes que cantar. Tu voz mejorará con mi nombre, te lo aseguro.

—Cállate, Baker.

—Cállame tú.

Y esta vez lo hace. Sebastian se quita el cinturón, se inclina hacia él y tira del suyo hasta que lo tiene inmovilizado contra el asiento con el cinto y parte del peso de su cuerpo. Luego le come la boca, no puede explicarlo de otra manera. Se abre paso entre sus labios, metiéndole la lengua y succionándole la suya cuando esta sale a su encuentro con una intensidad que lo hace gemir. La chispa cobra vida en ellos y a Jude le empieza a resultar dolorosa la necesidad que tiene de tocarlo, de que su amigo lo toque. Lo deja sin fuerzas para articular una sola palabra durante los pocos segundos en los que dura el beso. Cuando se separa de él lo único que puede hacer es respirar, intentar controlar los latidos de su corazón y decirle a esa parte de su cuerpo que habla por sí misma que no es el momento para nada.

—Calladito eres un espectáculo, Baker.

—Soy guapo a rabiar, callado o no. Tienes mucha suerte.

Sebastian lo vuelve a besar y le muerde el labio inferior antes de apartarse.

—Calla.

—Si me callo no me besas. Prefiero que me beses, Cup. Es culpa de tu boca. Tienes suerte de que la haya descubierto hace poco, de lo contrario te habría hecho la vida imposible para que me besaras todo el tiempo. —Lo agarra del abrigo para darle otro beso, mucho más lento y provocador—. El tiempo que hemos perdido vas a tener que compensármelo mucho.

—Mierda. —Sebastian cierra los ojos y apoya su frente en la de Jude.

—¿Qué pasa? ¿Te has olvidado el cepillo de dientes? Seguro que mis padres tienen alguno sin usar.

Sebastian se echa a reír.

—Eres imposible. —Se aparta para retirarle un mechón de la cara. Coloca su mano de forma que el pulgar le acaricia en el sitio justo donde percibe su pulso, que va a mil—. Tenemos que entrar en tu casa.

—Sí. Sé dónde es, no tendrás problema con eso.

—Idiota. El problema es otro y lo tenemos los dos. —Baja la vista a sus erecciones—. ¿En qué piensas cuando quieres que se te baje?

—No pienso. Me suelo hacer una rápida.

Jude empieza a reírse a carcajadas al ver la cara de tonto que se le ha quedado a Sebastian, que vuelve a su asiento indignado.

—Seb, pon esa cara otra vez, por favor —le pide mientras se quita el cinturón y se gira en el asiento.

—Que te den.

—Puedes hacerlo cuando quieras, ya lo sabes.

—¿Puedes, por favor, dejar de hablar de eso?

—¿De ti empotrándome contra la pared?

Sebastian lo fulmina con la mirada.

—¡Baker!

—Vale, vale.

—Joder, eres lo peor.

—Te gusta que lo sea. —Lo mira a los ojos.

Sebastian le devuelve la mirada con cara de pocos amigos. Sin embargo, le responde:

—Pues sí.



Cuando entran a la casa suenan los Beatles y parece que aún siguen en el coche. Nada más escuchar a Paul McCartney cantando *Hey, Jude*, este mira a su amigo y Sebastian le dedica una mirada asesina.

—Ni se te ocurra.

—Aburrido.

—Oh, Jude, justo cuando suena tu canción. Es el destino —dice Sophie antes de envolver a su hijo entre los brazos—. ¿Cómo estás, pequeño?

—Aburrido, ha sido la hora y media más larga de mi vida. A Seb no le gusta cantar, ¿te lo puedes creer?

—No me lo creo. A todo el mundo le gusta cantar, aunque sea en la ducha. —La señora Baker se aparta para saludar a Sebastian—. ¿Cómo estás, querido? No sabía que venías con Jude. Por suerte tenemos comida de sobra. —La mujer le sostiene un momento las manos.

—Si les sirve de consuelo, yo tampoco sabía que su hijo no les había comentado que venía. Siento importunar.

—No es ninguna molestia. Eres de la familia —asegura Harry, apareciendo con un paño entre las manos—. Habéis llegado justo a tiempo. La cena está lista.

Jude abraza a su padre, que después le da la mano a Sebastian y entran en la cocina.

—¿Cómo están todos? —pregunta Harry—. Nos ha sorprendido un poco que Henry nos pidiera que fuéramos. ¿Qué se supone que tiene que decirnos?

—Pero si ya lo sabes. Viola por fin está embarazada. No sabéis cuánto me alegra, sé lo mal que lo ha pasado durante los últimos dos años yendo a todos esos médicos.

Sebastian sonríe, pero guarda silencio.

—Estoy deseando verle la carita —asiente Jude, ganándose un codazo de Sebastian—. ¿Qué?

—Se supone que es una sorpresa.

—Pero si ya lo saben.

—No lo saben, lo imaginan. No es lo mismo.

—Lo sabemos —afirman los Baker a la vez.

—Querido, ¿por qué crees que me he pasado tantas horas haciendo calcetines? Es la tradición. —Se levanta y desaparece de la cocina para regresar un poco después. Les muestra dos mini calcetines blancos con decorados verdes y rojos de Navidad.

—¿Calcetines navideños?

—Pues claro, es una criatura de Navidad.



Una vez terminan de cenar, se pasan al salón y el padre de Jude lo insta a colocarse en una silla en medio de la estancia.

—Te toca cortarte las puntas —explica, observando que el pelo ya le ha crecido varios centímetros en los pocos meses que ha pasado desde la última vez.

La señora Baker le da una palmada al sofá donde se ha sentado para que Sebastian tome asiento junto a ella.

—Lo quiero como siempre, por debajo de los hombros —pide Jude mientras ayuda a su padre a deshacer las trenzas que tiene repartidas por el pelo.

—¿Se lo corta en seco? —pregunta Sebastian.

—Siempre. Mi marido es el único que le corta el pelo a Jude.

—En seco me aseguro de no pasarme, y a Jude le gusta un poco degradado —comenta Harry.

—Tampoco se nota si queda muy mal por las trenzas —explica Jude.

—Y ahora cuéntanos, cielo —lo apremia su madre cuando terminan de deshacer las trenzas y su padre le coloca una capa transparente—. ¿Qué ha sucedido con Lara?

Jude sabía que ese momento tenía que llegar tarde o temprano, pero estando ahí, en esa posición vulnerable delante de Sebastian, se le antoja algo incómodo.

—¿Es necesario hablar de eso?

—Sí cuando te afecta directamente.

—Estoy bien. Es algo que decidió ella, en realidad.

—Ah, ¿sí? ¿Te dio plantón ella? —murmura su padre.

—No me dio plantón, decidimos que no nos casaríamos.

—¿La noche antes? —pregunta Sophie.

—Sí.

—¿Y estuviste de acuerdo?

—No. Sí. *Quierodecir*, era lo justo para ella.

—Pero tú la quieres —asevera su madre—. Y ella te quiere a ti. Eso se nota, mi vida.

Jude cierra los ojos, como hace siempre que su padre le corta el pelo o le tocan la cabeza.

—Pero no es suficiente.

—¿Por qué?

Podría decir cualquier cosa. Podría omitir. Podría mentir. Tiene experiencia en eso. Pero si

hay algo que Jude se prometió a sí mismo cuando tuvo fuerzas para hacerlo es que siempre sería sincero, que llevaría la verdad con él y la dejaría libre cuando fuese necesario. Y en ese momento lo es, aunque Sebastian lo esté mirando. Quizá por eso mismo.

Abre los ojos y los clava en él.

—Porque estoy enamorado de otra persona.

Sebastian aprieta la mandíbula y su gesto se dulcifica, como si no creyera lo que acaba de decir en voz alta. A sus padres.

—¿Qué quieres decir con que estás enamorado de otra persona? —Harry se detiene para bajar la vista hacia él.

—Pues eso, papá. Que hay otra persona a la que quiero más y no es justo para Lara que me case con ella cuando siento eso.

—¿Ella lo sabía? —Harry Baker no da crédito.

—Sí. Lo ha sabido siempre.

—¿Siempre? —inquiere su madre—. Pero ¿cuándo pasó esto?

—¿Conocerlo o enamorarme de él?

—¿Es un hombre? —pregunta Harry.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo, Jude?

—Doce años, mamá.

Instintivamente, los ojos de ambos se dirigen a Sebastian, que palidece al notar las miradas sobre él.

—Vaya.

—Vaya, vaya —continúa Harry. Y nada más decirlo, vuelve a ocuparse del pelo de su hijo.

—¿Lara está bien? —pregunta su madre.

—Sí. Hemos quedado para devolver los regalos y la he visto bien.

—¿Estás seguro de esto? —continúa ella.

—Sí.

—¿Y tú? —le pregunta Harry directamente a Sebastian.

Jude lo ve tragar saliva, aún pálido y nervioso. No se esperaba para nada esto, pero es lo que ocurre cuando entras a formar parte de su vida. En su casa no hay secretos, no hay dónde esconderse. Jude siempre ha sido feliz así y agradece haber crecido en una familia como esta, con unos padres comprensivos que nunca le han obligado a ser más de lo que es. Los adora y les está agradecido. Por eso nunca se sintió perdido ni dolido cuando cumplió la mayoría de edad y le confesaron que era adoptado, a pesar de que ellos pensaron que sí. En aquel entonces, eran los demonios que George había dejado en él quienes asaltaban a Jude y utilizó el descubrimiento de su adopción para escudarse de lo que de verdad lo atormentaba. Fue una de sus peores mentiras, porque iba dirigida a esos padres que se lo habían dado todo. Pero era mejor eso a que descubrieran la verdad. Jude jamás dejaría que ellos lo supieran.

—Sí —contesta Sebastian y Jude abre los ojos, un poco sorprendido por la respuesta. Su amigo debe de haberse dado cuenta de su reacción, porque añade—: Claro que sí. —Por su tono, Jude siente que lo desafía a que piense lo contrario.

Sophie toma la mano de Sebastian entre las suyas.

—Cuánto me alegro, querido. Ya era hora de que lo dejaras ir. Me has tenido muy preocupada todos estos años. No es bueno llevar a un fantasma a la espalda todo el tiempo. Tu vida te pertenece.

—¿Entonces sois novios? —pregunta Harry.

—Sí. —A Sebastian parece haberle vuelto el color de la cara. Jude esconde una sonrisa.

—¿Significa que vais a casaros? —continúa preguntando el señor Baker.

—¡Pues claro! —contesta él. Sebastian vuelve a palidecer.

—Chicos, dejadlo en paz. Todavía es pronto para eso. Mira, querido, tengo algo para ti. —La señora Baker se levanta y empieza a rebuscar en los cajones situados debajo de la repisa de la chimenea hasta dar con una cajita, de la que saca algo. Cuando regresa, toma a Sebastian de la mano izquierda y le coloca una pulsera de hilo violeta de siete nudos, con una bola de ónix en el centro—. La piedra es para mantener lejos a los espíritus malignos. —Se la termina de anudar—. Te la pensaba dar hace unos años, pero Henry me convenció de que no lo hiciera por si te lo tomabas mal.

—No me lo habría tomado mal. Muchas gracias.

—¿Tenéis pensado adoptar? —sigue rumiando el señor Baker.

—¡Harry!

—Son preguntas básicas, querida. Quiero conocer a la persona con la que va a estar nuestro hijo.

—Todavía no hemos hablado de eso, papá —contesta Jude—. Cuando tengamos sexo se lo preguntaré.

—Jude. —Sophie niega con un gesto.

Sebastian ahora lo mira con una mezcla de rabia e incredulidad.

—¿Qué? Es verdad. Es tan caballeroso que no ha pasado nada. Podéis estar tranquilos.

—Vale, se acabó —zanja Sophie, dándole una palmada a Sebastian en la mano.

—Esto ya está —anuncia Harry. Le retira el plástico y le sacude el pelo—. ¿Te hago alguna trenza o te lo dejas así?

—Así está bien. Gracias, papá.

—Creo que lo mejor será que Sebastian duerma en la habitación de invitados. —Sophie ya está de pie barriendo el pelo de Jude—. Es imposible que esté cómodo allí arriba contigo.

—Mi colchón es grande —replica Jude.

—No tan grande. Tendríais que dormir apretujados.

—Yo no tengo problema. —De pronto nota que Sebastian lo fulmina con la mirada. Jude le sonríe con los hoyuelos bien marcados—. ¿Tienes algún problema?

—Ninguno —le devuelve una sonrisa asesina.

—Como queráis. En todo caso, estás en tu casa, querido. Puedes dormir donde quieras, ya lo sabes. Mañana te enseñaremos nuestro rincón navideño. Creo que es el único sitio en el que no has estado.

—Eso lo hago yo —declara Jude, feliz. Por nada del mundo se quiere perder la cara de Sebastian cuando vea los adornos navideños.

—Voy a terminar de hornear las pastas para llevar mañana —anuncia su madre—. Dejaré unas cuantas en un plato por si os apetece un tentempié más tarde. Querido, ¿puedes coger una maleta pequeña e ir metiendo lo básico mientras acabo?

Se despiden de sus padres y ellos suben al piso superior para lavarse los dientes y asearse.

—Voy a darme una ducha. Usaré el baño de mis padres. Tú puedes usar este. —Al percibir que Sebastian se lo queda mirando, añade—: A menos que quieras compartirlo conmigo.

—Lárgate, Baker. Ya me lo has hecho pasar mal por toda una vida. —Lo dice en un susurro, con la vista clavada en la habitación situada unos metros más allá, donde se ha metido su padre.

—No ha sido para tanto. Tenían que saberlo.

—Pero no todo, joder. Y no así.

—¿Por qué no? Aquí no hay armarios, Seb. Ni siquiera existen. El silencio es como la muerte.

—Lo dices como si quisiera encerrarte. No haría eso —sigue susurrando.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—Me da rollo que me comparen con Lara. Siempre voy a salir perdiendo.

—¿Perdiendo por qué?

—Para empezar, soy un hombre.

—¿Y qué?

—Nunca les daremos nietos.

—Podemos adoptar si quieres tener hijos.

—¿Tú no quieres?

—¿Queremos? —Jude frunce el ceño—. Seb, decía en serio lo del sexo. *Quierodecir*, no puedes pensar en bebés cuando no me has follado.

—Calla, joder. —Vuelve a mirar la puerta abierta del dormitorio—. No estoy pensando en bebés ahora, pienso a largo plazo. El caso es que Lara podría darte bebés.

—¿Bebés reales? ¿Es lo que quieres decir? Un hijo no es el ADN que compartes, ¿sabes? ¿Me estás diciendo que yo no soy real? ¿Que Henry no lo es para mis padres? La sangre no te asegura la felicidad, solo te da un montón de problemas que ni siquiera has elegido.

—Joder. —Sebastian resopla, incómodo—. Le estás dando la vuelta a todo.

—Es que no entiendo que digas que sales perdiendo frente a Lara.

—Tendrías menos problemas con ella.

—¿Por la sociedad? ¿Hablas tú o habla tu miedo? ¿Era eso lo que pensabas antes? ¿Por eso no salías del armario?

—Pensaba en muchas cosas antes.

—No quiero una vida fácil, Seb. Quiero una vida feliz. Quiero sentir que reviento de felicidad, que no me cabe más dentro y aun así acaparar un poquito más cada día. Eso quiero. ¿Me puedes dar eso?

Sebastian se lo queda mirando. Jude se fija en la rapidez con la que su pecho sube y baja.

—Es lo que más quiero en el mundo, Baker.

Él sonríe. Lo agarra de la camiseta y le planta un beso en los labios, dulce y exigente. Sebastian no tiene tiempo de protestar ni comprobar si alguien los está mirando.

—Entonces tú ganas —dice, soltándolo—. ¿Te dejo algo para ponerte cómodo?

—Traje una camiseta vieja y pantalones de chándal —contesta con la voz ronca—. No uso pijama para dormir, ya lo sabes.

Sebastian coge la mochila que ha dejado en el suelo del pasillo y se mete en el baño ante la atenta mirada de Jude.

—Avisa si quieres que te rasque la espalda, o cualquier otra cosa —musita con una sonrisa socarrona. Su amigo le lanza una de sus miradas asesinas—. Estaré arriba.

CAPÍTULO 16

JUDE



Cuando termina de ducharse, Jude sube a su habitación en el desván, diminuta y repleta de cosas. Se sienta en la cama doble y se dedica a comprobar las actualizaciones de los *webtoons* que sigue, entre ellos *Bivium*, el nuevo de Sebastian. No se había acordado de que había actualización de capítulo ese mismo día.

No le da tiempo ni a leer dos viñetas cuando su amigo aparece, tan alto y grande, tan impresionante con el pelo negro despeinado sobre la frente, con algunas puntas y mechones mojados por accidente durante la ducha. Le ha crecido algunos centímetros y le encanta así, ni corto ni demasiado largo, lo justo para introducir los dedos y poder agarrarlo bien. Dios. ¿En qué está pensando? «No pienses en eso, Jude, espera al menos a que se acueste».

Sebastian ya ha subido a su dormitorio las otras veces en las que ha estado en su casa por Navidad o por alguna otra reunión familiar, pero es la primera que sube como algo más que un amigo con quien mantener las distancias. Observa la habitación como un pez fuera del agua. A Jude le costó unos años de su adolescencia decorarla a su gusto. Está llena de cosas y es tan diminuta que, si estira los brazos, Sebastian puede llegar al techo inclinado.

—Me siento como en una lata de sardinas.

—Yo creo que a mi habitación le quedas bien, Cup.

Deja que recorra el diminuto espacio, observando las fotos que cuelgan de las paredes, el mapa marcado con los pocos sitios en los que ha estado con su familia o con Lara. Las partituras pegadas frente a la zona donde suele tocar. Se detiene junto al piano electrónico y pasa los dedos sobre él. Se fija en los títulos de los libros que llenan la estanterías, algunos de ficción y también los clásicos.

—Tienes casi toda la obra de Shakespeare.

—Te dije que los leí cuando supe de dónde venían tu nombre y el de tu hermana. —Claro que por ese entonces ni siquiera él distinguía la verdad de las mentiras que decía.

—¿Te lo dijo él? ¿Te habló de Viola?

—Estaba borracho. No lo habría hecho si no lo hubiese estado. —Jude interpreta su silencio como una señal para que siga hablando—. Me contó que eras su mejor amigo, que os habíais criado juntos y que Viola era como su hermana mayor. Que teníais un hotel y que sus padres querían que se ocupara de él.

—Él también quería.

—No, no quería. Solo fingía querer porque nadie más quería hacerlo y él no huía de la familia.

Sebastian se gira y le clava la mirada.

—¿Eso te dijo?

—Sí.

—No fue a la universidad porque no le dio la gana. Tenía el dinero para hacerlo. Era libre, podría haberse comido el mundo si hubiese querido.

—¿Por qué te enfadas? —A Jude los recuerdos dolorosos que tiene de George ya no le afectan, pero sí lo hace el papel que tiene sobre los hermanos Evans. Le duele el poder que sigue teniendo sobre Sebastian y Viola.

George sigue ahí, en cada rincón de sus vidas. Es una presencia constante que odia con todas sus fuerzas, pero contra la que no puede luchar.

—No estoy enfadado contigo.

—Pero estás enfadado.

—Es rabia. No quiero hablar de él.

A Jude le parece bien. Sebastian continúa mirando cada rincón de su dormitorio. El último calendario olvidado sobre la mesa del escritorio. La pila de diarios. Su colección de tazas repartidas por la estantería de la pared.

Tenerlo ahí, curioseando en su pasado, es casi como desnudarse por primera vez delante del chico que quiere. Quizá incluso más íntimo, porque está viendo más allá de su piel, más allá de todo.

Y entonces Sebastian repara en la pizarra. Mierda. No ha tocado la pizarra en años. La maldita frase escrita en rotulador permanente para que no se borrara.

La frase de George.

«¿Del uno al diez?».

La letra de George.

Qué más da. No puede cambiar nada. Es lo que es y ya está. No quiere esconderse. De eso va todo, de ser él. Pero le fastidia que George siempre esté ahí, que sea la espada situada entre ellos, impidiendo que se acerquen el uno al otro.

La pizarra está llena de números. Los escribía cuando se sentía muy bien o muy mal. Cada número representaba lo bien o mal que se sentía, del uno al diez.

10 10 2 3 1 0 3 10 0 0 0 -100 -1000000 -∞ -∞ -∞

Sebastian recorre los números y Jude se incorpora. Quiere pedirle que deje de mirar, que no lo vea ni piense en lo que significa y, al mismo tiempo, necesita que lo haga. Necesita que conozca cada parte de él, de su pasado, todo lo que vivió, todo lo que no le ha contado porque su amigo no quiere saberlo. Se le forma un nudo de nervios en el estómago y el pecho comienza a dolerle. Le duele todavía más cuando Sebastian extiende la mano y borra con los dedos todos los números negativos y los ceros.

¿Por qué?

¿Quiere borrarlo? ¿Cree de verdad que puede hacerlo? Si una cosa sabe Jude es que las cicatrices no se borran, lo que hacen es sanar. Pero las marcas se quedan ahí, indelebles al paso del tiempo. Lo bueno de ellas es que puedes transformarlas en trofeos de guerras ganadas. Jude había ganado una guerra que lo había dejado sin fuerzas y había recuperado las ganas de vivir gracias a las personas que lo querían y que no pensaba dejar atrás. Perder significaba perderlos a

ellos y eso era algo que Jude no podía permitir.

—No va a dejar de existir por mucho que lo borres, Seb.

—Lo sé.

—Hace mucho que no me siento así —le asegura porque odia la cara que está poniendo. Sigue ahí, apretando el borde inferior de la pizarra con cara de querer pegarle a alguien.

—Del uno al diez, ¿cómo te sientes ahora? —le pregunta Sebastian con un hilo de voz.

Jude se levanta y se sitúa detrás de él.

—¿Quieres saber cómo me siento ahora, contigo?

—Sí.

Jude coge el rotulador rojo situado en el saliente de la pizarra y escribe, pegando su pecho al brazo de Sebastian mientras lo hace.

+∞

Luego deja de nuevo el rotulador en su sitio y lo agarra de la mano para que se suelte.

—Vamos a la cama, Seb.

Lo guía de la mano, pero Sebastian lo envuelve entre sus brazos. Está temblando. Jude también empieza a temblar. El cuerpo de Sebastian es firme y caliente y se siente arropado en él. Nota sus latidos en el pecho y su respiración le hace cosquillas cuando hunde la cara en el hueco de su cuello.

—Yo también me siento así. No he dejado de sentirme así desde que me dijiste que querías casarte conmigo y empecé a imaginar cómo sería tener esto todos los días. —Le acaricia la espalda y deposita un beso en su cuello. Se aparta para mirarlo a los ojos y toma su rostro con la mano izquierda—. Y luego te besé y Dios, Baker. —Apoya la frente en la suya—. Odio la idea de verte sufrir. No soporto pensar que lo has pasado mal.

—Ahora lo estoy pasando muy bien, Cup. Deberías centrarte en eso.

—¿Por qué cojones conservas eso?

—Antes no podía verlo. Ahora no siento que quiera morirme ni matar a nadie. He aceptado que eso pasó y puedo vivir con ello. Los años con mi terapeuta me enseñaron a ver que no soy mi pasado, sino el resultado de él. Soy lo que ha quedado y acepto todo lo que tuve que pasar, aunque sea una mierda, porque he llegado a donde estoy. Y ahora mismo no quiero estar en ninguna otra parte. —Levanta la vista—. *Quierodecir*, sí, me gustaría estar un metro y medio hacia la derecha, en posición horizontal a ser posible.

—Baker.

—¿Qué? El beso del coche me afectó mucho, Cup. Llevo toda la noche pensando en lo mismo.

—No pienso hacer nada aquí.

—¿Perdona? —Jude se aparta, conmocionado.

—Tus padres están abajo.

—¿Y? No los iba a invitar a la fiesta.

Sebastian resopla por la nariz.

—Eres imposible.

—No te he traído a mi cama para que me cuentes solo un cuento, Cup. Tienes que interpretar tu papel. Un trabajo bien hecho es importante.

—¿Interpretar?

—Ya me entiendes.

—No entiendo nada.

A Jude se le agota la paciencia.

—No te voy a suplicar, ¿vale? —Utiliza un tono grave al tiempo que lo agarra de la camiseta para llevarlo hacia la cama.

Sebastian está a punto de tropezar. Apenas es capaz de seguirlo cuando Jude consigue tirarlo de espaldas sobre el colchón.

Jude lo mira tendido sobre la cama. Sebastian le devuelve la mirada, pero no dice nada ni hace ademán de moverse del sitio. Se queda ahí, cuan largo es, a la espera del siguiente paso.

—Échate hacia atrás para que pueda subir yo, Seb. —Es una orden clara y, aunque no las tiene todas consigo, Sebastian obedece. Se arrastra hasta que se queda tumbado en mitad de la cama, apoyándose en los codos sin apartar la vista de él.

Jude se sube al colchón. Avanza hacia el centro. El corazón le late desbocado mientras lo tiene debajo de él, obediente y expectante. Le mira los labios. Se muere por morderlo ahí. Necesita sentirlo. Quiere tantas cosas que le va a estallar el pecho. Traga saliva y coloca un pie a cada lado de él. Luego desciende hasta quedar de rodillas en torno a su cintura.

—No me mires así —musita Jude.

—¿Así cómo?

—Como si fuera un melocotón.

Sebastian sonríe.

—Has empezado tú.

—Y voy a terminar yo —replica, atrapando sus labios en un beso húmedo y exigente.

Hunde las manos en su pelo y lo acerca para profundizar el beso. Un deseo crudo le vibra en todo el cuerpo y empieza a temblar por las ansias, por la anticipación. Lo quiere todo y lo quiere ya. ¿Por qué Sebastian no quiere lo mismo? ¿Es el único que se muere de ganas? Jude no entiende por qué tiene que presionarlo tanto para tenerlo así, gimiendo contra su boca. De no ser por la polla dura meciéndose contra la suya, por el deseo evidente que demuestra en el beso, pensaría que lo que siente es unilateral.

—Baker. —Sebastian lo atrae hacia sí. Sus erecciones colisionan y ambos se estremecen por la fricción—. Cierra la puerta con llave.

—Te toca callarte a ti, Cup. Relájate un poco.

Jude dirige sus manos al borde de la camiseta y se la saca por la cabeza. Se toma su tiempo para observar su torso desnudo. Dios. Es tan grande y se la pone tan dura…

—Estás babeando.

—¿Me puedo hacer una rápida? Para poder seguir con la mente clara.

—Calla.

—Cállame.

Sebastian gruñe y lo atrae hacia sus labios; ahora es él quien hunde las manos en su pelo.

—Me encanta tu pelo, Baker. Es tan suave… —musita entre beso y beso.

Jude lo empuja hacia atrás para acostarlo.

—A mí me encantas tú.

Se coloca encima de él y lo besa en la zona sensible del cuello. Lo lame, succiona y muerde hasta que nota cómo Sebastian se deja abandonar por el deseo, gimiendo y moviendo las caderas contra su pierna en busca de alivio.

Jude traza con besos y lametones la zona alrededor de los pezones sin llegar a tocarlos con el fin de torturarlo, consiguiendo que Sebastian respire con más fuerza. Se entretiene en el elástico de sus pantalones y los comienza a bajar. Deja un reguero de besos mientras desciende por su pecho y su abdomen hasta llegar a la altura de su erección; pese al gruñido de Sebastian, pasa de largo para terminar de quitarle los pantalones con su ayuda. Una vez se los saca, lo toma de una pierna para besarle el gemelo y la cara interna de la rodilla. Con la otra mano asciende entre sus muslos hasta llegar a la ingle. Le acaricia la zona con los dedos por encima de la tela de los calzoncillos y Sebastian se sacude; el tacto de su erección en el dorso le hace perder cualquier pensamiento coherente. Jude hace lo posible por controlar las ganas de acelerar el ritmo. No ayuda escuchar la respiración pesada de Sebastian a medida que él asciende por su cuerpo.

Cuando sitúa el rostro delante de su entrepierna, Jude se pasa la lengua por el labio inferior. El rostro le arde. Dios. Qué dura la tiene. Recorre la dureza de su polla con la punta de la nariz y presiona sus testículos con la palma de la mano. Sebastian suelta un gemido ronco. Jude empieza a frotarse con la pierna de Sebastian mientras le retira el bóxer con cuidado, liberando su polla dura e hinchada. Se le hace la boca agua cuando la agarra con una mano y se agacha para meterse la punta en la boca, agarrándole la cadera con la otra.

Sebastian emite algo parecido a un sollozo.

—Baker, joder. ¿Por qué estás tú ahí abajo y yo aquí?

Jude levanta la vista.

—¿Qué tiene de raro?

—Se suponía que iba a ser yo el que te lo hiciera la primera vez.

—¿Intentas controlar el sexo entre nosotros? —pregunta antes de abarcar la mitad de su erección con la boca, succionando al llegar a la punta. La siente crecer, endurecerse todavía más, y un deseo crudo le arrebata la cordura al sentir cómo Sebastian lo agarra del pelo y gime, moviendo las caderas para ir al encuentro de su boca.

—No estoy controlando nada —dice apenas sin voz.

Jude se la saca un instante, pero no deja de acariciarla con la mano.

—Venga ya —le habla con la boca pegada a su polla para que note la caricia de sus labios ahí—. Controlarlo todo es tu especialidad, y me parece tierno. —Le da un lametón. Sebastian respira con fuerza.

—¿Tierno?

—Tierno, gracioso, *cuqui*.

—¿*Cuqui*?

—Esto también es *cuqui*. —Jude le da un largo lametón. Sebastian ahoga un gemido—. Puedes controlar tu trabajo. El día en que quieres publicar un capítulo de tu cómic e incluso la hora a la que crees que tendrá más visitas, pero esto no lo vas a poder controlar, Seb. No puedes controlar lo que tenemos. Es cosa de los dos. No quiero que lo hagas.

Jude ha empezado a acariciarlo de nuevo. Sebastian apenas puede respirar cuando pregunta:

—¿Insinúas que quiero controlarte? —dice entre jadeos cuando él se la vuelve a meter en la boca, esta vez hasta el fondo de la garganta. Lo agarra del culo para instarlo a moverse con él y enseguida lo tiene moviéndose contra su boca de manera frenética. Quiere que deje de pensar, que se deje ir. A Jude se le escapa un gemido.

Le cuesta una vida apartarse.

—Quieres controlar mi felicidad, pero no puedes —dice con la voz ronca—. Solo deja que suceda. —A Sebastian no le da tiempo de decir nada, solo se retuerce y gime mientras él se la

mete hasta el fondo y vuelve a sacarla, una y otra vez, para luego extraerla con un fuerte sonido de succión.

—Joder, Baker.

Jude alza un poco la cabeza para mirarlo. El pecho se le hincha de emociones al verle la cara. Sebastian desatado, rendido, excitado.

—No tienes ni idea de lo que siento mientras te escucho gemir y te veo la cara que pones. Por mí. Cualquiera puede hacer que te corras, pero no todos pueden hacerte sentir algo mientras lo haces.

—Cállate, Baker. —Sebastian se incorpora.

—Cállame. —Le pasa la lengua por la punta con una sonrisa de hoyuelos perfectos.

La expresión de Sebastian cambia a una que conoce bien y que consigue que su cuerpo arda incluso antes de que suceda nada.

De pronto, Sebastian se incorpora y la habitación da un giro de 180 grados. Cuando se quiere dar cuenta, se ve tumbado de espaldas en la cama con su amigo quitándole la ropa. No le da tiempo de protestar. En apenas unos segundos se halla desnudo, con el corazón martilleándole en el pecho y Sebastian tumbado sobre él. Antes de que Jude pueda hacer nada, le inmoviliza las muñecas sobre la cabeza con una mano. La erección de Sebastian empuja la suya y un estremecimiento placentero le recorre cada centímetro del cuerpo. Es tan jodidamente bueno que Jude deja de hablar y de pensar y se convierte en jadeos entrecortados y movimientos de caderas. Sebastian baja la mano libre y abarca ambas pollas para masturbarlos.

—Ahora vas a ver cómo te controlo hasta que te corras. Y no vas a decir ni mu.

Se humedece los labios y hunde la boca en su cuello. Jude siente que la habitación vuelve a dar vueltas, esta vez a causa del delirio, mientras Sebastian lame y succiona la piel blanda de su cuello, y su mano se mueve de manera implacable, provocándole jadeos de lo más vergonzosos.

Sebastian le baja las manos unidas; las encaja por detrás de su cabeza para acercarlo más y poder adueñarse de sus labios. Tiene razón. Lo está controlando por completo. Cada caricia. Cada gemido que sale de su garganta. Cada pensamiento incoherente. Todo suyo, todo de Sebastian.

Este respira contra su boca, mirándolo a los ojos sin dejar de provocarle oleadas absurdas de placer. Más que marrones, los ojos de Sebastian parecen pozos negros de deseo y Jude se pierde en ellos.

—Eres una preciosidad —le dice contra sus labios.

Jude cierra los ojos. Un recuerdo le viene a la mente. Un recuerdo horrible. Asqueroso. No puede evitarlo. «¿Y esta preciosidad? ¿De dónde lo has sacado?». Mierda. Sebastian lo vuelve a besar, pero él echa la cabeza hacia atrás y aparta los labios al experimentar una sensación de ahogo. «Eres una preciosidad». La nube negra que tantas veces lo ha engullido amenaza con posarse sobre él, pero no la va a dejar. No, joder. No.

Se concentra en respirar.

—Suéltame las manos, Sebastian.

Sebastian se aparta un poco. Observa el cambio en su expresión y lo libera.

—¿Estás bien?

Jude se incorpora en la cama.

—Siéntate —le pide y, cuando Sebastian lo hace, él se coloca encima, a horcajadas, de nuevo con las pollas unidas. Sus movimientos son más rápidos que los de Sebastian. Quiere correrse. Quiere olvidarlo todo. Quiere ganarle a la vida, una vez más.

Sebastian jadea y él también lo hace.

—Repítelo.

—¿El qué?

—Eso que has dicho antes. Repítelo.

Sebastian se lo queda mirando con una expresión que no es capaz de descifrar. ¿Se imagina lo que acaba de pasar? No tiene ni idea. Tampoco se lo puede decir. Hay una barrera entre los dos y seguirá estando ahí. No sabe hasta cuándo, si conseguirán tirarla o si se quedará así para siempre.

—Eres una preciosidad. —Sebastian le acaricia el lóbulo de la oreja con los labios. Lo repite con la lengua y le da un mordisco.

Jude cierra los ojos y gime.

—Repítelo. —Los movimientos de su mano se vuelven enloquecedores.

Sebastian tiembla bajo su cuerpo. Lo agarra del pelo para atraer sus labios y deja que sea él quien marque el ritmo y lo controle toda esta vez.

—Eres una preciosidad, Baker. —Se le escapa un gemido cuando lo besa despacio. Se aparta para poder seguir hablándole—: Quiero ver cómo de precioso estás cuando te corres. Déjame verte.

Jude mueve las caderas. Le clava los dedos en la nuca y tiene que cerrar los ojos en un intento absurdo por contener los gemidos.

—Eres lo más precioso que he conocido nunca —continúa al ver que él no tiene intención de hablar.

Un último empujón, un gemido más de Sebastian y Jude siente cómo fuegos artificiales estallan dentro de él. Una oleada de placer lo recorre desde la raíz del pelo hasta la punta de los pies, haciéndole perder el hilo de sus pensamientos. Sebastian tiene que recordarle con un movimiento de su pelvis que aún no ha llegado para que continúe acariciándolo hasta que por fin se corre en su mano. Jude se lleva con él los balbuceos en su cuello, el abrazo absorbente, cada temblor de su cuerpo y todos y cada uno de los espasmos de su polla.

De repente nota un temblor y no sabe si es él o es Sebastian hasta que se aparta unos centímetros y observa que su amigo está llorando.

Le cuesta un poco procesar lo que sucede. ¿Por qué está llorando? Se le forma un nudo en la garganta al pensar que pueda ser por él. Por *él*. No. No. No. «Por favor». Se le parte el corazón cuando acaricia los hombros temblorosos del chico al que tanto quiere.

—Dime qué te pasa, Seb.

«No me digas que es por *él*. Por favor».

—Lo siento. —No lo mira a los ojos. Esconde la cara en su hombro—. Es que… —Respira fuerte por la nariz—. Es la primera vez que no me siento culpable ni sucio cuando alguien me toca.

La primera vez. Jude no quiere analizar la frase. Lo único que le interesa es la frase en sí. Ser el primero en el caso de Sebastian significa ser el único. El único que lo ha hecho sentirse así. El único. Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Pues prometo que no voy a dejar de hacerlo nunca, si te parece bien.

—No, Baker. No hagas ese tipo de promesas. Quiero que hagas lo que sientas y, si alguna vez dejas de sentirlo, entonces dejes de hacerlo.

—No voy a dejar de hacerlo, Seb.

Lo mira a los ojos. Los tiene rojos y anegados de lágrimas y está despeinado, pero es

Sebastian, y él lo quiere tanto que le duele el pecho.

—Y yo espero que no lo hagas, pero puedo vivir sin una promesa. Puedo vivir con la esperanza de que así sea.

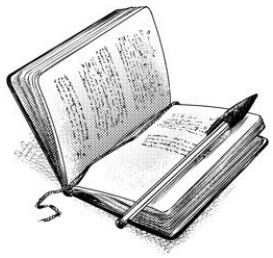
—Te quiero, Sebastian. Eso sí puedo prometértelo.

Su amigo apoya la frente en la suya y respira hondo.

—Al final no he podido controlar nada.

—No puedes controlar a alguien que te importa, Seb. Es lo que intentaba explicarte. Si alguien no te importa es fácil, tomas y das. No hay más. Pero cuando sientes, la cosa cambia.

DIARIO DE JUDE



—Hoy no, Jude. Solo mantente callado.

—¿Estás bien?

Guardaste silencio. Un silencio cortante.

—¿Es por tu novio?

—¿Novio? No es mi novio, joder. Solo follamos.

—Pero es tu amigo.

—¿Y qué?

—Que si folláis y os queréis, ¿por qué no podéis ser novios?

—No se trata de ser o no ser novios, Jude. A veces pasan cosas. Cosas como la vida.

—¿La vida?

—Sí. Eso que pasa por nosotros todo el rato.

—Yo creo que nosotros pasamos por la vida y no al revés. La vida es el camino y nosotros los pasos que dejamos sobre él, las decisiones que tomamos. Que sea o no tu novio son esos pasos, lo que habéis decidido. No es la vida. Sois vosotros pasando sobre ella.

Sentí el peso de tu mirada sobre mí. Me ardió la cara.

En ocasiones, cuando estaba contigo tenía la sensación de ser solo un niño. Inexperto, perdido, solo.

—Lo siento. Ya me callo.

—¿Por qué eres así?

—¿Así como?

—Así, como eres.

—No sé ser de otra forma.

La mirada que me dedicaste entonces me incomodó. Sentí que podías ver a través de mí. Siempre lo sentía cuando estábamos juntos.

—A lo mejor yo puedo cambiar eso.

—¿A qué te refieres?

—¿Querrías ser mi novio?

—No, Georgie.

—¿Por qué? Creí que te gustaba.

—Y me gustas. Pero tú no quieres ser mi novio. Solo quieres huir.

Te echaste a reír fuerte. De esas risas que te marcaban la nuez. Una risa libre.

—Yo no huyo, Jude. Nunca huyo.

Entonces detuviste el coche delante de un edificio de tres plantas que no reconocí. Supuse que era la casa de algún amigo tuyo. En esa época hacías amigos con facilidad. Muchos eran del colectivo, de foros o gente con la que quedabas por internet. Todo era nuevo para mí.

—¿Quién vive aquí?

—Un amigo. Es fotógrafo. Me va a enseñar algunas cosas.

Te volviste hacia el asiento trasero y cogiste la cámara que casi siempre llevabas al cuello. Comprobaste algo y luego me dedicaste una mirada evaluadora.

—¿Te gustaría posar para mí?

—Ya poso para ti cada vez que nos vemos.

—Me refiero a posar de verdad. En un estudio.

—¿Qué diferencia hay?

—Serían unas fotos especiales.

Me fijé en cómo pasabas las imágenes de la cámara. Nunca me dejabas verlas. A nadie, en realidad. Preferías desnudarte a que alguien tocara tus fotos. Estaba seguro de que esas fotos decían más de ti que cualquier otra cosa. En ellas se hallaba el verdadero George. Y yo me moría por descubrirlo.

—¿Especiales en qué sentido?

—Quiero enseñarte cómo eres, que veas lo que veo cuando te miro. En ese sentido.

No tuve que contestarte. Sabías cuál iba a ser mi respuesta.

Todavía recuerdo esas fotos. Cómo me sentí mientras me las tomabas. La sensación de las sábanas negras de seda sobre mi piel. No sé por qué pensé en quién habría estado antes allí, en esa misma habitación, sobre esas mismas sábanas. Me pregunté si había sentido lo mismo que yo, si además de las sábanas habríamos compartido la misma impotencia, el mismo miedo, la misma resignación. Si había sido igual de cobarde que yo al cerrar los ojos. En especial, si había sentido la misma vergüenza.

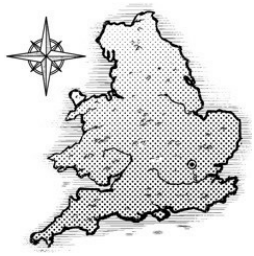
Jamás pensé que lo peor vendría después, que algún día esas fotos volverían a mí de la peor de las maneras. Lo peor fue saber que él las había visto. Que lo había visto todo. Mi vergüenza inmortalizada también en sus recuerdos. Me dijo que apenas había visto nada, pero sé que solo quería que me sintiera mejor. Quizá no se detuvo en ellas, pero vio lo suficiente.

Gracias a ti descubrí el verdadero significado de la vergüenza. No la vergüenza de una mirada furtiva, ni de las primeras veces, ni de algo que sabes que has hecho mal. Hablo de una vergüenza fea y significativa que llevas como una segunda piel. La llevé conmigo durante el tiempo que duró la sesión y me la guardé en algún lugar dentro de mí lo suficientemente a la vista para dejarla salir cada vez que el recuerdo me venía a la mente y alguien me miraba. Sobre todo, cuando estabas cerca. Eras la vergüenza saliendo de mi cuerpo para recordarme que no se iba a ir a ninguna parte.

¿Del uno al diez? No sé tú, pero yo había empezado el descenso.

CAPÍTULO 17

SEBASTIAN



ANTES

El escenario no se hallaba cerca de Sebastian, tampoco lejos, pero su amigo no necesitaba estar cerca para llevar al público de la mano, mucho menos para llevarlo a él.

Se había puesto un traje azul marino que solo guardaba para ese tipo de actos, debajo del cual destacaba una de sus elegantes camisas rosas de manga larga con cuello y botones, bordada en un extremo con la silueta de una mariposa de colores vivos. Había descartado la corbata. El pelo rubio le llegaba por debajo de los hombros y lo lucía como de costumbre: trenzado en algunas partes para que no le molestara en la cara.

La sonrisa que le dedicó al público que llenaba la sala de conciertos de Birmingham, donde Jude había completado la Licenciatura de Música años atrás, era franca y alegre.

Sebastian sentía una extraña opresión en aquella sala. Todo ese sistema de paneles de madera verticales que la cubrían, así como el resto de formas geométricas y el diseño pensado para impresionar, conseguía que se sintiera enorme en un espacio diminuto a pesar de que la sala no era lo que se dice pequeña.

Entonces su amigo se sentó y todo desapareció con él.

Jude no tocaba con maestría, no lo hacía para deslumbrar. Ese nunca había sido su objetivo ni su estilo. Quizá por eso no se había dedicado al piano al completo. No quiso ser concertista; la idea de felicidad de Jude era enseñar su amor por la música. Le gustaba perderse en el instrumento.

El sonido que salía de sus dedos era dulce, fresco y embriagador. Él era quien llevaba el piano y no el piano quien lo llevaba a él. Y puede que la música estuviera llena de luces y sombras y él las manejara con soltura, pero lo que más había era abandono. Disfrutaba del instrumento y era apasionado con él como lo era con las personas que lo rodeaban.

Sebastian no tenía ni idea de música clásica ni de piano, ni siquiera le gustaba. Lo único que recordaba era que tocaba una pieza de Liszt. A él solo le gustaba escuchar a Jude. Su amigo reía, gritaba, lloraba y latía en cada nota.

Sebastian imaginaba que Jude hacía el amor como tocaba, dándolo todo.

Seguía pensando en eso cuando la pieza llegó a su fin y el último acorde se perdió entre aplausos. Jude se levantó. Sonrió, alegre y honesto como era él. Y por un momento, solo un breve instante, Sebastian tuvo la impresión de que sus ojos se encontraban con los suyos.



El *pub* al que Jude lo llevó después de que acabaran de tocar todos los invitados se encontraba a unos quince minutos andando del conservatorio y a otros quince del hotel cerca de Broad Street donde se quedaban.

—Te vi desde el escenario —le dijo Jude.

—¿En serio? Estaba lleno de gente.

—Cup. Eres un oso entre centenares de cervatillos.

Sebastian arqueó las cejas.

—Bonita manera de llamarme gordo.

—No te llamo gordo, solo eres altísimo y grande y siempre vas abrigado. Pero tu cuerpo es maravilloso, Cup. Te he visto sin camiseta y eres proporcional a tu altura. Me he fijado. —El breve repaso que le hizo Jude consiguió que se le erizara la piel allá donde sus ojos se detenían —. En realidad vi tu sonrisa —explicó—. Me habría gustado parar el tiempo y volver ahí una y otra vez.

—¿Qué tiene de raro mi sonrisa?

—Pues eso, Cup. Que tú sonrías es raro.

—Yo siempre sonrío.

—No es verdad. Pones esta cara de enfurruñado todo el rato. —La imitación de su gesto serio consiguió hacerlo reír. A Jude no le pegaba nada enfadarse. Sebastian podía contar con los dedos de una mano las veces que lo había visto enfadarse de verdad o discutir con alguien, y le sobraban dedos—. Oh, Cup. Ahí está otra vez. Déjame sacarte una foto, espera. —Hizo ademán de sacar el móvil del bolsillo, pero Sebastian le dio un manotazo.

—Calla, Baker.

—Paso. —La sonrisa de Jude sí que era una sonrisa de verdad.

Llevaban un rato dentro, ya sentados a una mesa del fondo con las bebidas, cuando comenzó a sonar *Smells Like Teen Spirit.* Sebastian le dio un buen trago a su cerveza y se dejó caer hacia atrás en el asiento.

—¿Qué has recordado? —Jude pasó un dedo por el borde del vaso para coger un poco del azúcar y llevárselo a la boca. Se había quitado la chaqueta y se había remangado la camisa hasta los codos, dejando a la vista las pulseras de hilo de colores que llevaba en la muñeca izquierda.

—Nada.

—Sé que lo has recordado a él. Cuéntamelo.

Sebastian se encogió de hombros.

—Le gustaba este tipo de música cañera. ¿Recuerdas el garaje de los Harris, cuando fuimos a su casa para hablar con mi madrina? —Jude asintió—. Era nuestro rincón. Nadie entraba ahí. A él le gustaba bailar con este tipo de música, si es que se podía llamar baile. —Compuso una mueca—. Bailaba hasta que se le empapaba la camiseta de sudor y terminaba lanzándola contra el suelo.

—Sí. Lo vi alguna vez. —Jude parecía distraído. Continuaba limpiando el azúcar de los bordes con los dedos y le daba pequeños sorbos a la bebida—. Parecía más libre cuando bailaba.

—Lo hacía mucho cuando estaba triste o enfadado.

Su amigo se mantuvo en silencio durante casi el resto de la canción. Sebastian esperó.

Comprendía que quería decir algo, pero al mismo tiempo no quería. Había una lucha dentro de Jude y él sabía que en algún momento ganaría la sinceridad. Solo tenía que esperar.

Jude Baker no era de los que se guardaban las cosas.

—Han pasado once años, Cup. ¿Hasta cuándo vas a seguir castigándote?

Y ahí estaba.

—No es un castigo —replicó él.

—Entonces, ¿qué es? No tuviste la culpa de su muerte, Seb. Fue un accidente. Pasó y sé que lo querías. Probablemente él también te quería a ti. Pero ¿por qué te cargas con tanta soledad?

—Hice una promesa —le recordó. ¿En qué momento habían pasado de hablar de música clásica para hurgar en el pasado?

—Está muerto. Si mueres, las promesas dejan de tener validez.

—No lo entiendes. Su mayor miedo siempre fue quedarse solo, que lo olvidaran.

—No tienes que olvidarlo, puedes ser feliz y seguir recordándolo. Y ya le hiciste un cómic para que nadie lo olvidara —le recordó—. Una puñetera carta de amor que se hizo famosísima. —Sus ojos verdes lo atravesaron cuando se inclinó y lo señaló con el vaso—. Estuviste encerrado mientras lo hacías. Más de trece meses en una habitación sin ver ni hablar con nadie. ¿No te parece suficiente castigo?

—Déjalo. Es mi decisión, es lo que quiero. Lo decidí hace mucho tiempo, Baker. Ya hemos tenido esta conversación. No quiero tener pareja y punto. Tener pareja no te asegura la felicidad, tampoco tiene por qué completarte. No estás obligado a tenerla solo porque la sociedad te ha enseñado que debe ser así.

—Bla, bla, bla. Los dos sabemos que no lo haces por eso. —Jude se apoyó en el asiento. Con las manos extendidas, giró el vaso a un lado y al otro.

—¿Te ha subido el cóctel a la cabeza? No sueles beber.

—No estoy borracho. Solo me ha subido un poco el azúcar, y cuando me sube el azúcar mi mente va a más velocidad. Me gusta cuando toco el piano porque me concentro más y puedo estar muchas horas y… —Estaba empezando a divagar y, al descubrir la expresión que ponía Sebastian, enrojeció en cuestión de segundos—. *Quierodecir*, no necesito beber para decirte lo que pienso. Y pienso muchas cosas. La verdad es que no he dejado de pensar y creo que necesitamos esta conversación. Eres mi mejor amigo, soy tu mejor amigo. Podemos expresarnos. Exprésate, Cup. Dime la verdad. No se trata de la sociedad, se trata de ti y de Georgie, y de todo el daño que te hizo.

—Querrás decir el que nos hicimos. Yo le hice más daño a él, Baker.

—¿De veras?

—Lo encerré.

—Él no estaba encerrado. El aficionado a echar la llave eres tú —le recordó.

—Oh, joder. Cállate.

—Es la verdad. —Jude le dedicó una sonrisa cargada de inocencia—. Georgie era libre. Hacía lo que le daba la gana mientras tú te quedabas encerrado con tus miedos. Tener miedo está bien, pero encerrarse con el miedo es una de las cosas más aterradoras que existen. Es como meter en tu habitación a la muñeca fea de la película *Expediente Warren*, la rubia que tiene dos trenzas mal hechas, y cerrar la puerta con ella dentro. *Quierodecir*, sabes que se va a levantar cuando te despistes y que lo vas a pasar muy mal.

—¿Hablas de Annabelle? —preguntó, incrédulo—. Menuda comparación de mierda.

Jude puso cara de estar muy arrepentido.

—Es lo primero que se me vino a la cabeza. Los miedos son horribles, y tú tenías miedo de Georgie, aunque no te dieras cuenta.

Jude tomó otro sorbo de su bebida cuando vio que él daba buena cuenta de su cerveza negra. Necesitaba alcohol en vena para lidiar con Jude siendo más Jude que nunca mientras hacía lo posible por desenterrar el pasado que él prefería dejar donde estaba.

—Lo obligué a ser mi secreto —explicó Sebastian, volviendo al tema.

—¿De veras? —repitió su amigo con ese tono irritante que le sacaba de quicio—. Porque yo creo que fue al revés.

—¿Qué quieres decir?

—El Georgie de su familia o el Georgie de V no era el mismo Georgie que estaba contigo. Tampoco era el Georgie que yo conocí. Él tenía mucho más que perder que tú. El ángel cayó del cielo y se convirtió en demonio —murmuró Jude, una frase que ya le había dicho en una ocasión, en circunstancias muy distintas, cuando aún no eran amigos, cuando no significaba todo lo que significaba ahora para él—. Dime, Cup. ¿Qué le impedía salir del armario? ¿Tan malo habría sido que su familia se enterara? A él no le daba miedo eso. A veces se ponía un pañuelo en el cuello cuando íbamos a un bar gay, solo para llamar la atención. ¿Te digo el color?

—¿A dónde quieres ir a parar? —lo cortó. No quería saber nada de eso, joder.

Jude se inclinó hacia él. Su aliento dulce le inundó los sentidos.

—A lo mejor lo único que quería era que siguieras encerrado para siempre. Es fácil encerrar a alguien cuando tiene miedo, solo tienes que alimentarlo. El miedo es la mejor medicina para eso, funciona como barrotes. Y de ahí sí que cuesta salir, Cup. Te lo digo yo. —Empezó a darle sorbitos pequeños al vaso, pasando la lengua por los bordes, donde se concentraba el azúcar. Sebastian hacía lo posible por no fijarse en la lengua, ni en el modo en que le brillaban los ojos. Tenía los hoyuelos marcados a fuego con esa sonrisa que no se quitaba de la cara. Sí que le había subido el alcohol.

Le quitó el vaso para probarlo y, joder, estaba dulce. Demasiado dulce. Y tenía alcohol, pero el dulzor lo neutralizaba y casi parecía un refresco.

—Para, Baker. Y deja de beber.

Jude le quitó de nuevo el vaso.

—Eres mi mejor amigo. Quiero que dejes de estar encerrado. Podríamos ser libres los dos. Y yo te enseñaría el verdadero significado de salir del armario. La libertad es todo eso que te estás perdiendo mientras tienes cara de enfurruñado triste.

¿Ser libres los dos? ¿Se refería a libres juntos? Una garra presionó el pecho de Sebastian. Tuvo que apartarle la mirada y dedicarse a terminar su cerveza para intentar poner la mente en blanco, algo imposible con él ahí. Jude Baker y todas esas palabras que tenía dentro de él. Jude Baker y su honestidad. Jude Baker y esos hoyuelos.

—No pongo cara de enfurruñado triste —replicó con cierto malestar—. ¿Podemos dejar de hablar de mí?

—No quiero. —Solo le faltó hacer un mohín. Si había alguien con cara de enfurruñado era Jude Baker en ese preciso instante.

Sebastian aprovechó que su amigo estaba achispado para formularle de nuevo la pregunta que llevaba años haciéndose. El último mensaje de George, eso que iba a decirle cuando sus familias y él iban de camino para celebrar su cumpleaños en Newcastle, cerca de la universidad donde estudiaba y compartía piso, y que se había quedado en un mensaje sin responder, muerto con él.

—Bien, pues si quieres hablar de Georgie, dime qué fue lo que quiso decirme en su último mensaje. Sabes que llevo años preguntándomelo.

—No quiero hablar de él, quiero hablar de ti. Quiero quitarte esos barrotes. —Extendió la mano para tirar de la camiseta larga de Sebastian y sus ojos verdes se clavaron en los suyos—. Me encantaría ver cómo te queda.

—¿El qué?

—La libertad.

—Estás borracho.

—No estoy nada borracho. Es que no puedo dejar de imaginarte sin todo eso que siempre llevas encima. Creo que estarías mucho más guapo sin ellos. *Quierodecir*, no es que ahora no piense que lo seas. Pienso que eres muy guapo. Lo cierto es que creo que eres el hombre más guapo que conozco, Seb. Y tus labios son fantásticos. Me gusta mirarlos. —Dirigió la vista hacia ellos. Tenía los suyos entreabiertos y húmedos por lamerse el azúcar que se le iba quedando impregnado por culpa de la superficie del vaso. Lo sabía porque Sebastian también le miraba los suyos—. Me gustan mucho.

—¿Por qué dices todas esas cosas? —consiguió decir.

—Porque las pienso. ¿Tú no dices lo que piensas?

—No siempre se puede, Baker. A veces es mejor no decir nada.

—Evidentemente, a veces es mejor encerrarse.

Jude se había inclinado aún más hacia él. Era imposible no fijarse en el deseo que le oscurecía los ojos verdes. Se le puso dura al instante. Joder. Era una locura. Una absoluta locura.

Su amigo fue a coger el vaso, pero él se lo quitó.

—Se acabó, nos vamos.

Sebastian casi lo tuvo que llevar a rastras. Jude se tambaleaba.

—Creo que me han echado algo en la bebida. Deberíamos poner una reclamación, Cup. Era un cóctel de nada.

—Es lo que tiene mezclar alcohol y azúcar. Sobre todo si lo mezclas tú.

—¿Me estás llamando débil?

—Más bien digo que eres como una chispa sobre un bidón de gasolina.

—Así que piensas que ardo.

Jude se detuvo para mirarlo y Sebastian lo tuvo que agarrar del brazo durante los diez minutos de caminata hacia el hotel y en el ascensor, escuchando su parloteo incesante todo el rato. Allí lo soltó para respirar hondo y apretar el botón.

—¿Piensas que ardo? —preguntó Jude, como si acabara de recordar esa parte de la conversación—. ¿Piensas que soy fuego?

Sebastian lo ignoró. Tenía los ojos fijos en los números que indicaban los pisos que iban dejando atrás mientras el ascensor ascendía.

Su amigo se colocó delante de él. Sebastian lo había obligado a ponerse la chaqueta cuando salieron del *pub* y estaba guapísimo con ella. Elegante, sexi y muy Jude con su pelo sedoso y sus hoyuelos asomando con timidez.

Dos. Tres. Cuatro.

—Podría arder más si fueras libre, si no tuvieras todos esos barrotes.

—Déjalo ya, Baker. —Solo quería llegar a la habitación, hacerse una paja en la ducha y meterse en la cama para olvidarse de todo. Era él quien ardía cuando le hablaba así, cuando la electricidad entre ellos se hacía evidente. A veces los límites de su amistad se diluían y era una

mierda intentar controlarlo.

Nada más entrar a la habitación compartida, Sebastian le hizo beber agua y lo encerró en el baño para que se diera una ducha primero, dejándole una muda de ropa. Por nada del mundo quería verlo desnudo pululando por ahí.

Jude salió del baño más recuperado y algo avergonzado. Tenía la piel roja y húmeda por el calor del baño y la media melena recogida en una coleta. Sebastian apartó la mirada al percibir cómo le apretaban los pantalones. Le dio la espalda para que no se diera cuenta y cogió una camiseta limpia.

—Odio beber, Cup. Lo odio mucho.

—En tu defensa diré que parecía un refresco a tope de azúcar.

Sebastian salió mucho menos tenso de la ducha, aunque algo dentro de él todavía ardía. Vio que su amigo estaba tecleando en el móvil cuando se acercó a la cama. Al verlo, pulsó algunos botones más y lo dejó sobre la mesita.

—Deberíamos dormir. Tenemos que madrugar —dijo Sebastian.

—¿Me ayudas a quitarme las trenzas? Me duele un poco la cabeza. —Jude había empezado a deshacerse la trenza de uno de los mechones. Se apartó para hacerle sitio.

Sebastian se sentó en la cama junto a él y lo ayudó con las trenzas de atrás.

—¿Te molestó lo que te dije? —preguntó Jude.

—No. Aunque ya sabes que prefiero no hablar de eso.

—¿Te puedo hacer una última pregunta?

—La vas a hacer igualmente.

—En realidad tengo dos, pero solo quiero que me contestes a una.

—Suéltalo ya.

—Dime algo que recuerdes de él. Un recuerdo bonito que te haga sonreír. Un recuerdo de los dos. Ese que te viene a la cabeza nada más cerrar los ojos. Todos guardamos un recuerdo bonito de las personas que nos importan. No lo pienses y dilo.

—Hubo muchos momentos bonitos, Baker.

—Uno que justifique los barrotes que te mantienen encerrado.

—No tengo barrotes. Déjalo ya, joder.

—Solo uno, Cup. Un recuerdo sin dolor.

¿Un recuerdo sin dolor? Sebastian intentó encontrarlo. Pensó en George y se preguntó si hubo un momento así fuera de su niñez, uno en el que solo se quisieran, en el que no intentaran hacerse daño el uno al otro. Uno en el que no se sintiera mal por tocarlo o sucio cuando su amigo lo hacía. Y fue imposible, su amor se había hecho de dolor y con dolor había muerto. Parte de ese dolor seguía dentro de él, como una vieja fractura que dolía con el cambio de estación.

Jude se dio cuenta de que no iba a responder, porque dijo:

—Cup, ni siquiera eras solo tú. Georgie se acostaba con otros todo el tiempo. ¿Cómo puedes querer a alguien y acostarte con otros? No lo entiendo.

—Yo me acosté con una chica —replicó.

—¿Cuántas veces?

—Dos.

—¿Disfrutaste?

Sebastian tuvo ganas de reír.

—¿Cuál era la otra pregunta?

—Da igual. Gracias —le dijo cuando se liberó de la última trenza y juntaron todos los

elásticos.

—¿No vas a responderme? —preguntó Sebastian.

—No. Ni tú tampoco.

—Dime qué fue lo que quiso decirme. Creo que es hora de que me lo digas.

—Ya te lo dije. Cuando estés preparado para conocer mi historia con Georgie a lo mejor te lo cuento.

—¿A lo mejor?

—Me duele ver cuánto te inmolas por él. Nadie merece eso. Georgie no se lo merece en absoluto.

—Ya basta, Baker. Sé que te hizo daño, pero basta. Está muerto, joder.

—Y tú estás vivo.

—¿Y si no quiero conocer vuestra historia? ¿Y si prefiero no saberlo nunca? —le preguntó Sebastian.

—Ya sé que no quieres. No pasa nada. Seguiremos siendo amigos. Yo me quedaré con mis secretos y tú con tus barrotes.

Sebastian no pudo evitar hundir los dedos en su pelo. Era suave y las ondulaciones que habían dejado las trenzas daban la impresión de estar recién levantado o de haber salido de una sesión de sexo intensa. La polla se le puso dura al pensar en eso, como si no acabara de correrse en la ducha. Hacía mucho que no tenía sexo con nadie, seguramente ese era el problema, la necesidad de sentir el roce de otra piel. Y Jude era pura calidez. Estaba tan cerca… Pero no lo suficiente. Nunca lo suficiente. Desvió la mirada a sus labios, sonrosados; el inferior era grueso y sobresalía incluso cuando lo apretaba, y volvía a tenerlo húmedo por haberse pasado la lengua.

La chispa estaba ahí, de nuevo abrasándole la piel. Jude cerró los ojos ante sus caricias y un gemido placentero se escapó de su garganta. Había visto cómo Lara le hacía eso mismo muchas veces. A Jude le encantaba que lo tocaran ahí.

Cuando los volvió a abrir, Jude también le miró los labios. Hubo un momento de entendimiento. No era la primera vez que se sentían así, atraídos como un imán. Jude intentando que él se soltara y él huyendo lejos, todo lo que su corazón le permitía; a esas alturas no era mucho. No podía engañarse. No podía alejarse demasiado de él. No quería a Jude Baker lejos de su vida, aunque intentara hallarse a un abismo de su corazón. Ahí sí que no podía permitirse entrar. Él podía quererlo en silencio, pero Jude no tenía por qué hacerlo; tenía su vida, tenía novia, era feliz.

Se preguntaba cómo sería agarrarlo del pelo y tirar de él con suavidad. Rozar sus labios, sentir su aliento sobre la piel. Adentrarse en su boca. Tenerlo desnudo. Escucharlo gemir. Llevaba años imaginándose cómo sería estar dentro de él. Cada vez que tenía sexo con algún desconocido, cada vez que se corría, intentaba poner la mente en blanco, no pensar en él, no pensar. Porque si lo hacía, si se dejaba llevar…

Sebastian detuvo la mano en su pelo y tiró con suavidad.

Y Jude…

—Lara me ha pedido que me case con ella.

La chispa cayó sobre el bidón de gasolina y todo ardió. No por ese deseo que consumía a Sebastian por dentro. Ardió como una rama en una hoguera, y tuvo claro que no iba a renacer de sus cenizas.

Le soltó el pelo con brusquedad.

—¿Qué?

—Le he dicho que sí, Cup.

—Claro.

Pues claro que sí, ¿y qué esperaba?

—Será en mayo del año que viene. Es cuando a su hermano Adam se le termina el contrato y vuelve de Alaska. Celebraremos mi cumpleaños de luna de miel. Te dejo que me des el regalo antes, *quierodecir*, sea cual sea el dibujo que vayas a regalarme me lo puedes dar antes. —Se había acostumbrado a regalarle un dibujo hecho por él cada cumpleaños y Jude siempre lo esperaba y no dejaba de recordárselo—. Viviremos en la casa que la abuela de Lara les dejó en herencia. Fuimos a verla. Tendremos que rehabilitarla. Adam se encargará de eso, pero es preciosa. Y tú podrías hacernos dibujos para decorar las paredes como hiciste con la habitación de nuestros hermanos. Creo que seremos muy felices.

Adam, el hermano mellizo de Lara, era arquitecto y llevaba un tiempo centrado en encargos de obras para personas con movilidad reducida. Se pasaba gran parte del tiempo viajando de un lado para otro; él había sido el motivo por el que habían pospuesto la boda durante meses. Lara y él tenían una relación muy especial.

—Por supuesto que lo seréis. —Sebastian necesitaba marcharse de ahí, meterse en la cama, esconder la cara. Mierda. ¿Qué cara estaría poniendo? No quería saberlo; no podía dejar que Jude la viera.

Jude sonrió con sus dos hoyuelos, pero la sonrisa no le llegó al rostro. Los hoyuelos no deberían estar ahí, no así. Sebastian sintió que algo se quebraba dentro de él. No podía moverse. De existir esos barrotes en él, serían similares a ese tormento que le presionaba el pecho y cada arteria de su cuerpo. Ni siquiera los pulmones parecían funcionarle.

—La quiero mucho —dijo Jude apenas en un susurro.

—Lo sé, Baker.

Se miraron a los ojos. Y puede que su amigo apartara la mirada, pero a Sebastian no le pasó desapercibida la lágrima que se deslizó por su mejilla cuando se levantó para meterse en la cama y apagó la luz.

—¿Seb?

La garganta se le atascó cuando contestó:

—Dime, Baker.

—¿Tienes miedo de ser feliz? ¿Es por eso?

—¿Esa es la segunda pregunta que supuestamente no querías hacerme?

—En realidad es la tercera.

Sebastian no pensaba responderle a eso, por supuesto que no.

—Buenas noches, Baker.

—Buenas noches, Cup.

CAPÍTULO 18

JUDE



La estancia está abarrotada. Es como entrar en el mismísimo hogar de Santa Claus; todo un caos de adornos y juguetes navideños. Cada vez que entra, Jude tiene la sensación de que en cualquier momento aparecerán los elfos para hacer su magia, así como los ayudantes de Santa Claus. Hay figuras y adornos por todas partes; algunos incluso cuelgan del techo. Árboles de distintos tamaños, gaitas, aguinaldos, adornos de la cultura hispanoamericana, luces de colores e incluso un enorme belén.

—Vaya. Esto es… increíble. —Sebastian recorre la estancia—. Vila se había quedado corta cuando me lo contó. Me habría gustado ver la tienda abierta cuando aún existía.

—Era preciosa. Siempre era Navidad. Me pasaba las tardes tocando el piano y, cuando terminaba, venía aquí a ayudar. Era la segunda cosa que más me gustaba después de la música.

—Sois todo lo contrario al Grinch.

—Pero tú no odias la Navidad.

—No la odio, pero no es mi época favorita.

—Eso es porque odias el frío.

—También.

Jude le da con el índice a una figura de Santa Claus de las que cuelgan del techo con un hilo dorado; esta se balancea creando el efecto de Santa dirigiéndose en su trineo a repartir regalos.

—Mis padres quieren vender esta casa. Aunque la tienda hubiera cerrado, Henry usaba la planta inferior como consulta cuando se hizo autónomo y empezó tener clientes fijos. Pero desde que se fue a vivir a vuestra casa esto se ha convertido en un problema. Mis padres ya están mayores y mantener una casa vacía es complicado.

—Pero tú siempre los ayudas.

—Pero entiendo que no tenga sentido seguir manteniéndola. Además, están pensando en comprar algo más cerca de tu casa. Quieren pasar tiempo con el bebé.

—Eso sería fantástico. Podría ayudarlos a encontrar algo —se ofrece Sebastian.

—Me va a dar pena. —Jude se apoya en una de las mesas a rebosar de adornos y observa el lugar con nostalgia—. Que compren cerca de tu casa a la larga implica vender las dos casas. Es raro. Siento que me quedo huérfano de nuevo, sin hogar.

—Tú nunca volverás a ser huérfano, Baker. —Le clava la mirada—. Ya tienes un hogar para toda la vida, nos tienes a nosotros. Y en cuanto a esto… —Al escuchar sus palabras, Jude siente esas estúpidas mariposas revoloteando dentro de él al ritmo en que Sebastian recorre la estancia con seriedad—. Puede que aquí siempre sea Navidad, pero solo son adornos. La Navidad la

llevas contigo allá donde vayas. Es lo que hacéis los Baker.

—Vaya. Cuando quieres, puedes —dice, recordándole lo que le dijo la noche anterior.

—Calla, Baker.

—Se te da mejor a ti callarme. —Le dedica una sonrisa traviesa antes de volver a perderse en los recovecos del lugar que tantas risas esconde—. Sé que el hogar está con mi familia, con toda —enfatiza; espera que Sebastian sienta la intensidad de su afirmación—, pero una parte de mis recuerdos se quedarán en las paredes de mi casa. Los recuerdos tienen eco, o eso dice mamá. El eco se queda, aunque te lleves los recuerdos.

—Crearás nuevos ecos en la casa que compren.

—Seb, necesito mis ecos, sobre todo los de anoche. Especialmente los tuyos. Es importante.

Su sonrisa vuelve a ser traviesa sin el peso de la nostalgia.

Sebastian menea la cabeza en respuesta. Se acerca al libro apoyado en uno de los estantes. *El muñeco de nieve*, de Raymond Briggs. Su tesoro más preciado porque fue el primer regalo que recuerda que le hizo su madre.

—¿Cuántos ejemplares tienes?

—No los suficientes. —Jude se incorpora para colocarse detrás de él y toma el libro entre sus manos. Cuando levanta la vista, Sebastian lo está mirando—. Me extraña que no hayas entrado nunca aquí —comenta, cerrando el libro.

—Era territorio prohibido para mí. Tenías novia. No se me permitía ser tan cercano.

—Es tu control el que habla, Seb. Tu manía de querer controlarlo todo. Nadie pensaba en esas cosas.

—Para mí era evidente.

—¿Llevas pensando en eso durante todos estos años? ¿Has controlado cada cosa que hacías y decías pensando en qué sería o no apropiado?

—No me mires así. Merecías vivirlo todo sin nadie que se metiera en vuestra relación. Además, tampoco es que me entusiasmara estar ahí ni la cara con la que me miraba Lara.

—No te miraba de ninguna manera.

—Baker, a Lara nunca le gusté. No me puedes negar eso.

Jude se queda callado. En parte tiene razón, así que no contesta.

Sebastian se le acerca y se hace con el libro.

—¿Recuerdas cuando fuimos a Bristol esa primera vez juntos?

—¿Te refieres a cuando me engañaste al decirme que sabías dónde estaba mi madre biológica como si yo no supiera que estaba muerta?

—Cuando descubrí que mentías y pensé que lo hacías solo para llamar la atención —objetó Sebastian.

A pesar del tiempo que ha pasado y de que ya no es la misma persona, Jude todavía siente una vergüenza enorme cuando piensa en su comportamiento de entonces.

—Ya. Ni siquiera yo sé bien por qué lo hacía.

Su amigo pasa las páginas con una media sonrisa en los labios.

—Te pasaste el camino hablando de autores muertos y otras chorradas. Yo llevaba más de trece meses sin hablar con nadie y tú no dejabas de hablar. Parecías hecho de palabras, una fantasía. Me dieron ganas de pellizcarte para comprobar que eras real.

—Me odiabas.

—No te odiaba. —Sebastian cierra el libro y le clava la mirada—. Nunca te he odiado, Baker. Me cabreabas, eso sí. No sabía qué esperar de ti, qué hacías ahí. Te escuchaba hablar y

solo podía pensar en qué había visto en ti. No tenías nada que ver con él. De no ser por esas fotos en las que salíais juntos jamás habría creído que fuerais amigos. Habría pensado que era otra de tus mentiras.

Las fotos de Jude y George, juntos, que demostraban que una vez fueron amigos; la primera prueba real de que Jude había llegado al hotel de los Evans lleno de mentiras con la idea de descubrir si todo eso que Sebastian narraba en su cómic era verdad o se trataba de las secuelas que la relación con George había dejado en él; la existencia de las fotos dejó a Jude expuesto. Con esas fotos que Asher había localizado entre los *pendrive* y las memorias de las cámaras de George, descubrieron la verdad: que Jude había llegado a sus vidas por una razón, que George y la relación que mantuvieron en el pasado fue una de ellas y que Sebastian era la razón principal. Fue descubrir la verdad lo que hizo que Sebastian dejara su encierro y saliera por fin a la libertad en busca de respuestas, en busca de Jude.

Sebastian se sitúa junto a él. Se apoya en la mesa con cuidado de no tirar ninguna de las figuras. Aparta un reno de porcelana y le devuelve el libro a Jude, que se lo lleva al pecho.

—Las fotos que te hicieron salir de la habitación.

—Me hiciste salir tú. —Sebastian se inclina hacia él. El calor que desprende su cuerpo lo reconforta en el frío de esa habitación que huele a cerrado, a tiempos pasados.

Jude levanta la vista; sus ojos se encuentran.

—No fui yo, sino él. Siempre ha sido él.

Sebastian le aparta la trenza que le cae por la mejilla.

—No, ya no —le susurra al oído. Un estremecimiento recorre a Jude al percibir el cosquilleo en la zona sensible del cuello—. Me costó armar el puzle que eras.

—Se me daba bien confundir —declara con amargura—. Nunca quise haceros daño.

—Lo sé, cielo. —A Jude se le forma una bola de nervios en la tripa ante el tono dulce y a la vez grave que ha usado. El corazón le empieza a martillear cuando nota el roce de sus labios en la oreja y recuerda todo lo que hicieron esos labios la noche anterior. Se le pone dura al instante —. Joder, Baker.

—¿Qué? —Jude apenas consigue respirar.

—Se te nota todo.

—Soy un libro abierto, Seb. No lo puedo evitar.

—Me vas a volver loco.

—Eso estaría bien, sí.

Sebastian le pasa el brazo por encima de los hombros.

—Recuerdo la primera vez que te vi enfadado de verdad. Fue…

—¿Doy miedo?

—Un poco. —Sebastian compone una sonrisa socarrona—. Me di cuenta de que, por muchas chorradas que dijeras, por dentro eras fuego. Me gusta que lo seas. Nunca dejes que el fuego te consuma.

Jude abre el libro y lo ojea con tal de calmar ese fuego interior del que habla su amigo.

—Soy Géminis, Cup. Tengo carácter. —Se detiene en la ilustración en la que el muñeco de nieve y el niño surcan los cielos. Levanta la vista y se encuentra con los ojos de Sebastian fijos en él—. «Hazme un muñeco de nieve» —canturrea.

—Ya te hice uno.

—Y tu versión me gusta más que esta.

—¿Lo conservas?

—¿Lo dudas? Es mío. Es un dibujo precioso, Seb. Cuando me lo regalaste, yo... —Se le apaga la voz.

¿Qué puede decirle? ¿Que se enamoró de él entonces? ¿Que supo que sería para siempre? ¿Que se tuvo que ir para no echarse a llorar y que él se diera cuenta de que le había roto el corazón?

—Sí, yo también lo sentí. Me costó mucho no ir detrás de ti cuando vi la cara que pusiste. Joder, me costó una barbaridad.

—¿Qué cara puse?

—Me pareció que te importaba.

—Era más que eso, Seb. Yo ya te quería.



Jude: ¿La? ¿Estás por ahí?

Lara: Sí, más o menos.

Jude: ¿Más o menos?

Lara: Estoy fulminando con la mirada a una araña ahora mismo desde las escaleras. Es hipnótico. No me puedo mover porque luego no sabré a dónde se ha ido, pero tampoco la puedo matar.

Jude: ¿Debo ir al rescate?

Lara: Por favor.

Jude: Te iba a preguntar si me podía pasar. Mamá quiere verte, así que podré ocuparme de la intrusa.

Lara: No quiero que la mates, Jude.

Jude: ¿Cuándo me has visto matar alguna?

Lara: No sé qué haces con ellas. A lo mejor tienes una colección en alguna parte.

Jude: No sería mala idea, ahora que lo dices. Las podría usar en tu contra cuando te pusieras tonta. Sería como mi superpoder.

Lara: Ja, ja. Muy gracioso.

Lara: Dime, ¿está muy enfadada Sophie?

Jude: Más bien preocupada por ti.

Lara: Estoy bien.

Jude: Ya.

Lara: Jude. He encontrado algo. Había una caja con cosas en el ático. Tenía cosas de los dos. Por eso me puse a mirarla a fondo, para poder devolverte lo que fuera tuyo.

Jude: ¿Qué es?

Lara: Un pendrive con fotos. Fotos tuyas, Jude.

Jude: Ah. Las fotos.

Lara: ¿Por qué lo guardas?

Jude: No sabía dónde lo había metido. Seb lo encontró entre las cosas de Georgie y me lo dio hace años, pero no recordaba qué había hecho con él.

Lara: Es peor de lo que imaginé.

Jude: ¿Las has visto?

Lara: Sí, Jude. Las he visto todas.

Lara: Podrías haberlo denunciado. Pareces menor de edad.

Jude: Ya era mayor de edad cuando me las hizo. Y yo dejé que lo hiciera.

Lara: Pues no lo parece.

Jude: Estaba asustado. Y me arrepentí cuando las estaba haciendo.

Lara: Podrías haberlos denunciado a todos.

Jude: No los recuerdo. No sé quiénes son. Si me los encontrara en un supermercado, no los reconocería. ¿Comprendes?

Lara: Sí, pero no lo acepto.

Jude: No se puede hacer nada. ¿Podemos dejar el tema?

Lara: ¿Estás bien?

Jude: Estoy en el coche con mis padres y con Seb.

Lara: Ah.

Lara: ¿Él las vio? Si fue quien te las dio, tuvo que verlas.

Jude: Me dijo que solo vio alguna. No lo sé, la verdad.

Lara: ¿Estáis…?

Jude: Sí, creo. Espero.

Lara: ¿Habéis hablado de esto?

Jude: Todavía no. Y ya sé lo que me vas a decir.

Lara: Jude, no puedes construir una relación a base de silencios para que no duela. Los silencios a la larga son como una enfermedad terminal. Se enquistan hasta que se lo llevan todo.

Jude: Lo sé. Hablaremos.

Jude: Cuando él esté preparado.

Lara: ¿Por qué lo proteges cuando eres tú quien lo ha pasado mal? George te destrozó a ti. Fue tu accidente.

Jude: Georgie pasó por encima de mí, pero me quedé en la carretera mientras él pasaba de largo. Seb siguió dentro del coche. Sigue dentro de ese coche.

Lara: No quiero que te haga más daño.

Jude: Lo sé, La.

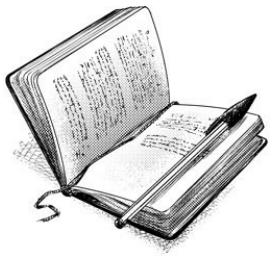
Jude: ¿Te parece bien que vaya yo también a verte?

Lara: Sí. Pero, Jude, no lo traigas a él, ¿vale?

Jude: Por supuesto. ¿Nos puedes llevar tú al hotel después? No llevo el coche.

Lara: Hecho.

DIARIO DE JUDE



—¿Vives ahí? —me preguntaste esa noche, de madrugada, cuando aparcaste el coche y me acerqué a la ventanilla.

Me habías visto salir de la consulta de Henry, donde había estado esperándote después de que me llamaras para preguntarme si podías pasar la noche conmigo. Mis padres me habían dado permiso para que nos quedáramos en la habitación de invitados que conservábamos para emergencias en la planta inferior, justo enfrente de la que usaba Henry para dormir cuando no se quedaba en casa o con su novia.

—En la primera, la segunda tiene la consulta de mi hermano y un segundo piso que no usamos. Antes la casa era una tienda de adornos navideños, hasta que mis padres se retiraron.

—Me lo comentaste. ¿Tu hermano es médico?

Abrí la puerta y saliste cargando una mochila. Me seguiste hasta la entrada y esperaste a que abriera y te invitara a entrar.

—Fisioterapeuta. Da unos masajes increíbles.

Me fijé bien en ti mientras observabas la consulta de mi hermano. La recepción, la sala de espera y las habitaciones adyacentes con las camillas y los distintos aparatos, como la tabla de inversión multifuncional. Se te veía triste, vulnerable. Quizá por eso me pareció que estabas más guapo que nunca, a pesar del labio cortado e hinchado y de que te habías pasado el trayecto llorando.

—Tú no tienes hermanos, ¿no? —Avancé por el pasillo hasta el fondo. Abrí la habitación de invitados y te hice pasar.

No era demasiado grande, pero aún tenía televisión, estaba limpia y era bastante acogedora, con una cama de matrimonio y una estantería con viejos clásicos de mis padres.

—Tengo una. No es mi hermana biológica, pero ¿a quién le importa?

Te quitaste los zapatos y los dejaste junto a la puerta antes de detenerte frente a mí. Levantaste la mirada y acercaste la mano para enroscar una trenza entre los dedos y tirar de ella. Solías hacer eso, te gustaba que me doliera.

—El mío tampoco lo es. Soy adoptado —expliqué.

Casi nunca hablábamos de nuestras familias, o al menos tú no lo hacías. Yo siempre he tenido por costumbre hablar de más.

Me agarraste de la trenza hasta que mi cara estuvo a escasos centímetros de la tuya. Me miraste un segundo con incredulidad y luego me diste un beso húmedo en la mejilla.

Acerqué la mano para tocarte, pero me apartaste. Dejaste la mochila en el suelo junto a la

cama y te sentaste.

Yo aproveché para ir a por el botiquín y curarte la herida.

—No hace falta —me dijiste cuando comencé a aplicarte antiséptico.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

—¿Fueron algunos de los chicos con los que sales?

—Fue él —contestaste.

Él. Siempre era Sebastian. No lo conocía más allá de lo que me contabas, pero había algo enfermizo en la relación que teníais, un poco trágico, un poco doloroso, como la mejor tragedia de Shakespeare.

—¿Te pegó?

—Dejé que me pegara. Se acostó con una tía. —Te reíste y me miraste a los ojos—. Piensa que así se va a curar o algo. Menuda gilipollez.

—¿Curarse?

—De que le guste follar conmigo. De ser gay. De la mierda que tiene en la cabeza.

—¿Estás bien? —Me preocupaba verte así. Parecías de buen humor, pero sentía la tensión, esa chispa, como si en cualquier momento fueras a estallar.

—Ahora sí. Gracias por dejar que me quede.

—¿Cómo lo llevas?

—¿El qué?

—Que no te acepte.

Te quedaste callado y vi cómo el principio de la rabia crecía dentro de ti.

—¿Crees que me importa si me acepta o no? —Sonreíste con una mueca a causa de la herida abierta—. Yo me acepto, es lo único que me importa.

—Pero estás enamorado de él.

—¿Enamorado? —Te echaste a reír—. Solo follamos, Jude. Y somos amigos. Crecimos juntos, ese es el problema. Follar y ser familia complica las cosas.

—¿No debería hacerlas más fáciles? Ser amigos y follar, debería hacerlo todo más fácil. ¿No?

Esta vez, cuando reíste, te llevaste la mano a la boca.

—Joder. —Resoplaste—. En tu mundo maravilloso sería así. En el mundo real, la cosa es distinta. —Me dedicaste una mirada tierna—. Todavía te falta crecer.

—No soy un crío.

Pensabas que lo era, quizá tenías razón. Quizá me hice mayor a base de ti.

—Cuéntame tú, ¿qué tal llevas lo de ser adoptado?

—Bien. No me siento distinto. —Y era la verdad.

—Nunca he conocido a alguien que sea adoptado. Debe ser raro descubrir que lo eres. —Me miraste con curiosidad—. ¿Sabes quiénes son tus padres biológicos?

—No.

—¿No te gustaría averiguarlo?

—Sí. Aunque no creo que sea difícil.

—¿Por qué lo dices?

—Mis padres me lo confesaron cuando cumplí los dieciocho. No creo que tengan problema en contarme más si les pregunto.

—¿Los dieciocho? Espera, ya nos conocíamos, ¿no? ¿Por qué no me lo dijiste?

Me encogí de hombros.

—No me preguntaste.

—No vas por ahí preguntando a la gente si es o no adoptada.

—Tampoco vas por ahí contando que lo eres. ¿Qué más da? Ya te dije que no hay diferencia. No es que me haya causado un trauma ni nada. Sigo teniendo padres y los sigo queriendo igual. —Asentiste, pero apartaste la mirada—. ¿Me acompañarías a ver a mis padres si descubro quiénes son?

—Sería un placer. —Volviste a tirar de la trenza y me diste otro beso, esta vez en la comisura de la boca—. ¿Estás preparado?

—¿Preparado para qué?

—Para mañana. Para el mejor día de tu vida.

—Para eso siempre. Todos los días son los mejores de mi vida. En eso consiste vivir.

Me estabas mirando los labios y yo estaba cada vez más nervioso, de modo que me levanté un momento para coger lo que había dejado sobre la cómoda antes de que llegaras. Te entregué una de las camisetas rosas cuando me senté de nuevo junto a ti.

—Usamos la misma talla, así que espero que te sirva. Soy más alto, pero creo que el largo está bien.

Abriste la camiseta y la examinaste. Había bordado «PRIDE London» en los colores del arcoíris, con la frase «Me celebro y me canto a mí mismo» y el año marcado justo debajo.

—¿De dónde la sacaste? Me volví loco buscando camisetas para la fiesta y no vi ninguna así.

—La he bordado yo. No sabía qué otra cosa regalarte por tu cumpleaños. ¿Te puedo felicitar ya o quieres que espere a mañana?

En lugar de contestar, me preguntaste:

—¿Sabes bordar?

Lo dejé pasar al ver una chispa de dolor en tus ojos. Sea lo que sea que te hubiera pasado con él, no estabas para celebrar nada. No esa noche.

—Es por mi madre. Desde que era niño me habló de la importancia del bordado en la historia de la mujer. Después de la primera Guerra Mundial había más mujeres que hombres y todas las que eran solteras se consideraban sobrantes. Tenían que depender de la caridad de sus familias y muy pocas podían estudiar. —Me estaba empezando a arder la cara por el modo en que me mirabas—. Se dedicaban a bordar. Me hizo leer un libro sobre el tema, aunque la ficción no me gusta. Luego leí sobre la importancia de los bordados en las distintas culturas y quise aprender. Las mujeres son increíbles. —Me encogí de hombros—. Además, por ahí no se venden las camisetas que me gustan, así que necesitaba aprender a hacerlas yo mismo.

—Joder.

—¿Qué?

—Eres un friki.

Sonreí. Me gustaba ser diferente a pesar de que eso me causaba mucha soledad.

—Gracias.

Volviste a mirarme los labios.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Esperando a que me encontraras, evidentemente. —Tus dedos se deslizaron por la frase de la camiseta; casi podía sentir tu caricia mientras lo hacías—. ¿Reconoces la frase?

—Walt Whitman —contestaste y levantaste la mirada hacia mí—. Sería tan fácil...

—¿El qué? —No pude leerte. Nunca podía.

Entonces me sonreíste y todo me dio igual.

—Enamorarme de ti.

—¿Eso es que piensas hacerlo? *Quierodecir*, para hacerme una idea.

Me temblaba todo el cuerpo. Tenía las manos congeladas y tuve que frotármelas en los pantalones. Parecía que tuviera frío, pero no era así. Ahora que lo pienso, quizá sí que lo era. Eras el hielo que empezaba a congelarme por dentro.

—Eres un crío.

—No lo soy.

Fue ese el momento en el que te quise. Te quise de verdad antes de empezar a odiarte.

CAPÍTULO 19

JUDE



ESA TARDE DE DOMINGO, APROVECHAN EL CALOR DE MAYO PARA MONTAR UN PÍCNIC EN EL JARDÍN de la casa de los Evans. Comen, se ponen al día sobre los respectivos embarazos y, cuando terminan, el matrimonio Baker se mete en la cocina a preparar té mientras el resto se encarga de recoger. Todos menos Jude y Ava, que se quedan acostados en una colcha leyendo el capítulo que Sebastian había colgado el día anterior.

—¿Estoy viendo tres pollas? ¿Tres? —pregunta Asher colocándose a un lado de Ava para observar la pantalla con interés.

—Vaya, Ash, ya sabes contar —lo pincha ella.

—Pero ¿qué estáis leyendo? —Asher se acerca un poco más a la *tablet*—. Espera, ¿eso es de Seb? —Abre los ojos de par en par—. Joder, sí. Es su dibujo.

—Llevo dos meses detrás de ti para que te lo leas y no me haces caso.

—No me dijiste que era tan explícito. —Asher tiene la cara pegada a la pantalla.

—Se está descontrolando en los últimos capítulos que ha subido.

—¿Son demonios?

—Uno de ellos nada más. El otro es un súcubo y este de aquí un humano.

—Vaya. Sigue bajando —pide al ver que la escena se vuelve aún más tórrida—. Joder, sí que está inspirado. —Desvía la mirada hacia Jude.

—¿Quién está inspirado? —pregunta Viola, que enseguida toma asiento junto a ellos.

—¿Has visto lo que está publicando Seb?

—¿Te refieres a *Bivium*? Pues claro. Espera, ¿eso es el nuevo capítulo? —Hace ademán de arrebatarle la *tablet,* pero Jude es más rápido.

—Eh, que lo estamos terminando.

—¿Es cosa tuya? —le pregunta Asher a Jude.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? Que esté tan inspirado. Seb ha vuelto al mundo de los vivos, increíble.

—Venga ya, siempre ha dibujado escenas sexuales —interviene Viola.

—¿Tan explícitas?

—No tanto, pero es que esta historia se presta a ello.

—Pues yo ya pensaba que era una especie de ameba. Nunca habla de sexo, para nada. Y eso que hace todas las ilustraciones para la web y a veces tiene ideas que son alucinantes.

—Es tímido —observa Ava.

—Es muy suyo —asiente Viola—. Conmigo tampoco habla nunca de sexo y soy su hermana.

—Eso es porque sigue en el armario, a su manera —declara Jude.

Todas las miradas se vuelven hacia él, que sigue deslizando los dedos por la pantalla. No tiene ni idea de por qué ha dicho lo que acaba de decir, pero es que a veces le da esa sensación.

—¿A qué te refieres? —pregunta Viola.

Jude se encoge de hombros.

—Es una tontería, olvídalo.

—Habla, Jude Baker.

—Me da la sensación de que se vio obligado a mostrar su sexualidad por todo lo que pasó. Y, no sé, creo que aún no se siente cómodo. —Por la conversación que tuvieron en casa de sus padres acerca de que Lara era mejor para él, está seguro de que ha dado en el clavo—. A veces creo que sigue encerrado en los secretos que vivió con Georgie. La relación de ellos, por lo que mostraba en *Barnard*, era como estar montado en un tiovivo y dar vueltas y vueltas sin llegar a ninguna parte. Pero entonces las luces se apagaron y el tiovivo dejó de funcionar. Georgie siempre fue parte de la atracción, así que se apagó. En cambio, Seb se vio obligado a salir de ahí. Tuvo que mostrarse al mundo y mostrar sus secretos con él.

—Estás diciendo que si Georgie estuviera vivo quizá no sabríamos que es gay, ¿no?

—Estoy diciendo que él no decidió mostrarse al mundo, fue el mundo quien lo obligó. Nadie tiene que confesar su condición sexual. A mí me gustan los hombres y las mujeres, pero no tengo por qué decirlo si no quiero.

—Ya lo sé, joder —replica ella.

—Pero cuando tienes una familia como esta, hablar sobre lo que sientes y que los demás te conozcan es importante. —Extiende la mano para apretar la de ella en un gesto conciliador—. Seb nunca quiso hablar de eso; lo hizo porque las circunstancias lo obligaron. A eso me refiero.

—¿Crees que lo estás sacando tú del armario? —le pregunta Ava.

—No lo creo. Es cosa suya. —Jude esboza una sonrisa—. Sea como sea, este capítulo es una puñetera locura. Me estoy empalmando y todo.

—¿En serio? —Asher lo mira de hito en hito.

—No te voy a enseñar mi polla, Ash. Ya tiene dueño.

—No me interesa tu polla, imbécil —replica Asher, consiguiendo que Ava suelte una carcajada.

—¿Habéis follado ya? —pregunta Viola mientras él y Ava terminan de leer las últimas viñetas.

—Vaya manera más mierda de acabar un capítulo. —Ava resopla.

Jude le da un empujón suave en el hombro.

—Un *cliffhanger* sexual siempre es la mejor manera de acabar un capítulo.

—Eh, no me has contestado —se queja Viola, dándole un capirotazo a Jude en la nariz.

—No puedo hablar de eso. Tu hermano quiere que lleguemos vírgenes al matrimonio.

—¿Virgen? ¿Tú? —Viola enarca las cejas—. Pero ¿a quién vas a engañar?

Ava se empieza a reír a carcajadas ante la expresión indignada de Viola.

—Es verdad. Llegaremos castos y puros al «sí, quiero». No es culpa mía, es cosa de Seb.

—¿Estáis hablando de mí? —pregunta el aludido, deteniéndose al lado de ellos con una bandeja llena de tazas de té humeantes y un plato de pastas. Lo coloca a una distancia prudencial de ellos antes de mirarlos con un gesto interrogante. Sus ojos se desvían hacia Jude—. ¿De qué cojones habláis?

—Me estaban preguntando por nuestra escasa vida sexual previa al matrimonio. Les estaba

diciendo que habíamos decidido llegar vírgenes, para que sea más emocionante y todo eso.

Sebastian se lo queda mirando durante unos segundos antes de dirigir la vista al resto.

—No ha soltado prenda, tío. Relájate un poco —murmura Asher al ver su cara de pánico.

—Seb, el sexo es algo natural. A estas alturas no me imaginaba que tuviera que recordártelo. Vendemos juguetes sexuales, joder. —Viola resopla.

—Pues yo quiero que me contéis. Me encantaría saber cómo es el sexo entre chicos. No es lo mismo leer sobre ello que saber cómo es en la vida real —explica Ava—. A ver, que yo practico sexo anal y es una pasada, pero la próstata no me vino de fábrica.

Asher le da un codazo a su mujer para que deje de hablar y niega con la cabeza. Ella le dedica una sonrisa seductora.

Jude centra su atención en Sebastian. Por un momento, espera que huya. Es lo que lleva haciendo todos estos años, huyendo de cualquier cosa que tenga que ver con él, cerca y lejos, así ha sido hasta ahora, así piensa que será siempre. De modo que Jude aparta la mirada porque no quiere que su amigo descubra lo decepcionado que se siente cuando este toma asiento a su lado.

—Dejadlo en paz y preguntadme a mí. ¿Qué queréis saber?

A Jude se le va a salir el corazón del pecho cuando su amigo lo toma de la mano. Levanta la vista hacia él. No hay duda ni miedo. Lo único que ve es resolución y un inmenso cariño.

Y mientras los otros le preguntan un sinfín de tonterías para intentar avergonzarlo, Jude aprieta la mano y oculta el rostro entre la colcha y el muslo de Sebastian para esconder las emociones.

—¿Habéis o no habéis follado ya? —pregunta Viola.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Yo no te pregunto si lo haces o no con Henry.

—Vas a ser tío, Seb. Es obvio que me follo a Henry.

—Lo que no es obvio es que tengas que decirlo.

—Soy tu hermana, quiero que me cuentes tus cosas.

—Son temas privados que por ser tu hermano no me parece bien contarte.

—No te estaba preguntando a ti.

—Estabas poniéndolo a él en un compromiso cuando sabes que no va a decir nada por mí.

—Jude habla conmigo de sexo —interviene Ava.

—¿De cómo es el sexo conmigo? —inquiere Sebastian—. Lo dudo.

—Eso es lo que estamos preguntando, por el sexo contigo. —Viola se cruza de brazos. La irritación de su hermano es evidente—. ¿Qué? Todo el mundo sabe cómo me gusta. Lo sabéis desde que era adolescente. Somos familia, trabajamos con juguetes sexuales, somos unos frikis del sexo. Es natural.

—Eso es verdad, tío —tercia Asher—. Eres el único que nunca ha soltado prenda.

—En todo caso, no es lo mismo que me preguntes cómo me gusta el sexo a cómo me gusta el sexo con mi novio. —Jude levanta la vista al escuchar la manera en que acaba de referirse a él. Una oleada de emociones comienza a dar volteretas dentro de él—. No creo que a Henry le haga gracia que vayas por ahí hablando de lo que hacéis en privado. ¿Me equivoco? ¿Henry? —lo llama al verlo junto a la puerta que da al jardín.

Henry no tarda en llegar a su altura.

—¿Me llamabas?

—Necesitamos más pastas —informa Viola, y ahora es ella la del gesto irritado.

—El plato está casi lleno. —Henry arruga la frente.

—De las rellenas —asevera Ava con la boca llena, asintiendo al ver que ya se las ha comido

todas—. No me juzgues, Henry. Hay un demonio de los dulces creciendo dentro de mí.

Henry pone los ojos en blanco, pero se vuelve a la cocina, no sin antes preguntarle si necesita algo a Viola, que niega y le hace un gesto para que se vaya.

—¿Ves? A eso me refiero —zanja Sebastian.

—Eso es traición.

—Es un golpe de realidad, Vila. La curiosidad mató al gato.

—Yo soy una osa, tengo más resistencia.

—Bueno, ¿y tú eres activo o pasivo? —pregunta Ava, relamiéndose el dedo. Sebastian la mira como si fuera un zombi salido de la tierra—. ¿Qué? A eso sí puedes responder, ¿no?

—Lo de los roles es una gilipollez —murmura Viola.

—Por lo que he leído por ahí, la identificación de roles todavía es algo bastante importante entre homosexuales —explica Ava.

—No a todos les mola poner el culito —expone Asher con una sonrisa.

—Pues a ti sí —contesta Ava, poniendo esa expresión tan propia de Ava cuando sabe que tiene todas las de ganar. Jude se ríe entre dientes.

Asher se encoge de hombros.

—Yo no me escondo.

—Vale, se acabó el tema —zanja Viola al verle la cara a su hermano.

—¿Qué? ¿Por qué? —se queja Ava.

—Joder, ¿no es obvio? Ni siquiera ellos lo saben.

—¿Cómo que no lo saben? —inquiere Asher.

—Mira la cara de Seb, está claro que no lo han hablado todavía. Y Jude está a punto de entrar en combustión por no poder decir lo que piensa. Hermanito, eso es amor.

Jude no puede evitar sonreír.

—Oye, que no tengo ningún problema en decir lo que pienso.

—Al final va a ser verdad lo de llegar vírgenes al matrimonio —se burla Asher.

—Que te den —replica Sebastian.

—No es a mí a quien le tienen que dar. —Asher alza las cejas repetidamente.

—Más pastas rellenas para la de los antojos. —Henry aparece por detrás y deja el plato junto a Ava. Luego hace un barrido por todos ellos—. ¿De qué estabais hablando?

—De sexo —contestan Viola, Asher, Ava y Jude a la vez.

Henry tarda un par de segundos en procesar la respuesta, otros más en darse cuenta de que hablan en serio y otros pocos en ponerse rojo y carraspear, mirando hacia la casa.

—¿No tenéis otro tema de conversación? Mis padres están a punto de venir.

—Vamos. Cualquiera diría que vas a ser papá, tío.

Henry pone esa cara de borde estirado que le sale genial cuando se dirige a Asher.

—A nadie le interesa mi vida sexual, Asher. Solo a mi pareja.

—Pues a tu pareja le interesa la vida sexual de todo el mundo. Eso no dice mucho de ti.

Viola le da una patada a su amigo.

—Ash, no te pases. Que estoy aquí. No quieras que le dé ideas a tu mujer sobre cómo tiene que manejar tus huevos.

Ava sonríe.

—Me interesa.

—Eh, joder. —Asher finge un escalofrío—. Que estábamos hablando de sexo gay. ¿Podemos volver a la conversación?

—No. —Henry señala con un gesto a sus padres, que ya se están acercando con un par de bandejas más.

No vuelven a hablar del tema. Pasan un rato en familia hasta que un nubarrón se cuela sobre sus cabezas y deciden entrar en la casa.

—Nosotros deberíamos irnos. Tenemos que recoger a Alex. Hoy sale a las cuatro.

—Podéis quedaros, yo tengo cosas que hacer en casa y puedo pasar a recogerla. —Nada más decirlo, Jude recuerda que no tiene coche—. Mierda. No he traído el coche.

—No pasa nada, te llevamos nosotros —dice su amiga.

—Yo te puedo llevar —se ofrece Sebastian—. Podemos recoger a la niña de camino.

—¿No tienes nada que hacer?

—Tengo trabajo, pero puedo hacerlo más tarde.

—¿Has visto? Ahora tenemos dos canguros gratis —murmura Asher.

—Todo ventajas —añade Ava.



Jude no le da tiempo a ponerse el cinturón antes de abalanzarse sobre él para reclamar sus labios. Se le escapa un gemido por la intensidad del beso y la avidez que siente.

—Vaya. ¿Te quedaste con ganas anoche?

—Yo siempre tengo ganas, Cup. Sobre todo si dices *novio* refiriéndote a mí. Me pone muy pero que muy cachondo.

Sebastian le acaricia el hoyuelo con el pulgar antes de inclinarse para besarlo.

—Gracias por contenerte.

—¿Contenerme?

—Por no ponerte a contar cosas sobre nosotros.

—¿Te refieres a cosas sexuales? No hay mucho que contar.

—Idiota. Sabes a lo que me refiero.

—No voy a contar intimidades sobre nosotros, Seb. Lejos de lo que pueda parecer, no quiero que nadie sepa nada. Te quiero solo para mí. —Lo besa y desliza la mano por su torso hasta detenerse en la cinturilla de los vaqueros y más abajo. Sebastian emite un ruidito tan sexi con la garganta que lo pone a mil—. Ese sonido. —Le desliza la mano por la ingle, sintiendo la dureza de su erección contra el dorso, pero sin llegar a tocarla. El gemido que se le escapa a su amigo esta vez suena mucho más hambriento—. No quiero que nadie escuche eso. Solo yo.

—¿Desde cuándo eres celoso? —pregunta Sebastian con voz ronca.

—Desde que te escuché hacer esos ruidos tan pornográficos. —Se encoge de hombros al verle la cara de sorpresa—. ¿Qué? Son muy porno.

—¿Ves porno?

—No mucho. Me aburre. Mi imaginación es mejor.

—¿Has visto porno gay?

Jude se separa de él para mirarlo.

—¿Por qué me lo preguntas? Sé cómo lo hacen dos hombres, si es lo que me estás preguntando.

—Solo es curiosidad. —La incomodidad que revela el cuerpo de Sebastian es más que

evidente.

Jude regresa a su asiento y toma aire.

—¿Quieres hablar de roles? Es verdad que no lo hemos hablado.

Sebastian mete la llave en el contacto y el motor ronronea.

—No creo que sea el momento.

—¿Y cuándo entonces? ¿Cuando estemos follando? ¿No estaría bien dejar claro lo que quiere cada uno antes de ponernos al tema?

A Jude le encanta jugar con Sebastian. Le gusta pincharlo, llevarlo al límite, tomárselo todo como una broma. Es su especialidad. Siempre ha sido así con él. El tira y afloja. Tontear, burlarse y coquetear con él de forma que no llegue a saber si lo dice en serio o solo quiere sacarlo de quicio. Siempre ha sido en serio. Siempre. Aunque hasta ese momento no haya movido un dedo por razones obvias. Él estaba con Lara y Sebastian era ese amor inalcanzable con el que solo podía fantasear.

Pero la cosa ha cambiado. Jude no tiene mucha idea de qué esperar de Sebastian ni lo que él espera. Se siente perdido, lo que es una mierda cuando hace unas horas lo tenía deshecho entre sus brazos.

—Tenemos que recoger a Alex.

—Puedes huir de ellos, Seb. Pero no puedes huir de mí.

—No quiero huir de ti.

—Pues lo parece. ¿Por qué me has preguntado si he visto porno gay?

—Ya te lo dije, curiosidad. Quería saber cómo te gusta.

—¿Y por qué no me lo preguntas directamente? Debajo de todas esas mierdas que te digo todo el tiempo se esconde la verdad. Cuando te digo que quiero que me empotres significa que quiero que me folles, que me hagas el amor o como te guste más llamarlo.

—Baker. —Sebastian coloca las manos en el volante y mira al frente con la mandíbula apretada.

—No necesito ver porno gay para saberlo. Y aunque a mí me dé igual todo eso de los roles, te conozco lo suficiente para saber cuál es el tuyo. —Los sonidos sutiles del exterior, como el rumor de las ramas del árbol al mecerse con el viento, el canto de algún ave y el ir y venir de los clientes del hotel, enfatizan el silencio durante los segundos en los que su amigo se queda callado —. ¿No vas a decir nada?

—Háblame de lo que pasó anoche.

Jude duda. Se pone nervioso porque comprende lo que le está preguntando.

—¿Qué parte? Pasaron muchas cosas anoche. Está la parte en la que me la metí en la boca y esa otra en la que…

—Sabes a lo que me refiero.

Jude nota el inicio desagradable del sudor en la curva de la espalda. Se remueve en su asiento y ahora es él quien mira al frente y Sebastian el que se gira para observarlo.

—Me acordé de algo. —Suspira hondo—. Solo fue un momento. Hiciste que lo olvidara. Cambiaste un mal recuerdo por otro increíble.

Escucha la respiración de Sebastian, el movimiento del sillón a su lado, pero no aparta la vista del arbusto que tiene delante.

—No me respondas si no quieres, pero necesito preguntártelo. Quiero la verdad.

—Siempre la tendrás, Seb.

Un momento de silencio.

Otra respiración más profunda.

Un golpe en el volante.

—¿Alguna vez has tenido sexo con otro hombre? ¿Has follado o te han follado? —Sabe que lo está mirando y su voz cautelosa le muestra lo difícil que ha sido para él formular esas preguntas.

—Sí, me han follado.

—¿Fue sexo consentido? Sé que George… —No termina la frase. No es necesario. Tanto Sebastian como los demás están al tanto de que ocurrió algo entre ellos. No puedes ocultar para siempre una verdad como esa a las personas a las que quieres, y ellos eran su familia. Pero de ahí a conocer *toda* la verdad había un camino largo y lleno de baches que no todos estaban dispuestos a sortear. Desde luego, Sebastian nunca quiso atravesarlo y Jude nunca lo odió por ello.

A Jude se le va la sangre a los pies. Nota cómo palidece y las manos empiezan a sudarle. Aun así, responde, porque, joder, lleva esperando esa pregunta mucho tiempo.

—No. —Entonces lo mira. Sebastian también lo está mirando y en ese momento percibe cómo se le enrojecen las mejillas y la mano que aún tiene en el volante se vuelve blanca de tanto apretar—. ¿Cambia eso algo?

—No cambia lo importante. —Jude enarca las cejas. Él añade—: No cambia lo que siento por ti.

—¿Qué es lo que cambia entonces? ¿Me vas a tratar como si me fuera a romper? No me voy a romper, Seb. No me pasa nada.

—Anoche pasó algo.

—Y dejó de pasar. Me ayudaste a que pasara. No me rompí.

—No quiero que pase algo así cuando estemos haciendo otras cosas.

—¿Y qué quieres, que no lo hagamos? ¿Quieres que nos limitemos a hacernos pajas como dos adolescentes por si acaso me entra el pánico?

—No he dicho eso, joder.

—Pero lo piensas. ¿Desde cuándo lo piensas? Ni siquiera sabes lo que pasó.

—Sé lo suficiente para apartar la mierda de los roles y dejar que las cosas fluyan sin ningún tipo de presión.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que tenemos todo el tiempo del mundo para descubrir lo que quiere y lo que más le gusta al otro. No tengas tanta prisa.

Jude suelta una risotada. Vuelve a fijar la vista al frente. Se siente frustrado y cabreado, con la vida por joderlo, con Sebastian por no escucharlo y consigo mismo por no saber explicar cómo se siente.

—Deberíamos irnos. Alex nos está esperando.

—Baker.

—Ahora no.

—Dime qué piensas.

No puede. Lo único que piensa es en Lara y en que ella nunca lo hizo sentir así, como algo frágil que tuviera que cuidar para que no se rompiera. Y es una mierda, porque no debería estar pensando en ella. En todos esos recuerdos horribles que ella se encargó de borrar con cariño, nunca con miedo. Ella afrontó todos los traumas junto a él, avanzando. Nunca dejó que los fantasmas de su pasado los apartaran del camino.

No, no puede decirle eso. No sería justo. Lara y Sebastian son muy distintos y ella nunca estuvo dando vueltas sin parar dentro de un coche en marcha. No tuvo a George, ni la espada siempre en medio de ambos, impidiéndoles acercarse.

—En las mil maneras en que aún puede joderme Georgie desde la tumba, en eso pienso.

—Lo siento.

—No es tu culpa. No vayas por ahí, por favor.

—Lo que siento es hacerte recordar todas esas cosas. Que pienses que voy a ser diferente contigo por eso. Eso me cabrea. —Extiende la mano para coger la suya y agarrar el manojo de nervios que es Jude. Enlaza sus dedos y se lleva el dorso a los labios. Lo besa y deja la mano ahí. Jude percibe la vibración de su voz mientras le habla—. Siento estar cagado de miedo.

—¿De qué tienes miedo?

—De cagarla contigo. De que te des cuenta de que estás mejor sin mí.

—Déjame tomar mis propias decisiones. —Lo mira a los ojos—. Quieres que no tenga prisa, pero tú intentas controlar lo que tenemos todo el tiempo. Ya te demostré que no se puede. Yo me dejo llevar si tú haces lo mismo.

—Me parece bien.

—Bien, porque sigo queriendo que me empotres. —Sebastian le muerde el dorso de la mano en respuesta—. Au.

—Calladito estás mucho más guapo. ¿Te lo he dicho ya?

—Estoy más guapo cuando me callas tú.

Y entonces Sebastian se inclina hacia él hasta que los rostros de ambos quedan unidos. Apoya la mano derecha a un lado de la cabeza para acariciarle el mentón con la otra. Le roza la nariz y la calidez de su aliento lo reconforta.

—Déjame verlos —musita.

Jude se pierde en la profundidad de sus ojos marrones.

—No tengo muchas ganas de reír. —Sebastian se aparta y compone un gesto tan triste que lo hace sonreír—. Si pones esa cara no puedo resistirme.

—¿Te hace gracia mi cara de pena?

—Bésame ya, Cup.

—Lo primero es lo primero. —Sebastian se acerca para atrapar la zona donde se le forma el hoyuelo derecho con los dientes. Después, lo besa en los labios, sin prisas, saboreándolo. A Jude le parece una manera sutil de explicarle cómo quiere que vaya su relación. Despacio, suave.

La cuestión es que él lleva demasiado tiempo esperando. El miedo es esa cosa que arrastra con la que ha aprendido a vivir y a la que ya no quiere dar importancia. Sus días de oscuridad quedaron atrás. El tiempo con Sebastian es un enemigo que ha arrasado sus esperanzas hasta dejar un campo yermo, y ahora, tras años de vivir entre cenizas, vuelve a descubrir vida. Y Jude solo quiere vivir. Exprimir cada segundo de esa máquina implacable que es el tiempo. Vivir por todo el tiempo que no lo han hecho.

Recogen a Alex y Sebastian se queda con ellos durante la clase de piano. Luego se encarga de preparar la cena y ven una película. Cuando se va, Asher y Ava no han vuelto y Jude sube con Alex a su casa para que se acueste y se queda en el salón trabajando en un artículo hasta que sus amigos regresan, pasadas las doce.



El día siguiente, Jude se escapa a la casa de los Evans para pasar un rato con sus padres pensando que Henry los llevaría de vuelta ese mismo día, pero deciden quedarse hasta el miércoles. Y como acostumbra a hacer en las ocasiones en las que sus padres los visitan, Jude se queda en la habitación de invitados y todos se reúnen cada día a la hora de la cena, dan un paseo por los alrededores o juegan a algún juego de mesa en familia. Durante ese tiempo, el contacto con Sebastian se limita a algún que otro comentario fugaz, roces furtivos y muchas, muchísimas, miradas.



El miércoles queda con sus padres en que irá a comer con ellos antes de que Henry se los lleve de vuelta a casa, pero primero acude a la iglesia a la hora acordada. Tienen un ensayo especial con el coro para la boda de uno de los antiguos miembros, con quien él y Lara compartieron una bonita amistad.

La sonrisa de Lara le calienta el alma cuando se cruza con ella.

—Has venido.

—¿He hecho bien? No sabía si querías verme.

Como respuesta, ella lo abraza.

—Nunca preguntes eso, bobo.

Se ponen al día y tocan una de las piezas a cuatro manos. Es como volver a la burbuja segura que es su relación con Lara. Fácil, bonita, real, feliz.

—¿Qué te pasa? —pregunta ella cuando terminan de despedirse de los demás y salen al jardín para aprovechar que hace buen tiempo.

—Nada.

—Te conozco, Jude. Algo te pasa.

—No quiero hablar de nada. Ahora estoy bien.

Ella frunce el ceño.

—Si tengo que cortarle los huevos, avisa un rato antes para afilar el cuchillo.

A Jude se le escapa la risa.

—Lo tendré en cuenta.

—Lo digo en serio, Jude. Sea lo que sea, sácalo. No dejes que se agrave ni te paralice, ¿vale? Es algo que hemos aprendido juntos.

—Sí. Tienes razón. —Su sonrisa se ensancha, esta vez más animado.

Ella está en lo cierto. No puede callarse las cosas. El silencio nunca ha sido una solución. Suele llevar a las mentiras y Jude no piensa volver a eso.

—¿Por qué es tan fácil contigo?

—Por la misma razón por la que suspendí la boda.

Jude se la queda mirando con las manos en los bolsillos y la brisa revolviéndole el pelo. Mira a esa chica dulce y menuda, ese rostro que se sabe de memoria. Sus manos, que, a pesar de ser

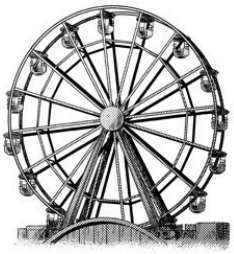
pequeñas, fueron capaces de abarcarlo por entero. La nostalgia cae sobre él y se pregunta qué nos hace querer a alguien, por qué no se puede elegir. Ella se merece que la elija, pero Jude, si pudiera elegir, si tuviera la posibilidad de jugar con una cosa como esa, tiene claro lo que elegiría. Siempre sería él. A pesar del dolor, a pesar de todo. Su corazón está hecho para Sebastian, no tiene ninguna duda.

Por eso, cuando ella le responde no se sorprende ni le contesta. Solo la mira con todo el cariño que tiene dentro y desea con todas sus fuerzas que algún día sea capaz de perdonarlo y encontrar a alguien para quien lo sea todo.

—No estás enamorado de mí —termina de explicar ella—. No sientes lo que sientes por él. Por eso.

CAPÍTULO 20

VIOLA



ANTES

—¿Fotos nuevas? —preguntó Viola cuando se tumbó a su lado en la cama—. ¿Puedo verlas?

George apartó la cámara y la metió en la funda, alejándola de ella.

—No.

Viola enarcó las cejas.

—¿Fotos guarras?

—Fotos privadas —repuso él.

—Fotos guarras —zanjó ella.

—Boba. —La agarró de la cintura y la apretó contra sí. Emitió un largo suspiro.

—Oh, venga. Siempre me las dejas ver.

—Estas no.

—Porfa, porfa, porfa —insistió Viola. Se removió para que la soltara e intentar alcanzar el aparato, aunque no pensaba mirarlas sin su permiso. Ella no era así.

—Que no. Y estate quieta. —Le dio un manotazo en la mano.

Viola se cruzó de brazos de una forma muy cómica sobre la cama. De soslayo, lo vio reírse y ella no pudo evitar que se le pegara la sonrisa.

—Nunca me cuentas nada sobre ti.

—Eres como mi hermana.

—¿Y qué? Precisamente. Eres la persona que más me conoce, Georgie. Lo sabes todo de mí. Yo también quiero saberlo todo de ti.

—No necesitas saber ese tipo de cosas sobre mí.

—Solo lo básico. Tus juguetes favoritos. Si te va la postura del misionero o prefieres a cuatro patas. No sé, Georgie. —El ambiente se había enrarecido y ella solo quería restarle un poco de importancia. Lo cierto es que hablar sobre ese tipo de cosas para Viola era natural; no sentía vergüenza ni reparo por mucho que fuera su hermano—. Cosas básicas.

—Calla, boba.

—Dime al menos qué te tiene así.

—¿Así cómo?

—Con esa cosa aquí. —Viola le acarició la comisura del labio—. Los morros que pones

cuando estás triste.

—No pongo morros.

—Sí que los pones. Y son adorables. Quiero abrazarte todo el tiempo cuando los veo. También le quiero dar un puñetazo a alguien. Dime quién es y te prometo que le dejaré la cara intacta.

George compuso un gesto de confusión.

—¿Por qué la cara?

—Por si lo arregláis. Una cara bonita es importante.

Él sonrió de oreja a oreja.

—¿Sabes cómo te quiero?

—Del uno al diez: ¿cómo me quieres? —preguntó ella.

—Esa regla no sirve para ti. Eres incuantificable. Te quiero tanto que me duele que existan otras personas a las que quieras. Me duele que alguna vez venga alguien a robarme lo que es mío.

Ahora era Viola la del gesto de sorpresa.

—¿Soy tu posesión?

—Eres todo todo —aseguró él.

—Pues dámela.

—¿El qué?

—Tú tristeza, Georgie. No la necesitas mientras yo esté aquí.

—Eso suena a que vas a dejarme algún día.

—Yo nunca voy a dejarte. Pueden dejarte muchas personas, pero yo soy tu hermana.

—Te quiero. —La abrazó tan fuerte que Viola se echó a reír al sentir que le faltaba el oxígeno.

—Eres un bruto. —Lo apartó de un empujón—. ¿No me vas a enseñar las fotos? Dime al menos quién es ella.

—¿Por qué tendría que haber un ella? ¿No podría ser un él?

—¿Hay un él? —Viola frunció el ceño—. ¿Podría haberlo?

George tardó unos segundos en responder. Ella intentó leer su expresión, ver más allá del azul plomizo e insondable de sus ojos, pero era como si sus sentimientos pasaran a cámara rápida y le fuese imposible leerlo.

Y entonces su George volvió. Con los morros y toda esa tristeza que quería quitarle, pero era él. *Su* George.

—Podría, pero no. —Se encogió de hombros, con la vista clavada en algún punto del techo. Ella no dejaba de mirarlo—. No me mires así, Vila. Es un poco hipócrita dar por sentado que siempre tiene que ser una chica. Me gusta pensar que hay una persona, sea hombre o mujer.

—Las fotos, Georgie —insistió.

—No.

—Solo una, porfa. Quiero ver tus fotos guarras.

Pasaron largos segundos en un tira y afloja que, para su sorpresa, terminó en su propio beneficio. No era raro que George cediera cuando se trataba de ella, pero sí que lo hiciera sin poner muchas más trabas.

—Está bien. Solo una. Y yo la elijo. —Ella ya estaba intentando protestar cuando él levantó un dedo—. Lo tomas o lo dejas.

—La más guarra —le advirtió.

Él se rio. Cogió la cámara, buscó entre las fotos y eligió una. Le pasó el aparato, no sin antes añadir:

—Tenemos un trato, Vila. Son fotos privadas.

Ella asintió. Se quedó de piedra cuando vio la imagen. Parpadeó, amplió la foto un par de veces hacia varios ángulos antes de volver a ajustarla al cuadrante.

—Es un chico. —No esperaba que fuese un chico—. ¿Dónde es?

—En el estudio de un amigo.

—Joder.

—¿Te parece sexi?

Viola podría decirle muchas cosas sobre la foto y el chico que aparecía en ella. Podría mentirle. Podría. Pero ella no era de mentir y no tenía intención de empezar a hacerlo con algo así. Le gustaba el sexo, le gustaban ese tipo de fotos. Dios. Le ponía mucho el tipo de situaciones que implicaba la sumisión de un hombre. Pero ese chico en concreto, su postura, la forma en que se retorcía, su piel sonrosada… A Viola no le hacía falta verle la cara para saber que no estaba disfrutando; no estaba para nada cachondo ni era sexi.

—Tiene miedo —contestó, incapaz de apartar la vista. Era como contemplar un accidente.

—Esa es la idea.

—¿Querías fotografiar el miedo?

—El miedo a someterte, el miedo a saber que no tienes opción.

Ella levantó la vista hacia él, sorprendida.

—Georgie, el miedo no es sexi. Y siempre hay opción. Siempre. El sexo es opción. Esa es la gracia.

—A veces el miedo es parte del juego, Vila.

—No. El juego se acaba cuando entra el miedo. —George le quitó la cámara—. No te enfades.

—No estoy enfadado. Son puntos de vista.

—Estás poniendo unos morros aún más tristes. —Parecía un niño al que habían separado de su juguete favorito—. Y me gustan menos si soy yo quien los provoca. Georgie, no te enfades.

—No estoy enfadado. —Hacía lo posible por no mirarla.

Ella ahuecó el rostro entre sus manos.

—No te enfades conmigo, por favor.

Él meneó la cabeza.

—No lo entiendes.

—¿Qué no entiendo?

—No es contigo con quién estoy enfadado.

CAPÍTULO 21

JUDE



—Tengo hambre —dice Alex el jueves a media tarde, sentada al otro lado de la mesa de la barra de la cocina de los Evans, que conecta la estancia con el salón de la casa, observando con curiosidad todo lo que hacen y dicen.

—Voy.

Jude rebusca entre la repostería casera de su hermano. Encuentra una bandeja con poco más de un cuarto de tarta de zanahoria y le sirve un buen trozo.

—Jude, no debería comer eso —se queja Ava.

—Ha dicho que tiene hambre.

—Está creciendo, necesita algo más consistente.

Su amiga coge la cesta de frutas y se la pasa junto a un cuchillo. Él lo coloca todo al alcance de la niña, que tiene los apuntes abiertos. Examina ambos platos con el ceño fruncido.

Jude menea la cabeza y empieza a gesticular hacia Ava, como queriendo decirle que no le haga caso. Alex acerca la fruta, pero se empieza a comer la tarta con disimulo.

—Jude. Llama a Henry. No encuentro nada, mierda.

—¿Es el día de las palabrotas? —pregunta la niña.

—No hay ningún día de palabrotas, quedamos en que no existiría. —Ava fulmina a Jude con la mirada. Fue él quien propuso un día a la semana donde no importara que se le escapara alguna palabrota a la niña o a cualquiera que estuviera a su alrededor, cosa que pasa muy a menudo, sobre todo en la casa de los Evans. Viola es incapaz de no decir tacos. Por supuesto, a Ava no le hace ninguna gracia, pero él considera que es importante que la niña se exprese. Lo terminará haciendo tarde o temprano y siempre es mejor que lo haga con supervisión—. Técnicamente no he dicho una palabrota.

—Has dicho «mierda».

—Jude. Llama a tu hermano ya. Debe estar en el súper y creo que no hay suficiente queso. —Desvía la vista para explicarle a Alex—: «Mierda» es «mierda». No es una palabrota.

La niña mira a Jude, que en cuanto llama a su hermano por videollamada coloca el teléfono sobre la mesa para poder seguir cortando verduras. Pero antes revisa la bechamel; no termina de pillar la consistencia adecuada.

—Henry, necesitamos más queso —informa Ava en cuanto su hermano acepta la llamada—. Y no encuentro nada. ¿Dónde está la tabla de cortar?

—¿Quién necesita tabla? —replica Jude, que ha cortado las verduras sobre un plato.

—¿Se puede saber por qué estoy yo aquí y vosotros ahí? —pregunta Henry.

—Porque queremos aprender a hacer lasaña —responde Ava.

—No vais a aprender mucho si no os enseño.

—Puedes enseñarnos desde ahí. Además, no soporto los supermercados. Huelen raro.

—¿Que huelen raro? —La voz de Henry suena un poco más aguda que de costumbre.

—Es el embarazo —explica Jude.

—Ah.

—La tarta está muy buena. —La niña agita la cuchara para llamar la atención de Henry, que se acaba de dar cuenta de que está ahí.

—Gracias.

Jude aprovecha para coger una cucharita y probar la tarta.

—¿Mierda no es una palabrota? —aprovecha Alex para preguntarle.

—Depende de cómo se diga —explica Henry.

—La tarta está buenísima —informa Jude.

—Espera. ¿Todos estáis comiendo tarta menos yo? —se queja Ava.

—Jude. —Henry está poniendo esa voz de alarma que tanta gracia le hace.

—Mmm.

—Dime que no os habéis comido toda la tarta de zanahoria.

Jude estudia el plato, que acaba de quedarse vacío después de que Ava metiera mano.

—Podemos hacer otra —propone.

—Mierda, joder.

A Jude le resulta tan raro escuchar decir tacos a su hermano que se coloca delante de la pantalla para descubrir que se ha puesto rojo y se ha despeinado de tanto tocarse el pelo.

Alex lo señala con la cuchara.

—¡Palabrota!

—¿Se puede saber qué estáis haciendo en mi cocina? —pregunta Viola, apareciendo junto a la niña y observando el desastre con cara de pánico.

Jude intenta contener la sonrisa al descubrir que Sebastian se ríe sin reservas detrás de su hermana.

—Henry Baker. ¿Acabas de decir una palabrota? Se supone que soy yo la que habla mal.

—¿Seguro que no es el día de las palabrotas? —vuelve a preguntar la niña.

—¡No! —gritan Ava y Henry.

Viola estudia el caos desde la barra de la mesa, con miedo a saber lo que pueda llegar a encontrar al otro lado.

—¿Por qué parece que haya habido una guerra en mi cocina?

—Henry nos está enseñando a hacer lasaña —explica Ava—. Necesito aprender. Es por los antojos.

—Yo sé hacerla —asegura Jude.

—No sabes —replica Henry.

—Sí que sé. Te lo voy a demostrar.

—Jude. Eso que haces no es lasaña —declara Viola—. Ni siquiera es comestible.

—Perdona, pero se me da bien cocinar.

—Se te da bien sobrevivir —replica Ava esta vez—. Y eso es porque Lara es peor que tú.

—Que os den a todos —contesta, recibiendo por ello un codazo de Ava.

—A ver si lo he entendido. —El tono de Viola quiere ser paciente, pero no puede ocultar el punto de histeria que lo acompaña—. Henry os está enseñando a cocinar lasaña.

—Exacto —asiente Ava.

—A mí no —matiza Jude.

—¿Y se puede saber por qué no está aquí, supervisando el desastre?

—Faltaban ingredientes —aclara Ava.

Jude observa que Sebastian entra en la cocina y se sitúa detrás de él.

—¿Qué es esa cosa viscosa?

Lo único que puede notar Jude es el calor de Sebastian en torno a él: el aliento en su cuello, la rodilla presionándole la parte posterior del muslo, el brazo colándose en torno a su cintura para quitarle la varilla de la mano y revolver la mezcla.

—Es la bechamel. —Estira el cuello y la nariz de Sebastian le roza la mejilla. Cuando su amigo baja la mirada sus labios quedan a unos pocos centímetros de distancia—. Es vegana —explica en un intento por calmar el temblor de su cuerpo.

Sebastian arquea una ceja. Desvía la mirada al plato para levantar la varilla. Desde luego, la mezcla tiene una consistencia extraña.

—Parece otra cosa.

—No seas idiota. —Jude siente cómo le arden las mejillas—. Hay una niña delante.

—He dicho que parece otra cosa. Tú eres el que ha pensado mal.

Viola, que ha seguido a su hermano, observa el desastre con gesto horrorizado.

—Henry Baker. Te quiero aquí ahora mismo.

—¡Henry, el queso! —le recuerda Ava.

Jude tiene una pequeña pelea consigo mismo y decide que no va a perderla, de modo que mueve un poco las caderas hacia atrás, consiguiendo que Sebastian dé un respingo.

—Creo que deberías traer melocotones, Henry —comenta Jude con una sonrisa provocadora, quitándole la varilla de la mano a su amigo para revolver el mejunje.

Nota que empieza a hacer muchísimo calor. ¿Hay demasiada gente en esa habitación o es Sebastian y toda esa ropa que lleva siempre encima quien lo hace sentirse acalorado?

—¿Melocotones? ¿Para qué? —pregunta su hermano.

—Es temporada.

—Ah, ¿sí?

—Tú trae y ya está. Yo también tengo antojo.

De soslayo, observa que Sebastian se pasa la lengua por el labio inferior. Jude está seguro de que lo ha hecho a posta. Así que se come el último pedazo de tarta cogiéndolo con los dedos para chupar los restos impregnados en ellos uno a uno. Sebastian observa sus dedos como si quisiera comérselos, y más cuando lo escucha emitir pequeños gemidos de satisfacción.

—¡Jude! —grita Viola—. Subid arriba o algo. Que es mi hermano, joder. Espera. ¿Eso era mi tarta de zanahoria?

—Mierda —suelta Henry desde el teléfono.

—Lo que yo digo. Es día de palabrotas.

—¡Alex! —grita Ava.

—Yo no he sido —se queja la niña.

Y entonces Viola se percata de lo que Jude lleva un rato revolviendo.

—¿Qué cojones es eso?

—Bechamel vegana.

—Eso no es bechamel.

Observan cómo la cara de Viola cambia de color. Se lleva la mano a la boca y sale disparada

al baño.

—¡Es bechamel! —grita Jude, indignado.

—Salgo para allá —informa Henry antes de colgar.

Sebastian sale detrás de ella con una sonrisa.

—Baker. Tira eso —le ordena cuando pasa por delante de ellos para dirigirse al pasillo.

Jude le saca la lengua y esconde la fuente para que su amiga no la vea. Lo último que necesitan son dos embarazadas vomitando.

—Vamos. Hay una lasaña que preparar.

—Tengo hambre —lloriquea Ava—. Cocinar es un rollo.

—Te lo dije. Es mejor que lo haga Henry y ya está.

—Henry no puede estar siempre.

—¿Quién dice que no? Le hacemos un *Misery*. Podemos usar la habitación libre de mi casa. —Jude la hace girarse para masajearle la espalda.

Su amiga ronronea.

—Como si Vila nos fuese a dejar.

—A ella le encantaría. Imagínate. Henry en la cama todo el día con un montón de verduras. Seguro que tiene sueños húmedos con eso.

—¿De qué habláis? —Viola aparece de nuevo con Sebastian y se deja caer en una silla junto a la niña—. Dios, por mucho que quiera no tengo nada que echar. Qué asco.

Jude le pasa un vaso de agua.

—Hablamos de lo mucho que te gustaría tener a Henry en una cama con muchas verduras.

—¿Verduras?

—Se pueden hacer muchas cosas con las verduras. Es el alimento principal. —Jude sonríe como si se tratara de un lenguaje que solo ellos dos entienden. Viola también sonríe, pero menea la cabeza, dándolo por imposible.

CAPÍTULO 22

JUDE



Los siguientes días transcurren como si alguien le hubiera dado al botón de acelerado y apenas tiene tiempo de asimilar lo que sucede a su alrededor.

El viernes sus alumnos parecen ponerse de acuerdo para pedirle clases extras. Solo tiene el tiempo justo para intercambiar un par de mensajes con Sebastian y Lara antes de entrar en el aula y pasarse dos horas con uno de sus mejores alumnos. Cuando llega a casa por la noche, se queda dormido en el sofá después de terminar un artículo que tenía a medias.

El sábado se lo pasa ayudando a Ava a elegir y comprar muebles para la habitación del bebé y el domingo queda con Lara para terminar de devolver algunos de los regalos que quedaron.

Y así se van sucediendo los días hasta que llega el lunes y se da cuenta del poco tiempo que queda para la escapada a Londres. A Sebastian lo ve casi siempre a la hora de la comida, cuando se deja caer por la casa de los Evans con la excusa de ser un vegetariano vago para hacerse de comer.

Esa noche lleva un buen rato dando vueltas en la cama cuando recibe un mensaje suyo.

Seb: Eh, Baker. ¿Estás despierto?

Jude: Estaba dando vueltas en la cama.

Seb: Lo siento, día complicado. Acabo de entregar la cubierta de un libro. Y mañana no lo tengo mucho mejor.

Jude: Tranquilo, yo también he estado liado. Ya casi tenemos todos los muebles para la habitación del bebé.

Seb: Ya, Ash está un poco histérico.

Jude: Ash nació histérico.

Seb: Me habría gustado dormir contigo.

Jude: Luego te quejas de que no te suelto.

Seb: No me quejo para nada.

Jude: Si sigues diciendo esas cosas, vas a hacer que me las crea.

Seb: ¿Es que no te las crees?

Jude: Bueno, no dejas de hacerme la cobra. ¿Sigues con esos asuntos pendientes de los que no me puedes hablar?

Seb: Sí.

Jude: ¿?

Seb: No tengas prisa, te vas a enterar pronto.

Seb: ¿Sigue en pie lo del fin de semana en Londres?

Jude: ¿Por qué me lo preguntas tanto?

Seb: A lo mejor has cambiado de idea.

Jude: Claro, he conocido a un semental macizo que sí me quiere empotrar y voy a ir con él.

Seb: Ja, ja. Me parto.

Jude: Ahora mismo tiene el dedo metido en mi culo. En nada voy a correrme.

Seb: Deja de hacer eso.

Jude: ¿Ponerte cachondo?

Seb: Usar el sexo para esquivar preguntas.

Jude: Te he respondido. He dicho que sí. Lo del sexo es porque creo que me vendría bien correrme antes de dormir. ¿Me echas una mano?

Seb: Baker.

Jude: ¿Se lo digo al macizo, entonces?

Seb: Calla, anda.

Jude: Cállame.

Seb: Lo haría si estuviera ahí.

Jude: Échale imaginación, Cup. Si me toco no puedo escribir, y así es como hablo por aquí.

Seb: Eres lo peor.

Jude: Te estoy dando ideas. Ideas.

Jude: Dime que me deseas.

Seb: ¿Necesitas que te levante el ego?

Jude: No, Seb, lo que necesito es que me levantes otra cosa.

Jude: Ah, no. Que ya estaba levantada.

Jude: ¿Cup?

Seb: Estoy pensando.

Jude: ¿En cuánto me deseas?

Seb: ¿Quieres que te diga lo mucho que te deseo?

Jude: Por favor.

Foto adjunta.

La foto es de Sebastian, un *selfie* de una parte de su anatomía, desde su torso hasta las rodillas. Y está desnudo. A Jude casi se le cae el móvil de la impresión. Se sienta para poder mirarla bien. Sebastian apenas ha tardado unos segundos en enviársela. Lo único que cubre su desnudez es una sábana fina blanca que se ha colocado en torno a su ingle, pero que deja ver lo que hay debajo. Lo que se alza debajo. Jude amplía la foto con el rostro encendido. Observa su vientre plano y firme, la piel suave de su pierna.

Jude: Quítate la sábana.

Seb: Ni de coña.

Jude: Quiero vértela. Qué digo, quiero metérmela en la boca.

Seb: No.

Jude: Estoy salivando, Cup.

Seb: No me gusta enviar este tipo de fotos.

Jude: Soy yo. Nadie más la verá nunca. La protegeré con mi vida y le daré mucho amor. Todas y cada una de las noches.

Seb: No te hará falta. Tendrás a la auténtica todas las noches.

Jude: Pues hace mucho que no la veo. Me estás estafando.

Seb: Ve a dormir, anda.

Jude: No puedo dormir así. Y tú tampoco.

Jude: ¿Tienes muchos juguetes de la tienda?

Seb: Tengo algunos.

Jude: ¿Y los usas?

Seb: Alguna vez.

Jude: ¿Tú solo?

Seb: Con ayuda de mi mano izquierda.

Jude: Dime cuáles tienes y luego me puedes preguntar qué tengo yo.

Seb: Prefiero enseñártelos.

Jude: ¿Has usado el plug alguna vez? ¿Algún vibrador anal?

Seb: Joder, Baker. Estás desatado.

Jude: Quiero saber lo que te gusta.

Seb: Tengo y he usado las dos cosas.

Jude: ¿No vas a preguntarme si yo los he usado?

Seb: Dime lo que quieras decirme.

Jude: ¿Por qué nunca me preguntas nada?

Seb: Me lo vas a decir igualmente, aunque no lo haga.

Jude: Pues no. No te voy a contar nada que no quieras saber.

Jude: Ya me he corrido, por cierto.

Seb: ¿Te has enfadado?

Jude: No, Cup. Solo estoy cansado. Me voy a dormir.

Seb: Baker, habla conmigo. No puedes enfadarte porque no te pregunte una tontería como esa.

Jude: Para mí no son tonterías.

Seb: Lo siento. A ver, venga. ¿Te has metido esas cosas por el culo?

Jude: Vete a la mierda, Seb. Y tira de la cadena después.

Seb: Baker, joder.

Jude: Lee la conversación y quizá después tenga ganas de seguir hablando contigo.

Seb: No te das cuenta de nada, ¿verdad?

Jude: ¿De qué tendría que darme cuenta?

Seb: Dime una cosa. Intuyo que tienes un plug y tienes un puto vibrador de próstata en tu casa. De lo contrario no me habrías preguntado.

Seb: Joder, probablemente me los has comprado a mí en la web. ¿No es así?

Jude: Creí que espiabas mis pedidos guarros.

Seb: Es confidencial. Además, evitaba mirar tus pedidos.

Jude: ¿Por qué?

Seb: Por el mismo motivo por el que no te pregunto nada sobre ellos. Dime, ¿desde cuándo los tienes? ¿Una semana?

Jude: Los tengo desde hace años.

Seb: Vale. ¿Y no se te ocurre por qué no te pregunto? ¿No te haces una ligera idea de por qué no lo quiero saber?

Seb: No he tenido novio nunca, Baker. Nunca. Solo he follado con tíos a los que no he vuelto a ver. No he compartido ese tipo de experiencia con nadie, pero sí he pensado en ti mientras usaba esas cosas. Tu caso es distinto del mío, has tenido pareja durante años. ¿Necesitas que siga?

Jude: ¿Te enfadas si te digo que sí?

Seb: Ahora eres tú el que se puede ir a la mierda y tirar de la cadena, ¿vale?

Jude: Lo siento, lo siento, lo siento. Es que me gusta que me digas todo eso. Estoy sintiendo muchas cosas ahora mismo.

Jude: Cosas no sexuales, quiero decir.

Jude: Aunque sexuales también, claro.

Jude: Ha vuelto a subir la bandera, Cup.

Seb: Joder.

Jude: Perdón.

Seb: Perdóname tú por no preguntarte por tu vida sexual con otra persona.

Jude: Perdón, perdón, perdón.

Seb: Está bien, Baker. Me voy a dormir.

Jude: Seb, no sabes lo feliz que me hace que me digas esas cosas.

Seb: ¿Te haces una idea de lo mal que suena eso? Es como si me dijeras que te alegras de que me sienta jodido por imaginarte con otra persona.

Jude: No es eso, joder. Lo que me alegra es saber que sientes cosas por mí. Siento mucho haberte hecho sentir mal. Es lo último que quiero en el mundo.

Seb: No pasa nada. La culpa es mía.

Jude: Buenas noches, Cup.

Jude: Por cierto, si dices mi nombre por mensaje quizá te sea más fácil. ¿Por qué no pruebas?

Seb: Cállate, Baker.

Jude: Ya sabes dónde estoy, si quieres callarme.



Los mensajes de la noche anterior le levantan un poco el ánimo, pero no lo suficiente. Por suerte, tiene un día completo. Ni siquiera le da tiempo de ir a casa de los Evans para comer. Compra algo en la cafetería que está cerca de la escuela y se dedica a dar clases y a ensayar y a dar más clases extra. Termina sobre las cinco con dolor de espalda y decide ir a nadar un rato, lo que lo ayuda bastante. Luego le envía un mensaje a su hermano.

Jude: SOS. Necesito que me trates la espalda. La tengo muy cargada.

Henry: ¿Cuándo?

Jude: Si puede ser antes del viernes, mejor. Me voy a Londres a pasar el finde.

Henry: Tengo un hueco ahora. Estoy saliendo de la casa de un paciente. ¿Nos vemos en tu casa?

Jude: Eres el mejor.

Su hermano se queda la hora y media que dura la sesión y luego se disculpa por tener que marcharse cuando Viola lo llama porque quiere que le prepare alguna cena especial.

Claro que Henry no se marcha antes de intentar sonsacarle varias veces si todo va bien.

—Sé que te sucede algo.

—Estoy bien, en serio.

—¿De veras? Te conozco, Jude.

—Que sí.

—¿Con Sebastian? —prueba.

—Todo bien, de verdad.

—Me preocupa, no te voy a engañar. Y me cuesta hablarlo con Viola —admite—. Quiero que acudas a mí si necesitas cualquier cosa. Cualquier cosa —insiste—. A cualquier hora, ¿vale?

—¿Tengo que recordarte la edad que tengo?

—Siempre serás mi hermano pequeño.

—Soy el único que tienes —le recuerda.

Henry pone esa cara de estar analizando algo.

—De verdad, Jude. Cualquier cosa.

—Que sí, pesado. Vete antes de que Viola venga a buscarte.



Jude se ducha, se viste con un chándal negro y sudadera rosa con capucha con un colibrí en el lado izquierdo que él mismo había bordado hacía ya un par de años. Luego sube a la casa de su amiga.

En cuanto la niña le abre la puerta, Jude se la carga a los hombros y la hace girar antes de volver a colocarla en el suelo, con las carcajadas de esta resonando por la casa. Le da un sonoro beso en la mejilla y atraviesan el pasillo hacia el salón.

—Lex. ¿Qué hay de cena?

—Hamburguesa. Papi te ha preparado una de las tuyas.

—Estupendo.

Se deja caer en el sofá junto a Ava, que está concentrada en la *tablet*, y la niña se sienta en la mesa plegable pegada a la ventana del fondo, la que usa para hacer puzles.

—¿Qué lees?

—Hay capítulo nuevo, Jude. Mira. —Le muestra la pantalla con el capítulo de *Bivium*—. Dios. Es increíble lo porno que es. Eres un cabrón con suerte.

—¡Te estoy escuchando! —grita Asher desde la cocina.

—¡Eso pretendía, idiota!

—Palabrotas —informa la niña, que parece que lo ha escuchado todo.

—Uy, pero eso no eran palabrotas. Eran palabritas de nada.

—Castigo —canturrea Asher desde la cocina.

—¿Cuál es el castigo esta vez? —se interesa Jude.

Su amiga resopla.

—Ser esclava durante un día. Ya te imaginas.

Jude sonríe de oreja a oreja.

—Eso sí es tener suerte.

Le quita la *tablet* para empezar a leer juntos desde el principio.

—Joder —dice Ava en un susurro.

—Lo mismo digo.

—Te has puesto rojo. —Su amiga le propina un codazo—. Esto lo hace tu hombre. Espero que sea igual de imaginativo contigo.

—Yo también lo espero. —Jude le pasa la *tablet* y se recuesta en el sofá.

Se ha puesto todo lo cachondo que se puede poner encontrándose donde se encuentra, pero en cuanto su amiga ha hecho mención al sexo con Sebastian se le ha bajado todo. Sigue sin gustarle la idea de que todo avance tan lento y que Sebastian se niegue a hablar de roles. Solo tuvo un momento de bloqueo por esa forma de llamarlo que lo mandó de vuelta al pasado. No tiene que volver a repetirse. Pero ¿cómo explicarle eso sin mencionar nada? ¿Cómo ser sincero sin serlo? La noche anterior hubo un momento en que sí se enfadó. Le martiriza que Sebastian no le pregunte, que no quiera saber de él. Su relación está envuelta en una neblina y todo es cosa de George, siempre George.

Le pone nervioso pensar en qué sucederá el fin de semana. ¿Cómo tiene que comportarse? ¿Qué hará Sebastian? ¿Lo tocará? ¿Dejará que él lo toque? Ya han hecho cosas, pero Jude necesita más.

—Espera, ¿no habéis hecho nada todavía? No me lo creo. —Ava abre los ojos de par en par y los dos miran a la niña, que se levanta y se coloca a la mesa del comedor para cenar la primera, ya que tiene que acostarse antes—. Vale, después me cuentas.

Aprovecha que Ava está concentrada leyendo y Asher preparando la cena para escribirle a Sebastian. Es un buen momento para preguntarle.

Jude: ¿Estás?

Seb: Estoy.

Jude: ¿Vamos a hacer algo el fin de semana?

Seb: ¿No íbamos a Londres? ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

Jude: Me refiero a algo sexual.

Seb: ¿A qué viene esto ahora?

Jude: A que acabo de leer la actualización del cómic con Ava y me ha dicho que soy un cabrón con suerte.

Seb: Ajá.

Jude: La suerte no es algo que me sobre, la verdad.

Seb: Te estás poniendo dramático.

Jude: Necesito saber si vamos a follar o no. No quiero darle muchas vueltas.

Seb: Esas cosas no se planean, suceden y ya está.

Jude: Contigo no.

Seb: ¿Tenemos que tener esta conversación ahora? Voy a cenar.

Jude: Yo también. Asher me está haciendo una hamburguesa vegetal.

Seb: Le vas a seguir dando vueltas, ¿verdad?

Jude: Verdad.

Seb: Este fin de semana haré que te corras muchas veces. ¿Te vale con eso?

Jude: Eso es muy fácil, Cup. No tiene mérito.

Seb: Dímelo cuando tenga la punta de tu polla golpeando el fondo de mi garganta, ¿vale?

Jude: Seb, estoy en casa de Ava. No hagas que me ponga duro aquí.

Seb: Pues deja de preguntar chorradas.

Jude: Del uno al diez, ¿cuántas guarradas vas a hacerme?

Seb: +∞

Jude: Me muero de ganas.



Un rato después de que la niña termine de cenar y se marche a lavarse los dientes y a acostarse, Ava le pregunta:

—Dime qué te pasa.

—No me pasa nada.

—Vamos, Jude. Te conozco. Te pasa algo sí o sí.

—Yo también lo creo —menciona Asher. Carga con una bandeja con tres hamburguesas y las coloca una a una sobre la mesa del comedor—. Podríais ayudar, ¿eh?

—Calla, no te metas.

—¿Dónde está Lex? —pregunta Jude.

—¿Ves como te pasa algo? Te acaba de dar un beso de buenas noches —murmura Ava, enfurruñada—. Se fue a la cama. Ahora que juega al fútbol cae muerta nada más cenar. ¿Me lo vas a contar o no? Se supone que estás viviendo una especie de luna de miel del amor. Las primeras veces son preciosas. Deberías disfrutarlas.

—Lo hago. O lo haré, aún no hemos tenido muchas.

Ava arquea las cejas.

—¿Tengo que pegarle a Seb? Si tengo que pegarle…

—Yo me ofrezco —grita Asher, apareciendo con la bandeja con bebidas y patatas fritas—. Hamburguesa vegetal para el vegetariano y de carne para la señora de los antojos. Patatas para todos. ¡A comer! —canturrea.

—Jude. —Su amiga lo toma de la mano y él se siente un maldito juguete roto, algo que odia profundamente—. Dímelo.

Jude rehuye su mirada.

—No quiero hablar de eso. ¿Cenamos?

Pero Ava no aparta la mirada.

—Oh, joder. Es George, ¿verdad?

—Ava, de verdad, no quiero hablar de eso.

—¿Vas a dejar que se meta? ¿Sabes cuánto le ha costado a Seb dar este paso? Ni Vila se lo termina de creer. Pensábamos que se dejaría morir de pena para siempre, pero ha vuelto a la vida por ti, Jude. ¿Por qué dejas que George se meta?

Él guarda silencio. Tampoco es que lo tenga del todo claro. No es tan fácil cuando no es algo que solo dependa de él. Por mucho que él no quiera dejar que se meta, Sebastian le permite la entrada en su relación, o lo hace el pasado o lo hace el mismo Jude sin darse cuenta. Al final sigue ahí, aunque ninguno de los dos quiera.

—No se lo has contado, ¿verdad? —Ava es una de las pocas personas que saben todo por lo que ha pasado, toda su verdad.

—¿Contarle qué? —inquiere Asher, que ya está a punto de sentarse.

—Ash, ahora no —lo regaña Ava. Luego vuelve a dirigirse a él—. Tienes que decírselo. No podréis avanzar si no lo haces. Es crucial, Jude.

—No es tan fácil. Lo va a destrozar.

—¿Y qué hay de ti? ¿Por qué tienes que cargar tú solo con ese peso? Si te quiere tendrá que soportarlo, como hizo Lara. De lo contrario, no te merece una mierda.

—¿Podéis decirme de qué va todo esto? —inquiere Asher, detenido ahora delante de ellos.

—¡No! —sueltan Ava y Jude al unísono.

—Joder, cuando os ponéis en ese plan dais verdadero miedo.

—¿Qué te tiene así? Cuéntame —insiste Ava—. Algo tuvo que pasar.

—Estábamos bien. Hemos estado juntos y han pasado cosas.

A su amiga se le iluminan los ojos.

—¿Fueron buenas esas cosas?

—Todas.

—¿Os habéis acostado?

—No follamos, si te refieres a eso. Hicimos otras cosas. Yo… —Intenta buscar las palabras —. No ha querido hablar de roles. A veces me trata como si me fuera a romper o me tuviera miedo. Y creo que es por Georgie. Él sabe que pasó algo, me preguntó si había tenido sexo consentido con otro hombre, pero no conoce los detalles. Supongo que cree que Georgie…

—Chicos, ¿me puedo ir? Esto es incómodo de cojones —lo interrumpe Asher.

—No. —Ava le lanza una mirada asesina—. No se le da la espalda a la familia, Ash.

—Ehm. *Vaaale.*

—Jude, se lo tienes que contar.

—Él no quiere saberlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no me lo ha preguntado —responde con calma—. Ava, hace once años le dejé claro que me podía preguntar cuando quisiera, que estaba dispuesto a contárselo todo. Pero no lo ha hecho. No quiere saber. *Quierodecir*, no puedo hacerle cargar con eso si no quiere. Sé lo que es que te obliguen a hacer algo que no quieres y, Dios, prefiero morirme a hacérselo a él.

Ava se echa a llorar.

—Perdón. Joder. Son las putas hormonas.

Asher los está mirando de hito en hito.

—Me estáis asustando. ¿Se puede saber de qué habláis? Tengo derecho a saberlo, digo. Estamos casados, somos padres, soy tu amigo —le dice por último a Jude—. No se le da la espalda a la familia —repite las palabras de Ava—. Eres el mejor amigo de mi mujer.

Ava interroga a Jude cuando este le ofrece un pañuelo de papel. Él se encoge de hombros.

—Mientras sepa guardar un secreto, no me importa. No quiero que lo sepa por nadie más.

Entonces se levanta y se detiene junto a la ventana mientras Ava se lo cuenta a su marido. El rostro de Asher pasa de la palidez extrema a la rabia.

—Estáis de puta broma.

—No.

—Que es Georgie, joder. Crecí con él. —Niega con un gesto de la cabeza. Se frota la cara—. Dios, no sé qué decir.

—Voy a irme. Quiero estar solo. —Jude se dirige hacia la puerta.

Ava se levanta.

—No, Jude. Quédate con nosotros.

—Pero es que necesito estar solo, en serio.

Ella lo mira con miedo, como esas veces en las que el psicólogo les dijo a sus padres y a Henry que tenían que vigilarlo.

—No voy a hacer ninguna tontería, no te preocupes. Solo necesito pensar.

Ava lo abraza. Él inspira su aroma a hogar, a fresas maduras.

Está saliendo de la casa cuando Asher, que se había quedado demasiado callado, le advierte:

—Ni se te ocurra decírselo a Vila, joder. No necesita esa mierda en el caso de que sea cierta.

—¿Lo estás llamando mentiroso? —inquiere Ava.

—No sería la primera vez.

—¿Te estás escuchando? —farfulla Ava—. Eso fue hace mucho. ¿Crees que mentiría sobre una cosa así?

—Mintió sobre todo, joder. Tú ni siquiera habías llegado.

—Mira, ya basta. Sé que quieres a Vila, pero no estás pensando con la cabeza. Y la verdad es que no quiero saber con qué estás pensando.

—Tú no lo conociste —replica Asher—. Él no era así.

—¿Estás seguro? ¿Pondrías la mano en el fuego por él? Mucho mejor, podrías tu corazón en el fuego por él? Ni siquiera Sebastian lo conocía y él se lo follaba.

A Jude le empiezan a pitar los oídos.

—No le voy a decir nada —asegura con un hilo de voz. La pareja sigue discutiendo y él cada vez se siente peor.

—Todo estaba bien hasta que llegó con todas sus putas mentiras. De repente Georgie se convirtió en el villano del cuento. ¿Y se supone que tenemos que creerlo? ¿Has leído *Barnard*? Ahí lo tienes todo. Lo escribió Sebastian. Sebastian —repite—. Georgie no era así, joder. No me lo creo. No puedo creerlo. No quiero. No me sale de los putos huevos, ¿vale? Y ya está. No quiero seguir hablando de esto.

—Me alegro. Yo tampoco. Vete a que te dé el aire —asevera Ava.

—¿Qué?

Ava ni siquiera pestañea.

—Que te largues, joder.

—¿Me estás echando?

—Te estoy pidiendo que me dejes respirar un poco. Voy a subir y a hacer la maleta y no quiero verte la cara mientras lo hago.

—No vas a irte a ninguna parte —le advierte Asher.

—Me encantará ver cómo piensas detenerme.

—Estás embarazada.

—Y pienso seguir estándolo lejos de aquí.

—No te puedes ir. —La orden suena más débil, pero sigue siendo una orden y su amiga no es de las que dejan que nadie le ordene nada, y menos su marido.

—Sí puedo y lo haré.

—Ava. —Intenta agarrarla del brazo, pero ella lo aparta de un empujón.

—Que te largues.

Alex se asoma.

—¿Ava? ¿Tío Jude?

—Eh. Por fin. —Jude toma las riendas—. Te hemos llamado varias veces y nada.

—Estaba leyendo un poco antes de dormir.

—¿Te apetece dar una vuelta?

—¿Ahora?

—Una vuelta rápida.

—Claro. Voy a vestirme.

—No hace falta. No saldremos del coche.

La niña sale con él y deja a la pareja terminar de arreglar sus asuntos. Le dedica una mirada suplicante a su amiga. No quiere ser el motivo de esa pelea. De ninguna pelea en realidad, pero menos de esa.

No puede decir que le sorprenda la actitud de Asher. Siempre ha puesto a Viola sobre todo lo demás. Solo espera que no estropee su felicidad por eso. A Jude se le encoge el pecho pensando en cómo reaccionaría Viola si se enterara. ¿Lo creería? ¿Lo odiaría? Dios. Eso lo destrozaría. Que ella lo mirara como Asher lo ha mirado esa noche le rompería el corazón. Y entonces su mente divaga todavía más, hacia él. ¿Qué pensaría Sebastian? ¿Qué le diría? ¿Qué haría? Nunca ha barajado la posibilidad de que no lo creyera, ni siquiera se le ha pasado por la cabeza. Pero podría ser. Podría suceder. Sebastian podría no creerlo. Podría simplemente dejar de quererlo, ocupar ese hueco que se ha ganado en su vida con la mentira que es George.

Hubo un tiempo en el que las mentiras lo salvaron. Pero si algo tienen las mentiras es que crean una imagen de ti que no es. El mundo que te rodea puede olvidar tus errores, pero nunca olvidará tus mentiras. La muerte es el comodín de George, pero Jude no tiene nada de eso, solo un almacén de mentiras que ya no usa. Podría pasar. Sería un buen golpe final, muy típico de George.

—Tío Jude. ¿Estás bien?

No. No está bien. Claro que no. Ni siquiera entiende cómo ha llegado hasta ahí, pero de pronto se encuentra delante de la casa de la única persona que sí lo creerá siempre.

—¿Jude? —Debe llevar mucho rato con el coche en marcha frente a la casa, porque Lara sale y se asoma a la ventanilla. Él la mira a los ojos y ella no necesita nada más. Le dedica una mirada cómplice a la niña—. Pensaba que ya no ibais a llegar. Vamos, he pedido pizza.



Alex se sienta al piano a tocar con Jude cuando ellos terminan de cenar, una pieza de Bach que la niña sigue practicado cuando él se levanta para tomar asiento en el sofá junto a Lara, que le entrega una copa de *whisky*.

—He venido sin pensar, lo siento.

—Me gusta que no pienses. Es de las cosas que más me gustan de ti.

—Ni siquiera sabía que estabas viviendo aquí.

—No me apetece aguantar a mis hermanos. Me gusta beber, pero con moderación, ya sabes. —Levanta el vaso para brindar.

—No debería beber. Tengo que llevar a Lex —explica Jude.

—No hace falta. He hablado con Ava. Viene de camino. Hemos decidido que juntas somos invencibles.

—¿Qué?

—Se va a quedar aquí.

—¿Se ha ido en serio?

—Yo también lo habría hecho.

Él mira el vaso y, un momento después, deja que el líquido ardiente se abra paso de una sola vez por su garganta. Se recuesta en el sofá. Le arden el pecho y el corazón.

—No tendría que habérselo contado.

—Discrepo. Es su pareja. Deberían poder hablar de todo sin miedo. Él no tendría que haberse puesto así para empezar.

—Cree que miento.

—¿Eso te afecta?

—Pues claro que me afecta. Ava es importante para mí y él es importante para Ava, para Viola y para Seb. Así que es importante.

—Por esa regla de tres, tú también deberías ser importante para él. Debería confiar en que no mentirías con una cosa así. Le has dado un voto de confianza y él te lo ha arrojado a la cara.

—Es más que eso. Ellos se conocían de toda la vida. Yo soy el que llegó con todas esas mentiras. No creo que Asher me considere parte de la familia.

—Te considere o no su familia, eso no borra lo que George era.

El hecho de que te considere o no su familia no borra todo lo que George era, todo lo que te hizo.

Lara le da vueltas a su vaso antes de tomarse lo que le queda también de un trago.

—No se puede odiar a un recuerdo cuando está muerto, La. Sobre todo, si era un recuerdo bonito. —Siente cómo los dedos de Lara se deslizan para tomarlo de la mano. Cierra los ojos. Hogar, calidez, Lara. El corazón le arde un poquito más. No debería estar ahí. Si él se siente raro, ¿cómo debe sentirse ella? Aun así, le devuelve el apretón—. Yo no quiero que lo odie. No quiero joderle sus recuerdos. No he venido a joderle la vida a nadie.

—A eso me refiero. Has sido valiente y has compartido una parte dolorosa de tu pasado con él porque lo consideras importante. Decirle la verdad no va a compensar lo que te hizo. No es que vayas a ser más feliz, sino todo lo contrario. Te estás abriendo y eso te provoca más dolor a ti que a cualquiera. —La presión de los dedos de Lara es un reflejo de la rabia que siente—.

Confiaste en él porque te importa, ya sea por él o por Ava, le diste tu voto de confianza. No mereces que te trate así. Ni él ni nadie.

—Pero entiendo que pase, La.

—Pues yo no. Y entiendo que Ava se cabree. —Lara resopla por la nariz como hace siempre que se siente muy frustrada. Nota el peso de su mirada sobre él—. ¿Estás bien?

—Tengo miedo. Hacía mucho que no tenía miedo —confiesa y, antes de que ella diga nada, añade—: No de Georgie.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo?

Jude traga saliva. Le cuesta un mundo formular las siguientes preguntas.

—¿Y si Viola no me cree? ¿Y si él no lo hace?

—Ay, Jude.

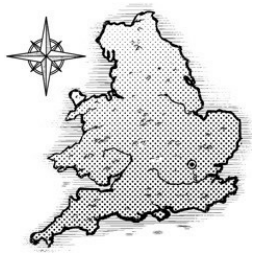
—No quiero que lo sepan. Prefiero que no lo sepan a tener que enfrentarme a la realidad.

—¿De qué realidad hablas?

—Que siempre será un diez. Del uno al diez, Georgie siempre será un diez.

CAPÍTULO 23

SEBASTIAN



Cuando Sebastian baja al salón encuentra a Asher en el suelo, sentado junto al sofá grande donde Viola se halla acostada porque no se siente bien.

Observa cómo su amigo le acaricia distraídamente el estómago con la mano mientras le habla con la cara recostada en el borde del sofá. Ella, a su vez, le acaricia el extremo superior de la oreja como hace siempre que quiere calmarlo. Al otro lado, en uno de los sofás individuales, su cuñado trabaja con el portátil. Sebastian está seguro de que no pierde detalle de la escena.

—Asher.

Por la cara que trae Asher cuando se vuelve a mirarlo, intuye que ha pasado algo. Le pregunta a Henry con un gesto de la cabeza, pero este se encoge de hombros.

—Seb, ¿me puedes preparar una manzanilla? —le pide Viola.

—Claro. ¿Alguien más quiere algo? ¿Ash?

Este lo ignora de forma deliberada.

Sebastian calienta agua y prepara la manzanilla de su hermana y un café soluble para él antes de volver al salón y tomar asiento frente a Henry. Deja la bebida de su hermana para que se enfríe y estudia a Asher en silencio. Lo conoce. En algún momento contará lo que le pasa, si es que Viola no se lo saca antes.

—Es increíble que haya vida aquí dentro. —Asher continúa acariciándole la tripa.

Viola le clava la mirada.

—¿Has llorado?

—No.

—¿Qué has hecho?

—No he llorado ni he hecho nada.

—Ajá.

Sebastian esconde una sonrisa al escuchar la coletilla que comparte con su hermana.

—¿No puedo venir a verte? —inquiere Asher.

—No has venido solo a verme. Tienes cara de perrito abandonado.

—No es verdad.

—Son las nueve de la noche. Sabes que me encanta que vengas, pero si te pasa algo quiero que me lo digas para empezar a ayudar cuanto antes.

—No puedes ayudar.

—Siempre puedo ayudar —replica ella.

—Esta vez no.

—Dime qué has hecho.

—No quiero hablar de eso.

—Así que has hecho algo. —Viola se incorpora. Se hace con la infusión y aparta el sobre para tomársela a pequeños sorbos. Ahora Asher le acaricia la rodilla.

Es increíble que después de tantos años sigan manteniendo ese tipo de relación. A Sebastian siempre le ha fascinado cómo han amoldado la química que tenían durante los años en los que fueron pareja para convertirla en esa amistad de a dos que no todos comprenden. Y lo más increíble es que Ava y Henry han conseguido sobrellevarlo sin caer en estúpidos celos.

Viola le atrapa la mano para hacer que la mire.

—Suéltalo ya, pesado.

Como era de esperar, Asher termina por soltar la bomba:

—Se han ido de casa.

—¿Quién se ha ido?

—Ava y Alex. Joder, hasta el imbécil de Jude se ha ido.

—¿Qué problema tienes con el imbécil de mi hermano? —inquiere Henry, haciendo hincapié en el insulto.

Viola deja la taza en la mesa.

—Pero ¿qué cojones has hecho?

—Eso da igual. Ha hecho las maletas y Jude se ha llevado a la niña. Luego hemos hablado y no he podido convencerla para que se quede.

Viola no da crédito.

—¿Me estás diciendo que te ha dejado?

—Eso suele significar que hagan la maleta y te abandonen, ¿no? —Asher se muerde el antebrazo con rabia. Viola tiene que apartarle la mano de un manotazo para que se suelte—. Que está embarazada, joder.

—¿A dónde han ido? —pregunta Sebastian, incapaz de quedarse callado por más tiempo. La marca de los dientes es evidente incluso desde su posición.

A Sebastian le parece distinguir un gesto de reproche en el rostro de su amigo cuando este lo mira.

—No lo sé. Pensé que estaban aquí.

Sebastian se saca el teléfono móvil del bolsillo del pantalón y le escribe un mensaje a Jude.

Sebastian: ¿Dónde estáis? Asher está aquí.

Baker: ¿Te lo ha contado?

Sebastian: Ha dicho que os habéis ido de casa.

Baker: Se ha ido Ava, yo solo la acompaño. A ella y a Lex.

Sebastian: Está hecho una mierda. ¿Está muy mal la cosa?

Baker: Se le pasará. Solo está enfadada y las hormonas no ayudan.

Baker: Pero creo que se lo va a tener que currar.

Sebastian: Asher no es mucho de eso.

Baker: Pues tendrá que aprender.

Sebastian: ¿Dónde estáis?

Baker: En casa de Lara. Donde se suponía que íbamos a vivir, no en la de sus padres, quiero decir.

Sebastian se queda sin saber qué responder. Siente una punzada incómoda en el pecho. ¿Qué hacen ahí? ¿Qué hace él ahí? Los celos son como un parásito que te consume por dentro. Está en contra de los celos y aun así… Mierda. No quiere pensar en ellos, en todas las veces que los vio tocarse, abrazarse, besarse.

—Están en la casa que Lara heredó de su abuela —les informa.

—¿En casa de Lara? —Viola frunce el ceño. Directa en la diana. Ella ha pensado lo mismo que él.

Sebastian se encoge de hombros.

Asher se levanta.

—¿A dónde vas? —le pregunta Viola.

—A buscarla.

—¿No deberías dejar que se calme un poco? Quizá hasta mañana.

—Quiero que vuelva a casa. No puedo volver sin ella.

—Asher, no estás siendo razonable. A veces necesitamos un poco de distancia. Nos ayuda a pensar con perspectiva.

—¿Y eso lo dices tú? ¿Qué harías si él se fuera? —Asher señala a Henry—. ¿Pensarías con perspectiva? Claro que no, joder.

—Para empezar, no haría nada que hiciera que se fuera.

—Pues a veces pasa. —Asher empieza a dar vueltas de un lado a otro—. A veces no lo puedes evitar. No es mi culpa. Solo dije algo y se lo tomó a la tremenda.

—¿Qué le dijiste? —quiere saber Viola.

—No quiero hablar de eso.

—Vale, comprendo que quieras ir a buscarla. —La voz de Viola muestra una calma infinita —. ¿Sabes qué le vas a decir? ¿Le vas a pedir perdón?

—No tengo que pedirle perdón —inquiere Asher—. No es mi puta culpa. Solo quiero llevarla a casa.

—O sea, que la quieres obligar a ir a casa, sin pedirle perdón ni pasar por la casilla de salida en la que tú al menos intentas dialogar y comprenderla. ¿Crees que eso te va a funcionar? ¿Con Ava?

—¿Estás de mi parte o de la de ella?

—Cuando me cuentes qué has hecho te lo digo.

Baker: ¿Cup? ¿Sigues ahí?

Sebastian: Sí. Me va a estallar la cabeza.

Baker: Cuéntame.

Sebastian: Asher quiere ir a buscar a Ava ahora.

Baker: ¿Le has dicho dónde está?

Sebastian: ¿Era un secreto?

Baker: No, pero dudo que Ava quiera verlo ahora mismo. De hecho, estoy seguro de que es la última persona a la que quiere ver.

Sebastian: Ya. Eso mismo le está intentando explicar Vila. Así que han empezado una de esas discusiones interminables que me provocan dolor de cabeza.

Baker: Lo siento.

Sebastian: No es culpa tuya. ¿Por qué discutieron? ¿Lo sabes?

Baker: Sí fue culpa mía.

Baker: ¿De verdad no te ha contado nada?

Sebastian: No. Vila está a punto de matarlo por eso.

Baker: Intenta convencerlo para que no venga. Yo voy a ver una película con ellas.

Sebastian: ¿Te vas a quedar ahí?

Baker: Hoy sí. Me sabe mal dejarlas después de lo que pasó.

Sebastian: ¿Y Lara?

Baker: Está aquí. Está eligiendo película con Lex.

Sebastian: Vale.

—Mira, Ash, guárdate tus putos secretos. Pero deja de lloriquear, ¿quieres? Si no me lo cuentas, no te puedo ayudar. —Su hermana resopla y se peina el pelo largo hacia atrás—. Y si quieres ir, ahí tienes la puerta, ¿vale? Pero como consejo te digo que solo vayas si tienes algo razonable que decirle. De lo contrario, te va a mandar a la mierda. De nada.

—Es mejor que no vayas esta noche —interviene Sebastian.

Asher levanta la vista hacia él.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Me lo ha dicho Baker.

—Jude. Claro.

—¿Se puede saber qué tienes con Jude? —inquiere Henry.

—Nada, joder. —Asher le da una patada al suelo, frustrado—. A la mierda.

Se dirige hacia la salida de la casa y se pone los zapatos con brusquedad. Todo él rezuma furia y una tensión alarmante. Sebastian no puede dejar que vaya a buscarla en ese estado. Antes debería ponerse delante del puto saco de boxeo hasta caer extenuado. Ya se está levantando para impedirle que se marche cuando el mismo Asher se quita los zapatos y los lanza contra el suelo con rabia.

—Joder. Joder.

—¿Qué? —La expresión de Viola es dura, pero al comprobar la desesperación de Asher menea la cabeza y sus rasgos se dulcifican—. ¿Te has dado cuenta de que no tienes ni idea de lo que le vas a decir? No puedes ir así, Ash. Si no vas a disculparte, no puedes ir a verla. Cálmate. Ve a correr o haz algo para sacarte todo de dentro y luego piensa. Cuando no estás cabreado se te da mejor —observa con una sonrisa.

Asher se le acerca con cautela. Permanece un instante delante de ella, dubitativo, y ella lo agarra de la mano para indicarle que está de acuerdo en que tome asiento a su lado.

—¿Puedo quedarme aquí? —pregunta en cuanto se deja caer en el sofá junto a ella.

—No necesitas permiso para quedarte. Esta es tu casa.

—Gracias. No puedo volver a casa sin ellas. No puedo. —Él apoya la cabeza en su hombro y Viola le acaricia el pelo.

Sebastian: ¿Baker?

Baker: ¿Cup?

Sebastian: ¿Te veo mañana?

Baker: Claro.

Sebastian observa la escena que tiene delante con una sensación de irrealidad. Lo cierto es que no puede dejar de pensar en Jude. En Jude en casa de Lara. Con Lara. Dios. Las inseguridades crecen como enredaderas y lo estrujan de manera dolorosa. Siente que le falta el aire. No puede quedarse así.

Se levanta sin pensarlo. Si lo piensa no lo hará. Y necesita hacerlo. Solo quiere verlo. Mirarlo a los ojos y saber que sigue ahí, que siguen juntos.

Un abrazo, sí. Eso necesita.

Un beso también. A Jude le gustan mucho sus besos.

—¿Seb? ¿A dónde vas? —pregunta su hermana.

—Vuelvo enseguida.

—¿Vas a ir? —inquiere Asher.

—Vuelvo enseguida —insiste.

—Asegúrate de que están bien, por favor. —La amargura en la voz de su amigo le cae como un jarrón de agua fría. Qué imbécil es cuando quiere.



Nada más detener el coche a unos metros de la casa, le envía un mensaje a Jude. Una casita pequeña de dos plantas, con sus macetas en la entrada, su camino de piedra y su jardín trasero. Bonita, acogedora. El hogar que iban a construir juntos, Jude y Lara.

Sebastian: Estoy en la puerta. ¿Puedes salir?

Baker: ¿Ha pasado algo?

Baker: ¿Es por Asher?

Sebastian: Sal.

Baker: Estamos viendo una película.

Sebastian: Solo te pido cinco minutos.

Baker: ¿Te lo ha dicho?

Sebastian: No, pero me lo puedes decir tú si sales.

Un poco después, se abre la puerta y Jude aparece. Despeinado, con una sudadera rosa, un chándal negro y cara de no estar pasándolo nada bien. Se nota que ha llorado. ¿Es miedo lo que

ve en sus ojos? Tiene los hombros hundidos, se frota los brazos como si tuviera frío conforme se acerca y su piel dorada ha palidecido.

—Seb —musita cuando lo tiene delante; su voz suena demasiado apagada para ser él.

—Joder, Baker. Estás hecho un desastre. —Extiende la mano para acariciarle el pelo y Jude se encoge todavía más.

—Ha sido un día muy largo. —Sigue frotándose los brazos—. Dime si te lo ha dicho, por favor. ¿Por eso has venido?

—No.

Sebastian salva la distancia que los separa y lo envuelve entre sus brazos. Percibe que Jude sí está temblando; quizá de frío, quizá por otra cosa. No lo tiene claro. Solo quiere que deje de temblar. No sabe qué le pasa, de qué tiene miedo, pero él necesita que sepa que está ahí con él, y que no lo piensa soltar. Lo aprieta contra sí y le acaricia la espalda a la vez que hunde la cara en su cuello.

—He venido a esto. —Sebastian suelta un suspiro—. No podía pensar en otra cosa. Me estaba volviendo loco.

Jude le devuelve el abrazo con fuerza. Parece como si estuviese a punto de caer y él fuera lo único que lo mantiene en pie.

—Sebastian. —Escucharlo decir su nombre así, con esa voz áspera y tan dulce, consigue que se le erice la piel y le arda cada terminación del cuerpo—. Me has leído el pensamiento.

—¿Lo he hecho?

—Te he estado invocando. Llevo todo el día necesitando esto. —Las manos se le cierran en un puño a su espalda.

—¿Por qué no me lo dijiste? Habría venido antes.

—Ellas me necesitaban.

—¿Por qué estás así? No pareces tú.

—¿De verdad no lo sabes?

—No sé más de lo que te dije. Pero me gustaría que me lo contaras. Necesito saber qué te tiene así. —Sebastian se aparta un poco para mirarlo y le acaricia la barbilla. Lo besa despacio y profundo, así como ha sido su relación, lenta y profunda durante todos esos años—. También vine a por esto —confiesa en cuanto se aparta para volver a perderse en sus preciosos ojos verdes empañados por una tristeza que no sabe de dónde viene ni cómo quitarle.

—Lo invoqué todo yo, Cup.

—Hoyuelos. —Pega su frente a la de él y le retira las trenzas de la cara—. Háblame.

Jude menea la cabeza. Sebastian observa su debate interno y se siente frustrado por no poder ayudarlo, de modo que espera. No quiere presionarlo. Sea lo que sea que haya sucedido, quiere que sea él quien se lo cuente, si quiere hacerlo. Y necesita que lo haga, joder. Necesita borrarle esa tristeza de la cara.

—Odio verte triste.

Jude lo atrae para volver a abrazarlo.

—Déjame quedarme así, por favor. Mañana volveré a ser yo, te lo prometo —asevera temblando entre sus brazos, ahora a causa de las lágrimas—. Gracias por venir. Ha sido un día realmente horrible.

—Ya pasó. —Sebastian le acaricia la espalda con la esperanza de que Jude derrame toda la tristeza sobre él.

—Hoy hace seis años que Simon se fue. —Ahora llora con fuerza. Sebastian lo estrecha más

contra sí—. Lo echo tanto de menos…

—Todos lo echamos de menos. Era un perro magnífico.

—Era mi amigo.

Una inmensa ternura se apodera de él. Quiere guardarse a ese chico dentro e impedir que vuelva a llorar por nada. Quiere que sea feliz. Solo eso. Que sea feliz.

—Lo sé, cielo.



CAPÍTULO 24

JUDE



JUDE IRRUMPE EN LA HABITACIÓN DE SEBASTIAN SIN LLAMAR NI PEDIR PERMISO. SOLO HA necesitado intercambiar algunos mensajes con Viola para saber que Asher está trabajando en el despacho de la segunda planta del hotel con ella y que no va a encontrárselo. Han pasado tres días desde que Ava se fue de casa y, conociendo a Asher, si se lo encuentra, está seguro de que lo va a bombardear a preguntas, ninguna de las cuales será de su agrado. No es que Jude sea un cobarde, es más bien que Asher puede ser muy pero que muy pesado. Además, no quiere hablar de ese tema con él cuando ya conoce su opinión.

Sebastian levanta la vista de la enorme tableta gráfica que tiene delante. Va vestido todo de negro, con una camiseta de manga larga pegada al cuerpo y remangada hasta los codos y un chándal cómodo. El pelo alborotado le indica que no se ha molestado en pasarse el cepillo. Está tan guapo que a Jude le pueden todas las emociones y tarda un instante en asimilar que se ha quedado plantado en medio de la estancia, comiéndoselo con los ojos.

Lleva sin verlo desde aquella noche en que fue a buscarlo a casa de Lara y lo hizo inmensamente feliz. Lo único que han hecho ha sido compartir algún mensaje durante los ratos libres en el trabajo y por las noches cuando se metía en la cama, después de que Jude volviera de casa de Lara, donde acudía cada tarde para comprobar que todo estuviera bien.

—Puedes pasar, Baker. Como si la habitación fuera tuya.

—¿Tienes un rato?

Sebastian observa la viñeta y arruga el ceño. Luego deja el lápiz digital sobre la mesa y se gira hacia él.

—Dime a qué se debe el honor.

Jude intenta leer a través de sus expresiones, de la aparente frialdad. Necesita saber si él también ha sentido su ausencia, si no le pueden las ganas de acercarse.

Se deja caer en la cama con las piernas cruzadas para hacerle la propuesta en la que lleva días pensando.

—Queremos hacer un especial sobre ilustradores en la revista y se me ha ocurrido que podrías hacernos la portada, si tienes tiempo y te apetece. No sé cómo vas de trabajo y tampoco cuánto cobras.

—No te preocupes por el dinero.

—No quiero aprovecharme de ti, Cup.

—Eres mi pareja, tienes permiso para hacerlo.

«Su pareja». Jude nota una punzada de emoción en el centro del pecho.

—Pero no es mi revista, solo trabajo ahí. Y quiero que te paguen lo que te mereces. Siempre he defendido que los ilustradores deberían estar más valorados.

—Cuéntame cuál es la idea y lo vemos.

—¿Leyendecker? ¿Te suena?

—Lo conozco.

—Me gustaría una portada de revista que imitara su estilo. Quiero un *Arrow Collar Man*, ese estilo americano de los años veinte que creó Leyendecker. Trabajó para muchas revistas. Se puede decir que fue él quien inventó lo que es el diseño moderno de una revista y sus ilustraciones hicieron que aumentaran las ventas de varias empresas. Era homosexual, aunque nunca lo dijo abiertamente. —Jude se pone más recto. Los ojos le brillan como siempre que atrapa un tema que le emociona—. ¿Te has fijado en cómo dibujaba a los hombres? Esos cuerpos con esos culos y todos esos músculos. Eran muy gais, Cup. Y tan sexuales… —Se muerde el labio.

Sebastian menea la cabeza y suelta una risotada.

—Eres increíble.

—¿Qué? Es verdad. Me ponen mucho sus ilustraciones. No me pondría más un desnudo, créeme. A menos que sea tuyo, claro. Un desnudo tuyo sí que me pondría muchísimo. —Al ver la cara que está poniendo Sebastian, carraspea—. Vale, vale. Lo que te decía. Leyendecker usó a su amante como modelo de camisas. Lo convirtió en un icono de masculinidad americana. No todos los artistas gais pudieron conseguir algo así con su arte. Tenían que ocultarlo. Y para él fue tan fácil engañar al mundo… Me encantaría darle un abrazo.

Sebastian asiente.

—Ajá.

Jude se fija en que trata de componer una expresión seria, pero se nota que intenta esconder la sonrisa. En realidad, es a Sebastian a quien quiere abrazar. Le encantaría sentarse sobre él, rodearlo con las piernas y sentir su polla dura frotarse con la suya. Quiere arder en sus manos. Dios. Se obliga a apartar esos pensamientos de la cabeza.

—Imagínatelo, era fuerte y varonil y elegantísimo y supergay. Todos lo adoraban. Su amante se llamaba Charles Beach y estuvieron casi cincuenta años juntos, aunque todos pensaban que eran amigos. Cole Porter lo menciona en su canción *You're the top* y hasta Fitzgerald lo cita en *El Gran Gatsby*.

—Baker. Te estás desviando. Cuéntame la idea.

—Sí, vale. Mejor dejamos la parte triste. —Jude suspira. Repara en que no hay demasiada sorpresa en el rostro de su amigo—. ¿Ya te sabías su historia?

—Soy ilustrador, Baker. Y gay. Algo sé.

Lo mucho que le pone que Sebastian se muestre orgulloso de ser quien es no lo puede explicar. Al menos delante de él; fuera de esas paredes sabe que le cuesta bastante más.

—La idea es imitar su estilo en la portada. Sé que no se parece demasiado al tuyo, pero el contraste puede ser la clave de lo que busco, captar el *zeitgeist*. *Quierodecir*, el espíritu de la época. Quiero una portada trasgresora que pueda salir el Día del Orgullo.

—¿La quieres para ese día?

—Sí. El artículo saldrá ese día. Pero no quiero solo a dos hombres, Seb. Quiero a dos mujeres. Quiero dos ejemplos de feminidad, dos cuerpos con sus imperfecciones que exuden sexo. Quiero que la atracción entre las dos traspase el papel de manera sutil. Y también quiero a un hombre con ellas. Que se toquen sin tocarse. Quiero una muestra del amor libre. —Los ojos le

vuelven a brillar—. ¿Recuerdas cuando estábamos sentados en el sofá de mi casa y te dije lo mucho que me costaba asimilar lo que me hacías sentir? Luego me acariciaste por el hueco entre los botones de la camisa y sentí que tenía una batalla de hormigas dentro de mí. La sensación de tus dedos en mi piel. ¿Lo recuerdas?

Los ojos de Sebastian se oscurecen.

—Sí.

—Quiero eso.

Sebastian guarda silencio durante lo que le parece una eternidad, aunque quizá son solo unos pocos segundos. Su mirada es tan intensa que la polla le aprieta en los pantalones. Percibe cómo su amigo mira de manera furtiva hacia la puerta y niega, como si apartara cualquier pensamiento de su mente. Entonces se levanta para acercarse a la cama.

—¿Lo has entendido? ¿Necesitas que te lo vuelva a explicar? Tengo un archivo con toda la información que he recopilado de Leyendecker, aunque en realidad no sirve de nada. Pero sí te puede servir la carpeta con las ilustraciones. —Jude no puede parar de hablar cuando observa que su amigo se detiene delante de él y se fija en su entrepierna. Dios—. *Quierodecir*, que te puedo pasar los enlaces. Las fotos se pueden conseguir con facilidad, seguro que las tienes casi todas.

Sebastian lo empuja hacia atrás y se deja caer de lado en la cama, con una de sus enormes piernas por encima de la cintura de Jude.

—Calla, Baker. Sé lo que tengo que hacer.

—¿De verdad? —pregunta, porque él no tiene ni idea de nada—. ¿Estás hablando de la ilustración?

—¿En qué otra cosa estás pensando?

—Yo pienso en muchas cosas, Cup. ¿Te hago una lista?

El corazón le late demasiado deprisa y sufre de combustión en ese punto de su torso en el que el gemelo de Sebastian hace presión.

—Piensas más que hablas. Eso es mucho pensar, Baker. —Sebastian se pega a su cuerpo de modo que el hombro de Jude le roza el pecho y puede sentir su calor traspasarle la ropa.

—Estás caliente.

Sebastian deja escapar algo parecido a un bufido.

—No sabes cuánto. —Atrapa la mano izquierda de Jude, esa que tiene todas las pulseras de hilo que su madre le ha ido regalando y esas otras que añade de su propia cosecha. Le acaricia la muñeca con el pulgar al mismo tiempo que acerca la cara a su mejilla y la roza con la punta de la nariz—. ¿Significan algo? —Alarga el contacto y atrapa una de las pulseras—. ¿Esta? —Señala la negra.

—La negra representa el control y la espiritualidad. —Sebastian recorre las pulseras hasta detenerse en la blanca—. Esa es fácil. El blanco siempre es paz. —Nada más decirlo, los dedos de Sebastian ya se han colocado en la verde—. Esa es para la salud. Y antes de que lo preguntes, la Violeta simboliza la eternidad.

—¿Y estas? —Sebastian señala las dos pulseras rojas mientras arrastra los labios por la línea de la mandíbula. Jude mueve las caderas en un intento por aliviar la presión en sus pantalones, enfatizada por el peso de la pierna de Sebastian.

—La roja significa muchas cosas. En algunas culturas es para el mal de ojo, para alejar a los malos espíritus, pero también es para la fortuna y la buena suerte. Aunque el significado que más me gusta es el del destino en el amor, por lo del hilo rojo, *quierodecir* —explica con

nerviosismo.

—¿Por eso tienes dos rojas?

Jude asiente.

—Si te fijas, los hilos están entrelazados de manera distinta. —Con la mano derecha le señala la pulsera roja más gruesa y resistente; sus dedos se tocan y siente una descarga que va directa a su polla—. Esta es mi favorita. La compré con Lara en Camden durante las Navidades pasadas. No es como las otras, está pensada para que resista más el tiempo.

—¿Por qué las tienes todas en la izquierda?

—Porque deben ir en la mano izquierda, Cup. Es el lado que está más cerca del corazón, el receptor del cuerpo y del alma. —Se encoge de hombros—. Cosas de mi madre, ya sabes.

—Mmm. —Le muerde la mandíbula para a continuación deslizar la lengua por debajo de ella —. Llevas pulseras desde que te conozco. Baker, el chico de las pulseras, de las camisetas rosas con bordados y el pelo rubio trenzado. Aficionado a las biografías de gente muerta, a cambiarles el nombre a los demás y a sacarme de quicio.

Jude gira la cabeza y sus rostros se encuentran a escasos centímetros.

—¿A sacarte de quicio?

—Ajá. —Sebastian presiona la cara interna de su muñeca con el pulgar de una manera que hace que Jude se tenga que concentrar para no gemir. Aprieta hacia adentro, acaricia en círculos, y repite el movimiento hasta que Jude siente que su mano y su cuerpo se convierten en gelatina.

Solo lo está tocando ahí; el pulgar en su muñeca, la pierna en torno a su cintura. Y, aun así, la tensión y el deseo son abrumadores.

—Cup —murmura casi en un jadeo.

—¿Es a esto a lo que te referías? —Levanta el rostro para verle la cara y Jude se pierde en la forma de sus labios—. ¿Es esto lo que quieres para la revista?

—Sí. Justo esto.

Jude acerca la mano libre para rozarle los labios gruesos con los dedos y sentir la suavidad de cada pliegue. Eso no lo había hecho nunca. Hay tantas cosas que quiere hacer con Sebastian, tantos años de deseos frustrados.

Sebastian mueve los labios en torno a la yema de sus dedos y él siente un escalofrío cuando agarra la punta del índice con los dientes. A continuación, le suelta la muñeca izquierda y atrapa la otra. Jude se queda paralizado cuando su amigo se introduce el dedo dentro de la boca y lo acaricia con la lengua. El gemido que se le escapa de la garganta debería avergonzarlo, pero lo cierto es que solo lo pone aún más cachondo. A él y a Sebastian, que por fin —por fin— pierde el control.

Unos segundos después, lo tiene sobre él, abriéndole las piernas para colocarse entre ellas. Los labios de Sebastian le cubren la boca y recorre su labio inferior con la lengua un instante para al siguiente morderlo y hundirse completamente en él. Lo está devorando. Si no lo sabía ya, Jude se da cuenta en ese momento de que la boca de Sebastian es su debilidad. Siente como si todo empezara y acabara en ella. En su lengua taladrándolo, sus dientes marcando, sus labios poseyendo. Sebastian sabe exactamente cómo dirigirlo, el momento exacto en el que succionar. Lo agarra de la espalda, moviendo las caderas para sentir la deliciosa fricción en su entrepierna. Jude se pierde. Permite que Sebastian se trague todos sus gemidos mientras se balancea contra él. La presión del empuje es demoledora y Jude está al límite. Entonces Sebastian atrapa su lengua con los dientes y Jude lo siente.

Aparta los labios de Sebastian y se le escapa un sollozo.

—Seb. —Todo se nubla a su alrededor. Su cuerpo tiembla como una hoja y él no sabe qué decir, solo necesita… Le clava los dedos en la espalda, descontrolado, y los pies se le retuercen por el placer que experimenta—. Me estoy corriendo —gime con la frente pegada a la suya.

—Lo sé, cielo. —Jude se deshace—. Deja que salga —le susurra, besándole el hoyuelo que se le forma por la tensión, sin dejar de mover las caderas en ningún momento.

—Seb.

Dios, está temblando tanto… Nunca lo ha sentido así, tan intenso. Y mierda, no es un adolescente. Ni siquiera se ha quitado la ropa.

—Tranquilo.

—Bésame, por favor. Quiero tu boca, Seb. Necesito… —Sebastian no lo deja terminar. Atrapa sus labios y vuelve a devorarle la boca como lo hacía segundos antes. Miles de estrellas explosionan dentro de Jude, y todas llevan el nombre de Sebastian.

Cuando consigue calmarse, Sebastian sigue encima de él. Le acaricia el pelo y lo besa en el cuello. Se toma un momento para introducir una mano por el interior de su camisa y acariciarle el pezón. Jude se encuentra en el cielo.

—La última vez que me corrí en los calzoncillos tenía catorce años —explica, sin una pizca de vergüenza. ¿Para qué? Se siente tan a gusto y Sebastian ha sido tan atento con él que no puede pedir nada más—. Estaba viendo una película.

—¿Qué película?

—*Dirty Dancing*.

Sebastian aparta los labios de su cuello para mirarlo.

—Me tomas el pelo.

—Patrick Swayze, Seb. Me puse cachondísimo. En ese momento pensé que era por la escena de sexo y esos bailecitos, pero era él. Cuando me di cuenta de que me gustaban los tíos y volví a ver esa película me tuve que hacer una paja.

Sebastian lo mira con una especie de incredulidad y deseo reprimido.

—Joder, Baker. Intento concentrarme en otra cosa.

Jude se da cuenta de que su erección todavía presiona su polla, un poco hinchada pero en estado de relajación, que nada más notarlo empieza a cobrar vida.

—¿Quieres correrte?

—Estoy bien.

—Solo necesito un minuto. Ya está en proceso.

—¿En proceso?

—De ponerse firme y gruesa. Te lo tengo que explicar todo.

Sebastian baja la mirada a su entrepierna y, al mover el muslo, se percata de que lleva razón.

—Eres increíble.

—Y tú un tío con suerte —admite Jude.

—Cállate.

—Cállame.

Sebastian lo besa de nuevo como solo él sabe, moviendo las caderas mientras lo hace. Jude se retuerce, un poco incómodo.

—Seb, estoy asqueroso. Necesito limpiarme.

—Vale, espera. —Lo besa en la frente y se levanta para coger pañuelos de papel de la mesita de noche. Luego le desabrocha los pantalones y se los baja.

—¿Me vas a limpiar tú?

—¿Te molesta?

—Para nada.

Jude observa cómo su amigo le limpia los calzoncillos y va tirando los pañuelos humedecidos hasta que se centra en su polla, ya lista para el segundo asalto.

La sangre le retumba en los oídos y en otros lugares cuando Sebastian lo acaricia ahí. Lento, con la mano ejerciendo la presión justa para hacer que todas sus terminaciones nerviosas se metan en el *ring* y luchen por llegar a alguna parte. Jude no quiere llegar a ninguna parte, solo quiere estar ahí con él.

Se incorpora y le aparta la mano.

—Seb, quítate la ropa.

Su amigo lo mira con curiosidad. Jude termina de sacarse los pantalones y los lanza al suelo.

—Vamos, haz lo mismo. Quiero tu polla, Seb. No tiene sentido que te la guardes.

—Eso sí suena pornográfico, Baker.

—Era la intención. Vamos, quítatelo todo.

Por un momento, Sebastian se debate entre cerrar la puerta y no hacerlo. Jude lo ve dudar. Su parte controladora luchando con esa otra parte que quiere ser libre. Gana la parte que debería ganar siempre. Sebastian se queda desnudo de cintura para abajo, de pie junto a la cama.

Jude se incorpora. Se coloca de rodillas al borde de la cama y le agarra la polla con una mano, consiguiendo que Sebastian cierre los ojos cuando acerca los labios y le da un lametón justo en la punta. Roza la pequeña hendidura y a continuación, muy despacio, consciente de cada uno de los temblores de Sebastian, se mete el glande en la boca y lo lame con delicadeza. No mucho después, el cuerpo de Jude se convierte en un parque de atracciones cuando Sebastian comienza a gemir con fuerza, por fin fuera de control, y lo agarra del pelo. Jude se la traga hasta donde puede y succiona de forma rítmica e inclemente, agarrándolo del tronco con la mano para dar énfasis a sus caricias. Nunca pensó que darle placer a otro hombre pudiera ser así. Cada gemido de Sebastian, cada temblor, se dirige como una descarga directa a su polla.

—Baker —gime Sebastian y le tira del pelo para acompañar sus arremetidas. Echa la cabeza hacia atrás y disfruta de los movimientos de su boca, moviendo la cadera con suavidad hacia él —. Baker. Oh. Joder. —Le empuja la cabeza para que vaya más rápido, para que se lo haga con más fuerza—. Hoyuelos —vuelve a gemir.

Jude se retira para mirarlo.

—Déjate llevar, Cup. —A él también se le escapa un gemido porque, joder, lo está sintiendo todo. El placer de Sebastian lo vuelve loco—. Fóllame la boca hasta que te corras. —Se la mete otra vez y su amigo hace lo que le pide. Empuja más fuerte y le tira del pelo con toda la delicadeza que es capaz de reunir, una y otra vez.

Entretanto, Jude no deja de torturarlo con caricias en la base. Dirige la mano libre a su entrepierna y comienza a masturbarse. Rápido y fuerte, como le gusta, presionando la punta con el pulgar. Nota cómo la polla de Sebastian crece y se hincha todavía más al ver lo que hace. Dios. Se va a volver loco. Aprieta los testículos de Sebastian y recorre la línea de su culo para acariciarle la entrada, lo que consigue que tiemble de manera descontrolada y que Jude comprenda que no va a aguantar mucho más.

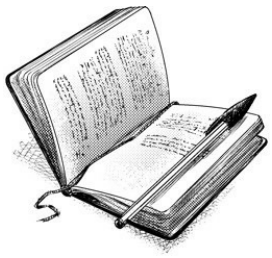
Sebastian le tira del pelo para apartarlo.

—Baker, voy a correrme. Deberías… Oh. Joder.

En lugar de apartarse, Jude se acomoda y succiona con más vehemencia, tirando de su muslo para atraerlo hasta que se deshace en su boca. Los jadeos de Sebastian, la manera en que su polla

le palpita en la boca, así como la propia fricción de su mano, consiguen que se corra por segunda vez casi al mismo tiempo. Ni siquiera la lava ardiente que sale de su propio cuerpo consigue que Jude se aparte; continúa chupando y lamiendo hasta que el cuerpo de Sebastian deja de convulsionarse, llevándose con él cada uno de sus estremecimientos. Y es como llegar al cielo e instantes después volver a la tierra, a la realidad, a él. Un cielo distinto, pero igual de acogedor, el cielo de los ojos de Sebastian.

DIARIO DE JUDE



Te sentaste junto a mí frente a la tumba de mi madre biológica y pusiste la cabeza en mi hombro. Eras más bajo que yo, así que encajábamos. Tenía el libro de Raymond Briggs abrazado contra mi pecho.

Lo apartaste un poco para ver el título e inmediatamente volví a abrazarlo.

—¿*El muñeco de nieve*? ¿Ese es el libro del que me hablaste?

—Sí. Siempre pensé que me lo había dejado ella, pero en realidad no fue así. El nombre que aparece escrito en el libro era el de mi abuela.

—¿La madre de la mujer que te adoptó?

—La única madre que he tenido.

—¿Qué tiene de especial? Conozco el libro, es mudo.

¿Que qué tenía de especial? ¿Cómo podías preguntarme eso?

—¿Qué tiene que ver que sea mudo?

—Pues que no dice nada, Jude.

Abrí el libro y te mostré las imágenes, página a página.

—¿No te dice nada? ¿No te provoca nada? ¿En serio? Lo increíble de *El muñeco de nieve* es todo lo que te dice sin decirte nada. Una ilustración siempre esconde algo. Es otra manera de expresarse, como tus fotografías. Cuando veo una fotografía tuya siento muchísimas cosas. Tú lo has hecho posible.

Soltaste una especie de risita y me apretaste más contra ti.

—Jude Baker, soñador empedernido.

Con un suspiro, observé el nombre de la tumba y la fecha de defunción, que coincidía con mi nacimiento.

—Al menos ya no tenemos que seguir buscando —dije.

—Lo siento, Jude. Sé que te hacía ilusión encontrarla.

—La he encontrado. —No pude evitarlo, me eché a llorar.

Me pasaste un brazo sobre los hombros, te balanceaste con suavidad contra mí y esperaste a que me tranquilizara.

—Lo siento, Jude. Siento que estés triste. Ojalá no estuviera muerta. Debe de dolerte mucho.

—No me duele, por eso lloro.

Te apartaste para poder mirarme a los ojos.

—¿Qué?

—Ojalá pudiera cambiarme por él.

—¿Por él? No te sigo.

—No me dieron en adopción, Georgie. Mi madre biológica está muerta. Eso significa que nunca me abandonó, solo se murió. Y mis padres son los mejores del mundo. Pero Henry sí fue dado en adopción. No puedo decírselo. Se sentiría fatal. —Intenté encontrar un atisbo de comprensión en ti, pero solo vi una mezcla de vacío y extrañeza—. No es como si me lo fuera a decir, Henry no dice esas cosas. Se lo guarda todo dentro. Pero sé que le dolería.

—¿Estás hablando de tu hermano?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que estás triste porque la madre biológica de tu hermano lo abandonó y no porque la tuya esté muerta?

—Es que Henry sufre por dentro, aunque por fuera lo veas bien. Es el peor dolor, ¿comprendes? Lo guardas y lo guardas. El dolor, si lo compartes, duele menos, no pesa tanto.

—Es absurdo.

—¿El qué?

—Tú. —Meneaste la cabeza, francamente sorprendido—. Tú eres absurdo.

CAPÍTULO 25

JUDE



SEBASTIAN LE LANZA UN BÓXER NEGRO Y TERMINA DE VESTIRSE.

—Te van a quedar grandes, pero al menos están limpios.

Jude los extiende para mirarlos y estirar la tela.

—¿Te los tengo que devolver?

Su amigo lo mira desde el escritorio, donde se dispone a guardar el trabajo que tenía a medias en la tarjeta gráfica.

—¿Te los quieres quedar? Los he usado.

—Por eso. Huelen a ti.

—No huelen a mí.

—Seb, toda la habitación huele a ti. Conozco tu olor.

Sebastian apaga la tableta y se levanta.

—¿Y a qué huelo?

—A otoño. Y a chocolate caliente. Es un olor entre dulce y amargo que me encanta.

—¿A qué huele el otoño?

—A ti. No me mires así, Cup. Aunque todo lo demás esté frío, tú estás calentito, y entonces recuerdo la sensación de estar en el sofá abrigado con muchas mantas y una taza de chocolate calentándome los dedos. A eso hueles. ¿Nunca te lo habían dicho?

—La verdad es que no.

—Bueno, pues ya estoy yo para eso.

—Ajá.

Jude se levanta, aún desnudo de cintura para abajo. Nota la mirada de Sebastian sobre su cuerpo cuando se pone los calzoncillos, que le van bastante grandes, pero son suaves y son de Sebastian, y eso lo hace feliz.

—¿Qué tal? ¿Estoy sexi? —pregunta, consciente de que tiene que verse de todo menos sexi.

—Vístete ya, anda.

—No seas aburrido. —Se gira para mostrarle el culo con una sonrisa socarrona—. ¿No estoy guapo?

Sebastian suelta un resoplido. Recoge los pantalones de Jude tirados sobre la cama y se agacha para ayudarlo a que se los ponga.

—¿Me vas a vestir?

—Mete la pierna —le ordena.

—Eso es muy pero que muy sexi, Seb. Me estoy poniendo cachondo otra vez. —Nota la

mirada asesina que le dedica desde abajo—. ¿Qué? Es solo para que lo sepas.

Introduce una pierna y luego la otra. A continuación, su amigo se levanta y le sube los pantalones. Tira de la camiseta que se le ha enganchado en los calzoncillos y lo mira a los ojos cuando le empieza a subir la cremallera y percibe que no estaba bromeando.

—Joder, Baker.

—Lo sé, lo sé. —Esboza una amplia sonrisa.

Sebastian introduce los dedos en la cintura de los vaqueros para atraerlo hacia sí y le muerde un hoyuelo. Jude emite un ruido de satisfacción cuando le pasa la lengua por ahí y termina de abrocharle los pantalones.

—Quédate a comer.

—No quiero.

—No seas crío. —Sebastian se aparta de él para mirarlo—. En algún momento te encontrarás con Ash. Es de la familia.

—Lo dices porque no eres tú quien lo tiene que aguantar.

—Claro que sí. Te recuerdo que lo estoy aguantando. Lo estamos aguantando todos desde que se ha autoinvitado a quedarse aquí. —Le tira de una trenza—. Vamos, quédate.

—No quiero. —Se cruza de brazos.

—Esta es tu casa.

Jude lo mira con intensidad.

—¿De veras?

—¿Lo dudas?

—¿Me dejas dormir aquí? ¿En tu cama?

—Si quieres, sí. También es tu cama.

—¿Y me dejas hacerte guarradas?

—Baker. No vas a hacer que me olvide. Quiero que te quedes a comer.

—¿Me vas a obligar?

—No te voy a obligar. Te lo estoy pidiendo porque sé que quieres quedarte y también por qué no lo haces. Así que hazlo y afrontemos juntos lo que sea que haga Asher. —Sebastian hunde los dedos en su pelo para acariciarle el cuero cabelludo. Jude ronronea de placer—. Sabes que ladra mucho, pero a la hora de la verdad es un blando.

—Pero a mí me odia.

—No te odia. Solo está enfadado por eso que no me quieres contar. —Jude alza el rostro para facilitarle las caricias por la parte baja de la cabeza—. Viola se está subiendo por las paredes, no deja de preguntarles a él y a Ava, y ninguno de los dos suelta prenda.

—No soy su persona favorita —contesta Jude para desviar el tema—. No es que lo haya sido alguna vez, pero ahora menos.

—Ash tiene muy pocas personas favoritas, y si no estás entre ellas creo que es más porque eres el hermano de Henry que por el hecho de que seas tú.

Jude lo mira indeciso. La verdad es que no quiere irse. Le gustaría estar un rato más con Sebastian y ver a su hermano y a Viola. Sobre todo, quiere poder coger a Sebastian de la mano por debajo de la mesa sin tener que reprimirse. Eso tampoco lo ha hecho nunca y se muere de ganas.

—Quédate y te enseño una cosa.

Nada más decirlo, Jude baja la mirada a su entrepierna solo para molestarlo y arquea las cejas.

—Eso no, idiota.

Sebastian tira de nuevo de su pelo. A Jude le encanta que haga eso, aunque le gusta más cuando están haciendo otra cosa.

—Entonces paso —suelta con un bufido.

—Hoyuelos.

—Más te vale que merezca la pena.

Sebastian pone esa cara tan típica de no saber si lo que está a punto de hacer es buena idea o no. Jude se lo queda mirando mientras rebusca por la habitación hasta encontrar una carpeta. La apoya en la mesa del escritorio bloqueándole el paso cuando él intenta ver algo por encima de su hombro.

—Quieto ahí, Baker. —Lo señala con el dedo para que no se mueva.

—Tiene que merecer mucho la pena, Cup. Pero mucho mucho.

—Que te calles.

—Sabes que solo funciona si me callas tú.

—Ahora lo harás —asegura en cuanto encuentra lo que está buscando y lo esconde tras su espalda—. Baker, prométeme que no vas a llorar.

Jude frunce el ceño.

—Eso es que voy a llorar seguro.

—No quiero que llores. Es un recuerdo que siempre he querido compartir contigo, pero no quiero que te pongas triste.

—Me estoy poniendo triste con solo escucharte, Cup. Enséñamelo ya.

Una miríada de emociones pasa por el rostro de Sebastian antes de que se decida a entregarle la lámina. Jude imagina que es un dibujo, pero no tiene ni idea de cuál puede ser.

Nada más verlo, se le corta la respiración y sí, se echa a llorar. Es un dibujo de la primera vez que se vieron, de él visto desde la perspectiva de Sebastian, a través de sus ojos. Y se siente raro, confuso y borracho de amor, porque Sebastian siempre lo dibuja como si fuera algo precioso y en ese momento era de todo menos precioso. Era un desastre de persona. Estaba triste y sentía rabia y no dejaba de mentir.

En el dibujo, Jude se encuentra sentado en el suelo, en la puerta de la habitación del hotel donde Sebastian se había encerrado, y alza el rostro hacia arriba con una mezcla de sorpresa y confusión. La luz del atardecer entra por la ventana del final del pasillo, desdibujando la imagen, lo que le otorga un efecto nostálgico y remarca el brillo que han dejado las lágrimas en sus ojos verdes. Tiene el pelo más largo y su cuerpo es la viva imagen del desasosiego. Sebastian y él se hallaban a pocos centímetros el uno del otro, pero parecían pertenecer a mundos distintos. Eso fue lo que pensó en aquel momento, cuando miró a Sebastian por primera vez, y lo que piensa ahora al ver el dibujo.

Sin embargo, lo que hace llorar a Jude no es su propia imagen ni lo que le transmite, sino el perro que le lame la cara y al que abraza como si fuera un salvavidas. Simon, un *golden retriever* de treinta kilos que, sentado a su lado, parece más grande que él. Su Simon, que se había ido, llevándose un trocito de su corazón con él. Sebastian también supo captar el amor de una persona hacia ese ser que siempre fue más que una simple mascota.

—Ven aquí. —Sebastian lo envuelve entre sus brazos mientras él llora con angustia—. Joder, si lo sé no te lo doy.

—No puedo no llorar —dice entre sollozos. Hunde la cara en su pecho y se aferra a su espalda—. Es que lo echo de menos.

—Ya lo sé.

—¿Por qué la vida nos quita lo bueno que tenemos? No es justo. —Sebastian le acaricia la espalda a la altura de la cintura con una mano mientras sitúa la otra en el cuello, en el punto donde siente su pulso acelerado—. ¿Por qué, Seb, por qué?

—Shhh. Yo no me voy a ir.

—No puedes prometerme eso.

—No es una promesa. Es un hecho. No me iré a ninguna parte si no quieres que me vaya.

—Es un dibujo precioso. Hacía mucho que no lo veía.

—Lo sé, por eso quería dártelo.

—Recuerdo lo suave que era su pelo y lo bien que me sentía cuando apoyaba la cabeza en él. Siempre me dejaba. —Sebastian lo besa en la mandíbula y lo estrecha todavía más. Jude quiere vivir en ese abrazo para siempre—. ¿Desde cuándo lo tienes?

—Desde que fuimos juntos a Bristol. No recuerdo bien todo lo que hablamos, pero hay una frase que se me quedó grabada. Me dijiste que la amistad era efímera, pero que los recuerdos eran para siempre. —Se aparta para mirarlo a los ojos—. Nunca me he fiado mucho de los recuerdos, creo que son traicioneros y que se van ajustando a tu estado de ánimo. Algo que te parece bonito ahora puede que fuese horrible cuando pasó. Todo depende de cómo te sientas ahora. Así que me puse a dibujarlo. No quería olvidarlo. Desde que me dijiste eso, he dibujado cada cosa que me ha parecido importante para no olvidarla.

—Como fotografías hechas por ti.

—Sí, algo así.

Jude sabe que está recordando a George, su miedo a ser olvidado, sus ansias de querer inmortalizar cada cosa que hacía.

—Prefiero tus dibujos. ¿Tienes más dibujos míos?

—Unos cuantos.

—¿Me los dejarás ver?

—Algún día. —Le limpia las lágrimas con las manos desnudas—. ¿Te quedas a comer?

—Sí.



No es que Asher sea idiota, es que es algo peor. Nada más entrar en la casa y encontrarse a Jude sentado en la barra de la cocina, su rostro cambia de tío ojeroso y cabreado con el mundo a tío ojeroso y cabreado con el mundo que tiene un objetivo claro: joder a Jude.

Todo comentario que hace va dirigido a él, y saca pullas de cualquier cosa. Ni siquiera Viola consigue apaciguarlo cuando lo obliga a sentarse en el sofá para leerle una escena de sexo donde interviene un demonio con tres extremidades palpitantes.

Jude está hablando con Henry del trabajo de Química que tiene que entregar Alex, una asignatura que no se les da nada bien ni a él ni a la niña, cuando Asher se levanta y comienza a pulular a su alrededor. En cuanto menciona a Lara y el hecho de que están en su casa, Asher se descontrola.

—Tío, ¿cómo la conseguiste?

—¿Qué?

—Lara Simmons. Es cojonuda.

—Ya —contesta Jude y ve que su hermano los mira de reojo.

—¿Cuántas mentiras le dijiste para convencerla de que saliera contigo?

Jude lo ignora. No tiene sentido hacerle caso.

Se concentra en su hermano, que sigue cocinando al otro lado de la barra.

—¿Podrías pasarte por la casa un par de horas? Tiene el examen el lunes que viene y nosotros tres somos inútiles.

—¿Por qué no la traes? —A Henry se le cae el cuchillo con el que corta los filetes de seitán al darse cuenta de lo que acaba de preguntar con Asher delante.

—Eso, Jude. ¿Por qué no la traes?

—Dímelo tú, Asher —le contesta con impaciencia.

—Prefiero que me lo digas tú. A lo mejor dices alguna verdad entre tanta mentira.

—Asher, te estás pasando —le grita Viola desde el sofá—. Para ya, ¿quieres?

—Déjalo que conteste, Vila. Dinos, Jude Baker, ¿cuántas mentiras has dicho hoy? —El marido de su mejor amiga aprieta la mandíbula y se acerca tanto que Jude puede notar la tensión de su cuerpo y las ganas que tiene de pegarle. Si pudiera, si no hubiese testigos, si no estuviera Viola, probablemente Asher se descargaría con él.

No es la primera vez que siente que alguien lo quiere destrozar. Se pregunta si hay algo en él que dé pie a que la gente quiera hacerle daño. No logra entenderlo cuando odia los conflictos y cualquier tipo de violencia.

—¿Fue por eso que te plantó tu novia? ¿Se dio cuenta de toda la mierda que sueltas?

—¿No te cansas?

—¿De joderte? —Asher se ríe—. No, para nada. Dime. ¿Lo sabe él? —Hace un gesto hacia uno de los sofás individuales donde Sebastian actualiza sus redes sociales con la *tablet* y no parece darse cuenta de nada—. ¿Sabe todas las mierdas que dices? —Al ver cómo Jude palidece, se ríe más fuerte—. Claro que no. ¿Por qué no se lo contamos? ¿Eh? ¿Empiezas tú o prefieres que lo haga yo? Te dejo a ti la parte en que lo adornas, ya sabes. —Chasquea la lengua.

El miedo es esa cosa con patas que siente por toda la piel al pensar en que Sebastian se entere así, por el odio de Asher. Experimenta un cosquilleo, unas ganas inmensas de echar a correr.

Pero hay algo que ha aprendido a lo largo de los años: huir no es la solución. Puede que Jude quiera estar en cualquier otra parte, que su cuerpo se haya convertido en uno de esos coches a los que les das cuerda y los mantienes suspendidos en el aire, listos para salir despedidos. Pero su vida está aquí, él está aquí, y no piensa dejar que alguien como Asher se la quite.

—Empieza tú —le incita con la mirada clavada en él; el cuello alzado, los hombros rectos. La viva imagen de la resolución a pesar de que por dentro se esté desintegrando por el pavor—. Te dejo que lo adornes como quieras. Adornarlo es fantástico, le da ese toque. ¿Sabes a qué toque me refiero?

Asher aprieta los puños. Jude no muestra ni un ápice de nerviosismo cuando esboza una de sus sonrisas de hoyuelos perfectos. Joder, todavía se le da bien mentir. Se le revuelven las tripas.

—Ese toque que es como el picante en la comida. Todo sabe mejor y es más intenso. Vamos, Ash. Cuéntales lo que quieras. Estoy deseando escucharte. —Se gira en la silla y da unas palmadas que sacan de quicio a Asher.

Por un momento, la estancia enmudece. La cocina y el salón, unidos por la barra, se quedan en completo silencio interrumpido solo por el chisporroteo de la sartén y la rabia de Asher, que podría escucharse a kilómetros de distancia.

Y Jude se aprovecha. Su propia rabia le sube como el ardor estomacal y necesita sacársela de dentro.

—Eres tan obvio...

Asher frunce el ceño.

—¿Qué?

—Tu problema es que piensas con la polla y mientras tu polla sea más grande que esto —señala la sien—, y que esto —ahora señala el corazón—, no avanzarás. Estás estancado y nadie va a conseguir que salgas de tu zona de confort. Ni tu mujer ni tu hija; ni siquiera el bebé lo hará.

Y eso último es lo que termina de hacer que Asher pierda la cabeza. Jude se prepara para el golpe. Lo ve venir a cámara lenta en cuanto Asher lo agarra del cuello y casi consigue tirarlo de la silla de no ser por su agarre.

A partir de ahí todo se vuelve confuso.

Sebastian, que le saca más de diez centímetros a Asher y cuyo cuerpo es mucho más grande, lo empuja del pecho hacia atrás.

—Tócalo y no volverás a pisar esta casa. —Sebastian le retuerce el puño con el que agarra la camisa de Jude para hacer que lo suelte. Acerca la cara a su oído y le dice—: Que es de la familia, joder.

El puño derecho, con el que le iba a pegar, lo tiene Henry, y Viola se mete delante de él en cuanto llega a su altura.

—Pero ¿de qué cojones vas? ¿Qué mierda tienes en la cabeza?

—No jodas. ¿Estáis todos de su parte o qué? —Se suelta de Sebastian y Henry con suma facilidad.

—¿Te estás escuchando? No dejas de comportarte como un gilipollas tarado —continúa Viola.

—El tarado es él, que no deja de mentir.

—No miento, joder —replica Jude sin alzar la voz—. ¿Miento al decir que no has tenido los huevos para ir a buscarla? Estás cabreado porque se han ido, pero tú estás aquí lloriqueando y no mueves un dedo por cambiar las cosas. ¿Te has preguntado si están bien, si necesitan algo, si están tristes, si te echan de menos? ¿Ves algo más allá de tu ombligo?

—Maldita la hora en que dejé que vivieras con nosotros. ¿De quién es la culpa de que se fueran? —Da vueltas como un león enjaulado alrededor de Viola, la única que impide que se acerque a Jude sin mover ni un dedo—. Quiero que te largues de mi casa, ¿me escuchas? Te largas, joder.

Jude asiente.

—Me iré.

—No, no te vas —replica Viola—. Ash, mírame. ¿Qué te pasa?

Asher no aparta la vista de Jude.

—Te voy a matar, mentiroso de mierda.

Jude menea la cabeza y suelta una risotada. Dios. Todo es tan cómico que tiene ganas de llorar de la risa.

—Dime en qué he mentido. Atrévete a decirlo, Ash. Todos estamos esperando.

—Asher, joder. Que me mires —insiste Viola, alzando la voz.

Y al final lo hace, porque es Asher y no puede ignorarla por mucho tiempo.

Todo esto es por Viola. Por protegerla a ella. Ha sido Viola desde el principio.

Tantos años y aún no se ha dado cuenta de que Viola no necesita que la protejan. Es ella la

que los protege a todos. Lo está protegiendo a él en esos momentos en los que no se ve capaz de volver a su casa. Pero Asher es de esas personas que van por la vida con una venda en los ojos pensando que así puede protegerse de la verdad.

Han sido amigos desde críos y fueron pareja durante nueve años. Hasta que Viola se dio cuenta de que no estaba enamorada de él. Siguieron siendo amigos, follando de forma esporádica, pero a Asher le costó superarla. Le costó superar a Henry, le costó superar que Viola lo soltara y aceptara la mano de otra persona.

—Dime qué te pasa —insiste ella.

—Que se ha ido, joder. Eso me pasa.

—¿Y crees que Jude tiene la culpa?

—Pues claro que la tiene.

—¿De verdad lo crees? —Viola se acerca hasta colocarse a su altura. Con su metro setenta y ocho no tiene que levantar mucho la vista para mirar a su amigo—. ¿Estás absolutamente seguro de eso? Porque entonces le diremos que lo arregle todo y la traiga de vuelta. Fácil, ¿no? Solo quien tiene la culpa puede arreglarlo.

Asher guarda silencio.

—Jude. ¿Puedes traer a Ava?

—No.

—¿No es culpa tuya?

—No.

—Lo que pensaba. —Nadie más se atreve a meterse en la conversación, es una batalla entre Asher y Viola y todos saben cómo va a terminar—. Qué fácil es echarle la mierda a los demás para sentirte mejor. Tú no eres así, Ash. Eres más que este tío cabreado que quiere pegarle a un amigo.

—No es mi amigo —replica él.

—Sí lo es. Es el mejor amigo de tu mujer. Es el tío de tu hija. Es el hermano de Henry. Es el novio de mi hermano. Y es mi puta familia. —Su voz es clara, rotunda. No hay huecos ni sitio para dudas—. Por tanto, es tu amigo, lo quieras o no.

La réplica muere en los labios de Asher nada más abrir la boca. Se desinfla, todo él lo hace. El rostro se le pone rojo y los hombros comienzan a temblarle. La mira como tantas otras veces la ha mirado. Viola tiene todas las respuestas a sus preguntas. Solo ella. A Jude le duele ver eso. Piensa en Ava y en el hecho de que a los dos les sucede lo mismo; ambos luchan contra un recuerdo, con la diferencia de que él lucha contra un recuerdo muerto y ella contra uno que además de estar vivo brilla con una luz cegadora. Se pregunta quién de los dos lo tiene peor.

Asher le da la espalda y se dirige a la puerta de la casa.

—Ash. —Él no responde—. Ash, espera. —Viola se acerca a él y le quita de las manos el zapato que estaba a punto de ponerse—. ¿A dónde vas?

—¿Qué más da?

—Sí da. No te vas a ninguna parte. Además, está lloviendo. No vas a coger el coche así.

—Me da igual —asegura, pero no se agacha para calzarse.

—No seas idiota, solo quiero ayudarte.

—Solo necesito que vuelva.

—Pues haz que vuelva.

—No es tan fácil.

—¿Y desde cuándo eso ha importado?

—La cagué, Vila. No me va a perdonar. —Se acerca con la mirada vidriosa y el cuerpo tembloroso. Ella abre los brazos y lo estrecha con fuerza.

Henry vuelve al interior de la cocina. Sebastian lo mira a él, que aparta la vista para centrarla en cualquier sitio que no sean su amigo y sus preguntas.

Se dirige al interior de la cocina y ayuda a su hermano a preparar la mesa, sintiendo todo el rato la mirada de Sebastian sobre él.

Cuando Viola consigue calmar a Asher, se sientan a comer en un silencio incómodo, interrumpido solo por el sonido del raspar de los tenedores con los dientes. No se escucha nada más, solo ese sonido desagradable, intenso, que raspa y raspa y raspa. Jude compone una mueca. Siente escalofríos y un desagrado que le traspasa la piel. Cuando está a punto de levantarse para volver a su casa, cuando considera la posibilidad de lanzar el plato contra la pared, nota la mano de Sebastian en su pierna. Le presión de sus dedos en el muslo, el calor que emana de él y es pura calma. Cierra los ojos un instante. Al volverlos a abrir, Sebastian lo está mirando.

Comprende que hay una cosa que nunca ha hecho. Y es necesario que lo haga ahora, aunque hayan pasado tantos años.

Los mira a todos y a ninguno.

—Lo siento.

Asher clava la vista en él. Henry también lo hace. Sebastian no la ha apartado. Su mano es una corriente de agua tibia sobre la pierna. Su cuerpo entumecido por el miedo entra en calor. Intenta medir las palabras en distancias, calcular cuántas hacen falta y si son necesarias más o menos según el tiempo transcurrido.

—No hay nada que sentir —replica Viola.

—Sí, hay mucho. Siento todas las mentiras. Nunca tuve el valor de pedir perdón y fue pasando el tiempo y al final pensé que ya no hacía falta, que estaba olvidado.

—Jude, está olvidado.

—No. —Dirige la vista a Asher—. No está olvidado. Y puede que tuviera un trastorno, que lo haya superado, pero las mentiras tienen sus consecuencias. Siempre las tienen. Oscar Wilde decía que el objetivo del arte era mentir, mostrar cosas bellas que no existen, porque ningún artista ve las cosas como son; si lo hicieran, dejarían de ser artistas. Y eso está bien si se le aplica a Seb con sus dibujos. Él creó una historia que me trajo hasta aquí porque estaba llena de mentiras, y yo era un experto en ellas. —Toma aire. Intenta evitar la mirada de Sebastian, de modo que la centra en su plato de pasta fría con seitán—. Pero yo no era artista. Lejos del piano solo era un chico perdido que usaba las mentiras para sentirse… No lo sé. Vivo, supongo. —Se encoge de hombros—. Nunca quise hacerle daño a nadie, solo intentaba buscar una razón.

—¿Una razón para qué? —Sentado frente a él, Henry apoya los codos sobre la mesa para poder estar más cerca.

—Para seguir vivo.

El dolor en el rostro de su hermano es abrumador y se odia a sí mismo por ser el causante; al menos hasta que Henry asiente para animarlo a que siga hablando. Nunca le ha dado las gracias por ser su hermano. Debería hacerlo. Lo cierto es que tiene mucha suerte de que las estrellas se alinearan y que ambos acabaran en la misma familia, acogidos por dos personas maravillosas.

—No estaba en mi mejor momento —añade cuando consigue serenarse.

Viola posa una mano sobre él y descubre que tiene los ojos vidriosos.

—Cuando te vi pensé que eras la persona con más vida que había conocido.

—Eso fue porque te conocí y me dejaste entrar en tu familia. —Traga la bola dolorosa que

tiene en la garganta y nota cómo los dedos de Sebastian le aprietan un poco más la pierna—. Lo siento, de verdad. Siempre he odiado esconderme. Odio la idea de ser un secreto, odio cualquier cosa que me impida ser libre. Pero si hay algo que odio más que todo eso, es no tener ganas de vivir. De eso me di cuenta después de los años de terapia. Me daba miedo no querer vivir; por eso mentía. Intentaba ser alguien con ganas de seguir viviendo, porque al Jude de verdad se le habían acabado las razones. —Asher también está revolviendo su comida. Aun así, le habla a él —: Nunca lo hice por hacer daño ni por llamar la atención. Ni siquiera era consciente de por qué lo hacía. Pero eso no significa que sea un mentiroso ahora. No soy la persona que fui y no tengo intención de volver a eso, si puedo evitarlo. Y quiero evitarlo. Es lo que más quiero.

—Eh, ya está. Deja de disculparte. —Viola se levanta y le da un abrazo. Se agacha para depositar un beso en su frente y añade—: Te quiero, Jude Baker.

—Pues claro, soy tu cuñado. —El comentario la hace llorar. ¿Cuántas veces se lo había dicho en el pasado? Primero en referencia al supuesto futuro con Sebastian que él mismo se había inventado y más tarde por Henry, todo para llegar a este momento en el que son cuñados de manera recíproca.

—¿Asher? —lo apremia Viola cuando vuelve a su asiento.

La respuesta de Asher es levantarse y abandonar la estancia para meterse en la habitación de invitados.

A Jude no le importa. No le importa cuando Viola se inclina hacia Henry y le dice algo que consigue que a su hermano se le borre la expresión de tristeza y se le enrojezcan las orejas. No le importa cuando Sebastian baja un poco más la mano por su muslo para atraerlo hacia él y le acerca los labios a la oreja.

—Déjame verlos, Baker.

—Mmm.

Jude mueve la cara para acariciarse la mejilla con la nariz de Sebastian. Este conduce la mano a su entrepierna y provoca que dé un respingo y componga una expresión de sorpresa. El hoyuelo le sale solo. La sonrisa de Sebastian en su rostro es una caricia deliciosa que consigue que Jude flote en el aire a pesar de que su culo está bien planchado en ese asiento y no quiere estar en ninguna otra parte.

«¿Del uno al diez?».

CAPÍTULO 26

SEBASTIAN



Charlotte: Seb, pero ¿qué has hecho?

Sebastian: Joder, qué rapidez.

Charlotte: ¿Y qué esperabas? Las redes sociales están echando humo.

Viola: ¿De qué habláis? ¿Y por qué nunca me entero de nada?

Asher: Si te sirve de consuelo, yo tampoco me entero de una mierda.

Charlotte: Barnard ha desaparecido.

Viola: ¿Barnard? ¿Te refieres al cómic?

Charlotte: ¡Exacto!

Viola: ¿Cómo que ha desaparecido?

Charlotte: No existe, Vila. Lo han borrado de las plataformas, incluso de las ilegales. Es como si nunca hubiera existido.

Asher: Vale, joder. Sí que se ha armado en las redes. Flipo con la de comentarios que hay.

Viola: Pero ¿quién podría hacer una cosa así?

Asher: Es denunciable, ¿no?

Charlotte: A ver. Que no lo estáis pillando. El autor lo ha eliminado. El autor aquí presente ha borrado su obra.

Asher: ¿Por qué iba a hacer eso?

Charlotte: Pues eso es lo que me gustaría averiguar.

Viola: ¿Seb?

Sebastian: Tenía que hacerlo. Es lo único que necesitáis saber.

Viola: ¿Es por Jude? ¿Lo has hecho por él?

Asher: Pues claro que lo ha hecho por él.

Charlotte: ¿Por Jude? ¿Qué tiene que ver Jude?

Asher: Te lo has perdido porque has estado fuera, pero por fin han dejado de hacer el tonto y están juntos.

Charlotte: ¿En serio?

Asher: Doce putos años dando por culo. Espero que estén dándose el uno al otro bien fuerte para compensar.

Charlotte: Ash, ¿hablas en serio?

Viola: ¿De verdad Barnard ya no existe? ¿No lo vamos a poder leer?

Asher: Supongo que tendrá alguna copia.

Viola: ¿Seb?

Sebastian: Lo he borrado, Vila.

Charlotte: ¿Puede alguien explicarme qué ha pasado? ¿Por eso cancelaron la boda? No podía creérmelo. Cuando me avisasteis decidí quedarme aquí hasta que termináramos con todo el follón de la tienda.

Sebastian: No fue por eso. Ha sido a raíz de eso, en realidad.

Viola: ¿De verdad que no tienes ninguna copia?

Sebastian: No, Vila. Lo he borrado. Ha dejado de existir, también en mi ordenador y en mi vida.

Viola: Pero ¿por qué? Es decir, entiendo por qué, pero no tenías que borrarlo para siempre. Quiero tenerlo.

Sebastian: Es una mentira. Jude tenía razón cuando decía que lo disfrazaba todo. Sé que te parece una historia bonita, pero no fue así como pasó. Solo era ficción, un puñado de mentiras.

Viola: Te pasaste casi catorce meses encerrado escribiendo esas supuestas mentiras.

Sebastian: Ya lo sé.

Viola: ¿Por qué?

Charlotte: Chicos, creo que no deberíais tener esta conversación por aquí.

Viola: Me dejaste sola.

Sebastian: Lo sé, joder. Lo sé.

Viola: ¿Por qué lo has borrado?

Sebastian: Te lo he dicho. Mi respuesta no va a cambiar por mucho que preguntes. Mi historia con George no sucedió así. Odio saber que está ahí, odio que se llame así. Él no es mi Barnard. No lo es, joder.

Viola: Pero fue importante para ti. Lo querías. No es justo que lo borres como si nunca hubiera existido.

Asher: Vila, déjalo ya.

Viola: Mira, no sé qué cojones pasó, pero no se lo merece. Él odiaba la idea de que lo olvidaran. Dios, no puedes enterrar sus recuerdos. Es lo único que queda de él.

Sebastian: Vila, por favor. No quiero hacerte daño.

Viola: Pues me lo estás haciendo. Lo estás volviendo a matar.

Sebastian: Ya no hay sitio para él. Tienes que entenderlo.

Viola: No, no puedo entenderlo. Puede que hiciera las cosas mal, pero era como mi hermano. No me pidas que lo entienda. No quiero.

Sebastian: Hizo algo más que hacer las cosas mal.

Viola: Y te recuerdo que está muerto. Está muerto, Seb. Muerto. Y tú lo estás volviendo a matar.

Viola: Mentira, ya lo has hecho. Lo has matado otra vez.

Sebastian: Lo siento, no puedo seguir aquí.

Asher: Joder.

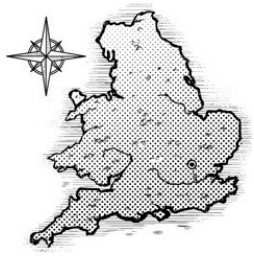
Viola: Claro, vete. Enciérrate otra vez. Huir se te da de miedo.

Charlotte: Vila, cálmate, por favor. ¿Ash?

Asher: Estoy de camino.

CAPÍTULO 27

SEBASTIAN



ANTES

La pelota. La puta pelota. Joder. Una y otra vez.

Pum pum. Pum pum. Pum pum.

Cada «pum pum» iba seguido de un sonido más tenue, amortiguado; el de la palma de la mano al impactar, cogerla y volverla a lanzar.

No eran ni las diez de la mañana de un día festivo.

Se obligó a levantarse de la cama. No se molestó en vestirse.

Salió al pasillo con un bóxer y cara de querer matar a alguien. Tenía claro quién era ese alguien.

George estaba sentado al otro lado del pasillo, delante de la puerta de su hermana, haciendo botar la pelota saltarina contra la puerta. Es lo que hacían Viola y él para llamar la atención del otro. A Sebastian le ponía de los nervios el vaivén irritante del suelo a la puerta.

—¿Quieres parar?

George ni siquiera se molestó en mirarlo.

Pum pum.

—Que pares.

—No.

Pum pum.

—¿No se te ha ocurrido que quiere estar sola?

Pum pum.

La pelota no dejaba de rebotar. Pum pum. Parecía el sonido de un corazón furioso. Sus padres no estaban en casa. Habían ido a pasar el fin de semana con los Harris a la casa de campo de unos amigos. Por eso George estaba ahí y no le importaba joderlo; es más, lo disfrutaba.

Pum pum.

—No sé qué os ha pasado, pero ya se le pasará y podréis hablar. Forzar las cosas no es la solución.

Pum pum.

—Georgie.

Pum pum.

—¡Que pares, joder!

—¿Y si no qué? —Había desafío y rabia en el tono que empleaba. Era imposible lidiar con ese George.

Sebastian se dio la vuelta para entrar en la habitación y dejarlo ahí con su rabia cuando la pelota le impactó en la parte superior de la espalda. Rebotó con la pared y se detuvo a sus pies, dando pequeños saltos. Le había lanzado la puñetera pelota.

—Cobarde de mierda —dijo George lo suficientemente bajo para que su hermana no lo escuchara.

Sebastian se agachó para recoger la pelota que aún rebotaba a sus pies. La mano le temblaba por la rabia.

—¿Del uno al diez? —dijo George con una sonrisa de dientes perfectos.

Sebastian solo quería borrársela de la cara.

Pum pum. Pum pum. Pum pum.

Ya no era la pelota sino su corazón el que palpitaba con fuerza.

Pum pum. Pum pum. Pum pum.

George no forcejeó cuando lo agarró de la camiseta a la altura del pecho y lo arrastró para llevarlo a la habitación y estamparlo contra la pared. No protestó cuando le metió la puta pelota en la boca para acallar su risa. Lo que sí hizo fue bajarle los calzoncillos a Sebastian y darse la vuelta en una clara invitación para que se lo follara. Sebastian no se negó a eso. Le costó la vida ponerse el condón y algo de lubricante por lo mucho que seguían temblándole las manos y por la sonrisa de George, grotesca sobre la pelota de goma que aun sujetaba entre los dientes. George no dejó de sonreír cuando se hundió en él con la sensación de que todo estaba mal. Siguió sonriendo cuando él se corrió, pocos minutos después, y se quitó el condón con una mezcla de frustración y repugnancia.

Lo siguió haciendo cuando escupió la pelota y sonó el fuerte «pum pum» contra el suelo de parqué que sus padres habían sustituido no hacía demasiado, cuando decidieron deshacerse de la vieja moqueta.

Y lo siguió haciendo mientras se llevaba la mano a la entrepierna y terminaba solo, con toda esa rabia dentro de él.

En su cabeza, George seguía sonriendo.

CAPÍTULO 28

JUDE



—¿Te hace otra ronda de preguntas? —pregunta Jude cuando el vehículo por fin comienza a avanzar por los raíles.

Habían decidido coger el South Western Railway para ir a la estación de Waterloo, lo que significaba que tenían por delante casi una hora y media de viaje en tren. Era un alivio haber conseguido asientos contiguos dado lo lleno que se halla a las cuatro de la tarde de un viernes.

—No —contesta Sebastian. Se ha traído un libro de fantasía con el que matar el tiempo y, según el marcador, parece que ya tiene bastante avanzada la lectura.

—*Vaaale*. Pues me voy a poner a leer.

—Perfecto. Eso intento yo.

Jude saca la *tablet* de la mochila y aprovecha que tiene bastantes capítulos pendientes de los cómics que sigue online, entre ellos el de Sebastian. Le falta por leer la última actualización, de modo que abre la pantalla y lo busca.

—¿Va de dragones? —pregunta Jude al fijarse en el dragón de la portada.

—Eres observador, Baker.

—¿Tiene sexo? *Quierodecir*, ¿hay sexo *dragonil*?

—No, Baker. No leo lo mismo que mi hermana.

—¿V tiene un libro donde hay sexo *dragonil*?

—Si existe, probablemente ella lo tenga.

—Se lo preguntaré. —Se queda mirando su perfil, la mandíbula relajada, el pelo negro ligeramente alborotado. Se ha quitado el abrigo y lleva una camiseta de manga larga verde botella con capucha que le queda como un guante y remarca la forma de su torso. No es que Jude se haya fijado, es que es imposible no hacerlo—. Una vez leí uno donde un supuesto dragón secuestraba a una chica de un pueblo cada año. Ese sí tenía sexo. Bastante *light*, pero me gustó.

Sebastian levanta la vista del libro.

—¿Supuesto dragón?

—Es que no era un dragón. En realidad era un mago.

—Ah. ¿Y cómo termina? ¿Se convierte en dragón?

—Ja, ja. Muy gracioso, Cup. Pero no. La verdad es que no sé cómo termina. Me aburrí cuando vi que no era un dragón y me fui a la parte del sexo, por si saltaban chispas. Ya sabes, por eso de que era mago. —Jude le sonríe con inocencia fingida—. No me mires así, era el único libro que tenía a mano. Ya sabes que prefiero leer otras cosas.

—Yo soy incapaz de no acabar un libro si lo he empezado.

—¿Y si no te gusta? ¿Lo terminas igual?

—Me gusta pensar que puedo encontrar algo, bueno o malo. No solo de los libros que te gustan aprendes. —Debe notar el desconcierto en su rostro, porque pregunta—: ¿Qué?

—Nada.

—Te veo los hoyuelos, Baker.

—Es que me hace gracia que controles incluso eso.

Sebastian menea la cabeza antes de volver al libro.

—¿No ibas a leer? Deja de molestar.

Jude le saca la lengua. Abre la *tablet* y empieza con el último capítulo de *Bivium*.

—Ava tiene razón. Sí que estás inspirado —masculla cuando lleva más de medio capítulo.

—¿Perdona? —Sebastian vuelve a apartar la vista del libro.

—Las escenas de sexo, Cup. —La voz le sale más áspera al notar cómo se le pone dura—. Estás desatadísimo.

—¿Me estás leyendo? ¿En el tren?

—Bueno. Tanto como leerte… —Jude se muerde el labio de manera provocadora—. Eso me gustaría mucho. ¿Quieres que empiece?

—Calla.

Sebastian no aparta los ojos de sus labios. Jude se pone todavía más cachondo ante la intensidad de su mirada.

—Cállame —lo reta. Dios, necesita que lo haga. Quiere esa boca devorándolo entero.

—Te vas a enterar cuando lleguemos al hotel.

—Ah, ¿sí? ¿Eso quiere decir que ahora puedo seguir hablando? —Jude enarca las cejas—. O sea, que eres de los que no hacen nada en público. Me lo imaginaba.

—¿Qué imaginabas?

—Que sigues en el armario.

—No estoy en el armario. Y no hace falta que lo grites. —Sebastian desvía la mirada hacia algún punto del tren.

—No grito. Es tu armario, que tiene eco.

—No estoy en el armario, Baker. Hace tiempo que salí.

Pero Jude no se lo cree, no del todo. Piensa de verdad eso de que Sebastian se vio obligado a salir del armario, pero aún se siente dentro. Es lo que sucede cuando no es premeditado, sino algo que las circunstancias te han obligado a hacer.

—¿Significa que no te importa que te abrace o te dé un beso en la calle? ¿No te importa que me incline ahora y te coma la boca?

La expresión de Sebastian es grave; no debe de haberle gustado para nada el comentario. Aprieta la mandíbula y estudia su rostro. A Jude le encantaría saber qué está buscando y si puede ayudarlo a encontrarlo. Es lo que más desea en el mundo, ayudar a que Sebastian dé con él.

—No, no me importa. Te lo dejé claro en tu casa. No quiero encerrarte.

—Bien, porque no te dejaría. Tú puedes encerrarte lo que quieras, claro. Lo que no quita que yo aporree la puerta —declara con una sonrisa sincera—, pero a mí no me va a encerrar nadie. Solo para que lo sepas.

—Joder, Baker. No paras, ¿eh?

Jude se encoge de hombros. Y entonces Sebastian hace algo que jamás pensó que haría. Ahí, en el tren lleno de gente. Lo agarra de su nueva camiseta rosa con un erizo bordado y le come la boca, no puede describirse de otra forma. A Jude no le da tiempo de procesar el beso porque se

convierte en una cosa temblorosa y calentita que solo quiere estar más pegada a Sebastian, morderlo y sentir cómo él lo muerde también. Su amigo arremete con la lengua, succiona y hace que pierda totalmente la cabeza. Tampoco se fija si alguien los está mirando.

Jude todavía intenta recuperar la respiración cuando Sebastian regresa a su posición y se mete otra vez en la lectura.

Se toma un instante para recuperar el aliento antes de preguntarle:

—¿Está interesante ese libro de dragones sin sexo? —La voz le sale más áspera que de costumbre. Dios. La erección le aprieta los vaqueros una barbaridad.

—Mucho.

—Pero mucho mucho, ¿eh?

Sebastian gira el cuello para mirarlo. Tiene la cara roja y su pecho se mueve de forma acelerada. Jude se fija en la marca de un mordisco que le ha dejado en el labio inferior. Le gusta mucho ver su abandono en los labios de Sebastian.

—¿Qué pasa ahora? —inquiere su amigo.

—Digo que el libro tiene que ser fascinante para que ni te molestes en darle la vuelta. —Lo señala con fingida inocencia.

—¿Qué? —Su amigo se fija en el texto y Jude aprecia un ligero rubor en sus mejillas que consigue que se lo quiera comer ahí mismo—. Mierda.

Sebastian cierra el libro y lo deja caer sobre la mochila en el suelo mientras Jude intenta contener la risa.

—Qué mono eres cuando te pones en plan vergonzoso.

—Y tú un dolor de culo.

—Eso para después, si quieres. —Jude enarca las cejas—. ¿Quieres?

—Baker.

—Vale, vale, ya me callo. —Desbloquea la pantalla para terminar el capítulo.

Aunque Sebastian haga que duerme, Jude se ha fijado en que abre los ojos para mirarlo alguna que otra vez.

—¿Qué haces para inspirarte? —le pregunta una vez termina y apaga la *tablet*. La guarda en la mochila y añade—: *Quierodecir*, en las escenas de sexo.

—Tengo imaginación —contesta Sebastian sin abrir los ojos.

—¿Y ya está? Antes no metías tanto sexo.

—Eso es porque son seres sobrenaturales y muy sexuales, como habrás podido ver. Además, ahora estoy especialmente inspirado.

Ahora. Inspirado. Jude nota de nuevo un deseo demoledor que le crece en todas direcciones.

—Ah, ¿sí?

—Ajá.

Pega su brazo al de Sebastian, inclinándose hacia él para hablarle muy cerca del oído.

—¿Qué es lo que te inspira? —pregunta.

—Un ser sobrenatural del que no me puedo despegar y que no para de decir tonterías.

El corazón de Jude late frenético. No puede evitar llevar una mano al pecho de Sebastian. Desciende por su torso deslizando los dedos con lentitud para detenerse al llegar a la zona sobre el ombligo. La respiración de su amigo se hace más pesada y nota cómo su cuerpo reacciona a sus caricias.

—¿Qué tiene de sobrenatural?

Sebastian ignora la pregunta, pero contesta:

—Él también es muy sexual.

Jude sonríe.

—Al ser ese le gustaría saber si piensas poner en práctica alguna de esas cosas que dibujas.

—El ser ese debería callarse un poquito. A lo mejor le dan un premio por eso.

—¿En serio? —Eleva la vista a los ojos aún cerrados de su amigo, entusiasmado—. ¿Eres consciente de que me he puesto cachondo? Seb, la tengo durísima.

—Baker.

—¿Sí?

Sebastian abre los ojos, se inclina y lo vuelve a besar. Con eso consigue callarlo, al menos lo que dura el beso.



En el hotel, mientras la recepcionista termina de registrarlos, una voz los interrumpe.

—¿Jude? ¿Jude Baker?

—Edward.

Jude se acerca al chico que lo mira con una de esas sonrisas que llenan toda la cara. Lleva el pelo negro un poco más corto que la última vez que lo vio, y el cuerpo más musculado, como si hubiese pasado los últimos años trabajándolo en un gimnasio.

En lugar de darle la mano, Edward lo agarra del hombro y le da uno de esos abrazos varoniles con palmada incluida que nunca ha sido santo de la devoción de Jude. Si tiene que abrazar, le gustan los abrazos de verdad. Odia abrazar a medias. Como tampoco le gusta abrazar a gente con la que no tiene confianza. No obstante, no está en su carácter ser brusco, de modo que compone una sonrisa.

—No esperaba verte aquí. No me digas que vienes al concierto de Yuja Wang.

—Sí.

—Qué casualidad que nos quedemos en el mismo hotel. Aunque supongo que no tanta si también hablaste con los de clase. —Jude asiente en respuesta. Edward lo mira de arriba abajo—. Te veo muy bien.

Jude se toma un momento para fijarse en las expresiones de su cara y compararlas con las del chico con el que compartió tardes de estudio años atrás. Ya no tiene esa aura que tenía antes de estar un poco perdido y triste. Se le ve más vivo y alegre, y su sonrisa parece sincera.

—Tú estás genial —contesta de manera genuina.

—Escuché que te casabas. ¿Qué tal fue la boda?

A Jude se le cambia la cara.

—Bueno, al final no hubo boda. —Carraspea, incómodo—. Es una larga historia.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada. Los dos estamos bien.

De repente, nota la presencia de Sebastian a su espalda. Ha terminado de registrarlos y tiene la documentación en la mano. Se vuelve para mirarlo.

—Perdón, que no os he presentado. Ed, él es Sebastian Evans.

—Soy Edward Collins, encantado. —Extiende una mano hacia Sebastian, que se la estrecha. Luego vuelve a mirar a Jude—. ¿Solo te quedas esta noche?

—No. Hasta el domingo —contesta él.

—Podríamos tomarnos algo mañana por la noche, si quieres, para ponernos al día.

Jude le dedica un gesto interrogante a Sebastian, que se encoge de hombros. Edward se percata del intercambio de miradas.

—Tú piénsalo. Mañana te escribo y me confirmas. Sigues teniendo el mismo número, ¿verdad? —Jude asiente—. Si no te va bien, ya quedaremos en otro momento. Disfrutad del concierto. —Le guiña un ojo antes de marcharse.

De camino al ascensor, Sebastian carraspea.

—Mi radar gay está echando humo.

Jude se ríe.

—Tu radar funciona de maravilla.

—A ver, solo había que fijarse en cómo te miraba.

Él arruga el ceño.

—No me miraba de ninguna forma. Lo conocí en la universidad y nunca me ha mirado así.

—Venga ya, Baker. Te hizo un grandísimo repaso. Es obvio que le gustas.

—No es obvio para nada —replica Jude.

—Tu opinión no vale. Me pasé más de doce años comiéndote con los ojos y no te diste ni cuenta.

Jude se detiene, un poco perplejo por la inesperada sinceridad de su amigo.

—Creía que el que no se daba cuenta eras tú.

—¿De que me follabas con la mirada? —Sebastian enarca las cejas y lo empuja con suavidad con el codo para que siga caminando—. De eso se dio cuenta todo el mundo.

Se detienen junto a los ascensores. Jude siente como si descorcharan una botella de champán dentro de él y las burbujas le recorrieran las venas. Cada vez que Sebastian habla de esa manera de sus sentimientos percibe un calorcito doloroso en el pecho, una mezcla de esperanza y miedo. Debería sentirse el hombre más feliz del mundo, pero lo que en realidad siente es una nota de advertencia, una voz insidiosa que le dice que se está perdiendo algo, que no puede ser tan fácil.

Traga saliva y con ello se traga también todos los interrogantes, las advertencias y parte del miedo.

—Sí me di cuenta. *Quierodecir*, sí que sabía que sentías algo, aunque no me lo terminaba de creer.

—Ah, ¿sí?

Él se encoge de hombros.

—Tampoco es que pensara que me serviría de mucho si fuese el caso. Era más fácil creer que me lo estaba imaginando. —Jude comprueba la hora, algo azorado—. El concierto empieza en media hora. Deberíamos darnos prisa para que nos dé tiempo de cambiarnos.

Ya en el ascensor, Sebastian le pregunta:

—¿Cuándo te diste cuenta?

Jude duda. Se apoya en la superficie metálica, con las manos a la espalda.

—Dímelo —insiste su amigo.

—Cuando te pedí que fueras mi padrino de boda. Me arrepentí nada más verte la cara.

Sebastian niega.

—No hice nada para que se me notara.

—Te conozco, Seb. Fueron tus ojos.

Sebastian se le acerca. Le aparta el pelo de la cara y le acaricia el cuello como hace siempre

que quiere sentirlo.

—¿Qué viste?

—No fue lo que vi, sino lo que no vi. —Jude engancha un dedo en el bolsillo del abrigo de su amigo. El pulso se le acelera por la cercanía—. No vi esperanza.

La forma en la que Sebastian lo mira irradia un calor sofocante en ese espacio cerrado, así como los movimientos de sus dedos sobre la zona sensible del cuello. Jude nota el picor del sudor en la base de la espalda y es consciente de que Sebastian percibe el nerviosismo de su pulso a través de los dedos. Es absurdo cómo reacciona su cuerpo a él y puede entender que Sebastian dude, que crea que tiene miedo cuando la realidad es que siente tanto que se le desbordan las ansias por que lo toque, por sentirlo cerca, dentro y fuera de él.

No tiene claro si sentir alivio o frustración cuando el ascensor se abre.

Sebastian lo agarra de la mano y lo conduce a la habitación, acariciándole la palma con el pulgar. El contacto le provoca un latigazo de placer que se dirige directamente a su polla. La tensión entre ambos es eléctrica cuando se cierra la puerta, se quedan solos y son conscientes de ello. Hay una promesa silenciosa en la mirada que se dedican.

—Será mejor que nos demos prisa si queremos llegar a tiempo a ver a… —Sebastian duda—. ¿Cómo se llamaba?

—Yuja Wang. Es muy buena, ya verás.

Se duchan y visten lo más rápido que pueden. Llegan al Royal Festival Hall, el edificio blanco acristalado lleno de luces y gente en torno a la fuente de agua, con unos pocos minutos de antelación.

El concierto es el único momento del día en el que Jude consigue aislarse de todo. Su mente desconecta y se funde con la música, enlazándose a ella hasta que lo lleva al borde de las lágrimas. Es lo que más le gusta de tocar, el imaginar que alguien pueda sentir todo eso que está sintiendo él gracias a la música que cobra vida a través de sus manos, a través de él.

Yuja Wang toca los 24 *Preludios* del opus 28 de Chopin, y lo hace de manera brillante. Son veinticuatro piezas breves cada una de las cuales está escrita en una nota musical diferente y con variaciones de tonalidades de mayor a menor para poder expresar emociones distintas. El favorito de Jude es el preludio n.º15, *Gota de agua,* el más largo de todos, en re bemol mayor.

Jude se pasa todo el camino de regreso al hotel parloteando, maravillado. Sebastian apenas pronuncia unas palabras de aprobación mientras estudia sus expresiones.

—La verdad es que no sé mucho de Yuja Wang —admite con cierta culpabilidad.

—Eso es porque está viva —asevera Sebastian.

Jude suelta una risita.

—Pues sí. Pero de Chopin sí que sé —aclara—. Tenía el síndrome de Peter Pan, ¿sabes? O eso me parece después de haber leído tanto sobre él. No maduró nunca y tenía un mogollón de carencias emocionales. Era sensible, pero también egocéntrico. Y también era enfermizo. Él revolucionó la forma de tocar el piano. Era un genio. Un genio idiota, pero un genio. Se enamoró, Seb. ¿Te suena el nombre de Aurore Lucile Dupin? —Sebastian niega—. Pues era el verdadero nombre de George Sand.

Su amigo se tensa ante la mención de ese nombre.

—Ese nombre tampoco me dice nada, Baker.

—¿No sabes quién es George Sand? Fue una de las escritoras francesas más notables del romanticismo.

—Sé quién es Tolkien. ¿No te vale?

Jude suelta una carcajada.

—A veces se me olvida que no todos hemos crecido con Henry. Me torturaba con los clásicos desde que era un niño. —Suspira—. George Sand es el pseudónimo masculino que usaba para publicar sus obras. A veces se vestía de hombre y fumaba puros. Hablamos del siglo XIX, Cup. Estaba muy adelantada a su época. —Jude se halla entregado al relato—. El caso es que Chopin y George Sand estuvieron casi diez años juntos. Fue una relación supertóxica. Al principio no hacían más que rechazarse el uno al otro. Se dice que él murió por culpa de ese amor. Sufrió el síndrome del corazón roto, aunque le echaron la culpa a la tuberculosis. —Toma aire para poder seguir hablando. El corazón le late como si estuviera corriendo una maratón y la meta se encontrara a unos pocos metros—. Chopin lo intentaba todo para que funcionara porque pensaba que George podía arreglar lo que estaba mal en él, mientras que ella lo manipulaba y disfrutaba de la sensación de poder. Era ella la que marcaba el ritmo de la relación. Chopin acabó perdido en George. Todas esas idas y venidas no hacían más que destruirlo. —Dirige la vista a su amigo y, al verle la cara, se calla de forma abrupta.

Sebastian suelta una risotada amarga.

—¿A qué viene todo esto, Baker?

—Lo siento. Es que cuando lo leía solo podía pensar en… Da igual.

—En que George Sand y George Harris se parecen. En que yo podría haber terminado así, ¿no? ¿Síndrome del corazón roto, dices?

—Da igual, Cup.

—¿Por qué? Ahora termina. Di lo que tengas que decir. —Jude aparta la mirada—. Habla, joder.

Jude toma aire. No es un cobarde. No es un puto cobarde.

Se han detenido unos metros antes de entrar en el hotel. La temperatura ha descendido y Sebastian tiene las manos metidas en los bolsillos. Jude está seguro de que con ese abrigo fino se está muriendo de frío. Quiere abrazarlo, le gustaría abrazarlo. Pero hay cosas que es mejor no posponer.

—Cuando empecé a leer *Barnard*, algo no me cuadraba —explica refiriéndose al cómic que Sebastian le había dedicado a George y que, a su vez, inició la historia de ellos dos; esa obra que los había llevado al lugar en el que se encuentran ahora—. *Quierodecir*, siempre fue una relación tóxica. Por eso se hizo tan famosa. A la gente le gustan los dramas románticos, y si son tóxicos mucho mejor. No me mires así, es la verdad. Mira lo que lee Viola.

—Ya lo sé.

—Creo que buscan algo distinto, en la lectura, espero. En la vida real… —Menea la cabeza —. Nadie quiere a un Georgie en su vida. Perdón —se apresura a disculparse al escucharse a sí mismo y recordar que Sebastian quiso a George en su vida. Se le revuelve el estómago al imaginarse que quizá todavía lo sigue haciendo—. No siempre puedes saber que lo que quieres no es lo que necesitas, sobre todo si eres joven. Eres más vulnerable. Y tú creciste con él.

—¿Qué viste cuando leíste *Barnard*? —lo corta Sebastian.

—Vi a Georgie. Y fue una visión horrible.

—¿A qué te refieres? Nunca lo dejé tan mal en el cómic, por mucho que estuviera basado en la realidad.

—Ese fue el problema, que no era real. Me imaginé a la persona que estaba dibujando todo eso al otro lado de la pantalla y me pregunté por qué lo hacía. Por qué mentía. Alguien capaz de contar todo eso tenía que conocer al verdadero Georgie, o al menos a una parte de él. Yo no lo

conocí ni la mitad que tú y eso que contabas no se ajustaba. Me imaginé a Georgie en todas esas situaciones contigo y siempre me faltaba algo. Y lo comprendí. Estabas mintiendo. Yo también lo hacía todo el rato —le recuerda—. Lo hice cuando aparecí en tu vida sin conocerte de nada, cuando me presenté a tu hermana como el gran amigo de Georgie y cuando te dije que lo quería. Sí, es cierto que lo quise y confié en él. Me sentí libre con él. Pero duró muy poco.

—¿Libre en qué sentido?

—En el sentido de ser quien quería ser sin pensar en las consecuencias. Georgie era libre, aunque tú pensaras que le estabas cortando las alas. —Sonríe con amargura—. Él te las cortó a ti.

—Eso no tiene sentido. Él se ocultaba por mí.

—¿Todavía sigues creyendo esa mierda? —Resopla—. Han pasado años, Cup. No puedes ser tan obtuso. —Levanta una mano para evitar que hable—. Si él se ocultaba por ti, ¿por qué te ocultabas tú? ¿De qué tenías miedo?

—No lo sé. De todo, creo.

—Yo sí lo sé. Tenías miedo de convertirte en alguien como él. Te asustaba la idea de hasta dónde podíais llegar juntos en una relación. Puede que funcionara un tiempo, pero no iba a ser para siempre. Él te habría acabado destrozando como George Sand destrozó a Chopin. Mira todo lo que hizo contigo estando muerto. Mira lo que te sigue haciendo.

—Baker.

—¿Qué? ¿Estoy siendo duro? —Compone una mueca—. Perdona. Seré más delicado.

—No quiero que seas delicado, joder. —Sebastian se pasa una mano por la nuca y estira el cuello—. Hablábamos de *Barnard*.

Jude esboza una sonrisa. *Barnard*. Claro. Es mejor ir a lo seguro.

—El caso es que imaginé a la persona que publicaba ese cómic capítulo a capítulo ocultándose en una mentira. Te imaginé como estaba yo. Asustado, destrozado, sin ganas de vivir y sin nadie a quien contárselo. Imaginé que *Barnard* era tu escenario, igual que el mío lo eran las mentiras que contaba. «El mundo es un escenario, y todos los hombres y mujeres son meros actores», ¿recuerdas? —Sonríe al recordar el pasado; los hoyuelos aparecen, aunque no sea una sonrisa alegre.

—Y decidiste buscarme —resuelve Sebastian.

—No fue difícil, sabía dónde vivía Georgie y sabía dónde vivías tú porque Georgie me había hablado del hotel. Lo que no sabía era que te habías encerrado tras su muerte y llevabas meses aislado. Eso me pilló por sorpresa, la verdad.

Sebastian se acerca a él. Parece un extraño en la noche. Su cuerpo imponente, así como su rostro lleno de sombras, quizá debería darle miedo, pero solo le llena el pecho de mil sensaciones distintas. Porque es Sebastian y nunca tendría miedo de él.

—¿Por qué?

—No me imagino encerrándome por nadie; y ni de broma lo haría por él. Me gusta ser libre. Respirar. La sensación de estar en lugares abiertos, ser parte de todo. Me gusta mucho ser libre, Cup. Ni siquiera soporto la idea de que me entierren. No quiero estar en un ataúd. Quiero que me quemen y dejen mis cenizas donde pueda llevárselas el viento.

—¿Qué esperabas de mí? ¿Era curiosidad por saber quién era el chico que más lo conocía? No me trago que quisieras que cambiara el final de *Barnard*.

—Esa fue una mentira fácil. Cualquiera podía creérsela. Todos se la creyeron, incluso tú. Una medida para un fin, que era convencer a tu hermana de que me dejara quedarme en el hotel hasta que terminaras de publicar el cómic. —Soporta la vergüenza que le provocan sus propias

palabras con un encogimiento de hombros—. Fueron las peores mentiras, las que les dije a las personas que más me importaban.

Sebastian no lo interrumpe mientras él busca la manera de expresar todo lo que pasó durante las semanas en las que fue haciéndose un hueco en su vida.

—Esperaba conocerte, descubrir cuánto daño te había hecho a ti. Si pasamos por lo mismo. Esperaba salvarte, creo. No lo sé, *quierodecir*, solo estaba jodido y buscaba una razón para seguir vivo. Luego me di cuenta de que era una gilipollez.

—¿Yo?

—No, idiota. Todo ese rollo de salvar a alguien. Nadie puede salvar a nadie. Difícilmente puedes salvarte a ti mismo, pero estás hecho para eso, naces con ese instinto de supervivencia. Puedes buscar la manera de salvarte, aunque no siempre tengas fuerzas y fracases. Pero solo puedes salvarte tú, tienes algunas de las piezas dentro y te buscas la vida para encontrar el resto. Eso fue lo que aprendí cuando te conocí, cuando os conocí a todos. —No intenta contener las emociones cuando lo mira a los ojos. Quiere que lo vea—. Me enamoré de vosotros y de lo que erais cuando estabais juntos y quise formar parte de ello. Por fin tenía amigos y sentía que ya no estaba solo. Tenía mil razones para seguir, para curarme. Dios. Quería seguir vivo. Ahí fue cuando lo odié de verdad —confiesa con un estremecimiento causado por la rabia—. Georgie no me hizo un daño irreparable, Cup, pero por un tiempo me quitó lo que más me importaba: las ganas de vivir. Y eso nunca se lo perdonaré. Me importa una mierda que esté muerto; nunca se lo voy a perdonar.

El corazón de Jude se detiene. Sebastian tiene la mirada vidriosa y los hombros tensos. Sabe que quiere preguntarle algo y Jude solo quiere que lo haga. Necesita que lo haga. Necesita quitárselo todo de dentro. Le acaba de contar más ahora que en todos los años de amistad. Solo tiene que preguntar y Jude será libre; él terminará de conocerlo, lo sabrá todo, podrá quererlo, si quiere, si puede, si el recuerdo de George lo deja.

Jude nunca podrá sentirse completo con él si no se lo cuenta. Lara tiene razón. No puedes construir una relación a base de silencios, terminaría enferma, enquistada. Y Jude lo quiere demasiado para permitirlo. Necesita que le pregunte casi tanto como escucharlo decir su nombre.

—Al final sí lo hiciste —dice Sebastian, rompiendo por fin el silencio.

—¿El qué?

—Salvarme. Me sacaste de mi encierro casi a la fuerza. Y así fue como me salvaste.

—De eso nada. Tú fuiste quién abrió la puerta. Yo solo era una mosca que zumbaba por ahí. —Esboza una sonrisa triste.

Sebastian le acaricia el hoyuelo.

—Tengo que darle las gracias por traerte a mí.

—¿A él? —pregunta con pesar.

—A tus ganas de vivir. A esa curiosidad que llevas dentro.

Jude respira hondo para tragar la amargura que lo consume. Aun con todo, se siente feliz de haber hablado con él sobre cómo se sentía cuando lo conoció. Era una deuda que tenían pendiente. También se siente inmensamente triste. Comprende que no le va a preguntar nada. Quizá nunca lo haga. Su esperanza muere ahí, en esa calle de Londres donde nadie los conoce.

«¿Del uno al diez?».

Jude se siente un cinco.

CAPÍTULO 29

JUDE



Esta vez, cuando suben a la habitación, algo ha cambiado. Apenas se miran, no se tocan y están todas esas palabras no dichas flotando sobre sus cabezas. Sebastian no se le acerca y Jude no lo mira de reojo. Chopin aún suena dentro de su cabeza. La música lo calma. Se pierde en esas joyas que son el legado trágico de un genio. George Sand hablaba de los preludios en una biografía que había leído, de lo mucho que le costaba distinguir a Chopin los sueños de la realidad. De las noches en vela frente al piano, enfermo, triste y solo. De la sonrisa que se esforzaba por componer a pesar de todo.

Sebastian tampoco le da la mano en el pasillo, y cuando entran en la habitación, Jude repara en el espejo del recibidor. Se acerca para mirarse en él y, por un momento, no se ve a sí mismo, sino la cicatriz del tiempo, las heridas que están palpitando a pesar de que el tiempo se encargó de cerrarlas.

Y entonces lo siente a su espalda. Su calor, su olor, su fuerza.

Mira el reflejo de Sebastian en el espejo y cómo este a su vez lo mira a él. Percibe la forma del miedo en sus expresiones, la preocupación. Ve cómo baja la vista a su cara, a esos hoyuelos que están ahí pero no puede alcanzar. Lo ve tragar saliva. Lo ve dudar. Y luego, simplemente, observa cómo apoya la frente en su hombro.

—Háblame, Baker.

—¿Qué quieres que diga?

—Cualquier cosa. Nunca has necesitado un motivo para hablar.

Jude sonríe.

—Es que me he dado cuenta de una cosa.

—¿De qué cosa?

—De que el silencio puede caber en otro silencio.

—¿Qué quieres decir?

—Que puedes guardar secretos en silencios y silenciarlos en otro silencio cuando están a punto de escaparse.

Ha estado a un paso de contárselo todo, de sacar sus secretos del silencio en el que los ha encerrado, pero Sebastian se ha encargado de que no lo haga. Ha silenciado su silencio.

Claro que no se lo dice.

Antes de que Sebastian tenga tiempo de añadir nada, le pregunta:

—¿Podemos hacer algo? —Su amigo alza la cabeza y lo mira a través del espejo—. *Quierodecir*, ir a algún sitio. No es que esté pensando en hacer algo. No me malinterpretes, me

apetece hacer algo siempre, pero ahora tengo hambre. Me cuesta más ponerme cachondo si tengo hambre —admite, solo para quitarle hierro al asunto.

—Ajá. —Sebastian se pega a su espalda y baja el rostro hacia su cuello para susurrar—: ¿Puedo comprobar eso?

—Mejor que no —musita Jude con la voz entrecortada cuando Sebastian introduce la mano derecha dentro de su camisa y le acaricia la zona por encima de la cintura. Jude cierra los ojos y siente cómo la mano izquierda de Sebastian busca la suya y entrelaza los dedos por detrás.

—Te noto algo tenso. —El aliento en su cuello y la forma en que arrastra los labios, dejando pequeños mordiscos en su piel, consiguen que la adrenalina se le dispare y bombee a través de su corazón. El gemido que se le escapa cuando le pasa la lengua por la clavícula no puede ser más esclarecedor—. Baker, pensé que habíamos dejado lo de las mentiras atrás.

—Eso no ha tenido ni puta gracia.

Intenta apartarse, pero Sebastian lo aplasta todavía más contra sí. Jude puede notar su erección clavada en la zona lumbar.

—Lo sé, por eso lo he dicho. Relájate, Baker. Solo intento que puedas bromear sobre eso. —Le agarra la mano que aún tiene aferrada y se la lleva a los labios para besarle la cara interna de la muñeca. A través del espejo, Jude observa cómo mueve las pulseras con la nariz; se entretiene dejando un reguero de besos en torno a la zona de los pliegues de su muñeca para después llegar a la palma—. Que deje de hacerte daño. —Lo besa y muerde un poco más arriba, en el lugar del músculo cercano al pulgar.

—Vale, para. —Jude apenas puede respirar—. Tú ganas.

—¿Qué gano?

—A mí, evidentemente. Puedo ser tu postre si quieres, si te gusta comer antes el postre, claro. ¿Te gusta? A mí no me importa, ya sabes que soy más de salado que de dulce. Pero tienes que saber que yo soy muy dulce. No quiero que te empalagues si empiezas ya. —Jude lo mira a través del espejo. Sebastian le ha soltado la mano y su gesto es la viva imagen de la incredulidad —. Cup, tienes una cara de flipado muy graciosa.

—No tengo cara de flipado.

—Me has puesto a prueba y he perdido. Sé admitir mi derrota. —Se señala la entrepierna—. ¿Me la hago yo o me la haces tú?

Esta vez, la cara de Sebastian consigue que se empiece a reír a carcajadas. Tanto que Sebastian resopla y se aparta de él, indignado.

—No sé qué te hace tanta gracia.

—Pues tú, claro. —Jude se acerca—. En una prueba para ver quién se pone más cachondo siempre voy a ganar yo.

La mirada de Sebastian le provoca un cosquilleo delicioso.

—No tienes ni idea.

—¿Lo quieres poner a prueba? —lo reta, y de repente se encuentran otra vez pegados y percibe de nuevo el calor de Sebastian. Levanta la vista para mirarlo y Sebastian la baja—. ¿Me lo quieres demostrar o prefieres que te lo demuestre yo?

Lo que sucede a continuación lo deja flipado a él. Sebastian lo sujeta de la cintura para que no se caiga mientras lo empuja contra la pared.

—¿Qué hay que demostrar, Baker? ¿Que te deseo? —Los nervios de Jude se disparan cuando su amigo aplasta su cuerpo contra el suyo y lo siente todo. El deseo le recorre la columna vertebral hasta detenerse en sus testículos. Dios—. ¿Necesitas que te lo demuestre?

Sebastian estampa los labios en los suyos y la presión de su boca, así como la forma en que su lengua comienza a penetrarlo, casi consigue que se caiga; tiene que aferrarse a su abrigo para no hacerlo. Le acaricia el pulso y lo mantiene bien sujeto por la cintura mientras le folla la boca como solo él sabe hacerlo. En el instante en que el muslo de Sebastian hace presión contra su erección, Jude pierde el sentido. Gime contra sus labios y lo atrae más hacia sí, tirándole de la camiseta.

—¿Te parece lo suficientemente claro?

—Por mí puedes seguir, Cup. No te cortes nada —murmura con una sonrisa.

Sebastian le devuelve la sonrisa antes de atraparle el hoyuelo con los dientes. Luego se aparta, dejándolo tembloroso y frustrado.

—¿Qué haces? —inquiere cuando lo ve palpar los bolsillos traseros para asegurarse de que lleva la cartera.

—Ir a cenar. ¿No tenías hambre? —Sebastian se quita el abrigo fino y coge otro de plumas híbrido con capucha que le llega por encima de las rodillas, y que se pone sobre la camisa azul de manga larga y cuello redondeado con un bolsillo en el lado izquierdo del pecho.

—¿Y el postre?

Sebastian se está abrochando la chaqueta cuando lo mira.

—Para el final, Baker. Siempre lo mejor para el final.

Jude se cruza de brazos.

—Veo una falta de compatibilidad preocupante, Cup. Deberíamos hablarlo.

—Calla, Baker.

—Cállame tú. Puedes repetir eso de empujarme contra la pared. Me ha gustado mucho.

Sebastian lo ignora.

—Vamos. Hay un restaurante vegetariano famoso en el Soho y cierra a las once, así que tenemos bastante tiempo.

—¿No prefieres una de tus hamburguesas carnívoras? A mí no me importa acompañarte. Me puedo pedir ensalada.

—Ya he reservado mesa. —Abre la puerta de la habitación y le hace un gesto para que salga.

—Me gusta cuando te pones mandón.

—¿Desde cuándo?

—Desde que todo se reduce a ti y a mí contra una pared —explica como si tal cosa—. O, más bien, a mí contra la pared y a ti empotrándome.

—Baker, sal. Ahora.

—No hace falta que te esfuerces por ponerme cachondo, Cup. Aún sigue bien despierta.

Sebastian resopla y sale de la habitación, dejándolo atrás.

—Cuando te pones en plan abuelito no molas nada —refunfuña Jude.

—Lo que tú digas.

De pronto, Jude tiene una idea.

—¿Podríamos ir a un bar gay después de cenar? Hace mucho que no voy a uno.

—Lo pensaré.



Pasaban las diez de la noche y el *pub* al que Sebastian lo había llevado después de cenar estaba abarrotado. No encontraron ningún sitio libre en la entrada del local, donde había dispuestas varias mesas ocupadas por parejas, así como dos largas hileras de sillones de cuero rojo. Habían tenido que entrar dentro, donde la música estaba más alta y la iluminación atenuada para crear ese efecto de luces parpadeantes. No habían conseguido sitio para sentarse, pero sí una mesa alargada de madera pequeña donde colocar sus bebidas.

—Hace más de trece años que no piso un sitio como este —advierte Jude, apoyado en la pared de piedra mientras se toma una sidra de frambuesa—. Había olvidado lo que se siente.

—¿Cuando todos te miran? —inquiere Sebastian.

—¿Por qué crees que me miran a mí? Yo creo que te miran a ti.

Jude le da un sorbo a su bebida mientras observa el lugar. La barra de ladrillos de piedra rojiza; los focos en las vigas del techo; las bolas de espejos que cuelgan del mismo y que reflejan la luz en varias direcciones; las mesas bajas con asientos de cuero ocupadas por algunos afortunados, así como el reservado del fondo. Y la gente; sobre todo se fija en los desconocidos que inundan la sala.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunta Sebastian. Su mano roza el brazo de Jude cuando toma su jarra de cerveza negra de la mesa y le da un buen trago. Se ha quitado el abrigo, pero no se ha remangado la camiseta, cosa que sí ha hecho Jude en cuanto la ola de calor ha caído sobre él.

—¿Que mides casi dos metros y estás cañón? Eres un empotrador en potencia.

—Precisamente por eso no me miran a mí, Baker. Soy del montón. Hay decenas como yo repartidos por el local, buscando a alguien como tú. —Sebastian señala el espacio, lleno de cuerpos que se mecen con la música; ríen, beben y son libres.

Jude nunca se ha sentido atrapado, es parte de su personalidad, lo cual no siempre es una ventaja. A la gente no suele gustarle otra gente que no piensa o actúa como se supone que debería actuar la gente «normal». Jude no hace nada por contentar a esa gente, todo lo contrario, se muestra incluso más abierto y sincero. Si huyen, si no vuelven, significa que no tendrían que haber estado desde un principio. Quizá por eso en el pasado sus mejores amigos eran el piano y su *golden retriever*.

No obstante, la primera vez que entró a un *pub* similar y vio un cambio significativo en su acompañante entendió que para muchas personas cruzar la puerta de entrada de un lugar como ese debía ser como salir del armario. Nadie te juzga, nadie te mira como si fueras algo que tuvieran que mirar, nadie pregunta. Eres tú, libre de todo. Puedes relajarte, puedes dedicarte a divertirte.

—¿Un chico tímido con ganas de ser empotrado?

—¿Tímido tú?

Jude se encoge de hombros.

—Soy supertímido.

—Cuando duermes, a lo mejor. —Sebastian esboza una sonrisa torcida. Se inclina hacia él. Jude se fija en cómo le mira los labios—. Me refiero a un chico libre, sin complejos, arrebatadoramente sexi, con las ideas claras.

A Jude se le escapa una sonrisa. Casi puede verse a sí mismo derretido en la mesa. Tiene que mirarse las manos para comprobar que no empieza a estarlo ya.

—Vaya, Seb. Parece que quieras llevarme a la cama.

—Quiero hacer algo más que eso —murmura con voz ronca.

Jude también se inclina hacia él.

—¿Te parece que tengo las ideas claras?

Sebastian enarca las cejas.

—Vaya, Baker —lo imita—. Pensé que me ibas a hablar de lo arrebatadoramente sexi que eres.

—Pero es que eso ya lo sé. Soy una preciosidad. Tú mismo lo dijiste —le recuerda, porque quiere que sepa que de verdad ha borrado ese otro recuerdo. Que piensa en él y en su voz cuando se lo dijo.

—Me gustaría ser la mitad de seguro que tú. Es una de las cosas que más me gustan de ti.

—¿Que te diga a la cara lo mucho que me pones?

—Que no tengas miedo de decirlo, aunque creas conocer mi respuesta. —Sebastian le tira de una de las trenzas con suavidad—. Lo mucho que has insistido; nunca te rendiste con nosotros.

—Eso es ser pesado —replica él—. No tiene nada que ver con tener las cosas claras.

—Que tengas las cosas claras es la razón por la que estamos hoy aquí. Puedes llamarlo terquedad si quieres, para mí es saber lo que quieres y darlo todo por conseguirlo. Eres valiente, Baker. Yo no habría podido. Habría tirado la toalla hace mucho tiempo.

—Y te habrías sentado en ella a esperar. Tiras la toalla, pero esperas. Así es Sebastian Evans.

Su amigo se pone recto. Menea la cabeza y bebe un trago largo de cerveza antes de volver a hablar.

—Joder. Eso suena triste.

—Sea como sea, no habría sido tan plasta si no creyera que mereces la pena.

—¿Estás seguro de eso? —La voz de su amigo suena grave—. ¿Del uno al diez? ¿Cuánto?

Jude puede sentir el peso de la pregunta clavarse sobre él. Se muerde el labio. Mira hacia la barra.

—Espera aquí. —Deja el vaso sobre la mesa para abrirse paso entre los cuerpos que revolotean por el local hasta llegar a la barra. El camarero lo observa con una sonrisa ladeada cuando pide prestado un bolígrafo. Es alto y tiene una sonrisa bonita. Es lo único en lo que se fija. Jude siente debilidad por las sonrisas de los demás.

—¿Te apunto mi número? —pregunta el camarero una vez se lo tiende.

—No hace falta, gracias —contesta—. Enseguida te lo devuelvo.

El camarero suelta una risotada.

—Te lo puedes quedar. Si cambias de opinión ya sabes. —Le guiña un ojo.

En cuanto se sitúa de nuevo junto a Sebastian, lo toma de la mano y saca la punta del boli.

—Volvamos a la pregunta. —Le da la vuelta a la mano de modo que la cara interna de la muñeca queda bien visible. Su mano izquierda—. ¿Del uno al diez?

Jude escribe:

+∞

Sebastian mira el símbolo y lo mira a él.

—Vuelves a mirarme como si fuera un melocotón, Cup.

Sebastian se inclina y lo besa. Un beso ardiente que le pone la piel de gallina y la polla durísima.

—Te voy a comer esta noche como si lo fueras.

—Tengo muchas ganas de que lo hagas. ¿Podemos ir ya?

—Vamos a bailar antes.

—Espera, ¿Sebastian Evans quiere bailar? ¿Qué le han echado a mi bebida? —Coge la botella vacía de la sidra para ver los ingredientes.

—Odio bailar, pero puedo soportar una canción lenta contigo. Llevas un rato mirando hacia la pista.

A Jude no le sorprende que se haya fijado. Sebastian siempre se fija en él.

—Vamos antes de que te arrepientas. —Jude se engancha el bolígrafo en uno de los huecos de los botones de la camisa y le tiende la mano.

Cuando están en la pista, rodeados de cuerpos sinuosos, parejas que bailan en sincronía y cuerpos solitarios, Jude se coloca frente a él.

Eso también lo había hecho antes, pero no de la misma forma. No con las mismas ganas ni con la misma emoción. No con alguien a quien querría recordar. Porque sí, era George la persona con quien había acudido a un *pub* como ese. Era George al que había visto liberarse. Bailar con otro chico. Besar a otro chico. Tocar a otro chico. Irse a follar con otro chico mientras Sebastian estaba en alguna parte pensando en él y en todo lo que estaba mal de la dolorosa relación que tenían.

Aparta todos esos pensamientos de la cabeza y se centra en ese chico al que no puede dejar de mirar y querer.

—Cup, es fácil. Solo tienes que agarrarte bien a mí y deslizar los pies. —Guía las manos de Sebastian para que lo abrace por la cintura. Él, a su vez, le rodea el cuello con los brazos y levanta la mirada—. La clave es agarrarme bien fuerte.

Nada más decirlo comienza a mecerse como si se deslizara, a un lado y a otro pero sin moverse del sitio; solo sus cuerpos se balancean.

—La clave eres tú. —La voz de Sebastian le hace cosquillas en los labios.

—Tu cuerpo pegado al mío —musita Jude cuando le acaricia los labios con la nariz y le muerde el inferior.

—Tu boca en la mía.

Sebastian lo atrae hacia él. Sus cuerpos se funden y sus bocas se encuentran en un beso profundo y lento. Jude se pregunta si Sebastian pretende averiguar las distintas maneras de hacerle perder el sentido.

La lengua de Sebastian se encuentra en algún lugar de su boca y en todas partes a la vez. La sensación es demasiado intensa y dispara latigazos de placer por todo su cuerpo. No lo soporta, y porque no lo soporta baja las manos a su culo y se frota contra su polla, lo que le arranca un gemido y otro más excitante a Sebastian.

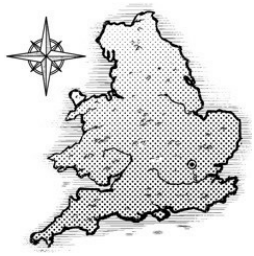
—¿Podemos irnos ya? —ruega cuando se separa para tomar aire. Ser consciente de su deseo y del corazón aceleradísimo de su amigo lo pone a cien.

Sebastian introduce los dedos en su pelo y lo agarra para levantarle la mirada en un gesto hambriento que podría hacer que se corriera allí mismo.

—Sí.

CAPÍTULO 30

SEBASTIAN



El camino al hotel es una auténtica tortura. Sebastian no le presta atención al frío, ni a los transeúntes ni a nada que no sea la mano de Jude, el calor de Jude que se le mete dentro y no lo deja pensar con claridad.

Han empezado a caer gotas de lluvia y el pelo le brilla bajo la luz de las calles. Se le llena el pecho de emociones al advertir lo hinchados que tiene los labios. El deseo latente en sus ojos le lanza una descarga directa a los testículos.

Jude le sonríe y aparecen los hoyuelos y a Sebastian se le empieza a ir la cabeza. Decide no mirarlo. Si lo hace perderá el poco control que le queda.

El último tramo lo completan corriendo, ya que ha empezado a llover con más fuerza. Sin aliento y entre risas, entran en el ascensor, donde se mantienen respirando con dificultad a una distancia prudencial junto a otras dos personas que suben con ellos.

Sebastian puede sentir la electricidad entre los dos, el impulso magnético que los atrae el uno al otro, así como el peso de la mirada de Jude sobre él. Pero nada puede prepararlo para lo que sucede cuando entran en la habitación y se vuelven a quedar solos.

Nada lo puede preparar para Jude Baker.

Casi se le escapa su nombre cuando este se deshace de los zapatos y el abrigo mojado sin quitarle los ojos de encima. Espera con la respiración acelerada, y no precisamente por la carrera. Baja la vista a su entrepierna y observa el bulto en sus pantalones. Joder. Es tan sexual que lo va a volver loco. Jamás en la vida había experimentado algo así. Siente que se ahoga si no lo toca, si no lo siente y escucha sus gemidos. Cada vez que Jude gime el mundo se vuelve borroso y a él le urge la necesidad de darle todo lo que no le ha dado ya, si es que queda algo. Porque Jude lo tiene. Cuando le dijo que lo tenía lo decía en serio. Se ha entregado a él por completo. Se lo ha dado todo. Lo necesita todo.

Jude se percata del lugar al que dirige los ojos y esboza una sonrisa maliciosa. Se desabrocha los vaqueros despacio, sin apartar la vista. Se baja la cremallera y un segundo después tiene los pantalones en el suelo y la palma de la mano sobre su entrepierna.

—¿Quieres que me haga una rápida mientras miras? A lo mejor se te anima la cosa —musita con tono burlón, acariciándose la erección por encima de la tela.

Ahí está Jude Baker, el chico que lo vuelve loco.

Sebastian se quita los zapatos.

—¿Crees que necesito animarme?

—Dímelo tú. Estás a mucha distancia. Ni siquiera me estás tocando, así que no lo sé. No

puedo verte la polla, Seb. A lo mejor si te acercas y me dejas tocarla un poquito puedo hacerme una idea. —No deja de acariciarse mientras le habla; cada movimiento descendente consigue que la cinturilla del bóxer se deslice hacia abajo. La tela es casi transparente y, joder, se le ve todo. La forma de la polla, la cabeza endurecida, los testículos oscuros y redondeados.

Hay una batalla dentro de Sebastian. Su parte controladora lucha contra esa otra que quiere ir despacio, ser paciente. En cuanto a la otra… La dominante solo quiere poseerlo de todas las formas posibles. No ayuda que Jude disfrute jugando con él, consciente de que lo único que hace es poner el freno de mano mientras aprieta a fondo el acelerador.

—Está bien, Baker. Te dejo que me animes. —Con toda su frustración y el dolor de huevos, decide jugar a su mismo juego. Se acerca unos pasos, deja caer el abrigo al suelo y se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros para aliviar un poco la presión de su entrepierna. Casi se echa a reír al ver la cara que pone Jude, entre confuso e indignado—. ¿Qué? ¿Ya se te quitaron las ganas? —inquiere al ver que ha dejado de tocarse—. ¿Quieres que te enseñe? Mi mano izquierda tiene un máster en eso.

—Sé perfectamente cómo tocarme. Lo hago todas las noches antes de dormir. Lo hago pensando en ti. Y no es tu mano izquierda en lo que pienso, Cup.

La visión de Jude haciéndose una paja mientras piensa en él cada noche es demasiada tortura, y más cuando lo tiene ahí delante y pretende hacer justo eso. Delante de él. Animado por él. Se pregunta en qué cojones está pensando.

—Bien, pues sácate la polla y haz que me anime, vamos —consigue decir, no sabe ni cómo.

Las mejillas de Jude enrojecen, no está seguro si de vergüenza o de indignación. Se muerde el labio inferior y sus ojos echan chispas de una manera que consigue que la polla de Sebastian le recuerde lo que le gustaría estar haciendo en ese momento concreto.

Jude se deshace de los calzoncillos sin quitarle la vista de encima. Su erección se balancea dura, gruesa y sonrosada, con una gota en la punta. Sebastian se queda absorto mirando cómo la abarca con la mano y se lleva la gota al acariciar el glande con el pulgar, despacio. A continuación, con movimientos hábiles y precisos, le demuestra cómo le gusta. Jude abre los labios y su respiración se acelera a medida que baja y sube en torno a su polla.

—¿Esto es lo que quieres ver? —pregunta Jude, que de pronto aumenta el ritmo de su muñeca y se emplea a fondo en lo que hace. Respira con fuerza y sus piernas esbeltas se tensan y tiemblan con los embates. No deja de acariciarse cuando busca apoyo en la pared—. Enseguida llego, Cup.

Sebastian se queda inmóvil. Apenas puede respirar mientras observa cómo Jude abre las piernas, totalmente entregado al momento, y jadea al ritmo de sus caricias. Con la otra mano se aprieta la ingle, como si necesitara el contacto, esa presión ahí, y se toca los testículos. Lo peor de todo es que no deja de mirarlo en ningún momento.

En el pasado, había soñado con tenerlo así. No de esa manera, no masturbándose mientras él lo mira como un gilipollas en lugar de estar follándoselo. Había soñado con la posibilidad de estar con él. Se había imaginado cómo sería probar sus labios, su piel, arrancarle gemidos. Y ahora… Es demasiado.

Jude desliza la mano izquierda por debajo de su camisa rosa para acariciarse el pezón y Sebastian pierde la cabeza.

—Para, Baker.

En apenas un par de zancadas se detiene delante de él y le aparta las dos manos. Lo toma de las muñecas y las mantiene unidas sobre su cabeza, agarrándolas contra la pared con la mano

derecha.

—¿Ya estás animado? —le pregunta con los hoyuelos sonriendo por él.

Sebastian lo agarra del pelo, justo como lo hizo en el *pub*, y le levanta el cuello.

—Llevo años animado, Baker. Años —repite—. Te voy a demostrar lo animado que estoy.

—Qué miedo.

Sebastian lo empuja contra la pared y atrapa sus labios en un beso demoledor que lo deja sin respiración, moviendo su lengua a un ritmo lento e inclemente, saboreándolo, excitándolo. Le fascina cómo se enciende su cuerpo cuando lo besa, la boca es una zona erógena para Jude y a él le encanta dárselo todo, sentirlo todo. Toma su polla con la mano izquierda y se dispone a terminar el trabajo por él. Sebastian es más demandante a la hora de tocarlo. Presiona y se mueve a un ritmo rápido y lento, ejerciendo la fuerza justa para tenerlo suplicando y moviendo la cadera contra su mano. Jude tiene su propio lenguaje y ahora mismo le grita que está a punto de correrse.

—Cup. —Se le escapa un sollozo ronco. Intenta soltarse las manos pero él lo agarra con más fuerza.

—Te dije que tenía un puto máster. No escuchas, Baker. —Solo necesita volver a penetrarlo con la lengua para que se corra con violencia. Sebastian lo tiene que aplastar con su cuerpo para evitar que se escurra hasta el suelo.

Jude todavía tiembla cuando le suelta las manos y se dedica a lamerle y mordisquearle los labios.

—Cup. Me he corrido.

Este chico es un sueño. ¿Cómo puede ser tan sexual y tan inocente a la vez? Es una locura. Lo vuelven loco su voz, su piel, su olor. Él también sabe cómo huele, aunque no se lo podría explicar. Tiene un toque a cítricos y al olor de las tortitas recién hechas. Huele a Jude. Podría distinguir su olor entre cientos de personas con los ojos cerrados.

—Mi camiseta es testigo. —Le da un beso en la punta de la nariz.

—Quiero que te corras tú también.

—Hay tiempo para eso.

—Pero Seb… —protesta, y empieza a desabrocharle los pantalones. Él le aparta las manos.

—Tranquilo, todavía no he acabado contigo.

—Ah, ¿no? —Se le escapa una sonrisa.

Sebastian no puede evitar morderle el hoyuelo para luego deslizar su lengua por él; se le hincha el pecho al comprobar cómo crece la sonrisa de Jude a causa de sus caricias.

—Para nada —le asegura—. Ve a darte una ducha. Luego voy yo y así te da tiempo de recuperarte. Estamos mojados y no quiero que ninguno de los dos se ponga malo. —Planta un beso en sus labios y se aparta.

—No necesito tanto tiempo, Cup. —Jude le señala la entrepierna.

No tiene claro si dejarlo ir o hacer que se corra otra vez.

—A la ducha, Baker.



La ducha fría lo calma un poco, pero no lo suficiente para el impacto de entrar en la habitación y

encontrarse a Jude desnudo boca abajo, apoyado en los codos mientras desliza el dedo sobre la pantalla de la tablet, con las piernas flexionadas hacia atrás y balanceándolas de forma distraída. Se ha deshecho de las trenzas y el pelo le cae como una cortina a los lados. Las tobilleras de plata se deslizan con cada movimiento de sus pies.

No le había mentido cuando admitió que era sexi. Es el chico más sexi que ha conocido nunca. Y lo mejor es que ni siquiera pretende serlo. Le sale de forma natural. Se acerca a la cama. La visión del cuerpo de Jude, combinada con el roce delicioso que el movimiento de la toalla provoca en su polla, le resulta demoledora.

Jude se percata de su presencia y gira la cabeza.

Lo mira de arriba abajo y se muerde el labio.

—Cup, ¿te has corrido?

—No.

—Bien, porque me jodería que lo hicieras. La verdad es que prefiero que me jodas tú a hacérmelo yo mismo. —Esboza una sonrisa socarrona.

—Calla, Baker.

Jude deja la tablet sobre la mesita de noche y se sienta con las piernas cruzadas.

—Cállame.

A Sebastian se le hace la boca agua al comprobar que vuelve a estar excitado. Qué rápido es. Una puñetera fantasía.

—A eso voy. —Se quita la toalla y la deja caer al suelo.

Los ojos de Jude viajan directamente a su polla. Entreabre los labios y a Sebastian le van a estallar los huevos si sigue mirándolo de esa forma.

—Me gusta tu polla, Cup. Me gusta mucho. ¿Probamos a ver si le entra a mi culo? Me he preparado antes.

Cómo le gusta provocarlo. Lo peor es que le encanta que lo haga.

—Que te calles.

—Es que eres muy lento.

Sebastian se sube a la cama, apoyándose en las rodillas.

—Estira las piernas —le pide y su voz es casi una orden.

Jude obedece. No hay duda ni miedo en sus ojos. Tampoco lo hay cuando Sebastian lo agarra de los tobillos y tira de él con fuerza hasta que lo tiene acostado de espaldas sobre la cama. Jude solo respira profundo y se ruboriza mientras él le abre las piernas y se coloca entre ellas.

—Más. Ábrelas más —le ordena para poder tener un mejor acceso a su entrepierna—. Joder, Baker. Tendrías que verte ahora.

—¿Se nota que estoy muy cachondo?

—Algo más que cachondo.

Arrebatador. Sexi. Una belleza con el pelo extendido hacia los lados, los hombros anchos y esa cintura estrecha. Las piernas esbeltas y tonificadas y esos ojos que son incapaces de esconder lo que se le pasa por la cabeza. Sebastian apoya un momento los codos a los lados de su cuerpo y se inclina para besarlo en los labios, suave y profundo al principio y más demandante en cuanto lo siente gemir y buscar la fricción de sus pollas unidas. Qué maravilla.

—¿Te gusta que te folle la boca?

—Si sigues hablando así me voy a correr otra vez. Solo para que lo sepas.

Sebastian sonríe. Es consciente de cuánto le pone que le diga guarradas. Y puede que sea el único motivo por el que las dice. Sebastian no es muy aficionado a decir guarradas durante el

sexo. Tampoco es algo que haya practicado demasiado. Su experiencia se había limitado a sexo esporádico rápido y fácil con tíos a los que solo veía una vez y con los que apenas hablaba. Y durante el tiempo que estuvo con George era él quien se encargaba de decir guarradas cuando follaban, casi siempre con el fin de hacerlo sentir mal.

Lo que está experimentando con Jude es distinto. A él sí que le pone que le diga guarradas, que tome la iniciativa. Es un espectáculo ver lo cachondo que se pone, y a Sebastian le pone aún más el hecho de ver que lo hace. Cada vez que Jude pronuncia su nombre entre gemidos cuando se retuerce y tiembla por sus caricias, se siente en la gloria.

—No te imaginas la de cosas que quiero hacerte —susurra cerca de su oído. Mueve la cadera y el contacto de sus pollas duras y palpitantes los hace gemir a los dos.

—Hazlo todo ya, Cup. Por favor. —Jude se aferra a su culo y lo pega más a él. Las caricias de sus erecciones son una tortura y Sebastian siente cómo le pesan los testículos. Pero no quiere hacerle caso a su propio placer. Esa noche es para Jude.

Con un esfuerzo doloroso, se separa de su agarre.

—Deberías trabajar la paciencia, Baker. —Solo para torturarlo, mueve de nuevo su erección contra él, provocándole un estremecimiento y un resoplido de frustración—. Te vas a estar quieto y me vas a dejar hacer.

—¿El qué?

—Ahora verás. —Deposita un beso en la comisura de sus labios y desciende por su cuerpo para colocar el rostro entre sus piernas.

Sebastian desplaza su erección con el fin de estar más cómodo y se tumba con los codos apoyados en el colchón y las piernas de Jude por encima de los hombros. Le besa la cara interna del muslo y sigue un recorrido de besos hasta llegar a la ingle, deslizando su lengua por esa zona sensible. A Jude le empieza a faltar el aire.

—¿Qué haces? —La voz le sale entrecortada.

—Aprenderte —declara—. Voy a leer cada rincón de ti hasta que sepa cada secreto de tu cuerpo.

—¿Y qué harás después? ¿Leer las mejores partes? ¿Vas a dejar pósits o algo así?

—Calla, Baker.

—Seb, esa postura. Dios. —Echa la cabeza hacia atrás y se tapa el rostro con el antebrazo.

—¿Qué pasa con la postura? Tengo una visión espectacular desde aquí. —Le da un largo lametazo a su erección, que se endurece todavía más.

Jude jadea.

—Es vergonzosa.

—¿Quieres que me quite?

—Pues no.

—Entonces deja de quejarte por quejarte.

—No me estoy quejando, Seb. Puedes quedarte donde estás para siempre. Pero es que no te puedo ni mirar y al mismo tiempo quiero que te quedes a vivir ahí. ¿Lo entiendes? Porque yo no. —Resopla con las mejillas encendidas—. Y tú estás tan tranquilo, como si estuvieras leyendo un libro. Podría correrme viéndote entre mis piernas.

—Eso estropearía mis planes.

—¿Qué planes?

—Quiero probar una cosa. Relájate y cierra los ojos.

Jude hace lo que le pide y se deja caer de nuevo contra el colchón.

Sebastian se aparta de él para coger un par de sobres de lubricante y un momento después vuelve a colocarse en la misma posición. Le acaricia la erección con la mejilla cuando le besa la ingle y repite las mismas caricias en el otro lado. Jude deja escapar un suspiro prolongado y se estremece cuando usa la lengua.

—Tienes cosquillas aquí.

—Un poco, pero es que con la lengua es… —Gime cuando Sebastian desliza de nuevo la lengua por la ingle—. Es mucho, Cup.

—Te gusta.

Cada vez que le habla o lo acaricia con la lengua, le roza la polla con la mejilla, y cada vez que lo hace, siente el escalofrío de Jude, delicioso, y cómo se le pone la carne de gallina. Empuja las caderas contra el colchón por inercia, porque lo necesita, porque, joder, se está volviendo loco.

—Mmm. —Jude se impulsa hacia su boca en respuesta.

Sebastian dirige los labios a su erección. Deposita pequeños besos, pero no llega a darle lo que necesita.

—Seb. ¿Estás probando algún tipo de tortura? Porque se te da de maravilla.

—Ya te lo dije, intento aprenderte.

—Puedes intentar hacer otras cosas. Digo, yo estoy preparado. Por si no te has dado cuenta. *Quierodecir*, si es por acariciarme, hay partes más necesitadas.

—No lo he notado. —Se incorpora un momento para darle un besito en la punta.

A Jude se le escapa un gemido agudo.

—Dios. Vas a ir al infierno por eso.

—Ajá. Y tú vas a venir conmigo. —Sin darle tiempo a que repare en lo que va a hacer, vuelve a incorporarse y esta vez se la mete entera en la boca.

El sabor salado que le explota en el paladar, así como los gemidos de Jude, consiguen que se mueva con más desesperación contra el colchón. Se la mete bien adentro. Agarra la base y le abre más el muslo para tener un mejor acceso a él. Luego se la saca y desliza la lengua por la cabeza, succionando.

—Oh, Dios —Jude se estremece entre gemidos roncos—. Eso ha sido altísima traición.

—Calla y disfruta. —Se la mete hasta la garganta y comienza a deslizarla dentro y fuera. Jude lo agarra del pelo y lo insta a que profundice más, moviendo las caderas. Es consciente de que lo quiere más rápido y más fuerte porque es Jude y es así como le gusta. Sonríe. Todavía no. Levanta la cabeza para apartarle la mano—. Acuérdate de respirar, Baker.

—No está entre mis prioridades ahora mismo.

Sebastian vuelve a besarle la ingle y a olvidarse de esa parte de su anatomía que requiere atenciones. Jude vuelve a posar la mano en su cabeza para dirigir los movimientos de su boca.

—No. —Esta vez le da un manotazo—. Te dije que quería probar una cosa.

—Es que me estás volviendo loco.

Sebastian abre uno de los sobres de lubricante que ha traído de casa y nota que Jude se tensa.

—¿Qué estás…? —Jude se incorpora de manera instintiva y da un respingo al percibir el frío en su entrepierna.

—Relájate, Baker.

Lo embadurna con lubricante, acariciándolo de arriba abajo con deliberada lentitud. Jude se vuelve a recostar y él se siente de maravilla cuando lo ve dejarse arrastrar por el placer que le está provocando. Acompaña sus caricias con suaves besos en los muslos de su amigo. A

continuación, le levanta todavía más una pierna, despegándole el culo del colchón, y dirige los dedos embadurnados de lubricante hacia su entrada. Lo masajea ahí con movimientos circulares.

—Voy a meterlo. —Le da unos segundos para que lo detenga y enseguida presiona mientras le recorre la punta de la polla con la lengua.

—Vale, sí —contesta Jude apenas sin voz.

—¿Te han hecho esto alguna vez? —Se adentra en él hasta rozarle ese punto en el que Jude mueve las caderas y se estremece.

No le resulta difícil hacerlo, parece que Jude ha hecho los deberes y ha estado trabajando esa zona en el baño. Le duele la polla al imaginárselo metiéndose los dedos con el agua cayendo sobre él y ahora tiene ganas de recrear la escena, los dos juntos en la ducha.

Jude apenas puede respirar cuando contesta:

—Sí.

Sebastian mueve el dedo en torno a su próstata y el deseo de su amigo se dispara.

—Ahí. Sí, sí.

Arquea la espalda y Sebastian tiene que tirar de él hacia abajo para que vuelva a su sitio.

—Mmm. —Saca el dedo y lo vuelve a meter, rozando otra vez ese punto—. ¿Te gustó cuando te lo hicieron? —se atreve a preguntarle.

Por nada del mundo quiere cortarle el rollo. Permanece un momento quieto, instantes en los que Jude se dedica a respirar.

—Fue con Lara —explica con la voz más áspera de lo habitual.

Con Lara. La que lo sacó del pozo, la que consiguió que hoy pueda hacer todo eso sin sentir que hay algo malo en él. Durante unos breves segundos, a Sebastian le sobreviene el recuerdo de todo lo que le dijo en el tejado de la biblioteca, la rabia de ella, su dolor, el modo en que le arrojó la verdad a la cara. El pecho se le contrae y pierde la capacidad de respirar.

—Seb. —Es la voz suplicante de Jude la que consigue apartar los pensamientos de su cabeza. Es su momento, solo para Jude, no puede estropearlo.

—Shhh, vamos allá —dice más para tranquilizarse a sí mismo. Vuelve a concentrarse en los movimientos de su dedo—. Voy a meter otro —le informa antes de meter dos de golpe, despacio.

En el momento en que mueve los dedos en su interior y los dobla, nota cómo Jude se retuerce y su deseo se convierte en el aire que respiran de tan intenso como es. Solo se oyen la succión de los dedos, la boca de Sebastian que ha vuelto a trabajarle la polla y los gemidos suplicantes de Jude. Es una montaña rusa y le gusta ser él quien lo lleve a la locura.

—Seb —masculla entre gemidos roncos.

—Mmm. —La polla le golpea la garganta una y otra vez mientras los dedos se encargan de hacer su trabajo.

No necesita que le diga que se va a correr. Sebastian ya ha aprendido a leerlo.

—Me voy a correr —dice entre sollozos—. Seb, sácala.

Le empuja la cabeza para apartarlo, con los temblores del creciente orgasmo que lo devora por dentro. Sebastian le aparta la mano y profundiza aún más, buscando estimular su próstata. Jude se corre con un grito ahogado por su propia mano. Se agarra a las sábanas y mueve las caderas en su dirección mientras él hace lo posible por seguir dándole placer. No estaba preparado para nada de eso: el estallido caliente en el paladar, el sabor intenso, Jude, que no deja de moverse fuera y dentro de su boca. Sebastian se traga cada estremecimiento de su polla, cada palpitación y todos y cada uno de sus espasmos hasta que lo siente relajado y saciado debajo de

él.

Está tan cachondo y la necesidad es tan enloquecedora… Joder, necesita estar dentro de él, necesita sentir cómo su calor arrasa con todo.

—Te lo has tragado —dice Jude.

—Solo un poco. —Le saca los dedos del culo y se limpia los labios con el dorso de la mano. Le cuesta la vida moverse para coger la toalla del suelo por el propio temblor de su cuerpo.

—Nunca te imaginé haciendo eso —musita Jude mientras él se encarga de limpiarlos a los dos y vuelve a dejar caer la toalla al pie de la cama.

—¿Por qué no?

Asciende hasta quedar a la altura de su rostro, acostándose de lado con el cuerpo apoyado en el brazo derecho. Le besa la punta de la nariz.

—No lo sé.

—Pues no será la última, Baker. Es una puta maravilla que te calles y hagas esos ruidos sexis cuando te meto los dedos y me como tu polla a la vez.

—¿Hoy es el día de las guarradas? —Jude también se pone de lado, con la cabeza apoyada en el brazo flexionado.

—Ajá. —Sebastian le peina el pelo revuelto hacia atrás, acariciándole el cuero cabelludo.

—Cup.

—Mmm.

—Fóllame, venga. —La seguridad con que se lo pide le resulta enternecedora. Se acerca para besarlo en los labios. Jude compone una mueca cuando lo roza con la lengua—. Todavía tienes ese sabor.

Sebastian se ríe.

—Ese es tu sabor, Baker.

—¿Has probado muchas?

—¿Te he dicho alguna vez que eres un preguntón?

—No me acuerdo, pero te advertí que pensaba preguntarlo todo, así que te aguantas. —Jude le toca el pecho con un dedo—. De todas formas, lo mejor es que no me respondas a eso. No lo quiero saber.

—Vale.

—Solo dime del uno al diez.

—¿Te sirve si te digo que solo he probado el tuyo? No me entusiasma que se corran en mi boca.

—¿Y por qué me dejaste?

—Porque eres tú. Quería probar cómo era. Quería escucharte hasta el final. —Jude lo mira y comprende que está esperando la siguiente pregunta, de modo que traga saliva y se la hace—: ¿Y tú? ¿Lo habías hecho antes?

—Sí. Pero nunca me gustó, así que no cuenta.

—¿Quieres contármelo?

—¿Quieres que te lo cuente?

No, joder. Claro que no. Pero tiene que saberlo, en algún momento tendrá que contárselo. Jude no puede esperar toda la vida por él.

—Sí.

—Pues entonces pregunta.

Jude lo toma de la mano para acariciarle el símbolo del infinito que le dibujó en el *pub*. A

continuación, dirige los dedos a la vieja cicatriz de su infancia situada un poco más arriba, en la palma de la mano. Jude sabe quién le hizo esa cicatriz, conoce el motivo, y es como si con ese gesto dejara claro de quién habla.

—¿No te gustó porque te obligó a hacerlo?

—Sí y no. La primera vez nos encerramos en una clase y él se bajó los pantalones y me pidió que se lo hiciera. Era una orden, pero podría haberme negado. —Las mejillas se le encienden y hace lo posible por rehuirle los ojos.

Sebastian lo toma de la barbilla.

—¿Le tenías miedo?

—Tenía miedo de que se fuera. No quería perderlo. Era mi primer amigo de verdad, o eso creía. —La risa que le sale es amarga—. Era la primera vez que tenía la polla de otro tío delante y no fue agradable.

—¿Qué edad tenías?

—Diecisiete.

—Joder.

—No me tengas pena. Pasó hace mucho.

—Solo estoy enfadado.

—Pues no te enfades. No hay nadie más que yo aquí. Pensaré que te enfadas conmigo.

—No podría enfadarme contigo, no es culpa tuya. —Desliza la mano hasta posarla en la zona del cuello en la que nota su pulso. Lo siente acelerado, nervioso, vivo—. Entonces, ¿sucedió más veces?

—Sí.

—¿Y las fotos? —Se maldice a sí mismo al ver el horror reflejado en los ojos de Jude ante la mención de las fotos—. ¿Fue algo parecido?

—Sí. Tampoco me obligó, pero no me gustó nada cuando estaba ahí. Me sentí… Yo…

Le duele ver cómo se esfuerza por intentar encontrar las palabras correctas.

—Tenías miedo —termina por él.

—¿Llegaste a verlas?

—Solo un par. Cerré la carpeta cuando vi que eras tú. No te mentiría con una cosa así.

—Lara las encontró hace poco. Ella sí las vio.

—Ella tiene más derecho a verlas que yo después de años de cerrarme a esto. Deberías borrarlas.

—Georgie tenía razón en una cosa.

Jude se queda callado un momento. Sebastian le anima a que continúe. Recorre la suavidad de la piel de su cuello y desliza la mano por detrás de la nuca. Luego introduce los dedos en el cuero cabelludo, acariciándolo. Jude cierra los ojos y se le escapa un gemido placentero. Siempre le ha gustado que le acaricien la cabeza. Recuerda las veces en las que Viola se sentaba a trenzarle los mechones y lo mucho que Jude disfrutaba de esos momentos durante el tiempo que vivió en su casa y cada vez que venía a pasar algunos días con ellos cuando retomó las clases en la universidad.

—Era un crío cuando lo conocí —continúa—. Sé que a veces me comporto como un crío ahora, pero lo hago porque me gusta, es mi forma de ser. Pero cuando conocí a Georgie lo era de verdad.

—Tenías diecisiete años. Estabas en tu derecho de ser un crío.

—Lo que intento decirte es que ya no soy ese Jude. Ahora no haría algo que no quiero hacer

por miedo. *Quierodecir*, que no lo haría por nadie. No dejaría de ser yo por nadie.

—No tienes que justificarte conmigo. No fue tu culpa —le repite, aferrándolo de la nuca—. El «no» es importante. No solo decirlo para que los demás lo sepan, también es importante que lo aceptes tú mismo. Cuando dices «no» es «no». Si te sientes incómodo, si existe una mínima alarma, no deberías seguir, Baker. Nadie tiene derecho a imponerse sobre ti ni tienes que hacer nada solo para contentar a otra persona. Decir «no» es muy importante —insiste—. Entiendo que entonces tuvieras miedo y no supieras cómo gestionarlo, eras un crío.

—Supongo que por eso pensó que conmigo era fácil.

—No creo que pensara que eras fácil. Todo lo contrario.

La duda se refleja en el rostro de Jude.

—¿Qué quieres decir?

—Él fingía ser alguien como tú. No creo que le sentara bien saber que nunca podría parecerse ni acercarse a lo que tú eres.

—Pero si era un crío. Él mismo lo dijo, no tenía nada de especial.

Sebastian suelta una risotada. Menea la cabeza.

—Baker, eres especial. No hay nada de ti que no lo sea. No he dejado de intentar meterme en su cabeza y verte a través de sus ojos. La rabia que tuvo que sentir al darse cuenta de que nunca podría acercarse a ti. Tú tienes toda la libertad de la que él presumía. La diferencia es que tú eres real y él solo una mentira.

—¿De verdad piensas eso?

—Sí.

—¿Me vas a follar ya?

Jude le acaricia el pezón con la yema del dedo para luego rozarlo con la uña.

Sebastian cierra los ojos, estremecido. La polla le palpita contra el muslo, recordándole lo que necesita.

—Incluso si decidiera follarte. No duraría ni diez segundos. —Y es la pura verdad. Solo el roce en su hendidura haría que se corriera.

—Pero te gustaría. —Jude lo mira con ojos esperanzados.

No se lo puede creer. ¿Cómo cojones puede dudarlo?

—Eso no lo dudes. Quiero follarte y quiero que me folles. —Le tira del pelo para atraerlo a sus labios—. ¿Te puedo besar? ¿Quieres que me lave la boca?

En respuesta, Jude lo atrae hacia sí y lo besa con ganas.

—¿En serio? —pregunta cuando se separa de él, sin aliento.

—Sí, Baker.

—Pero eres activo. Era lo que ponías en tu perfil, ¿no? Cuando quedabas para follar.

—Sí —admite—. Fui activo con cada tío con el que me acosté, pero solo era sexo. Contigo no soy activo ni pasivo. Soy tu pareja. Significa que te follaré cuando quiera follarte y tú me follarás cuando quieras follarme, siempre que los dos queramos.

—¿Cómo es? Follarse a un tío, *quierodecir*. ¿Es muy distinto de hacerlo con una tía?

Sebastian suspira. Le gusta hablar con Jude, que le pregunte sin vergüenza. Ser claros y directos con lo que quieren con el otro. Pero tiene la polla como una piedra y no dejan de hablar de follar. Intenta que no se le note la incomodidad cuando se mueve un poco para encontrar una postura menos incómoda.

—Sí. Para empezar, los culos no son vaginas, no lubrican solos y necesitan preparación.

—Hasta ahí llego, idiota. He leído mucho sobre eso. Por eso me preparé antes en la ducha —

explica Jude, un poco ruborizado—. Además, suelo usar juguetes. Me refería a cómo lo sientes todo cuando lo estás haciendo con un chico. Cómo es estar ahí dentro. —Suspira hondo.

Se miran a los ojos. Sebastian con la garganta agarrotada y los puños apretados. Jude con una dulzura que le resulta dolorosa e insultante. Incluso en un momento como este, piensa en él. Le está dando pie a que le pregunte. Es… como si se lo pusiera en bandeja.

Sebastian quiere preguntarle, claro que sí. Pero se siente exhausto por todo lo que acaban de hablar, exhausto de rabia y de dolor. No está preparado para ver toda la verdad en el rostro de Jude, la verdad que no ha tenido los huevos de admitir que sabe. No se le ocurre cómo decírselo ni está preparado para ver su dolor. No quiere aceptar la idea de vivir en un mundo podrido donde personas como él tienen que sufrir por la malicia de otros.

Jude lo mira con una mezcla de miedo y esperanza que le rompe el corazón. Recuerda otro momento en el que lo miró de una forma similar.

«Todos tenemos una guerra dentro», le había dicho.

La de Sebastian era George Harris. Jude lo sabía, por eso aceptó que no le preguntara nada, aceptó su amistad llena de silencio y dejó que fuera él quien encontrara el momento para preguntarle por todo lo que no sabía de él.

Sebastian ya lo sabe, pero no encuentra la manera de decírselo sin echarse a llorar como un crío, sin que piense que se compadece de él. No sabe cómo explicarle que lo que siente por él no tiene nada que ver con el hecho de saberlo. No puede permitir que la verdad los separe.

Por eso se calla. Varias expresiones pasan por el rostro de Jude y lo golpean con violencia. Desconcierto. Dolor. Aceptación. Decepción. Ve el momento exacto en el que Jude pierde la esperanza en él, una vez más. ¿Cuántas veces van ya? ¿Cuántas más podrá aguantar antes de cansarse? Incluso alguien tan bueno como Jude tiene sus límites.

Jude cambia de tema:

—Entonces, ¿me dejarías follarte ahora si tuviera ganas?

Sebastian traga saliva.

—Sí.

—¿Porque quieres o porque te lo pido?

—Porque me lo pides y resulta que quiero.

Jude suelta una risa amarga. Se deja caer contra el colchón y mira al techo.

—No soy Georgie, ¿sabes? —Una lágrima le rueda por el borde del ojo—. No soy un tío tóxico al que tienes que complacer.

Sebastian aprieta la mandíbula y se incorpora.

—¿A qué viene eso? No pienso que seas como él.

—Viene a que me estás diciendo que si te lo pidiera me dejarías follarte, cuando está claro que no es lo que te gusta.

—Ya te lo he explicado. No quiero roles entre nosotros. Somos pareja.

—Una pareja que no se dice nada, que ni siquiera se pregunta lo importante.

—Puedes decirme lo que quieras.

—La cuestión no es lo que yo pueda decirte o no, la cuestión es qué quieres saber tú. Siempre tengo que arrancarte las preguntas, como ahora con el tema de la mamada.

Por un momento, ambos guardan silencio. Jude lo está mirando, le está dando su tiempo para formular la pregunta. Y Sebastian… A él solo le gustaría poder borrar la huella que George dejó en él, quedárselo todo. Él puede, no le importa el dolor mientras no tenga que ver con él. Cuando el dolor viene de Jude, entonces todo se va a la mierda. Porque lo quiere y su dolor es el peor

dolor que ha experimentado nunca.

—¿Conoces la historia de Jeremy? —pregunta Jude, y comprende que ahora solo quiere perderse, huir de todo a través de sus palabras—. Es un caracol que está enroscado al revés. Las espirales de los caracoles van en el sentido de las manecillas del reloj, hacia la derecha, pero Jeremy lo hace en sentido contrario. Los caracoles que lo hacen a la izquierda son raros. Uno entre un millón. —Su rostro se entristece—. Que estén enroscados a la izquierda quiere decir que tienen los genitales a la izquierda, lo que impide que puedan copular con caracoles diestros. El científico que encontró a Jeremy hizo lo posible por buscar a otro caracol zurdo para que encontrara el amor. Al final, cuando estaba perdiendo las esperanzas, encontró a dos caracoles como él. Era difícil dar con uno, pero encontró dos. —Suspira—. ¿Sabes lo que pasó cuando los pusieron juntos a los tres? —No espera a que Sebastian conteste—. Resultó que los dos caracoles zurdos copularon entre ellos y el pobre Jeremy se quedó solo. Solo antes de morir consiguió que uno de los caracoles zurdos copulara con él. Tuvieron crías, pero nunca llegó a verlas.

—Baker. —Sebastian no puede seguir escuchando. Todo lo que no dice, lo que se calla… Joder.

—Eres paciente, te tomas tu tiempo para pensarlo todo, como los caracoles. Eres zurdo, como Jeremy. Eres diferente y superespecial. Cuando tengas hijos puedes ser padre y madre como los caracoles, que son hermafroditas. Te encierras cuando las cosas te sobrepasan, lo mismo que hacen los caracoles. Pero cuando confías, cuando te sientes cómodo, eres… —Se le corta la voz; no dice nada más.

Sebastian se acuesta junto a él y lo atrae hacia sí. Jude pega el rostro en su pecho y él nota la humedad de sus lágrimas.

—Para. Me pone enfermo verte llorar.

—Los caracoles son los seres vivos más increíbles del mundo, Cup —musita y le rodea la cintura con un brazo—. Lo siento mucho.

—¿Qué sientes?

—Que no te hayas corrido.

Sebastian se echa a reír. Las carcajadas le salen como burbujas de un refresco que abres tras haberse estampado contra el suelo. Se le saltan las lágrimas.

—¿Por qué te ríes? —Jude tiene una expresión de absoluta confusión que consigue que él se ría todavía más.

—¿Te estás escuchando? Me acabas de contar una historia tristísima y te has puesto a llorar, y estaba a punto de llorar contigo y vas y me pides perdón por no correrme. Joder, Baker.

—Es que no te has corrido y yo sí. Dos veces.

—Eso es porque soy un caracol. No todos podemos ser tan rápidos.

—No tiene gracia.

—Sí que la tiene. —Lo mira a los ojos—. Déjame verlos, anda.

—Paso. —Jude se tumba de espaldas sobre la cama, pero Sebastian no lo deja quedarse en esa posición por mucho tiempo. Lo agarra de la cintura y consigue darle la vuelta y pegar la espalda de Jude a su pecho. Su polla cobra toda la vida que había perdido tras la conversación y se despierta con energías renovadas pegada al culo de Jude.

Sebastian le muerde el hombro y se inclina para susurrarle al oído:

—Déjame verlos.

—No puedo. —La respiración de Jude se acelera cuando lo nota duro detrás.

—Puedes. —Lo besa en la mejilla, en el cuello y en el hombro; le pasa la lengua por la parte

de atrás de la oreja, consiguiendo que Jude se estremezca y que su erección también cobre vida —. Enséñamelos, vamos. —Le recorre el mentón con la lengua. A continuación, desliza su uña casi inexistente en torno a su cintura.

Y Jude se ríe, claro que lo hace.

—Ahí están. —Sebastian le muerde y besa el hoyuelo, y su amigo suspira. Esconde el rostro en la nuca de Jude y desliza la mano a su entrepierna dura e hinchada. Toda para él—. Dios, Baker —dice con la voz enronquecida por el deseo—. Si supieras todo lo que siento, todo lo que quiero hacerte... Si lo supieras... —Mira su perfil desde atrás, la manera en que se le eriza la piel y su cuerpo empieza a exudar ese deseo tan propio de Jude, un deseo que lo vuelve loco—. No estarías ahí tan tranquilo.

—Confío en ti. Puedes hacerme lo que quieras.

—Quiero hacerte feliz. ¿Me dejas?

—Sí.

—Pero antes necesito correrme —admite—. Me voy a volver loco si no lo hago.

—¿Quieres…? —Gira la cabeza y sus ojos verdes son dos pozos de incertidumbre.

—Hoy no. Pero… ¿me dejas que pruebe una cosa?

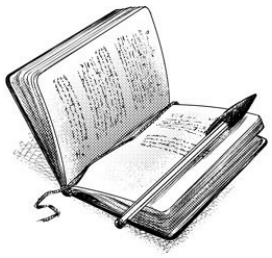
—Lo que quieras, Cup. —Así de increíble es Jude Baker.

Sebastian busca por el colchón hasta dar con el otro sobre de lubricante. Se embadurna la polla y el resto lo usa para untar la de Jude y también la zona interna de su culo y entre sus muslos. Lo nota tenso y excitado en sus manos, y aparta las ganas que tiene de ponerlo a cuatro patas y follárselo.

Se coloca en la misma posición que antes, de lado a su espalda, y le levanta un poco la pierna, lo suficiente para deslizar la erección por el hueco entre ellas, justo en la zona donde los muslos se unen, bien pegada a su culo. A continuación, empieza a moverse. Deslizar la polla una y otra vez por la hendidura de su culo es la experiencia más excitante y frustrante que ha experimentado jamás. Se lo folla sin follárselo al tiempo que lo masturba con rapidez desde atrás. No es tan hábil con la mano derecha, es evidente, pero Jude no parece quejarse entre gemidos y súplicas y manos que se aferran a las sábanas. Lo percibe claro cuando nota que está a punto. Tiembla, se estremece y pierde el control. La viva imagen de la entrega, de la libertad. Jude al borde del orgasmo. Jude libre. Jude.

Sebastian se corre casi al mismo tiempo que él. No tiene claro de quién son los estremecimientos que sacuden sus cuerpos, ni los gemidos, ni el corazón que más golpea en sus pechos. Lo único que tiene claro es que quiere a Jude Baker y que su amor es como los espejos de esas bolas de discoteca que van en todas direcciones. Sebastian necesita detenerlo todo para no perderse en el camino.

DIARIO DE JUDE



—¿No te cansas? —me preguntaste una noche en la que me llevaste a aquel *pub* gay en Southampton. Era la segunda vez que estábamos ahí, porque te gustaba un camarero y querías volver a liarte con él.

Habías estado un buen rato enfadado con el móvil en la mano. Me pareció que habías discutido con alguien y no quería meterme ni hacerte sentir mal, pero no me gustaba la tristeza que veía en ti. Por eso, cuando me dijiste que ibas a salir a tomar el aire, me despedí del chico con el que había estado hablando y te acompañé fuera.

El frío era cortante y no habíamos cogido los abrigos. No tardé en empezar a moquear. Tú, en cambio, ibas con una camiseta de manga corta que se adhería a tu piel y unos vaqueros ajustados que realzaban tu culo, y parecías adaptarte al frío y a todo lo que se pusiera delante. Envidiaba tu fuerza y tu forma de ser.

—¿De qué? —te pregunté.

—De sonreír.

Empezaste a patear la fachada azul marino mientras te apoyabas en la pared.

Me acerqué con cautela. Necesitaba conectar contigo, hacerte ver que no estabas solo, que mientras estuviera a tu lado nunca lo estarías. Que te sintieras un poco como yo me sentía cuando estaba contigo; alejabas la soledad de mi vida.

—¿Por qué tendría que cansarme?

—Sonreír es como mentir. —Seguías pateando el suelo, y seguías con los puños apretados contra la pared, y seguías mirando cómo golpeabas ese algo que no podías arreglar.

—Yo no miento —aseguré, afirmación que ahora me resulta una maldita broma pesada.

—Claro que lo haces. Yo también lo hago, sonrío todo el tiempo. Es tan agotador… —Resoplaste—. Me siento muy viejo. Solo tengo veintiún años, joder. A veces tengo ganas de destrozarlo todo, mandarlo todo a la mierda.

—¿Por qué te sientes así?

Se te daba fenomenal esquivar las preguntas que no querías responder.

—¿Te imaginas cómo sería el mundo si todos dejáramos de sonreír por compromiso, porque es lo que se espera de nosotros? —me preguntaste.

—Viviríamos en un mundo en tonos sepia.

Te volviste hacia mí con una expresión confusa, distante. Todo se detuvo en ese momento. Tus golpes, tu rabia, mi preocupación, el abismo que empezaba a separarnos aunque no quisiera darme cuenta.

—¿En tonos sepia?

Sorbí por la nariz para coger aire. Hacía tanto frío como fría era tu mirada.

—Creo que sonreír es como vivir —empecé a explicarte—. Como mirar o probar cosas nuevas. Como un sentido más. Si te quitan la vista todo se queda a oscuras. Si no te funciona el tacto dejas de apreciar las formas y las texturas. —Te miré un instante para ver si me seguías y enseguida volví la vista al azul desgastado y feo de la fachada. Recuerdo que notaba las mejillas ardiendo a pesar del frío helador. Me ponía nervioso cuando me mirabas así—. Si no sonríes, el mundo pierde color, se queda en tono sepia. No se trata de sonreír de mentira ni por compromiso. A veces solo sonríes porque algo o alguien te provoca esa sonrisa. Y puede que no te apetezca, puede que estés hecho una mierda, pero sonríes porque ese algo o alguien te provoca esa reacción. —Cogí aire. Estaba metido de lleno en uno de esos momentos donde no podía parar de hablar—. *Quierodecir*, imagínate la persona a la que más quieres del mundo, como tu hermana, por ejemplo. ¿No se te forma una sonrisa cuando la ves solo por el hecho de verla, solo por saber que está ahí y que, aunque el mundo se caiga, está en tu vida?

Me miraste durante mucho rato. Creo que fue ese el momento en el que la grieta terminó de abrirse entre nosotros. La sensación de vértigo no fue agradable.

Entonces te reíste, fuerte y de manera escandalosa. Esa manera tan tuya de reír.

—¿Por qué te ríes? —te pregunté, más avergonzado todavía.

Me agarraste el pelo con fuerza para que acercara mi cara a la tuya. El tirón me hizo querer rascarme la cabeza, pero no me moví. Olías a sudor y a cerveza y al humo del tabaco del camarero con el que llevabas toda la noche enrollándote cada vez que él se escapaba o hacía una pausa.

—Es que eres tan inocente… Cuando crezcas no pensarás así.

—No soy un crío.

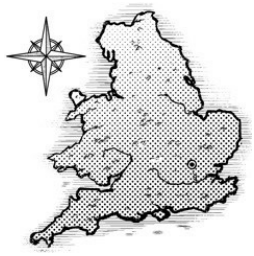
—Algún día te tragarás tus palabras, Jude Baker. Te darás cuenta de lo asqueroso que es verte obligado a hacer algo que no quieres día tras día tras día, y yo estaré para verlo. Luego podemos seguir hablando de tonos sepias o de las chorradas que te dé la gana, ¿te parece?

Sí, ese fue el momento.

Justo ese.

CAPÍTULO 31

SEBASTIAN



ANTES

—Quita.

Sebastian le apartó la mano cuando George intentó dirigirla a su entrepierna una vez terminó de arreglar la conexión con el *router* y volvió a tumbarse en el sofá cama. Se hallaban en el garaje de los Harris, encerrados en su burbuja como muchas otras veces. Lejos de las miradas, de la realidad.

Su amigo volvió a insistir y esta vez consiguió llegar un poco más lejos. Le apretó los testículos y Sebastian gruñó antes de propinarle un tortazo en la mano.

—Que pares, joder.

No tenía ganas de eso. Se había pasado los últimos días pensando en lo que eran cuando estaban juntos. Se preguntaba hacia dónde iba lo que tenían, si es que iba a alguna parte. No parecían más que dos animales enfurecidos intentando sobrevivir al otro.

A veces sus sentimientos por él le hacían experimentar la sensación de encontrarse atado de pies y manos, con una venda en los ojos, esperando el golpe. El golpe siempre llegaba; de eso se encargaba George.

—¿Sigues enfadado? —le preguntó este.

—No estoy enfadado.

No, no lo estaba. Solo era decepción y miedo. El miedo era una mascota que lo seguía a todas partes. Miedo a encontrarse en una encrucijada, miedo a que todo se hubiera jodido de verdad, miedo a aceptar que su amigo era esa persona a la que no le importaba hacer daño si con ello conseguía romperse y romper a los demás con sus propios pedazos.

—¿Cuánto hace que no follamos? Ni siquiera dejas que te toque.

—No me apetece.

George desvió la vista a su entrepierna.

—Tu polla no opina lo mismo.

—Me la sopla. Si te digo que no es que no, y te jodes.

—Así que sigues enfadado —resolvió con un resoplido—. No te hice nada. Solo era una broma.

¿Una broma? Le había metido casi media polla sin su permiso. ¿A eso le llamaba broma?

—Los dos sabemos que no era una broma. No sé qué cojones te pasa, pero tienes que parar.

—¿Parar? ¿Y tú? ¿Vas a parar?

—Lo estoy intentando.

Lo peor era saber que quizá él tenía la culpa de todo. Haber permitido que sucediera, haber cruzado una línea que había destrozado no solo su amistad, también su familia. George Harris era su familia y él lo había jodido todo. Tenía la culpa de encerrarlo en esa jaula de secretos en la que George no quería estar, de impedirle ser libre.

—Genial. Los hay que llevamos toda la vida intentándolo.

Sebastian lo miró a los ojos.

—¿Por qué te apartaste?

George meneó la cabeza y se echó a reír. A Sebastian se le revolvieron las tripas.

Se incorporó para agarrarlo de la cara con brusquedad.

—Dime la verdad, Georgie. Quiero saber por qué te apartaste.

—Lo preguntas como si de verdad pensaras que podía obligarte.

—¿Por qué no lo hiciste? —Quería que respondiera que fue por él, por ellos, por lo que sentían. Necesitaba que le dijera que ese amor merecía salvarse, que aún estaban a tiempo.

—Podrías haberme apartado —aseveró George—. Podrías haberme pegado. Eres más fuerte que yo.

—Contesta a la puta pregunta.

—Pero claro —continuó su amigo sin escucharlo—, tú eres el dramático. Necesitas una razón para odiarme. Habrías dejado que te follara solo para perderme de vista, ¿a que sí? Habría sido tan fácil… —Suspiró con teatralidad.

A Sebastian le tembló la mano.

—Dime por qué.

—Te jode que sea el único que te la pone dura y no tienes los huevos para alejarte de mí.

Sebastian lo empujó y cayó sobre él cuan largo era. George se empezó a reír. Su pecho le retumbaba en las manos mientras lo aplastaba contra el colchón.

—¿Quieres follarme? Yo me dejaré siempre.

—¿Por qué eres así? Dime qué cojones quieres de mí.

George se encogió de hombros.

—¿Ahora mismo? Nada.

Permanecieron unos segundos en esa posición. Sebastian aplastándolo con su peso contra el colchón y George mirándolo con ese gesto frío y lacerante que usaba cuando estaba muy cabreado.

Todavía temblando, Sebastian se apartó para sentarse junto a él. Respiró hondo. No dejaba de mirar a ese chico con el que había crecido y al que parecía no conocer a pesar de que se sabía cada centímetro de su cuerpo.

—Tenemos que dejar de hacer esto, Georgie.

—¿Hacer el qué?

—Destrozarnos el uno al otro.

—Un poco tarde para eso, ¿no?

—Dime por qué paraste. —En esa ocasión, lo preguntó con suavidad.

George se incorporó. Por su gesto, Sebastian comprendió que la respuesta iba a doler.

—Por Viola, por eso paré.

—¿Qué?

—No soportaría ver la decepción en su cara si se enterara de que he hecho algo así. Por eso

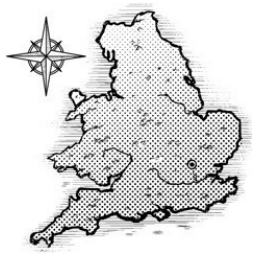
paré, Seb. Por nuestra hermana.

—Por Viola —repitió Sebastian. No se lo creía, no podía creérselo. No podía estar hablando en serio—. ¿No fue por mí?

—Todavía quiero follarte. —Se inclinó hasta que sus rostros estuvieron a escasos centímetros y su aliento le acarició los labios—. Quiero demostrarte que no necesitas ser activo o pasivo para dominar a una persona. No tiene nada que ver. Solo es sexo, Seb. La enfermedad está en tu puta cabeza. Las barreras y los prejuicios los pones tú.

CAPÍTULO 32

SEBASTIAN



HAY ALGO MÁS INCREÍBLE QUE DESPERTARSE JUNTO A JUDE BAKER: HACERLO ANTES QUE ÉL. HA elegido el lado izquierdo de la cama y duerme boca abajo, con las piernas abiertas, una de las cuales se halla entrelazada con la suya. Tiene la cabeza apoyada en la almohada de Sebastian y el pelo desparramado con varios mechones cubriéndole el rostro. Sebastian ignora dónde ha metido su almohada, pero se las ha ingeniado para robarle la suya.

Se le llena el pecho de mil emociones al verlo ahí, desnudo y vulnerable. Es Jude, en su estado natural. Tan libre e inocente, tan caótico. Respira profundo, con los labios entreabiertos.

Sebastian se acerca a él para apartarle el pelo de la cara. Apoya el rostro en un brazo flexionado y se dedica a observarlo. Sus pestañas espesas, la forma de su boca. El labio superior más fino, con el arco de cupido bien formado y el inferior grueso. Ese labio que le encanta morder. Su erección matutina se termina de despertar cuando se acerca y lo besa en el hombro. Recorre la piel de su espalda con los dedos, apenas un roce para no despertarlo. Es tan suave. Recuerda todo lo que hicieron la noche anterior, el sonido de sus gemidos, y tiene que obligarse a dejar de tocarlo.

—¿Todavía sigues aprendiéndome? —pregunta Jude con la voz rasposa—. Puedes seguir, Cup, por mí no te cortes.

—¿Desde cuándo estás despierto?

—Estaba esperando a que llegaras ahí abajo, pero vas muy lento. Empiezan a dejar de gustarme los caracoles. —Abre los ojos soñolientos para clavarlos en él—. Voy a tener que ocuparme yo. —Jude se pone de lado, dejando bien visible su excitación. Sin quitarle los ojos de encima, comienza a deslizar la mano por su propio torso, se rodea la erección y la sitúa en la ingle.

—Baker.

—También me suelo hacer una por las mañanas. Me gusta mucho correrme. Ya lo sabes. —Jude le señala la entrepierna—. La tuya no está mejor.

—No me digas.

Sebastian no tiene ganas de jugar en esos momentos.

—Ni se te ocurra tocarte —le advierte cuando Jude se acaricia los testículos con el pulgar.

Sebastian se incorpora sobre las rodillas para acercarse.

—¿Eso es una orden? ¿Lo puedes repetir? *Quierodecir*, es que me ha puesto muy cachondo, Seb. Me pone que te pongas en plan empotrador. Me gustaría más la parte de empotrar, seguro, si algún día le va bien a tu polla y tiene ganas y…

—Calla, joder. —Le aparta la mano y lo insta a sentarse con las piernas abiertas. Luego se sube sobre su regazo con las piernas flexionadas apoyadas a cada lado de su cuerpo para no aplastarlo con su peso.

—Cállame.

—Eso voy a hacer. —Acerca el rostro de modo que sus alientos se entremezclan—. Te voy a follar la boca y te vas a quedar calladito. Luego te vas a meter conmigo en la ducha y te vas a correr las veces que quieras. ¿Te parece bien?

—¿Me lo puedes firmar?

Sebastian se lo firma estampándole los labios. Sus erecciones colisionan y a los dos se les escapa un gemido. Al ser más alto que él le resulta fácil sujetarlo del pelo y besarlo mientras mueve las caderas para que sus erecciones se froten la una contra la otra. El beso no pretende ser dulce. Es dominante desde el principio. Su lengua busca, reclama, demanda; todo a la vez. Siente a Jude temblar de deseo debajo de él, ahogar los jadeos mientras Sebastian le embiste la boca; también siente cómo le clava los dedos en el culo para dirigir los movimientos de sus caderas. Esa mezcla de abandono y exigencia lo vuelve loco.

No aguanta más; con la mano libre, Sebastian agarra sus pollas y empieza a masturbarlos. Solo el deseo de Jude ya le resulta demoledor.

—¿No ibas a llevarme a la ducha para que me corriera muchas veces? —La respiración se le acelera de tal forma que apenas le sale la voz, pero es incapaz de quedarse callado—. Necesitamos hacer acuerdos por escrito, Cup. Me estás estafando.

Todavía agarrado a su pelo, Sebastian lo obliga a mirarlo a los ojos mientras aumenta el ritmo de sus caricias. Jude le clava aún más los dedos en el culo; sus gemidos suben de intensidad.

—¿Quieres que pare? —Sebastian se balancea contra él. Le aprieta la hendidura, arrastrando una gota de líquido preseminal por el glande—. Dime. —Aumenta la presión con la que le tira del pelo, lo suficiente para hacerlo jadear sin provocarle dolor—. ¿Quieres que pare ahora?

Lo único que hace Jude es temblar y gemir. Sebastian detiene los movimientos de su mano y hace un amago de apartarse.

—No, no. Cup, no pares. —Lo agarra de las caderas, y estampa la cara contra su pecho, atrapándole un pezón para torturarlo con la lengua. Ahora es el turno de Sebastian de jadear.

—No hagas eso, Baker. —Intenta apartarlo, pero Jude no se lo permite—. Para, joder. —Sebastian se retuerce y gime y empuja y se le va la cabeza cuando siente los dientes de Jude ahí, tirando de él. Es una locura lo que experimenta cuando Jude le succiona el pezón y se lo vuelve a morder. El placer no hace sino aumentar cuando lo libera, dejándolo húmedo y enrojecido, para ocuparse del otro. Sebastian ya ni siquiera mueve las caderas, se queda inmóvil a causa de todas esas sensaciones. Con una sensibilidad que desconoce y le pone la piel de gallina, soporta las deliciosas descargas que la boca de Jude consigue enviarle por todo el cuerpo.

La boca de Jude. La lengua de Jude. Los dientes de Jude.

El aullido que se escapa de su propia garganta lo sobresalta cuando el orgasmo sacude cada parte de su cuerpo. Se aferra al hombro de Jude y con la mano que aún sostiene su pelo le aplasta la boca todavía más contra el pezón, agitándose cuando su amigo le pasa la lengua como si fuera un helado.

La descarga es brutal; se corre tan fuerte y durante tanto tiempo que se nota desfallecer.

Solloza cuando Jude le agarra la polla y le pasa el pulgar por la punta sensible. Lo acaricia mientras termina de correrse para alagarle el placer. Es tanto lo que siente, tan jodidamente

bueno…

—Cup. —Jude tiene los labios húmedos y los ojos brillantes llenos de malicia y deseo.

—No lo digas.

—Seb, te has corrido.

—No me había dado cuenta.

—He encontrado tu botón. *Quierodecir*, tus dos botones de muerte y destrucción.

—Baker. —Aún sigue estremeciéndose por sus caricias; no ha dejado de tocarlo.

—Los botones de Sebastian Evans serán mi nuevo encendido y apagado cuando necesite una rápida. —Le brillan los ojos—. Dios, ha sido alucinante.

—Que te calles, Baker.

—Cállame —lo incita al tiempo que le pasa un dedo por la polla, todavía hinchada e hipersensible.

—A eso voy. —Lo agarra de nuevo del pelo para darle a su propio botón de encendido y apagado. Y es que si hay algo que consigue que Jude Baker pierda la razón, ese algo es su boca.



Sebastian se está poniendo el abrigo de plumas cuando se fija que Jude, ya vestido para salir, se ha detenido delante de la puerta con los zapatos a sus pies y mira el móvil con un gesto de confusión.

—¿Quién es? —le pregunta.

—Ed, el chico de ayer. Me ha escrito para tomar algo esta noche.

—¿Y? Puedes ir, si te apetece. Y yo no tengo por qué acompañarte.

—No me apetece, ese es el problema. Probablemente saldrán temas de los que no quiero hablar. Me voy a sentir incómodo y la verdad es que estoy muy cómodo ahora mismo y tengo a alguien a quien prefiero dedicar todo ese tiempo, ¿me sigues?

—Ajá.

—Y luego está eso que dices de que me ha mirado como si…

—¿Fueras un melocotón? —termina por él.

—Espero que no. Solo tú tienes permiso para mirarme así.

—Eso tiene fácil solución, Baker. Le dices que tienes un novio *muuuy* celoso y ya está. —Jude pone cara de no estar muy convencido—. ¿Qué? No tiene que ser verdad, solo tiene que creérselo. Hay gente muy celosa en el mundo. ¿Tú no eres celoso?

—Pues no —contesta Jude—. *Quierodecir*, ¿por qué tendría que serlo? Me pondría celoso si la persona con la que estoy se pusiera a coquetear con otra. Pero si quisiera coquetear con alguien más significaría que no quiere estar conmigo, así que probablemente nunca estaría con una persona así y los celos no tendrían ningún sentido. No tienen sentido, si te paras a pensarlo.

A Sebastian se le escapa una sonrisa. ¿Cómo no iba hacerlo? Si no se marchan de una vez, va a volver a desnudarlo y a hacérselo en cada puñetero rincón de la habitación.

—Vuelves a mirarme como si fuera un melocotón, Cup.

—Es que eres adorable.

—No digas que soy adorable.

—Lo eres, Baker. Lo has sido desde que te conozco. Hay cosas que nunca cambian.

—*Adorable* se lo dices a alguien a quien quieres arropar por las noches y contarle un cuento antes de dormir. Yo prefiero que me quites la ropa y que nosotros seamos el cuento.

Eso se merece un beso. Largo y húmedo, como le gustan a Jude. Se toma su tiempo para dejarlo bien satisfecho.

—Y por esa verborrea eres adorable —musita cuando se separa de él, que respira con dificultad—. Lo que no quita que te quiera desnudar, por cierto —admite mientras le recoloca el chaleco de punto que se ha puesto sobre la camisa rosa.

—¿Tú sí eres celoso?

El rubor en sus mejillas lo deja sin aliento; Sebastian tiene que apartar la mirada para no volver a besarlo o no saldrán nunca.

—No. —Se pone los zapatos y comprueba que lo lleva todo—. Lo sería si tuviera motivos. Cuando te veía con Lara me ponía celoso, pero es normal. Ella tenía una relación contigo con la que yo no podía ni soñar. —Le duele ver cómo a Jude le cambia la cara. Le da la espalda para abrir la puerta y salir hacia el pasillo. Jude lo sigue mientras él intenta explicarse—. El caso es que esos comportamientos del tipo «no mires a nadie más que a mí» en plan hombre de las cavernas me dan mucho palo. Como los protagonistas de los libros que lee Vila. Se piensa que lee romántica, pero es terrorífico. —Jude se echa a reír—. ¿Qué? Hablo en serio.

—A ver, Seb, los hombres de las cavernas están muy bien. Suelen empotrar a otros hombres de las cavernas que quieren ser empotrados y la cosa suele acabar en final feliz —explica mientras entran en el ascensor—. *Quierodecir*, con los dos corriéndose y esas cosas.

—Venga ya.

—A mí me ponen.

—¿Te pone un tío que te diga «eres mío y como te mire alguien lo mato»? ¿De verdad? —A Jude se le iluminan los ojos—. Mejor no contestes.

La risa de Jude los acompaña por el recibidor y hasta la salida.

Sebastian regresa al tema que los ocupa.

—Entonces, ¿no quieres quedar con el tal Edward? Prometo no ponerme celoso.

—Prefiero quedar con Sebastian Evans, si no te importa.

—Con él puedes quedar siempre.

—¿Recuerdas cuando te hablé de los tíos con los que estuvo Georgie? ¿El que era bueno y tocaba el violín?

—Sí.

—Pues es él. No me apetece hablar de Georgie ni de mi relación con Lara. No quiero que me pregunte por nada de eso.

—¿Sabe que está muerto?

—Sí, claro.

—Vale. Entonces te quedas con Sebastian Evans. Se siente.

—¿Puedo llorar ya? —le pregunta con cara triste, pero sin esconder la sonrisa que se le escapa, con esos dos hoyuelos que quiere morder.

—Calla, Baker.

—Solo si me callas tú.



Deciden ir andando y Jude es quien lo guía a través de las calles, con el GPS del móvil en la mano. Han pasado Charing Cross y siguen por Strand, atravesando escaparates de tiendas en los que ni siquiera se fija mientras insiste para que Jude le confiese a dónde se dirigen.

—¿Me lo vas a decir ya?

—Es una sorpresa.

No mucho después, Sebastian comprende que han llegado, no por la heladería, sino por la chica que se encuentra esperando en una de las mesas interiores. Los ojos de Sebastian se cruzan con los de ella a través de las grandes cristaleras; le brillan por la emoción y sale disparada del local para acudir a su encuentro.

Jude corre también y la atrapa al vuelo a mitad de camino, alzándola unos centímetros del suelo. Él siempre hace eso y ella siempre se queja por su peso.

—Estás guapísima.

—Venga ya. He engordado.

—¿Dónde? —Jude la examina, pensativo—. Ahora que lo dices, creo que te han crecido las tetas. ¿Me puedo asegurar?

Charlotte se echa a reír.

—Dame otro abrazo, anda.

Jude la envuelve en sus brazos y ella lo besa en la mejilla. Charlotte le gira el rostro de un lado a otro antes de preguntarle:

—¿Estás bien?

—Sí.

—Os he echado de menos —musita ella con los ojos oscuros brillantes cuando le toca el turno de abrazar a Sebastian.

De todas las chicas, ella siempre ha sido la más sentimental y también la más razonable, la que los ha sacado de apuros en más de una ocasión.

Hacen una pequeña cola para pedir los helados y el café para Sebastian y, en cuanto terminan de servirles, se sientan en la mesa donde su amiga había dejado la agenda abierta.

—¿Cuándo vuelves? —indaga Sebastian.

—Pues no creo que tarde mucho. La tienda ya funciona bien y apenas hago falta. Termino el contrato del piso en dos semanas, así que espero volver para entonces. Además, quiero vivir el embarazo de Vila y también el de Ava. No quiero perderme nada. ¿Cómo están ellas?

—Pues Ava se la pasa comiendo y vomitando después —contesta Jude mientras le da un buen lametón al helado situado al borde del vaso. Sebastian hace lo posible por no imaginarse esa lengua en otro sitio—. Es increíble cómo come.

—A Vila todo le da asco —explica Sebastian—. Llora más y también gruñe más. Y eso que tiene menos tiempo de embarazo.

—Qué raro, sobre todo lo de gruñir —ironiza Charlotte con una sonrisa—. ¿Y vosotros qué? Aún no me lo creo.

—A mí también me pasa. —Jude no puede estar más guapo cuando se le encienden las mejillas.

—¿Qué fue lo que cambió?

—Seb cambió. —Jude lo mira a los ojos antes de volver a centrarse en su amiga—. Yo no he cambiado mucho respecto a él.

Charlotte asiente. Toma un poco de helado mientras se pierde en sus pensamientos.

—Parece que fue ayer cuando te plantaste delante de Vila y le dijiste: «Me llamo Jude Baker

y algún día me casaré con tu hermano». —La sonrisa de Charlotte se inicia en sus ojos y se le propaga por todo el cuerpo—. La cara que se le quedó a Vila era para enmarcar.

Las mejillas de Jude enrojecen un poco más.

—Soy un chico decidido.

—Habría dado cualquier cosa por verlo —admite él.

—Estabas ahí. Solo tenías que salir de la habitación, Cup.

—Encima es que justo antes le dijo que eras el autor de *Barnard* —continúa Charlotte—, el *webtoon* con tantísimas visitas que ninguno de nosotros sabía que existía, y que además eras gay. Fue el *pack* completo.

—Eso no estuvo bien —murmura Jude, y el rojo pasa a desdibujarse en un gesto de culpabilidad.

—No dijiste nada que fuera un secreto —le recuerda Sebastian.

Charlotte se inclina hacia delante y extiende las manos hacia Jude, que toma las suyas.

—Es increíble.

—¿El qué?

—Lo que fuiste y quién eres ahora. Me siento orgullosísima de ser tu amiga y haberte visto crecer. —Se aparta para mirarlos uno a uno—. Me hace feliz que este momento haya llegado. Sea lo que sea que ha cambiado, tenéis todo mi apoyo.

Charlotte toma otra cucharada de helado de mango y chocolate blanco y cierra los ojos. Jude hace lo mismo con el suyo de menta y chocolate.

—¿Entonces lo de *Barnard* es por esto? —Ella los señala con la cuchara—. Ash cree que es por eso.

Sebastian compone una mueca. La idea era que se enterara por él en algún momento de ese fin de semana.

—¿Qué pasa con *Barnard*? —pregunta Jude.

Charlotte se saca la cuchara de la boca e interroga a Sebastian con la mirada.

—Aún no se lo he dicho —admite él.

—¿Decirme qué?

—Mierda. Menuda metida de pata. —El sufrimiento de Charlotte por haber hablado de más se evidencia en su rostro.

Intenta calmarla. A fin de cuentas, la culpa es suya por no haber sido sincero. Jude podría haberse dado cuenta entrando a las webs donde los lectores accedían al cómic o simplemente escribiendo su nombre en el buscador.

—No pasa nada, no te preocupes.

—Sí pasa —replica Jude—. Soltadlo ya.

Sebastian se arma de valor.

—¿Recuerdas que te dije que me estaba ocupando de algo? —Jude asiente—. He cerrado *Barnard*.

—¿Cerrado? ¿Qué quieres decir?

—A que lo he borrado.

Jude lo mira con un gesto de pura confusión.

—¿Que lo has borrado?

—Sí.

—¿Has borrado *Barnard*? —insiste.

Sebastian suspira. Jude no acaba de procesar la información. ¿Tan raro le parece? Tenía que

pasar en algún momento. Ya es una mierda que su hermana esté cabreada y le conteste a los mensajes con reproches.

—Sí, Baker. Borrado.

—¿De la web? *Quierodecir*, ¿lo has borrado borrado?

—Ajá.

—¿Ya no se puede leer?

—*Barnard* ya no existe —explica con paciencia.

—No puedes borrarlo. No puedes borrar a Georgie. No es tan fácil.

—No he borrado a Georgie, he borrado mi historia con él.

—Pero…

—Pero nada, joder. No hagas como Vila. Es mi decisión.

—¿Por qué te enfadas?

¿Que por qué se enfada? Porque es la última persona que debe sorprenderse o quejarse por que saque a George y todo lo que tenga que ver con él de su vida para siempre. Lo último que quiere es escucharlo defender *Barnard.* Él no puede hacer eso, joder.

—No me enfado. Es que parece que tengo que poner un puto cartel para que lo entendáis —replica, frustrado—. Esa historia la hice yo y yo la termino porque me sale de los huevos. No es tan difícil de entender.

Jude aparta el vaso con el helado a un lado.

—¿Por qué te pones así?

—Porque no dejáis de preguntar tonterías.

Sebastian debería haberlo visto venir. Pero es difícil ver venir a Jude Baker cuando se enfada. Su amigo se levanta y arrastra la silla hacia atrás.

—¿Pues sabes qué te digo? Que a mí no me sale de los putos huevos que me hables así. Pero ¿quién te crees que soy? Si no te gusta que te pregunte, no me incluyas en tu vida. Si estoy, te aguantas y me contestas todas las veces que haga falta. Y te jodes.

Sebastian se inclina hacia delante e intenta agarrarlo del brazo para que se siente. Jude retrocede.

—Baker. Lo siento, ¿vale? —Muy pocas veces ha visto a su amigo tan enfadado como lo está en ese momento—. Es que todos parecéis tener algo que decir al respecto. Y es mi decisión. Mi historia, mi decisión.

—Jude —replica—. Me llamo Jude, joder.

—Chicos, tranquilos. —Charlotte se levanta y coloca una mano en el hombro de Jude, que tiembla por la rabia.

—Estoy tranquilo. Es él quien se ha puesto como un gilipollas.

Sebastian se frota el puente de la nariz. ¿Por qué, joder, por qué? No debería reaccionar así con él. No tiene la culpa de nada.

—Estabas a punto de quejarte por haberlo borrado.

—No me iba a quejar. Solo estoy sorprendido. Tú mismo lo has dicho. Puedes hacer lo que te salga de los huevos con *Barnard* y con todos tus recuerdos con Georgie, ya que estamos.

—Baker, para. —Sebastian también se levanta. Intenta volver a tocarlo, pero Jude se aleja todavía más—. Lo siento, ¿vale? Es que mi hermana… no lo va a aceptar.

Es la pura realidad. Viola nunca aceptará que eche a George de su vida porque en parte significaría echarlo de la suya, de los recuerdos que tienen en común; no lo hará a menos que sea sincero y le explique por qué lo hace, cosa que no piensa hacer.

Jude asiente, lo mira durante unos instantes y suelta un bufido, como si le diera igual.

—Voy a dar una vuelta. —Se dirige a los dos, aunque solo mira a Charlotte—. Nos vemos en el *sex shop* después, ¿vale? Tengo la ubicación. Quiero pasar por una tienda de música.

—Baker —lo llama Sebastian.

—Necesito estar solo un rato —matiza antes de marcharse.

—Mierda. —Sebastian se deja caer en la silla, apoya los codos en la mesa y se frota la cara.

—¿Se puede saber por qué has reaccionado así?

—Porque estoy harto, de B*arnard* y de George. Por eso. Porque quiero vivir mi vida y siento que nunca me va a dejar hacerlo.

—Eso no es justo.

—¿Que no es justo? —Levanta la mirada—. George le destrozó la vida. No sé cómo sigue en pie, pero no pienso dejar que vuelva a hundirlo.

—¿Te refieres a lo que pasó entre ellos? Vila me contó algo, pero tampoco sabía demasiado.

—Vila no sabe nada. Yo mismo no lo sabía hasta hace poco. Nunca me atreví a preguntarle porque soy un puto cobarde y me daba miedo descubrir lo que George le había hecho. Me lo contó Lara. ¿Y sabes qué? Resulta que era peor de lo que imaginaba. —Menea la cabeza, avergonzado consigo mismo y con aquel que lo había sido todo para él hasta el punto de decidir entregar la vida a su recuerdo.

—¿Qué te contó?

—Mira, no quiero hablar de eso. Si algún día él quiere, te lo contará, pero no me corresponde a mí hacerlo.

—No puedes ponerte así con él. Puede que no quieras que nada le haga daño, pero no te das cuenta de que tú también puedes hacérselo comportándote como un energúmeno sobreprotector. No puedes encerrarlo en una burbuja para que nada le afecte. Creo que ha demostrado que es capaz de salir adelante por sí mismo. Y Seb —lo toma de la mano—, ya no es un niño. Es adulto e independiente. Estuvo a punto de casarse.

—Lo sé.

—Y ahora dime, ¿por qué borraste *Barnard*?

—Porque es una mentira. Todo *Barnard* lo es. Y porque él no era mi Barnard. No siento que lo fuera nunca. —La mira con cariño—. ¿Te ha contado Vila lo que es Barnard para nosotros? —Su amiga asiente y se le llenan los ojos de lágrimas—. No quiero que mi historia con George lleve ese nombre.

—No solo Vila me habló de Barnard, también lo hizo tu madre. Es precioso, Seb. Comparar el amor con un lugar, porque realmente se siente así, aunque nadie se pare a pensar en ello.

—No se trata solo de amor —replica él.

—Lo sé. Es una persona que te transmite todo: paz, confianza, cariño. Alguien con quien no tienes que ser valiente. Un lugar donde nadie entra, solo tú con tus silencios, tus miedos, tus sueños y tu vulnerabilidad. Sé lo que es Barnard. Yo también tengo el mío. —Le aprieta más la mano—. ¿Jude es tu Barnard?

—Sí —contesta sin un atisbo de duda.

A Charlotte se le escapan más lágrimas.

—¿Por qué no le has dicho eso?

—Porque soy un imbécil. Todavía no sé cómo tratarlo. No me atrevo a decirle que Lara me lo contó. Me da pavor escucharlo de sus labios y me da más miedo que pueda llegar a enfadarse por no habérselo dicho o que piense que estoy con él por lástima. —Suspira con amargura—.

Además, lo de mi hermana me dejó algo jodido, si te soy sincero. Puedo lidiar con toda la mierda de George, pero no puedo lidiar con el George que iba de la mano de Vila.

—Buscaremos una solución.

—Te he echado de menos. —Le limpia las lágrimas del rostro—. Eres la voz de la razón. Nuestra familia está perdida sin ti, Charlie.

Ella le dedica una amplia sonrisa.

—Ahora verás que ha merecido la pena. A Jude le va a encantar la tienda.

La mención de Jude y el hecho de saber que está solo, comiéndose la cabeza en alguna parte, le revuelve las tripas.

—Dios, qué imbécil soy.

—Tranquilo, es Jude. El enfado no le durará mucho. Es un buenazo.

—Ya lo sé. —Y eso es lo que más le duele, saberlo.



Eros Boutique, cuyo nombre es el mismo que el de la empresa online que abrieron cuando sus padres aún vivían, está situada a poco más de diez minutos de Covent Garden; no en una calle principal, pero muy bien ubicado.

El local es elegante, de paredes rojas y decorados recargados, de estilo barroco. Cuenta con un pasillo largo y cuatro salas sin puertas, con carteles que indican lo que se halla en su interior. Tres de las salas son pequeñas, pero están bien surtidas y ordenadas, muy al estilo de Charlotte, que es quien ha hecho el trabajo duro de levantar ese lugar desde cero.

Su amiga le va indicando lo que se halla en cada estancia mientras le señala los carteles, como la sala de BDSM, con los arneses y todo tipo de materiales y una sección más pequeña y atrevida. Frente a esta, la de disfraces y ropa erótica y fetichista. Y casi pegada a esta última, una habitación algo más exclusiva donde se hallan la lencería de marca, atuendos de látex y otras vestimentas de precios más elevados para personas con gustos más particulares que buscan diseño y marcas *premium*. La última sala, la del fondo, es la más grande; ocupa casi tanto como todas las pequeñas, con juguetes y utensilios dedicados a complacer a personas con gustos de todo tipo.

Charlotte señala a Jude, que se halla inclinado hacia uno de los estantes.

—Habla con él. Voy a ver si los chicos necesitan algo. —Su amiga le dedica una sonrisa conciliadora y Sebastian le aprieta el brazo para a continuación adentrarse en la habitación.

Jude tiene un masajeador de glande de silicona verde gasolina en la mano y lo examina como si fuera un complicado rompecabezas.

—¿Necesitas ayuda con algo?

Jude levanta la vista y sus ojos se encuentran. No queda nada del enfado que vio en su rostro en la cafetería. Todo lo contrario. Lo que descubre es alivio y un inmenso cariño; también arrepentimiento. Como si la culpa hubiese sido suya. ¿Cómo puede ser tan imbécil? Tiene ganas de arrodillarse y pedirle que lo perdone por haberle hecho daño, así como por todas las veces en las que volverá a hacérselo en el futuro. No le cabe duda de que lo hará y que Jude lo perdonará, porque es Jude, y así es su increíble forma de ser.

—Cup, llegas justo a tiempo —dice con las mejillas enrojecidas—. Estoy entre esto y el tron

masturbador. Pero creo que mi polla no entraría ahí, me da miedo jugármela.

Sebastian esconde la sonrisa.

—¿No has visto el masturbador de succión? Es mejor que el tron.

Ahora es Jude quien enarca las cejas.

—Vaya, parece que estás puesto en el tema.

—Un poco sé. —Sebastian se encoge de hombros—. Pero ese es mejor. —Señala el masajeador de glande que tiene en la mano—. Puedes ponértelo mientras te follan y tiene *Bluetooth* para jugar en pareja.

Jude se muerde el labio.

—¿Lo has probado?

—Solo, sí. Tengo uno en casa.

—¿En serio?

—¿Te sorprende que me guste el sexo? Baker, una parte de esto también es mía.

—No es que me sorprenda. *Quierodecir,* ya me has demostrado que te gusta, y me gusta que te guste, porque a mí me encanta —explica con un nerviosismo que le resulta enternecedor—. Es que siempre has sido tan serio…

—No soy serio. Bueno, vale, un poco sí. No me gusta ir pregonando mi vida sexual. Pero he tenido cuidado de ser serio contigo cuando solo éramos amigos. —Le dedica una mirada intensa —. No quería que pensaras que quería tener sexo contigo.

—Pero sí querías.

—Sí.

A Jude se le forma un hoyuelo de lo más cautivador al esbozar una media sonrisa. Se hace con una caja cerrada del juguete y continúa mirando los estantes entre asombrado y excitado. Entran en la sala BDSM y se detienen en la parte de las esposas. Jude examina unas unidas por dos mosquetones.

—¿Te gusta esto? —le pregunta.

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Nunca he usado ningunas. Considero que hay que tener un nivel alto de confianza con tu pareja para dejarte atar. Y yo nunca he tenido pareja, hasta ahora. —Se lo queda mirando—. ¿Te gusta a ti?

—No lo sé. —Jude repara en unas sujeciones para muslos y tobillos, con una cinturilla elástica gruesa para colocar alrededor de la cintura. Coge en la mano el paquete con el kit y observa la ilustración de la cubierta—. La ilustración es tuya, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué pones esa cara?

—¿Tú qué crees?

Los ojos de Jude se oscurecen por el deseo. Sebastian baja la vista por instinto a su entrepierna. No le sorprende descubrir la erección.

Dejan el tema cuando Charlotte se les une. Le enseña a Jude los distintos juguetes y de nuevo la disposición de la tienda a ambos, emocionada y orgullosa por su trabajo. Sebastian había visto la tienda unos meses atrás, cuando era un local destartalado que necesitaba un buen puñado de arreglos.

—Has hecho un trabajo increíble —declara Jude, que sigue observándolo todo como un niño.

—Elige lo que quieras. Te lo regalo.

Jude levanta el masajeador de glande, pero Sebastian se lo quita de las manos.

—Este te lo regalo yo.

Jude ni siquiera se molesta en replicar. Algo llama su atención y se lo esconde a la espalda para que él no lo vea.

—Baker.

—Prohibido mirar.

—Déjame ver qué es, anda.

—Que no. —Él se lo pasa a Charlotte, que se encarga de llevarlo hacia la caja ignorando las protestas de Sebastian.

Al final, solo se lleva un bote de lubricante y el masajeador que le regala, así como esa otra cosa que no ha querido mostrarle. Se despiden con varios abrazos y quedan en desayunar juntos al día siguiente, antes de volver a casa.

Pasan unas horas de compras, recados de los padres de Jude y de los demás. Incluso Viola le ha pedido a Jude que le busque algunos libros, ya que a él no le ha vuelto a escribir. También miran algunos regalos para bebés y encargan un par de cochecitos, que es justo lo que les pidió Henry cuando Jude le preguntó qué le haría ilusión que le regalara.

Sebastian había mirado los mensajes que Jude había compartido con su hermano con una sonrisa. Su cuñado es demasiado obvio.

Henry: El cochecito está entre las cinco primeras de la lista de cosas que hacen falta para el bebé.

Jude: ¿Tenéis una lista?

Henry: Tengo una lista.

Jude: ¿La ha visto V?

Henry: No, y no le vas a decir nada.

Jude: ¿Me la vas a enseñar?

Henry: ¿Sigues queriendo comprar un regalo o no? Tengo cosas que hacer, Jude.

Jude: Vale, vale. Un cochecito de la lista de Henry. ¿Sabes qué le gustaría a V que le regaláramos?

Henry: ¿Te mando más cosas de la lista? Tengo un esterilizador eléctrico; una bañera cambiador; una trona para darle de comer, con arneses de seguridad (esto es importante, Jude, aunque quizá podrías obviarlo, ya que está al final de la lista; tiene que crecer un poco para eso); un portabebés que podamos usar los dos; un cambiador portátil…

Jude: ¿No tienes algo que le pueda hacer ilusión a V? ¿Algo que no le provoque estrés prematuro? No sé, ¿necesitas algún juguete nuevo que pueda usar cuando no se pueda mover tanto? Mañana quedamos para desayunar con Charlie y nos lo puede traer.

Henry: ¿Un juguete?

Jude: Sexo, hermanito. Me pareces adorable cuando te pones en modo mojigato.

Henry: Adiós, Jude.

Jude: Me lo tomo como un sí, querido hermanito. Compraré muchos juguetes para hacer muchos niños preciosos a los que dedicar muchas listas.

Henry: No te leo, Jude. Ocupado.

Todavía siguen riéndose cuando pasan cerca de Trafalgar Square en dirección a Charing Cross. Entonces Jude se separa de él y toma asiento sobre un monumento que Sebastian reconoce en cuanto se acerca. La estatua de Oscar Wilde creada por la artista Maggie Hambling, que lleva en ese lugar desde finales de los noventa. Tiene la forma de un sarcófago, de granito verde, y el busto de Wilde sobresale del extremo superior de manera grotesca; a Sebastian siempre le ha dado mal rollo. Se detiene junto al grabado «*A Conversation with Oscar Wilde 1854 - 1900*».

—¿Qué haces? —le pregunta a Jude al verlo arrastrar el culo sobre el monumento y posar la mano sobre el busto de Wilde, justo en la cabeza que sobresale.

—Sentarme en el regazo de Wilde, evidentemente —contesta él con una sonrisa—. No todos tienen la suerte de decir que se han sentado sobre Wilde. Soy un chico afortunado. Si quieres puedes sentarte aquí conmigo —le señala el hueco a su izquierda—; sería como hacer un trío. No es que me gusten los tríos, *quierodecir*, soy bastante aburrido en cuanto a eso. Practico la monogamia y la verdad es que preferiría que tú también lo hicieras, si te parece bien. *Quierodecir*, no hemos hablado de ese tema. Podríamos hacerlo, si plantas tu culito aquí —insiste con cierto nerviosismo.

Sebastian menea la cabeza. Es increíble cómo Jude hila frases de una manera tan acelerada.

—Baker.

—¿Qué? ¿No es un buen momento para hablar de eso? Vale, entonces hablemos de esto. «Todos estamos en la cuneta, pero algunos de nosotros estamos mirando a las estrellas». —Mira a Sebastian, que toma asiento a su lado—. Recuerdo que la citaste en un capítulo de *Barnard*. Henry me dejó *El abanico de Lady Windermere* cuando le mencioné la cita. La verdad es que no me importaba el libro, solo lo que me hacía sentir la frase. En ese momento sentí que me hablabas —lo mira a los ojos—, que me decías que siempre había algo bueno a pesar de que no lo vieras, como las estrellas. Sabes que están porque brillan, pero nunca podrás tocar una.

Sebastian traga saliva. Extiende la mano y Jude se la estrecha. Le sonríe y sus hoyuelos se asoman tímidos cuando fija la vista al frente.

—¿Sabías que Wilde y Whitman se conocieron? —continúa su amigo—. La madre de Wilde le leía poemas de Whitman desde que era un niño. En esa época, *Hojas de hierba* había sido censurada, pero su madre le leía poemas sin adulterar. Whitman ya casi estaba retirado y vivía apartado en Nueva Jersey cuando se conocieron. Wilde iba a viajar a Filadelfia y tenía muchas ganas de conocerlo, así que su editor se puso en contacto con Whitman para que pudieran encontrarse. Whitman no podía trasladarse, pero lo invitó a su casa, y así fue como dos grandes se conocieron. —La sonrisa nostálgica de Jude le pone la piel de gallina. Casi siempre que cuenta este tipo de datos le da la impresión de que su amigo habla de gente a la que ha conocido, así de intensas son las emociones que imprime en sus historias—. Wilde se le presentó diciéndole que lo conocía prácticamente desde la cuna. Era joven, elegante, mientras que Whitman tenía más de sesenta y, aunque era fuerte y robusto, su salud no era muy buena. Estuvieron dos horas juntos. Dos horas dieron mucho para especular, Cup. Se habla de que pasó

algo entre ellos. En *La vida secreta de Oscar Wilde*, el ensayista hace referencia a las horas que pasaron *entre las sábanas*. —Sonríe, cómplice—. Wilde escribió en su diario que aún tenía el beso de Whitman en los labios.

Y entonces Jude gira la cabeza y le mira los labios para un segundo después levantar la vista. Sus mejillas han enrojecido, quizá por el frío, quizá por el relato, quizá por el beso que oscila entre ellos.

—«Nosotros, dos muchachos, abrazándonos mutuamente, sin separarnos jamás uno del otro…». —Sebastian no lo deja seguir. Le coloca el pulgar en los labios y los acaricia. El calor de su aliento le eriza la piel.

Una ternura demoledora le recorre de la cabeza a los pies, mezclada con un deseo visceral. Le tiembla la mano y Jude levanta la suya para envolverla, sin apartársela.

—Tienes la mano fría —murmura Jude, acariciándole los dedos con sus labios—. ¿No te gusta el poema de Whitman? Es mi favorito.

—Me gustas más tú, Baker.

—¿Me vas a besar ya? *Quierodecir*, creo que es importante que lo hagas. Wilde debe saber que somos dos hombres que están muy unidos y no quieren hacer un trío ni nada de eso. —Un hoyuelo aparece en su mejilla izquierda y Sebastian lo atrapa con los dientes—. Mmm —a Jude se le escapa un suspiro—, me gusta mucho eso, Cup, pero tus besos son únicos y esa cosa que haces con la lengua…

—Calla, Baker. —Sebastian aprovecha la mención de la lengua para deslizarla sobre el hoyuelo.

—¿Te has fijado en que cuando besas a alguien lo dejas de ver? *Quierodecir*, no solo porque cierras los ojos. Es que dejas de ver. Eres un ciego besando a otro ciego usando el resto de los sentidos. Cuando te falta la vista aumentan los estímulos sensoriales. Sientes más. El tacto, la temperatura de tu cuerpo… —Sebastian le acaricia la mandíbula con la nariz y le suelta la mano que aún tenía agarrada. A Jude se le pone la piel de gallina cuando le acaricia el cuello para notarle el pulso—. Un hombre besando a otro hombre en un mundo hecho para ese momento. Todos los besos son distintos y todos los lugares a los que vas cuando cierras los ojos son distintos, ¿comprendes? Puede que no quieras besarme en este momento y prefieras hacerlo dentro de una hora, pero entonces te perderás este mundo en el que estamos ahora. No será posible llegar a él. Es una oportunidad perdida, Cup.

En ese instante Sebastian comprende que tiene que hablar con él. No puede posponerlo más. No puede permitir que nada ni nadie le quite esto que ha nacido entre ellos. No puede dejar que la confianza se rompa, que la magia de Jude se haga añicos solo porque no es capaz de ser sincero.

No deja que siga hablando. Jude quiere un beso y da la casualidad de que él se muere por besarlo. Entierra los dedos en su pelo y lo besa como a su amigo le gusta. Un beso profundo y ansioso, justo como se encuentra él después de tomar la decisión. Reclama su boca con la lengua y el gemido de Jude cuando le acaricia el paladar lo pone duro y consigue que la necesidad crezca de manera vertiginosa. Lo quiere desnudo. Necesita tocarlo.

Se aparta de él y Jude se gira y le coloca una pierna sobre la rodilla.

—¿Te has fijado en cómo era el mundo? —dice casi sin aliento.

Sebastian le aparta la pierna e inmediatamente Jude la vuelve a subir.

—La verdad es que no.

—Entonces lo hemos hecho bien.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que el mundo somos nosotros. Tú y yo besándonos.

Sebastian le aparta de nuevo la pierna y se levanta.

—Vamos, anda. Creo que va a empezar a llover —informa mirando al cielo antes de echarse a andar.

—¿Hablamos ya de los tríos?

—Cállate, Baker.

—Cállame.

—Después —contesta, y esconde la sonrisa que se le forma en los labios.

Después.

Después hablará con él.

O mejor cuando regresen a casa. Sí. No quiere estropear el fin de semana. Sea lo que sea que tenga que pasar, necesita un poco más de Jude Baker. Antes tiene que hacer algo que considera mucho más urgente: buscar la manera de disculparse por su arranque en la cafetería.

De camino al hotel, con Jude hablando de compositores muertos y el próximo artículo para la revista, sus pensamientos van a una velocidad de vértigo. Al final se decide por lo más simple y honesto.

—Lo siento. Lo siento de veras, Baker. Nunca debí hablarte así.

—No pasa nada. Ya está olvidado.

Sebastian lo toma de la mano para detenerlo, lo que consigue que Jude dé un ligero respingo.

—Sí pasa. No quiero hacerte daño y te lo hago todo el tiempo.

—Siento haberme puesto a la defensiva.

—Ni se te ocurra pedirme perdón. —Extiende una mano para apartarle un mechón y le coloca el pelo por detrás de la oreja—. Perdóname tú a mí, por favor.

—¿Por qué te pusiste así?

—Por ti. Odio que seas tan bueno, odio que no odies a todos los que te han hecho daño. Odio que hables de George con una sonrisa, como si hubiese sido bueno para ti. Odio que lo defiendas. Odio la sola idea de que te haya tocado. —Lo agarra de la barbilla. Jude tiene los ojos vidriosos —. Odio cada lágrima que has derramado por él. He borrado *Barnard* porque no soporto que pienses que él es más importante que tú. Tenías razón desde el principio, siempre fue una mentira. Le dije al mundo que esa era mi historia con él, mi carta de despedida, mi *para siempre*. Pero era mentira. Disfracé cada capítulo, mostré lo que todos querrían ver. La realidad fue muy distinta.

—Lo sé, Seb. Por eso fui a buscarte hace doce años.

—¿Para que dejara de ser un mentiroso?

—Para que no terminaras marchito en esa habitación mientras la vida pasaba delante de ti. —Ahora es Jude quien le acaricia la mandíbula—. Fui a buscarte al hotel de tu familia con miedo a que me dieras asco cuando te viera por primera vez, a que pudieras parecerte a él o a que me lo recordaras. Pero apareció Viola, y Henry y ella se enamoraron. Me dejó entrar en tu mundo. —Respira su aliento—. Entonces saliste de la habitación y te vi. Te vi de verdad, Seb. Descubrí al verdadero Sebastian. Yo… solo quería que estuvieras a salvo.

Sebastian siente una bomba atómica en el pecho.

—Lo estás haciendo otra vez.

—¿El qué?

—Esa manía que tienes de ser tan bueno.

—Abrázame —le pide Jude con un hilo de voz.

—Ven aquí, cielo. —Lo abraza como sabe que le gusta, con fuerza y ganas. Asciende con una mano para enterrar los dedos en su pelo, lo que le arranca un suspiro—. Baker, eres la mejor persona que conozco. Intentas llegar siempre al corazón de los demás, aunque no sea un camino fácil ni bonito. —Toma aire. El pecho se le desborda por la intensidad de las emociones—. Antes me confundías. Pensaba que eras una especie de trampa. El único amor que había conocido fue en un *ring* con otro tío intentando ver quién hacía más daño al otro. Tú no eras así. —Lo siente temblar en sus brazos cuando le acaricia el cuero cabelludo—. Recuerdo que Viola me escribió y me dijo que te parecías a él. Te miré y no lo vi por ninguna parte. Yo también estaba dispuesto a odiarte, a que me dieras asco. Pero, joder. ¿En qué mundo sucedería eso? En uno en el que no estuvieras tú.

Jude se aferra más a él.

—Seb —susurra con la voz entrecortada.

—Necesito que me perdones.

—Ya te dije que está olvidado.

—Por todos estos años. Por *Barnard*. Por ponerlo a él de escudo para ocultar lo asustado que sigo. Por todas las veces que quise besarte y no lo hice. Por haberte dicho que sí te haría el discurso de boda cuando lo único que quería era rogarte que no te casaras. Por tener tanto miedo. —Hunde el rostro en su cuello e intenta controlar la respiración—. No sé controlar el miedo, nunca supe qué hacer con él. Por eso me encierro, así es más fácil. El miedo se gestiona mejor en sitios más pequeños. No sientes que te aplasta la inmensidad de todo.

Jude levanta la vista hacia él. Sus ojos verdes están empañados por las lágrimas y moquea. Y aun así, Sebastian solo tiene ganas de comérselo a besos.

—Prométeme que si te encierras lo harás en mí.

—Si significa que estarás conmigo, entonces sí.

—No, Seb. Significa que serás libre. Conmigo siempre serás libre.

CAPÍTULO 33

JUDE



Nada más llegar al hotel, Jude se adueña de la ducha. Sale con el pelo recogido en una coleta alta, camiseta y bóxer.

—Bonito peinado.

—¿A que sí? —La sonrisa que le dedica a Sebastian es deslumbrante—. Baño libre.

—¿Pides algo de comer mientras me ducho? Una ensalada estaría bien.

—Vale. Miraré la carta del hotel. ¿Cualquier ensalada?

—Cualquiera que no tenga pepino. —Sebastian arruga la nariz.

—¿Puedo hacer un chiste? —La sonrisa de Jude se ensancha todavía más.

—Paso de ti.

—Aburrido —le grita cuando lo ve desaparecer hacia el baño.

Sebastian tarda tanto que cuando sale ya han traído las ensaladas y Jude ha estado a punto de tocarle un par de veces para preguntarle si está bien.

—¿Fue niña o niño?

Sebastian se está terminando de secar el pelo con la toalla. Él también lleva un bóxer y una camiseta vieja. A Jude se le hace la boca agua al verlo. No deja de pensar en todo lo que hicieron esa misma mañana, el modo en que Sebastian había gritado mientras se corría al lamerle el pezón. Jamás habría pensado que fuera tan sensible en esa zona y ahora no puede olvidarlo. Por eso ha comprado las pinzas metálicas de sujeción progresiva para pezones. Piensa disfrutarlo mucho cuando se decida a usarlas con él.

—¿Perdón?

—Has tardado una eternidad.

—No seas exagerado. —Le da un empujón al pasar por delante y toma asiento a la mesa—. Tengo hambre.

—Pedí patatas también —anuncia mientras se lleva una a la boca y toma asiento junto a él—. Por cierto, tu móvil no dejaba de vibrar.

Sebastian se levanta un momento para cogerlo y lee los mensajes mientras se come la ensalada y se pelea con Jude por las patatas más grandes.

—Es Viola —explica su amigo, tecleando con rapidez—. Parece más calmada. Me está contando que Asher sigue en casa. ¿Has hablado con Ava?

—Le envié un mensaje hace un rato. Hacen fiesta de pijamas todos los días en casa de La.

—¿No te ha dicho si piensa volver?

—Asher no ha intentado buscarla. —Consigue quitarle una patata y se encoge de hombros

mientras mastica—. Digamos que cada día que pasa está más enfadada.

—Mierda. —Sebastian resopla.

—Y Henry está teniendo mucha paciencia. No es que le encante tener a Asher por ahí.

—Me imagino. Es un grano en el culo.

Jude suelta una risita. No hay mejor manera para definir a Asher Hunt que esa.

—¿Por qué no intenta hablar con ella? —le pregunta. A fin de cuentas, Sebastian lo conoce mejor que él—. ¿Tan enfadado está?

—Creo que tiene miedo a que lo rechace. Ash es así para algunas cosas. Se encierra en sí mismo y se mete en una especie de círculo vicioso donde no es capaz de ver nada más que lo negativo de todo. —Le señala con el tenedor—. Es como tú, pero al revés.

—¿Tú crees? A mí también me dan miedo las cosas.

—¿Por eso no quieres decirme el motivo de la discusión?

Vale, eso ha sido un golpe bajo. Jude se dedica a comer y cambian de tema a Charlotte y el *sex shop*. Sebastian le pregunta por lo que ha comprado, pero él se hace el loco y le prohíbe buscar entre sus cosas.

Cuando terminan de cenar y se lavan los dientes, Sebastian le pregunta si puede dibujarlo.

—¿Me quieres dibujar? —Su gesto de sorpresa es más que evidente.

—Me gustaría, sí.

—¿Qué necesitas?

—Que seas tú mismo. Puedes leer, mirar el móvil, dormir, escuchar música. Cualquier cosa que hagas siempre.

—Vale. Me pondré con un artículo.

Coge la *tablet* y observa a Sebastian sentarse con las piernas cruzadas y una almohada sobre estas, encima de la cual coloca su propia *tablet*, la que usa para dibujar cuando no se encuentra en casa. Jude elige una lista de reproducción en modo aleatorio y se tumba en la cama.

—Quítate la camiseta —le pide Sebastian—, quédate solo con los calzoncillos.

Él lo hace y durante la siguiente hora no vuelven a hablar. Su amigo trabaja en él mientras él lo hace en su artículo e intenta no fijarse en lo sexi que está Sebastian cuando se concentra. Se lo imagina igual de concentrado en él, en su cuerpo, en su deseo, y se tiene que mover un poco hacia uno de los lados porque la erección comienza a mortificarlo.

No se da cuenta de que ha dejado de escribir hasta que su amigo le habla.

—¿Quieres quitarte los calzoncillos?

—¿Me vas a dibujar la polla? —Jude lo mira con cara de alucinado.

—Ahora no, pero así estarás más cómodo. —Señala la prominente erección.

Jude se deshace del bóxer. Sebastian ha dejado de mirar a la pantalla y ahora se humedece los labios mientras contempla esa parte de su anatomía. A Jude le resulta doloroso no hacerlo, de modo que sin quitarle la vista de encima desliza la mano a su entrepierna y comienza a acariciarse con movimientos lentos y provocadores.

Sebastian deja a un lado la *tablet* y se levanta de la cama. Jude escucha el sonido de una bolsa y ve cómo vuelve con el bote nuevo de lubricante.

—Dame la mano.

Jude extiende la mano y Sebastian deja caer un buen chorro. Se sienta de nuevo junto a él con las piernas cruzadas. A Jude no le pasa desapercibido que se halla tan excitado como él.

—Sigue. Déjame verte.

Jude sonríe. Baja la mano a su erección y la envuelve entre los dedos, rodeándola y

acariciando el glande con el dedo pulgar. No le quita la vista de encima cuando comienza a acariciarse con languidez, acompañando las caricias de ligeros movimientos de cadera y respiraciones profundas. Los ojos de Sebastian se oscurecen y Jude nota un latigazo de placer en la espalda. Emite un gemido de lo más vergonzoso y baja la otra mano a sus testículos, masajeándolos y aumentando el ritmo de las sacudidas. Clava los talones en el colchón y se aprieta la erección con más fuerza. No es suficiente. Necesita más. Mucho más. Sebastian lo mira y él solo puede pensar en la forma de sus manos al darle placer, el modo en que su boca lo abarca y en cómo la polla le golpea la garganta.

—Vamos, Baker. Los dos sabemos cómo te gusta. Déjame verlo.

Observa cómo Sebastian se recoloca la erección, que debe resultarle molesta. Su voz funciona como latigazos directos a las terminaciones del cuerpo de Jude. Un gemido sonoro se le escapa de la garganta cuando se pierde en su excitación. Se masturba a un ritmo frenético, rápido y fuerte, tocándose la punta con el pulgar hasta que el ramalazo de placer se concentra en su espina dorsal y se corre sobre el abdomen. Se acaricia un poco más mientras la polla le palpita en la mano. Ninguno de los dos aparta la mirada del otro. Los labios de su amigo siguen húmedos, como si se hubiera pasado la lengua con asiduidad.

—Has dejado de dibujar.

—He perdido la cabeza, no me juzgues.

Jude consigue recuperar el aliento. Esboza una sonrisa.

—No te juzgo —murmura.

Su amigo se levanta. Coge la *tablet* para colocarla en la mesita de noche y busca algo más en su mochila. A Jude se le corta la respiración al comprobar que se trata de un condón. Traga saliva.

—Cup, ¿eso que veo es un condón?

—¿Por qué tienes que hablar tanto?

—Es que estoy sorprendido.

Sebastian se quita la camiseta, dejando su torso expuesto, enorme, delicioso. Sus pezones. Jude no deja de pensar en cómo gemía cuando tenía su boca sobre ellos.

Sebastian sigue la dirección de su mirada.

—Ni se te ocurra.

—¿Por qué?

—Porque quiero durar.

—¿Por qué no me dijiste que era tu zona más erógena?

—Porque no lo sabía.

—¿En serio?

—En serio.

—Entonces, ¿soy el primero? —pregunta, asombrado. No se cree que nadie lo haya estimulado ahí antes—. ¿Podemos repetir? Hay muchas cosas que me gustaría hacerte, Cup.

—Baker, ahora mismo solo me apetecen dos cosas. La primera es follarte la boca como sé que te gusta, la segunda es que me folles tú a mí, y no precisamente la boca.

A Jude se le va a salir el corazón por la garganta. Lo mira a los ojos. Se imagina que le está tomando el pelo. Es evidente que no acaba de decir lo que cree que ha escuchado, pero Sebastian se arrodilla delante de él y lo agarra de la nuca. En cuanto la boca de Sebastian se encuentra sobre la suya, sus pensamientos se chamuscan.

Imagina que al torturarle los pezones su amigo debe sentir algo similar a lo que siente él

cuando lo besa con esa hambre animal. Sebastian se adueña de sus labios. Dibuja con la lengua cada rincón de su boca; embiste, exige y palpa cada recoveco, succionando y mordiéndole la lengua mientras le tira del pelo de esa manera que lo pone a cien. A Jude no le gusta el dolor, odia cuando le tiran del pelo para hacerle daño, pero lo que le hace Sebastian es tan bueno que su polla sufre espasmos involuntarios cuando le mete la lengua y le agarra el pelo al mismo tiempo.

Sebastian se separa de él con la respiración igual de agitada que la suya.

—No tienes que hacer mucho —le explica—. Me preparé antes en la ducha.

—¿Que te preparaste? —Jude lo mira de hito en hito. Eso no se lo esperaba para nada—. ¿Por eso tardaste en salir?

—Ajá.

—¿No estabas cagando?

—Baker, joder.

—También podrías haber estado haciéndote una rápida. —Se encoge de hombros; no puede evitar el gesto de sorpresa con el que mira a su amigo—. ¿Quieres que te lo haga yo a ti? ¿Estás seguro?

—¿Te enseño cómo se hace?

A Jude le arde la cara.

—Sé cómo se hace, idiota. Pero es que tú… —Toma aire, intenta encontrar las palabras, pero no le salen. No sin que duelan. No sin que resulten incómodas—. Georgie me dijo…

Sebastian le planta la mano en toda la cara.

—Ni se te ocurra mencionarlo cuando estás a punto de meterme la polla en el culo.

—Perdón, pero es que ya me había imaginado que me la meterías tú a mí.

—Pues deja de imaginar y actúa antes de que se me pase esto. —Se señala la entrepierna.

—Eso no va a pasar, Cup. —La atrapa en una mano por encima de la tela.

Por primera vez, Jude observa el rubor en las mejillas de Sebastian cuando lo acaricia y este suelta un gemido entrecortado. Es ligero, apenas imperceptible en su piel canela, pero aun así es una puñetera maravilla.

—Trátame bien, Baker. Es mi primera vez —musita mientras Jude se incorpora sobre sus rodillas para seguir acariciándolo, cerca, y sus bocas se encuentran en sincronía.

Percibe cómo los dedos de Sebastian se le clavan en la cintura. La respiración de Sebastian se entrecorta cuando le recorre la forma de los labios gruesos con la punta de la lengua sin dejar de acariciarle la erección con movimientos lentos y firmes. La suavidad de la piel de su mejilla lo vuelve loco.

—Tienes la piel del culito de un bebé, Cup.

—¿Es necesario que digas eso?

—Todo lo que digo es necesario. —Le muerde la barbilla y Sebastian gruñe cuando le recorre el glande con el pulgar.

—Tú también eres suave.

—Lo mío es por genética.

Continúa besándole la mandíbula y el cuello. Sebastian se mantiene quieto salvo por la presión de los dedos en su cintura. Le ha dado el mando de la situación y Jude se vuelve loco por el deseo que le provoca ese Sebastian hasta ahora desconocido para él—. Tócame tú también, Cup —le pide y no tarda en sentir los dedos de su amigo ahí.

La sensación de su mano enorme en la espalda y la otra dándole placer, mezclada con el placer que él le proporciona a Sebastian, consigue que una sensación de irrealidad embargue sus

sentidos. Siente las llamas avivarse dentro y fuera de su cuerpo. El suelo se mueve. Allá arriba es de día y de noche a la vez, y en esta habitación se encuentra Sebastian y quiere que le haga el amor.

Su mejor amigo está excitado y es él quien le está provocando todo eso. Solo él.

—Dime qué has hecho para prepararte —le pide con la voz entrecortada.

No puede seguir o volverá a correrse. Y puede que no tarde nada en recuperarse, pero lo necesita a él. Lo quiere todo ya.

—Me he metido los dedos y me he puesto un *plug* —explica Sebastian, y el rubor vuelve a aparecer en su mejilla.

Jude le da un besito justo en ese sitio.

—¿En serio?

—Sí.

—No compramos ninguno. ¿Lo trajiste de casa?

—Sí. Lo llevo puesto, Baker. Y Dios. —Cierra los ojos y lo atrae más hacia sí, apartándole la mano de la polla para susurrarle en los labios—: No creo que aguante mucho. Haz que valga la pena.

—¿Estás absolutamente seguro?

—Sí. Y no me trates como si me fuera a romper. Recuerda que, físicamente, soy más grande y fuerte que tú.

Jude sonríe.

—Créeme, me he dado cuenta. —Lo besa y le da una palmada en el culo—. Túmbate de espaldas. Quiero mirarte.

Sebastian se tumba y hace una mueca que debe ser por el roce del *plug* presionándolo ahí dentro. Jude toma nota mental de hacerse con uno de esos. Sebastian dirige la mano a su culo en ademán de quitárselo, pero él lo detiene.

—Yo me encargo de eso. —Se coloca sobre él y se desliza por su torso, dejando un reguero de besos húmedos hasta llegar a la cinturilla del bóxer. El pelo y las caricias le hacen cosquillas y a la vez consiguen que a su amigo se le ponga la piel de gallina; sisea y tiembla debajo de él. Solo necesita un par de movimientos para terminar de desnudarlo y tener su polla hinchada y erecta ante él. Se le hace la boca agua al verlo así, mirándolo con los ojos oscuros por el deseo, los labios entreabiertos y las manos apretadas a los lados.

Jude le abre los puños. Luego le besa el dorso y la cara interna de las muñecas.

—Relájate.

—No dirías eso sí tuvieras esa cosa en el culo y te estuviera mirando como lo estás haciendo ahora.

—Es que ahora eres tú el melocotón. Y estás tan blandito y apetecible…

—¿Blandito? —El tono de indignación que usa Sebastian no se lo cree ni él—. ¿Qué parte está blandita?

—Maduro, dulce, en su jugo. —Jude le besa la palma de la mano izquierda mientras habla; desliza una mano por su ingle hasta posarla en sus testículos duros. Los masajea despacio y se coloca entre uno de sus grandes muslos para frotarse contra él mientras lo hace. La sensación es tan buena y la reacción de Sebastian tan deliciosa que tiene que parar para no correrse. Por nada del mundo piensa hacerlo ahora—. Eres un melocotón blandito. —Se apoya en un codo para descender por su cuerpo. Lo besa en la cintura, por debajo de la cadera, y sigue el recorrido a su entrepierna. Sebastian respira hondo—. Blandito por dentro, duro y sedoso por fuera.

La barbilla le roza la ingle y le acaricia la erección con los labios. Abre la palma de la mano y le abarca los testículos, dirigiendo los dedos por el camino hacia su entrada.

—Baker, joder.

—Mmm. —Deposita ligeros besos a lo largo de su erección y, cuando llega a la punta, se la mete en la boca y succiona.

Sebastian se arquea y comienza a decir sinsentidos. Jude lo repite y aprovecha que su amigo está perdido en el deseo para dirigir la mano a su culo y buscar el anillo del *plug*. Nota cómo se tensa cuando recorre el borde con el dedo y los músculos de ahí se mueven ante la presión del objeto y sus caricias.

Enrosca el anillo en el dedo índice y empieza a moverlo. Sebastian emite un gemido ronco y sumamente sexi que se la pone durísima.

—Baker, no hagas eso.

—¿El melocotón va a estallar?

El que va a estallar va a ser él como siga jugando a que controla una mierda, pero eso se lo guarda para sí. Está demasiado ebrio de Sebastian y no quiere dejar de estarlo.

—Sí. No lo saques rápido o me correré. Quiero hacerlo contigo dentro.

La súplica impresa en la voz le lanza un latigazo de deseo y Jude se empieza a frotar con la pierna de Sebastian.

—Eso no ayuda —se queja Sebastian al sentir su excitación.

Jude tira del anillo hacia fuera, despacio, mientras recorre la polla de Sebastian con la punta de la lengua, provocándolo y, al mismo tiempo, evitando que se corra; lo que le resulta complicado, teniendo en cuenta que lo que más desea Jude en el mundo es ver cómo se corre una y otra vez gracias a sus caricias. Se siente tan bien cuando lo escucha gemir… En la gloria.

Los músculos del culo de Sebastian tiemblan y se contraen cuando por fin le quita el juguete. Levanta la mirada y ve que su amigo se agarra a las sábanas y respira de forma acelerada.

—¿Todo bien allí arriba?

Está tan sexi que Jude no puede evitar sonreír. Se lo quiere comer entero.

—Me estoy concentrando. Por Dios, Baker. Ponte el puto condón ya.

—Eh. Que estoy al mando. No me des órdenes.

—Ahora —ordena Sebastian.

En respuesta, Jude se mete su erección en la boca hasta el fondo. Succiona con fuerza mientras se la saca, terminando con un ruidito escandaloso solo para provocarlo. Por la manera en que Sebastian responde y todos los gemidos, los «joder» y los «Baker» que se le escapan, comprende que está al límite.

—¿Decías?

—Por favor —musita más para sí que para Jude, entre respiraciones rápidas y temblores en los muslos.

Jude se hace con el condón. Cuando lo está abriendo, desvía la vista a su amigo y lo ve ahí, en toda su envergadura, expectante. Tan grande y tan guapo. Tan irresistible.

—Madre mía, Seb. Estás increíble. Me encantaría que pudieras dibujarte así. Quiero ver esta imagen todos los días, a todas horas.

Sebastian abre los ojos.

—No necesitas un dibujo. Te dejaré que me veas todas las veces que quieras.

—A todas horas —añade él.

—Con un período de recuperación mínimo.

—¿Quién necesita recuperarse?

—Tú no. —Sebastian no le quita la vista de encima mientras se termina de poner el condón.

Jude coge uno de los cojines de la cama y le da un toque en la pierna.

—Levanta el culo, anda. Y abre las piernas —le pide cuando se coloca entre ellas.

Sebastian se tensa todavía más. Por mucho que le diga y que le suplique que se lo haga ya, no deja de ser su primera vez. A Jude se le llena el pecho de amor cuando observa que Sebastian está a punto de cerrar las manos pero se da cuenta y se obliga a abrirlas por él. En cambio, cierra los ojos.

—No cierres los ojos, Seb. Si quieres que te folle, me mirarás mientras lo hago.

Jude toma el bote de lubricante y se embadurna la polla y la entrada de Seb, dejando un pegote entre los dedos.

Sebastian abre los ojos. El pecho le sube y baja con rapidez. Jude se acomoda entre sus muslos y le levanta la pierna izquierda para besarle la cara interna de la rodilla. Sebastian abre los labios y respira hondo.

—¿Quieres que te folle?

—Sí.

—¿Del uno al diez? —Acomoda la pierna sobre su hombro y desliza la lengua por la zona sensible del interior de la rodilla. Al mismo tiempo, dirige dos dedos con lubricante a su entrada. Sin prisa, los introduce y los dobla hacia adentro para alcanzar la próstata, consiguiendo así que su amigo arquee aún más la espalda y olvide que no quiere que cierre los ojos.

—No los cierres, Seb.

—Baker. —Estira una mano y se aferra al muslo de Jude—. Estoy preparado. Oh, joder, sí. —Un gemido áspero brota de su garganta cuando Jude desliza las yemas de los dedos por su próstata y le muerde la cara interna del muslo.

—Eso lo decido yo. ¿Del uno al diez? —insiste. Saca los dedos y los vuelve a meter. La excitación de su amigo va en aumento y mueve las caderas para ir a su encuentro, acelerando cuando él baja el ritmo.

Sebastian le suelta el muslo y dirige la mano a su abdomen para dibujar el símbolo del infinito con una cruz delante. Una vez. Y otra. Y otra más.

—Baker —murmura con la voz ronca por el deseo—, me voy a volver loco si no me la metes ya.

A Jude le cuesta sonreír por las emociones, y eso que tiene muchas.

+∞ es mucho. +∞ es todo. Y él lo quiere todo y le da esperanzas el hecho de que su amigo haya puesto precisamente eso, porque quizá, tal vez, eso quiera decir que él también lo quiere todo con él. No se da cuenta de que aún está moviendo los dedos en su interior hasta que oye sollozar a Sebastian y decide apartar todos esos pensamientos de su cabeza. Quiere que su primera vez sea buena. Hará lo posible para que lo sea.

Le suelta la pierna, se agarra a su cadera y, colocándose lo mejor que puede entre sus grandes muslos, dirige la polla a su entrada con la otra mano. Nada más meter la punta, nota cómo los músculos de Sebastian se contraen en torno a él, impidiéndole el paso.

—Seb. —Asciende para quedar a la altura de sus labios—. Necesito que te relajes.

—Estoy relajado.

—Te acabas de cerrar en banda.

Jude la saca, coge el bote de lubricante y se echa un buen chorro en los dedos. Los introduce y se encarga de volver a relajarlo. Su amigo jadea y no aparta los ojos de él.

—Déjame entrar, Seb. —Lo acaricia con suavidad, por dentro y por fuera.

—Sí. —Sebastian exhala, con ese gesto mitad concentración mitad absoluta entrega.

Le vuelve a colocar la pierna por encima del hombro. En cuanto tiene la punta bien adentro, Jude siente que va a perder la cabeza por la presión y lo alucinante que es abrirse paso a través de él, tan caliente y delicioso.

Sebastian se aferra a sus muslos. Jude no tiene claro si pretende apartarlo o clavarlo más adentro. Lo único que puede sentir mientras empuja con firmeza es que todo es demasiado intenso y está demasiado apretado y se va a volver loco porque se muere por dejarse llevar, pero a la vez le aterra la posibilidad de hacerle daño.

—Dios mío. —Jude se muerde el labio para sentir dolor, cualquier cosa para desviar todo el deseo que lo está volviendo loco.

—Sí, Baker. —Sebastian extiende una de las manos y le tira del pelo con suavidad. Mueve el culo y Jude lo siente todo; cada músculo, la estrechez enloquecedora—. Puedes seguir.

Jude sale unos centímetros para volver a entrar; lo repite hasta que por fin consigue deslizarse dentro de él y llegar al fondo.

—Seb —gime.

Se mueve sobre él de modo que sus labios se rozan. Lo siente todo durante los segundos en los que permanece quieto; está demasiado estrecho y podría parecerse al cielo o al infierno de lo bien que se siente y lo caliente que está. Sentir su polla rodeada, aplastada y oprimida es una sensación tan increíble, tan intensa, que tiene que respirar y pensar en un filete sangriento para no correrse en ese preciso instante.

—Sí. —Sebastian le toma la cara entre las manos y lo besa. Los músculos de su culo se mueven y Jude gime contra su boca.

—Dime cómo te sientes. Porque yo me voy a morir del gusto ahora mismo. Dios. ¿Me puedo quedar así para siempre? —La risa de Sebastian consigue que los músculos del culo se contraigan, provocando que Jude se sienta aún más abrumado—. ¿Seb?

—Me siento llenísimo. Sería la definición de estar empalado.

—¿Empalado? —Jude frunce el ceño—. Estás muy callado, y muy rojo. No parece que te guste.

—Hoyuelos. —Sí que tiene la cara roja, la frente perlada de sudor y respira muy fuerte—. Estoy concentrado. Es a ti a quien le gusta hablar. Muévete ya.

—Cup, intento no correrme. —Suspira contra su boca—. Es que está muy apretado, sobre todo allá adentro. Dios, Seb. Es increíble cómo se siente. —Embiste y el deseo se desliza como una serpiente por su columna.

—No pasa nada si lo haces —replica Sebastian—. Podemos seguir en cuanto te recuperes. ¿Cuánto tardas? ¿Dos minutos?

—Menos si me miras así. —Jude mueve las caderas y Sebastian se aferra a su culo con los dedos, echando la cabeza hacia atrás en cuanto Jude la saca despacio para volverla a meter. Una vez. Y otra más. Sigue estrecho y caliente y es una locura cada vez que la punta de su polla choca con el fondo; los gemidos de su amigo lo están matando.

Por mucho que diga, el dolor ha conseguido que se le baje un poco y Jude solo quiere que cabalgue la misma ola de locura sobre la que se halla él. No quiere estar solo en ella. Lo masturba al ritmo suave de sus embestidas, lo que consigue que Sebastian alce las caderas y empiece a ir en su busca.

—Joder, sí. —Sebastian le clava los dedos con más fuerza en el culo—. Ahí, sí, más fuerte.

Por fin. Ahora sí están en sincronía. Jude sonríe y le da todo lo que le pide, evitando ser muy brusco para no hacerle daño.

—Me encanta no ser yo el único que habla. —Une sus labios un instante—. Rodéame con las piernas.

Sebastian apenas consigue moverse cuando Jude sale de él y lo agarra de las caderas para levantarle más el culo sobre el cojín. A continuación, se coloca mejor sobre él, con los codos a cada lado de su cuerpo, sus respiraciones unidas, sus bocas bien juntas. Jude vuelve a entrar en él, con cuidado, y, una vez dentro, Sebastian lo rodea por las caderas. Cierra los ojos y gime cuando Jude coge otra vez el ritmo.

—No cierres los ojos, Cup.

Sebastian le clava la mirada y lo agarra del pelo para comerle la boca. A Jude le cuesta la vida mantener la mente fría para no follárselo como necesita. Lo penetra a un ritmo constante, atento a la tensión del cuerpo de su amigo, a los jadeos que se escapan de sus labios cuando lleva una mano a su entrepierna y acompaña con caricias sus embestidas. No puede más. Cada vez que su polla toca el fondo y los músculos se contraen cree que se va a quedar ahí dentro.

—Seb. —Tiembla, y Sebastian también lo hace debajo de él, sudoroso y ruborizado.

—Hazlo, cielo —musita en sus labios, y, Dios, esa manera de llamarlo le llena el pecho de mil emociones para las que ni siquiera tiene nombre.

—Bésame, Seb.

La presión de sus labios y la manera dulce en que le introduce la lengua le oprimen el corazón. Solo necesita notar el roce de sus dientes en los labios para correrse. Y es tan alucinante que se clava totalmente en Sebastian, hasta el fondo, antes de continuar meciéndose sobre él.

Todavía siente el orgasmo cuando aumenta el ritmo de sus caricias y una ansia primitiva se apodera de Jude. Desciende por el cuello de su amigo, por su clavícula y baja a ese lugar donde hará que se corra en cuestión de segundos.

No le da tiempo a que asimile lo que va a hacer hasta que tiene el pezón entre sus dientes y se da un festín con él. Sebastian no aguanta ni cinco segundos antes de derramarse en su mano.

—Dios, sí. —Levanta el culo en su busca con desesperación y Jude cambia de pezón. No deja de masturbarlo al ritmo de sus penetraciones hasta que cesan los gemidos y el cuerpo se le relaja.

Jude es incapaz de apartar los ojos de él. No piensa soltarlo nunca. Lo abraza para contener las emociones.

«Por favor, por favor, quédate conmigo. No te encierres».

Desea que ese momento dure para siempre.

—Baker, ¿estás bien? —Su amigo le devuelve el abrazo y le aparta el pelo de la cara para mirarlo.

—¿Crees que Wilde y Whitman hicieron algo así?

—¿No puedes callarte ni siquiera en un momento como este?

—Es que me interesa mucho si Wilde estuvo encima o debajo, ¿tú qué opinas? Whitman era mayor. Podría haber sufrido otro infarto.

—Sabes que la posición no tiene nada que ver con lo de ser activo o pasivo, ¿verdad? Además, no tienen por qué haberlo hecho en esta postura. Hay vida más allá del misionero.

—¿Me estás llamando aburrido?

—Jamás se me ocurriría llamarte eso.

—¿Sabes que Whitman estuvo casado con una mujer? Hablaba del amor entre hombres, pero

estuvo casado con una mujer y nunca se habló abiertamente sobre su sexualidad. Hay gente que piensa que no era homosexual solo porque no lo admitió nunca. Pero es que Cup, no estamos obligados a abrirnos en canal y admitir lo que somos.

Sebastian le aparta el pelo de la cara.

—¿A estas alturas te sorprende? Conoces nuestra historia. Lo que sigue pasando en algunos países. Aquí mismo, cada día, alguien se cree con derecho a decirnos que no tenemos derechos. Es el mundo en el que vivimos.

—El mundo es una mierda —musita Jude—. Yo solo quiero vivir.

—Me alegra que pienses eso. —Le da un suave beso en los labios y compone una mueca de dolor—. Baker, sácala.

Jude la saca con cuidado. Se quita el condón y lo deja anudado en el suelo. Limpia a Sebastian con su camiseta vieja y se coloca sobre él otra vez, apoyando el peso de su cuerpo en las piernas.

—¿Te duele?

—Estoy bien. Aunque mañana seguramente me acordaré de tus ancestros.

—Pues recuerda decirme cómo son. No los conozco.

—Mira que eres tonto.

Jude le da un beso suave en los labios.

—Gracias.

—¿Por dejar que me folles? Un placer.

—Idiota. —Suelta una carcajada, pero enseguida se pone serio—. Gracias por confiar en mí para que fuera el primero. ¿Podré repetir?

—Pregúntame mañana. —Jude hace un mohín—. Baker, quita esa cara. Te vas a cansar de mi culo.

—No lo creo. Tienes un culo fantástico —replica mientras desliza una mano hacia él.

Sebastian le da un manotazo.

—Calla.

—Lo digo en serio. Es grande y firme y me encanta todo lo que sale de tu boca cuando tengo los dedos dentro.

—Baker.

—Y cuando llegué al fondo e hiciste ese ruidito…

De pronto, las posiciones se invierten y Jude se ve aplastado contra el colchón, con todo el glorioso peso de Sebastian aprisionándolo. Una oleada de excitación vuelve a apoderarse de él.

—Calladito eres lo más —musita Sebastian antes de besarlo.

Jude lo agarra del culo. Sebastian se traga los gemidos que se escapan de su garganta. Se aparta para bajar la vista hacia su polla, que ha vuelto a la vida.

—Joder, Baker. ¿Cuánto ha sido?

Jude sonríe.

—Soy una pasada, lo sé. Ya sé que la tuya está *KO*, pero… —desliza los dedos entre sus nalgas—, ¿qué tal ese culo?

—Ni hablar. —Sebastian toma sus manos y se las coloca alrededor de su cabeza. Lo mira a los ojos—. ¿Te quieres correr otra vez?

—Estoy bien, Seb. —Y es verdad. Está en el paraíso. Nunca se ha sentido tan bien como en los brazos de su amigo. El sexo es un añadido increíble, pero se conforma con tenerlo entre sus brazos. Podría vivir en esos brazos, y en esa boca también—. Me puedes abrazar y tocarme el

pelo. Puedes hacerme trenzas. ¿Te enseño?

—¿Qué tienes, tres años?

—Se llaman mimos, idiota. Es la mejor parte del sexo.

Jude se da cuenta de que su amigo ha visto el hoyuelo, porque de pronto tiene sus labios ahí.

—Ah, ¿sí? —Sebastian besa y lame el hoyuelo.

—Deja que te enseñe.

Y Jude le enseña. Dedica el resto de la noche a ello. Descubre qué lugares del cuerpo lo dejan en ese estado de atontamiento que tanto le gusta a Jude. Si el suyo es la cabeza, los de Sebastian son la espalda y la cara interna de la muñeca. Comprueba que tiene cosquillas en la cintura y en las rodillas; también en los pies. Jude se ríe de él cada vez que lo acaricia en la planta y su amigo aparta el pie como si sufriera un escalofrío.

—Tenías razón —murmura Sebastian en algún momento de la noche. La intensidad de la lluvia se escucha clara al otro lado de la ventana y Jude se siente como un refugiado, a salvo y calentito junto a su amigo.

—¿En qué?

—Esta es la mejor parte.

—Siempre tengo razón, Cup. —Se halla acostado de lado y sus dedos se deslizan con parsimonia por la espalda de Sebastian—. ¿Me vas a enseñar el dibujo?

—Cuando lo acabe te lo imprimo.

—Me estoy quedando dormido.

—Yo también.

—No te vas a convertir en calabaza, ¿verdad?

—¿Todavía sigues con eso?

—Algunos miedos están bien arraigados, Seb.

—Lo sabrás cuando te despiertes.

—¿Del uno al diez?

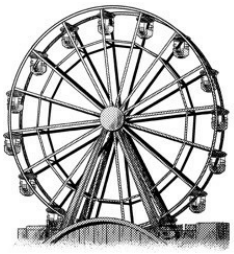
Sebastian, que tiene la cabeza apoyada sobre uno de sus brazos mientras Jude la acaricia la espalda, le dibuja un infinito en el pecho.

—¿Del uno al diez?

Esta vez es Jude quien se lo dibuja a él en la espalda. Y lo repite hasta que se queda dormido como el eco de todas las palabras que aún no ha pronunciado.

CAPÍTULO 34

VIOLA



ANTES

—¿Qué te parece? —Con un codo apoyado en la mesa, Viola se rascaba la barbilla en un tic mientras estudiaba con interés a la chica menuda de pelo rubio y ojos azules que se reía de algo que había dicho su padre.

George se encogió de hombros.

—Ideal para Seb.

—¿Lo dices porque no habla?

—Exacto. Calladita y obediente.

Viola soltó una risita. Era cierto que lo único que había hecho la novia de su hermano había sido reír y contestar a las preguntas que le hacían. Y cantarle a Sebastian *Cumpleaños feliz* junto a los demás, antes de que Asher y Charlotte tuvieran que irse, ella porque no se encontraba bien y Asher porque había tenido una discusión con su padre.

—¿Cómo se llamaba?

George se encogió de hombros.

—¿Tengo pinta de que me interese?

Viola desvió la vista para ver cómo este revolvía el chili del plato, señal suficiente para comprender que le sucedía algo. El chili de su padre era la comida favorita de George.

Viola le quitó la cuchara para llenarla de comida y luego la condujo a sus labios con un ruido que pretendía imitar a un avión.

A George no le hizo gracia.

—Quieta. —Le apartó la mano.

—No has comido nada.

—No tengo hambre.

—Tú siempre tienes hambre. Joder, tienes el metabolismo más rápido del mundo. Abre la boca, venga.

—Que no.

—Por mí. —La expresión que mostraba Viola era de absoluta tristeza—. Venga, porfa.

—Viola.

—Y le pregunto su nombre. —Señaló a la chica—. En voz alta —añadió.

—No me interesa su nombre.

—Pero sí la cara de Seb cuando se lo pregunte.

George puso cara de mosqueo, pero Viola reparó en lo mucho que se esforzaba por esconder la sonrisa traviesa.

Él abrió la boca y ella le metió la comida.

—Buen chico. —Le acarició la cabeza, despeinándolo.

Era hora de cumplir su promesa. Viola se inclinó hacia delante.

—Eh, Martha. ¿Me pasas la sal?

La chica se la quedó mirando con un gesto de extrañeza. Sebastian, en cambio, le dedicó un gesto malhumorado.

George le propinó un codazo.

—Se llama Sylvia.

—Ay, perdona, Sylvia. ¿Me pasas la sal?

La chica se puso todavía más roja.

—Christina. Se llama Christina —soltó su hermano.

—Eso. —Viola señaló la sal. La chica le pasó el tarro; tenía la cara como un tomate—. Gracias.

Después de la cena temprana, se quedaron un rato charlando en el salón hasta que vinieron los Harris para felicitar a Sebastian y sus padres salieron al jardín con ellos.

George y ella se habían sentado en la barra de la cocina. Como él aún estaba de bajón, Viola le había propuesto ver las últimas entradas de sus fotógrafos favoritos, cosa que siempre conseguía levantarle el ánimo.

Sebastian y su novia se hacían arrumacos en el sofá. Viola los observaba de manera furtiva para hacerse una idea del tipo de relación que tenían y si la chica solo era tímida con desconocidos.

George le dio otro codazo.

—Deja de mirarlos.

—No se han metido mano ni nada. Qué aburridos. Ash ya me habría hecho de todo.

George no se rio. Mantuvo la vista fija en la pantalla, concentrado en una foto abstracta de un chico mirando a una pared sucia y gris, de espaldas a la cámara.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella, incapaz de seguir callada por más tiempo.

—Nada.

—Algo te pasa.

George no apartaba los ojos de la foto.

—¿Qué sientes cuando ves esta imagen?

—¿Que habría que pintar la pared? —Georgie le dedicó una mirada airada—. *Vaaale*. —Viola observó la fotografía con interés—. Veo soledad. Miedo, tal vez; a un futuro incierto. —Se encogió de hombros. No le apetecía tanta intensidad en ese momento—. ¿Qué ves tú?

—Una cárcel.

—Vaya. —Viola no lo estaba mirando a él ni a la fotografía. Observaba por encima de su hombro lo que sucedía al fondo de la estancia.

—¿Qué?

—Se están besando.

Hubo un momento de asimilación; luego George cerró la pantalla y se levantó en silencio.

—¿Te vas? —quiso saber Viola.

—Tengo trabajo. Mi amigo el del estudio me ha pedido que le retoque unas fotos y lo tengo

todo en el ordenador de casa.

—¿Vas a aceptar el trabajo en el estudio?

—Seguramente.

—¿Me dejarás ver lo que haces? —preguntó mientras lo acompañaba a la puerta.

—Siempre.

George no miró hacia el salón ni una sola vez; tampoco la miró a ella. Viola sabía que le pasaba algo, llevaba desde que llegó a la casa para cenar intentando sonsacarlo sin conseguirlo.

Odiaba ver a George en ese estado, cosa que le sucedía a veces. Odiaba el abismo que intentaba abrir entre ellos. Por supuesto, Viola hacía lo posible por sofocarlo en cuanto veía que empezaba a formarse. Puede que le funcionara con los demás, pero no con ella.

Lo agarró de la chaqueta que se acababa de poner.

—Georgie.

Él la miró y lo único que vio fue ternura y cariño. La besó en la frente y se fue.



Viola no se quedó tranquila. Más tarde, cuando fue a buscarlo a su casa y no lo encontró, supo dónde estaba, así como también supo que fuera lo que fuera lo que le pasaba era más serio de lo que imaginaba.

Lo halló acostado sobre una colcha en el tejado de la biblioteca, con los ojos cerrados. El aire olía a hierba húmeda, a primavera, y aunque el frío había empezado a remitir en la últimas semanas de abril, unas nubes oscuras se arremolinaban en el cielo, oscureciendo todavía más la noche.

A Viola no le importó nada. Se tumbó a su lado y le envolvió la mano fría con la suya para entregarle parte de su calor.

Giró la cabeza para mirar su perfil. Se preguntó si habría llorado, qué era lo que lo tenía así.

—¿Del uno al diez? —George hizo una mueca y fue como si todo el dolor se concentrara en su rostro. Viola le apretó más la mano—. ¿Cómo te sientes?

La respuesta de George fue levantar la mano izquierda y unir los dedos con el pulgar para formar un cero.

Un cero.

A Viola le empezaron a escocer los ojos.

—Dime a quién tengo que matar.

Él negó con un movimiento suave de la cabeza.

—Prometo no dejar huellas —aseguró.

George continuó callado durante lo que le pareció una eternidad.

—No puedes ser un cero. Tú siempre serás un diez.

Él volvió a negar.

—Cógelo todo de mí. Te lo doy todo, Georgie. Odio verte tan triste.

Entonces él se giró y abrió los ojos. El dolor que vio en ellos fue como un puñetazo impactando contra sus costillas. No podía soportar ver tanto sufrimiento en él; tal vez no llevaba su ADN, pero siempre sería como su hermano pequeño.

—Nunca, Viola. Nadie cogerá nada de ti mientras yo esté vivo. Nunca le des a nadie nada de

ti, ni siquiera a mí. No le perteneces a nadie, ¿vale?

—Georgie, ¿qué te pasa?

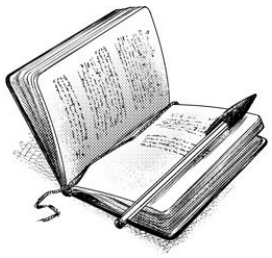
Él se apartó, como si de pronto se diera cuenta de todo lo que acababa de decirle.

—Nada. Mañana volveré a ser un diez. Ahora sigue dándome la mano y déjame ser un cero un poco más. ¿Vale?

—Para mí siempre serás un diez.

—Yo también te quiero, hermanita.

DIARIO DE JUDE



—¿Sabes por qué no tienes amigos? —Me giré hacia ti—. Eres demasiado sincero. La gente no es muy fan de la verdad.

—¿Por qué? —te pregunté.

—No es bonita. A veces duele.

—Es bonita la gran mayoría de las veces. Y cuando duele es para curar —repliqué.

—¿Quién te ha dicho esa mierda?

—Es lo que pienso.

—Pues piensas mal. A veces mentir es la única manera de convivir con los demás. Es necesario.

—Entonces, ¿tú mientes?

—Todos mentimos, Jude.

—Yo no miento.

—Porque aún eres un crío. Pero lo harás en algún momento, ya lo verás.

—¿Cuáles son tus mentiras?

Te echaste a reír.

—No puedo decirte eso. El truco de las mentiras es que los demás crean que son verdad. Si te digo que lo son pierden su efecto.

—Dime un ejemplo.

No dudaste. Te acercaste a mí. Tomaste una de mis trenzas y tiraste de ella con fuerza, haciéndome sisear de dolor. Nuestras narices se rozaron.

—Desprecio todo lo que eres —me susurraste.

Pude oler tu aliento mentolado y sentí una necesidad visceral de apartarme.

—Me haces daño.

Tardaste unos segundos en soltarme. Cuando lo hiciste, tu gesto volvía a ser el de siempre. Distante y cercano a la vez.

—¿Lo decías en serio? —te pregunté cuando conseguí recuperar la voz.

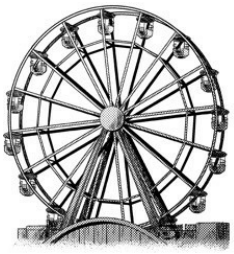
—¿Tú qué crees? —Chasqueaste la lengua—. Esa es la magia de las mentiras, Jude. No lo sabes. Todo se limita a intentar conocerme.

Sonreíste.

No te devolví la sonrisa.

CAPÍTULO 35

VIOLA



—Bueno. ¿Alguna me va a contar qué cojones está pasando?

Mira a Lara y luego a Ava, que de pronto parecen muy interesadas en la ropa de bebé *waterproof*, especialmente en unos monos con forro polar y capucha que en otros tiempos le habrían parecido ridículos y ahora le resultan adorables. Viola se adjudica el de estampado de dinosaurios; le recuerdan a unos viejos calcetines que aún conserva porque a su chico le pone verla desnuda solo con ellos. Rebusca para encontrar una de las tallas más pequeñas y se cruza de brazos para encararlas.

La idea no solo era dar una vuelta juntas, también era hablar del tema que llevan días posponiendo. Viola necesita que alguien le cuente la puñetera verdad de una vez.

—Joder, en serio. Tengo derecho a saberlo. Es una mierda tener a Asher todo el día como un alma en pena trabajando en el hotel y luego en casa. Se pasa todo el día ahí, ¿sabéis? Todo el día. Solo sale para algún asunto del restaurante de su padre, pero vuelve enseguida. Ni siquiera le da al saco de boxeo, así que anda a tope de actividad y se enfada por cualquier chorrada.

—Me imagino lo frustrante que es. —Ava esconde una sonrisa al ver la cara de Viola.

—No tienes ni idea, joder.

—Eh, te recuerdo que vivo con él.

—Es distinto cuando te lo follas y no está deprimido llorando por los rincones o enfadándose por todo. No sé si has llegado a ver esa faceta de tu marido, pero no es bonita.

—La he vivido, cuando te enfadaste con él aquella vez que discutió con Henry. Y tienes razón, es una mierda.

—Ocho días lleva. Ocho. Joder, ni siquiera me puedo follar a mi chico sin que llame a la puerta y nos corte el rollo. ¿Sabes lo que se tarda en crear escena para el tipo de sexo que me gusta? Sí lo sabes, joder.

Ava suelta el mono y coge una chaqueta y un pantalón a juego.

—Bueno, pues lo siento. No es mi culpa. Quéjate a él.

—Contadme al menos qué fue lo que pasó. No es justo que sea la única que no lo sepa. Sé que tiene que ver con Jude. —Mira directamente a Lara, que se ha mantenido al margen en todo momento.

—¿Te lo ha dicho él? —pregunta esta.

—No hace falta. Se pasa todo el día quejándose de Jude. Tanto que Henry está volviéndose agresivo. Henry, mi Henry. La persona más calmada y paciente del mundo lo va a asesinar como siga insultando a su hermano.

El rostro de Ava se enciende por la furia.

—Es que es imbécil. No me puedo creer que siga con eso.

—He intentado convencerlo para que te pida perdón, pero está acojonado.

—No tiene que pedirme perdón a mí, le tiene que pedir perdón a Jude. Pero no lo hará porque es Asher y cualquier cosa que no tenga que ver contigo le resbala. —Ava resopla, se adjudica otro conjunto y sigue mirando los percheros—. Ni siquiera ha venido a vernos a Alex o a mí. Dime, Vila, ¿cuánto tiempo crees que tardaría en intentar arreglar las cosas contigo si tuvieras un problema con él? —Ava sonríe con frustración—. Le hace daño a mi mejor amigo y me duele tanto que me voy de casa con la niña. ¿Y qué hace él? Primero intenta que no me vaya con esos aires de tío mandón que tiene, y luego se marcha contigo y ya está; se acabó. No me ha escrito una sola vez. En ocho días —recalca.

—Ash es así. Está acojonado. Nadie le importa más que tú y Alex, ni siquiera yo. Por eso soy la opción fácil. Conmigo no pierde nada, contigo lo puede perder todo. No ha vuelto a vuestra casa, ¿sabes? No quiere estar ahí si no estáis vosotras.

La coleta que sujeta su pelo corto oscila a los lados cuando se mueve con brusquedad.

—Imagina lo que me revienta que siempre seas tú. Se enfada conmigo y se va contigo. Me quedo embarazada y se va contigo. ¿Sabes cuántas veces me ha dicho que me quiere en los años que llevamos juntos? Las puedo contar con una mano. ¿Y lo que me dijo cuando se enteró del embarazo? Pues nada. No dijo nada. Solo me abrazó y ya está. Ni un «soy el hombre más feliz del mundo» ni un «eres fantástica por querer llevar durante nueve meses a nuestro bebé». Nada.

Viola la toma de la mano. Lara hace que mira la ropa de abrigo.

—Me lo dijo a mí.

—¿Ves lo que te digo?

—Tiene miedo de ser un padre horrible. De cagarla, de no estar a la altura, de que pase cualquier cosa y se vaya todo a la mierda. Ava, le tuve que recordar que no era su primera vez. Ha cuidado de Alex desde que tu madre te la dejó y ya cuidaba de Eric cuando estaba con nosotros.

—Y yo podría decirle todo eso si hablara conmigo, pero es que prefiere hacerlo contigo.

¿Qué le contesta a eso? Sus palabras no pueden ser más certeras. La entiende. Si estuviera en su lugar estaría jodida y cabreada y probablemente ya le habría puesto los puntos sobre las íes. Si fuera Henry… La sola idea de pensar que pudiera anteponer a la que había sido su exnovia a ella… No lo soportaría. Así que la entiende, como también comprende cómo debe sentirse Henry en su casa ahora mismo, con Asher revoloteando a su alrededor. Su mejor amigo, que da la casualidad de que también es su exnovio, zumbando sobre su relación sin darles tregua ni para echar un polvo.

—No me tengas celos, por favor.

—No te tengo celos, Vila. Sé que no pasa nada, que vuestra relación es así. Pero es que me cabrea.

—Tiene tanto miedo de cagarla que su mente se bloquea. Es su forma de ser, a estas alturas lo conoces mejor que yo.

—Pues estoy cansada. No pienso volver a casa hasta que no se merezca que lo haga. Y eso si se atreve a hacer algo.

—¿Me vais a decir qué fue lo que pasó?

—Asher Hunt pasó. Tú pasaste.

Viola enarca las cejas.

—¿Yo?

—Ash se puso así porque no quiere que te enteres de nada. Por supuesto que todo empieza y acaba en ti.

—Eso no es justo —replica Viola.

—Lo sé y lo siento. No es culpa tuya. Eres una de las personas más buenas que conozco, y te debo tanto que me avergüenza sentirme así. Nunca querría hacerte daño, Vila. Pero es que… Joder. —El rostro de Ava pasa del enfado a la pena. A Viola le duele verla así.

—No me debes nada.

—No te lo puedo decir. No quiero ser yo. Lo siento. Puedes preguntarle a él, a lo mejor madura y te lo dice. Quién sabe.

—¿Por qué no vamos a comer algo? —propone Lara para intentar cambiar de tema.

Viola pasea la vista por las dos amigas.

—¿Tan jodido es?

Lara no dice nada, pero en su rostro descubre la respuesta. También en el de Ava.

El silencio es pesado, incómodo, doloroso. De pronto, Viola se ve desde fuera. Tres amigas, dos de ellas compartiendo un secreto a voces que Viola no tiene derecho a saber. Una rabia cruda se abre paso dentro de ella. No es que sea injusto, es que le parece una situación horrible. Viola nunca se plantaría delante de ellas con una puñetera mentira en los labios, tampoco se negaría a compartirla si tiene que ver con ellas y prácticamente les está suplicando que se lo cuenten.

—¿Sabéis qué? Os podéis ir a la mierda. Las dos. —Deja la cesta con la ropa en una mesa y se dispone a salir.

Ava intenta detenerla.

—Vila, no te pongas así. No te vayas.

—Pues claro que me voy. Podéis seguir hablando de mí todo lo que queráis cuando me largue. Que os aprovechen todas esas mentiras.

Nada más salir, le escribe un mensaje a Henry:

Viola: ¿Henry?

Henry: ¿Viola?

Viola: ¿Puedes venir a buscarme?

Henry: ¿Al mismo sitio?

Viola: Sí.

Viola: ¿Henry?

Henry: ¿Viola?

Viola: Necesito un abrazo.

Henry: Ya estoy ahí.

Mientras lo espera, le escribe a Jude.

Viola: Dime por qué discutiste con Ash.

Jude: Hola, V. Yo también te quiero.

Viola: Lleva ocho días en mi casa, jodido y jodiendo a todo el mundo, y no es capaz de ir a pedirle perdón a Ava. Algo muy malo tuvo que pasar.

Jude: Nunca quise que pasara nada.

Viola: No te estoy acusando por lo de Asher. Seguro que la culpa es toda suya. Pero Jude, sí que es tu culpa excluirme.

Jude: No te excluyo.

Viola: Entonces dime por qué soy la única que no lo sabe. Acabo de sentirme como una mierda con Ava y Lara.

Viola: Lara es Lara, era tu pareja, y sé que tienes una relación especial con Ava. No quiero meterme, pero eres mi familia. No solo eres el hermano de Henry, también eres como mi hermano pequeño y te quiero.

Jude: Yo también te quiero.

Viola: Entonces dime por qué soy la única que no lo sabe.

Jude: No eres la única. Seb tampoco lo sabe. Ni Henry.

Viola: Pues qué bien.

Jude: No es porque no os quiera, es precisamente porque os quiero mucho.

Viola: No me vale. Odio las putas mentiras, Jude.

Jude: Ya lo sé.

Viola: Tiene que ver con Georgie, ¿verdad? Es lo único relacionado contigo que puede hacerme daño. Porque tú nunca me harías daño.

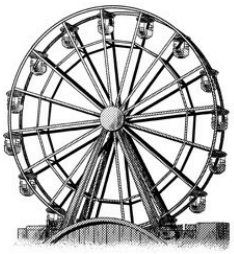
Viola: Solo dime sí o no.

Jude: Sí.

Pues claro que sí, joder.
«¿Del uno al diez? Cinco, Georgie. No me voy a morir, así que un cinco».

CAPÍTULO 36

VIOLA



Asher: Me he dejado la cartera.

Viola: ¿?

Asher: No puedo pagar, Vila. Necesito mi cartera.

Viola: ¿Pagar el qué?

Asher: En el pub. He bebido un poco.

Viola: Tú no bebes.

Asher: A veces sí.

Viola: Te pones tonto cuando lo haces.

Asher: Pues estoy tonto.

Asher: Y no tengo cartera y el camarero me está mirando mal.

Asher: El suelo se mueve. Hay espirales, Vila.

Viola: Joder, Ash. Que no son ni las ocho de la noche.

Asher: ¿Me puedes traer la cartera?

Viola: ¿Te importa que mande a Seb? No me encuentro bien.

Asher: Me da igual. Solo quiero dormir.

Asher: Vila, quiero dormir en mi cama.

Asher: Con mi mujer.

Viola: Vale, vale. Seb ya va para allá.

Viola: Del uno al diez, ¿cómo de borracho estás?

Asher: Un siete, creo. Estoy cabreado. Y triste.

Viola: Tontísimo te pones.

Asher: ¿Tú no te pones tonta?

Viola: Me suelo poner cachonda.

Asher: Joder, no hacía falta ese dato.

Viola: Has preguntado. Se siente.

Asher: Lo siento, Vila. Por toda esta mierda. Siento ser un coñazo y te agradezco todo lo que haces por mí.

Viola: No te pongas más tonto aún, por favor.

Asher: Es que te quiero mucho.

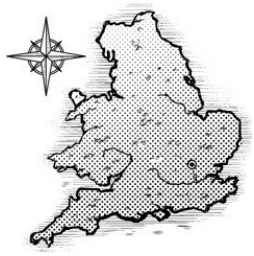
Viola: Pues arregla las cosas con Ava, es lo único que te pido.

Asher: Seb ya llegó. Te debo una.

Viola: Ahora te veo.

CAPÍTULO 37

SEBASTIAN



—¿Te lo estás follando ya? —le pregunta Asher una vez paga la cuenta y lo conduce a la salida.

Escarba en su memoria para recordar las veces en las que ha visto a su amigo así. Solo un par. Una de ellas acabó con Asher pegándose con un desconocido por algo que le había dicho a su hermana mientras él y George hacían lo posible por separarlos, algo bastante complicado teniendo en cuenta la fuerza de su amigo, que parecía haber aumentado con el alcohol. La segunda vez fue más dramática. Nunca se enteró de lo que sucedió, solo recuerda que Asher lloraba sobre el regazo de su hermana mientras esta le acariciaba la oreja en un intento por calmarlo.

—Ash, vamos. Entra en el coche.

Su amigo le clava la mirada. Los ojos de Asher no son verdes ni marrones; son una extraña mezcla de ambos. Amarillentos y verdosos alrededor de la pupila, marrón oscuro, casi negro, en la parte externa. Cuando te mira con intensidad te hace sentir incómodo, justo como lo está haciendo en ese momento.

—No lo sabes, ¿verdad? Si lo supieras no te lo estarías follando.

Sebastian lo mira con un gesto de confusión. ¿Está hablando de Jude?

—¿De qué hablas?

—De las mierdas que dice de Georgie.

Él se queda inmóvil, con la mano suspendida en la puerta abierta del conductor.

—Espera, ¿te lo ha contado? ¿Te lo ha contado Jude o fue Ava?

—¿Lo sabes? —Asher se acerca a él y le cierra la puerta. Lo mira interrogante—. ¿Sabes todas las mierdas que está soltando de Georgie y no haces nada? Puto mentiroso.

¿Mentiroso? Se fija bien en él, no solo en sus ojos, sino en sus expresiones. En la tensión de los hombros, en cómo aprieta los puños. Joder. Quiere pegarle. Pues genial, porque ahora mismo él también le partiría la cara, y le importa una mierda cuánto alcohol lleve en el cuerpo o el sermón que le eche su hermana más tarde.

Se acerca unos pasos.

—¿Crees que es mentira? —inquiere, desafiante.

—¿Y cuándo ha dicho la verdad? No ha hecho más que mentir desde que llegó.

—Eso fue hace tiempo —replica—. Jude mentía porque estaba mal, imbécil. Era su forma de sobrevivir. ¿Sabes acaso qué es eso? ¿Sabes lo que es intentar vivir cuando lo único que quieres es mandarlo todo a la mierda? ¿No escuchaste nada de lo que dijo el otro día o qué? Pidió perdón

por tu puta culpa cuando no tenía que hacerlo.

Asher lo mira como si le hubiesen crecido tres cabezas.

—No jodas que te crees esas mierdas. Sí que te tiene cogido por los huevos.

Sebastian suspira, cansado.

—No está mintiendo, Ash.

—Conocías a Georgie.

—Precisamente porque lo conocía sé que es verdad. —Suelta el aire por la nariz de pura frustración—. Nunca lo creería si fueses tú, pero George… —Aprieta la mandíbula—. No tengo ninguna duda de que es verdad.

Desconoce cuánto tiempo pasa, pero Asher termina por darse cuenta de que habla en serio. Es imposible que no lo haga. El dolor se tiene que reflejar en su cara como una segunda piel.

Asher enmudece. Se le empaña la vista, pero enseguida se recompone.

—Joder.

—¿Eso fue lo que pasó con Ava? ¿Discutisteis por Jude? —Sebastian necesita saberlo, necesita que se lo diga, necesita abrazar a Jude. ¿Cuándo fue la última vez que lo hizo?

Lleva desde el domingo que regresaron de Londres evitándolo, solo porque no es capaz de buscar la manera de decirle que lo sabe. Porque su miedo se lo lleva todo. No quiere perderlo, no puede.

—¿No se supone que tú no lo sabías? ¿Cuándo te lo dijo? —inquiere Asher.

—No me lo dijo él. —De repente se siente cansado. Asher es la última persona con la que necesita tener esta conversación—. Mira, no es tu problema.

Asher pone los ojos en blanco.

—Menudo cobarde.

Una idea horrible se le viene a la cabeza, la de Asher insultando a Jude, llamándolo mentiroso de mil maneras horribles, dándole un motivo a Ava para llevarse a la niña y abandonarlo.

Recuerda con dolorosa nitidez el rostro de Jude cuando les pidió perdón por intentar sobrevivir, por todas las mentiras del pasado. Jude Baker, el chico más bueno que conoce.

—¿Eso crees? ¿Crees que es un cobarde? —Le dedica una mirada cargada de desdén—. ¿Qué habrías hecho tú en su lugar? Dios. Dime que no lo llamaste mentiroso a la cara ni te burlaste de él como lo hiciste el otro día. Dime que al menos respetaste a Ava. —Asher aparta la mirada—. Joder, Ash.

Sebastian se da la vuelta para no mirarlo. Si lo hace, si piensa en lo que le dijo y en todo lo que tuvo que pensar Jude mientras lo hizo, no podrá contener las ganas de destrozarlo todo, y lo que más quiere en esos momentos es destrozarle la cara de imbécil que está poniendo.

Ahora entiende lo que sucedió. Entiende el miedo de Jude cuando fue a verlo aquella noche, pensando que lo sabía, pensando que quizá él también lo creería un mentiroso.

—Escúchame bien, Ash. Es la última vez que lo insultas delante de mí por algo de lo que no tuvo la culpa. La última vez que lo llamas cobarde o mentiroso. La última. ¿Me explico? —Lo empuja hacia atrás para poder abrir la puerta del conductor—. La próxima vez olvidaré que eres mi amigo, olvidaré tu puto nombre y te haré tragar tus palabras. ¿Lo has entendido? —Por primera vez desde que lo conoce, Asher se queda sin saber qué decir—. Y ahora será mejor que pienses en cómo disculparte.

—Disculparme —repite Asher como un bobo.

—No por él ni por mí, sino por ti. Digo, si es que quieres recuperar a tu mujer. Sinceramente,

me importa una mierda.

Luego se mete en el coche y lo deja ahí. Que se busque un chófer que lo lleve a casa, joder.

CAPÍTULO 38

JUDE



JUDE SE QUEDA UN PAR DE HORAS REPASANDO UNA PIEZA CON UNO DE SUS ALUMNOS. TENÍA pensado escribirle a Sebastian para cenar con él, pero se ha hecho de noche y tiene la cabeza demasiado embotada; solo quiere llegar a casa, tomarse un analgésico y dormir.

Nada más dejar el cartel que anuncia la entrada del pueblo a la derecha lo ve caminando por el arcén, casi a oscuras.

Detiene el coche y abre la ventanilla.

—¿Ash?

Asher entrecierra los ojos.

—¿Jude?

—¿Qué haces aquí?

Asher suelta una risotada.

—Tu novio me ha dejado tirado.

—¿Sebastian?

—¿Tienes otro novio?

Jude sale del coche y lo rodea para ponerse a su altura. Nada más acercarse nota el intenso olor a alcohol.

—¿Estás bien?

—Solo he bebido más de la cuenta. No es para tanto. —La culpabilidad se refleja en sus ojos. Todos saben que Asher y el alcohol no traen nada bueno—. Joder, no se lo digas a Ava.

—Tranquilo, no le voy a decir nada. Entra en el coche.

Jude lo ayuda a subir al asiento del copiloto y le abrocha el cinturón cuando se recuesta. Luego se apresura a buscar una botella en el maletero para entregársela a Asher, que la mira como si no supiera qué tiene que hacer con ella.

—Bebe. Te ayudará a que baje.

—¿Te emborrachas mucho?

—Casi nunca. No me gusta la sensación de estar borracho.

Asher gira el rostro a la derecha para mirarlo.

—Eso es lo mejor de beber, Jude. Esa sensación. Yo no lo hago porque termino haciendo este tipo de cosas. —Se abarca a sí mismo con un suspiro largo—. No nos llevamos bien, el alcohol y yo.

Jude se incorpora a la carretera.

—No me gusta el estado de atontamiento, estar indefenso. Me parece horrible. Además, he

visto lo que el alcohol le hace a la gente. Y no me gusta nada. Solo he bebido cuando no me ha quedado más remedio.

Asher arruga la frente en un gesto de confusión.

—No lo entiendo.

—Los hermanos de Lara —explica—. Pueden ser muy insistentes.

—Cierto. Menudo aguante tienen los Simmons.

—Bebe —insiste al ver que continúa con la botella cerrada en el regazo.

Asher se bebe el agua de unos cuantos tragos. Luego se vuelve hacia él.

—Lo siento, tío. —Jude lo mira de soslayo—. De niño pasaba más tiempo con los Evans que en mi casa. Mi padre era un desastre. Si ahora no te lo parece es gracias a Lydia, pero cuando murió mi madre parecía un niño. Tuvo muchas novias —explica con un hilo de voz y sus ojos se pierden en algún lugar de la carretera—. A una de ellas le gustaban los críos. Demasiado. ¿Sabes lo que quiero decir? —Jude traga saliva, asiente—. No pasó nada muy jodido, pero lo suficiente para que me asustara cuando me quedaba solo con ella. No se lo conté a mi padre porque me daba vergüenza y ni siquiera sabía por qué me daba vergüenza. No era mi culpa. Pero vete a explicarle eso a un crío. Me sentía confundido y muy avergonzado.

Asher guarda silencio. Toma aire antes de volver a hablar. Jude reduce la marcha para no llegar todavía al hotel.

—Se lo conté a Lizbeth, la madre de Seb —explica—, y ella se encargó de todo. Era como Vila, siempre solucionaba las cosas. Fuimos a juicio. Mi padre hizo de padre un tiempo, pero no lo suficiente. Mierda, no sé por qué te estoy contando esto a ti.

—No pasa nada, Ash. Puedes contarme lo que quieras. Y no va a salir de aquí —le asegura —. Puedes confiar en mí. Somos amigos.

El marido de su amiga hace un esfuerzo por mirarlo. Jude comprende que manifestar su vulnerabilidad es la manera que Asher tiene de pedir disculpas y demostrarle que confía en él. Tiene los ojos llenos de lágrimas que no llega a derramar.

—Nunca le caí bien a Georgie. —Cambia de tema, como si de repente se diera cuenta del lugar a donde quiere llegar—. Él y Vila estaban muy unidos, y él siempre estaba ahí. No le gustaba cómo era con ella y se lo decía constantemente. Que era controlador y dependiente y mil chorradas más. Pero me crié con él. Era como ese hermano al que no aguantas pero al que quieres porque es tu hermano. Te puedes meter con él, pero no dejas que nadie más lo haga.

Jude asiente.

—Habría puesto las manos en el fuego por él y me habría quemado —admite Asher—. Lo siento, joder. Siento todo lo que te dije. Todo eso que tuviste que pasar… Eres más valiente que yo.

Jude entra en los aparcamientos del hotel y detiene el coche.

—¿Por qué me crees ahora? —pregunta con cautela.

—Es que Seb… —empieza a decir, pero inmediatamente se calla.

A Jude se le detiene el corazón.

—¿Seb qué? ¿Se lo has contado?

—¿Qué? No. No le he dicho nada.

No le cuadra. Hay algo que se está perdiendo. El corazón se le va a salir por la boca.

—¿Por qué te ha dejado tirado?

—Hemos discutido.

—Entonces sí se lo has dicho.

—No he sido yo. Él ya lo sabía —admite y Jude percibe el pánico en su voz—. De verdad, Jude. No le digas nada a Ava, por favor. Aún no sé cómo arreglarlo. —Apoya los codos en las piernas y se lleva las manos al pelo, frustrado.

—Ya lo sabía —repite Jude, casi sin poder respirar del dolor que siente en el pecho.

Asher continúa divagando un buen rato mientras Jude recuerda lo que le respondió Sebastian cuando le preguntó qué era lo que había cambiado. «Lara». Ella fue su respuesta.

—Ash, entra —lo apremia—. Tengo que irme.

El marido de su amiga se incorpora y lo mira.

—Prométeme que no se lo vas a decir.

—Te lo prometo. Haré cuanto pueda para que lo arregléis.

—Lo siento, Jude —se vuelve a disculpar—. He sido un gilipollas.

—Está bien, Ash.

Pero no está bien. No está nada bien cuando Asher desaparece al entrar en la casa ni cuando toma el móvil y le escribe a la única persona que puede sacarlo de dudas.

Jude: Así que fuiste tú quien se lo dijo.

Lara: Por fin te lo ha contado. Ya era hora.

Jude: No me lo ha contado. No me ha dicho nada, La.

Lara: ¿Y entonces?

Jude: Me he dado cuenta hablando con Ash.

Lara: ¿Con Ash?

Jude: ¿Qué le contaste?

Lara: Jude. Habla con él.

Jude: Dime qué le contaste, por favor.

Lara: Todo. Estaba enfadada, así que le dije todo lo que pensaba.

Lara: Lo siento. Es que sabía que seguiría culpándose sin hacer nada si no se lo decía, mientras tú seguías sufriendo por él.

Jude: ¿Todo todo?

Lara: Todo lo importante. No entré en detalles, pero lo sabe todo.

Lara: ¿Jude?

Jude: Tranquila, estoy bien. Solo necesito hablar con él. Ya hablamos, ¿vale?

Lara: Jude, por favor.

Jude: Estoy bien.

Pero no. No está nada bien.

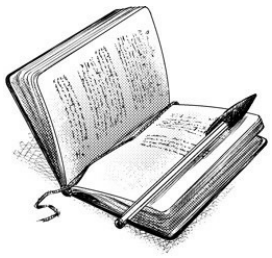
En cuanto se va a guardar el móvil recibe un mensaje de Sebastian.

Seb: Estoy en la puerta de tu casa. ¿Dónde estás?

Jude: De camino, llego en cinco minutos.

Seb: Te espero.

DIARIO DE JUDE



Te había visto muchas veces enfadado, pero no así. Era una especie de furia afilada. Casi podía escuchar los engranajes de tu cabeza. En un principio habíamos ido a una fiesta de Halloween, pero no estabas de humor y acabamos en el apartamento de uno de los tíos con los que te liabas.

No recuerdo su nombre, solo que tenía el pelo castaño y era musculoso. Tuvo que notar que te pasaba algo, porque ni siquiera intentó hacerte nada.

—Veo que no estamos de humor.

—¿Tienes algo de beber? —preguntaste mientras abrías la nevera y sacabas una cerveza.

Había tres tíos más, dos de ellos se estaban dando el lote y el último se hallaba junto a la ventana, observando la calle mientras fumaba. La lluvia fina había dado paso a un chaparrón y el agua y el frío se colaban a través del cristal abierto, pero a él no parecía importarle.

Me senté en el sofá grande que estaba libre y tú lo hiciste en el que estaba enfrente. Tenías la cara roja, la mandíbula apretada y tus dedos se movían a una velocidad imposible sobre el teclado del móvil.

—Tío, ¿para qué has venido? —preguntó el del pelo castaño al verte la cara.

—Si quieres me largo.

—No, joder. —Se rascó la mandíbula, evaluando la situación.

Fue entonces cuando se fijó en mí. Sentí que el aire se marchaba lejos de aquella estancia a pesar de que la ventana seguía abierta y hacía un frío helador.

No tardó en tomar asiento a mi lado.

—¿Y esta preciosidad? ¿De dónde lo has sacado? —El tipo me tocó el pelo y yo me aparté. Odiaba que los desconocidos me tocaran.

—Lo he bajado del cielo —dijiste sin interés.

—¿Te lo estás tirando?

—No.

—¿Puedo hacerlo yo?

La pregunta consiguió que me enderezara en el asiento, alerta. De repente experimenté un extraño miedo seguido de una inyección de adrenalina que me advertía que debía levantarme y marcharme. Tú seguías enfrascado en alguna discusión por teléfono, rojo y con cara de querer matar a alguien.

Te encogiste de hombros.

—Claro. Jude está deseando que lo empotren, ¿a que sí? —contestaste sin venir a cuento. No podía creer que acabaras de decir eso delante de aquellos tíos.

El chico del pelo castaño se acercó un poco más a mí.

—Ah, ¿sí? —me dijo con voz melosa.

El tipo de la ventana se había apoyado de espaldas al borde para escuchar nuestra conversación.

No contesté. Te estaba mirando a ti. Necesitaba que te fijaras en mí, que nos fuéramos de allí, que el tío al que te follabas no se me siguiera acercando.

—¿Seguro que no te importa?

—No me van los vírgenes —soltaste.

Me quedé lívido. El chico del pelo castaño me pasó un brazo por encima, pero lo aparté. Por la forma en la que se rio parecía que le gustara mucho que se lo pusieran difícil.

—Nunca he estado con un virgen. —Me acarició la mejilla y yo sentí un escalofrío.

Aparté la cara y volví a mirarte. No quería parecer desesperado, ni que se me notara el miedo.

—Georgie. —Mi voz sonó débil y odié serlo. Odié seguir en esa habitación. Odié haberte seguido. Te odié a ti por contar todo aquello cuando no tenías derecho. Eran mis secretos. Era yo contigo, con nadie más.

Lejos de las mil mierdas que tenía oscilando dentro de mi cabeza, vi cómo tirabas el móvil sobre la mesa con rabia y te recostabas en el sofá, con las piernas abiertas y los brazos relajados a los lados. Tenías la mandíbula apretada y esa vez sí me miraste con atención.

Susurré tu nombre, pero no hiciste nada. Te quedaste ahí, de brazos cruzados.

—¿No te importa que lo ponga a punto? —preguntó el chico del pelo castaño.

Ahora la pareja había dejado de meterse mano y también nos miraba.

—Georgie. —Alcé la voz y negué repetidamente con la cabeza. Me ardía la cara y los hombros empezaron a temblarme. Hacía frío y no me había abrigado y estaba muerto de miedo.

Seguías mirándome como si no te importara nada. Se podía palpar la ira que había en ti.

—Todo tuyo —dijiste sin apartar los ojos, con ese gesto mezcla de ira y aburrimiento.

Entonces lo supe. Querías destrozarme.

Tengo un recuerdo de cuando era un crío de siete años. Nuestros nuevos vecinos eran una pareja horrible. Hacían fiestas, se drogaban y traían a sus amigos a casa. Tenían un niño un poco más pequeño que yo. Éramos amigos. Una vez su padre le pegó una paliza sin motivo. Estábamos sentados juntos en la entrada de su casa, yo le había llevado las galletas de mi madre y a su padre le molestó que estuviera comiendo a pesar de que llevaba todo el día sin probar bocado. Lo golpeó en la cara y cuando cayó al suelo siguió pegándole patadas. Me quedé paralizado, no sabía qué hacer. Sentía una rabia que hacía que me temblara el cuerpo, pero el miedo me impedía moverme. No me salía la voz. Así que me quedé mirando cómo ese hombre destrozaba a mi amigo. Me imaginé cómo sería tener poderes. Ni siquiera necesitaba poderes. Solo ser grande, fuerte, tener un bate y darle a la diana que era ese horrible ser humano.

Cuando me miraste esa noche fue como volver a verlo a él. Yo había crecido, pero seguía sin tener poderes. Los papeles se habían invertido. Tú eras el bate y yo la diana. Comprendí la verdad: querías arremeter contra mí. Por algún extraño motivo que no comprendía, me querías destrozado.

Me levanté.

Tú no te moviste. Tampoco apartaste los ojos de mí.

No recuerdo mucho más allá del golpe en la mesa, el dolor de cabeza. Las rodillas entumecidas chocando contra el suelo, una y otra vez. Los tirones de pelo. Ese dolor que era

como tijeras abriéndose mientras me atravesaban las entrañas. El ruido de mi respiración por encima de todo lo demás. Y tú mirándome todo el rato. Es lo que más recuerdo, tus ojos. El resto se ha ido diluyendo con los años hasta convertirse en recuerdos fragmentados. Mi terapeuta me explicó que era un mecanismo de defensa debido al trauma. Me dijo que los recuerdos podían volver en algún momento o no hacerlo nunca. Prefiero que no lo hagan.

Más tarde, cuando intentaba descubrir quién eras, cuántos Georges había dentro de ti, me pregunté si no estaba equivocado desde el principio, si la verdad no era que estabas vacío.

Mientras ellos le hacían todo eso a mi cuerpo, yo solo esperaba encontrar al George que era mi amigo en esos ojos, darle poderes para que me salvara. En realidad, no quería que tuvieras poderes, solo necesitaba encontrarte o que tú me encontraras.

Quería que mi amigo dejara de mirarme y se levantara y que todo acabara.

Quería que acabara.

Pero no lo hizo.

Seguí allí y tú seguiste allí mirándome; quieto, vacío.

¿Del uno al diez? Aquella noche me convertí en un cero.

CAPÍTULO 39

JUDE



«HARÉ TODO LO QUE TÚ QUIERAS».

Jude acaba de comprender a qué se refería Sebastian con eso cuando lo besó por primera vez. Lo ha convertido en George. Sebastian ha vuelto a inmolarse, pero su verdugo ya no es el chico muerto al que amaba en secreto, ahora el verdugo es él; el chico al que George destrozó. Eso es lo que piensa Sebastian, que está roto.

No es verdad.

George le había robado las ganas de vivir durante un tiempo en el que odió como nunca pensó que podría odiar. Por suerte, consiguió salir de ahí. No se rompió. Y fueron Sebastian y toda su familia, aquella que él había elegido y esa otra que lo había elegido a él cuando solo era un bebé huérfano, los que consiguieron que recordara lo importante que era estar vivo.

Sin embargo, Sebastian sí lo había tratado como un ser roto. Esa era la nota de alarma que había acompañado a Jude durante el tiempo que habían pasado juntos, la pieza que no encajaba. Un ser roto tiene poco poder de decisión, poca voluntad. Sebastian lo había relegado al pasado. Lo había tirado directamente allí, donde aún estaba George, y había dejado que este volviera a arremeter contra él.

Jude no piensa permitirlo.

Atraviesa el pueblo con la mente silenciada por el pasado, por la rabia, el miedo y ese corazón que bombea sangre en su pecho y está vivo, aunque siente que se halla moribundo. Todo está en silencio; los coches, las ruedas al girar hacia la casa que pronto tendrá que dejar, los pájaros, el susurro del viento, el motor del coche al apagarlo, el golpe de la puerta al cerrarse, sus propios pasos atravesando el camino de entrada, Sebastian apoyado en la puerta con las manos en los bolsillos y ropa oscura deportiva.

Todo se mantiene en silencio hasta que sus ojos se encuentran y Sebastian comprende que ha sucedido algo.

—¿Baker?

Jude se dedica a contar los latidos de su corazón. Abre la puerta, consciente en todo momento de la mirada de Sebastian.

Hay un terremoto dentro de él y no pretende hacer nada por detenerlo. Nada más entrar al pasillo, Sebastian lo agarra y Jude deja que ocurra.

Todo se derrumba cuando le aparta la mano con brusquedad, porque de verdad que no soporta que lo toque. No ahora que lo sabe.

—Lo sabías. Lo has sabido todo el tiempo.

Sebastian aprieta la mandíbula y compone una mueca de dolor. Un sinfín de sentimientos le cruzan por el rostro y Jude no puede captarlos todos. Es abrumador, da vértigo.

Sebastian se acerca unos pasos. Jude retrocede. Extiende la palma en un gesto de negación.

—No te acerques, por favor.

—Baker.

—Lo has sabido y te has callado. Has dejado que me muera de los nervios por contártelo y al mismo tiempo por el miedo a que lo sepas.

—Lo supe cuando suspendiste la boda. Lara me lo dijo. Quería decirte que lo sabía —le asegura—. Intenté hacerlo cuando estuvimos en Londres, pero estábamos tan bien que no pude. Me he pasado todos estos días evitando verte porque no encontraba la manera de decírtelo. Me aterraba que te alejaras de mí.

Jude no lo está escuchando. No le interesa nada, solo el hecho de que se lo haya ocultado por tanto tiempo.

—Por eso me aceptaste, porque te di pena.

A Sebastian se le contrae el rostro.

—No, Baker, no fue por eso. Lo hice por lo que me haces sentir, por lo que siento por ti desde hace años.

Su voz suena ininteligible mezclada con el dolor de Jude.

—Pero no lo habrías hecho si Lara no te lo hubiese dicho.

—Baker.

—Desde el principio tuve una corazonada. —Se echa a reír con nerviosismo. Tira de una de sus trenzas porque el dolor que tanto odia lo despierta y le hace ver que está ahí, presente y vivo, y que sigue entero—. Algo no encajaba. Veía la rueda girar, pero no entendía cómo lo hacía. Lo has forzado todo el tiempo para que funcione.

—¿Podrías dejarme hablar? —suplica Sebastian.

—Dime la verdad, por favor. ¿Habrías roto la promesa que le hiciste a Georgie si no te hubieses enterado? ¿Habrías aceptado estar conmigo?

Sebastian abre la boca para decir algo, pero inmediatamente la vuelve a cerrar. No hay nada que decir. Los dos lo saben. No se puede escapar de la verdad cuando la tienen tan cerca.

—Dios. —A Jude se le caen las lágrimas. Hay todo un río en sus ojos y no puede controlarlo —. ¿Tanta lástima te doy? Lo he superado, ¿vale? Estuve destrozado, pero salí adelante. No tienes derecho a tenerme lástima. Tú no. Tú menos que nadie.

—No te tengo lástima. —Sebastian ha palidecido y respira de forma entrecortada. Se acerca despacio—. No es eso.

—¿Y entonces qué?

—Lara me dijo algo que me hizo pensar. —Da otro paso en su dirección, lo que deja a Jude arrinconado contra la pared. El pánico debe reflejarse en su cara porque Sebastian se queda quieto. No puede respirar si lo tiene tan cerca—. Me abrió los ojos. Yo había decidido darle mi vida a él, a su asqueroso recuerdo.

—Llámalo por su nombre.

Sebastian deja escapar un suspiro entrecortado.

—Pensaba darle mi felicidad a George cuando lo único que había hecho era hacernos daño y se la estaba negando a la persona que más me importa. —El rostro de su amigo enrojece—. Todo por algo que no existe. Ahora no sé de quién estaba enamorado. No reconozco a ese chico, no sé quién es George. —Sebastian traga saliva. Tiene la mirada vidriosa, los ojos rojos. Jude

comprende que ese fue el motivo por el que dejó de llamarlo *Georgie*. Dulce, alegre. Libertad, sueños. *Georgie*. Mentira, todo mentiras—. Supe que te había hecho algo al poco de conocerte. Me quedó claro por cómo te comportabas cuando alguien hablaba de él o subía un capítulo nuevo del cómic. Y luego esas fotos… —Aprieta la mandíbula—. Imaginé que te había forzado. Conmigo estuvo a punto de hacerlo una vez, pero no tenía ni idea de cuánto habías sufrido.

—No me preguntaste. Estaba esperando a que lo hicieras. Necesitaba que lo hicieras.

—Tenía miedo.

—No sabes lo que es el miedo. No tienes ni idea. —Coge aire y lo suelta, despacio, controlando para no ahogarse.

—¿Por qué no me odiabas? Yo te habría odiado de estar en tu lugar.

—Te odiaba. Odiaba a todo el mundo. —La sonrisa remarca sus hoyuelos; en esa cara tan triste resulta antinatural—. Pero aprendí a quererte con *Barnard*. Pasé por un momento muy malo donde llegué a pensar que no quería estar vivo. Quería que acabara. Y entonces llegaste tú y solo podía esperar a que llegara el siguiente capítulo. Me di cuenta de quién eras y quise conocerte. Quise entender por qué lo querías tanto. Ya te dije que yo también lo quise. Creí que estaba enamorado de él, pero solo eran mis ansias de no estar solo, de haber encontrado a un amigo al que admiraba. Él te hacía creer en imposibles, hasta que te empujaba contra la realidad.

Toma aire. Sebastian espera pacientemente a que siga hablando.

—Entonces te conocí y quería que te dieras cuenta de que Georgie no era buena persona. Quería que cambiaras el final; no por él, sino por ti. Me dolía que te sacrificaras por él. Y yo lo odiaba tanto…

—Hoyuelos. —Sebastian aprieta los puños ante la imposibilidad de acercarse.

—Y ahora te sacrificas por mí.

—No me sacrifico por ti. Por Dios, Baker. Nunca has sido eso para mí.

—No habrías estado conmigo si no te hubieses enterado de lo que me hicieron —replica—. Nunca me habrías besado, ni me habrías dejado hacerte el amor, ni me habrías mordido los hoyuelos. Ni siquiera me habrías tocado.

—Joder, cuantas gilipolleces. Nada de eso es verdad. Deberías saberlo. ¿Tan poco se me nota?

Jude tiene una bola en la garganta que no consigue tragar. ¿Por qué se siente tan pequeño, tan poca cosa? ¿Por qué no puede parar de llorar?

—No lo habrías hecho. —Se está ahogando de dolor—. Habrías dejado que me casara.

—Déjame acercarme, por favor. Necesito que me sientas.

—No. —Jude extiende la palma abierta para poner distancia—. No me toques, por favor. No puedo.

—Déjame que te explique, no te cierres a mí.

—¿Por qué duele tanto? —No lo escucha, solo es capaz de oír a su dolor gritándole desde dentro—. Cuando estaba ahí, con todos ellos… —Respira hondo—. Ahora duele más, porque eres tú.

—Para, Baker. Joder. Nunca quise hacerte daño. Prefiero morirme a hacerte daño.

—Aquel día delante de la puerta, cuando me dijiste que me ibas a besar, yo… Dios —alza la vista al techo—, si supieras todo lo que sentí. Me dolía el corazón, pensé que no soportaría tanta felicidad. Tenía tanto miedo de que fuera mentira, de decepcionarte… Y tenía tantas ganas de que lo hicieras. Por fin me ibas a dejar entrar en tu vida, por fin dejarías que te quisiera, por fin admitirías que me deseabas.

Guarda silencio. Las lágrimas continúan derramándose junto a sus sueños y su amor por él. Sebastian está ahí y es como si no estuviera. Ya no le importa nada. Solo quiere que acabe todo. No sentir nada. Y es imposible no sentir nada porque es Jude, y su problema siempre ha sido que siente demasiado.

—No me aceptaste porque me quisieras. Lo único que querías era armar lo que él había destrozado. Siempre ha sido él, nunca yo.

—Para, joder. —El golpe en la pared le hace dar un respingo, pero no consigue sacarlo de ese estado de entumecimiento—. Deja de decir gilipolleces. Deja de llorar, por favor. No soporto verte triste. No lo soporto.

Jude continúa sin escucharlo.

—Si Lara no te hubiese dicho nada, seguiríais siendo tú y Georgie hasta que te pudrieras con él.

—Jude.

El mundo se apaga y vuelve a encenderse. Jude arde por la rabia.

—¡No! —grita—. No. No. ¡Ni se te ocurra! —grita y llora al mismo tiempo—. No me llames así. ¡No vuelvas a pronunciar mi nombre! Te odio, joder. Te odio. —Se acerca y lo empuja para abrirse paso por el pasillo—. Es la primera vez desde que te conozco que me llamas por mi nombre y eso también ha sido por él. Doce años, doce putos años deseando escucharlo, rogándote que lo hicieras. Vete a la mierda.

Sebastian palidece. Hace ademán de seguirlo, pero se detiene al ver que Jude también lo hace para volverse hacia él, desbordado por la rabia.

—Georgie no me rompió. Ni un poquito. Ninguno de ellos lo hizo. ¿Sabes por qué? Me importaban una mierda. Ni siquiera recuerdo sus caras. Las únicas personas que pueden hacerte daño son las que te importan. Ellos solo me hirieron por fuera y esas heridas se curaron hace tiempo. —Le dedica una mirada cargada de angustia—. Tú me has herido por dentro.

Sebastian se deja caer de rodillas, negando. No consigue hablar.

—Estoy cansado de luchar contra su recuerdo. Puedes vivir con él. Se te da bien.

—Por favor, Baker.

—No quiero volver a verte, Sebastian —declara, remarcando su nombre—. Se acabó todo. Toda esta mierda, no puedo más. Es demasiado. No voy a dejar que acabe conmigo. Quiero ser feliz. Necesito ser feliz. Necesito a alguien que sí me haga feliz, que me quiera a mí por lo que soy y no por lo que me han hecho. No quiero que me quieran por mis cicatrices, quiero que me quieran con mis cicatrices. Puedes seguir enamorado de un fantasma o te puedes encerrar en tu habitación favorita y tirar la llave. Haz lo que te dé la gana. La verdad es que me importa una mierda.

Y entonces se va. No mira atrás en ningún momento.



Por el camino, llama a Lara. A ella tampoco la escucha. Solo habla y habla y llora, y llora todavía más. Se hace un ovillo en su cama cuando llega a la casa que una vez pensaban compartir hasta que aparece ella y se acuesta a su lado.

—Eh.

Él la abraza, hunde la cara en su pecho y llora como lo hizo la primera vez que intentaron hacer el amor y a él le entró el pánico. Ella le susurra palabras consoladoras y le acaricia el pelo hasta que su respiración se estabiliza.

—¿Podemos volver al punto en el que nos casamos?

—¿Quieres castigarte conmigo?

Jude levanta la mirada, horrorizado.

—Perdona. Lo siento.

—Eh, tranquilo. Era una broma. Jude, no estás pensando con la cabeza, estás pensando con el corazón.

—¿No se supone que es lo que hay que hacer?

—Hay que buscar un equilibrio. Mira, no me gusta Sebastian por razones obvias, pero ese chico te quiere.

—No quiero hablar de él.

—Tenemos que hablar de él.

—Necesito olvidarlo.

—Escúchame, Jude. Él te quiere de verdad. Llevo años fijándome en cómo te mira, cómo nos miraba cuando estábamos juntos. Era doloroso verlo. Todo eso que nunca tendría lo tenía yo, así que me daba igual. Cuando rompimos fui al tejado de la biblioteca para verlo y le conté la verdad. No porque quisiera que se sacrificara ni nada de eso. Solo quería que abriera los ojos. —Inspira por la nariz—. Mira, Jude. No creo que seas una excusa. Eres su corazón, las únicas ganas que le quedan de ser feliz. Pero no creía merecerte. Seguía anclado en el pasado, en pedir perdón a una persona que incluso después de muerta seguía causándole dolor. Se sentía culpable por no quererlo en exclusiva. Así que se lo dije. Hice mal, porque eso te tocaba a ti, pero me quedé a gusto. Estaba triste y sentía mucha rabia, así que lo pagué con él porque, joder, era su culpa. Fui muy cruel. Le dije lo que te habían hecho. No me importó hacerle daño. Luego me arrepentí, pero ya no podía hacer nada.

A Jude se le forma un nudo en la garganta imaginado el dolor de Sebastian, su impotencia.

—¿Qué pasó?

—Nada. No habló. Se quedó allí, mirando a ninguna parte. Estaba como ido. Supe que la había cagado, pero no sabía cómo arreglarlo.

Jude cierra los ojos. Permite que las lágrimas se derramen sin control.

—Jude, háblame.

—No me importa, ¿sabes? Todo lo que Georgie me hizo. No cambiaría nada de mí. No quiero ser perfecto. No quiero tener una vida perfecta. Solo lo quiero a él. Este tiempo que hemos pasado juntos, La... Nunca había sido tan feliz. Ojalá no hubiese sido mentira.

—Jude, mírame. Te estás perdiendo. Vuelve aquí. —Él la mira. Le duele la garganta. Le duele el pecho. Le duele el alma—. No ha sido mentira.

—Soy su castigo. Me usó para eso.

—¿Cómo vas a ser su castigo? Tú no podrías ser el castigo de nadie, Jude. Eres un regalo.

—Lo dices porque me quieres.

—Escúchame. George estará siempre ahí, porque bicho malo nunca muere, pero Sebastian te quiere tanto que me avergüenza mirarlo y sentir celos de él cuando da tanta pena.

—¿Qué es lo que te da pena?

—Está solo, Jude. Nunca había visto a una persona tan solitaria. Las únicas veces que lo he visto feliz han sido cuando está contigo, cuando te está mirando a ti.

Jude no sabe qué decir. Piensa en cómo se sintió ante la puerta de Sebastian, como si tuviera una oportunidad irrepetible o le hubiese tocado la lotería.

—No me quiere, La. No como yo a él.

—Sí que te quiere. Cada persona quiere a su manera, eso no quita que sea más o menos intenso —explica, sollozando—. ¿Por qué lo dudas?

—Nunca se habría acercado si no se lo hubieras dicho.

—Jude, él ya estaba pegado a ti todo el tiempo. Ese es el motivo por el que te propuse suspender la boda. ¿No viste el dibujo? Fue un golpe bajo. Te estaba diciendo que te quería y que no le importaba que fueras feliz conmigo porque yo te merecía más. —Le acaricia el rostro—. ¿Crees que te habría dejado si no? Te quería con locura, Jude. Te sigo queriendo. Y sigo pensando que no podría interponerme en lo que tenéis. No quiero que tengas una vida a medias. Has pasado por mucho, te mereces algo auténtico, un amor que empiece y acabe todo. Quiero que te levantes dentro de veinte años y no te arrepientas de lo que dejaste atrás, que mires a la persona que tienes a tu lado y sientas que no necesitas a nadie más, que no hay un *¿y si…?* haciéndote dudar. No eches a perder lo que tenéis por las dudas ni por el orgullo.

—No son dudas, son certezas. Nunca me habría dejado entrar en su vida si no le hubieses dicho lo que me hicieron. Siempre ha sido Georgie. Siempre será Georgie.

—¿Estás seguro? George está muerto.

Jude va a decir algo, pero a medio camino se le escapa una lágrima, y otra, y otra más. No está seguro. Claro que no.

—Jude. George lleva trece años muerto. Trece. Y tú estás vivo. —Le acaricia la mejilla, los brazos, la espalda—. No dejes que se te escape, no permitas que gane. Tú no eres un cobarde.

—Estoy bien, La. Solo tengo que aprender a vivir con el miembro fantasma.

—Jude.

—Al menos sé lo que es tenerlo, aunque sea mentira.

Lara resopla. Le levanta la barbilla para que la mire.

—Está bien. Hagamos una cosa. Casémonos. Seamos felices. Huye de ese amor que tanto daño te hace. Nos casamos y empezamos una vida juntos, tú y yo. Se acabó Sebastian, se acabó George. Tú y yo para toda la vida. Sácalo de tu vida, ¿quieres?

Jude se la queda mirando. Palidece, luego se pone rojo y, finalmente, la mirada se le vuelve vidriosa. Piensa en otras manos sobre su piel, en cómo sería volver a estar con otra persona, aunque sea ella a la que tanto quiere. Piensa en cómo sería sentir para siempre la ausencia de Sebastian. Y quizá le duela tenerlo, pero es más doloroso no hacerlo.

—Ay, Jude.

—Lo siento —dice casi sin voz.

—No lo decía en serio. Solo quería que te dieras cuenta.

—Tengo un hueco. —Se señala el pecho—. Lo he tenido desde que me enamoré de él. Puedo vivir con ese hueco, aunque duela, siempre que esté con él.

—¿Qué estás diciendo?

—Que no importa si no me quiere, yo tengo para los dos. Tengo mucho, La. Ni siquiera nos daremos cuenta.

—Ven aquí. —Lo abraza—. Sácalo todo, Jude.

Y Jude llora. Llora como un niño entre sus brazos hasta que se saca la angustia y se queda dormido, agotado y sin fuerzas.

Continúa llorando durante los dos días que siguen. Solo se levanta de la cama para ingerir

comida que no le sabe a nada y asearse cuando Lara lo arrastra al baño. El resto del tiempo se limita a llorar y a pensar y a seguir llorando. Lara tiene que llamar al trabajo para avisar de que está enfermo, así como a los alumnos a quienes da clases particulares.

Al segundo día aparecen Viola y Henry. Lara aprovecha para salir y hacer algunos recados.

Nada más verlo, Henry llama al psicólogo y a Viola se le descompone el rostro.

—Madre mía, Jude. —Su cuñada se acuesta a su lado para abrazarlo—. Venía dispuesta a echarte la bronca del siglo y mira cómo estás.

—Estoy bien —miente. Tiene la voz ronca de no haber hablado y haber estado dormitando a intervalos durante cuarenta y ocho horas.

—Cuéntame qué ha pasado, por favor.

—¿Qué te ha contado él?

Viola se echa a llorar.

—No me habla. Nunca lo había visto así. No se ha encerrado, pero tampoco hay mucha diferencia. Ni siquiera se lava. No quiere comer. Está como muerto, Jude. No sé qué hacer. Mamá sabría qué hacer. —Los sollozos se mezclan con las lágrimas—. Tengo tanto miedo…

Jude se gira para mirarla.

—¿Dónde está?

—En casa, en su habitación. —Se suena los mocos con un pañuelo que le pasa Henry—. Cuéntame qué ha pasado.

—Georgie.

Viola cierra los ojos.

—Joder.

—Tenemos cita con el psicólogo a las seis de la tarde —informa Henry. Jude empieza a levantarse—. ¿A dónde vas?

—A sacar a Seb de la cama.

Viola se incorpora. Lo agarra del brazo.

—¿Estás seguro?

—No. Pero me importa una mierda, la verdad.

Viola sonríe, le da un abrazo. Jude se lo devuelve.

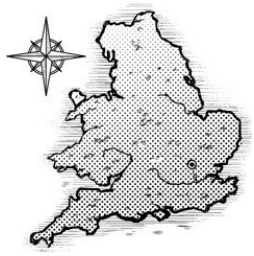
—Hermanito, no me hace falta un psicólogo, pero agradezco la intención —le dice a Henry.

—Jude —lo llama Viola antes de que se marche—. No le hagas daño, ¿vale? Creo que ya tiene el cupo cubierto.

—Vale, sí.

CAPÍTULO 40

SEBASTIAN



ANTES

Lo despertó un cuerpo pegado a su espalda, frío, frotándose contra él. Una sensación entre sus muslos. Abrió los ojos. El corazón le latía deprisa. Y supo lo que estaba pasando, quién estaba detrás de él.

Intentó darse la vuelta, pero George tenía una pierna entre las suyas y no llevaba pantalones. Su erección se deslizaba llena de lubricante por su trasero, pero no iba más allá, solo se movía mientras le agarraba la polla y lo acariciaba.

Sebastian jadeó al sentir cómo lo apretaba.

—¿Qué cojones haces?

—Así que una novia, ¿eh? ¿Y la dejas dormir sola?

—Suéltame, joder.

—¿O si no qué? ¿Vas a gritar? Hacemos una cosa. —Le mordió la oreja—. ¿Por qué no llamas a esa novia tuya? Me encantaría ver cómo le comes el coño mientras me hago una paja. —Había empezado a frotarse con más ahínco y movía la mano al mismo ritmo. Sebastian bajó la mano a su entrepierna, pero no lo detuvo. No podía—. Ah, no, que no me gustan los coños. Y da la casualidad de que a ti tampoco.

—Suéltame, joder.

—No seas hipócrita. No quieres que lo haga. Estás a puntito de caramelo. —Ahora le estaba mordiendo el cuello con una fuerza que intuía que le iba a dejar marca—. Vamos, Seb. Te reto a que no te corras.

La punta de su polla presionó ahí al tiempo que las sacudidas eran cada vez más rápidas y exigentes. George no tenía cuidado, se movía frenético contra él con un único fin y no era que se corriera precisamente. Quería demostrar que estaba por encima de todo. Quería demostrar que podía. Sebastian sentía una mezcla de dolor y excitación y empezaba a notar el orgasmo que se precipitaba sobre él. Un empujón más, un ramalazo de dolor en el cuello y la habitación empezó a dar vueltas mientras se corría en la mano de su amigo tapándose la boca para no gritar de deseo y frustración.

Notó la sonrisa de George en su mejilla. Apenas podía respirar cuando su amigo levantó la mano llena de semen e hizo que lo mirara.

—Pero qué buen chico eres. —Le dio un beso en la mejilla. Le acercó la mano todavía más a

la cara hasta rozarlo con su esperma.

Sebastian le agarró la muñeca.

—¿Qué haces? —dijo con la voz entrecortada.

—¿Lo hueles? Tenlo presente cuando se lo comas a tu novia. Así huele un hombre.

Una ira ciega se apoderó de Sebastian, que lo empujó hacia atrás y se abalanzó sobre él, agarrándolo por la camiseta hasta tener su cuerpo a escasos centímetros. Solo se había desnudado de cintura para abajo y su erección se alzaba gloriosa. George sonrió al ver hacia donde dirigía la mirada.

—Esto es un hombre, Seb. Esto es lo que quieres. Lo siento por ti. Puedes conformarte con un coño, pero dudo que ella te haga correrte así.

Sebastian lo acercó más a él.

—Eres horrible.

—Y aun así me quieres. —Vio las ganas que tenía de pegarle—. Hazlo, pégame. Échale huevos, joder.

A Sebastian se le estaba yendo la cabeza. Le temblaban las manos con las que agarraba la camiseta.

—Te voy a destrozar.

George se puso rojo, pero sonrió. Sebastian sentía el calor de su cuerpo, la tensión, toda esa rabia que le salía por los poros. Todo porque había cometido la gilipollez de traer a una chica a casa. ¿Quién era ese desconocido que lo miraba con asco? En eso lo había convertido. Él. ¿Dónde estaba el niño dulce con el que había crecido? George ya estaba destrozado, él se había encargado de ello.

Lo soltó. George ardía de rabia, se le notaba en la cara. Sus ojos de un azul ensuciado de nubarrones ardían con él.

—No. Yo te voy a destrozar. Que digo, ya estás destrozado. —Sonrió. Se llevó una mano a la entrepierna y empezó a masturbarse sin apartar los ojos de Sebastian. No duró mucho, y cuando se corrió, le dijo con la voz entrecortada por los gemidos—: Así se corre un hombre. No lo olvides.

Se vistió rápido y antes de marcharse se acercó a Sebastian, que seguía arrodillado en la cama en la misma posición.

—Del uno al diez —le dijo al oído—, yo siempre seré un diez. —El beso que le dio en la mejilla antes de irse le quemó la piel.

Después de eso, Sebastian pasó la peor semana de su vida. Se vio hundido, perdido y destrozado, tal y como George quería. ¿Lo sabía? Tenía que saberlo. Y estaba solo en su piso compartido. Solo con ese secreto que lo estaba devorando vivo. Solo y a un paso de perderse.

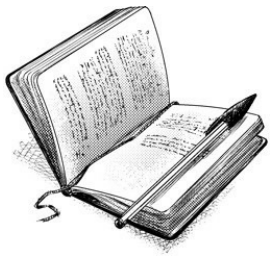
Casi podía escuchar la voz de George. «¿Del uno al diez?».

De modo que hizo dos cosas.

Lo primero fue dejar a esa novia de mentira.

Lo segundo que hizo fue volver a casa, abrazar a su madre y hacer lo más difícil que había hecho nunca: pedir ayuda.

DIARIO DE JUDE



Me pasé días sin hablar. Cuando las heridas físicas se fueron solo quedaron las pesadillas. Dejé de pensar en eso. Lo aparté de mi mente y lo encerré en algún sitio dentro de mí donde no me hacía daño. Empecé a creer que me lo había inventado. Realmente lo creía. A veces se escapaba un recuerdo fugaz. El olor a alcohol. A sexo. Un tirón de pelo. La sensación de desgarramiento. Eran solo *flashes*. No era real. Lo llegué a creer de verdad. Aparté al Jude que odiaba, aterrado, y me quedé con ese otro que se escondía entre mentiras.

Esos eran los días buenos.

Tú aparecías con el coche y me llevabas a algún lugar increíble y me hablabas de lo que era ser libre y yo me sentía igual de libre que tú.

Quería ser tú. Soñar como tú. Amar como tú. Reír como tú.

Más tarde comprendí que no quería parecerme a ti, solo eras la única persona que tenía a mi lado. Lo único que quería era no ser yo. No ser Jude Baker. No ser.

Me gustaría preguntarte muchas cosas. Por qué. Por qué yo. Por qué me odiabas. Por qué te odiabas. Por qué odiabas la vida que tenías. Por qué.

Me gustaría saber de dónde sacaste tanta soledad. Estoy aquí, con todos los que te querían, y no soy capaz de imaginar a una persona menos sola que tú. Casi puedo respirar el amor que sienten por ti, el vacío que les has dejado. Estás en las paredes, en las fotografías. Te veo cuando Viola te imagina. Cuando tu madre me abraza, te está abrazando a través de mí. Te veo en los sueños de Charlotte cada vez que pronuncia tu nombre. En la risa de Asher.

Sobre todo, te veo en él.

Verte ahí es donde más me duele.

Cuando Sebastian me mira no me ve realmente, no ve lo que soy, ni lo que siento por él, solo ve lo que ha perdido. Soy quien puede romper la promesa que te hizo. Soy todo eso que siempre estará mal. Un error. Eso soy.

Me gustaría preguntarte si te imaginabas esto, si era lo que querías: ser una herida en sus corazones. Suena a algo que tú harías.

CAPÍTULO 41

JUDE



Jude entra en la habitación sin llamar. Nada más hacerlo, comprende la angustia de Viola. Huele a rancio, a cerrado, a dejadez. A muerto.

Sebastian está envuelto en una manta sobre el colchón, boca abajo, con un brazo debajo de la almohada y el otro sobre ella. La habitación está a oscuras a pesar de que aún es de día.

Jude se sube a la cama. Sebastian no se inmuta. Tampoco lo hace cuando le pide que se levante. Apesta, joder. Cuando lo toca se da cuenta de que está ardiendo. Busca hasta dar con un termómetro en el baño y se lo mete en la boca. Tiene fiebre. Le cuesta horrores sacarlo de la cama y llevarlo a la ducha. Sebastian no parece dar muestras de estar ahí en ningún momento. Le quita los calzoncillos, la única prenda que lleva, y se desviste para meterse con él en la ducha. Lo sienta en el suelo y se toma su tiempo para lavarlo con la esponja mientras su amigo tirita. Parece una marioneta en sus manos. Cuando termina cambia las sábanas y lo vuelve a meter en la cama.

—Necesitas comer algo.

Sebastian no contesta. Cierra los ojos y se hunde en donde quiera que se halle sumergido.

—¿Cuánto tiempo vas a estar así? —susurra para sí mismo con el corazón en un puño.

Aprovecha que su hermano ha vuelto a casa y le pide que haga una sopa rápida mientras él prepara un sándwich y un zumo de naranja. Añade unos analgésicos para la fiebre.

Cuando lo tiene todo, les pide a su hermano y a Viola que lo dejen a solas con él y sube la bandeja a la habitación.

Se las ingenia para que Sebastian se incorpore y se tome la sopa y el zumo de naranja. Del sándwich no quiere saber nada, pero al menos se toma los analgésicos. Lo acompaña a lavarse la boca y a mear antes de volver con él a la cama y acostarse a su lado.

Solo entonces parece algo despierto. Extiende la mano, lo agarra del colgante en forma de ancla y la camiseta, y cierra la mano en un puño.

—Jude —balbucea. Jude siente el calor de su rostro en el pecho cuando se le acerca—. No te vayas.

El corazón le va a tantas pulsaciones que es incapaz de procesar nada. Solo puede escuchar ese «Jude» repitiéndose una y otra vez en su cabeza.

Le acaricia el pelo.

—No voy a irme.

Una lágrima se desliza por la mejilla de Sebastian. Tira más de su cadena. A Jude no le importa. Que la rompa si quiere; lo único que le interesa es tenerlo cerca y que se encuentre bien.

—Jude. —Su amigo apoya la frente en su pecho y respira hondo—. No te vayas. No me

dejes.

Jude deposita un beso en su frente y le acaricia los hombros con suavidad.

—No voy a irme —le susurra—. Si me quieres, no me iré a ninguna parte —le asegura.

—Jude —vuelve a susurrar antes de quedarse dormido, aún sujetando el colgante.

A Jude se le llena el pecho de emociones. Es él, Sebastian, y ha pronunciado su nombre tres veces. Ha dicho su nombre. Le ha suplicado que no se vaya. Eso le da esperanzas.

Lo besa con suavidad en los labios, apenas un roce.

—No me voy a ir.

Agotado como está a causa de los dos días angustiosos que ha pasado, Jude no tarda en dormirse con él.



Se despierta desorientado, sudoroso. Apenas hay luz en la habitación; solo consigue situarse cuando se da cuenta de que el calor procede del cuerpo de Sebastian, que tiene la cara muy pegada a la suya y lo observa entre todas esas sombras.

—Me has dado de comer.

—No puedes dejar de comer, Cup. —Se le escapa un largo bostezo.

—Me has duchado.

—Me conozco tu polla, no es para escandalizarse.

—¿Por qué? ¿Qué haces aquí? —pregunta con voz pastosa—. Dijiste que no querías volver a verme.

—Dije muchas cosas.

—Dijiste que necesitabas a alguien que te hiciera feliz.

—Tú me haces feliz.

—Doy pena, ¿verdad? Por eso has venido.

—He venido porque no he sido justo, no te he dejado hablar.

Sebastian se pega a su cuerpo todavía más. Jude se alegra de que su corazón no llegue a sentirse tan cansado como su cuerpo. Su corazón solo late y late y está hecho justo a la medida de Sebastian.

—Nunca quise sacrificarme contigo. No quise hacerte daño ni hacer que te sintieras inferior. Solo quiero que seas feliz. Quiero que te duela el pecho, pero de felicidad. Nunca quise otra cosa, lo siento. —Acerca la frente a la suya—. Me quedaría con todo tu dolor si pudiera hacerlo. Ojalá pudiera quitártelo todo, Baker. Ojalá pudiera borrar todo lo malo que has vivido.

Jude cierra los ojos. Se le escapa una lágrima.

—No quiero que me quites nada, Seb. Soy el resultado de lo que he vivido.

—Dime que me crees. Dime que no me vas a echar de tu lado. —Sebastian inspira con la nariz pegada a su cuello, pero no llega a tocarlo.

—No me voy a ir a ningún sitio.

Sebastian se aparta para mirarlo a los ojos.

—Cuéntamelo todo.

Jude le devuelve la mirada.

—¿Ahora para qué? Ya lo sabes.

—No todo. Me gustaría que me lo contaras tú, si quieres.

—No quiero hacerte sentir mal, Seb.

—Quiero sentirlo todo de ti, si me dejas.

Jude frunce los labios. Respira hondo. Lo cierto es que lleva mucho tiempo esperando para hablarle de lo que pasó, pero ahora que lo tiene ahí, ahora que se lo pide, no sabría por dónde empezar, ni lo que tiene que contarle. Solo se lo ha contado a tres personas a lo largo del tiempo. La primera fue su terapeuta. La segunda, Lara. A ella se lo contó todo. Por último, Ava. Y de eso hace años. Las lagunas antiguas, mezcladas con las nuevas, han diluido parte de la verdad.

—Tengo un diario escrito. Lo empecé cuando aún iba a terapia y fui escribiendo a ratos durante algunos años, cuando sentía que tenía que hacerlo. Fue mi terapeuta la que me lo recomendó. Me dijo que me vendría bien para sanar. Que podría escribirle a Georgie y explicarle cómo me sentía, y así poder dejar morir los malos recuerdos con él. —Sebastian le sujeta un mechón con los dedos y Jude cierra los ojos. Mueve la pierna hacia él y le roza el pie, que está frío porque Sebastian siempre tiene frío. Su amigo suspira por la caricia—. No lo he vuelto a abrir en años —continúa—, cuando decidí que no volvería a sufrir. Decidí vivir. Lo he estado guardando para dártelo.

—¿Y cuándo pensabas hacerlo?

—Cuando me lo pidieras. En él cuento todo lo que no sabes de mí. —Le dedica una mirada significativa—. Ahí está Georgie. No te va a gustar. Solo para que lo sepas. No quiero que te sientas obligado a leerlo.

—Quiero hacerlo.

—¿Seguro?

—Lo quiero todo de ti.

—Ojalá lo sigas pensando cuando lo leas.

—¿Es así como quieres decírmelo?

—Sí. Es lo más parecido a mis memorias que vas a leer.

—No necesito tus memorias, Baker. Solo a ti.

Se le forma una bola en la garganta, una mezcla de dolor y amor.

—Lo tengo en casa, puedes venir a buscarlo cuando quieras.

—¿Me dejas leerlo ahí, contigo?

—Claro. —Jude lo mira a los ojos y se arma de valor para decirle—: Tu chico no me tocó, si eso te preocupa.

—No vuelvas a llamarlo así. —Su expresión es dura—. Hizo algo peor que tocarte. Joder. —Sebastian se coloca de espaldas y mira al techo. Jude lo siente lejos, muy lejos de allí—. ¿No se lo contaste a nadie?

—Eso fue en la fiesta de Halloween. Después, Georgie me llevó a casa. Solo tenía dieciocho años. No sabía qué hacer, así que fui a buscar a Henry, que ya se había mudado a la casa de al lado, donde tenía la consulta. Quería contárselo —asegura—. Necesitaba que alguien me dijera que estaba bien. Era estúpido cómo me sentía. Creía que había sido mi culpa. Pero entonces vi a Henry con esa novia que tenía y me parecieron tan perfectos que no pude abrir la boca. Mi hermano no necesitaba saber eso. Él siempre fue más frágil. Le afectaba mucho saber que era adoptado, aunque dijera que no. ¿Cómo iba a contarle lo que me había pasado? Lo destrozaría.

—¿No pensaste en ir a la policía?

Jude menea la cabeza. Suelta una risotada amarga.

—Tenía miedo, Seb. Yo… Me costaba asimilarlo. Además, no recordaba sus caras ni la casa

a la que habíamos ido. Solo conocía a Georgie y él no me hizo nada.

—Pues claro que te hizo. Él tuvo tanta culpa como los demás. Podrías haberlo denunciado.

—No pude. No sé por qué. Tampoco fui al hospital y tendría que haber ido. No fui a ningún médico ni me hice analíticas hasta que no se lo conté a Lara y ella me acompañó.

Jude observa cómo su amigo aprieta la mandíbula, el temblor de su cuerpo y todas las palabras que no le dice.

—Después de eso empecé a mentir —continúa—. Cosas pequeñas al principio. No me daba cuenta de que lo hacía. Se acabó convirtiendo en algo normal. Me sentía bien cuando mentía. Tenía recaídas, pero fue como recuperar mi vida. ¿Sabes esos chutes que te dan cuando te levantas con ganas de hacer muchas cosas y sientes que puedes comerte el mundo? Así me sentía todo el tiempo cuando mentía.

—Eso no es vivir.

—Lo sé. Fue raro. Pensaba en esa noche y ya no me parecía real. Georgie venía a verme a los ensayos y hacía planes conmigo. Me llevaba al cine, a algún concierto o nos pasábamos la tarde recorriendo algún sitio que no conocíamos. Se me ocurría que estaba mal estar con él, pero él conseguía que se me pasara enseguida. Llegué a creer que me lo había inventado todo. Un día se lo pregunté.

—¿El qué?

—Si había pasado algo esa noche. A veces me venían recuerdos o tenía pesadillas y me levantaba sudando, pero no lo recordaba bien y quizá me lo había inventado todo. Mentía mucho, y Georgie no era tonto.

—¿Qué te dijo?

—Se echó a reír. Me dijo que era muy dulce.

—¿Y ya está?

—Y ya está. —Jude quiere tocarlo, pero no se atreve, así que mueve un poco el pie y nota que Sebastian también mueve el suyo; esos pedazos de piel unida los mantienen conectados. Jude se siente un poco menos solo con ese roce—. Luego fue el accidente y Georgie desapareció. Entonces todo volvió de golpe, con lagunas, pero ya no me parecía que me lo hubiese inventado. Recordé por qué salí con él la noche de Halloween cuando no me apetecía.

—¿Por qué?

—El tipo ese con el que estaba le había pegado unos días antes. Me sentía fatal cada vez que lo veía herido. Quería decirle que podía estar con un buen chico, que no tenía por qué dejar que le hicieran daño. Quería decirle que había alguien que lo quería y que nunca le haría daño.

—¿Le ibas a decir que lo querías? ¿Esa noche?

—Sí.

—Joder.

—Pero al final no se lo dije. —Se encoge de hombros—. Porque esa noche dejé de querer a Georgie.

—No es mi culpa —manifiesta Sebastian. Se coloca de lado otra vez para poder mirarlo mientras le habla. Jude le devuelve la mirada—. Lo que te hizo, no pienso culparme por eso. Nada de eso es culpa mía.

—Pues claro que no.

—No sé quién es George ya, pero yo no lo hice así. No lo convertí en eso. Me niego a creerlo.

—Seb, nada de lo que hizo Georgie es culpa tuya. Una persona se hace a sí misma, no la

hacen los demás.

—¿Cómo puedes ser así después de todo por lo que has pasado?

—Pues por eso. El mundo es demasiado bonito. Me gusta estar aquí. —Esboza una sonrisa pequeña, diminuta—. ¿Sabes? Llegué a plantearme acabar con todo, una vez. Pero entonces pensé en lo que me perdería. No volvería a tocar el piano ni vería a Henry avergonzado por cualquier tontería, no volvería a tejer calcetines ni a celebrar la Navidad ni a probar las galletas de mamá. No me enamoraría nunca. Y yo quería enamorarme. Me negaba a morirme con ese recuerdo asqueroso dentro de mí. —Le dedica una sonrisa llena de ternura—. Y entonces apareciste tú.

—Y Lara.

—A ella la quiero de otra manera. Hay dos tipos de amor, el que llevas y el que te lleva. El que siento por ti es de los que te llevan. Te arrastran sin remedio y me da igual a dónde, siempre que sea contigo.

—Creí que me odiabas.

—¿En qué universo podría odiarte?

Sebastian le tira del pelo con suavidad, como a él le gusta.

—Nada de lo que he hecho contigo ha sido por él. De lo único que me arrepiento es de haber perdido doce años contigo pensando que no merecía ser feliz, del daño que te he hecho. Pero nunca has sido un castigo, Baker. Nunca me he inmolado contigo. Eres el principio y el final de todo, la persona con la que quiero despertarme cada día.

A Jude se le escapa una lágrima.

—Te prometí que cuando lo supieras te diría lo que Georgie te quería contar en el último mensaje que te mandó.

—Ajá.

—¿No me vas a preguntar?

—Sinceramente, Baker. Me importa una mierda. Puedo vivir sin saberlo. —Esboza una media sonrisa—. ¿Sabes sin lo que no puedo vivir? Sin tocarte. Me estoy muriendo por hacerlo. Dime que puedo.

—No tienes que pedirme permiso.

—Me sacaste de tu vida. Hace dos días. No sé si te acuerdas, pero yo lo tengo muy presente.

—Estaba dolido.

—Me partiste el corazón.

—¿Sabes que a eso se le llama síndrome del corazón roto? Es lo que le pasó a Chopin con George Sand. Parece un ataque cardíaco. Te duele el pecho como si una garra lo estuviera desgarrando y te cuesta respirar. Lo sé porque tú también me lo partiste.

—¿Síndrome del corazón roto?

—Sí.

—Pues tendremos que darnos prisa para curarnos. —Lo agarra de las caderas y lo atrae hacia él, colocándole una pierna por encima de la cintura.

—Tú pierna pesa mucho, Cup.

—Eso es por decirme que me odiabas. Ahora te aguantas. —A Jude le duele escucharle decir eso. Le duele lo mucho que tuvo que dolerle que se lo dijera—. Eh. Quita esa cara, Baker. Estoy bromeando.

Sebastian lo aprieta más contra sí. Entierra la nariz en su cuello y nota su sonrisa en la piel cuando deposita un reguero de besos desde la mandíbula hasta la clavícula. Jude gime en

respuesta. Dios. Cuánto necesitaba estar así con él. Tocarlo, sentirlo.

—No es gracioso —replica Jude.

—Claro que lo es. Has puesto una cara de lo más graciosa.

—Cup, no quiero que nada de esto cambie lo que soy para ti.

—Nada va a cambiar lo que eres para mí. —Le acaricia la mejilla—. Venga, déjame verlos. —Jude intenta reprimirse, pero la sonrisa se le escapa sola y los hoyuelos lo hacen con ella. Sebastian los besa uno a uno—. Son míos. Me los he adjudicado.

—Ah, ¿sí?

—No me importa que otras personas los vean. Pero solo yo puedo besarlos, ¿queda claro?

—Clarísimo.

—Hoyuelos.

—¿Cup?

—Gracias por ducharme. Creo que apestaba un poco.

—Olías fatal.

—Eh, no te pases. —Sebastian sonríe y esta vez atrapa su labio inferior. Lo acaricia con la lengua y tira de él con suavidad—. Gracias por darme de comer.

—Mmm.

—Gracias por quererme. —Jude va a replicar, pero Sebastian atrapa sus labios y lo besa. Y es un beso dulce que sabe a Sebastian, a casa y a verdad, y resulta que a Jude también le gustan esos besos calmados sin el toque a melocotón. El corazón le duele por todo el amor que tiene dentro—. Gracias por esperarme.

—Deja de darme las gracias. Me vas a hacer llorar.

Sebastian hunde la mano en su pelo. Sus frentes están pegadas, sus cuerpos unidos arden, sus respiraciones suenan entrecortadas.

—Estoy loco por ti, Jude.

Jude se echa a llorar.

—Dilo otra vez.

Sebastian lo toma de la barbilla.

—Estoy loco por ti, ¿acaso lo dudas?

—No, tonto. Mi nombre. Dilo otra vez.

—Jude —susurra. A Jude se le marcan los hoyuelos al sonreír y llorar al mismo tiempo. Sebastian besa el izquierdo—. Jude —repite antes de besarle el derecho—. Jude.

Jude tarda un poco en conseguir volver a tierra firme.

—Lo sabía.

—¿Qué sabías?

—Mi nombre suena espectacular en tus labios, Seb. Es la cosa más bonita que te he escuchado decir nunca.

—Pero qué idiota eres. —Sebastian lo toma de las caderas y lo coloca sobre él, abriendo las piernas para situarlo en el lugar indicado. Jude se queda sin respiración al notar su erección. Se le escapa un gemido cuando Sebastian lo agarra del culo para mecerlo con él—. Ese sonido sí es bonito.

—¿Bonito? Soy yo cachondo, Cup. No es bonito. ¿«Arrebatadoramente sexi» no era lo que habías dicho? —Enarca las cejas—. Pues eso es. Lo repito cuando quieras, solo tienes que moverte un poco. Así, mira. —Ahora es él quien mueve las caderas y Sebastian el que gime—. Ese sonido tampoco está tan mal, pero mi nombre suena mucho mejor.

—Calla, Baker.

—Cállame.

Sebastian aprovecha la inclinación de cabeza para darse un pequeño festín con su garganta. Jude se empieza a reír a carcajadas, tan fuerte que Sebastian se enfurruña primero y después se ríe con él.

—Joder, no me puedo creer que tengas cosquillas justo ahí. Debería ser una zona erógena. —Lo intenta besar de nuevo, pero Jude forcejea con él, llorando de risa.

Con una mano se protege la garganta mientras se limpia las lágrimas con la otra.

—Cup, tienes prohibido hacer eso cuando estamos follando o haciendo cualquier cosa para mayores de dieciocho si no quieres que nos corte el rollo a los dos. —Sebastian hace ademán de volver a atacarlo—. Te lo digo super en serio.

—Me encanta saber que te he encontrado una nueva forma de tortura.

—No.

—Sí. —Sonríe—. Baker, me encanta la postura y probablemente ya te habría quitado la ropa si no supiera que Viola se encuentra a pocos metros de aquí, pero tu móvil lleva un rato vibrando y me está poniendo de los nervios. —Le señala la mesita de noche.

Jude se incorpora sobre las piernas y se aparta de él para leer los mensajes.

Es Lara. Le pregunta cómo está y si va a ir a trabajar para si no llamar y avisar de que sigue enfermo.

Jude comprueba la hora. Todavía puede llegar a tiempo a las clases de la tarde.

—Tengo que ir a trabajar. Llevo dos días sin ir. —Sebastian se sienta en la cama y se sitúa justo al borde—. Quita esa cara, tonto. ¿Crees que eres el único que lo ha pasado mal? —Jude se pone los vaqueros y los calcetines, y se plancha la camiseta con los dedos.

—Lo siento.

—Calla.

—¿Me callas? —La pregunta suena extraña en los labios de Sebastian, como si se hubieran invertido los papeles.

Jude se acerca y se inclina para besarlo. Él también sabe dar besos calmados.

—¿Cómo estoy? —le pregunta cuando se separa.

—Parece que acabas de follar bien duro.

Jude sonríe de oreja a oreja.

—Estupendo. Pasaré a cambiarme antes de ir a la escuela. ¿Vendrás esta noche a casa?

—Tengo que hacerlo. Hay un diario que me tienes que dar.

—Me refiero para quedarte.

—¿Quieres que me quede?

—Sí. Tenemos que aprovechar ahora que todavía tengo casa.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy buscando casa cerca. Ya sabes que Asher me echó.

—No tienes por qué irte. No creo que lo dijera en serio.

—No quiero quedarme —replica Jude—. Buscaré una casa donde nadie pueda volver a echarme. Y entonces te daré una llave, si quieres. Solo para que me hagas de comer. La bechamel que hago sigue sin parecer bechamel, ya sabes. —Compone una mueca.

—Eso es serio. ¿Me tengo que preocupar? —pregunta, pero lo hace con una sonrisa que a Jude le provoca un estremecimiento.

—Sí, desde luego.

CAPÍTULO 42

JUDE



Cuando esa noche regresa a casa después de hacer horas extras para compensarles a sus alumnos las que han perdido, se da cuenta de que hay alguien dentro desde el momento en el que mete la llave en la cerradura y advierte que no está echada.

Duda que Ava haya vuelto, de modo que se prepara para encontrar a Asher. Toma aire y entra.

Oye la suave melodía del piano. Reconoce el *Bourrée No. 2* de Johann Philipp Kirnberger y comprende quién ha entrado en la casa.

—¿Lex? —Se detiene detrás de ella y la observa.

La niña continúa hasta acabar la pieza. Tiene las mejillas llenas de lágrimas y toca a trompicones debido al temblor de los hombros. A Jude le rompe el corazón verla así. Toma asiento a su lado y, nada más detenerse, la atrae hacia sí para abrazarla.

—Eh, ¿qué sucede? Cuéntamelo.

—Tío Jude —dice entre hipidos. Se retira un poco de la silla y coge algo del suelo—. Mira lo que he encontrado.

Le entrega un caracol amarillo, de ojos marrones y sonrisa tierna, con el caparazón de colores y los cuernos del mismo amarillo que el resto del cuerpo. Jude lo toma entre sus manos y le cuesta la vida no echarse a llorar con ella.

—Es suave.

—Como tú. —Le dedica una sonrisa.

—¿Me lo puedo quedar?

—Lo he comprado para ti.

Jude comprende que hay muchas formas de amor y que algunos no tienen explicación. Son desinteresados y honestos, y aparecen en tu vida para cambiarlo todo. Así es el amor que siente por esa niña. Un amor que ahora se convierte en miedo cuando la ve sufrir y no sabe qué hacer para que deje de hacerlo. El amor es miedo, pero ese tipo de amor es un miedo con el que a Jude no le importa cargar.

—Lex, cielo, dime por qué lloras.

La niña agacha la mirada.

—¿Papá nos ha abandonado?

—¿Qué? Claro que no. ¿Por qué piensas eso?

—Dina dice que su padre se fue y no volvió más.

—Eh, mírame. —Jude le levanta la barbilla—. La situación de Dina y la tuya son distintas.

—Pero es que papá también se fue.

—Tu padre no se ha ido a ninguna parte.

—He subido a casa y no está.

—Cielo, tu papá y tu mamá se han enfadado por algo, pero no van a separarse. Solo necesitan tiempo para dejar de estar enfadados. Sé que es complicado de entender, pero es que los adultos somos así. A veces ni nosotros mismos nos entendemos.

—¿Por qué no ha venido? Ava llora mucho y sé que intenta no hacerlo delante de mí, pero la veo.

—Es que tu papá es como este caracol. —Jude levanta el peluche y lo mueve de un lado a otro—. Algunas personas tienen complejo de caracol. Son muy lentos para hacer las cosas, aunque se mueran de ganas. Tu papá es así.

—Pero papá siempre tiene prisa.

—No cuando se trata de algo importante. Con las cosas que más le importan se vuelve demasiado lento porque tiene miedo de hacerlo mal, ¿comprendes?

—La verdad es que no. Creo que nos ha abandonado. ¿Es por el bebé nuevo?

Las palabras de la niña dan directo en la diana. Puede que la pelea no haya sido por el bebé, pero Jude está seguro de que Asher está aterrado con la idea de ser padre. Su cabeza a veces funciona más rápido que su corazón, le cuesta que estén en sincronía.

—Claro que no. Aunque sí es verdad que tiene miedo. Tiene miedo de hacerlo mal. También tenía miedo cuando tú llegaste.

—¿De verdad?

—Muchísimo. Pero es fácil quererte, así que se le pasó enseguida.

—¿Crees que es fácil quererme?

—Es facilísimo, Lex.

—También es fácil quererte a ti, tío Jude.

Alex se echa a sus brazos y él la mece durante un rato.

—¿Le has dicho a tu madre que venías?

—Cree que estoy con Dina. Le he cogido las llaves.

—Vamos, que te llevo con ella. —Le da una palmada en el hombro y se levantan—. Lex, ¿por qué no la llamas «mamá»?

—Es que es mi hermana.

—Pero también tu mamá. Sé que la llamas así en el colegio.

La niña guarda silencio mientras se ponen los zapatos.

—Es que no sé si le gustaría. Siempre ha dicho que es mi hermana.

—Cielo, a ella le haría mucha ilusión si lo hicieras.

A la niña se le tiñen las mejillas.

—Lo pensaré.

—Por cierto, ¿dónde lo encontraste? El caracol, *quierodecir*. Nunca había visto un peluche caracol. Y lo he buscado mucho.

Ella sonríe.

—Es un secreto.

Antes de marcharse, coloca la llave escondida en el hueco de la ventana y le escribe a Sebastian.

Jude: Emergencia. Lex ha aparecido en casa y tengo que llevarla con su madre. Vuelvo en un rato.

Jude: Te he dejado la llave en el hueco de la ventana.

Seb: Justo acabo de subirme al coche. ¿No necesitas nada?

Jude: No. Pero mira lo que hay sobre el piano y dime que no es la cosa más adorable del mundo.

Seb: Seguro que no lo es.

Jude: Si es que no tienes corazón. Menos mal que tienes el mío.

Seb: Baker…

Jude: Traeré pizza para cenar y podremos ver Amélie. ¿Te parece?

Jude: Ah, y he dejado el diario sobre la cama, por si quieres empezar a leer mientras vuelvo.

Seb: Sí a todo.



Jude tarda una hora en regresar a casa. Ava no se toma demasiado bien que la niña se haya ido sin avisar y Jude se queda con ella un rato en el jardín mientras se desahoga. Toma nota mental de ir a hablar con Asher si no vuelve a casa en los próximos días.

De camino, recoge las pizzas que ha encargado.

Encuentra a Sebastian sentado en el sofá, con las piernas cruzadas mientras pasa una página del diario. Por su cara, no debe estar leyendo algo agradable. Jude no se acuerda demasiado de todo, pero sí recuerda la rabia con la que escribió algunas de las entradas.

—La pizza está caliente. Deberíamos comer —murmura Jude con los ojos puestos en cualquier sitio menos en él—. Voy a poner la película. ¿Puedes ir a por algo de beber?

—Claro. ¿Qué prefieres?

—Agua.

Prepara el reproductor, una reliquia heredada de su hermano, e inserta el DVD. Luego se lava las manos y toma asiento junto a Sebastian, que ya le ha servido el agua y una cerveza para él.

Hay muchas cosas que a Jude le gustan de *Amélie*. La manera en que está contada, los personajes extravagantes, la espectacular fotografía, esa historia de amor que no es el eje central, pero que resulta inolvidable por lo especial que es, por la magia cotidiana que acompaña a la pareja durante todo el recorrido. Y luego está la música. A Jude le pican los dedos por la necesidad de levantarse y sentarse al piano, como ha hecho con Lara tantas veces cuando la veían.

En algún momento, terminan de comer y se recuestan en el sofá. Jude está tan metido en la película que no se da cuenta de que posa una pierna encima de Sebastian hasta que nota cómo este le acaricia la espinilla por encima de la tela de los pantalones.

Lo mira un momento y descubre su sonrisa. A Jude le arde la cara, lo cual es absurdo, pero es que estar ahí con él le resulta emocionante y absurdo.

—Entiendo por qué te gusta tanto —le dice Sebastian una vez acaba y aparecen los créditos.

—¿Porque es rara como yo?

—Ajá.

—Dime que no te ha gustado.

—No sabría decirte. Tendré que reflexionar sobre ello.

Jude compone una mueca.

—Reflexiona mientras me lavo los dientes y me doy una ducha.

—Ajá —repite. Jude hace ademán de recoger el desastre que tienen en la mesa, pero él le agarra la muñeca para detenerlo—. Déjalo, yo me ocupo. No tardes.

—¿No ibas a reflexionar?

—Prefiero reflexionar en ti. —La mirada que le dedica su amigo le abrasa la piel. La emoción lo invade. Tiene que obligarse a irse a la ducha, porque lo que siente dentro se parece mucho a los fuegos artificiales y no quiere arder hasta estar entre sus brazos, sin ropa, con Sebastian dentro de él a ser posible.



Un rato después, cuando Jude entra en la habitación con el pelo todavía sujeto en una coleta, camiseta y calzoncillos, encuentra a su amigo sentado en la cama leyendo el dichoso diario. Solo lleva un bóxer negro.

—¿Por qué te has vestido? —le pregunta Sebastian.

—¿Por qué te has desvestido? —le devuelve él la pregunta—. Cualquiera diría que quieres sexo conmigo. ¿Quieres?

—Quiero algo más que sexo contigo. —Sebastian deja el diario a un lado—. Ven aquí.

Jude se sube a la cama y se aproxima de rodillas hacia él. Cuando sus piernas se tocan, Sebastian lo agarra de la camiseta y lo atrae para unir sus rostros. En esa posición Jude sobresale unos centímetros por encima de él, su boca rozando la nariz de Sebastian, que lo toma de la mejilla y le sonríe en los labios.

Sebastian se incorpora para estirar las piernas sobre el colchón, con las rodillas flexionadas.

—Siéntate sobre mi regazo. Necesito sentirte. —Jude se coloca sobre él, rodeándolo con las piernas. Sebastian lo sujeta de los muslos para ajustar sus posiciones y a él se le escapa un gemido al sentir su dureza en el culo—. Dios, ese sonido. —Le besa la comisura del labio—. Quiero volver a escucharlo.

Sebastian coloca la mano en su lugar habitual, encima del hombro, con el pulgar acariciando la zona donde nota su pulso.

—Siempre me pones la mano ahí.

—Es porque así puedo hacerme una idea de si te está gustando o si estás muy nervioso y tengo que aflojar.

—No puedes controlarlo todo.

—Solo quiero que seas feliz.

—Y yo que lo seas conmigo.

—Vale —acepta, pero no aparta la mano de ahí. Hay cosas que nunca cambian.

Lo besa suave y profundo, lento al principio, y lo devora cuando Jude le rodea el cuello con

los brazos para atraerlo y frotarse con él. Sebastian le saca la camiseta. Él aprovecha para deleitarse con la suavidad de su pecho y el modo en que se le eriza la piel cuando le acaricia los pezones con la yema de los dedos. Sebastian emite un gruñido y acto seguido él deja de estar en su regazo para encontrarse de espaldas sobre la cama, con el cuerpo de su amigo cerniéndose sobre él.

Le abre las piernas con las rodillas y se coloca entre ellas para besarle el cuello, el hombro desnudo, y bajar por su pecho hasta detenerse en el pezón, como si quisiera descubrir si él es igual de sensible. Lo lame y muerde con suavidad. Sus erecciones se empujan. Jude se encarga de ello apretándole el culo.

Sebastian le baja los calzoncillos deprisa; busca su tacto con desesperación. Lo besa cuando lo agarra de la base con firmeza y Jude ahoga el gemido entre sus labios.

—Cup.

—Mmm. —Lo acaricia a un ritmo delicioso e inclemente.

—Déjame quitarte los tuyos.

Sebastian lo ignora y desciende por su cuerpo con pequeños besos hasta quedar a la altura de su erección. Le da un lametón que le hace dar un respingo y que le arranca un gemido lastimero.

—Perdona, ¿decías? —musita con los labios en la punta; la tortura con la lengua mientras lo acaricia. Jude arquea las caderas y vuelve a gemir.

Es incapaz de pensar en nada más, mucho menos cuando Sebastian se la mete entera en la boca y comienza una danza ascendente de deseo, jugando con la lengua al tiempo que le acaricia la base con la mano.

Jude lo agarra del pelo con cuidado y le marca el ritmo. Siente que va a estallar en cualquier momento y necesita que dure para siempre.

—Dios, Cup. Para un poco.

Sebastian se la saca de la boca para mirarlo.

—¿Por qué? —Succiona el glande con fuerza y le lame desde la base hasta la punta para volver a succionar con entusiasmo. Jude se tensa; está demasiado cachondo, al borde del precipicio—. ¿No te quieres correr?

—Quiero hacerlo.

—Lo haremos. Más tarde, cuando vuelvas a estar listo. Esto de aquí —lo vuelve a lamer— no va a aguantar mucho más.

—Seb, quiero que me lo hagas tú. —Se encoge de nervios solo con la propuesta, imaginando lo que le va a contestar.

Sebastian estira el cuello para mirarlo.

—No.

—¿Por qué no?

—Pues porque no.

—¿Es por lo que te conté? Con Georgie lo hacías así, ¿no? Me dijo que nunca lo dejabas a él.

Sebastian se pone rojo. Se incorpora sobre los codos.

—¿Puedes no mencionar su nombre cuando tengo tu polla en mi boca?

Sentado en la cama, se frota la cara con una mano. A Jude le duele el corazón. Le duelen los músculos y los huesos, y todo el cuerpo. Se incorpora. La erección está empezando a bajarle.

—¿Es por él? —pregunta con un hilo de voz.

Sebastian le clava la mirada.

—No, Baker. Él no tiene nada que ver. Pretendo que nunca más tenga algo que ver con

nosotros. Déjalo donde está, ¿quieres? Está muerto. No le dejes entrar aquí. —Jude traga saliva, asiente—. Es porque no quiero hacerte daño. No quiero que nada vuelva a hacerte daño.

Jude atrapa su boca. Sus manos vuelan a sus calzoncillos con torpeza. Necesita tocarlo, sentirlo. Le agarra la polla y lo acaricia con urgencia, arrastrándolo hasta que lo tiene tumbado de lado junto a él.

—No me vas a hacer daño. Es imposible que me hagas daño. —Levanta la vista hacia él—. Quiero sentirte. —Continúa acariciándolo mientras le habla, ahora más despacio. Introduce una pierna entre las de él y le acaricia los testículos con la rodilla.

Sebastian cierra los ojos.

—Hoyuelos —musita sin aliento.

—¿Quieres que te suplique?

—No, joder. —Le clava la mirada—. Nunca tendrás que suplicarme que te quiera. Nunca.

—Entonces deja de ser tan considerado y fóllame de una vez.

—Esa boca, Baker.

—Es para comerte mejor.

—Dios, eres imposible.

—Ya era así cuando me conociste —le recuerda.

—No, Baker. Eras peor. —Sonríe y entonces usa su fuerza para arrastrarlo hacia él y posicionarse encima. Le abre las piernas. Jude levanta el mentón, no aparta la mirada. Quiere que sepa que no tiene miedo, que eso es lo que quiere, lo que más desea en el mundo.

Sebastian le acaricia la erección con la palma de la mano, baja por sus testículos y más abajo. A Jude se le para el corazón un instante antes de volver a latir con frenesí cuando Sebastian presiona la entrada con un dedo. El respingo es involuntario y teme que crea que lo ha asustado. Solo quiere que siga, que no se vaya. Sebastian le levanta las dos piernas y, sentándose sobre las rodillas, lo besa en la cara interna del muslo y sigue tocándolo ahí abajo, torturándolo con demasiada delicadeza.

—¿Me quieres volver loco?

—Ajá. —Le arranca un jadeo cuando le muerde la cara interna del muslo—. ¿Tienes lubricante y condones? —Jude vuelve a gemir cuando nota la erección de Sebastian entre sus muslos.

—Sí. En el último cajón. —Señala la cómoda.

Sebastian le da un último beso en el muslo y sale de la cama. Con el corazón desbocado, Jude lo ve hacerse con el bote y los condones, y quedarse mirando lo que hay en el cajón.

—¿Cuerdas, Baker?

—Regalo de Ash del último pedido que hizo. Las compró repetidas. ¿Quieres usarlas?

Sebastian no le contesta. Cierra el cajón, coge la caja de pañuelos y vuelve a la cama.

Nada más recuperar la posición entre sus piernas, Sebastian se detiene a observarlo. Jude se imagina cómo lo ve; desnudo, excitado, ansioso. Su amigo le recorre la piel de los muslos con la yema de los dedos. Jude no puede dejar de mirarle la boca. Se endurece todavía más cuando piensa en la forma en que Sebastian le hace olvidar en sus labios.

—Seb, quiero tu lengua en mi boca. Quiero que me la folles ahora mismo.

—¿Eso es una orden?

—Sí, por favor.

—Parece una súplica.

—Ahora —le ordena.

La risa de Sebastian le derrite el corazón. Se inclina hacia él, apoya los brazos en los codos por encima de su cabeza y le da uno de esos besos que consiguen que todo su cuerpo se encienda. La boca de Sebastian es suave y el beso profundo. Lo devora con avidez y el deslizar de la lengua se convierte en algo más dominante, en ese afán de poseer que a Jude lo vuelve loco mientras las caderas de ambos se mueven buscando la deliciosa fricción. Sebastian baja la mano y agarra las pollas de ambos para acariciarlas. Jude gime dentro de su boca. Está temblando. Lo siente y no lo puede evitar. No quiere evitarlo.

—Seb —gime.

Levanta las caderas una vez más antes de correrse con urgencia. Está volando, se siente eufórico y aturdido. Sebastian se balancea contra él al tiempo que lo acaricia. Ahora sus labios le recorren la zona delicada del cuello. Muerde, lame y besa mientras se lleva cada gemido y cada convulsión de su polla hasta que se relaja y puede volver a hablar.

—Eres lo peor. —Jude suelta un suspiro.

—Me encanta lo que mi boca le hace a tu cuerpo, Baker. Podría pasarme la vida viendo cómo te corres.

—Tendrías para varias vidas. Tengo mucho amor que dar —asevera con una sonrisa—. ¿Sabes lo que me encanta a mí? —pregunta al tiempo que le acaricia un pezón con el pulgar y el índice.

Sebastian le agarra la mano y se la pasa por detrás de la cabeza.

—Si quieres que te folle, no hagas eso.

A Jude se le corta la respiración.

—¿Lo vas a hacer?

—Ajá. ¿Me lo dirás si te hago daño? —Besa y succiona su cuello.

Jude nota un estremecimiento. La excitación crece de nuevo dentro de él.

—Sí. Claro que sí. —Gime cuando Sebastian le muerde el hombro—. Puedes empezar ya, Seb. Estoy listísimo.

Sebastian le mira la entrepierna y menea la cabeza.

—Cada vez eres más rápido.

—Es que me pone saber que me vas a follar por fin. Es un día memorable, Cup. Marcaré esta fecha en el calendario.

—Calla.

—Cállame.

El beso que le da consigue callarlo y derretirlo en un charco de deseo sobre la cama.

Se queda callado mientras Sebastian se toma su tiempo para limpiarlos, ponerse un condón y embadurnarlos a ambos de lubricante.

—Voy a prepararte, ¿vale? —Se vuelve a sentar sobre el colchón con las piernas estiradas—. Ponte sobre mí como antes.

Jude se coloca de nuevo a horcajadas sobre él, apoyándose en las rodillas flexionadas hasta que sus pollas colisionan y sus pechos se rozan. Sebastian le muerde el labio inferior y le abre un poco más las piernas.

Después se convierte en Sebastian, su mejor amigo. El hombre controlador capaz de leer cada una de sus expresiones y reacciones de su cuerpo. Jude hace lo posible por controlar los temblores por la anticipación; el ansia y el deseo bullen dentro de él. Sebastian tantea su entrada, lo acaricia y, despacio, le introduce un dedo y luego otro. Jude no puede evitar tensarse, pero, en cuanto nota la boca de Sebastian en su hombro, suspira y se relaja. Permite que se deslice dentro

y fuera de él a un ritmo pausado; cuando siente que dobla los dedos y encuentra ese punto, le clava los suyos en la espalda y emite un sonoro gemido.

—Ahí, Seb, sí.

Sebastian le sonríe con la boca pegada al cuello. A Jude le gusta notar su aliento caliente sobre la piel, pesado, entrecortado, el temblor de su cuerpo y lo mucho que disfruta viéndolo retorcerse por sus caricias.

—Seb —solloza contra su boca; el placer que experimenta le provoca una descarga intensa por todo el cuerpo.

—¿Puedo intentar meter otro?

—Prefiero que me metas otra cosa.

—Quiero que estés preparado. —La voz le sale ronca por la lujuria cuando saca los dos dedos para unir un tercero.

El ardor consigue que se cierre. Jude se aferra a su hombro y baja la mano a su entrepierna para acariciarse.

—No. —Sebastian le aparta la mano—. Déjame a mí. Tú relájate.

Le acaricia la polla despacio mientras se abre camino dentro de él con tres dedos. El corazón de Jude late desbocado. ¿Son suyos esos gemidos? No lo tiene claro. Apoya la frente en la de Sebastian y lo mira a los ojos. No puede hablar, solo siente.

—Respira —murmura Sebastian, atrapando sus labios en un beso suave, tan suave como la manera en que se adentra en él hasta el fondo—. Déjame verlos.

—No puedo.

—Sí puedes. —Y entonces succiona ese punto de la garganta que logra que Jude se retuerza por la risa—. ¿Ves como sí puedes? —Sebastian le muerde el hoyuelo derecho.

—Capullo. No me hagas reír cuando tienes los dedos ahí dentro.

—Perdón, ¿te he hecho daño? —Nada más decirlo, Sebastian le roza la próstata con el dedo corazón. Ese punto delicioso que consigue que los fuegos artificiales detonen de nuevo con fuerza en el interior de Jude.

—Seb. —Apoya la frente en su hombro al tiempo que se mueve en busca de ese roce—. Estoy listísimo, de verdad.

Sebastian le saca los dedos.

—Túmbate en la cama.

Jude se tumba de espaldas y Sebastian lo hace rodar hasta posicionarlo de lado. Luego se sitúa detrás de él, entre sus piernas, con el pecho pegado a su espalda y la boca en su cuello.

—Seb, no es momento de hacer la cucharita. —Gira la cabeza para mirarlo. Le gusta poder mirarlo a los ojos a pesar de tenerlo detrás. También le gusta la manera en que Sebastian atrapa su labio inferior y lo acaricia con la lengua—. Eso para cuando me hayas follado.

—Calla.

—Eso espero, que me calles. —Lo hace en cuanto comienza a acariciarlo con una mano, notando la punta de la erección de su amigo presionando su entrada. Jude respira profundamente y el culo se le contrae.

Sebastian deja de acariciarlo para sujetarlo del muslo y subir una de sus piernas. En el momento en que Jude nota la punta dentro de él echa la cabeza hacia atrás, dejando el cuello aún más expuesto; Sebastian besa, lame y muerde hasta que lo siente relajarse y le permite entrar un poco más.

Sebastian dirige sus caderas para que su culo quede todavía más expuesto. Jude retuerce los

dedos de los pies. Cuando Sebastian empuja y se adentra en él con mayor facilidad, se le viene a la mente la forma en que Sebastian se agarraba a las sábanas cuando era él quien le hacía eso mismo. Puede que las posiciones estén invertidas, pero Sebastian tiembla de la misma manera en que lo hizo en aquella habitación de hotel.

—¿Estás bien? —consigue preguntar entre jadeos.

—¿Que si estoy bien?

—Estás temblando, Seb. —Gime cuando se la mete casi hasta el fondo.

—Oh, joder. —Percibe la humedad de sus labios en el cuello al respirar profundo—. Es que estás tan caliente...

—Es alucinante, ¿a que sí? —Jude recuerda la sensación, el momento en el que sintió que Sebastian lo estaba engullendo y todo ardía a su alrededor.

Se queda sin respiración cuando Sebastian termina de entrar en él. El ardor se confunde con el placer y consigue que sea soportable. No se mueve y su amigo tampoco lo hace. Solo le acaricia la erección para que se relaje. Jamás pensó que su primera vez sería así, en esa postura. Le gusta sentir a Sebastian tan pegado a él, su olor y su calor corporal lo envuelven por entero.

—Jude, ¿estás bien? ¿Te duele?

Jude apenas consigue respirar, mucho menos hablar.

—D-deja de preguntarlo todo. —Resopla cuando nota la vibración en su culo.

Sebastian le aparta el pelo de la cara y lo besa en la mejilla.

—Abre los ojos.

Él los abre y expulsa el aire contenido. No se había dado cuenta de que los había cerrado. Y ahora que ve cómo lo mira Sebastian siente que necesita volver a cerrarlos o se derretirá antes de que alguno de los dos tenga tiempo de correrse. Y a él no le queda mucho para eso.

—Estoy dentro —le susurra Sebastian con una sonrisa maravillosa.

—No me había dado cuenta. —Gime cuando su amigo se mueve para estar más cómodo—. Ay, Dios. —Se aferra a su cuello—. Muévete otra vez. —Sebastian obedece, de modo que lo siente todo ahí, en ese punto. Ahoga un sollozo que consigue que se le forme un hoyuelo.

—Hoyuelos. —Sebastian le muerde la mejilla—. Voy a moverme, ¿vale?

—Sí, sí. —Sebastian sale de él lentamente para volver a entrar—. Oh, sí. Sigue haciendo eso, Seb.

—Estás…, joder. —Sebastian entra y sale de él y Jude se pierde en las sensaciones. El gesto de concentración que pone le resulta adorable.

Sebastian lo ha convertido en una ecuación matemática de nivel avanzado. Sus movimientos son calculados, no deja de observar las reacciones de su cuerpo ni de tocarle el pulso ni buscar ese punto que lo hace casi sollozar de deseo. Se derrite al comprobar lo mucho que se esfuerza por hacerlo disfrutar; y cuando lo ve curvar los labios aún con ese gesto de preocupación, como cuando estás en medio de un examen y sabes que lo estás haciendo bien, comprende que la espera ha valido la pena. Nunca se ha equivocado con Sebastian. Ni siquiera recuerda cómo sucedió, pero supo que era él. Dios, lo ha sido siempre.

Quiere a ese chico con todo lo que le queda. Cada parte de sí mismo que ha soldado le pertenece. Ojalá se dé cuenta algún día. Ojalá llegue a comprender que no necesita ser un héroe con él, que no hace falta que se esfuerce tanto. Solo tiene que quererlo. Y Dios, en ese momento le parece que lo hace.

Extiende la mano para tocarle la mejilla a fin de suavizar su gesto de concentración.

—Seb, para.

Sebastian se queda inmóvil. Lo mira a los ojos con miedo y empieza a retirarse.

—No, no. No que pares y dejes de hacer eso increíble que le haces a mi culo. Eso no. —Le acaricia el entrecejo, la mejilla y la boca—. Para de poner esa cara. Para de controlarlo todo.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta y empuja hacia dentro, provocándole un latigazo de placer enloquecedor.

Jude emite un gemido vergonzoso. A su amigo se le escapa otro que le sabe a gloria.

—Deja de esforzarte y mírame, Seb. Estoy a punto de correrme y quiero ver al verdadero Sebastian. Quiero ver tu cara de estar muy cachondo y no esa de profesor de matemáticas a punto de sufrir un gatillazo.

—Baker, no hables de gatillazos ahora, joder.

—Pues fóllame ya, que no me voy a romper.

Sebastian se mueve y Jude le clava los dedos en el hombro.

—Dios, qué rápido lo has pillado.

—¿De qué hablas ahora?

—Del punto. —Sebastian se fija en su cara. Empuja otra vez—. Oh, Dios. Ese punto. Sí. —Sonríe y su amigo le muerde el hoyuelo izquierdo.

—Es mío. —Empuja una y otra vez, arrancándole la misma alma de dentro.

Sebastian deja un vacío estremecedor cuando sale de él para colocarlo de espaldas sobre la cama. Se sitúa entre sus piernas, acomoda una de ellas en su hombro y lo penetra de una sola embestida. Jude pierde la noción de la realidad.

—Así, sí. Dios. Cup, más arriba. El punto —gime cuando por fin lo nota—. Ahí, sí.

—¿No vas a callarte nunca? —gruñe Sebastian, mordiéndole la cara interna del muslo.

—Cállame tú —lo reta.

Sebastian pone una cara que no le había visto nunca. Desafiante. Sexi. Jude enloquece cuando lo sujeta y empuja como si quisiera llevarlo alto, muy alto. Sobrevuela las nubes, las toca con la punta de los dedos y sigue planeando mientras él se lo lleva todo. Su pasado, sus miedos, sus gemidos y todas y cada una de sus palabras.

En cuanto Sebastian le agarra la erección y comienza a masturbarlo, Jude se corre en su mano. Le vibra todo el cuerpo. Sebastian encuentra su propia liberación con unos cuantos movimientos más.

Se derrumba sobre él, abrazándolo. Lo besa en la sien, en la mandíbula, en el cuello. Lo besa por todas partes y Jude no puede articular palabra. No hay palabras para lo que son. No existen. Ellos dos juntos son lo más verdadero que ha conocido nunca.

Sebastian se aparta un poco para mirarlo.

—Te has callado.

—Me has callado tú, Seb. ¿Ves como no era tan difícil? Ahora ya sabes lo que tienes que hacer. La próxima vez me puedes empotrar.

—¿Así de fácil?

—Soy facilísimo.

—A otro con ese cuento.

Jude gime al notar los movimientos cuando aún lo tiene dentro.

—Perdón. —Sebastian sale de él, se quita el condón y lo deja con un nudo a un lado de la mesita.

Limpia a Jude antes de acostarse a su lado, envolviéndolo entre sus brazos.

—¿Estás bien? —Hunde la cara en su cuello para besarlo y recorrer la zona sensible por

debajo de la oreja.

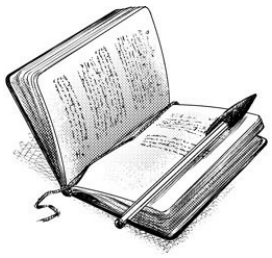
—No lo sé. Creo que no. —Sebastian se aparta para mirarlo—. ¿Podemos repetir ya? —Señala su erección.

—No jodas, Baker.

Él se encoge de hombros.

—Soy así de alucinante.

DIARIO DE JUDE



Sebastian me devolvió a la vida. Es curioso, cuando tú se la habías quitado a él.

No sé qué hiciste, no creo que supieras cómo querer a alguien como él.

Tú querías a golpes. Tus caricias herían. Tus palabras eran un castigo. El frío que desprendía tu cuerpo te congelaba el alma. Tu cuerpo entumecía. Tus dedos dejaban una huella viscosa que sentía incluso cuando no estabas presente. Tu recuerdo eran pesadillas de las que te despertabas sudoroso, con el corazón queriendo irse a cualquier otra parte, lejos de ti.

Así me sentía todo el tiempo.

Pero él me salvó. A través de *Barnard.* A pesar de todo. A pesar de ti. Eso también resulta curioso, dado que tú eras su Barnard.

Quería odiarlo. Quería odiarlos a todos. Qué tonto fui.

A mi alrededor, el mundo había enmudecido. No escuchaba la música. Por mucho que me dejara la piel con el piano no conseguía escuchar mi voz a través de él, no sentía nada, la vida había perdido color. Mi familia estaba ahí y a ellos tampoco los escuchaba.

Ese era el Jude que dejaste.

Hasta que llegó él.

Vi su rabia, la forma en la que me miraba. Él creía que yo tenía un pedazo de ti. Le mentí como les mentí a todos. Le dije que sabía lo que querías decirle en los últimos mensajes que le enviaste. Fue tan fácil convencerlo, y tan gracioso… Tú nunca me lo habrías dicho, los dos lo sabemos. Él también tendría que haberlo sabido. Pero no. Ahí comprendí que no podría odiarlo nunca. Te quería sin reservas, incluso con todo lo malo que tenías. Te quería con todas las cicatrices que le habías dejado. Sebastian Evans es el chico más inocente y entregado que he conocido nunca.

Fue su entrega la que me devolvió a la vida.

Los sonidos volvieron. La música regresó. Quería escucharme a través de ella porque necesitaba que él también lo hiciera, quería que atendiera a todo lo que nunca podría decirle porque él no querría escucharlo. Quería que él viviera, que toda esa maravillosa familia que tenías lo hiciera, y con ese anhelo mis ganas de vivir también regresaron.

Percibí tu huella en cuanto pisé vuestro hotel. El rastro que dejaste lo impregnaba todo. Fuiste la guerra, la bomba, el caos. Cuando te fuiste no solo dejaste un rastro de escombros; estaban todos esos cuerpos. Todo ese dolor. Todas esas heridas. Todo ese miedo. Tanta destrucción.

Lo peor fue descubrir el amor. Te confieso que fue lo que más me dolió. Tal vez tú no

supieras querer, pero ellos te querían a ti. Con entrega y desesperación. Recuerdo las ganas que ponías en cada fotografía que hacías a fin de inmortalizar un momento, para que te recordaran a través de ellas.

Puede que tus fotos estuvieran por todas partes, pero siento decirte que no estabas ahí, sino en ellos. Estabas en la sonrisa que se formaba en sus labios cuando te recordaban, en su tristeza, en el vacío al que Sebastian miraba cuando creía que nadie lo veía. Tuve que recordar al chico al que una vez pensé que quería para poder soportarlo. Para vivir con ese amor que llevaba tu nombre y se hallaba por todas partes cuando yo solo sentía dolor.

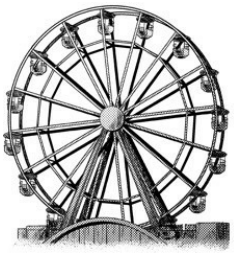
Y lo hice, George. Puedes estar orgulloso de mí. Era tu juguete destrozado jugando a arreglar a esos otros juguetes rotos que dejaste atrás cuando te fuiste.

Aprendí a verte como te veían ellos, te conocí a través de recuerdos. Y puede que odie al chico que hizo lo posible por destrozarme, pero no odio al George de sonrisa franca al que todos querían.

A ese George no puedo odiarlo.

CAPÍTULO 43

VIOLA



—Alegra esa cara. Ya pasó —le dice Henry, tumbándose junto a ella de lado en la cama. La besa en el hombro—. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Sí. —Cierra los ojos cuando su chico le acaricia el abdomen. Apenas se le nota, pero a él le gusta tocarla ahí. Es increíble lo entusiasmado que estaba cuando le dio la noticia—. Aún quedan cosas por arreglar. Mira a Asher. —Viola resopla.

—Me refería a si tú necesitas algo, no el resto del mundo.

—Es nuestra familia —replica ella.

—Y siempre van a necesitar algo. Siempre habrá algo que arreglar, pero no tienes que hacerlo tú sola. No tienes que arreglarlo todo, Viola.

Los últimos dos días han sido horribles. Ver a su hermano perdido en sí mismo, en su dolor, tenerlo al alcance de su mano y no poder hacer nada, ha sido peor que aquellos meses de encierro en los que no sabía nada de él más allá de los correos que compartían. Entonces al menos sabía que estaba vivo. Pero lo de ahora había sido… doloroso y frustrante. Por un instante se había imaginado llamando a emergencias para que lo obligaran a comer. Lo habría hecho si Jude no hubiese decidido ir a buscarlo. Por nada del mundo habría dejado que su hermano se muriera de pena. Eso, sumado al drama de Asher y a su propio enfado por ser la última en enterarse de las cosas, hace que tenga los nervios de punta constantemente. Henry no deja de recordarle que ahora tiene que cuidarse por dos, y ella más que nadie es consciente de ello, pero aun así…

—No lo soporto.

—Ya lo sé. —Su chico le levanta el mentón. Sus ojos azulísimos siempre consiguen calmarla —. Dime qué necesitas tú.

—A ti.

—A mí ya me tienes. Dime algo que necesites de verdad. Cualquier cosa.

Viola frunce los labios y se lo queda mirando. Su pelo algo revuelto, el rostro cargado de preocupación, la mirada repleta de una honestidad que siempre le ha provocado un estremecimiento placentero. Henry en estado puro. Aquel que solo deja ver a unos pocos afortunados. Adora a ese Henry, pero hay otro Henry que le gusta mucho más.

—Viola.

—¿Henry?

—Estás poniendo esa sonrisa. —La alarma se refleja en su rostro y a Viola le resulta de lo más adorable.

—¿Qué sonrisa? —pregunta mientras le hace un repaso. Lleva ropa cómoda de estar por

casa. Ropa fácil de quitar.

—Esa sonrisa.

Y entonces le muestra exactamente la sonrisa de la que habla. No le da tiempo a replicar ni a moverse. Lo empuja de espaldas sobre la cama y se tumba sobre él. Ajusta su centro al lugar en el que quiere estar. Henry gruñe y la agarra de las caderas. Su polla no tarda en apretarse contra ella de manera deliciosa. Ahora es Viola la que gruñe mientras se mece sobre él, que empieza a respirar con dificultad.

Lo besa despacio, al ritmo de los movimientos de sus caderas. Desliza la lengua por su labio inferior y baja por su mandíbula para detenerse en su cuello. Henry no la defrauda. Su cuello está rojo y lo nota caliente por todas partes.

—¿Te haces una idea de lo que quiero? —le susurra con la voz entrecortada por su propio deseo.

Henry emite un gemido que la hace temblar por la anticipación. Se nota húmeda e hinchada cada vez que se mueve contra él. Lleva días sin sentir esto.

—¿Quieres olvidar en mí?

—No, Henry. Quiero olvidar contigo. Siempre contigo.

Él le sostiene el rostro para besarla, pero Viola está demasiado cachonda para ser tierna.

—Los mimos para después. —Toma sus manos y se las coloca por encima de la cabeza, en el cabezal de la cama con dosel. Un toque en cada muñeca deja claro que no las puede mover—. Te voy a decir lo que vamos a hacer. Voy a bajarte los pantalones; no mucho, lo suficiente para follarte hasta que me corra. Seré rapidísima porque estoy a punto. Después te voy a desnudar y vamos a jugar de verdad. Tengo un conjunto precioso que me gustaría usar contigo.

—¿Un conjunto?

—¿Te he dado permiso para hablar? —Se hunde más en su entrepierna. Henry gime en respuesta—. Buen chico. Y ahora vamos al tema.

Vestida con una camiseta larga y unas braguitas negras, Viola solo tiene que apartarse a un lado la tela de las bragas para estar lista. Lo de él es igual de fácil. Le baja los pantalones y le saca la polla, que inmediatamente coloca en su entrada.

Observa a Henry. Su chico tiene los ojos cerrados y el rostro encendido. Respira de manera entrecortada y está guapísimo. Le gusta tanto verlo así, totalmente entregado a ella, cumpliendo cada una de sus exigencias en la cama…

—Henry Baker, abre los ojos. —Se inclina para tomarlo de la barbilla en un gesto posesivo —. No tienes permiso para correrte, ¿entendido? Te lo haré rápido y fuerte.

—Viola —gime cuando ella le mueve la erección en torno a su sexo resbaladizo.

—Tampoco tienes permiso para hablar. Ahora mando yo. —Ella también gime. Ha sido sincera al decirle que no va a aguantar; el sexo le palpita ante sus propias palabras—. Después… Bueno, después también mando yo. Pero dejaré que te corras. —Sonríe y justo cuando está a punto de anclarse en él llaman a la puerta.

Henry abre los ojos como platos. Ella quiere romperlo todo.

—No me jodas.

—¿Vila? ¿Estáis ocupados? —llama Asher desde el otro lado.

Aún con la erección de Henry en una mano, presionándole la entrada, se siente frustrada. Más que frustrada.

—Necesito hablar contigo. —La voz de su amigo suena suplicante, rota. Viola comprende que la necesita de verdad.

Piensa en las palabras que una vez le dijo Charlotte. «No puedes contentar a todo el mundo». La echa tanto de menos que le duele.

—Es importante —insiste Asher.

Ella no puede negarse a eso. Su naturaleza se lo impide. No puede dejarlo ahí. No puede no ayudarlo.

Viola mira a Henry y Henry mira a Viola. Y hay un momento de comprensión entre ellos. Ella se disculpa y él le responde que no pasa nada, que lo entiende.

—Ya voy, espérame abajo —le grita a su amigo.

—Vale —dice este.

Viola se aparta de Henry, lista para ver qué cojones quiere Asher. Espera de verdad que sea importante. Entonces Henry la agarra de la cintura y la tumba de espaldas en la cama, colocándose entre sus piernas.

—De eso nada —gruñe él. Aparta de nuevo las bragas y coloca una de sus piernas en un ángulo mejor. La polla choca contra su clítoris y ella lo sujeta de la camiseta para atraerlo hacia sí.

—Henry Baker, ¿se puede saber qué haces?

—Hacerte olvidar conmigo —le contesta con la voz entrecortada un segundo antes de dirigir la polla hacia su entrada y clavarse en ella hasta el fondo.

El mundo entero explota dentro de Viola cuando él empieza a embestirla rápido y profundo como sabe que le gusta. El cambio de posición y de roles consigue volverla loca. Siempre ha disfrutado de ser quien domina en la cama, pero esas pocas veces en las que es él quien toma las riendas de manera inesperada le saben a gloria.

Henry hunde el rostro en el hueco de su cuello y lo da todo de él. La agarra de la cintura con una mano mientras mantiene el peso de su cuerpo en un codo junto a su cabeza. El orgasmo llega rápido y su intensidad le hace clavar los talones en el colchón y aferrarse a él de tal manera que Henry tiene que usar los dos brazos para no aplastarla. Desde que sabe que está embarazada la trata como si se fuera a romper. A Viola le cabrea y le enternece a partes iguales.

—Henry —jadea aún subida a la ola del orgasmo. Lo muerde en el hombro y se aferra todavía más a sus brazos. Dios, es tan jodidamente bueno, se siente tan bien entre sus brazos… —. Henry. —No es capaz de controlar los temblores de su cuerpo. El olor de su chico, a bergamota y especias, lo inunda todo—. Henry —musita con un hilo de voz.

—Te tengo. —No deja de moverse dentro de ella. Se siente tan bien que a Viola no le importaría quedarse ahí.

Entonces se da cuenta de cómo Henry tiembla y respira con dificultad. Cada vez se mueve más despacio. Nota su polla durísima dentro de ella. Se está aguantando las ganas. Dios. Se lo comería si no estuviera tan saciada, tan a gusto.

—Henry, córrete. —Nada más decirlo, el cuerpo de su chico se estremece y lo siente irse dentro de ella. Percibe cada convulsión, los estremecimientos, el calor que se derrama en su interior.

Pasan unos segundos así, abrazados. Disfrutan de los últimos resquicios de los orgasmos de ambos, sus corazones en sincronía, sintiéndose como lo han hecho durante años. Los brazos de Henry Baker, su lugar favorito en el mundo. Su Barnard.

—¿Te ibas a aguantar? —le pregunta con incredulidad cuando se aparta para mirarlo.

—Me ordenaste que no me corriera.

—Eso fue antes de que Asher viniera a tocarnos las narices.

—Pusiste esa voz mandona, Viola.

—Antes de que nos interrumpieran —insiste.

—Esa voz, Viola. No puedo con esa voz, ya lo sabes.

—¿Qué es lo que no puedes?

Él se encoge de hombros.

—«Como te corras te castro, Henry Baker» —imita su voz de una manera que a Viola le resulta vergonzosa.

Suelta una carcajada.

—Joder, esa no es mi voz.

—«Mantente firme hasta que yo te diga, Henry Baker. La bandera hacia arriba».

—Sabes lo que pasa cuando te burlas de mí, ¿verdad?

—¿Y por qué te crees que lo hago? —le pregunta él con una sonrisa y esos ojos que son como el mar en calma.

—¿Desde cuándo te has vuelto masoquista?

—Desde que te conocí. —La besa—. Desde que me enseñaste que está bien volverse loco si es contigo.



—¿Habéis elegido nombre? —le pregunta Asher un rato después.

Ya casi llegan a la tercera semana de mayo y el tiempo es bueno, de modo que deciden salir al jardín con una taza de té y un libro cada uno.

—Aún no sabemos sexo, pero si es niño se llamará George.

Su amigo dobla una esquina del libro para marcar la página y se la queda mirando.

—¿Henry está de acuerdo?

—Sabe que es importante para mí.

Viola relee el mismo párrafo cuatro veces sin conseguir que se le quede nada. Es imposible concentrarse cuando escucha los gritos internos de Asher. Puede que no diga ni una sola palabra, pero su cuerpo habla por él. Algunas veces mueve la pierna, otras se dedica a golpear el libro con el dedo índice, unas pocas solo apoya el brazo en la pierna mientras se queda absorto y luego está el tic ese que le ha dado que consiste en morderse el antebrazo; al menos cuando está distraído no lo hace demasiado fuerte.

Viola cierra el libro con el lápiz en la página donde se ha quedado y lo deja sobre la colcha.

—Suéltalo, Ash. Me estás poniendo nerviosa.

Asher suelta un suspiro profundo.

—No deberías ponerle ese nombre.

Viola sonríe, frustrada. Cómo no.

—Tú también lo sabes. —Lo mira con sorna—. Joder, claro que lo sabes. ¿Por qué nadie me dice nada? ¿Por qué soy la última en enterarse?

—Porque siempre erais Georgie y tú, por eso.

—Dímelo.

Asher se levanta y empieza a dar vueltas con nerviosismo delante de ella.

—No puedo, Vila. —Se muerde el antebrazo mientras camina.

—Ash, para.

—No necesitas esa mierda, joder.

Viola se levanta para encararlo.

—Dime una cosa, ¿por qué te dejó Ava?

—Por Jude.

Ella apoya las manos en las caderas.

—¿De veras? ¿Y qué más? No me creo que haya sido por eso.

—Lo llamé mentiroso.

—¿Qué más?

—Se lo dije muchas veces —explica.

—Aparte de lo obvio, ¿qué es lo que no me estás contando?

A su amigo le brillan los ojos por el dolor. Y Viola comprende. Claro que comprende.

—¿Tuve algo que ver en la pelea?

—Vila…

Esta vez, cuando muerde, lo hace con más fuerza. Viola siente el mordisco de la angustia. ¿Cómo puede ser tan imbécil? ¿Es que no ha aprendido nada en todos esos años?

Ella se acerca para agarrarlo del brazo; a duras penas consigue que se suelte.

—Ash, para. Mírame. —Le toma la cara entre las manos—. Adoro nuestra relación. De verdad. Me completas de una forma que no lo puede hacer nadie más. Es increíble saber lo que tienes en la cabeza incluso cuando te comportas como un imbécil. Ese nivel de conexión. Sé que no es fácil para Henry y tampoco lo es para Ava. Pero no es nada por lo que deban preocuparse. Creo que las personas creamos conexiones y que cada una de esas conexiones es especial. Mi conexión contigo es especial y me encanta. Con Georgie tenía otra, ya lo sabes. Era incluso más fuerte. Lo que tenía con Georgie… —Se le saltan las lágrimas—. Me pone enferma saber que ya no existe, que nunca volveré a sentirlo. No quiero perder lo que tengo contigo, Ash.

Suelta su cara y le agarra el antebrazo para acariciar la zona con la marca de la mordida.

—Vila…

—Shh. No quiero volver a hablar de esto. Escúchame bien, Ash. No puedo seguir siendo yo por encima de todo lo demás. Los dos sabemos que ya no estás enamorado de mí. Pero no basta con que nosotros dos lo sepamos. Ella tiene que saberlo, tienes que demostrarle que ocupa el hueco más grande en tu vida y que es suyo sin condiciones. No puedes apartarla ni exigirle nada cuando te salga de los huevos. El amor es algo más que una imposición.

—Ella lo sabe. Se lo he demostrado.

—¿Cuándo fue la última vez que se lo demostraste? —replica Viola, que no deja de acariciarle el brazo para calmarlo—. ¿Cuando te casaste con ella para que pudiera adoptar a su hermana? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces? No te digo que le prometas el cielo todos los días de tu vida, pero los detalles son importantes. Una relación se cuida y se alimenta todos los días. No es algo que se dé por sentado.

La incredulidad en el rostro de su amigo es palpable.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué cojones te crees que hago? —La tensión de Asher le traspasa la piel —. No hago otra cosa. No tengo que prometerle nada cuando soy suyo. Me conoces. Soy blanco o negro. Me cuesta ver los grises y ella me ha enseñado a verlo todo. Joder, si se me nota un huevo, Vila. A veces me avergüenzo de lo frágil que soy cuando se trata de ella.

—Porque tú te avergüenzas por todo. Pero eres más hermético de lo que te imaginas para mostrar tus sentimientos. Más que Seb incluso. Yo sí lo noto, pero te conozco mejor de lo que

me conozco a mí misma.

—Ella me conoce. Joder, Vila, me conoce mejor que nadie. Me conoce mejor que tú.

—Ash, escúchate. No estás siendo razonable.

—Es que no sé por qué tiene que dudar de mí sobre eso. Es decir, entiendo que se haya enfadado y el porqué, pero ¿echarme de su vida por eso? ¿Por otra persona? ¿Por qué?

—Porque somos las personas a las que queremos. Te lo dije una vez, Ash. Estamos hechos de otras personas. Jude es parte de ella y tú le has hecho daño sin ningún motivo.

—¿Me estás diciendo que le importa más Jude que yo? —Asher le aparta el brazo con brusquedad.

Viola suspira.

—Te estoy diciendo que el amor se alimenta, y si le quitas aquello que lo alimenta, lo destruyes. No puedes quitarle a Jude y esperar que ella lo acepte. No cuando no tienes razón. Puede que te quiera, pero solo si la dejas ser libre. Y tú te estás imponiendo a ella.

—Eso no es verdad.

—Dime de nuevo por qué pasó esto, Ash. Dime por qué se fue.

—Por Jude.

—Qué más. —Él aparta la mirada—. Ash.

—Por ti —confiesa él—. No quería que te enteraras.

—Joder.

—Me arrancaría el corazón si con eso pudiera evitar que te enteraras. —Tiene los ojos rojos y unas profundas ojeras de no dormir.

—Y por eso me lo vas a contar tú. —Lo vuelve a agarrar del brazo, pero esta vez para tomarle la mano. Se acerca despacio y estira la mano libre para acariciarle la oreja—. Solo tú puedes hacerlo.

Asher cierra los ojos. Desde que era un crío se ha sentido mejor cada vez que ella lo acaricia de esa manera. Más calmado, más centrado, más Asher Hunt.

—Vila, no me pidas eso.

—No me voy a romper.

—Estás embarazada.

—Mi bebé tampoco lo hará —replica ella—. ¿Sabes? Nada puede ser peor de lo que ya imagino. Y joder, ya sabes la imaginación que tengo.

Asher la mira. Con intensidad. Con todo ese cariño que lleva dentro. Con miedo.

Viola le aprieta la mano con más fuerza.

—Es la única manera que tienes de demostrarle que no estoy ocupando su hueco. No puedes herirla a ella para protegerme a mí. No soy tu primera opción, aunque te sientas obligado a que lo sea.

—No me siento obligado.

—Mírate, Ash. Llevas días como un animal enjaulado. Te cabreas por todo, no duermes, no eres capaz de pisar tu casa. Te estás ahogando solo porque quieres protegerme cuando ella está en alguna parte enfadada y dolida pensando que no te importa. ¿Te parece bien?

Asher no contesta. Ha enrojecido y le brillan los ojos. Todo él es un amasijo de nervios.

—Ash, ¿te parece bien? —insiste.

—No, joder.

—Cuéntamelo.

Y lo hace. Claro que sí.

Rápido. Brusco. Sin medias tintas. Asher siempre ha sido así.

Viola se separa de él. Se toma un momento que dura años, y recuerdos, y sonrisas, y caricias, y promesas, y el calor de unos brazos en los que se sentía segura.

—Vila.

—Shhh. Solo necesito respirar. —Toma aire y lo deja escapar con lentitud.

Está a punto de quebrarse, pero no puede permitirse hacerlo. Todavía no. Ella no importa. Su dolor no importa. No importa el terremoto que atraviesa el suelo que pisa. No importa nada. Tal vez no pueda arreglar el mundo, pero sí puede ayudar a arreglar el mundo de las personas a las que quiere.

Viola acaba de despertarse en un mundo de fantasía. Un mundo horrible lleno de monstruos. Uno en el que George no es George. Es otra cosa. No le importa ese mundo, lo hará más tarde, lo hará cuando pueda llorar, cuando busque a la única persona a la que quiere abrazar y en la que quiere enterrar su dolor.

«Después, Viola».

—Estoy bien. Gracias, Ash. —Se seca las lágrimas que no recuerda haber derramado y se peina el pelo con los dedos—. Vamos.

Asher tarda unos segundos en seguirla.

—¿A dónde vas? ¿No vas a decirme nada?

—Ahora no. Hay algo más importante que tenemos que hacer.

Atraviesa la puerta de cristal que da al interior de la casa y se dirige a la entrada para calzarse. Él la observa, todavía confundido. No se mueve y no le quita ojo de encima.

—¿A dónde?

—¿A dónde va a ser? A buscar a tu mujer.

El horror en el rostro de su amigo le haría gracia si no se estuviera muriendo por dentro.

—No puedo.

—Claro que puedes. Muévete.

—Me va a mandar a la mierda otra vez.

Y entonces recuerda que Ava se había enfadado con él por Jude.

Es Jude en quien no puede dejar de pensar. Se acuerda de lo confusa que estaba cuando lo vio por primera vez. Lo mucho que se enfadó con él cuando se enteró de que mentía, cuando descubrió que conocía a George.

Jude Baker llegó con todo el amor que lleva dentro y se encargó de recomponer los pedazos de una familia rota, hizo lo posible por meterse en sus vidas y se trajo a Henry con él.

Henry y Jude Baker. Su familia.

Dios. ¿Qué broma es esta?

—Pues lo sigues intentando hasta que deje de hacerlo. ¿O es que prefieres quedarte en la mierda?

—No, pero es que…

—Es que nada. —Termina de ponerse los zapatos cómodos, coge el bolso del perchero y lo mira desde la entrada—. El miedo siempre te puede, Ash. Ya no eres un niño asustado. Ya ni siquiera eres un niño, pero sigues teniendo miedo. ¿De qué tienes miedo?

—No la quiero perder. Ya estoy perdido en ella, ¿sabes? En las dos. Si las pierdo me pierdo. No soy yo si no están conmigo.

—Eso ya lo sé. ¿De qué tienes miedo? —insiste.

—El bebé.

El bebé, claro. Nunca se ha tratado de Jude, ni siquiera de ella. Todo esto es Asher y sus puñeteros miedos. Asher pensando a toda máquina en cosas que todavía no han sucedido, Asher y todas sus probabilidades. De que pase algo, de no estar a la altura, de que no pase nada. Asher pensando en todo. Asher pensando.

—¿Qué pasa con el bebé?

—No quiero que algún día me vea como yo veo a mi padre. Que se avergüence de mí.

—Ash.

—No quiero ser un padre de mierda.

—Pero tú ya eres padre. Lo fuiste con Eric. Lo has sido con Alex durante diez años. No eres primerizo. Eres un padrazo. ¿Hay diferencia entre el bebé y Alex? ¿Es porque lleva tu sangre? ¿Piensas que Alex es menos hija tuya?

Asher la mira como si lo hubiese insultado de la peor de las maneras.

—Claro que no, joder. Alex me llama papá. Soy su padre.

—¿Entonces? —insiste—. ¿De qué tienes miedo?

—De haberla cagado de verdad con ella. —Resopla, frustrado, y hace ademán de volver a morderse el antebrazo. Pero en el último momento se mira la marca y algo le impide hacerlo—. ¿Y si no me perdona? ¿Y si ya la he perdido?

—¿La quieres? —pregunta con paciencia.

—Querer no es la palabra, Vila. Soy incapaz de imaginar la vida sin ella.

—Entonces aún tienes una oportunidad. Agárrala y vamos a buscarla.



Su amigo tarda en salir del coche, pero avanza rápido una vez que ella le aprieta la mano, y se aleja para cruzar el pequeño parterre que delimita la entrada de la casa de Lara.

Desde el coche, Viola comprueba que es Alex quien abre la puerta. A él se le descompone el rostro al ver a su hija y enseguida la tiene entre sus brazos. Viola empieza a llorar. Y sigue llorando cuando la niña entra y sale Ava, que cierra tras de sí y se cruza de brazos de un modo protector. Está de quince semanas y ya se le nota un poco el embarazo. Asher también piensa en eso, porque lo ve desviar los ojos hacia esa parte de su anatomía.

Luego se pone nervioso, y empieza a hablar y a caminar por delante de ella. Contempla cómo se muerde el antebrazo y también advierte que Ava lo detiene, como hizo ella un rato antes.

Es como ver una película muda. Viola solo puede interpretar. Por la cara de Ava, cree que la cosa marcha bien; espera que lo haga.

Se queda ahí el tiempo suficiente para viajar por su pasado mientras observa a su mejor amigo ponerse de rodillas para besar el vientre de su mujer. Distingue entre la oscuridad que le tiemblan los hombros y cómo ella le acaricia la cabeza.

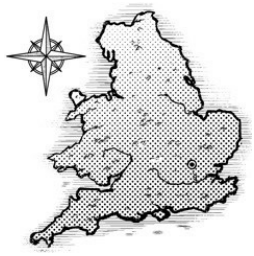
Viola piensa que el pasado es como una película que pierde color, incluso un poco de luz. No distingues lugares, las personas a las que quieres son apenas una silueta de lo que son ahora. Todo está borroso salvo los sentimientos que no encajan con la imagen que tienes delante. El Asher Hunt que fue su pareja no tiene nada que ver con el Asher Hunt que es pareja de Ava. Descubrirlo le provoca cierta sensación de paz; significa que ha aprendido de sus errores.

Viola pensaba que George podía volar, pero en realidad solo podía caer. Lo peor no era que

cayera, sino las personas que intentó llevarse con él. Y es extraño, porque a diferencia de sus recuerdos con Asher, los de George todavía se mantienen a color. Quizá la muerte tiene ese efecto en los recuerdos. Quizá.

CAPÍTULO 44

SEBASTIAN



ANTES

Había un mapa de fotografías desperdigadas por el suelo, con sus manzanas y callejones que se desviaban de un lado a otro. Calles solitarias llenas de gente que nunca se conocería. Y él estaba en medio, sentado con las piernas cruzadas, observando las fotos que había dentro de la cámara.

Sebastian sintió un picor en los dedos, esa punzada de emoción ante la idea de dar vida a un momento. También sintió un miedo irracional.

—Pareces un punto en un mapa.

George levantó la vista para mirarlo.

—¿Sabrías llegar hasta a mí?

—Encontraría la manera.

—¿Lo harías?

—Pues claro. Todos los caminos llevan a ti.

Era lo que siempre había sentido, que todos los caminos llegaban a él.

—¿Y querrías hacerlo?

—¿Qué quieres decir?

George le señaló un hueco a su lado.

—Ven.

Sebastian fue hasta donde estaba. Sorteó fotos y se sentó con cuidado de no pisarlas. Su amigo le pasó dos fotografías, ambas de ellos. Una era de hacía años, en el Petersfield Heath, el parque al que solían ir con sus padres y sus amigos a pasar los domingos. Jugaban a un juego de mesa, sentados uno al lado del otro. Sus piernas se rozaban y Sebastian se inclinaba hacia él con una sonrisa y le señalaba algo en el tablero situado sobre la colcha. La segunda foto era en el mismo sitio, hacía tan solo un año. También jugaban, pero había distancia entre ellos. Sebastian lo miraba con gesto serio y George era el que sonreía, una sonrisa fría y una expresión aún más gélida.

—¿Ves la diferencia? —George le clava la vista—. ¿Cuándo dejaste de sonreír cuando me miras?

—No he dejado de hacerlo —repuso, pero ni él mismo se creyó sus palabras.

—¿No te has fijado? Llevo un tiempo pensando en cuándo fue.

—¿De qué hablas?

—El día en que dejamos de ser amigos, Seb. ¿Fue cuando te diste cuenta de que te la ponía dura? ¿Cuando supiste que eras gay? ¿Cuando me besaste? ¿Cuándo fue?

—Somos amigos —replicó Sebastian—. No hemos dejado de serlo.

—No. Ya no. —La voz de George sonó amarga—. Ese día dejaste de sonreírme. Lo cambió todo.

—No digas gilipolleces. No ha cambiado nada.

George le hizo un gesto hacia las fotos desperdigadas en el suelo.

—Busca alguna de los últimos años donde aparezcas sonriéndome. —Le pasó la cámara, cosa que no hacía nunca por voluntad propia—. Solo una. A lo mejor tienes más suerte que yo.

Sebastian compuso un gesto de incredulidad. Estudió las fotos, primero de forma distraída y más detenidamente en cuanto se dio cuenta de la verdad que su amigo acababa de decirle. Tenía las pruebas allí, derramadas sobre el suelo.

Levantó la vista.

—No hay, Seb. Simplemente dejaste de ser mi amigo.

—No es verdad. —Se negaba a aceptarlo.

—Sí lo es. Follamos y todo se jodió, nunca mejor dicho. —George soltó una risotada.

Sebastian, que seguía buscando donde no había nada que encontrar, reparó en la foto de un chico rubio de espaldas que tocaba el piano.

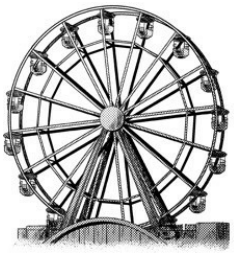
—¿Quién es?

George siguió la vista hacia donde le indicaba. Se encogió de hombros.

—Un accidente.

CAPÍTULO 45

VIOLA



Localiza a Sebastian en su habitación, terminando de vestirse tras haberse dado una ducha. Ha perdido algo de peso después de haberse pasado dos días sin probar bocado, pero verlo en pie, saludable, la llena de una sensación de bienestar inexplicable.

Nada más verle la cara, su hermano intuye que ocurre algo. Qué bien la conoce.

—Pensaba buscarlo para darle un abrazo, pero creo que no es el momento. Me gustaría tratarlo como él me ha tratado siempre —farfulla Viola con la voz rota—. Además, no quería que me viera así. No quiero que nadie me vea así, solo tú. ¿Me das un abrazo?

El rostro de Sebastian enrojece al comprender que lo sabe. Aprieta la mandíbula un momento antes de salvar la distancia que los separa para envolverla en la calidez de sus brazos.

Su hermano es más grande que ella, sus brazos más cálidos, su corazón un misterio que ha conseguido revelar con el tiempo. Su niño perdido. Su pequeño superviviente.

—Te quiero mucho, Seb. ¿Te lo he dicho alguna vez? —le dice un rato después, cuando consigue calmarse.

Se hallan tumbados sobre el colchón, ambos de lado, frente a frente. La cara de Viola todavía es un río de lágrimas. Su hermano le pellizca la nariz roja en un gesto cariñoso.

—Me ha costado horrores no ir a verlo a él primero.

—Bueno, ya sabes lo que pasaría. Probablemente te diría alguna tontería de las suyas que haría que te echaras a reír.

—¿Cómo puede ser tan bueno? Yo sería un bicho si me pasara algo así.

—Tú ya eres un bicho —replica Sebastian con una media sonrisa.

—Estaría cabreadísima con el mundo. No habría venido hasta aquí, rodeada de gente que solo habla bien de él. Joder, Seb. —Resopla. Le resulta complicado aceptar todo eso—. ¿Por qué no nos odia a todos? Yo lo haría.

—Hay personas que no tienen explicación. Están hechas de otra pasta. Jude no se puede explicar. Lo sientes tal y como es, con el alma, si es que existe tal cosa. —Le limpia un rastro de lágrimas con el pulgar—. Jude me hace creer que existe algo como el alma.

Viola se lo queda mirando. Los sentimientos de su hermano por Jude siempre le han parecido dolorosos. Le dolía ver cómo se anulaba a sí mismo negándose a Jude.

—Es la primera vez que te escucho llamarlo así.

—Me daba vergüenza.

—¿Vergüenza?

—Es que creía que se me notaría un huevo.

—¿El qué?

—Todo lo que siento por él.

—Oh, Seb. ¿Cuánto hacía que te sentías así?

Él aparta la mano.

—Desde que le hice el puñetero dibujo del muñeco de nieve. Antes, quizá. No lo sé. Cuando se lo di y me miró. Lo sentí. —Traga saliva, la barbilla le tiembla.

Viola recuerda ese instante. La manera en ambos se miraron cuando Sebastian le dio el regalo. Eso también fue doloroso de ver. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Once años?

—¿Qué te hizo dar el paso?

—La verdad.

—Pero tú ya sabías que había pasado algo así. Los dos sabíamos que Georgie le había hecho algo, aunque no supiéramos el qué. Y aun así te negabas a estar con él. No puede ser solo por eso.

—Fue algo que me dijo Lara. Me puse a pensar en cómo sería mi vida sin él. Ya lo había pensado muchas veces. Con la noticia de la boda lo había asimilado. Pero era Lara. Podía aceptarla a ella, él se la merecía. Pero imaginarme perderlo otra vez después de lo que me dijo en la iglesia, sabiendo lo que lleva sintiendo por mí todos estos años… —Se ríe con amargura—. Sabía que sentía algo, siempre estaba coqueteando conmigo. Había tensión entre nosotros. No estoy ciego ni estoy hecho de piedra. —Menea la cabeza—. Ni por un momento se me ocurrió que lo que sentía se acercara a lo que sentía yo por él. Si hubiese sabido que lo estaba pasando mal… Nunca quise hacerle daño. Siempre he pensado que sería más feliz sin mí, lejos de cualquier cosa que pudiera recordarle a él. Con Lara estaría lejos de George. No podría alcanzarlo.

—¿Y tú qué?

—¿Qué más da? Me bastaba con que él fuera feliz. Pero no me vale si va a seguir sufriendo. Prefiero que sufra conmigo a que lo haga solo. ¿Crees que soy egoísta?

—¿Le dijiste todo esto?

—Hay mil formas de decir las cosas. Yo prefiero demostrarlas. Creo que se lo he demostrado, Vila. Lo espero de veras, aunque no estoy seguro de que lo haya captado del todo.

—¿Fue por todo esto por lo que discutisteis?

—Se enteró de que lo sabía y no le había dicho nada.

Viola guarda silencio.

—A veces me da miedo tocarlo. Me da miedo que se vaya. Me da miedo todo con él. Es absurdo. —Se le escapa una risa amarga.

—El amor es absurdo, hermanito. Te lo digo yo. Míranos a Henry y a mí. ¿En qué universo podríamos encajar? En el nuestro, evidentemente. Desde el principio me gustó casi todo de él, incluso lo que menos me gustaba. ¿Qué es lo que menos te gusta de Jude?

—Su tristeza, supongo. Me gustaría poder quitársela.

—Bueno, eso tiene solución. A lo mejor no se la puedes quitar, pero puedes ayudarlo a cargar con ella.

Sebastian la estudia con los ojos entrecerrados.

—El hecho de saber que vas a ser madre te ha vuelto aún más mamá osa. No quiero imaginar cuando nazca el bebé. No habrá quién te aguante.

—Ja, ja. Muy gracioso. Seré todo lo mamá osa que pienses y más. Pero ¿sabes qué? Soy menos cabezota que tú, y menos controladora también. —Se le escapa una sonrisa traviesa.

—¿A qué viene esa sonrisa?

—Estoy pensando en ti y en Jude el día que os caséis. Espero ser la madrina.

—No corras tanto.

—Si esperáis un poco a que los niños crezcan, podrán llevar los anillos.

—Vila.

—No os imagino de traje y corbata.

—No iremos de traje y corbata. Bueno —se corrige—, al menos yo no me pienso poner una corbata. No me importaría que Jude lo hiciera, la verdad.

—Oh, Dios. ¿Eso es un fetiche?

—Calla, que soy tu hermano.

—Por eso mismo. Esas cosas me las tienes que contar. ¿Ya habéis follado?

—Vila, joder. —Se tumba boca arriba para clavar la vista en el techo.

Ella se arrima más a él, no piensa cambiar de tema ni de broma.

—Venga, dímelo. Soy tu hermana. Necesito saber.

—Sí.

¿Sí? No puede creer que haya sido tan fácil.

—¿Sí? ¿En serio? ¿Y quién de los dos…?

—Viola.

—Lo normal sería que le dierais a todo. Odio esa estupidez que tenéis los hombres de pensar que sois menos hombres si os follan.

—¿Te puedes cortar un poco? ¿Un poquito de nada?

—No. Dímelo.

—Yo no pienso eso, pero me gusta ser activo. Siempre lo he sido. Es como más disfruto. —La mira a los ojos—. Tú disfrutas dominando, ¿no es así?

—Sí.

—Pues es algo parecido. No es que piense que soy menos hombre ni mucho menos. Solo me gusta tener el control.

—Joder, hasta en eso nos parecemos.

—No había probado a ser pasivo hasta ahora.

Viola se lo queda mirando.

—¿Con Jude?

—Sí.

—¿En serio?

—Que sí, pesada.

—¿Y?

Él le dedica una sonrisa torcida.

—La llevas clara si crees que te voy a contar los detalles.

—Con esa sonrisita es suficiente. —Le clava el dedo en la mejilla—. ¿Y a él? ¿Le gustó?

Él lo aparta de un manotazo.

—Pues espero que sí. Creo que sí.

—¿Él también prefiere ser activo?

—Pues no. —Sebastian arruga el ceño.

Viola advierte que se está muriendo de la vergüenza. Su hermano es tan hermético que de verdad no sabe a quién salió de la familia, cuando todos han sido siempre abiertos respecto al sexo y a cualquier otro tema.

—Suenas sorprendido.

—Es que… anoche se lo hice yo por primera vez.

—¿En serio? ¿Anoche? ¿Y el resto del tiempo has sido tú el pasivo? —pregunta, boquiabierta—. Déjalo, no respondas. Mejor dime cómo fue ayer. ¿Le gustó? ¿Te portaste bien con él?

Sebastian la mira con un gesto de reproche.

—Claro que me porté bien. ¿Quién te crees que soy? Además, se quejó porque fui muy cuidadoso. ¿Te lo puedes creer?

Viola se echa a reír.

—Típico de Jude Baker.

—Nunca había estado con nadie después de lo que le pasó. No dejaba de pensar en qué pasaría si se acordaba o si le hacía daño.

—Oh, Seb. Pero qué idiota eres.

—Solo intento no cagarla. Quiero protegerlo de cualquier cosa que pueda hacerle daño. Llámame idiota si quieres.

Viola se incorpora. Se sienta con las piernas cruzadas.

—¿Por eso te dejaste follar? ¿Por lo que pasó?

Su hermano compone una mueca de desagrado.

—Claro que no.

—Es que conociéndote me da la impresión de que nunca lo habrías hecho así si Jude no hubiese pasado por lo que pasó. ¿No lo hablaste con él? ¿No le preguntaste? ¿Le dijiste cómo te sentías al menos?

—Él haría cualquier cosa que me hiciera feliz, así que su opinión no cuenta.

—Claro que cuenta. Una relación es cosa de dos, Seb.

—Quería hacerlo —replica—. Fue el mejor sexo de mi vida. Jamás me había sentido así. Querido, cuidado. No te lo puedo explicar.

—No hace falta que lo hagas. —Le dedica una mirada cómplice—. ¿Cómo era con él?

Sebastian suelta un gruñido.

—De eso sí que no voy a hablar contigo. —El gesto de preocupación en el rostro de su hermano es más que evidente. A ella no le da tiempo de preguntar cuando este explica—: Lydia lo sabe. Fui a contarle que estaba con Jude, se lo debía. Todavía no me explico cómo consiguió sonsacármelo.

—No pasa nada. Es su madre.

—Por fin me sentí libre, ¿sabes? Lo que tuve con él no se parece en nada a lo que tengo con Jude.

—Me gusta.

—¿El qué?

—Cómo suena su nombre en tus labios.

—Creo que a él también le gusta. —La sonrisa que dibujan sus labios revela todo lo que siente, todo lo que se ha guardado.

—Seb, todavía no te has dado cuenta de qué va todo esto. —Esboza una sonrisa llena de ternura—. Jude nunca ha necesitado que lo salven. Él se hizo a sí mismo hace mucho tiempo. Y puede que lo pasara mal, que le costara superarlo, pero salió adelante. Sin nadie más que su voluntad y esas ganas locas que tiene de vivir y querer. Eras tú quien necesitaba que lo salvaran; de Georgie, de lo que eras cuando estabas con él y, sobre todo, de ti mismo. Siempre has sido tú,

Seb. Siempre. —Se le llenan los ojos de lágrimas—. He estado tan ciega... Los dos lo hemos estado.

—No tienes que odiarlo.

—Lo sé. —Curva los labios en una sonrisa franca—. Has hecho bien en borrar *Barnard*.

—Lo sé.



Viola odia las mentiras, los secretos. Con toda su alma. Y porque los odia es incapaz de mantenerse callada con Henry. Es su pareja, el padre del bebé que lleva dentro, su familia. Y Jude es su hermano.

Esa misma noche, una vez tumbados en la cama, Viola le acaricia el pelo y lo mira como si todo empezara y acabara en él.

Henry advierte que algo va mal. Todo él se pone en alerta, aunque su cuerpo no se mueva.

—Henry, tengo que contarte algo. —Solo con verle la cara ya se le saltan las lágrimas por todo el daño que no puede evitarle—. Es algo horrible que te va a doler, pero no soy de las que se guardan las cosas. Necesito que te quedes conmigo, ¿vale?

—Me estás asustando.

—Quédate conmigo, ¿sí?

—Siempre, Viola. —Él le acaricia la mejilla—. Siempre me quedaré contigo.

Y entonces se lo cuenta. Henry escucha el relato con el rostro encendido, el cuello encendido y su corazón igual de encendido.

—Tengo que ir —resuelve al tiempo que se incorpora.

Viola lo detiene sujetándolo de una mano. Se sienta junto a él al borde del colchón.

—¿Ir a dónde?

—A verlo. Tengo que hablar con él.

—¿Para qué? —La expresión de Henry es de pura confusión, un caos nada propio de él—. ¿Qué vas a decirle? ¿Que lo sientes? ¿Crees que es buena idea decirle que lo sientes?

—Pero tengo que verlo.

—Yo también pensé en ir a verlo. Lo único que quería era abrazarlo fuerte y decirle que siempre estaría con él, agradecerle que me quisiera tanto, recordarle que yo también lo quiero. Darle las gracias por todo. ¿Lo he hecho alguna vez? —Se sorbe los mocos—. Y sí, también quise decirle que lo sentía. Pero ¿qué siento? No puedo sentir nada. Él no necesita que lo compadezcan.

Las mejillas de su chico enrojecen todavía más. Odia ver esa expresión angustiada en la cara de Henry.

—No lo compadezco. Es mi hermano, podría haber hablado conmigo. Dios. —Henry se pasa una mano por el pelo, despeinándose el remolino como hace siempre que está frustrado o le inquieta cualquier cosa.

Viola lo toma de la barbilla.

—Henry, no puedes decirle que lo sientes ni hacerlo sentir como una víctima. Ya no es una víctima, es un superviviente. Ya no es un niño. Es un hombre fuerte que te quiere y probablemente no te dijo nada para que no te sientas como te estás sintiendo ahora mismo, como

si quisieras salvarlo. No lo necesita. Ya está a salvo. Se ha salvado solo.

—Pero tengo que decirle que lo sé.

—Hazlo cuando puedas mirarlo a los ojos y decirle lo orgulloso que estás de que se haya peleado con la vida y le haya ganado. Eso será suficiente.

—Es un superviviente —repite las palabras de Viola.

—Exacto.

—¿Y tú? —pregunta Henry, todavía lleno de preocupación.

—¿Yo qué?

—¿Estás bien? ¿Por qué te lo contaron ahora? Podría haberte pasado cualquier cosa por el disgusto.

—Era peor la alternativa. —Al ver que Henry le dedica una mirada inquisitiva, añade—: Seguir ciega.

CAPÍTULO 46

JUDE



Todavía sigue en el aula cuando recibe un mensaje de Sebastian.

Seb: ¿Me avisas cuando estés yendo a casa?

Jude: ¿Te quedas esta noche también?

Jude: Lo sabía. Soy adictivo.

Seb: No seas idiota, no es por eso.

Jude: ¿Vienes a seguir leyendo el diario?

Seb: Eso también.

Jude: Me estás poniendo nervioso, Cup. Dime qué pasa.

Seb: ¿Has hablado con Ava?

Jude: Me escribió esta mañana.

Seb: A estas alturas ya habrá hecho las paces con Ash.

Jude: ¿En serio? ¿Por fin le echó huevos?

Seb: No fue iniciativa propia.

Jude: ¿Entonces?

Seb: Vila.

Jude: Pues claro. ¿Es que no puede hacer nada por sí mismo? Ava se va a mosquear.

Seb: Por lo que me contó mi hermana, esta vez estaba decidido a explicarle cómo se siente. Espero que lo hayan arreglado.

Jude: Yo también. Se me parte el corazón al ver a Lex tan triste.

Seb: No quiero que te pongas nervioso ni le des muchas vueltas, ¿vale?

Jude: ¿Por qué siempre hay un «pero»? No quiero saberlo, Cup. Te puedes quedar con toda la información. Ni siquiera quiero que vengas a casa. No me importa el sexo alucinante.

Seb: Baker.

Jude: Me haré una paja igual de alucinante pensando en ese sexo alucinante y en ti empotrándome de verdad. Quiero decir, no empotrándome a medias.

Seb: Se le llama hacer el amor, idiota.

Jude: Jamás pensé que usarías esa frase.

Seb: ¿Qué tiene de malo?

Jude: Suena cursi.

Seb: Lo dice el que tiene un caracol del orgullo como mascota.

Jude: Técnicamente no es del orgullo, pero estoy orgulloso de que lo sea.

Seb: Vila lo sabe.

Jude: Pues qué bien.

Seb: Se lo dijo Asher.

Jude: Eso está mejor que bien. Quizá Ava lo perdone y todo.

Seb: No te quiere agobiar ni nada, no te va a sacar el tema. No te preocupes por eso.

Jude: ¿Cómo está?

Seb ¿Cómo estás tú?

Jude: No lo sé. Me siento un poco desnudo. No es muy agradable.

Seb: Lo siento.

Jude: No es culpa tuya.

Seb: Tendría que haberte preguntado hace mucho.

Jude: Podríamos haber hecho muchas cosas hace mucho, pero es ahora cuando las podemos hacer bien. No voy a deprimirme por lo que hemos perdido, me alegro por lo que tenemos.

Seb: Siempre encuentras las palabras perfectas.

Jude: Dime cómo está V. Ahora me siento fatal.

Seb: Ella está bien. Estará mejor cuando le des un abrazo.

Jude: Le daré muchos abrazos.

Seb: ¿Puedo ir a tu casa?

Jude: Puedes. Ya he llegado, me ducho y me pongo a tocar un rato el piano. Te dejo la llave donde siempre.

Seb: Hasta ahora.



Jude lleva un rato inmerso en el piano. Toca *Orfeo ed Euridice*, de la ópera de Gluck. Se pierde en la trágica historia de amor a fin de no fijarse en los movimientos de Sebastian, sentado en el sofá mientras termina de desnudar cada resquicio de él entre las páginas del diario. Se le saltan las lágrimas al meterse dentro de esa melodía triste en re menor que habla del amor que proporciona consuelo, del milagro de la música, que te cuenta una historia cuya nota final puede ser triste, pero a la que puedes otorgar esperanza. La música no deja de ser una mezcla de entrega, sensaciones y magia; te hace sonreír incluso cuando solo quieres ovillarte en el suelo y llorar.

Cuando acaba de tocar permanece en la misma posición, con las manos aún sobre las teclas del piano. Negro y blanco.

—¿Sabías que Gluck fue profesor de María Antonieta? Reformó la ópera en su tiempo. *Orfeo ed Euridice* es una ópera preciosa. Fui a verla una vez. No es más que el mito de Orfeo. Te habla del amor de Orfeo y Eurídice, desde su boda hasta la muerte de ella y cómo Orfeo baja al infierno a buscarla sin saber si la va a encontrar. Su canto logra conmover a Perséfone, que convence a Hades para que deje ir a Eurídice. Él acepta con la condición de que Orfeo no la mire hasta que alcancen la luz del sol. Imaginas lo que hace Orfeo, ¿no?

—¿Meter la pata? Es lo que hacemos siempre por amor.

Jude se gira en la silla. Sebastian ha dejado el diario en la mesa de centro.

—Te aburro, ¿verdad?

—Para nada. Siempre me ha gustado escucharte hablar de música. Me parece increíble lo que haces.

—Bueno, a mí me parece más increíble lo que haces tú.

—Son solo dibujos. Tú dibujas melodías. Es mucho más difícil.

—Venga ya. Tú consigues que un recuerdo cobre vida. Haces inmortales a las personas, Seb. Eso hiciste con *Barnard*.

Sebastian aprieta la mandíbula ante la mención de *Barnard*. Jude siente que pierde la conexión con él. Vuelven los nervios, la inseguridad, las dudas. Vuelve *él*.

—Solo quiero inmortalizarte a ti, Baker. Llevo años haciendo eso, por si no te habías dado cuenta.

Claro que se ha dado cuenta. Sebastian no ha dejado de dibujarlo. Se traga el nudo que se le forma en la garganta.

—¿Lo has terminado de leer?

—Sí.

—¿No vas a decir nada?

—¿Quieres que diga algo? —Jude se encoge de hombros—. Siento un orgullo inmenso por la persona que eres.

—No es para tanto.

—Yo creo que sí —replica Sebastian. Apoya los codos en las rodillas y se inclina hacia delante—. No han conseguido romperte. Tenía tanto miedo... No sabía qué hacer, cómo ayudarte. Me habría roto yo si con eso te hubiese curado de tus heridas. Pero nunca hizo falta. Te curaste solo. No solo eso, me sacaste de mi encierro y salvaste a mi familia.

—Seb, para. Me vas a hacer llorar.

—Lo raro sería que no lo hicieras. —Esboza una sonrisa tierna—. Es lo que siento. Cuando irrumpiste en mi vida me cabreé, pensé que eras un pirado, y me jodía que lo hubieras conocido. Estaba tan enfadado en aquella época… —Inspira por la nariz y deja escapar el aire despacio—. Pero te conocí. Me hacías reír y me sacabas de quicio. Los años pasaron y solo podía esperar que ella te diera lo que yo no merecía. Eres demasiado bueno para mí, Jude. Calla, déjame acabar —ordena cuando él hace ademán de replicar. Siente cómo le brotan mariposas de dentro cada vez que lo escucha decir su nombre—. Aun con todo, no pienso soltarte nunca si no quieres que lo haga.

—No quiero.

—Bien. ¿Puedes venir aquí? —Le señala el hueco a su lado en el sofá—. Estaría bien poder sentirte mientras hablamos.

Jude traga saliva, aún con el corazón en un puño. Se levanta para dirigirse al sofá y sentarse junto a él. Sebastian se pone de lado y se acerca para besarle la mejilla.

—¿Me perdonarás algún día? —le pregunta Jude.

—¿Por qué tendría que perdonarte?

—Por las mentiras.

—Venga ya.

—Fueron muchas, Seb. A veces no distinguía realidad de mentira. Pero ahí —señala el diario — creo que era todo verdad.

—Me da igual lo que sea. Eres tú. Es tu voz.

—Lo siento.

—¿Por qué cojones lo sientes tú?

—Porque sé que te ha dolido. A veces deseo no haberlo conocido nunca, pero luego te veo y dejo de pensarlo. No quiero no sentir lo que siento, Seb.

—Bien, porque yo necesito que lo hagas.



Un rato después, se encuentran acostados en la cama, mucho más cómoda para alguien del tamaño de su amigo, sin ningún otro sonido más que el palpitar rítmico de sus corazones y sus respiraciones acompasadas. Estar así con él es lo más maravilloso del mundo.

—¿Vas a llorar? —le pregunta Sebastian.

—No, tonto. Ya no.

—Bien.

—Me apetece follar, Cup. —Sebastian gira el rostro para mirarlo—. ¿Qué? ¿A ti no?

—No es eso, es que no me acostumbro a que lo sueltes así, como quien dice que quiere un helado.

—No me apetece un helado, me apetece follar. —Jude también gira el rostro para mirarlo. Con una media sonrisa, le ordena—: Quítate la ropa y ponte boca abajo. —Sebastian arquea las cejas—. No me mires así. Quiero enseñarte una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Huelo a miedo?

—Es más bien desconfianza.

—¿Desconfías de mí? Soy un lindo corderito.

—Un corderito idiota.

—Date la vuelta, Cup. Quiero hacértelo yo. ¿Puedo?

—¿Y si te digo que no?

—Pues me hago una paja.

—Eres lo peor —musita Sebastian, que observa cómo Jude dirige la mano a su entrepierna y empieza a tocarse—. Para, joder. —Le aparta la mano.

Jude observa cómo se desnuda, embelesado. Nunca se cansará de mirar su cuerpo.

Sebastian no tarda nada en quitarse la ropa, y eso que tiene mucha.

—Todo tuyo. —Se sitúa de espaldas con el culo bien visible y la cabeza apoyada en los brazos flexionados.

A Jude se le hace la boca agua.

—Tienes un culo increíble, Cup.

—Calla, Baker.

—El que se va a callar eres tú cuando te haga lo que tengo pensado.

Nota cómo los músculos del culo de su amigo se tensan. Jude sonríe. Se acerca para besarlo en la nuca y luego se va a por el aceite de almendras.

Lo siguiente que hace es embadurnarle la espalda, los brazos, el culo y las piernas con el aceite.

—¿Me vas a dar un masaje?

—¿Tienes algo en contra de los masajes?

—Para nada.

—Bien. Te voy a dejar como nuevo.

Jude se emplea a fondo. Durante años, no solo ha observado trabajar a su hermano y ha dejado que practique con él. También insistió en que le enseñara lo suficiente como para hacer un trabajo decente. No es Henry, no se dedica a eso, pero es bueno con las manos y en apenas unos minutos tiene a Sebastian totalmente relajado debajo de él. Adiós a la tensión que mostró cuando se dio la vuelta, adiós a cualquier pensamiento. Le trabaja los hombros y la espalda, y sigue con los brazos y piernas para terminar con un masaje de pies que consigue que Sebastian emita unos ruidos supersexis.

Jude sonríe, satisfecho. Ya lo tiene. Se coloca sobre él, con las piernas abiertas a los lados, y le susurra al oído mientras se frota contra su culo.

—¿Preparado para la mejor parte?

—¿Hay más? —Sebastian jadea al sentirlo duro contra él.

—Eso era un preludio. —Le da un besito en la mejilla y se incorpora.

Se hace con un par de cojines que coloca debajo de su amigo, a la altura del abdomen, y le embadurna de aceite el culo para empezar el verdadero masaje.

Jude ha visto a Sebastian así antes. Lo ha tenido debajo de él, ha apreciado la impaciencia de su deseo. Pero quizá por el masaje, por todos los preliminares, nunca lo había sentido tan receptivo, tan ansioso. No deja de moverse contra los cojines, frotar la erección o buscar el contacto con sus manos moviendo las caderas hacia atrás. Es un Sebastian desinhibido, excitado.

—Baker —musita cuando este se echa un poco más de aceite y empieza a untarle entre las nalgas, pasa de largo por su entrada y baja hacia las ingles y los testículos. Sebastian se vuelve loco—. Baker. —La súplica impresa en su voz lo pone a mil.

—Sí —le contesta él antes de darle lo que le pide.

Con las manos lo suficientemente resbaladizas, Jude lleva el índice hacia su entrada y comienza a masajear. Presiona hasta que penetra en Sebastian y este se mece con cada movimiento. Jude introduce un segundo dedo. Se toma su tiempo para buscarle la próstata; sus movimientos son lánguidos pero firmes. El cuerpo de Sebastian se envara, se estremece y enseguida va en su busca. El sonido de su respiración pesada se mezcla con el del chasquido de las penetraciones de los dedos embadurnados de aceite de Jude. Unos cuantos movimientos más y consigue rozarle la próstata, momento en el que Sebastian se aferra a las sábanas y emite un gemido gutural con la frente pegada al colchón.

—Baker, por favor.

Jude se incorpora. Lo muerde en la nuca.

—La palabra mágica, Seb. —Se frota contra su culo, deslizando su erección en la suavidad de su curva impregnada de aceite.

—Jude, joder.

—Así me gusta. —Le da un besito en la mejilla y se inclina para coger un condón de la mesita de noche, así como el paquete de toallas húmedas.

Con cuidado, le limpia la zona de la entrada. Sebastian se gira hacia él.

—¿Qué haces?

—Ahora lo verás.

—No deberías quitarlo. Con el aceite entrará mejor.

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer, Cup? —inquiere dándole un mordisco en la nalga.

—Dios, Baker. Me estás matando. Hazlo de una vez.

—No te he preparado bien.

—Estaré bien. Solo necesito que me la metas.

—Sí. —De nuevo, le abre las nalgas.

—Sí ahora. —El tono de Sebastian es exigente y controlador. Jude no le hace caso. Ahora manda él, vaya que sí.

—Ahora te callas, Cup. —Y nada más decirlo, sustituye las manos por su boca.

A Jude le encantaría poder grabar a Sebastian en ese momento. Su grito de sorpresa, cada temblor, cada gemido que sale de su garganta, cada súplica mientras él lame y empuja con la lengua, poniendo especial atención en aquellos puntos donde parece que su amigo se pierde del todo. Va introduciendo los dedos y sustituyéndolos por la lengua una y otra vez, despacio y rápido, despacio y rápido.

—Jude —murmura entre gemidos suplicantes—. Quiero correrme contigo dentro. No voy a durar mucho más.

Jude se aparta. Incluso él se halla al borde del orgasmo solo por el placer que le ha proporcionado. Deja caer aceite en la mano y le unta el culo tanto dentro como fuera. Tiene que concentrarse para no volverse loco con los sonidos de anticipación que emite Sebastian. Se pone el condón y se posiciona sobre él, rodeándole la zona de la pelvis con un brazo para alzarle el culo.

—Presta atención, Seb. Cuando te pido que me empotres me refiero exactamente a esto —le susurra al oído mientras dirige la polla a su entrada y se hunde en él de una sola embestida.

Sebastian ahoga un grito de sorpresa, con la frente pegada al colchón. Jude le muerde la nuca mientras espera unos segundos a que se acostumbre. A pesar del aceite, está tan apretado que

nota los músculos contrayéndose en torno a él de una manera mortificante. Se mueve porque siente que si no lo hace va a correrse sin haber siquiera empezado, y entonces Sebastian jadea y es la señal que necesita para perderse en él. La saca entera para un momento después volver a hundirse en su interior. Lo penetra hasta alcanzar un ritmo constante e implacable. Se lo hace tal y como le gustaría que Sebastian se lo hiciera a él, rápido y profundo, poniendo atención a la manera en que se retuerce y levanta el culo para recibirlo más profundamente, con una mano alrededor de su polla, pero sin llegar a moverla, dejando que sea Sebastian quien busque la fricción con sus propios movimientos.

—Jude —balbucea—. Voy a… Joder, sí. Oh, Dios.

Sebastian se corre en su mano mientras él continúa concentrado en mantenerse en esa ola de locura a la que acaba de subirse. Lo sigue tras un par de embestidas, jadeando contra su nuca y apoyándose en un brazo para no desplomarse sobre él. No deja de acariciarle la polla ni de moverse, alargando el orgasmo de ambos hasta el último de los espasmos.

Después, se inclina hacia él para besarlo con cariño. Le besa la cara y el cuello, y se abraza a su espalda queriendo decirle todo lo que lleva dentro.

—¿Estás bien?

—Estaría mejor si la sacaras y me dejaras darme la vuelta.

—Oh, perdón.

Sale de él con cuidado, le hace un nudo al condón y lo deja en un pañuelo sobre la mesita. Alcanza más pañuelos y limpia a Sebastian cuando este se da la vuelta.

En ello está cuando Sebastian lo agarra de la cintura para acostarlo pegado a su cuerpo. Se pone de lado para mirarlo a los ojos. Jude hace lo mismo.

—En serio, ¿estás bien?

—Estaré unos días sin poder sentarme, pero por lo demás… —Tira de una de sus trenzas y se acerca para besarlo—. Estoy más que bien.

—¿Más que bien es muy muy bien o solo muy bien? *Quierodecir*, ¿soy el único que siente que ha caído purpurina del cielo?

—¿Purpurina?

—Y ángeles cantando y todas esas cosas. Así de bien me siento cuando lo hacemos.

—Me alegra que te haga feliz empotrarme.

—Cup, era la única manera de explicártelo.

—Pues te aplicaste bien. Se te da de maravilla.

—¿Empotrarte? Pues claro. Me sé las bases.

—Idiota. Me refiero a que eres un activo increíble.

—¿Cómo lo sabes? No has estado con ningún otro.

—Precisamente porque no estaría con ningún otro lo sé.

—¿Por qué? ¿Tan poco te gusta?

—¿Crees que no me ha gustado? Dios, Baker. No sabes en todo lo que tuve que pensar para no correrme en cuanto me la metiste.

La purpurina vuelve a caer sobre él cuando le dice esas cosas.

—¿Y entonces? ¿Por qué nunca lo habías hecho así?

—Por dos razones. La primera es que me gusta dominar. Me pone ser yo el que marca el ritmo y pensar en la mejor manera de que la otra persona quiera ser dominada. Es más, que lo suplique. ¿Entiendes?

Jude traga saliva.

—No, pero me gustaría. —Se acerca para darle un beso demoledor mientras nota cómo su erección vuelve a la vida. Sebastian también lo nota—. Me gustaría mucho, Seb.

—Joder, Baker. Pero ¿cómo es posible? —Lo agarra de la nuca para volver a besarlo.

—Es que me pones mucho. —Le cuesta la vida apartarse unos centímetros.

—Ajá.

—Y tú ya tienes una edad.

—Solo te llevo cinco años.

—Precisamente. —Sonríe y los hoyuelos lo hacen con él.

Sebastian y su manera de mirarle los hoyuelos consiguen ponerlo todavía más a mil.

—Idiota.

—¿Cuál es la segunda razón?

Sebastian regresa a su posición para continuar la explicación.

—La confianza. Ser activo es fácil. No tienes que preocuparte si no quieres, solo empujar hasta que te corres. Ni siquiera tienes que pensar en la otra persona. Puedes ser egoísta. —Enrosca el índice en una de sus trenzas—. Ser pasivo es más íntimo. Es casi un acto de fe. Confías en la otra persona, en que no te hará daño y se preocupará un mínimo por conseguir que te guste. Estás ahí y se lo das todo a esa persona. Tus ganas, tu cuerpo, tu confianza. Los pasivos son los valientes, Baker. Yo no soy valiente.

—Eso no es verdad. Hoy lo has sido.

—Porque eres tú. Contigo es fácil, no tengo que ser valiente. Confío plenamente en ti, Jude.

Purpurina suave y brillante. Le hace feliz escuchar que confía en él y que lo haga al mismo tiempo que pronuncia su nombre.

A Jude se le escapa la pregunta antes de procesarla.

—¿Y con él?

—Nunca. —Sebastian tira de su trenza un poco más para acercarlo—. Ya te lo he dicho, eres el único.

—El único —repite con el corazón en la mano—. Pero tú lo querías.

—Pero no me fiaba de él. Nunca confié en él.

Jude frunce los labios. No encuentra una manera suave de decir lo que quiere decir.

—¿Si de verdad confías en mí, por qué no me crees cuando te digo que estoy preparado para todo contigo? Me puedes follar sin miedo y te aseguro que seguiré aquí cuando termines.

Sebastian guarda silencio. Jude sabe lo que está pensando. Y le jode que siempre vuelva a salpicarle la misma mierda.

—Estás pensando en eso, ¿verdad? Por Dios, dime al menos que no te pasas todo el tiempo pensando en ello.

—Baker, yo…

—Eso no fue follar ni nada que se le parezca. No había cariño, nadie se preocupó por mí. Solo fui un objeto que tomaron sin permiso. Contigo jamás sería así. —Respira hondo al ver el dolor en los ojos de Sebastian—. Seb, ellos ya no pueden hacerme daño. Los aparté de mi vida hace tiempo, les quité el poco poder que tenían sobre mí, pero tú no dejas de traerlos de vuelta. Es agotador luchar contra eso.

—Mierda. —Sebastian se deja caer de espaldas sobre la cama—. Lo siento. Siento que te sientas así por mí.

—No lo sientas. Solo pregunta. Pregunta todo lo que necesites saber de mí, Seb. Te lo diré todo. Pero no me trates como a un enfermo. Eso sí que no lo puedo soportar.

Sebastian vuelve a ponerse de lado. Tiene la mirada vidriosa.

—Mírame, Jude. —Tira de su pelo con suavidad, atrayéndolo hacia él—. No te trato así. Tengo miedo porque eres tú. Solo quiero tener cuidado, y la única manera que se me ocurre es ir despacio. Yo también pasé por él, ¿sabes? Él cogía lo que quería sin cuidado. Lo quería rápido y a su manera. Nunca me sentí así, como me siento cuando estoy contigo. ¿No te has parado a pensar que mi miedo no es por ti, sino por mí? Soy yo intentando curarse de una vieja herida.

—¿Todavía te duele?

—No, ya no. Me duele pensar que mis cicatrices puedan llegar a ti. Eso sí me duele.

—¿Sabes cuál fue mi primera mentira? ¿La peor? —El corazón le late desbocado—. Fue mi cuerpo. El cuerpo te traiciona, Cup. Aunque no quieras algo, él no te hace caso. Me corrí. ¿Te haces una idea de lo que significa? —Se le llenan los ojos de lágrimas—. *Quierodecir*, me corrí una vez. Eso sí lo recuerdo. Lo recuerdo muy bien. Ojalá lo hubiese olvidado. —Se le corta la voz. Sebastian une sus rostros, le acaricia el cuello con la mano, allá donde siente su pulso—. Odié tocarme durante mucho tiempo. Cada vez que me levantaba con una erección me quería morir. Me corría y lloraba. No podía evitarlo. Pero no fue culpa mía. No significaba que me gustara. Solo fue mi cuerpo jugándomela. Odiaba odiar mi cuerpo. Seb, a mí me gusta mucho el sexo. Ya te habrás dado cuenta. Me encanta correrme. Me encanta que me encante. Ellos me quitaron eso, pero lo recuperé. No me lo quites tú, ¿vale?

—Sí.

—Lo siento.

No hay hoyuelo, pero Sebastian le besa la mejilla en el lugar donde suele aparecer. Jude percibe el temblor de sus manos, la manera en que se aguanta para no venirse abajo, y él lo quiere tanto que le resulta insoportable.

—¿Qué sientes? —pregunta Sebastian en un susurro entrecortado.

—Todo lo que te acabo de decir.

—Es parte de ti, Jude. No quiero que te guardes nada nunca más, ¿vale?

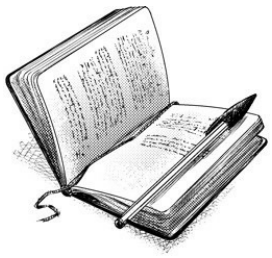
—Vale.

La habitación se vuelve a quedar en silencio, con el palpitar rítmico de sus corazones y sus respiraciones acompasadas. La purpurina sigue cayendo sobre ellos y el dolor se desvanece por la falta de espacio. No hay lugar para nada que no sean sus miedos y anhelos, para todo ese amor.

«¿Del uno al diez?».

A pesar de todo, Jude se siente infinito.

DIARIO DE JUDE



«A mi chico le encanta que lo toque aquí. Se pone cachondo rapidísimo. Luego me folla fuerte y rápido».

«Nunca lo hacemos al revés. Es de esos tíos que creen que son menos hombres si les dan por el culo».

«¿Tú qué opinas? Ya tienes experiencia».

A veces me soltabas cosas así. Sé por qué lo hacías. Querías que lo recordara. Que lo tuviera presente siempre que te miraba. Eras mi balsa y al mismo tiempo la piedra que me hundía al fondo del océano y te asegurabas de que lo tuviera claro.

Nunca me mentiste en ese sentido.

Me dejaste claro que no podía confiar en ti y aun así yo lo hacía. No tenía a nadie más en quien confiar. Lo sabías. Me conocías. Te habías metido en mi piel y querías estar aún más adentro. Vaciar todo lo que me definía y amoldarme a lo que sea que tuvieras en la cabeza. Te repugnaba cómo era yo de una forma que nunca comprendí, pero no podía apartarme. Eras la única persona a la que podía aferrarme, aunque odiara en lo que me convertía cuando estaba contigo.

Cuando sientes que no tienes a nadie dejas de tener miedo. Sobrevives y permites que todo te golpee porque no te importa nada. Y yo sentía que no tenía a nadie. Odiaba la soledad.

—¿Te sientes menos hombre ahora? —continuaste.

Ese día habíamos ido a un concierto los dos solos y nos quedamos en un motel bastante decente en el centro de Londres. Estábamos tumbados de espaldas sobre las camas individuales, cada uno en la suya. Tú estabas desnudo salvo por los calzoncillos y yo aún llevaba la ropa puesta. No tenía intención de quitarme nada.

No, Georgie. El «menos» sobraba. No me sentía nada. Era un ser que respiraba y se despertaba cada mañana; comía, vivía y seguía porque era lo que tenía que hacer, lo que tocaba.

—Vamos, Jude. Vi cómo se te puso. Me lo he hecho muchas veces pensando en eso. Es perfectamente normal.

No dejabas de mirarme mientras te acariciabas la entrepierna.

—No deberías tener vergüenza.

Cerré los ojos y deseé no haberte conocido.

—Eres adorable.

Deseé olvidarte.

—Eres una preciosidad.

Nadie te explica que tu cuerpo puede reaccionar, aunque no quieras que lo haga. Nadie te cuenta cómo te sientes cuando lo hace. Esa puta enfermedad de vergüenza atascada en tu garganta, privándote de todos tus sentidos.

La tenía dura cuando me levanté, te agarré del cuello hasta alzarte unos centímetros de la cama y te lancé de nuevo contra el colchón. Me dolía de lo dura que la tenía cuando empecé a apretarte la garganta con el peso de mi cuerpo y tú sonreíste.

Quería matarte, destrozarte como estabas haciendo conmigo. Quería borrar la sonrisa petulante de tu boca. Y entonces atisbé alivio, resignación, y comprendí que era justo eso lo que querías. Te estaba dando todo lo que querías conseguir de mí.

«Hazlo, Jude», parecías querer decirme con esos ojos desafiantes y esa sonrisa de dientes afilados.

Pero yo no era tu juguete. Lo había sido, pero ya no. Yo también podía jugar. Cada vez se me daban mejor las mentiras. Y así como yo era tu secreto, tú te convertiste en mi mentira.

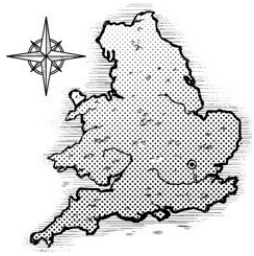
Lejos de apretar hasta dejarte sin aire, hice que te atragantaras con tus propias mentiras y las mías.

Con la mano aún en tu garganta, me incliné para besarte con rabia al tiempo que me la sacaba de los pantalones y empezaba a masturbarme.

Y mientras me corría sobre tu abdomen, te hice tragar mis mentiras, mi rencor y mis lágrimas.

CAPÍTULO 47

SEBASTIAN



—Están sonando grillos —gruñe Sebastian.

Lo cierto es que llevan un rato zumbando, pero Jude ha seguido en la cama, relajado y profundamente dormido, y él no ha querido apartar la mirada de su cuerpo. Le duele la cadera, el culo, y no puede estar más a gusto. Quiere quedarse en ese momento por toda la eternidad. Contemplar a Jude mientras duerme relajado, sentir su calor, su abandono. Esa intimidad que han ido forjando y la manera en que Jude se va abriendo a él poco a poco.

—Sí. —Jude se estira como un gato, empujándolo hacia un lado. La sábana se ha deslizado por su cuerpo y Sebastian tiene una visión espectacular de su nalga derecha. De la curva de su espalda, de su cuello y sus hombros anchos.

Deja de pensar, su cuerpo reacciona por él.

—Eh, don *me quedo con toda la cama.* —Lo agarra de la cintura para abrazarlo por detrás, pegando ese culo contra su más que evidente erección.

Jude emite un sonido de satisfacción. Echa la cabeza hacia atrás y suspira.

—Me gusta, Cup.

—¿El sonido de los grillos? —consigue responder con voz ronca.

—No, tonto. Que me hagas la cucharita.

—¿Por qué suenan grillos? —Le acaricia la zona sensible del cuello con la punta de la nariz y le hace girar la cabeza para besarlo en los labios mientras Jude menea el culo de forma deliberada—. Deja de hacer eso.

Sebastian jadea. Se pregunta cómo cojones ha sobrevivido tanto tiempo a esto. Los años de amistad junto a él pasan a cámara rápida por su cabeza y lo único en lo que puede pensar es en lo culpable que se sentía por sentir todo lo que sentía cada vez que lo miraba. Qué idiota había sido. Cuánto daño le había hecho a Jude y cuánto le siguen haciendo los fantasmas que aún lo habitan.

—¿Por qué?

—Porque suenan grillos y deberíamos levantarnos —consigue responder.

—Suenan siempre que Asher viene a tocarte los huevos. —Jude se ríe al ver su gesto de confusión—. Quita esa cara, Cup. No dejaré que se acerque a tus huevos. Son míos. —Como muestra de que habla en serio, lleva la mano hacia atrás para agarrarle los testículos.

Sebastian da un respingo y ahoga un gemido. Se pega a Jude y dirige la mano a su cuello para sentir su pulso. Al principio, cuando lo tocaba ahí, solo quería comprobar que todo estuviera en orden, que Jude sentía tanto como él cuando lo tocaba. Ahora es casi una necesidad. En el pulso de Jude ha encontrado un lenguaje. Lo calma, lo conecta a él.

Eso es lo que siente cuando le toca el cuello y percibe el latir frenético de su corazón bajo su mano, la excitación provocada por el roce de sus dedos. También nota el estremecimiento del gemido al brotar de su garganta, la manera brusca en que traga saliva.

—Seb. —La vibración de la voz de Jude cuando pronuncia su nombre, un sonido inigualable.

Ha pasado a ser más que un acto sexual. Se trata del universo de Jude enlazándose al universo de Sebastian para crear uno propio, un espacio donde no existe nada más que ellos y todo lo que sienten, todo lo que han creado, todo lo que son. A Sebastian no le cuesta nada dar nombre a ese lugar. La persona a la que más quería en el mundo le habló de él.

Pero el timbre continúa con insistencia y no hay manera de concentrarse en otra cosa.

—Los grillos, Baker. Los putos grillos.

Jude suspira.

—Me gustaba mucho el canto de los grillos hasta que lo instalé en la puerta. —Sebastian lo mira con incredulidad—. ¿Qué? Había que ponerlo para dividir las casas.

—¿Por qué te gustan los bichos raros?

—¿Te estás llamando bicho raro?

—Me refiero a grillos, caracoles, arañas… Solo falta que te dé por las estrellas de mar.

—Has dicho que me gustan los bichos raros, Cup. Se siente. Lo he escuchado.

Sebastian lo estrecha más contra sí.

—Eso me convierte en un bicho raro con suerte.

Sus palabras tienen justo el efecto que desea en Jude. Se ruboriza y se pone algo nervioso. A Jude le cuesta creerlo cuando le dice ese tipo de cosas. Sebastian piensa dedicar su vida a convencerlo de lo que siente.

—Sé que intentas hacerme la pelota para que abra, pero no tengo ganas.

—Vamos, Baker. Me van a reventar los tímpanos.

—Ya se cansará.

—Si es Asher dudo que se canse. —Lo besa en la nuca, un beso húmedo donde emplea la lengua que más que convencerlo para que abra tiene el efecto contrario.

—No quiero.

—No seas crío.

—Abre tú. —Se vuelve para dedicarle una mirada significativa—. Ya sabe que follamos, Cup. No es que se vaya a sorprender.

—No es por eso, idiota. Creo que es mejor que salgas tú, igual hace algo bien y se disculpa. —Sebastian se sienta. Jude distingue el cambio en su expresión y se coloca de espaldas para mirarlo—. La última vez que lo vi no acabamos muy bien que digamos.

—Ah, ¿te refieres a la noche que discutimos? Con todo lo que pasó se me había olvidado. —Jude se incorpora para sentarse junto a él—. Ya lo sabía, Cup. ¿Por qué crees que me enteré?

Sebastian enarca una ceja.

—¿Te lo dijo Ash?

—Me lo encontré caminando por la carretera a oscuras cuando venía del trabajo. Fui yo quien lo llevó a casa.

—Joder.

—No te enfades con él. —Le da un empujón en la pierna con la rodilla—. Estaba bastante afectado. Además, lo único que me dijo fue que lo sabías. Se le escapó, supongo. Solo tuve que atar cabos para darme cuenta de que había sido Lara. Le escribí y me lo confirmó.

—Lo siento. Quería que te enteraras a mi manera.

—¿Y cuál era esa manera?

—Ninguna —admite—. Mi intención era que no hiciera falta que te dijera por qué estaba contigo. Esa manera. —Los grillos siguen ahí afuera, más insistentes que nunca. Sebastian se hace con la camiseta—. Joder, ya voy yo.

Jude se echa a reír.

—Vamos los dos, venga.

Se visten con la ropa que llevaban el día anterior y salen a abrir.

—Te lo dije. Si los grillos cantan, Ash viene a tocarte los huevos.

Asher gira la cabeza del uno al otro de manera cómica.

—Joder, esto es trampa. Sois dos contra uno.

—De eso nada —replica Jude—. Eres tú contra ti mismo, Ash. Siempre has sido tú.

—Me alegro, tíos. Se os ve bien. Eso significa que nuestras chicas estarán bien y que todos estaremos bien.

—¿Qué quieres, Ash? —lo interrumpe Sebastian, que lo único que quiere es meterse de nuevo en la cama con Jude.

—¿Podéis subir a desayunar? ¿Por favor? —Su gesto de súplica es casi más gracioso que el de incredulidad—. Si no lo hacéis por mí y por nuestra familia, hacedlo por ellas. Por las tres —añade.

—¿Las tres? —inquiere Sebastian.

—Vila está arriba con Ava preparando el desayuno.

Sebastian mira a Jude. Este se sujeta un mechón de pelo y se pone a darle vueltas con nerviosismo.

—Eh. Mírame, Baker. —Jude lo hace—. Es Vila, y te adora.

—Ya lo sé. ¿Me dejas ser un caracol? Solo un ratito. Me meteré en el caparazón y prometo salir cuando salga el sol. Hoy no hace buen tiempo, Cup, y eso que ha hecho bueno estos últimos días. Pero esas nubes pintan muy mal.

—Hoyuelos. El caracol soy yo, ¿recuerdas? Tú no eres así, tú no te escondes.

—Pero es que…

Asher carraspea.

—Hum… Esto es muy conmovedor, pero ¿podemos seguir arriba?

Sebastian lo fulmina con la mirada.

—Dime que has dejado de ser un gilipollas.

—Lo intento. Lo estoy intentando a muerte —admite Asher—. Ya le pedí perdón, ¿vale?

—Estabas borracho —replica Jude.

—Me acuerdo perfectamente.

—¿También la parte en la que suplicabas que no se lo contara a Ava? —lo pica Jude con una sonrisita.

—Ja, ja. Me parto.

Sebastian intenta esconder la sonrisa, sin conseguirlo.

—¿Cuántas fueron? —Jude se lleva un dedo a la barbilla—. Déjame pensar.

Asher se marcha murmurando por lo bajo. Ellos no tardan en seguirlo escaleras arriba.



La siguiente media hora se la pasan saludando a las chicas y conversando mientras ellas se ocupan de preparar tortillas, *bacon* y tortitas para Jude, que se encarga de hacer su propia masa, pero es Asher quien las cocina en la sartén porque no se termina de fiar de ellas ni de Jude.

Al final, son Asher y Sebastian quienes terminan de hacerlo todo cuando ellas se cansan y deciden que prefieren ayudar a Jude y a Alex a poner la mesa. En cuanto termina de hornearse el pan y la comida está servida, se sientan a desayunar.

Viola y Alex presiden la mesa; las dos parejas se sitúan la una frente a la otra en la mesa rectangular. Sentado a la derecha de Sebastian, Jude se llena el plato de tortitas, que se sirve con plátano troceado y sirope de chocolate.

—Tío Jude, ¿podemos ir por tu cumpleaños al *escape room* ese que vimos que está por King's Cross? Ya tengo edad para ir.

—Me apunto —anuncia Viola—. Ash, ¿cuánto hace que no vamos a uno?

—¿Años? Dios, sí. Es un plan genial, pequeña. —La niña sonríe con media loncha de *bacon* en la boca.

—Nos apuntamos todos —declara Jude—. Así visitamos a Charlie en Londres. Tengo ganas de volver a verla.

—¿Es lo que quieres? —le pregunta Sebastian a Jude—. ¿Por tu cumpleaños?

—Pues claro, quiero estar con vosotros.

—Tío Jude, tenías razón sobre papá. —Le hace un gesto con la mano para susurrarle algo al oído y este se agacha y asiente con una sonrisa.

Por cómo desvía la mirada hacia la pareja, Sebastian intuye que la niña le ha hecho algún comentario sobre que por fin sus padres han hecho las paces.

—Yo siempre tengo razón, Lex.

—Eh, hoyuelos. No seas listillo —interviene Sebastian.

—Es verdad. —Jude se acerca más a él—. Dime una sola ocasión en la que no haya tenido razón. —Le dedica una sonrisa petulante y a Sebastian le entran unas ganas enormes de morderle el labio inferior para borrársela.

Se promete a sí mismo recordar el momento más tarde, cuando no haya niños delante.

—¿Tú también volverás con la tía Lara? —le pregunta Alex y a los dos se les borra la sonrisa. Los demás también se quedan en silencio.

Jude tiene cara de querer salir corriendo; aun así, le contesta:

—Cielo, nuestro caso es diferente.

—¿Tú no la quieres mucho?

—No es eso. Claro que la quiero mucho, pero de otra forma.

—¿Qué forma?

—Alex, cariño. Ya sabes que no todas las parejas están solo compuestas por mujeres y hombres. Hay mujeres que quieren a mujeres y hombres que quieren a hombres —explica Ava.

—Ya lo sé —farfulla la niña.

—Tu tío Jude quiere a Sebastian, por eso no se pudo casar con Lara.

La niña los observa a los dos antes de volver a mirar a su madre.

—¿Entonces ahora son pareja?

—Exacto —asiente esta mientras los demás permanecen en un silencio tenso, atentos a las reacciones de la niña.

—Pero ¿desde cuándo lo quieres? —le pregunta a Jude.

—Desde hace mucho. Siento no habértelo dicho.

—Es culpa mía —confiesa Sebastian—. Yo le puse las cosas difíciles a tu tío, por eso hemos tardado en estar juntos.

—¿Tú también quieres al tío Jude?

—Peque, esas cosas no se preguntan directamente —interviene Asher—. No está bien.

—Pero es que quiero asegurarme de que lo quiere —replica Alex—. Papá, tú siempre dices que cuando sea mayor y tenga novio tendrás que asegurarte de que me quiere mucho. Os he escuchado hablar sobre eso. —Los señala a él y a Ava con el índice.

—Ya, pero eso es distinto. Eres una niña.

—No seré una niña siempre.

—Vale ya, dejadla en paz. ¿Podemos seguir desayunando? —Jude ha empezado a cortar los crepes en pedazos pequeños. Demasiado pequeños, señal clara de su nerviosismo. La otra señal es que evita cualquier tipo de contacto visual.

Sebastian se siente la peor persona de este mundo.

—Alex, claro que quiero a tu tío Jude. Eso no lo dudes nunca.

Desvía la vista un instante para observar a Jude, que se ha quedado inmóvil y ahora clava sus ojos verdes en él. Tiene las mejillas algo rojas y le tiemblan las manos al sostener los cubiertos.

—¿Y la tía Lara no está triste? —pregunta la niña.

Es Viola la que le contesta esta vez:

—La tía Lara también quiere que Jude sea feliz. Y puede que ahora esté triste, pero la tristeza no dura para siempre, aunque nos dé esa sensación cuando la sentimos. Pero ahora tú tienes que ser feliz porque tu tío Jude es feliz. ¿No crees que se lo merece?

Alex los vuelve a mirar.

—Pues claro. —Enseguida hace un gesto hacia el plato de *bacon*—. ¿Puedo repetir?

Viola se levanta para alcanzarle más *bacon*.

—A ti no se te nota tanto como a mamá —murmura Alex, acariciándole la tripa con cuidado.

De pronto, la estancia se queda en silencio. Ava mira a la niña con los ojos llenos de lágrimas. Asher le da un beso en la frente, igual de emocionado que ella.

A Jude también se le saltan las lágrimas; toma la mano de la niña y la besa. Sebastian escucha que le susurra un «eres la mejor» al oído.

Viola vuelve a su asiento con una sonrisa. Se acaricia el abdomen, como si el bebé hubiese obrado la magia del momento, que Alex Hunt llamara «mamá» a su hermana por primera vez.

—El mío es un poco más pequeño.

—¿Y cómo se va a llamar? El nuestro se llamará Eric, como nuestro hermanito. —Puede que Alex no conociera a Eric, pero ellos no han dejado de hablar de él.

—Aún no estamos seguros de si es niño o niña —explica Viola después de tomar un poco de zumo—. Pero, si es niño, quería que se llamara George.

Sebastian aprieta la mandíbula. No puede ser. Instintivamente, dirige la vista hacia Jude, pero este hace que se encuentra demasiado entretenido en sus tortitas y en mirar el móvil como para seguir la conversación, aunque Sebastian sabe que lo ha escuchado. Jude Baker es incapaz de no mostrar sus sentimientos a través de su lenguaje corporal.

—¿Es el nombre del hijo de Lydia? ¿La novia del abuelo?

—Sí —contesta Viola—. Él… era como un hermano para mí.

—¿Cómo era? Solo he visto fotos en casa de Lydia cuando voy con el abuelo. Era muy guapo.

—Era más guapo cuando tenía tu edad. El niño más guapo del mundo. —Viola sonríe,

evocando el recuerdo del George de once años—. Me enfadaba con él porque no dejaba de perseguirme. Cuando no quería que saliera, se me pegaba a las piernas y tenían que venir nuestros padres a separarnos. A veces tenía pesadillas y me llamaba desde su casa en mitad de la noche. Me hacía dejar el teléfono en la almohada y hablarle hasta que lo escuchaba roncar.

Sebastian intenta hacer contacto visual con ella, pero su hermana parece hacerlo a posta. Ava está tan indignada como él y Asher… Asher es Asher y lo único que hace es atender a lo que sea que cuenta su hermana.

—¿Roncaba?

—Era un horror.

Alex se echa a reír.

—Papá también ronca.

—No ronco —replica él.

—Sí que lo haces. Verdad, ¿mamá?

Entre cabreada y emocionada por que su hermana la llame «mamá», Ava le contesta:

—Tu padre solo ronca cuando duerme boca arriba. Si le das una patada para que se dé la vuelta deja de hacerlo.

—¿En serio? ¿Le das patadas?

—No jodas —suelta Asher, que inmediatamente pone cara de arrepentimiento.

—Palabrota —ríe la niña.

—Sí, vale.

—Le doy unas cuantas patadas —explica Ava—, solo por supervivencia.

—También hacía eso que estás haciendo tú. —Viola señala la servilleta desde el otro lado de la mesa—. Escondía con disimulo lo que no le gustaba.

La niña enrojece por la culpabilidad.

—Lo siento, es que mamá deja cáscaras de huevo en la tortilla.

—¿Qué? ¡No dejo cáscaras!

—¿Recuerdas lo que hacía Georgie cuando nos enfadábamos? —le pregunta Viola a Asher, aún inmersa en los recuerdos.

—Vestirse de payaso y darme la brasa. —Asher se frota los brazos imitando un estremecimiento.

—Es verdad. Tío Jude. ¿Sabes que a papá le dan miedo los payasos?

—No me dan miedo. —Asher chasquea la lengua.

—Se le llama coulrofobia —dicen Jude y Viola al mismo tiempo. Ambos se miran. Jude con el rostro un poco sonrojado, Viola con una sonrisa llena de ternura.

—Pues a mí me gusta mucho Pennywise —comenta la niña.

—A todos nos gusta Pennywise —asegura Jude.

—¿Dónde has visto esa película? —Ava le dedica una mirada de reproche—. Te dije que no era para tu edad.

—Pero mamá, son niños. La madre de Dina dijo que podíamos.

—No todas las películas de niños son para niños.

—Bueno, al menos el final es distinto del libro. —Viola eleva una ceja hacia Asher—. Uy, que no lo has leído. Cierto. Porque hay payasos.

—Que te den —le dice él en un susurro.

—Cielo, si has terminado ve a lavarte los dientes. —La niña se hace la remolona, pero termina por obedecer.

Viola ayuda a Asher a recoger y se dedica a fregar los platos mientras él termina de limpiar la mesa.

—Deja eso, eres una invitada. —Él la empuja con el hombro.

—Calla y ponte a secar los platos. —Viola le devuelve el empujón—. Por cierto, he hablado con tu padre y con Lydia y he quedado en que nos veríamos hoy. En realidad, he venido a buscar a Jude para que me acompañe a tu casa.

—¿A la casa de mi padre?

—Tu casa, Ash. La casa donde creciste.

La casa de dos pisos en la que viven y que comparten con Jude la había heredado al morir su madre, pero Asher había crecido en la otra hasta que cumplió la mayoría de edad y pudo reclamar su herencia. Desde el momento en que lo hizo no tardó en poner distancia con su progenitor.

—¿Para qué?

—Quieren vender una de las dos casas. No tiene sentido quedarse con ambas cuando solo viven en una. Y resulta que los Baker necesitan comprar una casa.

Jude, atento a la conversación como todos los demás, levanta la mirada, entre asombrado y emocionado. Sebastian le sonríe y Ava también lo hace desde su sitio en la mesa, donde se frota la barriga de forma distraída.

El cabreo que sentía con su hermana por la conversación sobre George comienza a diluirse. Es una grandísima noticia que los Baker se instalen cerca de ellos.

—¿Por qué no venden la de los Harris? —pregunta Asher—. El restaurante de mi padre queda más cerca de su casa que la de Lydia.

—¿Por qué crees? —Viola le dedica una mirada significativa—. Tú odias tu casa. Y dudo que a Jude le haga gracia tener que ir a visitar a su padres todos los días a la casa de los Harris. Joder, Ash. A veces pareces tonto.

—Mi cabeza no puede ir a tu ritmo. —Nadie puede ir al ritmo de Viola cuando intenta arreglarles la vida a los demás—. ¿Qué has hecho para convencerlo de que la venda?

—Ser realista. Con un poco de sinceridad puedes llegar a cualquier parte, Ash.

Viola respira hondo y Sebastian nota su incomodidad. Sea lo que sea que quiere decir, su hermana dedica tiempo a pensarlo durante los siguientes minutos en los que termina de fregar y todos parecen aguantar la respiración.

—No es por George —suelta Viola por fin. Toma un paño para ayudar a Asher a secar los cubiertos usados—. No es porque quiera mantener su recuerdo vivo ni mucho menos.

—Vila.

—Cállate, Seb. Y déjame hablar. Soy tu hermana mayor. Si no aclaramos esto ahora nunca va a acabar. Siempre será una herida abierta, un tema tabú. Nos sentiremos mal y nos quedaremos en silencio mirando cada lugar en el que estuvo. Su nombre seguirá doliendo y haremos que Jude se sienta incómodo todo el tiempo. Y probablemente tú seas el primero que meta la pata. No puedes controlar quién pronuncia su nombre o el hecho de que alguien lo recuerde. Lydia sigue siendo nuestra madrina. Somos tan Harris como él era un Evans. No quiero que sea una especie de Voldemort. Es hora de que todos pasemos página.

Viola termina de ayudar a su amigo a guardarlo todo en los armarios y se encara a ellos. Asher regresa junto a su mujer para dejarle espacio.

—Quería llamar así a nuestro bebé, es verdad —continúa ella—. Nuestro George sería un bebé adorable al que todos querríamos. Pronunciar su nombre sería motivo de alegría. Nadie se

quedaría callado al escucharlo, no sería un jodido secreto. George no dolería. Y no se parecería en nada a él. Llamadme ilusa, pero era la única forma que tenía de hacer algo. ¿Recordáis cuál era su mayor miedo?

—Que lo olvidaran —interviene Asher.

—Exacto. El olvido como castigo puede ser nada, pero para él lo era todo. Pero entonces… vi la cara de Henry y comprendí que no es justo obligarlo a vivir con ese nombre todos los días de nuestra vida. No puedo hacerle eso a él y tampoco puedo hacértelo a ti, Jude.

Sebastian se tensa al comprobar que Jude llora sin ningún tipo de contención.

—Yo… solo quiero que lo quieras —añade ella tras unos segundos en los que respira hondo y se apoya en la encimera—. Vas a ser el tío de ese niño, serás su ejemplo. Y necesito que lo quieras. Porque, joder, tú también eres como un hermano para mí y estás vivo y eres el ser de luz más maravilloso que he conocido. No te imaginas cuánto me alegra que quieras a mi hermano. Saber que tiene a alguien que lo quiere con la fuerza que quieres tú… Siento que me puedo relajar.

Viola toma aire. Lo único que interrumpe su voz son los sollozos tenues de Ava, los susurros de Asher cuando la abraza para calmarla y el sorber de los mocos de Jude.

—Cuando pasó eso entre vosotros y te fui a buscar a casa de Lara… —Se le corta la voz—. Sabía que era culpa de Seb y, aun así, no lo dudaste. En cuánto te dije que estaba mal te levantaste de la cama y fuiste a sacarlo de su dolor. No pensaste en ti ni por un segundo. Jude, ojalá el mundo estuviera lleno de personas como tú.

Jude se levanta para ir hacia donde está ella y la abraza.

—Dime que querrás a mi bebé. —Le rodea la cintura—. Dime que me perdonas.

—No hay nada que perdonar. Los nombres tienen la importancia que nosotros les damos, V, y él será importante se llame como se llame. Voy a ser todo lo que necesite, te lo prometo. —Se aparta un poco para mirarla—. ¿Te puedo hacer trenzas?

Y con esas palabras, seguidas de las risas que enseguida llenan la estancia, Jude Baker deja marchar un dolor que lleva tiempo muerto y enterrado.



Un rato más tarde, después de echar unas partidas a un juego de mesa, Viola recibe un mensaje.

—Henry ya está de camino. ¿Vamos?

—Yo me quedo —informa Asher. Dado lo poco que le gusta visitar la casa donde creció, a nadie le extraña.

—Me quedo con él —resuelve Ava.

—¿Te vienes, Lex? —le pregunta Jude a la niña—. Vamos a ver al abuelo.

—¿Puedo ir?

—Claro —asiente Ava, que le dedica a Jude una mirada de agradecimiento.

—¡Genial! —La niña se levanta del sofá de un salto y enseguida se va a cambiar de ropa.

—¿Preparado? —le pregunta Viola a Jude.

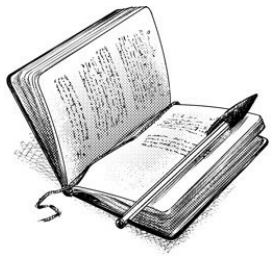
—Siempre preparado. Y tú, querida cuñada, ¿del uno al diez?

—Somos familia, así que siempre un diez.

La complicidad que comparten su hermana y Jude consigue que todo se asiente dentro de él.

Su pequeño mundo caótico y silencioso por fin se halla en su sitio. Por fin. En ese instante, Sebastian se siente más que un diez. Mucho más.

DIARIO DE JUDE



—Te gustan los chicos —me soltaste una mañana en el descanso una vez acabamos de comer, cuando apareciste en la facultad por sorpresa. Te respondí con un asentimiento—. Y las chicas.

—Sí.

—Así que eres bi. —Me encogí de hombros. Lo cierto es que nunca me había detenido a pensar en lo que era—. ¿Has estado con ambos?

—Solo con chicas.

—¿Y entonces cómo lo sabes?

—Porque me gustas tú. —Arqueaste las cejas. Parecías sorprendido, y eso me sorprendió porque pensaba que era demasiado obvio—. Me han gustado chicos antes, pero ninguno como tú.

—Vaya. ¿Y desde cuándo?

—Desde la primera vez que te vi.

—Eso fue hace meses. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No preguntaste —te respondí.

—¿Lo sabe alguien más? Me refiero a si le has contado a alguien que te gustan los chicos.

—Claro. Mi familia lo sabe. No les oculto nada.

Por un momento, pensé que tenía algo en la cara, porque me miraste como si fuera un libro con respuestas que nadie más te daba.

—Eres raro hasta para eso.

—¿Qué tiene de raro? ¿Tu familia no lo sabe?

—Solo mi madre. Tal vez ella se lo haya contado a mi padre, pero no lo sé. No hablamos de ello en casa.

—¿No lo aceptan?

—No es por mi familia. Lo que no quiero es que se enteren los demás.

—¿Tus amigos?

—Mi amigo cree que si alguien lo descubre también lo descubrirán a él por ese rollo del efecto dominó. Es imbécil.

—¿Tu amigo con el que te enrollas? Pero ese es su problema, ¿no? No deberías esconderte por nadie.

—Él no quiere que se entere nadie de nuestro grupo de amigos. Lo que es una mierda, porque su hermana es también mi mejor amiga. Viola es la hermana que nunca tuve.

—¿Y a ti te da igual?

—¿Tengo pinta de que me dé igual?

—¿Y por qué sigues con él?

—Porque no puedo evitarlo. Es como un accidente. Todos tenemos accidentes en algún momento. Están los que ves venir pero no puedes evitar y los que no evitas porque no quieres. Sebastian es el accidente que no puedo evitar.

—¿Seguro? ¿No puedes o no quieres? —Nada más preguntarte supe que había dado en el clavo.

Al día siguiente regresaste. Y al otro. Algo cambió entre nosotros.

Sucedió una semana después.

Había terminado de tocar y tú estabas radiante, más que cualquier otro día. Llevabas puesta una de esas sonrisas que te llenaban toda la cara. Pero era solo eso; la cara, la superficie. Puede que la gente a tu alrededor se la creyera, pero yo no.

—¿Qué te pasa? —te pregunté cuando salimos al pasillo.

—¿Por qué me tiene que pasar algo?

—Te noto raro.

—Estoy genial.

Me dedicaste parte de esa sonrisa de mentira. Curvaste los labios y luego atrapaste el inferior con los dientes, como si estuvieras pensando en algo. A continuación, tiraste de mi mano y subimos corriendo al segundo piso. Te sacaste una llave del bolsillo trasero de los pantalones para abrir un aula vacía.

—¿Cómo has conseguido la llave? —te pregunté en cuanto me metiste dentro y cerraste la puerta.

—¿Importa?

La verdad es que no. En ese momento solo me importó que estábamos solos y que la puerta estaba cerrada con llave y que tú estabas demasiado cerca de mí, evaluándome con esa sonrisa de mentira que no me gustaba nada.

—¿Por qué has cerrado? —quise saber.

—¿Te lo tengo que explicar? No quiero que nadie vea lo que vamos a hacer.

Tendría que haber preguntado por lo que íbamos a hacer, pero me quedé callado mirándote mientras te desabrochabas los pantalones.

—Vamos a comprobar si es verdad eso de que te gustan los chicos.

Miré hacia la puerta y luego a ti otra vez. Te habías quitado los pantalones y los calzoncillos. No era la primera polla que veía, pero sí la primera vez que tenía una tan cerca y medio erecta.

También era la primera vez que un chico me pedía algo así y me sentí torpe en todos los sentidos. Nunca antes había compartido ese tipo de intimidad con alguien de mi mismo sexo y, aunque me moría de ganas, en aquel momento sentía todas las alarmas que me decían que algo no estaba bien en todo eso.

—¿Te han hecho alguna vez una mamada? —me preguntaste—. ¿Una chica?

—No, nunca.

—Pero sí te has acostado con alguna.

—Sí.

—Bien, pues ponte de rodillas y te enseñaré cómo se hace. Y luego me dices si realmente te gustan los chicos. —Como no me moví del sitio, añadiste—: ¿Vas a hacerlo o no? Jude, no tenemos todo el día. Puede venir alguien en cualquier momento.

Hice lo que me pedías y me arrodillé haciendo caso omiso de mi pulso acelerado. Seguí tus

instrucciones y no dejaste de repetir lo bien que lo estaba haciendo, lo mucho que te gustaba y que podía tocarme si lo necesitaba. Pero no lo necesité. Me gustabas muchísimo, pero ahí, con tu polla caliente y temblorosa dentro de mi boca, no sentía que fuera recíproco. Solo era una boca consiguiendo que te corrieras y, aunque lo hiciste, algo me decía que tampoco lo habías disfrutado.

—Eres un buen chico. Ha sido estupendo. ¿Necesitas que te devuelva el favor? —me preguntaste cuando me levanté. Acercaste la mano para tocarme la entrepierna.

—Estoy bien. —Me aparté con demasiada rapidez. No supe si me mirabas con rabia o sorpresa, quizá un poco de las dos cosas—. Estoy un poco nervioso, eso es todo.

Y era verdad. No me lo esperaba ni estaba preparado y la verdad es que habría sido más feliz si me hubieses besado.

No me contestaste. Te pusiste la ropa y salimos sin decir nada más, pero sé que pensaste que no me gustaban los chicos. Que era un mentiroso. Y yo no lo desmentí. Esa fue mi primera mentira y no fue intencionada. Sí que me gustaban los chicos, pero no me gustaba cómo me hacías sentir tú cuando estaba con uno.

Me lo callé. No te dije nada de eso. De haberlo hecho, quizá las cosas habrían sido distintas. Nunca lo sabré. Solo sé lo que ocurrió.

CAPÍTULO 48

JUDE



Cuando Jude escucha a los grillos, primero piensa que es Asher. Pero claro, Asher ya lo vino a buscar antes del amanecer; por ello, a menos que esté hasta arriba de energía, duda que sea él. La siguiente persona en la que piensa es Alex, pero es tarde y seguramente ya esté a punto de meterse en la cama. Por último, piensa en Sebastian. Han pasado un par de días desde la última vez que se vieron. Sebastian tiene un proyecto entre manos y necesita ponerse al día con los capítulos de *Bivium*, así que lo descarta.

Lo que no espera es ver a Lara al otro lado de la puerta. Con su sonrisa franca, su pelo rubio ceniza recogido en una coleta y sus ojos llenos de ese amor que le acuchilla el pecho con una puntería demoledora.

—La.

—He traído sidra. —Levanta una botella que debe de haber birlado de la tienda de su familia. Sonríe con dulzura.

—Ven aquí. —La toma entre sus brazos, pequeña y sólida. Lara Simmons, la mujer a la que más le debe en el mundo.

El cuerpo de Lara se acopla al suyo. Se conocen bien. Ambos tiemblan por el contacto del otro. Ella por quererlo tanto, él por no poder hacerlo como ella se merece.

—¿Estás solo? ¿Puedo pasar? Necesito preguntarte algo.

—Estoy solo, pasa.

Jude coge dos copas y las llena con la sidra tras descorcharla. Se sientan de lado en el sofá, ambos con la copa en la mano, mirándose como lo hicieron aquella primera vez en la iglesia del pueblo.

Nada más conocerla, Jude supo que era especial y le hizo un hueco en su vida. Así de fácil se había iniciado su relación y así de enredada había terminado.

—Pregunta lo que quieras, La.

—Es una tontería. —Bebe un buen sorbo de sidra mientras piensa en qué decir—. Adam se va de viaje otra vez por uno de sus proyectos. No será por mucho tiempo, entre tres y seis meses. Me ha pedido que vaya con él.

—¿A dónde?

—Tiene varias ofertas, pero todavía no se decide por ninguna. Está empeñado en conseguirme trabajo de profesora. —Pasa un dedo por el borde de la copa—. Dice que me vendrá bien para poner distancia. —Lo señala a él y luego a sí misma.

—¿Quieres ir?

—Sí y no. Pensé que sería más fácil, pero no está siendo nada fácil.

—No hemos dejado de vernos, La. Y has estado viviendo con Ava y Lex. No me he movido de tu lado.

—Y aun así nunca te he sentido más lejos.

—Nada de lo que siento por ti ha cambiado.

—Ya lo sé, Jude. —Deja la copa sobre la mesa y lo toma de las manos—. No quiero que te sientas mal ni te castigues. Solo necesito que mi amigo me dé el visto bueno para alejarme. Si me pides que me quede, no creo que pueda irme.

—No puedo pedirte eso.

—Necesito saber si estás bien con él, si es bueno contigo, si no estás sufriendo.

—Estoy bien. Estoy muy bien.

—¿Seguro? No te veo muy convencido.

Jude menea la cabeza. Balancea sus manos unidas.

—Solo tenemos algunas discrepancias, pero estamos bien.

—¿A qué discrepancias te refieres?

—Es sobre sexo, La. No creo que debamos hablar de eso.

—Cuéntame, venga.

Él se deja caer hacia atrás en el sofá.

—Tengo un empotrador, pero tiene miedo de empotrarme. —Se bebe la sidra a sorbos pequeños—. ¿Qué te parece?

—Jude. —Lara intenta parecer seria, pero la sonrisa se le escapa de los labios.

—Me toca como si me fuera a romper, analizando cada caricia, ¿comprendes? Me hace volver a esa noche todo el tiempo. Es… como si Georgie estuviera con nosotros. Y es una mierda, porque yo solo quiero estar con él y no dejo de pensar en que nunca lo va a olvidar.

—Dale tiempo. Está muerto de miedo. Y eso es bueno.

—¿Bueno? ¿Qué le ves de bueno?

—Que tenga miedo significa que le importas. Y, si te soy sincera, me encanta la idea de que esté acojonado. Y que sufra, en general. —Compone un gesto de inocencia que no se cree nadie —. Se merece todo eso y más, por imbécil.

Jude se echa a reír.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan cruel?

—No soy cruel, soy vengativa.

—No veo la diferencia.

—La diferencia eres tú. Cuando estás tú de por medio sale todo lo mejor de mí.

—Eso no es lo mejor de ti. —La dulzura que transmiten sus palabras no puede ser más auténtica.

—No me mires así, por favor. —Lara aparta la vista—. Hace que me entren ganas de besarte y dudo que necesites más mierda de esta en tu vida ahora mismo.

—La…

—Shhh, calla. Estoy contando mentalmente hasta olvidar la forma de tus labios.

En esta ocasión, la sonrisa de Jude no es alegre.

—¿Te duele mucho?

—Estoy bien.

—No deberías estar aquí. Soy un maldito egoísta por retenerte. Lo siento.

Ella niega con los ojos brillantes.

—Tú no has hecho nada. Soy yo. Pero es que me es imposible alejarme. Llevo media vida a tu lado. Soy incapaz de ver una película sin pensar en el momento en que la vi contigo, y ya sabes lo mucho que el cine significa para mí. —Respira fuerte por la nariz—. Cuando le quiero contar algo a alguien, pienso en ti, cuando toco el piano, pienso en ti. Cuando alguien dice algo gracioso o estoy triste, siempre pienso en ti. Y la verdad es que no quiero que cambie eso. Quiero que sigas siendo una de mis primeras opciones, aunque no seamos pareja. Eres mi mejor amigo. —Le da la mano. Él se la estrecha—. Pero creo que sí necesito ese viaje o esto de aquí —se toca el pecho— no sanará.

El corazón de Jude se convierte de nuevo en diana y los dardos lo atraviesan inclementes. Solo quiere que esa chica tan hermosa por dentro como por fuera sea feliz.

—Prométeme que nunca dejarás que te haga daño. No quiero despertarme un día y darme cuenta de que te he perdido. Sería como arrancarme un órgano vital. No lo soportaría, La. Prométemelo.

—Que sí, te lo prometo. Y tú prométeme que no forzarás las cosas con Sebastian. Deja que fluya. Ya ha demostrado lo que siente.

Jude resopla.

—Podría morirme de ganas. Ni siquiera podría encargarme de mis memorias si pasara eso.

—Jude, deja de bromear. Sé lo mucho que te afecta. Piensa que no todo el mundo puede ser tan fuerte como tú, y él no tiene ni la mitad de tu fuerza.

—Yo no soy fuerte.

—Eres la persona más fuerte que conozco.

—Eso es porque no conoces a mucha gente.

—Jude, a veces cuesta aceptar la felicidad cuando te la dan como la entregas tú. Es inevitable buscar dónde está la trampa por todas partes. Estás seguro de que siempre hay trampa. —Lara se queda callada y él comprende lo que está a punto de decirle antes de que lo haga, así de bien la conoce—. Mi trampa fue Sebastian, lo que sientes por él. La encontré y la acepté. —Aprieta su mano—. Ahora Sebastian busca su propia trampa.

—Pero es que no hay trampa.

—Eso ya lo sé, pero él no lo sabe. Jude, se te olvida que George os hizo daño a los dos. Todo eso que viviste, los miedos e inseguridades, también lo vivió él. Seguramente lo de Sebastian fue peor porque crecieron juntos. Tú viste el monstruo venir antes de enamorarte de él. Te salvaste solo de morir aplastado por su oscuridad. Sebastian ya estaba enamorado de él cuando el monstruo apareció. Y no pudo hacer nada. —Lara termina de beberse la sidra. Inclina la copa vacía hacia él—. Debe ser una mierda despertarte un día y descubrir que todo lo que querías estaba podrido y que le has dado tu felicidad a quien no la merecía.

—¿Estás defendiendo a Sebastian? —pregunta, incrédulo.

—No, solo expongo un hecho.

—Pensé que lo odiabas.

—No lo odio, Jude. Tú lo quieres; por tanto, no puedo odiarlo. Lo que odio de él son todas las lágrimas que has derramado por su culpa. Eso odio. —Suspira—. Debería irme. Es tarde.

—Te puedes quedar si quieres.

Lara entrecierra los ojos, dubitativa.

—¿Y él? —Jude observa la habitación como si buscara algo, incluso se asoma para mirar por los lados del sofá—. Idiota, pero ¿qué haces? —Lo agarra de la camiseta para que vuelva a sentarse junto a ella.

—Buscarlo, solo por si acaso.

—No quiero que haya problemas por mi culpa.

—Nunca serás un problema. No es como si tuviera que pedirle permiso para hacer algo contigo. *Quierodecir*, algo que no implique quitarnos la ropa y esas cosas.

—Jude.

—No estamos haciendo nada malo.

—Comprendes que en mi mente estamos haciendo de todo, ¿verdad? No puedo mentirte. ¿Te parece bien que me quede igualmente?

—Puedes quedarte si no te va a hacer daño. Me encantaría que te quedaras. ¿Te puedo abrazar?

—La duda ofende.

—¿Cuándo te vas?

—En cuanto me den permiso en el colegio para irme. No estaré aquí para tu cumpleaños.

—¿Me escribirás?

—Claro que sí.

Duermen juntos. Hablan durante horas hasta que se quedan dormidos con la promesa de no dejar que la distancia los separe, aunque ambos son conscientes de que debe hacerlo en mayor o menor medida.



A la mañana siguiente, Jude se está secando el pelo con una toalla cuando suenan los grillos y Lara se adelanta a abrir. Lleva una camiseta de Jude, los pies descalzos, el pelo revuelto y cara de sueño. Jude saca la cabeza del cuarto de baño dispuesto a gritarle a Asher que no va a ir a correr con él para descubrir que se trata de Sebastian.

A su amigo se le borra la sonrisa cuando la ve a ella.

Lara observa la bolsa que lleva en la mano.

—¿Has traído el desayuno?

—Sí —contesta Sebastian.

Le hace un gesto para que pase. Sebastian se quita los zapatos y ambos se encaminan a la cocina.

—Dios, necesito un cubo de café —se queja ella—. ¿Te preparo uno?

Con la toalla todavía en la mano, Jude se apresura a dirigirse a la cocina. Permanece en la puerta viendo cómo dos de las personas más importantes de su vida intercambian miradas y comentarios de lo más fríos.

Sebastian parece hallarse lejos a pesar de encontrarse en ese espacio cerrado. Jude observa cómo pasea la mirada por la cocina, buscando algo con una pregunta suspendida sobre la cabeza. Al notarlo, Lara le quita la bolsa de las manos y chasquea los dedos delante de su cara.

—Que si quieres café.

—No, gracias. Debería irme. Hoy tenemos mucho trabajo. ¿Dónde está Baker?

—¿Todavía lo llamas así? Por Dios. —Lara resopla—. Se está duchando.

—Vale, pues dile que lo llamo esta noche.

—Díselo tú —inquiere Lara cuando repara en su presencia, señalando hacia él.

—Cup, no te esperaba.

Lara ni siquiera le pregunta, le pasa una taza con chocolate amargo, el que le gusta.

Jude deja la toalla sobre una silla para tomar la bebida.

—He traído el desayuno. Pero me tengo que ir ya —explica Sebastian.

Jude observa la bolsa que Lara está vaciando, con cruasanes, pan y algunos dulces caseros hechos por Henry.

—¿No te quedas a desayunar?

—No. Solo pasaba para traerte eso. —La tensión casi se puede palpar—. Me alegra ver que estás bien, Lara. —A continuación, se dirige a Jude—: Hablamos esta noche.

Todo sucede tan rápido que Jude no tiene tiempo de asimilarlo. Observa que Lara le hace un gesto para que lo siga.

—Te acompaño. —Deja la taza sobre la mesa para alcanzarlo.

Sebastian se pone los zapatos en silencio. Jude siente un mordisco en el corazón cuando advierte la distancia abismal que se ha abierto entre ellos.

—Cup, ¿te apetece que cenemos juntos?

Sebastian no parece escuchar la pregunta al principio, se limita a abrir la puerta para marcharse. Jude está a punto de repetirla cuando Sebastian se da la vuelta y baja la vista hacia él. Debería sentirse más pequeño frente a ese chico que lo supera en altura y tamaño, pero es Sebastian, con la forma en que lo mira, quien parece empequeñecer a pasos agigantados.

—¿Te has acostado con ella?

A Jude le descoloca la pregunta.

—¿Qué?

—Está claro que habéis pasado la noche juntos. Y no me importa. Solo quiero saberlo.

Jude frunce el ceño.

—¿Que no te importa, dices?

—No si eso te hace feliz. Solo quiero que seas feliz, Baker. Soy consciente de que lo vuestro es demasiado reciente, aunque no hablemos de ello. Sé que te duele.

—Así que me das permiso para acostarme con ella. —Jude suelta una risotada amarga. No puede creérselo.

—¿Qué te hace gracia?

—Nada. No me hace ni puta gracia nada, Seb. Dime una cosa, ¿hasta dónde eres capaz de llegar para castigarte? ¿Cuánto vas a seguir usándome para eso?

—Baker.

—Jude. Me llamo Jude, joder. —Le clava un dedo en el pecho, empujándolo hacia atrás—. Deja de poner un muro entre nosotros. Estoy cansado, ¿vale? Mírame a los ojos y dime que no te importa que me acueste con Lara. Haz que me lo crea y entraré ahí dentro y le pediré por favor que me deje follarla junto a la fuente de los melocotones. Y no volveré a pensar más en nosotros. No tendrás que seguir castigándote.

De pronto se encuentra aplastado contra el pecho de Sebastian, que lo abraza con fuerza y hunde el rostro en el hueco de su cuello.

—Sí me importa. Joder, claro que me importa. —Jude nota el temblor de su cuerpo y el dolor en el pecho se le deshace lo suficiente como para aferrase a su espalda y conseguir respirar hondo—. Lo siento. A veces no sé cómo comportarme contigo. Me da tanto miedo cagarla que no dejo de hacerlo. —Hunde los dedos en su pelo mojado y Jude suspira por sentirlo así, tan cerca en todos los sentidos. ¿Por qué tiene que ser tan difícil para ellos?

—No me he acostado con ella.

Sebastian lo aprieta un poco más.

—Me alegro.

—Estoy enamorado de ti, Seb. No puedo estar con otra persona si estoy contigo. Soy un bisexual aburrido que cree en la monogamia. —Se aparta lo suficiente como para poder mirarlo a los ojos—. Tienes que entender que Lara y yo siempre vamos a tener una relación especial. Y aunque se quede a dormir, no significa que me vaya a acostar con ella ni que quiera hacerlo. Nunca te haría eso. Nunca. —Jude se toma unos segundos para encontrar las palabras—. Cuando pasó eso, ¿sabes qué fue lo peor? No tenía a quien llamar. No podía contárselo a nadie ni podía hablar de eso con mi hermano ni con mis padres. Me di cuenta de que no tenía amigos de verdad. Puede que me llevara bien con todo el mundo, pero no tenía amigos de verdad a quien contarles mis problemas. En aquella época solo tocaba el piano, no hacía otra cosa. Mis amigos eran la música y mi perro. Y luego estaba Georgie. —Se ríe con amargura—. La única persona a la que podía recurrir era la única a la que quería perder de vista. —El dolor en el rostro de Sebastian lo alcanza como el filo de un cuchillo—. *Quierodecir* que Lara es esa persona a la que ahora llamaría. Por suerte también tengo a Viola y a Ava y te tengo a ti. Y ya no tengo miedo de hablar con mi hermano. No estoy solo. Pero Lara es esa persona, ¿comprendes? ¿Quién es tu primera persona?

—Mi hermana.

—Pues para mí es Lara. —Le dedica una sonrisa franca—. Tendrás que acostumbrarte a ella.

—Creo que será más difícil que ella se acostumbre a mí.

—Yo también lo creo.

Y entonces Sebastian atrapa sus labios en un beso que lo deja sin respiración. Un beso dulce y al mismo tiempo exigente. La lengua de Sebastian busca y encuentra la suya, enroscándose en una promesa. Jude lo siente en cada parte en que sus cuerpos se tocan. Su calor. Las manos de Sebastian, una presionándole el omóplato, haciendo que su erección se le clave en la cadera, y la otra hundida en su pelo, tirando de él con suavidad.

Se separan con esfuerzo. Sebastian apoya su frente en la suya.

—Te deseo, Jude.

Hay una locomotora dentro de Jude; imposible detenerla.

—Repítelo.

—Te deseo.

—Mi nombre. —Lo agarra de la camiseta. Dios, ¿por qué no pueden estar más cerca?—. Di mi nombre otra vez.

—Jude.

Jude sonríe con satisfacción.

—Suenas tan dulce… —Lo mira a los ojos—. Una vez te dije que algún día pronunciarías mi nombre así.

El comentario consigue que Sebastian se eche a reír.

—¿Recuerdas todas las mierdas que me dices?

—¿Tú no?

Sebastian sostiene su cara entre las manos.

—¿Quieres pasar la noche conmigo? ¿En el hotel?

—¿En tu torre?

—Ajá.

—¿Me tengo que poner nervioso?
—Lo vas a hacer igualmente.
—Pues sí.
Sonríe y Sebastian le devuelve la sonrisa. Después lo vuelve a besar y se marcha.

CAPÍTULO 49

JUDE



APENAS SON LAS TRES DE LA TARDE CUANDO JUDE ABANDONA LA ESCUELA CON CIERTO nerviosismo. No ha dejado de pensar en Sebastian y en el hecho de que va a pasar la noche con él. Las expectativas lo han mantenido en una suerte de montaña rusa que no deja de dar vueltas una y otra vez sobre lo que puede o no puede pasar y cómo tiene que comportarse para que pasen cosas.

Tampoco ha dejado de pensar en Lara y la euforia se transforma en desazón y culpabilidad cada vez que imagina lo mal que debe estar ella y lo mucho que le gustaría que las cosas fueran distintas. Le entristece de tal manera que se pasa la mañana enviándole mensajes a los que ella responde asegurándole que no debe preocuparse y que si sigue escribiéndole tanto acabará por bloquearlo.

Lo último que espera es encontrar a Henry en los aparcamientos.

—¿H? ¿Qué haces aquí?

Su hermano se ve adorable con las pecas enfatizadas por el rubor de sus mejillas. Comprende que la cosa es seria.

—¿Me puedes acompañar a un sitio? Es importante.

—Claro.

—Vamos en mi coche. Luego te traigo para que recojas el tuyo.

Se meten en el coche de Henry y Jude se encarga de poner la música. Es inevitable que lo haga. No le gusta el *jazz* y es la música favorita de su hermano.

—Tú el coche y yo la música.

—Se te pega todo lo malo, ¿eh? —Henry se lo dice porque Viola recurre a la misma estrategia. Ella odia el *jazz* incluso más que Jude.

—Te aguantas. Y ahora dime a dónde vamos.

—A Alresford, a casa. Y si no encuentro lo que busco, iremos a Winchester.

—*Vaaale*. Ahora toca la parte donde dejas de hacerte el interesante y me cuentas por qué. *Quierodecir*, si quieres pasar una tarde estupenda con tu estupendo hermano, ya sabes que solo tienes que pedírmelo.

—Lo cierto es que… —Carraspea y Jude observa que el rubor le ha llegado al cuello—. Pensaba pedirte ayuda para una cosa que quiero hacer.

—Ayuda —repite Jude—. Mi hermanito pidiendo ayuda. Ahora sí que estoy preocupado. Creí que habías venido a echarme un sermón o algo.

Jude mira a su hermano y este lo hace un instante fugaz antes de incorporarse a la autopista.

Jude sabe que él lo sabe. Viola es incapaz de guardar secretos tan importantes. Y Henry sabe que él sabe que lo sabe, de modo que el silencio se extiende durante unos segundos hasta que por fin Jude decide que se va a arrancar la tirita de una vez.

Y entonces su hermano lo vuelve a sorprender.

—Necesito organizar una obra de teatro.

—¿Perdona?

—Lo hacían los Evans cuando aún vivían. Para Viola y Sebastian era importante.

—¿Quieres representar *Noche de Reyes*? ¿Por eso de que sus padres los llamaran así por esa obra?

—Sí. Además, quiero que todos participemos.

—Todos —repite Jude.

—Todas las personas importantes para nosotros —aclara—. Hablé con Charlotte por teléfono y está entusiasmada. Me gustaría que te encargaras de la música y que representaras algún papel.

—No me lo pensaba perder —le asegura Jude. Henry asiente con una sonrisa—. Podría habérsete ocurrido antes. El aniversario del accidente ya pasó.

—No es por ellos. Es por Viola. —Su hermano lo mira de soslayo—. Jude, le quiero pedir que se case conmigo.

A Jude se le forma una bola de emoción en el pecho. Si no estuviera conduciendo, lo abrazaría hasta dejarlo sin aire.

—¿Puedo llorar?

—Ya estás llorando. —Jude ni siquiera se ha dado cuenta de cómo las lágrimas han empezado a derramarse por sus mejillas—. No es que vaya a haber mucha diferencia. Llevamos años viviendo juntos.

—¿Por qué no lo habías hecho hasta ahora? ¿Es por el bebé?

Henry se lo piensa durante unos segundos en los que avanza tranquilo por la autovía en dirección a casa de sus padres.

—No lo sé. En su momento hablamos de que los dos queríamos, pero nuestra vida ha sido tan sencilla juntos que nunca se me ocurrió pedírselo. He estado tan bien que solo lo recordé cuando anunciaste que te casabas. ¿Te parece lógico? —Se pasa una mano por el pelo y adiós a su peinado y al Henry impecable. Jude prefiere a ese Henry, lleno de dudas e incertidumbres, que al otro que aparenta ser perfecto—. Me conoces, siempre pienso en el futuro. Pero con ella…

—Con ella el futuro es también el presente —termina por él, y se le escapan más lágrimas al decirlo en voz alta—. Me alegro mucho de que seas mi hermano, Henry.

—No digas eso. Se supone que lo tenía que decir yo.

—Pero es que yo tengo más motivos. Te he dado más dolores de cabeza.

—Eso es verdad —admite Henry con una sonrisa que le tiñe las mejillas.

—Eh. Mis dolores de cabeza son estupendos. No son los horribles que te dan pinchazos en el cráneo y no se te van con nada. Son esos otros suaves que con una pastilla de nada se te quitan. O con un orgasmo. ¿Has probado el sexo cuando tienes dolor de cabeza?

Henry menea la cabeza.

—Jude, eso es contraproducente.

—De eso nada. Es una leyenda urbana. Seguro que V opina como yo.

—Ni se te ocurra meterle más ideas raras en la cabeza.

—¿*Más* ideas raras? —A Jude se le iluminan los ojos.

Henry sube el volumen de la música. Jude lo baja.

—¿Cuándo quieres hacer la obra?

—En cuanto vuelva Charlotte. Poco después de tu cumpleaños.

—Solo a mi hermanito se le ocurriría declararse con una obra de Shakespeare. Creo que voy a llorar otra vez. Por cierto, ¿a dónde estamos yendo exactamente?

—A encargar un anillo —explica—. Mamá me ha recomendado ir a su joyería de confianza.

Jude lo mira intensamente.

—Hermanito, ¿puedo seguir llorando?

Henry menea la cabeza. No puede estar más rojo. Jude saca el móvil para hacerle un resumen a Sebastian de todo lo que acaba de pasar. Es demasiado importante como para dejarlo al margen.

—¿Se lo estás contando?

—Pues claro. —Jude levanta la vista—. ¿Sabes que somos pareja? *Quierodecir*, yo lo sigo viendo como mi mejor amigo. Me cuesta un poco decir que es mi pareja cuando hace nada lo era Lara. —Compone una mueca, un poco azorado—. Pero él me llama «novio». Es raro.

—Está bien que siga siendo tu amigo. Antes que nada, es lo que sois. Ya te acostumbrarás a lo demás. —Como él continúa tecleando, añade—: Jude, estoy muy orgulloso de ti.

Jude suelta el móvil para centrarse en su hermano.

—Ya. Es que soy increíble.

—Lo digo en serio. Persigues lo que quieres y no desfalleces. Eres la persona más fuerte que conozco y me alegra que seas mi hermano.

—Eres el segundo que me dice que soy fuerte en menos de una semana. Voy a empezar a creérmelo.

—Es que es así. Todos lo vemos y nos aterra lo fuerte que eres. Me da miedo pensar que en cualquier momento puedas quebrarte —admite Henry.

Jude tiene miedo de que piense que actúa, tal y como hacía en el pasado para que nadie se diera cuenta de cómo se sentía realmente.

—¿Te da miedo que sea de mentira? Hace mucho que no miento sobre cómo me siento.

—Sé que no mientes. No lo digo por eso. —Henry aprieta el volante—. He visto lo que tu fuerza hace contigo. Todavía recuerdo cuando me trajiste a casa de los Evans, cuando el psicólogo al que te llevamos me llamó para pedirme que te vigilara. Nunca en mi vida he sentido tanto miedo. Así es tu fuerza, Jude. Cargas con todo hasta que el peso te supera. Y cuando lo hace, te quiebra. —Henry no solo se pone rojo al recordar, también compone un gesto que a Jude le revuelve las tripas. Odia lo mal que se lo hizo pasar entonces. Por aquella época, Jude ya iba a terapia, pero cuando lo convenció para pasar una temporada en Orsino hasta que Sebastian acabara el cómic, su hermano había tenido que buscarle un psicólogo de emergencia, un hombre en el que Jude no confiaba y al que no dejaba de mentir. No fue fácil—. No tienes que ser fuerte todo el rato. Soy tu hermano mayor, puedes apoyarte en mí cuando te haga falta. Necesito saber que puedes hacerlo.

—Puedo hacerlo si tú lo haces también —propone Jude.

—Lo haré. Juntos podremos soportar lo que sea.

—Ya no soy ese Jude. No dejaré que me aplaste de nuevo. He aprendido a pedir ayuda y me alegra que mi hermanito también lo haya hecho. —Le dedica una sonrisa—. Henry, hemos pescado a los Evans. Somos lo más. —Su hermano se echa a reír—. ¿Te has fijado? Pasamos de ser dos niños adoptados y solitarios a tener una familia enorme y maravillosa. Ni en mis mejores sueños habría imaginado algo así.

—Nos lo merecemos, ¿no te parece?

Henry, que siempre creyó que nunca merecía más de lo que le tocaba.

—Por supuesto que nos lo merecemos. Y no dejaré que nada nos lo quite. Tranquilo, hermanito, de eso me ocupo yo. Tú ocúpate de elegir un anillo que tu novia no acabe perdiendo.

Henry deja escapar un hondo suspiro.

—Eso es más complicado.

—La única joya que le he visto son esos pendientes que va cambiando de vez en cuando. Si fuera por ella iría desnuda a todas partes. ¿Me puedo casar yo con ella? Está claro que nos hemos equivocado eligiendo hermanos. Vila pega más conmigo. Y a ti te encantaría lo controlador que es Seb y lo mucho que se lo piensa todo. —Se vuelve hacia él con una sonrisita—. ¿Cambiamos? Prometo ser un padrazo.

—Paso. Puede que a ti te vaya todo, pero yo sigo prefiriendo las tetas.

Jude abre los ojos como dos naranjas.

—Has dicho «tetas».

Su hermano está a punto de entrar en combustión.

—Puedo decir «tetas».

—Sigue repitiéndolo, anda. Quiero comprobar cómo de rojo te pones.

Henry sube el volumen. Jude, en lugar de bajarlo, sonríe y lo sube un poquito más.

La vida gira y gira mientras ellos están ahí sentados, juntos. Dos hermanos compartiendo un momento irrepetible.

—Te quiero, hermanito —murmura Jude aun sabiendo que este no lo puede escuchar. Sin embargo, lo importante no es que lo escuche, sino que lo sepa. Y Henry lo sabe.



Henry deja a Jude en los aparcamientos de la escuela casi a las ocho de la noche. Nada más subirse al coche, Jude pone rumbo hacia su casa. Se cambia de ropa, se da una ducha y se pone en marcha hacia el hotel de los Evans.

Jude: ¿Cómo de nervioso me tengo que poner? Estoy yendo a casa para darme una ducha y cambiarme.

Seb: ¿Todavía sigues pensando en eso?

Jude: También pienso en cómo suena tu voz cuando pronuncias mi nombre. Voy alternando de un pensamiento a otro.

Seb: No vamos a hacer nada que no quieras.

Jude: El problema no es ese.

Jude: El problema es que no hagamos algo que me apetece mucho.

Seb: Ajá.

Jude: Me apetece mucho.

Seb: Ya veremos si te quedan fuerzas para eso cuando haya acabado contigo.

Jude: ¿Perdona? ¿Qué quieres hacer conmigo exactamente?

Seb: Baker, ¿recuerdas dónde trabajo?

Jude: ¿Sí?

Seb: ¿Sabes lo que vendo?

Jude: Ahora sí me estoy poniendo nervioso.

Seb: Excelente. ¿Alguna cosa más que necesites saber?

Jude: ¿Todo?

Seb: No te entretengas, listillo.

Seb: ¿Baker?

Jude: ¿Sí?

Seb: No es necesario que te duches. Yo me encargo de eso.

Jude: Cup.

Jude: Seb.

Jude: Sebastian.

Seb: ¿Qué?

Jude: Me he puesto cachondísimo. Así no puedo salir a la calle.

Jude: Creo que debería hacerme una rápida.

Seb: Pero ¿qué dices? ¿En el coche?

Jude: Bueno, vale. Entraré en casa.

Seb: Joder, Baker. ¿Puedes simplemente venir aquí? Yo me encargo de eso también.

Jude: No puedes encargarte de todo.

Seb: Si se trata de ti, sí que puedo.

Jude: Calla, en nada estoy.

Seb: Jude, joder. Ven aquí ahora mismo.

Jude: Estoy delante de la puerta de la habitación. ¿Ves? Solo tienes que decir la palabra mágica. Aprendes rápido.

Seb: Ahora verás.

La mirada que le dedica Sebastian nada más abrir la puerta le deja la boca como si hubiese atravesado el desierto, sobre todo cuando descubre el bulto en sus pantalones de chándal.

—Cup, sí que tenías ganas de verme.

—Cállate, Baker.

Sebastian lo agarra de la camiseta y lo arrastra al interior. Cierra y lo empuja contra la puerta. A Jude se le borra cualquier rastro de sonrisa.

—Cállame tú.

Y vaya si lo hace. La boca de Sebastian impacta contra la suya y lo besa de una manera salvaje y desinhibida, empujando su cuerpo como si quisiese meterse dentro de él. Su dureza se le clava en la cadera. Jude jadea y tiembla tanto por el deseo y la efusividad de Sebastian que tiene que sujetarse a su espalda para poder mantenerse en pie. Nunca lo había besado así. Reclama su boca como si le perteneciera. Le mete la lengua hasta el fondo para convertir el beso en el mejor baile de su vida al tiempo que las manos van a parar una a su nuca para controlar mejor el beso y la otra a su culo.

—¿Qué decías? —Sebastian se separa para besarle y morderle la mandíbula.

Jude gime en respuesta cuando la pierna de Sebastian se cuela entre las suyas y se mueve de manera deliciosa contra su erección.

—Así me gusta. —Sebastian se toma al pie de la letra lo de callarlo. Se entretiene en su cuello. Lo lame, succiona y le muerde el lóbulo de la oreja. Jude prácticamente se desploma contra la puerta—. ¿Demasiado para ti? —Se aparta para mirarlo a los ojos.

Él aprovecha para tomar aire.

—No sabía que te ponía tanto el rollo telefónico, Cup. —Lo atrae de nuevo y le da un besito suave en los labios para provocarlo—. Si te has puesto así por decir que me iba a tocar, no quiero saber lo que harías con una fotopolla.

Sebastian gruñe, pero a Jude no se le escapa la media sonrisa que se le forma cuando le muerde el hoyuelo derecho.

—Hablas demasiado, Baker.

—Me gusta hablar. Me puedes decir cuáles son esos juguetes que vamos a usar esta noche y de paso cómo vas a ocuparte de esto. —Toma la mano que tiene en su culo y la lleva a su entrepierna, frotándose con ella.

En un momento, Sebastian le desabrocha los pantalones y mete la mano para agarrarle la polla en un movimiento posesivo. Jude jadea.

—No necesito fotopolla si tengo esto. —Lo acaricia con movimientos firmes y controlados.

—Si pones esa voz y me tocas así no voy a aguantar nada, Seb. —Y es cierto. Se está volviendo loco. Se retuerce por todo lo que le hace sentir el tener a ese Sebastian ocupándose de él.

—Tranquilo, tenemos todo el tiempo del mundo.

—No sé, Cup. Yo empiezo a ver el final del túnel.

—Dios, eres idiota.

—Te gusta que lo sea.

—Mmm. —Lo vuelve a besar—. Vamos a la ducha. Te voy a dejar bien limpio.

—¿Insinúas que estoy sucio?

—Calla, Baker. Te voy a tener que cerrar la boca.

—¿Te gustan esas cosas?

—Me gustan muchas cosas.

—¿Como qué? ¿En qué estás pensando ahora? ¿Qué vas a hacerme?

—Estoy pensando en cómo te voy a follar contra la pared de la ducha. En cómo sonarán tus gemidos con el agua corriendo sobre nosotros. —Le muerde el labio mientras recorre su longitud con la mano, despacio, provocándolo—. En cómo me vas a suplicar.

A Jude se le escapa una especie de sollozo.

—¿Lo puedes volver a repetir? —Esboza una sonrisa socarrona ante la mirada de Sebastian —. La parte esa en la que me vas a follar. Necesito grabarla para que quede constancia.

—Te quiero desnudo dentro de la ducha. Enseguida voy.

Jude sonríe y se separa de él para meterse en el baño.

Se desviste rápido y se mete en la ducha. Ajusta el agua caliente antes de activar la alcachofa y espera sin muchas esperanzas que el agua tibia se lleve parte de su nerviosismo. Se mira la entrepierna, dura e hipersensible después del recibimiento de Sebastian. Se halla al borde del orgasmo. Debería correrse rápido para poder empezar el juego en punto muerto. Ya tiene una mano en la polla cuando Sebastian aparece, tal y como Dios lo trajo al mundo. A Jude se le hace la boca agua al dirigir la vista a su erección, al metro noventa y tres de espalda ancha y brazos enormes que lo está mirando como si quisiera comérselo entero.

—Baker, ¿qué cojones haces?

—¿Hacerme una rápida?

—¿Te he dado permiso para eso?

—Es que quiero empezar de cero, Cup. Estoy a punto.

—Ya te dije que yo me ocupaba, ¿no?

Sebastian entra en la ducha y deja sobre la base del mármol algunas de las cosas que ha ido a buscar. Como un par de condones y otras cosas que no consigue ver porque su amigo lo empuja contra las baldosas y le agarra la polla.

—Si digo que yo me ocupo es que yo me ocupo. —Lo sostiene por la nuca y lo besa con violencia.

Jude jadea contra su boca y tiene que agarrarse a su hombro cuando Sebastian comienza a masturbarlo a un ritmo demoledor.

—Seb, Dios. Para.

—¿No querías una rápida? Pues ahora te corres, joder.

—Prefiero que me jodas tú.

—Eso también. —Sebastian une sus pollas y comienza a acariciar la una junto a la otra, poniendo especial énfasis en la de Jude—. ¿Te gusta así?

—Sí. Sí. —Jude jadea cuando nota cómo la mano derecha de Sebastian, su mano menos diestra, se dirige a su culo y tantea su entrada, empujando hacia dentro—. Seb. —Se pega contra él, moviendo las caderas al notar que el orgasmo comienza a abrirse paso como un relámpago—. Voy a correrme.

—Ajá. —Sebastian le mete el dedo y lo vuelve a sacar mientras su mano izquierda hace magia con su polla. En cuanto hace ademán de meter un segundo dedo, Jude se corre su mano. Se aferra a él con fuerza y le muerde el brazo mientras solloza mil gilipolleces.

—Seb.

—Mmm. —Sebastian continúa acariciándolo hasta llevarse el último de sus temblores. Le muerde el pezón y Jude echa la cabeza hacia atrás.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Seb?

—Tengo una mordaza, no me hagas usarla.

—No sabía que a ti también te iba el rollo V y Ash.

—Baker, a partir de ahora tienes prohibido mencionar a nadie más cuando estemos desnudos.

—¿O si no qué?

—Te dejaré con las ganas.

—Sabes que puedo hacerlo solo, ¿verdad? —Sebastian enarca las cejas; todavía tiene su polla en la mano y los dedos en su interior. Empuja más y los curva hacia ese punto. Jude se estremece—. Solo era un apunte.

—Sabes que también tengo cuerdas, ¿verdad?

A Jude se le agrandan los ojos.

—Estás lleno de sorpresas. Me muero por descubrirlas.

—Calladito estás más guapo, no me canso de repetírtelo. —Le saca los dedos del culo y lo besa.

—No sé callarme si no me besas —murmura Jude con la voz entrecortada cuando se separan.

—Me gusta escucharte, por estúpido que sea lo que me dices. Me pone mucho que me hables. Habla todo lo que quieras mientras te follo.

—¿Es una especie de fetiche tuyo? ¿Que te hable?

—Tú eres mi fetiche. Al completo. —Le muerde el labio con la suficiente fuerza para hacerle daño, pero sin llegar a hacérselo—. Date la vuelta.

Jude nota cómo su erección empieza a cobrar vida. Se da la vuelta. Sebastian se pega a él por detrás.

—¿Ves esas barras? —Señala las barras de acero de agarre antideslizantes, situadas a la altura de su pecho—. Quiero que te agarres a ellas y no apartes las manos de ahí hasta que acabemos.

—¿Es una orden?

—Exacto.

—¿Te pone dar órdenes? No sabía eso de ti.

—Todavía hay cosas que no sabes de mí, Baker.

—Si me llamas Jude, a lo mejor consigues que vuelva a correrme.

Sebastian baja la vista a su erección.

—Dios. ¿Cómo puedes ser tan rápido?

—Soy un tío con suerte.

Sebastian lo besa en el hombro y lo abraza desde atrás, acariciándole la entrepierna. Jude se sostiene a las barras y se deja llevar por todas esas sensaciones maravillosas.

—¿Te haces una idea de cuánto he soñado con tenerte así?

—No tanto como yo, Seb. Llevo mucho tiempo deseando que me empotres. Más te vale hacerlo bien.

Sebastian le muerde el hoyuelo en cuanto se le forma en la mejilla.

—¿Eso es un desafío?

—Tómatelo como quieras. —Alza el culo hacia su polla y Sebastian lo agarra para que se quede quieto.

—Ahora te vas a quedar quieto y me dejarás hacer. ¿Entendido?

—Sí.

—Si quieres que pare, me lo dices.

Jude permanece quieto, aferrado a las barras, mirando a las baldosas mojadas de la ducha mientras el agua tibia cae sobre su cuerpo. Percibe a Sebastian a su espalda. Escucha el ruido del gel lubricante y siente el frío entre sus nalgas cuando Sebastian lo embadurna ahí atrás. Lo primero que hace es meterle un dedo, luego otro. Pega su cuerpo contra él mientras busca ese punto, curvando los dedos hacia arriba. A continuación, nota cómo los saca y mete algo más duro.

—¿Eso es un *plug*? —Se le escapa un gemido al sentir cómo esa cosa se desliza en su interior.

—Es una cadena de bolas, listillo —contesta su amigo a la vez que presiona con firmeza—.

Tiene cuatro niveles. —Lo besa en el cuello. Lame y muerde mientras introduce un nivel tras otro de la cadena.

—Creía que me ibas a empotrar tú.

—Se le llama preparación, Baker. ¿Sabes lo que es?

Jude ahoga un sollozo cuando la cadena llega al fondo y Sebastian la saca de un tirón, provocándole una descarga de placer que le recorre todo el cuerpo y hace que se retuerza.

—Seb. Dios, Seb. —Sebastian lo tiene agarrado por la cintura para evitar que se caiga—. Hazlo otra vez, por favor.

Nota la sonrisa de Sebastian en su cuello.

Le vuelve a meter la cadena, paso a paso, lentamente, hasta el fondo.

—Espera, avisa cuando la vayas a sacar —suplica Jude, gimoteando.

—Ajá.

Sebastian empieza a masturbarlo y no lo avisa cuando saca la cadena de un tirón. Jude se corre. Con más intensidad que la primera vez. Esta vez sus gemidos son más sonoros, más ahogados, más todo. Sebastian espera a que termine de recuperarse entre caricias y besos.

—Seb. Eso ha sido increíble.

—Dos a cero. Te voy ganando —le susurra al oído—. No sé si podré llegar a la tercera. Estoy demasiado caliente, Baker —musita con la voz ronca, deslizando la polla sobre la entrada de su culo.

Jude no necesita más para volver a sentir que el deseo se reaviva en él.

Sebastian se pone un condón y se unta con lubricante.

—Agárrate fuerte, Jude. —Pronuncia su nombre de una manera que consigue que él pierda el norte.

—Métemela ya, Seb.

Sebastian sonríe. Y es lo último que percibe antes de sentir cómo se hunde en su interior hasta el fondo. El impacto es tan brusco que Jude suelta un grito de sorpresa; enseguida tiene a Sebastian agarrándolo de las caderas y moviéndose contra él a un ritmo implacable. Sebastian tira y sacude tan fuerte que Jude se aferra más a las barras para no soltarse. La sensación de estar lleno de Sebastian es increíble, absolutamente demoledora. Siente que se va a partir en mil pedazos y que cada embestida lo va a volver más y más ingrávido. Sebastian le ha pillado el punto desquiciante y se encarga de martillearlo una y otra vez. Al mismo tiempo, le agarra la polla de manera posesiva, moviéndola a un ritmo demasiado lento para lo que demandan sus embestidas. Sebastian pretende volverlo loco. Jude quiere que lo haga. Lleva toda una vida soñando con que Sebastian se lo folle así, sin miedo a dárselo todo y a tomarlo todo de él. Con deseo y esa locura que solo muestras cuando te abandonas al placer físico. Sebastian se ha convertido en un animal hambriento de él y lo está engullendo entero; su sexo, sus ganas, su corazón.

Continúa penetrándolo cuando Jude se vuelve a correr, con los ojos llenos de lágrimas por el desgaste sensorial extremo al que ha sido sometido. Sebastian le acaricia la polla desde atrás sin perder el ritmo. Le muerde el hombro, empuja las caderas unas cuantas veces más y entonces nota que se derrumba entre sacudidas y sollozos de lo más excitantes.

Jude está roto. Exhausto. Maravillado. No se suelta de las barras mientras Sebastian continúa alargando su propio placer; se desliza dentro y fuera hasta que deja de temblar.

Permanecen unos segundos quietos. Sebastian abrazándolo por detrás, con el rostro hundido en su cuello. Jude manteniendo una conversación seria con su cuerpo para que le permita

mantenerse en pie.

—¿Estás bien? —pregunta Sebastian.

—No. —Se gira con dificultad para mirarlo a los ojos—. Dame cinco minutos y podemos repetirlo.

—¿Cinco? Pero si me has dejado seco.

—Bueno, pues entonces te lo hago yo a ti. No pasa nada.

—Calla, anda. —Sale de él, se quita el condón y lo tira a la basura. Luego lo atrae hacia sí para besarlo como si fuera alguna cosa bonita que pudiera romperse.

—¿Ahora toca mimos?

—Ajá. Muchos mimos.

—Me gustan los mimos, Seb.

—Lo sé, Jude. —Le aparta el pelo hacia atrás—. Te voy a limpiar y nos vamos a ir a la cama. Y puede que te empotre de nuevo cuando me vuelvan las fuerzas.

—Tener tu edad es un asco.

—Eso me lo dices cuando tenga mi polla en tu culo, ¿te parece?

—Precisamente, Seb. No la tienes.

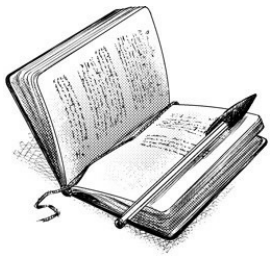
—Cállate.

—Cállame.

Sebastian lo besa.

A él le gusta silenciarse en los labios de Sebastian. No le importaría vivir en ese silencio si eso significa vivir en sus labios.

DIARIO DE JUDE



¿Sabes de lo que me he dado cuenta? A veces pensamos que llevamos la vida dentro de la cabeza y nos olvidamos de que es la vida la que nos lleva a nosotros. Le damos vueltas y más vueltas hasta sentirnos mareados, lejos de nuestro cuerpo, de la realidad. Lejos de todo lo que nos hace ser.

Hay momentos en los que crees que no vas a sobrevivir, aunque lo desees con todas tus fuerzas. Solo eso, sobrevivir. La vida dentro de tu cabeza te dice que no vas a sobrevivir mientras la vida que te lleva te demuestra lo contrario.

«Mañana», me dice Lara cuando me ve debatirme conmigo mismo y la oscuridad se cierne sobre mí, lo que quiere decir que mañana habrá más posibilidades. Podrá cambiar algo, podré ver las cosas de otra manera. ¿Y sabes qué? El «mañana» llega. Y resulta que sigues vivo.

Hoy es veinticuatro de diciembre. Es el cumpleaños de mi hermano, así que he venido con mis padres a pasar unos días a la casa de los Evans. Ya sabes lo importante que es la Navidad en mi familia.

Te gustaría ver a Viola ahora. Sé que era como una hermana para ti. Como no pudimos pasar juntos el *Christmas Jumper Day* nos pusimos de acuerdo para que fuera hoy. Viola se ha hecho su propio abrigo navideño y casi gana el premio al más ridículo solo por lo mal que se le da coser, y eso que Henry se esfuerza muchísimo para que aprenda. Pero es que conmigo no puede competir.

Es feliz con Henry. Me imagino que en algún momento le vendrás a la cabeza, especialmente mañana. Sé que se acuerda de ti. Todos lo hacen. A mí no me importa. He aprendido a vivir con tu recuerdo y la verdad es que no me molesta. Ellos me han mostrado a un George que no conocía. Uno que era hermano, hijo y amigo. Un George humano muy diferente del que mi mente se ha encargado de retorcer. Puedo vivir con ese George.

Pero dime, ¿puedes decir lo mismo de mí?

Es a mí a quien ha abrazado Viola cuando me han dado el premio al abrigo más ridículo.

Es a mi hermano a quien considera su Barnard.

Es la comida de mis padres la que hay sobre la mesa.

Es tu madre la que me ha arreglado la trenza que se me había soltado hace un rato.

Son Asher y Charlotte, tus amigos, con los que saldré más tarde.

Es Sebastian quien me ha regalado un dibujo.

Me gusta verme a través de sus ojos. Siento su mano sobre la piel, aunque nunca llegue a tocarme. Cuando me dibuja tengo la impresión de que me toca sin miedo, no estás ahí para

impedir que lo haga. Solo estamos él y yo. En los dibujos ni siquiera existes.

He aprendido a vivir con tu recuerdo, pero algo me dice que tú no me aceptarías a mí. Todo esto que soy, todo esto que tengo, en parte te lo debo a ti. Y creo que esta certeza tampoco te haría demasiado feliz.

Somos el resultado de las decisiones que tomaste.

«El ángel que cayó del cielo y se convirtió en demonio». Puede que fueras el demonio, pero apostar por el demonio a veces es la salvación para no llegar al infierno, a veces significa apostar por lo bueno que queda de lo malo.

Y ahora mismo, cuando aparto la atención del diario para mirarlos a todos, me doy cuenta de que somos supervivientes y que esta es la vida que nos merecemos. Cada persona que dejamos entrar en nuestra vida, cada persona que alejamos o se va, nos transforma. Lo que somos no tiene nada que ver con lo que seremos mañana. Los momentos vividos, cada logro y desastre emocional, todo aquello que alejamos o nos quedamos, nos convierte en lo que somos.

Te doy las gracias por haber sido la pieza del puzle que me trajo hasta aquí.

A pesar de todo. A pesar de ti.

Resulta que al final no me destrozaste. Lo siento. Seguiré siendo yo un poco más. Haré lo posible por que sea *mucho* tiempo más.

Estoy vivo, me encanta estar vivo.

¿Del uno al diez?

Dímelo tú, Georgie: ¿del uno al diez?

CAPÍTULO 50

JUDE



LOS GRILLOS HAN VUELTO.

Jude se arrastra de la cama. De camino, observa el reloj de cocina y tiene claro que va a matar a Asher muy lentamente.

—Feliz cumpleaños —dice este entrando con la alegría propia de su hiperactividad. Le revuelve el pelo para enfatizar el saludo.

—¿Me acabas de acariciar como a un perrito?

—Eres achuchable —murmura Asher—. No lo digo yo, lo dice mi hija.

—Son las seis de la mañana —informa para poder asimilarlo mientras lo sigue a su dormitorio.

—Del treinta de mayo. El día que te vio nacer. —Asher ya ha sacado la ropa de deporte del armario cuando consigue llegar a su dormitorio. Dios, ¿cómo consigue tener tanta energía?

—Y pretendes que vaya a correr el día de mi cumpleaños. A las seis.

—Tengo algo que enseñarte, así que sí. Vístete y vamos. —Asher espera con los brazos cruzados—. ¿Te ayudo a vestirte?

En respuesta, Jude levanta una pierna, solo para molestarlo. Pero no le sale demasiado bien la jugada, porque Asher se agacha y le mete el pantalón por un pie y luego por el otro.

—¿En serio, Ash? ¿Te ha amenazado Ava sin sexo o algo así?

—Algo peor —admite con mala cara mientras le ajusta el elástico de los pantalones a la cintura—. ¿Dónde está tu novio? Pensaba que dormíais juntos.

—No siempre. Ayer tenía cosas que hacer. En realidad, lleva unos días ocupado. Estará con mi regalo. —Se le forma una sonrisa al recordar la conversación que habían tenido la noche anterior. Le encanta jugar con Sebastian hasta que lo ve derretirse.

—Tío, esto es un poco incómodo, pero ¿te tengo que quitar también la camiseta o haces los honores?

Jude se deshace de la camiseta vieja con la que ha dormido y se la lanza a la cara para ponerse la deportiva y el abrigo. A esas horas hace un frío que corta la piel.

—Más te vale que merezca la pena, sea lo que sea que quieras enseñarme.



Una hora y cuarto después están en la habitación del dolor de Asher, o lo que es lo mismo: su gimnasio en casa. El marido de su amiga le está dando duro al saco mientras le explica las bases para dar buenos golpes.

Ava y Alex lo observan adormiladas y Jude lo hace con el ceño fruncido. Pegarle al saco es algo que siempre ha hecho Asher mientras él se dedicaba a las pesas, hacía abdominales o cualquier otra cosa de la tabla de ejercicios que el otro le ponía.

—Ash, no tenía que ser tan temprano —se queja Ava.

—No podía dormir.

—Tú nunca puedes dormir.

—Nosotras sí —añade la niña, e inmediatamente se acuerda de algo y abraza a Jude—. Felicidades, tío Jude.

—Cuidado, Lex. Estoy todo sudado.

—No me importa. Es tu día, estoy de vacaciones y hoy vamos a celebrar tu cumpleaños en Londres. Ya no me importa que papá me haya despertado.

—Pues a mí sí —refunfuña él.

—¿Me puedes prestar atención? Lo que intento decir es que no importa que seas más pequeño o tengas menos fuerza. La destreza es importante. Saber dónde tienes que dar y hacia dónde dirigir el peso del cuerpo.

—¿Comprendes que odio la violencia? No le voy a pegar a nadie.

—Es un saco, Jude. Puedes pegarle a un saco.

—El saco no me ha hecho nada. No quiero pegarle.

Asher mira a su mujer con impaciencia. Esta hace lo posible por contener la risa. Jude se muere de curiosidad por saber con qué lo ha amenazado.

—Solo quiero que sepas defenderte si alguien intenta hacerte daño. A mí me enseñó hace un tiempo y ahora lo está haciendo con Alex.

Asher llama a la niña con un gesto.

—Peque, ven aquí y enseña a tu tío lo que tiene que hacer. Primero con el saco y luego un cara a cara, ¿vale? Estira un poco primero como te enseñé.

La niña hace lo que su padre le dice y Jude la observa pegarle un buen derechazo al saco, seguido de varios golpes más. Luego practica con Asher las nociones básicas de defensa personal. Asher es bueno en eso. Es amigo del dueño del gimnasio del pueblo y este le había ofrecido un trabajo esporádico para enseñar defensa personal a un grupo de adultos. Trabajó un tiempo con ellos hasta que se cansó. La paciencia nunca ha sido una de las virtudes de Asher y terminaba enfadado con cualquiera que no le hiciera caso y frustrado cuando sus alumnos no lo pillaban.

Puede que no fuera buen profesor, pero sí es buen padre. Y a Alex la ha enseñado de maravilla.

—Fue idea de Lara —explica su amiga—. Estuvo aquí hace unos días. Quería ir a clases de defensa antes de irse y le propuse venir. No hay nadie mejor que Ash por aquí.

—Salvo porque no tiene paciencia —replica Jude. No le ha gustado eso que ha dicho de Lara. En los años que la conoce, nunca se había interesado por ese tipo de cosas—. ¿Se va a un sitio peligroso?

—No —contesta Ava un poco demasiado rápido—. En serio, no te preocupes. Quiere aprender a defenderse, nada más.

—Así que te pidió que Ash me enseñara a mí. Todavía se preocupa —musita con pesar.

—Siempre se va a preocupar por ti, Jude. Igual que tú lo harás por ella.

Jude sigue las instrucciones de Asher a regañadientes. Golpea el saco hasta que le duelen las muñecas y los nudillos intentando seguir el ritmo de las órdenes del otro.

«Así no». «La mano de otra forma». «Si dejas caer todo el peso en esa postura, te puedes lesionar». «No. No. Así no». «Jude. Lo estás haciendo fatal». Y así todo el rato.

La parte divertida es la de defensa personal. Jude termina retorcido cinco veces. A la sexta se lanza al cuello de Asher y ambos acaban en el suelo, Jude con la palma de la mano sobre la cara de Asher y todo el peso del cuerpo encima mientras este se retuerce y protesta desde abajo.

—Pero ¿qué mierda es esa? —suelta Asher cuando consigue apartarse—. ¿No has prestado atención a nada de lo que te he dicho?

—Me he defendido —replica Jude.

—No. Te has lanzado sobre mí.

—Y te he ganado.

—Ganar así es como no ganar. Lo has hecho a lo loco sin pensar.

—¿Y cómo crees que sería en la vida real? ¿En serio crees que tienes tiempo de seguir instrucciones? Se trata de ganar, Ash. Solo de ganar. No importa cómo lo hagas. —Le dedica una mirada que deja a Asher sin nada más que decir.

—Ya puedes bajar —informa Ava al recibir un mensaje en el móvil.

—¿Qué? —inquiere Jude, confuso.

—Que ya puedes bajar.

Jude los mira uno a uno y todos apartan la vista con una sonrisa de complicidad.

—¿En serio me habéis tenido haciendo el tonto solo para sacarme de casa?

Ava sonríe y lo besa en la mejilla.

—Feliz cumpleaños, tesoro.



Hay un perro en medio del pasillo de su casa. El perro lo observa con una mezcla de miedo y curiosidad. Es pequeño, de unos veinticinco centímetros de altura, de pelaje blanco sedoso y patas diminutas. La cola es gruesa en la base y se va afinando hasta llegar a la punta, lo que le da el aspecto elegante de una pluma y se mantiene en un revoltijo de pelo curvado hacia la espalda. Una oreja le cuelga a un lado de la cara, la otra la tiene cortada de una manera un tanto grotesca; aunque el efecto es bastante gracioso, como un mal corte de pelo hecho a propósito. A Jude no le hace ninguna gracia imaginar cómo acabó de esa manera.

Se agacha con cautela. El animal, en lugar de retroceder, avanza a tientas hacia él cuando extiende la mano.

—Eh, pequeñín —murmura con voz suave.

De cuclillas, le dedica una mirada rápida al pasillo para descubrir a quien sea que le haya traído un perro a casa.

El animal trota hacia él. Cojea de una pata y va dando saltitos hasta situarse lo suficientemente cerca para olisquearle la mano. Jude no se mueve. Deja que la narizota negra del perro le olfatee la palma a conciencia y se acerque un poquito más. El animal, que resulta ser macho, se sienta sobre sus patas traseras y saca la lengua cuando levanta la mirada hacia él. Sus

ojos son oscuros y enormes. Gimotea y vuelve a acercar el hocico a Jude cuando este pasa el dorso de la mano por su carita. El perro lo vuelve a lamer y ladra.

—Eh, muñequito de nieve. Yo también me alegro de conocerte.

Hechas las presentaciones, Jude le acaricia la cabeza. Su pelaje es más suave de lo que había imaginado y percibe algunos trasquilones y heridas escondidas entre la espesura del pelo. También advierte los huesos e imagina que, dentro de la ducha, sin toda esa mata de pelo, se quedaría en nada. Le acaricia el cuello con dulzura y el perro saca la lengua y hace un ruidito encantador para indicar lo mucho que le gusta.

Cuando Jude retira la mano y el perro alza de nuevo la cabeza, entiende que se lo ha ganado. El corazón se le llena de un amor que creía que nunca podría volver a sentir. No después de perder a Simon. Pero ahí está. En el momento en que el perro se lanza hacia él y Jude lo coge entre sus brazos, comprende que no hay vuelta atrás.

Se lo carga a los brazos y su muñeco de nieve le lame la cara. Huele a limpio con un ligero toque almizclado. Jude le acaricia la oreja cortada y una rabia ciega le cierra la garganta.

Con él en brazos, recorre las habitaciones, pero no hay nadie más que ellos dos. Se saca un par de fotos en las que el perro parece posar para la cámara y decide darse una ducha antes de averiguar quién ha sido. Mientras se baña, su nuevo amigo se pone a dar vueltas por la estancia; olisquea y gime para reclamar su atención.

Cuando Jude enciende el secador, el perro sale corriendo. Jude deja el aparato para ir detrás de él y lo encuentra pegado a la puerta de la casa, aterrado.

—Eh, muñequito. Solo soy yo. —Se acerca con cuidado al ver lo mucho que tiembla hasta que consigue volver a ganarse su confianza.

Al final, tras varios intentos con el mismo resultado, Jude no se ve capaz de secarse el pelo en casa y dejar que el animal se muera de miedo. Sube a casa de sus amigos y les pide que lo cuiden mientras él baja para terminar de arreglarse. Dada la efusividad con la que reciben al perro, está claro que no es obra de ninguno de ellos.

En cuanto termina de trenzarse el pelo, le escribe a Sebastian.

Jude: Pensé que tardaríamos un poco más en ser padres.

Seb: Buenos días, Baker.

Jude: Ni siquiera he encontrado casa.

Seb: ¿Se puede saber de qué hablas?

Jude: Sé que has sido tú. Y es maravilloso. Dime que tuvo una enfermedad rara y le tuvieron que cortar la oreja y que por eso cojea y tiene esas heridas debajo del pelo. No puedo imaginar que alguien se atreva a hacerle daño a una cosita tan adorable.

Seb: Baker, te recuerdo que quedamos en dos horas para ir a Londres.

Jude: ¿Con quién lo voy a dejar? No puede quedarse solo.

Seb: Tengo mil cosas que hacer. Te veo después.

Jude: ¡Sebastian!

Seb: ¿Me estás gritando?

Jude: Sí, claro. Me acabas de regalar mi segundo muñeco de nieve. Quería darte las gracias.

Jude: Gracias, Cup. Por todo.

Seb: ¿Qué voy a hacer contigo?

Jude: Querrás decir con los dos. Ahora tienes doble responsabilidad.

Seb: ¿Desde cuándo eres mi responsabilidad?

Jude: Desde que decidiste quererme. Cuando quieres a alguien pasa a ser tu responsabilidad. Quiero decir que es tu responsabilidad que sepa que lo haces, que cuides la relación y todas esas cosas. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Jude: Tú eres mi responsabilidad también.

Jude: Porque me quieres, ¿verdad? ¿Nos quieres a los dos?

Seb: De verdad que no sé qué voy a hacer contigo.

Seb: Hasta después, Baker.

Jude: Sí, vale.



—Tío Jude, creo que tiene pis. Se mueve mucho.

Jude mira al perro con un gesto de alarma. Da vueltas de un lado a otro en torno a la puerta.

—Sí, yo también lo creo. Pero es que no tengo correa. ¿Tienes alguna correa?

Asher lo mira como si se le hubiese caído un tornillo.

—¿Te valen las cuerdas? A lo mejor se las puedes enganchar al collar.

—¿Le vas a poner *esas* cuerdas al perro? —inquiere Ava—. ¿Estás de coña?

—¡Palabrota! —grita Alex—. ¿Qué cuerdas son?

—Perdona, cielo —se disculpa Ava, meneando la cabeza—. Me refería a las cuerdas de emergencia que usamos para amarrar la lona cuando llueve mucho y no quiero que se me estropee el jardín.

Jude esconde la sonrisa.

—Intentaré que no se vaya lejos. ¿Podéis dejarme una bolsa de basura y papel para recoger los regalitos?

—Vamos contigo —anuncia Asher—. Si no salimos ya, perderemos el tren. Y hay que recoger a Henry y a Vila de camino.

Una vez abajo, con el animal en brazos, Jude comprueba la zona para decidir dónde será más seguro dejar al perro cuando distingue el coche de Sebastian detenerse junto a la casa. Con unos vaqueros desgastados y una camiseta negra de cuello redondo pegada a la piel está para comérselo. Jude tiene muchísimas ganas de hacerlo.

—Jude, os esperamos en el hotel, ¿vale? —indica Asher para dirigirse al coche junto a las chicas.

Jude se despide con la mano y observa cómo Sebastian se le acerca.

—Me olvidé de esto. —Extiende la mano para mostrar la correa. Se acerca al animal y se la engancha en el cuello antes de acariciarle la cabeza—. Adiós a la sorpresa.

—No era una sorpresa. Solo tú podías regalarme un muñeco de nieve.

—Eres un listillo. —Toma al perro en brazos y lo coloca en el suelo—. Deja que haga sus cosas. —Le pasa la correa—. Ya te avisa cuando necesita hacer algo, pero aún hay cosas que tiene que aprender. Es mejor no sacarlo sin correa. Se asusta muy rápido. —Lo mira con una intensidad que lo desarma—. Pensé en ti en cuanto lo vi en la protectora.

—Lo rescataste.

—Solo lo adopté.

—No lo puedo dejar solo en casa, Cup.

—Ya he hablado con Lydia, no te preocupes.

A Jude se le forma un nudo en la garganta al pensar en las veces en las que Simon se quedó con Lydia. Le pican los ojos mientras el perro tira de la correa. Jude lo sigue en dirección al arbusto más cercano.

—¿Estás bien? ¿He hecho mal?

—No —se apresura a responder—. Estoy muy contento. ¿Me lo puedo quedar?

—Es tuyo, Baker.

—Bien. —Jude no puede verse a sí mismo, no puede ver su expresión, pero supone que no tiene una cara bonita por el gesto de preocupación que se forma en el rostro de su amigo.

—Chicos, daos prisa o no llegamos —le advierte Ava desde el asiento del copiloto cuando llegan en el coche de Asher a su altura.

En cuanto se va, Sebastian se le acerca. Le aparta el pelo para tocarle el pulso con el pulgar.

—Hoyuelos, ¿qué te pasa?

—¿Me abrazas? —contesta Jude en respuesta.

Sebastian lo abraza con fuerza. Le besa la frente. Jude respira hondo mientras observa cómo su muñeco de nieve juega con algo junto al arbusto, da vueltas a su alrededor y hace caca dos veces.

—Feliz cumpleaños, cielo —le susurra.

Jude se aprieta más contra él y pide un deseo, el mismo con el que lleva soñando desde que supo que su corazón siempre le pertenecería a él. Era cierto lo que le había dicho a Lara, eso de que él tenía amor para los dos. Y no es que Sebastian no le hubiera demostrado lo que sentía. Pero por una vez, solo una, le gustaría que se lo dijera.

Tal vez nunca sería su Barnard, pero a Jude le gustaría escuchárselo decir.

Solo una vez.

CAPÍTULO 51

JUDE



El cansancio le impide ordenar todo lo que han hecho durante el día, desde las dos horas en el *scape room* hasta el largo paseo que dio con Sebastian, Charlotte y la niña mientras los demás se iban a visitar el *sex shop*. Lo que sí recuerda Jude es el momento en el que se sentaron en las escaleras bajo el Shaftesbury Memorial Fountain, porque su amiga sacó un trozo de tarta de pistacho y le hicieron soplar una vela.

Durante el camino de regreso desde Londres, Charlotte los convence para hacer una parada y cenar en su casa, de modo que esa noche llegan a Orsino agotados y cargados con bandejas de dulces cortesía de la cafetería del novio de esta. Recogen los coches que habían dejado cerca de la estación y se separan de los demás, pues Jude no piensa irse a casa sin pasar a buscar antes a su muñeco de nieve.

Lydia se lo entrega, no sin antes hacerle prometer que lo llevará de visita. El perro lo recibe con efusividad y todavía le está babeando la cara a lengüetazos cuando se mete en el coche y se gira hacia Sebastian.

—Joder. Qué rápido te lo has ganado. Yo estuve tres días con él para que se subiera a la cama y se arrimara un poco a mí.

—Es lo que tiene no ser un caracol, Cup. Tienes que asumir tus debilidades.

—Ajá.

Jude bosteza. El perro se sienta sobre su regazo y lo mira con la lengua fuera.

—Lo siento, muñequito, pero algunos tenemos que dormir. —Le acaricia la barriga y se inclina para darle un beso en la cabeza.

Jude percibe la mirada cálida de Sebastian sobre él. Se ha girado en el asiento y la pierna izquierda roza la palanca de cambios.

—¿Tienes sueño? —Sebastian estira la mano para acariciar al perro, que da saltos sobre el regazo de Jude—. ¿Prefieres que lo dejemos para mañana?

—¿Qué vamos a dejar para mañana? —Agarra al perro contra sí cuando la pata se le desliza por el muslo y está a punto de caerse—. *Quierodecir*, ¿tienes ganas ahora? Estoy cansado, pero podría hacer un esfuerzo si es rápido.

La cara que pone Sebastian es digna de inmortalizar. Jude se muerde los carrillos para mantener la compostura.

—Baker, no me refería a eso.

—Pues yo sí. Ayuda a dormir, aunque creo que me quedaría dormido solo si me tocaras la cabeza.

—Tengo un regalo para ti, ¿recuerdas? Pensaba dártelo hoy. Pero si estás cansado podemos dejarlo para mañana.

—No estoy cansado. —A Jude se le escapa otro bostezo, lo que le resta credibilidad—. No estoy nada cansado. Puedes dármelo. —Busca entre los rincones del coche, incluso le levanta la pierna izquierda para ver si esconde algo por debajo del asiento.

—No está aquí.

—Pues vamos a buscarlo. —Jude se pone el cinto y agarra al perro.

Sebastian sonríe. Se inclina y lo besa en los labios. Un beso suave interrumpido por un ladrido.

—No seas acaparador. —Sebastian le rasca el cuello al perro, que emite un ruidito de satisfacción.

—¿A dónde vamos? ¿A tu casa o a la mía?

—Ahora lo verás.

Diez minutos después, se encuentran aparcados delante de un garaje cerrado. La luz del coche, así como las luces del resto de casas adyacentes, es lo único que lo ayuda a ver lo que tiene delante.

—¿De quién es esta casa? —pregunta Jude.

—Tuya. Mía. De los dos. De nadie. —Sebastian se encoge de hombros, apaga el motor y le hace un gesto para que salga del coche.

—No lo entiendo.

—La compré hace unos años —explica su amigo colocándose por delante de los faros del coche. Jude y su revoltoso muñeco de nieve lo siguen de cerca—. ¿Recuerdas esa Navidad que pasamos juntos y hablamos de que estaría bien tener un sitio al que ir siempre que quisiéramos escapar del mundo? La compré entonces. La vi y pensé que era un buen sitio para envejecer juntos.

A Jude se le corta la respiración. El corazón se le arruga y un dolor punzante lo hace estremecer. El perro quizá lo nota, porque en nada le lame el cuello e insiste en que lo deje en el suelo.

—Pero yo estaba con Lara.

—Ya. Solo imaginaba, Baker. No es como si pensara que fuese a hacerse realidad.

A Jude se le encoge todavía más el corazón.

—¿Imaginabas una vida conmigo?

—Todo el tiempo.

—Fuiste a mi boda. Ibas a dejar que me casara.

—Vamos, Baker. Todo eso ya lo sabías. —Deja escapar un hondo suspiro—. Es imposible que no te dieras cuenta. —Lo mira a los ojos—. No me creo que no lo sepas ahora.

—Seb, ¿qué habría pasado si me hubiese casado?

—Que habrías sido muy feliz.

A Jude se le llenan los ojos de lágrimas.

—Dios, ahora mismo te pegaría.

—Puedes hacerlo.

—No, no puedo. —Respira hondo—. ¿Qué hacemos aquí?

—Quería pedirte consejo sobre qué hacer con ella. —Se detiene frente a él—. Compré esta casa con el dinero de *Barnard*.

Jude comprende. Dinero de *Barnard*, dinero de George, de su historia con George.

—He donado todo el dinero que me quedaba a varias asociaciones contra el abuso y *Barnard* ya no existe. Pero esta casa la compré antes con ese dinero. La compré pensando en ti, pero con el dinero de *Barnard* —repite como si tuviera que explicarlo bien para que lo entendiera—. Puedo donarla, tengo bastante dinero ahorrado y cualquier banco me daría una hipoteca con lo que me falta para comprar otra casa que elijamos juntos, si quieres vivir conmigo.

—O podemos quedarnos con esta —termina Jude por él—. La casa en la que imaginabas que envejecerías conmigo.

—Sí, es otra opción. Quiero que seas tú quien lo decida.

Jude se fija en la casita de dos plantas con tejado a dos aguas de tejas marrones, pintada de un color rosa pastel que adivina que ha elegido por él. Incluso dispone de una valla cercada de madera que rodea la propiedad y el bonito jardín delantero. Una casita que bien podría parecerse a cualquier otra del pueblo de no ser por la pintura, pero que es distinta porque es de ellos, si la acepta. De Sebastian, de su muñeco de nieve y suya.

—Me importa una mierda con qué la compraste. Me importa una mierda George Harris y me importa una mierda el pasado. —Lo toma de la mano para conducirlo al interior de la casa—. Solo me importas tú. Así que enséñame la casa que compraste para nosotros, Seb.

Quiere vivir en la sonrisa que le dedica Sebastian cuando se detienen en la entrada.

Jude encuentra dos cosas nada más entrar. La primera es una carpeta sobre la mesita pegada a la puerta que Sebastian señala para que se haga con ella.

—Las escrituras. Solo falta tu firma.

—No tienes que hacerlo. Es una tontería.

Sebastian se acerca a él y le coloca una mano en el cuello.

—Nadie volverá a echarte de casa, nunca.

—¿Me quieres hacer llorar?

—Ya lo haces, tonto. —Lo atrae hacia sí y Jude entierra la cara en el pecho de Sebastian. El perro ladra y se revuelve en el pecho de Jude, que se ríe y se aparta para dejarlo en el suelo.

Sebastian le limpia las lágrimas con los dedos desnudos antes de que Jude se dirija al dibujo que cubre la pared de la entrada.

—Soy yo. —Se lo queda mirando durante un largo rato. Una sonrisa va cobrando forma conforme se fija en los detalles—. ¿Qué significa?

—Barnard.

A Jude le cambia la cara. Sebastian le roza la mejilla con el pulgar, allá donde suele aparecer el hoyuelo.

—Mamá hablaba mucho de ese sitio. No imaginas lo que me duele que no la hayas conocido. —Le besa la frente—. Le habrías encantado, Jude. —Pronuncia su nombre despacio, casi paladeándolo. A Jude le cuesta respirar mientras observa el dibujo y escucha al muñeco de nieve olisquear por los rincones de la casa—. Estaba llena de sueños, pero también tenía sombras. Era demasiado sobreprotectora, se preocupaba por todo antes de que pasara y a veces parecía que no vivía las cosas por miedo a que fueran mal. Es una mierda dejar de vivir por culpa del miedo. —Le dedica una mirada significativa—. Pero había un lugar diminuto donde nada importaba. Eso era Barnard. Una estrella, un lugar tranquilo, un desayuno lleno de gritos y bostezos en la cocina de casa. Cualquiera de esas cosas era Barnard para ella, aunque su lugar favorito era papá. —Esboza una sonrisa llena de tristeza—. Para Vila y tu hermano es un calcetín en la repisa de la chimenea. Para Ash, poder reconocerse a sí mismo en los ojos de otra persona. Para Charlie son todas las personas con las que puede ser ella misma. —Se le acerca para susurrarle al oído—:

Para ti es que yo consiga ser libre, aunque sea lejos de ti.

Jude empieza a temblar. Cada palabra que ha dicho se graba a fuego en su piel. El cuerpo no parece pertenecerle; su mente trabaja a marchas forzadas.

—¿Sabes qué es Barnard para mí? —Sebastian le señala la ilustración de la pared, un dibujo suyo. De pie, delante del piano de cola, vestido con pantalones blancos y camisa de botones rosa, descalzo, con una mano sobre las teclas y la mirada perdida en la ventana abierta, como si buscara la inspiración fuera de ella, en el horizonte. El viento agitándole el pelo trenzado, el rostro en calma—. Es esto. —Le da un toque al dibujo con el índice—. La sensación de poder encontrarme en ti. Eres como un mapa. Puedes pasarte la vida buscando en un mapa el camino correcto y seguramente nunca lo encuentres; hay un millón de posibilidades y caminos que se bifurcan. Pero es que tú eres mi mapa. Da igual a dónde vaya, estás ahí. No me voy a perder porque estás ahí. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

A Jude se le escapa una lágrima.

—No mucho, la verdad. No quiero que me digas que soy tu Barnard si no lo soy, Seb.

—Sí, lo eres.

—No lo soy.

—Joder, claro que lo eres.

—¡No lo soy! —dice en un grito desesperado—. Solo soy un sustituto. No soy nada. Solo un buen chico que se metió en tu vida.

«Eres un buen chico». Jude se estremece.

—¿Qué cojones dices?

—No quiero que me trates como si fuera la primera opción. Soy lo que queda. Y no me importa, de verdad. Pero cuando te acostumbras a vivir con las mentiras, dejan de gustarte.

Sebastian lo agarra de la cara para obligarlo a que lo mire.

—Jude —dice, remarcando su nombre—, eres mi Barnard.

—No.

—Sí.

—No.

—No vas a ganar esta discusión. No estás en mi corazón saber lo que siento, joder. Si te digo que eres mi Barnard es que lo eres.

—Pero Barnard es Georgie. Le hiciste un cómic con ese nombre. Lo leí, Seb. Leí cada capítulo. No importa que lo hayas borrado, me lo sé de memoria.

—No puedes hablar en serio. —Sebastian menea la cabeza. Aparta las manos de él—. Una vez vi una foto tuya. No te conocía. Estabas ahí. En medio de un montón de fotos desperdigadas por el suelo. Le pregunté quién eras y me respondió que eras su accidente. Ojalá le hubiese prestado más atención, me habría gustado tenerte conmigo entonces, que me dieras algo de tu fuerza. —Lo toma de la mano con cautela—. George es mi accidente. Es todos los errores de mi vida. George es la prueba de lo que puede pasar cuando intentas ser alguien que no eres y te acabas odiando por ello. Tú, en cambio, eres esperanza. ¿Por qué no me crees?

—Porque me da miedo. —Lo mira a los ojos—. En mi cabeza nos despedimos todo el rato y yo solo quiero quedarme aquí contigo, pero no dejo de pensar que se va a acabar y no quiero que se acabe porque tú sí eres mi Barnard. Siempre lo has sido. —Traga la angustia y la tristeza y todo lo demás mientras se aferra a su mano—. Desde que descubrí *Barnard* y me salvó, tú has sido el mío. Pero ya se había acabado incluso antes de saber que lo eras.

—No se ha acabado, Jude. No digas eso, por favor. —Sebastian respira hondo y se acerca a

él con cautela—. No estaba enamorado de George. Era mi familia y lo quería. También fue el primer chico por el que me sentí atraído y eso me daba miedo. Creía que era amor, pero solo era yo muerto de miedo intentando escapar todo el tiempo. Él era lo único que conocía. Jude, no supe lo que era querer a alguien de verdad hasta que te conocí. Necesito que me creas o no podremos llegar a ninguna parte. Y yo necesito estar en todas partes contigo.

Jude tarda una eternidad en asimilar lo que le acaba de decir. Quiere creerlo, claro que quiere. Se le llena el pecho de un millón de sensaciones que amenazan con explotar y él solo quiere quedarse ahí y que Sebastian le diga de nuevo que lo quiere. Lo quiere. Sebastian Evans lo quiere.

—¿Qué ha cambiado? ¿Qué ha cambiado en mí?

—Yo he cambiado. El problema siempre fui yo. —La verdad en sus ojos le aletea en el pecho. Siente un calor indescriptible, como de otro mundo. El calor de Barnard—. He abierto la puerta. Ya no siento que esté encerrado. La abrí para que entraras, y tú me arrastraste al otro lado.

—Lo habrías hecho en algún momento.

—No, Jude. Fue por ti. Tú también vas a tener que hacerte responsable de mí. Yo me hago cargo de lo que sientes y tú te haces cargo de lo que siento.

Jude traga saliva.

—Lo dices en serio —musita con la voz entrecortada.

—Sí, claro que sí. Jude, esa desconfianza que sientes no eres tú. Es lo que él ha dejado en ti. Te la pienso quitar como sea.

—¿Como sea?

—A mordiscos si es necesario.

—Si es con tu boca no creo que te cueste mucho.

—Pero qué idiota eres. —Se acerca para atrapar sus labios en uno de esos besos que consigue que le tiemblen las rodillas y se sienta como un superhéroe radiactivo—. ¿Te apetece ver la casa?

Él asiente. Sebastian se la muestra, habitación por habitación. Desde la cocina equipada hasta las habitaciones con su reluciente moqueta.

Jude arruga la nariz.

—¿Moqueta? ¿Era necesario?

—Son útiles —murmura Sebastian.

—Son una guarrada, Cup. Ya sabes lo torpe que soy con una bebida en las manos.

—Eres torpe siempre, Baker.

—Precisamente. No a la moqueta. Podemos hacerle un funeral si quieres.

—Tengo frío la mayor parte del tiempo. Sí a la moqueta.

—No —zanja Jude.

—Sí.

—He dicho que no —insiste.

—Te follaré sobre la moqueta, Jude. Fuerte y rápido. Todas las veces que quieras.

Jude intenta imitar la cara de póker de Viola, pero se le da fatal. ¿Quién podría resistirse a eso? Desde luego, él no.

—Vale, ya has hecho que me ponga cachondo imaginando. Pero es que imagina también las manchas que habría que quitar después. Seb, piensa en lo asqueroso que sería.

—¿Quién eres tú y que has hecho con Jude Baker? A él no le importan ese tipo de detalles tontos.

—Se te olvida que Jude Baker creció con Henry Baker, que iba detrás de él cada vez que había una mancha sospechosa sobre la moqueta de casa. ¿Te haces una idea de *toodas* las charlas que me dio sobre higiene? —Jude observa su expresión consternada y sonríe—. Vale. Podemos tener moquetas, pero solo en algunas habitaciones. Como en la biblioteca, por ejemplo. Así podremos leer en el suelo.

—Y en el dormitorio, eso no se discute —replica Sebastian—. Es importante. Te levantas y pones los pies sobre una superficie calentita.

—Podríamos tener habitaciones separadas. Antiguamente se hacía. Ponemos una puerta que las conecte y puedes venir cada vez que te apetezca un poquito de sexo.

—¿Un poquito de sexo?

—Un poquito para ti, mucho para mí.

—Estás de coña. —Jude no contesta; se lo queda mirando con un deje de inocencia—. No pienso dormir en una puñetera habitación separada. No. Quita esa cara, Baker. Me estoy enfadando.

—Si te pones así voy a creerme de verdad que me quieres.

Sebastian pega su frente a la suya.

—¿Todavía lo dudas?

A Jude se le borra la sonrisa al sentir su calor. Traga saliva, pero no le sale la voz.

—Se me parte el corazón cuando te veo dudar. ¿Quieres saber qué pienso cuando te miro? —Sebastian se separa de él, pero no aparta la mano de su cuello, de su pulso inestable—. ¿Quieres saber si pienso en él? Sí, Jude. A veces me sucede. A veces pienso en George cuando te miro. —Jude se sonroja y retrocede de manera instintiva, pero Sebastian vuelve a salvar la distancia que los separa—. Solo en los momentos en los que me duele el pecho por lo mucho que siento. Pienso en el daño que te hizo, y pienso en que él te trajo a mí y que, joder, si no lo hubiera hecho no estarías aquí, y no se me ocurre cómo sería mi vida si no estuvieras conmigo. —A Jude se le escapa una lágrima. Sebastian la atrapa con los dedos—. Me gustaría decirte que, si tuviera la posibilidad de retroceder en el tiempo, no dejaría que se acercara a ti. Aunque eso me destrozara. Me quedaría con él y con todas sus sombras sin importarme cómo fuera a acabar todo. Tú estarías bien. Probablemente encontrarías a una Lara y nunca te verías obligado a decir una mentira. Nunca sentirías miedo, no ese miedo que sentiste cuando aún eras un crío. Nada de esa mierda que te hizo sentir él. —Sebastian toma aire y le seca otras lágrimas—. Me gustaría ser un hombre como tú, pero mi bondad no es tan grande. Jude, no creo que hiciera nada que cambiara la posibilidad de tenerte aquí, secándote las lágrimas mientras pienso en el ser humano horrible que soy por pensar solo en mí.

—No eres un ser humano horrible, Seb —replica Jude con voz áspera.

—Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti, nunca he sentido a nadie como te siento a ti. No eres el resultado de nada. —Se acerca a él y abarca su rostro lloroso con las manos—. Escúchame bien, Jude Baker, porque solo te lo diré así una vez. Quiero pasar mi vida contigo, no quiero levantarme y que no estés a mi lado, no quiero dejar de escuchar todas esas gilipolleces que sueltas. Quiero seguir aprendiendo contigo todo lo que quieras enseñarme. Me vuelve loco que me mires, sentir lo mucho que me deseas, que seas sincero hasta sacarme de quicio. Me gusta que seas adulto y que no hayas perdido al niño que llevas con orgullo. Me encanta escucharte tocar el piano. ¿Te he dicho alguna vez que follas igual que tocas? Lo das todo con la música y lo das todo en la cama.

A Jude se le encienden las mejillas.

—No solo en la cama, Cup. Me gusta mucho en la ducha, y también contra cualquier pared, y me gusta…

—Calla, déjame terminar —lo corta—. Quiero casarme contigo, y quiero tener hijos contigo, y quiero que el mundo entero sepa que estoy contigo. Estoy enamorado de ti y lo voy a estar hasta que me muera. Y si hay algo más allá, entonces también te querré. Del uno al diez, Jude, te voy a querer hasta el infinito. Siempre.

—¿Me lo puedes repetir? Digo, para grabarlo. Así lo puedo poner cada vez que se me olvide o me entren dudas o…

—No voy a permitir que vuelvas a dudar de mí, Jude —lo corta.

—¿Y qué piensas hacer?

—Muchas cosas.

—Estoy temblando.

—Deberías.

—Cup. Tengo el pecho bien calentito.

—¿Solo el pecho?

—Lo otro siempre está caliente, ya lo sabes.

Sebastian se ríe. Lo sujeta del pelo y tira con suavidad para besarlo.

—¿No he sido demasiado intenso para ti?

—Imposible. En una balanza, siempre voy a ganar yo.

—Probablemente.

—¿Me estás llamando intenso? —inquiere Jude.

—Te lo has llamado solito.

—Seb.

—Mmm.

Le mete la mano en el bolsillo para hacerse con la llave del coche. La confusión en el rostro de Sebastian lo hace querer besarlo, pero se contiene.

—Espera aquí un momento.

Sale disparado de la casa para coger uno de los rotuladores con los que subraya y corrige los textos que escribe para la revista de la mochila. El perro lo sigue entre ladridos y tiene que cogerlo a mitad de camino para no pisarlo.

Vuelve enseguida con las mejillas rojas por la carrera y el frío del exterior.

Deja el perro en el suelo y toma a Sebastian de la mano, ante la atenta mirada de este. Le quita el tapón al rotulador. A continuación, le dibuja un círculo rojo irregular en el dedo anular de la mano izquierda, con puntitos alrededor.

—¿Qué haces?

—Pedirte matrimonio, Cup. Es evidente.

—¿Eso es un anillo?

—¿Y te consideras ilustrador? Es una obra de arte —asevera Jude con orgullo, mostrándole el dedo.

—Es horrible.

—¿Eso es que no?

Sebastian suspira. Lo mira con una intensidad que consigue que una oleada de calor le recorra el cuerpo. Le quita el rotulador y atrapa la mano de Jude para dibujar su propio anillo en el dedo anular de Jude. Un anillo precioso.

—Eso es trampa. Te pagan por hacer esas cosas. —Hace un mohín—. Puede que mi anillo

parezca feo, pero mi amor es más grande. Te quiero desde antes, Seb, así que no importa si el tuyo es mejor.

—Calla, Baker.

—Cállame.

Sebastian lo besa, lo besa como si todo empezara y acabara en su boca. Un beso que sabe a principio y a final.

—Sí, Jude, quiero casarme contigo.

Jude sonríe. Las lágrimas comienzan a caer por sus mejillas al recordar el pasado y la manera en que se había presentado a Viola, cuando aún no lo conocía más allá del cómic que leía semanalmente, así como los retazos que George había dejado de él, retorcidos y difuminados. Cuando Sebastian no era más que una mentira que él quería cambiar, cuando lo único que necesitaba era una razón para seguir vivo.

—Soy brujo, Seb. —Se aparta para dedicarle una de esas sonrisas que sabe que a Sebastian lo vuelven loco—. Sabía que este momento llegaría. Desde el principio, te he invocado.

—No me digas. —Sebastian lo atrae por la cintura para morderle el hoyuelo derecho.

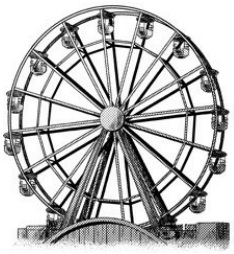
—Te dije que al final me quedaría contigo. Di mi nombre, anda.

—Jude —dice Sebastian con la voz ronca; los labios acarician la línea de la mandíbula.

—Yo, Jude Baker, sabía que algún día me casaría contigo.

EPÍLOGO

VIOLA



—JUDE. ¿SE PUEDE SABER DE QUÉ VAS VESTIDO? —PREGUNTA HENRY, QUE SE ACERCA AL PIANO donde su hermano intenta practicar la primera pieza que tiene que tocar, de pie.

Jude se vuelve al escuchar la pregunta.

—Voy de mí, hermanito.

—No me queda claro si eres hombre o mujer —advierte Henry.

Lo cierto es que a Viola tampoco le queda demasiado claro. Sí que tiene ropajes de hombre, pero Jude se ha encargado de confeccionar el traje más rosa y pintoresco que ha visto nunca, especialmente en atuendos del siglo XVI. Lleva todo el pelo trenzado y recogido con horquillas; algunos mechones sueltos rebeldes le caen sobre la cara, maquillada de un tono rosado exagerado. Tanto el pañuelo que lleva al cuello como la camisa interior son de un rosa pastel, al igual que los bordados del jubón y las calzabragas.

—¿Qué más da?

—Pues que representas a un hombre. No a uno que se viste de mujer. ¿Me explico?

—¿Eso donde lo pone? —pregunta Jude.

—Lo escribió Shakespeare en 1600.

—Pero él no está aquí ahora mismo.

—Pues yo soy el Shakespeare del siglo XXI, así que te digo que te tienes que cambiar de ropa —ordena Henry.

—Y yo te digo que el Shakespeare del siglo XXI sigue sin ser Shakespeare y voy a ir como me da la gana.

Viola los observa conteniendo la risa. No hay nada más Henry Baker que uno estresado que intenta seguir todas las normas.

Sebastian la empuja con suavidad en el hombro.

—Deberías ir a salvarlo.

—Jude. Me da igual la ropa, pero hay que seguir un guion —insiste Henry.

—Lo voy a seguir —asegura él—. Con esta ropa.

Viola enarca las cejas.

—¿De verdad crees que Jude necesita que lo salven?

—Me refiero a Henry. Tiene pinta de estar a punto de tener una crisis —contesta Sebastian con una sonrisa cómplice.

—Se trata de interpretar un papel —continúa Henry, cuyo tic en la mandíbula muestra lo frustrado que se siente—. Los detalles importan.

—Los detalles son detalles, hermanito.

Viola decide que es hora de intervenir, antes de que corra la sangre entre los hermanos.

—Henry Baker. ¿Quieres dejarlo en paz?

—Va de rosa. —Su chico señala a Jude, que le saca la lengua.

—Tu hermano siempre va de rosa.

—Pero le hicimos un bonito traje color beige para la ocasión.

—Que ahora lleva Charlie, ¿ves? —Viola señala a su amiga, pero Henry se fija en ella.

—¿Y por qué llevas tú el de Charlie?

—Porque me gusta más.

—Pero… —Henry se queda sin nada más que decir.

—¿Me vas a dar un discurso sobre normas y protocolo? Si te vas a poner en plan Darcy cuando actúa en modo borde estirado, quiero que sepas que hoy no toca.

—No estoy en modo borde.

—Estás en modo histérico por algo tan tonto como la ropa. Los Evans siempre improvisamos. Pensé que te gustaba eso de mí.

A Henry se le suaviza el rostro.

—Me encanta eso de ti.

—Pues relájate y demuéstralo. —Le dedica una mirada desafiante—. Vamos, Henry. Estamos esperando. Esta es tu obra.

Henry los mira a todos. Se fija en cada uno de los presentes. Ninguno lleva la ropa que se supone que tiene que llevar; solo había reparado en Jude porque es Jude, porque es su hermano y quien más llama la atención.

—¿De quién fue la idea?

Jude se coloca las manos a la espalda. La mirada que le dedica es toda inocencia. Charlotte suelta una risita. Al otro lado, Asher se ríe a carcajadas con Alex mientras Ava intenta lograr que se callen. Sebastian lleva puesta la ropa que debía llevar Asher y observa a Jude con una media sonrisa. Incluso Lydia y los padres de Henry visten disfraces que no les corresponden.

—La vida es un escenario, Henry Baker. Y mi respuesta es sí —manifiesta Viola.

—No puedes decir qué sí cuando no te lo he pedido —replica él.

—¿Acaso crees que diría otra cosa? Siempre me juzgas.

—Quería que fuera emocionante. —El tono afligido de su voz consigue que Viola tenga ganas de comérselo a besos.

—Joder, Henry. Tu cara ahora mismo es lo más emocionante del mundo.

—¡Palabrota! —advierte Alex.

—¡Día de palabrotas! —gritan Jude, Ava y Asher a la vez. Y todos se ríen cuando la niña protesta porque esos días solo existen cuando a ellos les conviene.

De pronto, el ya no tan nuevo miembro de la casa sale disparado hacia Jude, que lo toma en brazos y se lo acerca a Henry. Lleva una cajita colgada del collar y se mueve tanto que a Henry le cuesta hacerse con ella.

—Vamos, hermanito. Enséñale el pedrusco —se ríe Jude.

Henry no saca un pedrusco de la caja cuadrada, ni siquiera un anillo. Lo que Henry le entrega a Viola es un pendiente con una piedra de rubí muy pequeña para que no le moleste a la hora de dormir.

—Así no lo perderás.

A ella se le saltan las lágrimas.

—¿Y esta vez de quién fue la idea?

Todos miran a Jude, que enrojece ligeramente.

—¿Por qué siempre tengo que ser yo?

—Porque eres tú —contesta Sebastian.

—Es precioso, Henry —asegura Viola, emocionada.

Él le quita uno de los pendientes para ponerle ese. Luego le entrega el suyo propio para que ella también se lo ponga.

—¿Te casarías conmigo? Dado que por tu ropa ahora eres Olivia, «en el preciso momento en que cambiéis de atavío, amada de Henry Baker seréis y reina de su corazón» —parafrasea, imitando el diálogo que le tocaría al duque antes de pedir a Viola en matrimonio en *Noche de Reyes*.

—Llevo doce años casada contigo, tonto.

De pronto, Viola mira a su alrededor. El perro ladra y le lame la cara a Jude, pero él no aparta los ojos de Sebastian. Dos imanes unidos por algo mucho más fuerte que una simple atracción.

—¿Y la obra? —pregunta Henry.

—La obra somos nosotros. Tú y yo, y nuestra familia. ¿Algo más que añadir, Henry Baker?

—Nada más que añadir, Viola Evans.

AGRADECIMIENTOS

Escribir es un salvavidas.

Tardé en darme cuenta. Demasiado tiempo, varias novelas y un bloqueo de cinco años en los que pensé que nunca más volvería a dar vida a nada. Hasta que un día cualquiera de septiembre apareció un chico rubio, con mechones trenzados, que tocaba al piano y buscaba un motivo para vivir. *Quierodecir*, Jude fue la semilla que brotó para devolverme las ganas.

Fue raro, él es raro, tanto como lo soy yo o cualquiera de nosotros. Ni siquiera entendía qué papel tendría en la historia ni imaginé que se lo llevaría todo, empezando por mi corazón.

Cuando digo que escribir es un salvavidas lo digo en serio. No importa si fuera no deja de llover, si tu trabajo te consume, si no comprendes por qué eres incapaz de entenderte o cómo de lejana se te antoja la felicidad. Puede que fuera estés mal, pero dentro de ese mundo estás bien. Ellos —tus personajes, Jude— te hacen bien.

Escribir es tocar el fondo de una piscina con los pies y saber que no vas a ahogarte, que tienes la posibilidad de impulsarte hacia la superficie. Escribir es esperanza.

Leer también es así, un bote salvavidas hacia lugares seguros. Algunos lo llaman mentiras, yo lo llamo vivir.

Quiero dar las gracias a todo el que me ha acompañado en este viaje de manera directa e indirecta. A las personitas maravillosas que me han escuchado reír y llorar cuando les he hablado de Jude y le han hecho un hueco en sus corazones. A los que me han apoyado cuando ni yo misma me veía capaz y me han ayudado a darle brillo. A los que me recordaron el motivo por el que escribí esta historia y lo mucho que ha hecho por mí.

A mi *soulmate*, por ser mi faro.

Gracias a ti, lector, porque todo viaje acaba conmigo perdida y termina cuando me encuentro contigo. Gracias.

ACERCA DE LA AUTORA

Fátima Embark. Ingeniera por equivocación, librera por vocación, hasta ahora conocida por ser una de las integrantes del pseudónimo Wendy Davies. Ha coescrito *Hope*, *Siempre será diciembre* (Premio Gran Angular 2017), *Instant Karma*, *Una estrella en mi jardín*, *Recuerda que me quieres* y el inicio de la trilogía *Estoy aquí*, cuyo primer libro salió a la venta en octubre del pasado 2024 con Roca Editorial.

Con *Carretera al invierno* comenzó a coescribir con Virginia Cavanillas y fue el primer viaje de muchos en esta larga carretera llamada Destino. Le siguieron *Todo lo que soy contigo*, *Solo hasta Navidad* y *Donde tú estés*; todos romances contemporáneos LGTB chico-chico.

Además, el año pasado publicó en Amazon *Antes de que te quiera*, su primera novela en solitario y el inicio de la historia que acabas de leer.

Si algo tiene claro, es que va a seguir contando historias, siempre escribiendo lo que quiere leer.

Página de la autora en Amazon
https://www.amazon.es/stores/author/B0D94Y8QYX

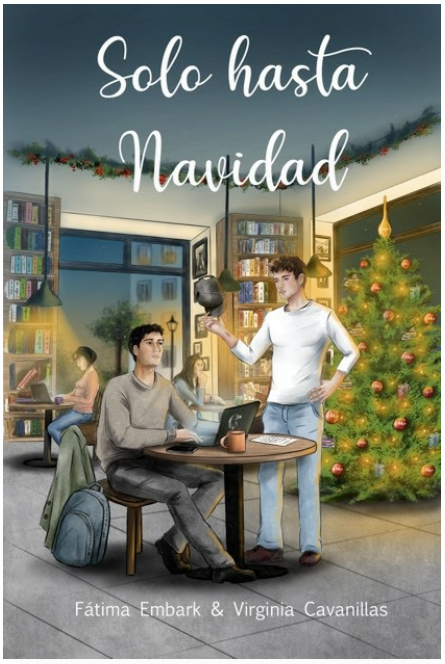
SUSCRÍBETE A LA NEWSLETTER DE LA AUTORA:

Recibirás emails donde te hablará de sus próximos proyectos, capítulos eliminados (pero guais) de los libros que has leído, entrarás en sorteos y podréis cotillear sobre el mundo del escritor fuera y dentro de editoriales, así como otras cosas relacionadas con lo que más te gusta: leer.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA (SOUL FINDER)

COESCRITA CON VIRGINIA CAVANILLAS

Historias LGTB románticas contemporáneas e independientes, ambientadas en Eeriewood, una pequeña ciudad ficticia de Inglaterra. Todos los libros tendrán como nexo común una *app* de citas llamada Soul Finder, cuya finalidad es emparejar a las personas —independientemente de su sexo u orientación— según intereses comunes y afinidades.



Libro 1: *Solo hasta Navidad*

Owen Langston, bisexual y ligón empedernido de cara a la galería, solo quiere que sus padres —muy gais, muy felices y muy casamenteros— lo dejen en paz. Y para eso necesita un novio ficticio. Si les hace creer que tiene una pareja —chico— estable con la que pasar la Navidad todo irá bien.

Pero solo hasta Navidad.

Levi Wright ha creado la primera *app* de citas basada exclusivamente en intereses personales y afinidades comunes. Cero fotos. Ninguna interacción en la vida real hasta cumplir ciertos requisitos. Pero cuando su alma gemela en la aplicación le pide que finja ser su novio, Levi no puede rechazarlo.

Solo hasta Navidad es el primer libro de la nueva serie de Fátima Embark y Virginia Cavanillas: romances M/M contemporáneos con poca carga dramática y muy sexis.

Bienvenidos a Soul Finder, la aplicación perfecta para encontrar a tu alma gemela.



Libro 2: ***Donde tú estés***

Ryder Jones ha encontrado a su alma gemela en Soul Finder, la aplicación de citas del momento, esa que te pone en contacto con personas afines a ti y hace que encuentres al amor de tu vida o una amistad del alma. Pero hay un problema; uno pequeñito, nimio; un detalle de nada: su otra mitad está enamorado de otro.

Pero bueno, tampoco es que Ryder quiera un compromiso de por vida. Solo quiere pasarlo bien, lo de las almas gemelas le parece pura ficción.

James Wilson lleva enamorado de su mejor amigo desde que, a los quince años, descubrió que era bisexual. Ahora, su amor platónico de toda la vida tiene novio y él un follamigo con el que no sabe cómo lidiar; porque Ryder Jones no es solo un tío con el que tiene una compatibilidad abrumadora en la vida real, sino su alma gemela en Soul Finder. Y eso son palabras mayores. Bueno, si él creyera en esas chorradas. Cosa que no hace, claro.

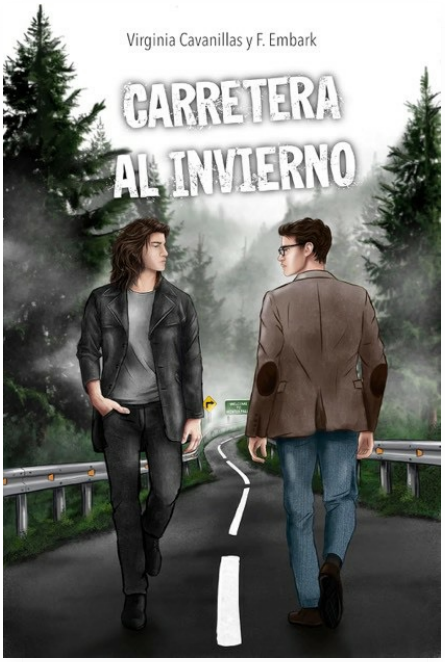
Pero es que Ryder se ha colado en su gimnasio, en su vida y en su cama, y no sabe cómo sacarlo. Ni si quiere hacerlo.

Donde tú estés es la segunda entrega de Soul Finder, un frenemies-to-lovers (amienemigos que se lían y luego se enamoran) divertido y sexi entre dos personas destinadas a ser, aunque ellos mismos no lo vean.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA (WINTER FALLS)

COESCRITA CON VIRGINIA CAVANILLAS

Historias románticas LGTB independientes, ambientadas en Winter Falls, una pequeña ciudad ficticia de Inglaterra.



Libro 1: ***Carretera al invierno***

«Quería encontrar una pareja con la que pasar Halloween y encontré a una persona con la que pasaría cualquier día, aunque no fuese Halloween».

Gabriel es… especial; de único, de particular. Si pudiera, se convertiría en un personaje de una película de Tim Burton. Le gusta Halloween, no solo porque es su cumpleaños, sino como forma de vida. Su mayor deseo es compartirlo con alguien que adore esa fecha tanto como él. ¿Acaso es mucho pedir? Hombre, mujer… Le da igual siempre que decorar calabazas, ver películas de miedo y oler a otoño esté en los planes. Gabriel quiere enamorarse, y hacerlo bien por una vez.

Hendrix le ha dado un descanso al amor. Cansado de ser un anfitrión cuyos visitantes llegan a su vida con fecha de caducidad, ha decidido que no quiere nada de romances ni de aventuras. Y mucho menos si el chico en cuestión es un bisexual sin experiencia obsesionado con las calabazas, las velas y sin filtro a la hora de hablar. No, se niega.

¿Existe el destino? ¿Hay parejas que han nacido para estar juntas? ¿O el amor es una carretera de doble sentido por la que hay que aprender a conducir? A veces, solo se trata de subirse al coche de la persona correcta.



Libro 2: T*odo lo que soy contigo*

Dos chicos rotos que necesitan recomponerse por separado antes de unir sus piezas y formar un todo perfecto.

Dani se ha perdido entre Daniel y Danielle. Es uno de día y otra de noche. Es los dos y a la vez ninguno. Necesita encontrar un equilibrio, y por ello ha decidido cambiar de vida; reconstruirse, aunque le cueste; no ocultarse tras una mentira. Su familia, su mejor amigo de la infancia, su exmujer…, todo forma parte de un pasado que lo ha marcado y lo ha hecho esconderse tras una fachada que no es él.

Taylor está cansado. Se esconde tras sus libros distópicos, sus pantallas de ordenador y sus relaciones de una noche de las que escapa antes de que salga el sol. Está perdido, un poco roto y sorprendido de encontrarse a alguien de su pasado que no esperaba volver a ver. Alguien que encarna al amor platónico de su infancia y, a la vez, es la personificación de sus miedos y su soledad. Lo odia; o eso quiere creer. La única manera de descubrirlo será acercarse a él.

¿Será capaz Dani de recomponer sus fragmentos y convertirse en el todo que quiere ser, en todo lo que puede ser para Taylor? ¿Logrará Taylor ver a Dani tal y como es y se encontrará a sí mismo a su lado?